Tamara Kruger
Descendiente de las Tinieblas
Libro 3

Tamara Kruger

Descendiente de las Tinieblas

Libro 3

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 1

—¿Alen estás ahí? —susurro para que únicamente él pueda escucharme. Todavía esperando la señal que me diga que esto es un engaño y que la vinculación no se logró por completo.

—Aquí estoy. —se acerca susurrando en mi oído y el alivio me recorre sólo hasta que me vuelve a mirar. Su sonrisa es sarcástica y lo que finalmente me despedaza, es el brillo rojizo que envuelve de forma siniestra sus pupilas.

Él ya no está. Alen se enlazó.

—¡No! —grito con mi voz dañada. La dolorosa vibración de mis cuerdas vocales me alerta a abrir los ojos. Rápidamente me incorporo en completa oscuridad y busco a mi alrededor a Alen. El desconcierto me atrapa al darme cuenta que ya no me encuentro en el salón. Deslizo mis piernas fuera de la cama en la que me encuentro y debo tomar un momento de quietud para no caer.

Sin ser solicitadas, distintas imágenes de lo ocurrido se atropellan en mi mente y los temblores las acompañan. Las punzadas en mis sienes taladran como si hubiera sido golpeada. El recuerdo de lo presenciado, otra vez me consterna haciendo que mis músculos se tornen rígidos. El cántico de los guerreros unido al aullido de los lobos se mantiene constante en mis oídos y no sé si seré capaz de quitar de mi memoria el grito desgarrador de Alen.

Alen…

Los temblores de mis manos se intensifican y la visión del rojo en sus ojos hace que mi corazón; el que pensé que había perdido, palpite otra vez a gran velocidad. Me recuesto nuevamente porque si no lo hago volveré a caer o quizás, a perder la conciencia como lo he llevado haciendo desde que retorné a mi casa. La de Los Ciervos. Un reino que ahora se encuentra en completa oscuridad.

De forma ingenua y por un momento llegué a creer que después de viajar a través de las visiones, nuestro recorrido al fin se despejaba. Lamentablemente conocer el verdadero linaje de Alen no fue la respuesta que esperábamos, menos cuando Calesia, la maldita hechicera que colabora con la causa del Valle Oscuro, se infiltrara en su antiguo hogar.

Su intromisión, usurpando el cuerpo del príncipe de Aquilón, aplastó nuestras esperanzas y también logró cumplir su objetivo. Apresarme y conseguir madera de su árbol sagrado. Además, consiguió información importante para sus líderes, como la no vinculación de Boreas, con lo cual su vida fue sentenciada.

Me gustaría mantener la ilusión de que aún podremos revertir esta guerra, pero el ejército de Vulpis no cuenta con los hombres suficientes y mi hermano, quien lo lideraba la última vez que lo vi, se encontraba gravemente herido. Gamar logró huir de Aquilón, sin embargo, su hogar también fue invadido.

Los Antiguos Ancianos que podrían haber intercedido por Badru se mantuvieron al margen del conflicto y la única que se comprometió a prestarnos ayuda fue Asila. La tristeza se ensancha al recordar que fue herida y tal vez de manera mortal. Mostrándome que todas las personas que me han rodeado, que he conocido y he amado, han sido presa de violentos actos.

La aflicción me vuelve a golpear al recordar el rostro de Alen y a la dolorosa tortura a la que fue expuesto. Lo forzaron a sucumbir a la oscuridad, obligándolo a observar la muerte de uno de sus seres queridos. Él cedió y sé que no fue su voluntad, sino más bien una acción desesperada para evadir la despiadada realidad que le fue enseñada. Pero sin duda no lo puedo culpar. Los responsables de este acto tan vil son otros, y sus rostros se han marcado en mí de la misma forma que llevo la figura de mi fase. De la misma manera que mi amor se selló para siempre. Del mismo modo que llevo la aflicción y también el odio.

Debería seguir batallando, pero lamentablemente hoy me encuentro a merced de los líderes del Valle Oscuro y entre sus planes también está quebrar mi fortaleza para que me una a su causa. La sugerencia de esta realidad pasó de ser macabra a llevadera, ya que sería una manera de estar con Alen. Al menos en la oscuridad, nos volveríamos a encontrar.

En este momento no necesito contemplar ninguna visión para conocer mi futuro. Asila, cuando deliró por su fiebre, me lo dijo: “serás uno de ellos”. El sueño que tuve aquella noche en el campamento el de mi vientre abultado y un lobo devorándome, comienza a tener sentido. Con Alen encantado, mi azar ya se ha trazado. Me deberé entregar a él en luna llena para fecundar a nuestro hijo. El que se convertirá en el heredero y nuevo líder de Badru bajo un régimen de destrucción.

A cada segundo me convenzo más que nuestro destino era algo que no podíamos cambiar. Luchamos en vano contra una fuerza sombría envuelta de rencor y odio. Sentimientos que nacieron y que se desarrollaron en el alma de los habitantes del Reino de Los Lobos y los

cuales ahora vienen con determinación por una revancha que no distinguirá culpables de inocentes. Celsius, Calesia y Priust lo han demostrado, y continuarán transitando sobre quien sea para lograr sus objetivos, sin importarles a quien deban herir, abatir o hasta matar.

Mis cavilaciones se detienen al escuchar un repentino ruido de llaves. De inmediato me repliego hasta que mi espalda se apoya contra la pared. No estoy preparada para enfrentarme nuevamente con mis adversarios, y no sé si algún día lo estaré.

Las sombras cobran forma cuando una silueta se interna en el espacio cargando un candelabro en sus manos. Los movimientos se me hacen familiares, pero no los logro identificar.

—Veo que ya despertaste. —El rostro se vuelve hacia la luz de las velas y el tono de su voz al reconocerlo, me turba.

—Laurel. —susurro sorprendida. Mi voz apenas es audible por lo lastimada de mi garganta y también por el impacto de encontrar a la doncella que cuidó mis pasos desde pequeña, y la única mujer que se encargó de tocar mi cabello durante todos mis años de crianza.

—Qué bueno que me reconozcas. —menciona quitándole importancia a este encuentro. Se dirige a las ventanas y abre sus postigos. La luz del día entra envolviendo la estancia y obligándome a parpadear varias veces para acostumbrarme al resplandor.

—Ellos pensaron que una figura familiar sería necesario para que asimilaras tu nueva condición.

Se coloca de pie frente a mí y con la claridad de los rayos del sol la puedo contemplar. Sigue siendo la misma joven delgada de cabello oscuro, pero su expresión ha cambiado completamente. La primera diferencia que noto desde la última vez que la vi, es su cabello. Ya no se encuentra dividido en dos como fue enlazado por el hombre que la desposó. Ahora, va suelto. Su ropa es café oscuro y se adorna con una piel en el mismo tono. El borde de sus ojos se encuentra pintado con trazos delgados que se pierden en sus sienes, dándoles mayor profundidad.

—Te debo preparar. —menciona indicándome un vestido sobre uno de los sillones.

Al dirigir mi vista hacia el lugar mostrado, mi asombro retorna al percatarme del sitio en el que me encuentro. Rápidamente doy un repaso al lugar reconociendo la alcoba, mi alcoba. Contemplo hacia uno de los extremos encontrando el balcón que tantas noches me cobijó y en donde mis anhelos de encontrar el verdadero amor fueron escuchados en reiteradas ocasiones.

—¡Arriba! —Laurel solicita enérgicamente. Hasta hace unas semanas me hubiera lanzado a sus brazos para que me consolara. Ahora, al observar su mirada vacía, mi instinto hace que me aleje.

—¿Te vincularon? —pregunto, aunque en realidad debería haber

sido una afirmación.

—Lo hicieron. —confirma—. Pero ya existirá tiempo de explicaciones, por ahora me complace que hayas vuelto a nosotros y te conviertas en nuestra Princesa de Luna Nueva y próxima Reina del Valle Oscuro. Asimismo, me emociona que Alen también esté aquí. Está demás decir, que muchas de las doncellas se encuentran muy entusiasmadas con su regreso, más aún que ahora es el verdadero heredero al trono.

—¿Te emociona? —pregunto un tanto aturdida entre lo que me acaba de soltar sin más.

—Por supuesto. ¿Te confieso algo? —Se acerca como si fuera a contarme un secreto—. Nunca había observado a Alen de esa forma, pero ahora que aceptó su origen, se ha vuelto un espécimen sumamente atractivo. Espero que no te moleste compartirlo. Lo menciono porque nos dijeron que también habías sucumbido a sus encantos y ahora que se desposarán, lamento decirte que no será exclusivo tuyo.

—¡Cállate! —Fuerzo a mi voz a salir, momento en que también la empujo para que se aparte de mí.

No sé qué es lo que me violenta más; si volver a encontrar a mi doncella seducida por la oscuridad o que me hable de esa forma insinuando que se meterá sin ningún descaro en la cama de Alen. Por muy en la oscuridad que esté, él no se entregará a otra mujer. Me lo prometió. Su corte de pelo indica que me pertenece.

—Me dijeron que no cooperarías. —Laurel responde de manera severa—. Pensé que como nos conocemos, podría convencerte de colaborar.

—¿De qué hablas? —La miro atónita y por un momento me cuestiono si me encuentro en una pesadilla de la cual no puedo despertar.

—En una hora debes bajar. —Se acerca al balcón y abre sus puertas. Nuevos rayos de sol se filtran, mostrándome la realidad con más claridad—. En el salón se realizará la presentación de Alen de manera oficial.

—¿Qué te hace pensar que participaré de eso? —pregunto sin poder evitar que la rabia y el miedo aparezcan al imaginar a Alen bajo su nueva condición.

—Créeme que cooperarás. Acércate. —Me indica el balcón nuevamente—. Hay algo que debes ver.

Protesto en silencio y no solamente por controlar el malestar de tener que continuar obedeciendo órdenes, sino también por la agitación que me produce lo que encontraré una vez que salga al ventanal.

Levanto mi frente y camino hacia la terraza. Mis manos

inevitablemente comienzan a temblar y las envuelvo a mi cuerpo para ocultarlas. Apelo a lo que me queda de dignidad para no dejar que Laurel ni nadie observen que mi valentía flaquea.

Al enfrentarme al balcón el frío viento del acantilado golpea mis pies, el que congela mi entumecido cuerpo. Alzo la mirada y a la izquierda se muestran las embarcaciones que flotan apaciblemente sobre el mar que baña las costas de nuestro territorio. Al frente se encuentra el patio central, el que hasta hace poco se apostaba un gran mercado, en donde los habitantes de mi pueblo comercializaban sus productos. Cierto alivio me recorre al darme cuenta que la circunferencia que se utilizó para llevar a cabo el ritual ya no se encuentra. Ahora el lugar se encuentra plagado de lobos y guerreros. Los cuales cargan y custodian carruajes con diferentes tipos de ganado, víveres, telas, y objetos que fueron saqueados de los otros reinos. Mi atención declina hacia un grupo de hombres que se ubica en el centro. Un vértigo recorre mi estómago al reconocer a la persona que llevan apresada.

—¡Suéltenla! —grito al ver a la Madre Antigua amarrada en una pira de la misma forma que colocan a los hombres que serán azotados. Me giro hacia Laurel—. ¿Qué creen que hacen?

—Es tu elección. —responde sin ninguna emoción en su voz—. La ves morir o cooperas.

Las palabras de mi padre en relación al respeto que podrían tener por una persona adulta son destruidas. La indulgencia es algo que no conocen. Tristemente me doy cuenta que la Madre Antigua se convirtió en otro peón que fue mantenida con vida con el único fin de utilizarla cuando lo requirieran, como en este momento. Mi respuesta no la debo pensar mucho y aunque quiero gritar negándome a cualquier acción a la cual aspiran que realice, me opongo a dejar que otra persona sufra por mi culpa, menos mi abuela, ella no se merece vivir tal situación.

—¿Entonces? —Laurel pregunta detrás de mí, esperando.

—Cooperaré. —respondo resignada, pero no indiferente. Podrán forzarme a acatar sus imposiciones, no obstante, mi convicción es algo que jamás me podrán quitar. En este momento no estoy sucumbiendo, sólo me rindo a esta batalla. A mi pesar, estoy sintiendo lo que me fue dicho con tanto desconsuelo “Es más doloroso observar que morir”. Así también me fue demostrado anoche cuando Alen fue vinculado. Mil veces hubiera preferido morir a presenciar tal escena, la cual dejó una herida profunda que estoy segura que me acompañará cada día que me quede de vida. Una parte de mí murió anoche. La otra agoniza y no sé por cuánto tiempo más la pueda sostener antes de que se extinga.

Capítulo 2

A mi pesar, me he mantenido dócil mientras Laurel me prepara situándome en el tocador después del baño. Me gustaría poder demostrar la irritación que me produce ser obligada a estar como ellos lo llaman presentable, pero di mi palabra que cooperaría. De no hacerlo, la Madre Antigua regresará a la pira para ser torturada. Lo que me vuelve a advertir que no tengo escapatoria. Celsius y sus secuaces poseen todas las herramientas para quebrar cualquier intento de rebeldía. Me forzarán de una u otra manera a que realice lo que ellos desean.

Mantengo mis manos en mi regazo mientras Laurel cepilla mi cabello. La necesidad de increparla por haber claudicado a la oscuridad me acecha, pero al igual que Alen, no es su culpa, solo es parte de una estrategia.

—¿Dorian cortó tu cabello? —Levanto la mirada y a través del reflejo encuentro sus ojos.

—No. Él fue asesinado. —La tristeza se une a mi respuesta al recordar al príncipe y también se adhiere a la rabia que continúa constante y zigzagueando en mi interior.

—Entonces fue Alen. —confirma sonriendo de manera provocadora —. ¿Él también fue el que tomó tu pureza?

—Eso es algo que no comentaré contigo. —Rehúyo a sus ojos para que no lea la verdad en mi expresión.

—Fue él. —Suelta mi cabello dejando algunas hebras caer sobre mi pecho—. ¿Es verdad lo que dicen, que es un excelente amante?

Me levanto como si hubiera sido clavada con una aguja y doy un paso atrás para acrecentar el espacio entre nosotras. Una cosa es que coopere para que no sigan hiriendo a mis seres queridos, pero otra es tener que escuchar la desfachatez que suelta mi antigua y ahora nueva doncella. Sin mencionar, que su nuevo estado, si lo puedo llamar de alguna forma, atenta contra mí completamente. La dulzura y amabilidad que fueron sus cualidades, ya no existen.

Tres golpes sordos en la puerta me paralizan y sin ser solicitados los recuerdos se escabullen. La última noche en mi reino era Alen el que se encontraba detrás de aquella puerta esperando para guiarme a la ceremonia de mi matrimonio. El castillo estaba vestido de fiesta y

los monarcas de todos los reinos brindaban por el nuevo enlace. Las doncellas corrían de un lado a otro, siendo para algunas su única preocupación ser elegidas por la mano derecha del rey.

—Solo un minuto. —Laurel grita para ser escuchada por las personas que aguardan en el corredor. Regresa por mí, tomándome del brazo para guiarme otra vez el taburete—. Estamos atrasadas.

Despliega sobre el tocador varios pinceles y cuencos con cenizas de diferentes colores. Sin consultarlo los comienza a aplicar en mi rostro.

—¿Por qué no estás con tu lobo? —pregunto curiosa, al darme cuenta que solamente hemos estado las dos en la habitación y por lo general siempre he visto a los animales con sus dueños o con las personas a las que los vincularon.

—No poseo un lobo. —responde mientras trabaja afanosamente en el borde de mis ojos—. Las mujeres por lo general no somos enlazadas a ellos. Nos vinculan con su sangre, porque los animales son priorizados para los guerreros quienes los utilizan como armas de guerra.

—¿Tu marido también fue enlazado? —Continúo mi incursión al ver que no le crea conflicto responder algunas preguntas y ciertamente sería una forma de saber bajo qué terreno me encuentro.

—Él murió cuando atacaron el castillo. —menciona, pero sin ningún atisbo de sentimiento en su voz—. En aquel momento creí que moría de la tristeza, la cual no perduró por mucho. Aquella misma noche nos llevaron al salón principal y se realizaron los enlaces. Unirme a la causa del Valle Oscuro fue lo que me salvó.

—¿A qué te refieres? —Cuestiono intrigada. Hasta hace poco he sabido de qué forma se logra el encantamiento y cómo debo terminarlo. Pero desconozco lo que ocurre exactamente con las personas que entregan su alma a la oscuridad. En las palabras de Laurel extrañamente hay agradecimiento, algo que está lejos de mi comprensión. No entiendo cómo puede sentirse a gusto observando la aniquilación de nuestro mundo.

—Desde que mi corazón abrazó el enlace, dejé de sufrir, dejé de sentir. —Reconoce mientras continúa trabajando con los pinceles en mi rostro—. Es como si el peso de mis sentimientos se hubiese desvanecido.

—¿Cómo si fueras libre? —pregunto interesada ante esta nueva revelación, ya que, si lo expone de esa forma, no puede ser tan malo.

—Libre de mis emociones, no las encuentro, como si nunca las hubiese poseído. —Continúa respondiendo, pero de manera instintiva, como si nada la perturbara—. Lo único que hoy veo y poseo es mi lealtad al pueblo del Valle Oscuro y vengar el repudio con el que han sido golpeados. Por fin tomaremos lo que les fue arrebatado.

Me levanta con fuerza y sin siquiera preguntarme, quita la tela que

cubre mi cuerpo. Con movimientos rápidos y eficientes pasa por sobre mi cabeza el vestido. Me dejo mover de un lado a otro mientras sigue con el trabajo de alistarme para el inaplazable encuentro con mis captores. Mis pensamientos se mantienen desconcertados analizando la información que me entregó. Al enlazarse, sus sentimientos son nublados y sólo responden a las órdenes de sus líderes. Obedeciendo y sin cuestionar los mandatos de Celsius y Priust.

Nuevas interrogantes comienzan a cernirse sobre mí en relación al encantamiento. De inmediato la alerta se despierta al pensar en Alen. Si sus sentimientos fueron anulados, el amor que sentía quizás fue olvidado. Lo que hace que me pregunte ¿cómo reaccionará él ante mi presencia? Por lo que me dijo la última vez que lo vi envuelto en tinieblas, mantiene la idea de que nos desposemos, sin embargo, el hombre que conquistó mi virtud, sin sus emociones no será el mismo que ahora me posea bajo lo que le exige la vinculación.

Mis músculos se agitan ante la ansiedad, no estando segura de ser capaz de abandonar esta habitación, menos para enfrentar la tergiversada realidad que tendré que observar.

—Listo. —Laurel me mueve enfrentándome al espejo—. Como puedes apreciar, mis habilidades continúan intactas.

Sonríe satisfecha a mi lado, haciendo que me cuestione si lo hace porque realmente siente satisfacción o es sólo un acto reflejo. Me pregunto si queda algún sentimiento en ella; aferrándome a la idea de que permanezca alguna emoción en Alen. Me obliga a levantar mi rostro para observar el trabajo realizado y por el cual se siente complacida.

—Maldición. —gimo al observarme. La imagen de la mujer que me devuelve el espejo no la reconozco.

Lo primero que contemplo y que no pasa desapercibido es el peso que he perdido estas últimas semanas. Mi clavícula se acentúa dejando a la vista dos huesos que se unen en el centro de mi pecho. Mis caderas también destacan bajo el vestido. Esta vez no llevo corsé, solo dos capas de telas de diferente color. La de abajo es gris y sobre ella una negra. El escote es pronunciado dejando a la vista el surco que se crea entre mis senos, los que con mi delgadez se ven más pequeños de lo que son. Levanto mi rostro y contemplo mis pómulos que también se realzan más de lo normal. Mi expresión es contraída y no necesito estar vinculada para notar que el brillo y la vida de mis ojos ya no existe.

El trabajo del maquillaje en mi rostro es perfecto. Mis ojos se agrandan y profundizan, pero hoy son sólo dos cuencos vacíos. Las marcas rojizas que dejaron las cadenas en mis muñecas también fueron empolvadas y aunque se ocultaron, el dolor palpitante sigue presente.

Mi mirada flota hacia el collar que es amarrado a mi cuello. Al observar los dientes de lobo, instintivamente hago un gesto para quitármelo. Laurel de inmediato me da una mirada reprobatoria indicándome el balcón. Exhalo ofuscada, no sé cuánto tiempo más podré soportar las amenazas sin poder hacer nada. Empuño mis manos para suprimir la necesidad de despojarme del accesorio que me recuerda la cara de Calesia, junto a todos los actos despreciables que llevó a cabo.

Dejo de manera resignada, pero no menos alterada, que ubique sobre mis hombros un tocado de piel gris. La vestimenta es perfecta y hasta podría decir que bella, pero lo que representa para mí, es sólo amargura.

Nuevos golpes en la puerta hacen que Laurel se mueva más rápido. Lo último en ubicar sobre mi cabeza es una pequeña tiara de hierro. Los bordes han sido tallados de tal forma que emulan colmillos del animal que rige la casa de la que ahora soy prisionera. La del Valle Oscuro.

Los guerreros no esperan más y entran para escoltarme. No logro moverme, no por querer negarme, sino por el terror que se posiciona en mi pecho al tener que volver al salón para enfrentar al hombre que hasta hace poco me pertenecía. Mis escoltas me empujan para que salga de la habitación. Me obligo a mover mis piernas, las cuales no responden a mi mandato. Doy un paso no tan equilibrado y me tropiezo. Antes de caer me afirmo del tocador e inhalo una gran bocanada de aire. Al levantarme, mis ojos se clavan en un elemento sobre la mesa de roble. Rápidamente estiro mi mano hasta debajo de una de las vasijas y con la punta de los dedos agarro con firmeza la cinta de cuero negra. La cinta que me regaló Alen. La empuño en mi palma y luego la llevo hasta mi pecho, afirmándome con toda mi voluntad a lo único que me queda de él.

Capítulo 3

Camino por el pasillo obligándome a avanzar, ya que todo en mí grita que me devuelva y me encierre en mi antigua habitación. Claramente esa no es una opción. Lo único que puedo hacer es aferrarme a la banda de cuero que llevo envuelta en mi mano. De reojo observo a mis escoltas y como siempre no emiten ninguna palabra, solo siguen órdenes, al igual que sus animales, los que acompañan mi desplazamiento.

Laurel nos sigue unos pasos más atrás, transitando todos en completo silencio. Me detengo al escuchar el bullicio que proviene desde el salón, llevándome a los recuerdos de mi último recorrido por este pasillo. En ese entonces, Alen caminaba a mi lado vestido con su armadura de gala. Mi única preocupación era que el príncipe Dorian fuera el amor de mi vida. De eso, tan solo tres semanas, y aunque ha sido poco tiempo, se ha vuelto una eternidad por todo lo que he vivido en este viaje. Sin duda lo que ha marcado esta travesía ha sido la intensidad de sentimientos que se han despertado, junto al descubrimiento de tantos secretos.

Como siempre lo anhelé, encontré mi verdadero amor, también entregué mi virtud a la persona que amaba, para luego perderlo y no sólo físicamente, también he perdido su alma.

Mientras mis pensamientos se extravían, mis escoltas me continúan guiando. Es tanto el cansancio de mi cuerpo, de mi mente, de mi razón, que no tengo la fuerza suficiente para rechazar sus imposiciones. Me enfrentan al balcón, el cual tantas veces recorrí siendo feliz. Ahora el sentimiento es lacerante y recorre cada línea de mis huesos. Me obligo a levantar la cabeza, porque mi padre, mi hermano, y Alen así lo querrían. Ellos nunca se dejarían abatir. En este instante de completa desolación, es algo que les regalaré, porque deseo que a pesar de todo, se sientan orgullosos de mí.

Desde el segundo piso tengo una visión completa del lugar. El salón que le pertenecía a mi familia y a mi gente ya no lo reconozco. Ahora se encuentra abarrotado de personas, pero no es mi pueblo, son los habitantes del Valle Oscuro. Por sus vestimentas los puedo distinguir. Algunos rostros se me hacen familiares, pero estoy segura que al igual que Laurel, se encuentran bajo el encantamiento. No habría otra explicación para verlos tan cómodos circulando entre nuestros adversarios. Lo que capta mi atención es que no veo niños, ni ahora, ni en ningún momento desde que pisé mi hogar. De inmediato

un sabor amargo se impregna en mi boca y me obligo a no pensar que también fueron asesinados.

Los estandartes del animal de mi casa fueron quitados y cambiados por lobos que me miran desde todas direcciones. Sus hocicos abiertos junto a sus colmillos brillando, me ofrecen una espeluznante bienvenida.

El salón se silencia al percibir mi presencia, de la misma forma que sucedió cuando estaba a portas de contraer matrimonio. Lamentablemente la ansiedad que siento en esta oportunidad me aterroriza. Los escoltas a mi lado me instan a descender los escalones. La escena se repite en mi cabeza cuando veo a los guerreros y a las mujeres vestidas con pieles, los que dan un paso atrás formando un corredor para que transite.

Esta vez no existe la mesa dispuesta para llevar a cabo una ceremonia de matrimonio. Ahora camino directamente a las fauces de las bestias.

Me recuerdo mentalmente continuar respirando y mantenerme de pie. Dos acciones que me consumen gran cantidad de energía, más aún al percibir las miradas clavadas de las personas que me rodean. Hubiera pensado que serían amenazantes, pero más bien son curiosas. Sus expresiones son relajadas y la mayoría carga una copa en su mano. Las mujeres al igual que las he visto anteriormente, visten delgados vestidos que se ciñen a sus cuerpos y el conjunto es acompañado por pelajes de distintos colores. Mis ojos se abren un poco más de lo normal al repasar a los hombres. Sus vestimentas siguen siendo oscuras, pero lo que me impacta, es ver sus rostros sin pintura. Las facciones continúan siendo duras y sus ojos no han perdido la intensidad y la fiereza que antes he observado.

Sigo examinando mi entorno; nerviosa y a la vez curiosa. Es mi primer acercamiento a este pueblo y podría decir que se ven igual a cualquier otro, pero no debo olvidar que es sólo una fachada. En cualquier momento sé que veré a gente torturada o sometida.

Los animales rondan entre los asistentes, y al igual que sus dueños, de forma cauta. En los rincones hay grandes cuencos con carne que devoran sin preocupación, mientras otros duermen apaciblemente. Esperaba verlos nuevamente desafiándome y mostrándome sus colmillos, claramente no lo hacen porque no existe amenaza de mi parte. Esta vez se los concedo. Mi cuerpo se encuentra apaleado, mis manos temblorosas y mi voz desgastada. Algo de mi razón permanece, pero estoy segura que eso es algo que también podría desaparecer en cualquier momento.

—Eleonor. —Una gruesa voz capta mi atención—. Princesa de Luna Nueva, te damos la bienvenida.

Celsius me espera al final del corredor que crearon sus súbditos. El

sonido de sus palabras hace que la bilis se revuelva en la base de mi estómago, sin mencionar que me indigna que continúe nombrándome como una de las sucesoras de su reino. Mi fase, hoy y siempre será la Luna Llena, pero no se lo aclararé, no estoy preparada para entrar en una discusión que sé que perderé, además la madre antigua, mi padre y yo nos encontramos en una situación vulnerable.

—Por favor, acércate. —Sonríe de manera controlada haciendo que la cicatriz de su rostro resalte. Luego extiende su mano.

Mi primer pensamiento es que está demente si cree que lo tocaré de manera voluntaria y segundo, es que no sé si mis piernas reaccionarán para caminar hasta él. Es evidente que hay una parte de mí que todavía se quiere sublevar.

—No seas tímida. —Celsius camina a mi encuentro. Al llegar a mi lado me toma del brazo y ejerciendo presión me obliga a caminar—. Espero que asimiles rápido tu nueva condición, ya nada ni nadie esta vez te salvará.

Hago un esfuerzo por liberarme de su agarre, pero lo agotado de mi cuerpo no es capaz de repeler su repulsivo contacto. Con mi mirada le demuestro que no me interesa lo que piense y si pudiera leer mis pensamientos, sabría que nunca cederé mi voluntad.

Me acerca sin ninguna amabilidad a uno de los tronos que se ubican sobre una tarima. Realizo un recuento rápido encontrando cuatro sitiales. Celsius se sienta en uno de los del centro. Su lobo transita por mi lado dándome una mirada acechante, para luego sentarse al lado de su amo. Por una parte, agradezco no quedar al lado de ellos, pero de inmediato me pregunto quién se ubicará en aquel lugar ahora vacío.

—Bienvenido pueblo del Valle Oscuro. —La voz de Celsius inunda el salón y mi vello se eriza. Los asistentes quitan la atención sobre mí y la dirigen a su rey—. La campaña que hemos estado llevando a cabo por años, hoy en día nos favorece.

Los presentes vitorean al mismo tiempo chocando sus copas a modo de celebración. Los animales se unen a su festejo aullando desde todos los recovecos de la fortificación. Sus bramidos se filtran por mi cuerpo hasta alojarse en la base de mi columna. Mi primera intuición es tapar mis oídos, pero los rugidos retumban y vibran también en mi pecho.

—Hoy es un día de celebración. —Celsius continúa. Y de forma inmediata se hace el silencio para escuchar su discurso—. Después de la pérdida de mi descendiente Magnus, dimos por fracturada nuestra batalla, pero el azar esta vez se encuentra a nuestro favor y nos muestra con convicción que la causa en la que todos creemos fielmente, será la vencedora.

Me presiono mentalmente a no desvanecerme ante su

proclamación. La congoja estrangula mi vientre al escuchar la certeza en sus palabras, unida a la respuesta enardecida de los asistentes. Me cuestiono si no viven en el mismo mundo que yo. ¿Cómo no se dan cuenta que eliminar a miles de personas inocentes es un acto vil y despreciable que no justifica ninguna afrenta recibida?

—Hoy nos acompaña Eleonor, la Heredera de Luna Llena, perteneciente a la Casa de Los Ciervos. —Mi espalda se torna rígida al escuchar la referencia hacia a mí—. Ella es la elegida para fecundar al descendiente que liderará todas las tierras de Badru quien, desde hoy, también abrazará nuestra cruzada, tomando posesión como nuestra Princesa de Luna Nueva y próximamente Reina del Valle Oscuro.

Los gritos envuelven el lugar. Escuchar aseveraciones en relación a mi malogrado destino únicamente hace que mi agonía se extienda.

El silencio retorna cuando Celsius levanta su mano e indica hacia el final de la sala. La figura que aparece caminando apaciblemente hace que de inmediato mis instintos se despierten. El calor repta por mi estómago y se traslada a mi pecho. La ira se revuelve y clama por salir. No me doy cuenta cuando ya estoy de pie empuñando mis manos.

—¡Siéntate! —Celsius me advierte. Lo ignoro porque mi propia sed de venganza aparece y no hay nada que me pueda detener para no abalanzarme sobre Calesia y agredirla—. ¿No cooperarás por las buenas?

Antes de dar un paso adelante quito mi vista de la hechicera y miro al líder del Valle Oscuro. La amenaza en sus palabras de inmediato me conduce a la imagen de la madre antigua. Me agarro del apoya brazos del trono que me designaron y descargo mi furia presionándolo con fuerza, hasta que lentamente y con todas las alertas instalas en mi cuerpo me vuelvo a sentar. Celsius me sonríe complacido.

Calesia continúa avanzado hasta posicionarse de pie al lado del sitial al otro costado de mí, no sin antes guiñarme un ojo y sonreír maliciosamente. En algún instante pensé que me desvanecería, pero el odio que siento por aquella mujer hace que mis sentidos se aviven. Una fuerza desconocida y oscura despabila mi mente al igual que mi cuerpo. Mi promesa continúa intacta en relación a la hechicera, no sé cómo ni cuándo, pero la mataré.

Me gustaría continuar ejecutándola con la mirada, pero mi cabeza se gira al percibir cómo la atmósfera del salón cambia. Los asistentes que antes se mostraban erguidos, bajan sus hombros y cabeza e increíblemente los lobos también. La situación hace que una bola de ansiedad transite por mi garganta. La idea de también bajar mi cabeza cruza por mi mente y no lo hago porque necesito ver qué es lo que los conmociona de esa forma.

Una gran figura emerge desde las puertas de madera de la entrada. Lo primero en notar son sus sobresalientes hombros, firmes y cuadrados. A medida que avanza con convicción, su rostro se hace visible. Su cabeza completamente rapada hace que mi vello se levante recordándome que es un hombre sin honor, sin miedo ni cavilaciones. Sólo ha sido entrenado para matar.

El tatuaje de la luna que cruza su cara destaca sus delineadas facciones, pero no opaca la intensidad de su mirada. Sobre sus hombros cae una gran piel cobrizo y al bajar mi mirada, noto que es del mismo color del lobo que lo acompaña pegado a su cadera. En su mano carga una monumental hacha, que la sostiene como si fuera una pluma.

La primeva vez que vi a Priust en mi castillo, me atemorizó y no sólo por su presencia, sino también por poseer la misma perversidad que su hermano. Esta vez su aparición me hiela la sangre, ya que ahora también sé que él fue el encargado de iniciar nuevamente el encantamiento, por ende, es el macho alfa de su pueblo y su lobo el de los animales. Pero lo que más me consterna es reconocer que él, es el legítimo padre de Alen y que su sangre corre por las venas del hombre que amo, el que además hoy día lo reclama como su heredero, reconociéndolo como parte de su linaje.

Al estar a unos pasos de mí, sus ojos se clavan en mi rostro. No quiero sostener su mirada, pero el terror me paraliza. La comisura de sus labios se eleva y la sonrisa que me entrega la reconozco, posee la misma boca y quijada de Alen, la visión espeluznante me hace tambalear.

—Mi rey. —La potencia de su voz se filtra en mi cuerpo dejándome totalmente helada. Priust realiza una pequeña reverencia y su lobo baja la cabeza en señal de respeto hacia su monarca.

Camina hacia el trono que se encuentra al otro costado de Celsius. Me vuelve a mirar, esta vez sus ojos están vacíos y su expresión es de indagación. Al sentarse, Calesia posiciona la mano sobre su hombro manteniéndose de pie al lado de él.

Exhalo con fuerza, no tan sólo por soportar ver a mis adversarios juntos y felices; en el caso de que puedan sentir felicidad, sino también por imaginar a quién corresponde el trono vacío a mi lado. Mis músculos se contraen cuando pienso que veré otra vez a Alen y no sé si seré capaz de aceptar su nueva condición sin perder por completo la cabeza.

—Pueblo del Valle Oscuro. —Celsius se incorpora —. Hoy nos reunimos para recibir a uno de los nuestros, quien fue despojado de su casa, negándole la posibilidad de conocer su verdadera estirpe. El hombre que nació en luna nueva. Fase que acoge nuestra casa y que el destino designó para darnos nuestra victoria y conquistar todo Badru.

Hoy nos reunimos para recibir al legítimo heredero al trono del Valle Oscuro.

El salón estalla en un vitoreo exaltado, mientras que yo me desmorono al seguir escuchando las palabras de Celsius que retumban en mi cabeza. Mi corazón deja de latir al presenciar la silueta que avanza con confianza por el pasillo. Sus movimientos son algo que jamás podría olvidar. La roca que llevo impregnada en mi pecho ejerce más presión, estrangulando la fugaz calma que me obligo a mantener. Mis manos comienzan a sudar y aprieto con más fuerza la cinta de cuero, pensando que es el único vestigio que queda de él.

Alen se desliza con una exuberante placidez como si fuera habitual para él caminar entre el que actualmente es su pueblo. Sus pasos además denotan la seguridad que siempre lo ha acompañado. El lobo que observé en el ritual lo escolta, su andar se une en armonía al desplazamiento de su ahora amo.

Me gustaría retener una pizca de esperanza en relación a que la vinculación no se logró, pero el hombre que avanza hacia a mí es difícil de reconocer. Mi mirada recorre su torso descubierto, en el cual cada parte de su piel va pintada de rojo y negro. Mis ojos descienden hasta el surco de su cadera que deja a la vista el inicio de su sexualidad. El tatuaje de luna menguante que había llevado desde los siete años y que fue asignado para ocultar su verdadera identidad, ha sido reemplazado por la fase completa de luna nueva.

Se detiene a unos pasos frente a Celsius. Por mi parte no soy capaz de levantar la cabeza para enfrentar su rostro. De reojo advierto que se inclina y no sé qué es lo que me tortura más. El hecho de que Alen haya cedido a la oscuridad o que realice una reverencia hacia Celsius, al hombre que hoy reconoce como su nuevo líder.

Mantengo mi vista pegada en un punto fijo sobre el suelo sin atreverme a mirar. Alen se desplaza y mi pulso se acelera al notar que se acerca. Lo primero en distinguir es a su lobo que se aproxima. En sus rasgos no observo docilidad, sino más bien agresividad. Sus ojos negros me recorren, como si me examinara. Los orificios de su nariz ascienden y descienden olisqueando mi esencia; lo más probable que sea para determinar si soy una amenaza o no.

El cuerpo de Alen no se ubicó en el trono que al parecer le corresponde, caminó hasta detenerse frente a mí. Un roce en mi mano me hace alejarme instintivamente. El contacto fue cálido, pero al mismo tiempo gélido. Mantengo mi rostro hacia abajo, pero Alen vuelve a tomar mi mano. Esta vez su contacto rodea con firmeza mi muñeca y luego sin aviso me precipita hacia él.

Extiende su brazo libre cogiéndome de la cintura, atrayéndome hacia su pecho. Me golpea el recuerdo de la última vez que me alzó en sus brazos prometiéndome su fidelidad. Mi rostro se aplasta ante su

imponente pecho y me sigo negando a mirar. Prefiero mantener el recuerdo de lo que nos profesamos y anhelamos guardado con el hombre que fue.

—¿No piensas saludar a tu futuro esposo? —Su voz recorre la base de mi cabeza, su aliento transita por mi lóbulo, el sonido se escabulle a mi oído y sus palabras desgarran mis sentidos.

Capítulo 4

Congelada e inmóvil continúo entre sus brazos. La turbación de mis pensamientos no me permite empujarlo para retirarlo de mi lado, la sola idea de seguir tocándolo me perturba. Sé que estoy a un paso de quebrar el muro que instalé y en el cual me prometí valentía.

—Mírame. Liska puede morder, pero yo no. —Alen me incita a encontrar sus ojos. Sin querer, mi respiración retorna al escuchar el nombre que fue asignado a su lobo. En las visiones, su madre le había entregado una figura de madera, la que había llamado con aquel nombre. Muerdo mi labio para no darme esperanzas y lo estrujo para no abrir la puerta de algo que no podría ser verdad. Pero alguna parte de mi cabeza me sigue repitiendo que, si el animal posee el mismo apelativo con el que bautizó de pequeño a su juguete, tal vez, sea una señal de que recuerda a su madre y el sacrificio que ella llevó a cabo. Quizás existe una minúscula probabilidad de que se encuentre actuando y el enlace se consiguió sólo en parte.

—¿Qué tienes en la mano? —Alen agarra la tira de cuero y sin pensarlo reacciono encontrando la fuerza para empujarlo y alejarlo de mí.

Finalmente realizo el acto del cual rehuía. Levanto mi cabeza para enfrentar su mirada. Su rostro es el mismo, pero está lejos de ser semejante al hombre que vi crecer y que acompañó mis pasos desde siempre. En su cara lleva impregnado el tinte negro de la oscuridad y el rojo de la matanza que ha asolado los territorios. El azul de sus ojos se incrementó, uniéndose a un pequeño destello púrpura. Su presencia continúa consumiendo mi existencia, sin embargo, esta vez la aturde. Mis sentidos siguen reaccionando a su cuerpo incitándome a tocarlo y mi razón es la que se mantiene alerta ante su presencia.

—Ya habrá tiempo para que se relacionen. —Celsius llama nuestra atención—. Ahora saluden a su pueblo.

Alen al escuchar las palabras de su líder, de inmediato se desplaza hasta su trono, a mi lado. Cuadra sus hombros enfrentando a la audiencia. Su animal también acata la orden y se ubica pegado a su pierna.

—¡Pueblo del Valle Oscuro! —Celsius eleva su voz—. Reciban a sus nuevos herederos.

Los presentes estallan en aplausos, golpes de jarras y aullidos. Por mi parte me aferro a los brazos de mi sitial para no decaer.

—Mañana emprenderemos la marcha hasta nuestra casa. La del Valle Oscuro. —Celsius continúa su discurso—. Con el objetivo de fortalecer nuestra cruzada, en donde Eleonor será invitada a pertenecer a nuestro pueblo y no tan sólo en cuerpo, sino también en

alma.

Mis pensamientos se atropellan junto a los gritos del salón. Claramente habla de la vinculación. Mañana intentarán enlazarme. Ya me lo había advertido, pero entre los sucesos que ocurrieron estos últimos días, aquella idea la relegué al último lugar de mis preocupaciones. En este momento se transforma en una realidad y ya no sé si me podré mantener entera al percatarme que este maldito viaje no ha concluido y sin poder hacer nada me encamino directamente a las sombras.

—Nos reuniremos esta noche. —Celsius sigue hablando, pero su voz la recibo en fragmentos. Mis oídos zumban ante sus declaraciones —. El banquete será en honor a nuestros predecesores, y además para celebrar el compromiso de matrimonio.

Las fuerzas me abandonan y caigo en mi trono. Hace algunas semanas este sillón me pertenecía con el augurio de continuar el legado de mi padre. En este momento se transforma en el augurio de mi inminente extinción.

La impotencia martilla mis sienes al darme cuenta que no tengo escapatoria. Sus maléficos planes me alcanzaron y no sé si tendré la fortaleza necesaria para combatir la oscuridad. Si sucumbiera no habría salvación para ninguna de las personas de nuestro mundo. Y si no lo hiciera, de todas formas, me obligarán a llevar a cabo sus retorcidas maquinaciones. Casarme con Alen y fecundar al heredero que terminará por condenar a todos.

—Te acompaño a tu alcoba. —Una voz conocida pero despojada de calidez me desprende de mis agobiados pensamientos. Al levantar mi mirada, las personas se han dispersado y la figura de Alen se encuentra de pie frente a mí.

No lo miro y no le respondo, no puedo, me encuentro inmóvil aferrada al sitial.

—Me satisface observar que cooperas. —Celsius se acerca—. No fue tan difícil. —Se desplaza por mi lado alejándose.

—¡Levántate! —Alen demanda—. No quiero obligarte, pero tampoco dejaré que te rebeles a mí frente a nuestros súbditos.

No soy capaz de reaccionar a mi nueva situación. No logro comprender cómo fue que Alen cambió tan rápido. Sé que el enlace corre por sus venas, pero me cuesta creer que no quede nada del hombre que fue.

—Princesa de Luna Nueva. —Una nueva voz retumba en mi cabeza. Su sonido ronco y potente hiela mi piel. Priust se acerca y a su lado Calesia. —Nos volvemos a encontrar. La primera vez que te vi fue en este mismo salón. Me complace notar tu buena disposición a colaborar. Bien sabes que si no lo haces, te forzaremos. La fecundación la realizarás con mi hijo sí o sí. No te escaparás otra vez.

—Eleonor colaborará. —menciona Calesia con su característica petulancia—. Yo me aseguraré de aquello.

La imponente figura del macho alfa me atemoriza, sin embargo, la presencia de la maldita hechicera despierta el odio, al cual me aferro para no bajar mi cabeza.

La sonrisa engreída de Calesia me despierta y en un acto reflejo mis puños se cierran. No me importa que me reprendan, esta vez me niego a permanecer en silencio observando cómo logra su macabro plan.

Doy un paso hacia ella con la intención de borrar su expresión de satisfacción. De inmediato soy sujetada por mis hombros.

—No te recomiendo que hagas eso. —Alen susurra en mi oído—. Mi padre no posee ningún atisbo de indulgencia y prefiero que estés en condiciones para nuestro encuentro en la intimidad.

“Mi padre”, mi cabeza repite y luego cruza “nuestro encuentro en la intimidad”. Trato de zafarme de su agarre, pero es imposible, es como querer mover una muralla, su fuerza me doblega. Dejo de luchar al percibir que no me soltará y también al sentir que la presión de sus manos sobre mis hombros, envía ondas de dolor a mi cuerpo.

Un fuerte gruñido hace que alejen la atención de mí. Liska, el lobo que ahora está vinculado con Alen, brama ferozmente y su vello se levanta engrifado. Priust da un paso al costado dejando pasar al animal que le pertenece. El lobo se desplaza hundiendo sus garras en la piedra. Sus ojos destellan en rojo, al igual que su pelaje. Se planta frente a Liska que lo reta y abre su hocico revelando sus colmillos. Las dos bestias se miden con su expresión y aullidos. Priust suelta una espeluznaste carcajada.

—Voltor no dejará su lugar tan fácilmente. —menciona cambiando su expresión—. Sólo puede existir un macho alfa.

—Quizás ya es hora de ser reemplazado. —Alen sin soltarme encara a su padre y cualquier intento de hablar por mi parte queda paralizado al contemplar que no únicamente los lobos se enfrentan, sino también sus amos.

—¿Me estás desafiando? —Priust pregunta, no preocupado, más bien interesado y hasta podría decir que su expresión refleja algo más. Me niego a aceptar que sea orgullo.

—Después de que contraiga matrimonio. —Alen responde fuerte y claro, sin ninguna señal de titubeo—. Tú y yo lo definiremos.

—Esperaré con ansias ese momento. —Priust responde complacido —. ¡Voltor! todavía no es tu hora. —Llama a su lobo. Luego me da un movimiento de cabeza y se aleja.

Vuelvo a respirar al darme cuenta que no lo hacía y sin querer encuentro la mirada de la hechicera. Su sonrisa burlona desaparece y podría decir que sus ojos expresan preocupación. No entiendo mucho

de sus jerarquías, pero si funciona como una manada normal de lobos; Alen al enfrentar a Priust y en el caso de ganar, se transformaría en el nuevo macho alfa, por lo que Calesia perdería el poder que hasta ahora posee. Ahora soy yo la que le regala mi mejor sonrisa de satisfacción.

—¡Cuídate! —amenaza con toda la maldad en sus palabras—. Ya no estás en tu casa.

—¡Calesia! —Alen la reprende—. Déjate de amedrentar, ¿acaso no tienes una labor que realizar?

Incredulidad es el primer pensamiento que cruza mi mente al escuchar cómo Alen pone a Calesia en su lugar. Por lo visto, ser el Heredero del Valle Oscuro, en autoridad, lo posiciona sobre ella. El regocijo de alguna manera me aborda y no únicamente por la llamada de atención hacia ella, sino también porque Alen sumergido en la oscuridad me defendió. En silencio suplico porque aún se encuentre ahí.

La hechicera no responde, alejándose tras los pasos de Priust.

Alen suelta su agarre y me observa impasible, mientras yo con un halo de esperanza le devuelvo la mirada

—¿Caminarás o tendré que cargarte? —Su tono se mantiene seco, sin ninguna señal de gentileza.

—Caminaré. —respondo firmemente, mientras una luz de esperanza se enciende al pensar que cuando nos encontremos solos, Alen me dirá que todo es una mentira, que él continúa conmigo.

Mis piernas reaccionan al igual que mi estúpido corazón. Me encamino con rapidez hacia la escalera escoltada por el nuevo heredero y su animal. Dos guerreros se nos unen para acompañar nuestro desplazamiento.

Me traslado por el corredor apresuradamente. Mis latidos se aceleran, y en esta oportunidad, por el ansia de conocer si Alen aún me corresponde. La cinta en mi mano la aprieto con la fe de que no todo está perdido.

Al ingresar a mi antigua alcoba encuentro a Laurel en su interior, esperándome. Al ver a Alen detrás de mí, su expresión de aburrida cambia a interés. Paso por su lado con mi palma hormigueando por borrar la sonrisa coqueta que se dibuja en su boca.

—Déjanos solos. —La voz de Alen retumba en la estancia. De inmediato la cara de mi antigua doncella cambia a decepción retirándose en silencio.

La mirada de Alen se encuentra posicionada en mí. La intensidad de sus ojos se extiende, examinándome de pies a cabeza. Liska, su lobo se mantiene junto a él. La puerta se cierra y por primera vez, en días, estamos solos. Quiero tomar la iniciativa y preguntarle la duda que me carcome desde que presencié el horripilante ritual de enlace, pero no

soy capaz de hablar.

No sé cuánto tiempo transcurre desde que llegamos a mi habitación, pero ninguno de los dos ha emitido palabra. Por mi parte, me encuentro inmóvil ante la dureza de su expresión y únicamente escucho mi respiración que ingresa lentamente, junto a las pulsaciones que se atropellan por mantener su ritmo. Alen por su lado, estoy segura que ha recorrido de extremo a extremo mi cuerpo y en este momento se concentra en mi boca.

—Estás delgada. —Rompe el incómodo silencio. Sus palabras continúan siendo gélidas al igual que sus ojos—. Tendrás que alimentarte.

—¿De qué hablas? —Pregunto desconcertada. Esperaba cualquier otro comentario, menos que se preocupara por mi aspecto personal habiendo miles de otras situaciones de carácter más urgente, como escapar.

—Desde hoy comerás como es debido y descansarás las horas pertinentes para presentarte ante nuestro pueblo en condiciones dignas de mi prometida.

—¿Disculpa? —Mi primera reacción es soltar una carcajada por su imposición como si fuera mi dueño. Mi segunda reacción es ¿habla en serio?

—Además, frente a cualquier persona me deberás obediencia. —Da un paso atrás apoyándose de mi tocador. Cruza los brazos por sobre su torso y sus músculos se tensan bajo la pintura negra y roja. El animal sigue sus movimientos sentándose en una postura más relajada.

—¿De qué hablas?, me refiero a que estamos solos, no tienes que seguir fingiendo. —Lo miro esperando que al fin caiga su fachada y me diga que él no se enlazó.

—Me parece que he sido lo suficientemente claro. —responde como si el problema de comprensión fuera mío—. Al llegar la luna llena, nos desposaremos para convertirnos en los sucesores del Valle Oscuro, mientras eso no ocurra, te mostrarás agradada y merecedora del lugar que te corresponde en mi reino.

—¿Tu reino? —Me cuesta discernir sus palabras o más bien me niego a reconocerlas. La aceptación de que Alen haya renunciado a su alma, sacude la leve esperanza que ilusamente quise albergar. En sus ojos, su expresión y su discurso demuestra que ya es un hecho que el hombre que conocí se ha esfumado—. Te enlazaste. —Esta vez no pregunto, afirmo y mis palabras no van cargadas de pena, más bien de rabia.

—¿Te cabe alguna duda? —Pregunta de forma arrogante—. Esto era algo inevitable. Mi destino se trazó el día que fui concebido. Ahora regresé a mi hogar del cual nunca debí salir.

—Tu hogar. —repito conteniendo nuevamente la carcajada que

quiere asomar. No porque me parezca divertido, más bien porque me parece macabro—. Me resulta extraño que llames hogar a un lugar que nunca conociste.

—No lo hice porque me privaron de ello. —Me explica con quietud, como si fuera algo habitual—. Tu padre me despojó de mi derecho.

—¿Qué te hicieron Alen? —Ahora pregunto con la angustia aflorando. Escuchar a Laurel hablar sin emoción, ni siquiera se acerca a lo que estoy sintiendo en este momento. Oír al hombre del cual me enamoré, despojado de toda sensibilidad y de las convicciones que hasta hace unos días atrás mostraba y por las cuales luchaba fervientemente.

—Al fin me mostraron la verdad. —Mueve su brazo posicionándolo sobre el tatuaje que ahora muestra su real origen—. Me revelaron mi auténtico propósito y también el lugar que me corresponde. Lo que no entiendo es por qué tu asombro, pensé que esto es lo que querías. Me refiero a que estaremos juntos, gobernaremos Badru y nuestro descendiente será el nuevo rey que unificará a los reinos.

—Era lo que quería, pero no bajo la oscuridad. —Respiro para buscar calma, al percibir que cada palabra que brota de sus labios golpea el amor que había nacido.

—Oscuridad o Luz, eso ya no tiene importancia. —Camina por la estancia examinando mi antigua alcoba—. Nuestro destino ya está sellado y tú, lo quieras o no, me acompañarás.

—¿Y qué pasó con tu promesa? —Mi voz se alza ante la impotencia de no poder hacer nada más que observar su nueva condición—. ¿Eso también ya no tiene importancia? Me juraste que siempre estarías conmigo, que doblegarías el espacio y el tiempo para encontrarme, que me defenderías con tu espada, lealtad y hasta con tu vida.

—Eso no lo recuerdo. —Levanta una de sus cejas con soberbia—. Pero sin duda, todo lo que acabas de decir, no es lejano a lo que ahora te entregaré una vez que nos desposemos. Al ser mi esposa y futura madre del heredero, te convertirás en mi familia y será mi obligación defenderte.

—¿Y qué sucederá con tu otra familia?, la que te cuidó y protegió durante tantos años. No puedo creer que no te interese que mi padre esté en un calabozo y la Madre Antigua amenazada de ser torturada si no acato vuestras órdenes. —Lo miro buscando alguna reacción ante mis palabras.

—Mi familia es Priust y mi rey ahora es Celsius, a ellos les debo mi completa lealtad. —menciona con convicción.

—Qué rápido cambiaste de lealtades, creí que tu fidelidad se encontraba hacia nosotros. —A cada reproche que realizo mi voz se

vuelve severa. El dolor en mi garganta se agudiza, pero no tanto como el dolor en mi corazón—. ¿Qué sucedió con Boreas?, ¿También olvidaste que es tu hermano?, al que defenderías y rescatarías de la tiranía que ha tenido que soportar todos estos años.

—Boreas es un cobarde. Engañó a nuestro padre y a nuestro pueblo, se merece lo que vaya a ocurrir con él.

—¡El cobarde eres tú! —Me acerco empuñando mis manos. La indignación me envuelve al escuchar la referencia hacia el pequeño príncipe, quien ha mostrado gran valentía y entereza ante todo lo que ha tenido que vivir—. Preferiste entregarte que asumir la realidad. Escogiste las sombras a seguir luchando. Elegiste abandonarme que mantener tu promesa. Ese joven es el doble de hombre que tú.

Alen se mueve de manera ágil hasta que se detiene frente a mí. Su mirada es rígida y al mismo tiempo determinada. Su presencia me intimida al desconocer hasta qué punto la maldad se encuentra en él, no obstante, no doy un paso atrás.

—Cuidado Eleonor. —Baja su cabeza para que nuestras miradas se encuentren, mientras sus ojos recorren mi boca—. No creo que quieras saber de lo que ahora soy capaz.

—¿Qué harás? —Me obligo a responder, porque no me dejaré amedrantar, no frente a él, a este hombre no lo puedo reconocer y por cada una de las palabras que expresó, hizo que perdiera mi respeto—. ¿Me golpearás?, ¿Me torturarás?, ¿Matarás a la que fue tu familia? La admiración que sentía por ti la acabas de aplastar y prefiero morir a ver en lo que te has convertido. —Debería mantenerme en una situación sumisa ante todo lo que me rodea, sobretodo porque estoy a merced de él y de las personas que ahora reconoce como su familia. Pero después de presenciar de lo que son capaces no me doblegaré, aunque muera o me lastimen por ello.

—Puedes pelear. —Alen se acerca hasta que respiramos el mismo aire—. Puedes gritar, puedes negarte, pero finalmente cederás a mí.

—Estás demente si piensas que me volveré a entregar a ti. —Doy un paso atrás para alejarme de él. Su cuerpo sigue siendo el mismo que mis instintos reconocen, pero su juicio se encuentra por completo nublado.

—Lo harás. —afirma acercándose nuevamente—. Mañana te enlazarás, y créeme que te entregarás de forma voluntaria, es más, me rogarás.

—Sigues manteniendo tu autoestima en alto, es lo único que al parecer queda de ti. —Me gustaría dar un nuevo paso atrás para alejarme, pero la cama obstruye mi escape.

—Serás mía. —Su mirada se endurece junto a su quijada—. Y espero que sea por las buenas.

—¿Esa es tu nueva arma de seducción? ¿La amenaza? —Continúo

encarándolo a pesar de que mis rodillas tiemblan y mi pulso se acelera ante su inquietante presencia.

—No es una amenaza, es un hecho. —Inesperadamente desliza su brazo por mi espalda y me acerca a su cuerpo. Percibo cómo su corazón late con fuerza y sus ojos me consumen, la oscuridad los envuelve, pero hay algo más, podría decir que deseo—. Debo reconocer que me hubieras defraudado si te entregaras fácilmente, la fuerza que corre por tus venas es lo que me gusta de ti y te hace digna de ser mi mujer.

—¿Tu mujer? —Pregunto de forma sarcástica, mientras lucho por deshacerme de su agarre—. Ese derecho lo perdiste desde que te entregaste a ellos.

—Ese es un derecho que me pertenece al haber conquistado tu pureza. —Sonríe de forma arrogante para luego acercar su boca a mi oído y susurrar—. Será interesante domarte otra vez.

Su mano la desliza por mi espalda traspasando el límite de mis caderas. Mi cuerpo rechaza su contacto impuesto y reacciona. No me percato del movimiento instintivo que realizo, cuando con toda la fuerza que puedo ejercer, lo abofeteo.

Capítulo 5

La cara de Alen se gira al recibir el golpe. No es necesario que me retire para alejarme. Liska, su lobo, se abalanza sobre mí derribándome sobre la cama. Sus colmillos amenazan cerca de mi mejilla sacudiéndome con su cálido aliento envuelto en bravura. Sus pezuñas se entierran en mi pecho quitándome la respiración.

—¡Liska!¡Atrás! —Alen ordena a su animal. El lobo se baja lentamente de mí, pero no quita su mirada desafiante.

Me quedo tendida sobre la cama recomponiéndome del sobresalto de haber sido atacada y también por no querer encarar otra vez al hombre que hasta hace poco era mi hogar.

—Pensé que eras más inteligente. —La voz de Alen me llega, pero no soy capaz de encontrar nuevamente sus ojos desiertos de luz—. Mientras más rápido aceptes tu nuevo estado, más fácil será tu adecuación. Asumo que no quieres ser mordida por un lobo o por mí.

—¿Quieres herirme? Hazlo, te aseguro que no hay nada que me pueda causar más pesar que tu abandono. —Esta vez apelo al atisbo de fortaleza que aparece y me levanto. El hombre pintado de rojo y negro que tengo delante de mí, no es Alen.

—¿Terminaste tu rabieta? —Se cruza de brazos con una expresión aburrida.

—¡Fuera! ¡Sal de mi habitación! —Grito enfurecida ante su agobiante indiferencia. Mis manos se empuñan y el instinto de volver a golpearlo despierta para que se trague todas sus palabras. Lamentablemente debo contener mi ira, no quiero someterme a la tortura de ser mordida por su lobo o por él.

—¿Qué te hace pensar que me puedas dar órdenes? —Sonríe de forma burlona.

—¿Y a ti qué te hace pensar que te tengo que escuchar? —Mi ira se descontrola y mis impulsos agresivos se comienzan a desatar—. Si quieres que sea complaciente y que no te ridiculice delante del que ahora es tu pueblo, márchate.

—Cuidado Eleonor, no juegues con fuego. —Se acerca y su mirada se ensombrece—. La hoguera a la que te enfrentas te puede quemar.

—Mi alma ya se calcinó. —Me acerco a la puerta y la abro—. ¡Lárgate!

—Me voy, pero no porque tú me lo pidas. —Camina hacia la salida seguido por su lobo—. Lo hago porque tengo un ejército que liderar. Nos vemos esta noche.

Al pasar por mi lado me cierra un ojo. El gesto lo reconozco, pero se encuentra lejos de palpar por un instante la esencia del hombre que conocí.

Cierro la puerta de golpe y ahora en soledad, realizo la rabieta de la cual fui advertida. Me acerco al tocador enfurecida lanzando lejos todos los objetos que están depositados en él. Golpeo con mis puños la madera y grito lastimando mi garganta una vez más. La impotencia me arrasa al tener que ser una mera espectadora de todo esto. Maldigo a los Antiguos Ancestros por haberme marcado para un destino tan fúnebre, que ha traído únicamente muerte y destrucción. Las lágrimas amenazan por salir, pero las trago devorando la desolación que martilla en mis venas y retuerce mi juicio. Esta situación me hace cuestionar si seré capaz de mantener mi raciocinio ante todo lo que me falta por afrontar. La respiración me abandona al igual que las fuerzas que quise mantener al enfrentarme al verdadero heredero del Valle Oscuro.

Obligo a mis piernas a dirigirse al balcón buscando el aire que necesito al sentir mi cuerpo pesado. Percibo la carga de los dientes de lobos en mi cuello que es un indicio de la dominación a la que estoy expuesta. De golpe arranco la pieza de mi piel y la lanzo hacia el acantilado con el fin de liberarme del maldito recordatorio de mi nefasta realidad.

“Eleonor, ¿Estás ahí?” me sobresalto al escuchar una suave voz que parpadea en mi cabeza. De inmediato me giro para buscar su procedencia. “¿Me escuchas?”, esta vez se arrastra con más fuerza y mi pecho se contrae al reconocerla.

—¿Asila? —Pronuncio casi como una súplica.

“¿Eleonor me escuchas?”

—Sí. —digo en voz alta al tiempo que recorro la habitación. La voz ya la había escuchado, pero pensé que había sido una invención de mi mente por el estado en el que me encontraba después de presenciar el enlace de Alen, ahora me doy cuenta que es real.

—¿Dónde estás? —Levanto mi voz con la intención de mantenerla conmigo.

“Estoy cerca” las palabras se comienzan a desvanecer “Por favor, no decaigas, pronto te veré”

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no me ayudaste? ¿Por qué no me hablaste antes? —Recorro la alcoba intranquila, mi desesperación crece ante la necesidad de encontrarla para increparla y también para que me oriente en lo que debo hacer.

“Te he hablado, pero algo se interponía entre nosotras”. La voz se escurre.

Medito sus palabras y la comprensión me alcanza.

—Llevaba un collar de dientes de lobo. Lo arrojé al acantilado. —

respondo, ahora consciente de que aquel elemento me bloqueaba de Asila. Calesia ya había utilizado esto para mantenerme de cierta forma invisible cuando me secuestró del Bosque Blanco.

“No lo vuelvas a usar, pronto estaré contigo”

—¿Cuándo? —Pregunto incrementando mi ansiedad al darme cuenta que la voz se debilita—. Por favor, te necesito. —Ruego, pero no hay respuesta. La hechicera nuevamente ha desaparecido.

Desde mi balcón observo cómo la luz del sol se escabulle dando paso a la figura de la luna que muestra su tenue luz cargada de maldad. La circunferencia perfecta desaparece, para transformarse en una delgada silueta que da la bienvenida a la fase creciente. Mañana cesará mi sangrado, como también sin apelación se contarán los días que me llevarán a alcanzar mi destino. La luna llena. Mi fertilidad se hará presente junto a la imposición de concebir al Heredero y todo en este momento me lleva a pensar que será bajo la oscuridad, sin embargo, lo que me ha mantenido durante todo el día en alerta es el día de mañana. Como fue mencionado en el salón, me forzarán a realizar el enlace y dudo seriamente después de todo lo que he vivido, que mi corazón esté calmo para superarlo. Al igual que Alen, mi alma se ha ensuciado por sentimientos negativos; el odio y la venganza han tocado a mi puerta y los he dejado entrar con la convicción de que son las únicas emociones que me han mantenido entera en este momento.

Asila nuevamente me mintió, no ha aparecido como me lo dijo. Es más, nadie ha entrado en mi alcoba. Por lo que sólo he contado el avance del tiempo hasta que tenga que presentarme en el salón. No estoy segura si seré capaz de comportarme complaciente frente a Alen o a cualquier otra persona que quiera continuar doblegándome.

Me inquieto al escuchar el ruido de la puerta. Me alejo del balcón e ingreso a mi habitación con la esperanza de que sea la hechicera. Mi decepción es inmediata al ver a Laurel con un nuevo vestido en la mano, y varios guerreros que transportan una tina con agua.

—Ya es hora de que te prepares. —menciona la doncella sin mirarme.

Exhalo con irritación al tener claro que no está en discusión negarme, menos después de las amenazas de Alen en relación a mi obediencia. Mientras no encuentre alguna salida de mi actual condición, prefiero hacer lo que me dicen por el bienestar de mi familia y el mío.

Una vez que los guerreros salen, Laurel cierra la puerta con llave. Enciende varias velas y acomoda el vestido sobre la cama. Se acerca al balcón y lo examina. Luego vuelve a mi lado tomándome de mis manos.

El gesto me descoloca y trato de retirar su contacto, no obstante, me mantiene sujeta. Sus ojos me encuentran y me paralizo contemplando sus pupilas. El rojizo se disuelve para dar paso a una blanca neblina como la bruma del amanecer.

“Eleonor, soy yo” las palabras se deslizan en mi mente y me quedo petrificada contemplando a Laurel.

—Eleonor. —Laurel habla con sus ojos aún envueltos en una leve blancura—. Soy yo, Asila.

—¿De qué hablas? —Doy un paso atrás sin poder creer que la hechicera se pudo haber adueñado del cuerpo de mi antigua doncella —. No comprendo lo que dices.

Menciono aún no convencida de lo que está ocurriendo, sobre todo después de haber sido engañada por Calesia al tomar la forma de mi cuerpo y el de Gamar.

—Eleonor, escúchame. —Se acerca para seguir susurrando—. No tenemos mucho tiempo, vine para sacarte de aquí.

Niego con la cabeza, no puedo aceptar lo que me dice, no quiero caer en una trampa otra vez.

—¿No me crees? —Laurel se vuelve a acercar e introduce la mano a través de su escote. Del interior saca un collar que en su borde lleva afirmado un trozo de madera—. Es de mi báculo. —dice y luego baja la manga de su vestido dejando al descubierto su hombro. Mi vista se clava en la herida al rojo vivo y sin cicatrizar que envuelve gran parte de la piel, recordándome que esta lesión fue realizada cuando trató de rescatarme del Reino de Aquilón.

—¿Asila? —Pregunto tropezando con mis propias palabras, confundida y al mismo tiempo esperanzada.

—Eleonor. —Sin aviso se abalanza sobre mí, abrazándome. Ante su contacto mi cuerpo reacciona aferrándose a ella. La endeble pared que quise construir para mostrarme entera se quiebra, cayendo al igual que la voluntad que he tratado de mantener. Las lágrimas se empujan una a otra por salir y esta vez las dejo fluir.

Sin soltarme, Asila en el cuerpo de Laurel me dirige hacia la cama, percatándose de que en cualquier momento caeré al no querer seguir mostrándome fuerte y necesitando que me diga que todo estará bien.

—Escúchame. —Se desprende de mi contacto y apoya sus manos sobre mis hombros para que la mire—. No tenemos tiempo. Sé que estás dolida y abatida, pero ya habrá tiempo para lamer tus heridas. Lo importante ahora es sacarte de este lugar.

Limpio mis lágrimas y la miro tratando de comprender lo que me dice. Su aparición me ha aturdido y no logro entender cómo me sacará de este lugar, el que se encuentra flanqueado por guerreros.

—¿Me escuchaste? —Me zarandea al darse cuenta que me encuentro inmóvil tratando de asimilar el hecho de que ella esté en mi

alcoba.

—¿Cómo harás eso? —Me obligo a responder sin estar segura de lo que me está solicitando.

—Lael y Liana están conmigo. —Encuentra mi mirada para cerciorarse de que le estoy prestando atención—. Se apoderaron del cuerpo de dos guerreros del Valle Oscuro. No se encuentran cómodos deambulando entre tanta oscuridad, pero lo más importante es liberarte.

—¿Ellos vinieron contigo? —Pregunto aturdida. Después de no haberlos visto la noche que capturaron a Alen, pensé que seguirían manteniendo su palabra de no involucrarse en los conflictos—. Creí que nos les interesábamos.

—Claro que les interesas, todos estábamos muy preocupados por ti. —Se incorpora levantándome con ella—. Debemos irnos.

—Un momento ¿Qué pasará con mi familia? Debemos llevarlos también. —menciono pensando que cuando Celsius o Priust se den cuenta de mi huida no cabe ninguna duda que tomarán represalias contra ellos.

—Lo siento, no los podemos llevar con nosotros, notarían nuestra presencia. —Me mira y sus ojos decaen—. En este momento lo importante es rescatarte solamente a ti. No podemos dejar que concibas al heredero.

—No me iré sin ellos. —Esta vez reacciono a lo que me está pidiendo—. No los volveré a dejar atrás, menos a su suerte. Ya los han amenazado con torturarlos si no coopero. ¿Qué crees que les sucederá si huyo? Estoy segura que esta vez los asesinarán, y ya no puedo cargar con más muertes sobre mis hombros.

—Eleonor, no discutiré contigo. —Apela cambiando el tono de su voz a uno más firme—. No te lo estoy solicitando, te lo estoy demandando. Esta guerra no se trata solamente de ti, sino también de todas las personas que necesitan ser salvadas.

—¿Me quieres decir que estás dispuesta a sacrificar a mis padres? —La contemplo desconcertada ante la frialdad de sus palabras.

—Con el dolor de mi corazón, sí. —Me afirma cuando trato de alejarme de ella—. Sé que ellos estarían de acuerdo, si con aquello pueden salvarte a ti y a Badru.

—Si ustedes hubiesen intercedido antes, esta guerra jamás sería lo que es ahora. —Me suelto de su agarre afectada por sus palabras y también por todo lo que ha sucedido. Ella y sus hermanos, los Antiguos Ancianos pudieron haber detenido esta matanza antes—. Les pedimos ayuda, les imploramos que nos apoyaran y se negaron. Es vuestra culpa que a Alen lo hayan capturado siendo obligado a someterse a las tinieblas.

—Eleonor, de verdad lo siento. —Asila responde y en su expresión

se refleja el pesar que le producen mis palabras—. Traté de detenerlo, pero una vez que Emery nos contó lo sucedido, nadie pudo persuadir a Alen de que esperara, de que nos diera el tiempo para organizarnos.

—¿Emery sigue con vida? —Pregunto de inmediato al escuchar el nombre de mi hermano.

—Sí, Fennes se quedó con él en el bosque, ya se encuentra recuperado.

Un suspiro de alivio sale de mi boca al saber que mi hermano se encuentra bien y lejos de este lugar.

—¿Gamar también está con ustedes? —La miro esperanzada a que me diga que al menos algunas de las personas que esa noche participaron del malogrado intento de fuga pudieron lograrlo.

—Sí, se encuentra bien, pero ya te explicaré todo. —Se acerca con clara impaciencia—. Ahora, necesitamos sacarte de aquí.

Se mueve por el lugar y toma el vestido con el que debo prepararme para la cena.

—Escúchame. Cuando vengan por ti; Liana y Lael se mantendrán en el corredor. Yo tomaré tu forma y seré la que baje al salón mientras ellos te conducen por la parte posterior del castillo. Emery nos explicó que hay pasadizos ocultos que los dirigirán hasta el acantilado. En ese lugar encontrarán una embarcación que los llevará por mar hasta el Bosque Blanco. Hay varios hombres del Reino de Vulpis que están preparados para enfrentar a los guerreros del Valle Oscuro que se encuentren en vuestro camino mientras se aproximen a mi reino…

—Un momento. —La interrumpo antes de que continúe—. ¿Te quedarás aquí haciéndote pasar por mí?

—Sí, sólo hasta al anochecer, no te preocupes por eso, recuerda que puedo implantar visiones y una vez que piensen que estás durmiendo me escabulliré.

—¿Y qué pasará con Alen?

—Él ya se entregó a la oscuridad y no sabemos si lo podemos rescatar. Lo siento.

—¿Lo dejarás aquí a su suerte al igual que a mi familia?

—Eleonor, por favor, escúchame. Tú eres la única que puede liberar a tu pueblo. Si te quedas, estarías condenándolos a todos.

—Y si me voy ¿Qué pasará después?, por lo que entendí cuando vimos las visiones, la única forma de romper el encantamiento es que Alen sea capaz de sortear las tinieblas.

—No sabemos cómo hacer eso, por ahora debemos alejarte. Bajo ninguna circunstancia te debes entregar a él mientras se encuentre enlazado.

Doy un paso atrás analizando lo que me está pidiendo. Por un lado, la idea de escapar de este lugar y colocarme a salvo hace que cierto alivio aparezca. Pero, por otro, la angustia me invade al pensar en

dejar a mi familia atrás. Situación que no estoy dispuesta a realizar. No puedo permitir que se sacrifiquen por mí otra vez. Y Alen, al pensar en él cierro los ojos ¿Cómo podría apartarme en este momento? ¿Cómo podría dejarlo en las tinieblas sin intentar recuperarlo? Él, en el peor momento no me abandonó. Se lo prometí, le dije que estaríamos juntos por siempre o hasta que mi existencia acabara. Y este es el momento en dónde demostraré la veracidad de mis palabras. Mi instinto me indica que soy la única que puede mostrarle el camino a la luz.

—Lo siento Asila. —La miro con la decisión tomada—. No me iré con ustedes.

Capítulo 6

Sé que tomar la determinación de permanecer en el lugar que sólo puede traerme pesar es arriesgado y hasta puede parecer irracional. Bueno, prácticamente desde que Alen cruzó la puerta hacia su verdadero linaje, gran parte de mi razón se desquebrajó, pero así y todo no me puedo marchar, no puedo seguir huyendo de mi azar. Como dijo Asila, es mi deber auxiliar a mi pueblo y la única manera de hacerlo, es rompiendo el maldito encantamiento que ha nublado el discernimiento de todas las personas que han sido enfrentadas a la vinculación. Los antiguos relatos lo predijeron y lo han vociferado en cada una de las líneas escritas. No hay ningún otro hechizo o magia que pueda vencerlos. Únicamente el hecho de que conciba a un hijo con un hombre nacido en luna nueva y que haya sido capaz de sortear la maldad. Sé en el fondo de mi corazón que Alen es el indicado. Sé que en lo profundo de su alma su esencia es pura y mi deber es traerlo de regreso.

—Eleonor, sé que te encuentras consternada por todo lo que ha sucedido. —Asila habla en un tono conciliador—. Pero la única forma de salvar a Badru es que ahora vengas con nosotros.

—¿Qué pasará después? —Cuestiono—. ¿Mantenernos ocultos, mientras Celsius sigue avanzando con su ejército, arrasando con lo poco que queda de Badru, enlazando a más personas, cegándolas para que sigan una causa de venganza? Tú, muy bien sabes que los hombres de mi hermano son un ejército reducido, que no podrán contenerlos a todos. ¿Cuánto tiempo crees que aguantaremos?

—No lo sé, eso lo veremos una vez que te coloquemos a salvo. —En su respuesta noto que su voz también vacila.

—Nunca más volveré a estar a salvo, y tampoco lo estaré en el Bosque Blanco, ya viste que Calesia no tuvo ningún impedimento en infiltrarse y sacarme de ahí. ¿Crees que no lo volverá a hacer?

—Esta vez tendremos más cuidado.

—No lo creo. —Afirmo ante la frustrada realidad—. Ni tú, ni tus hermanos están en condiciones de combatirla. Ya viste que sus aliados conocen como destruirlos. Poseen armas realizadas con la madera de tu árbol sagrado. Ni todos los trucos que ustedes puedan realizar, los podrán librar ahora.

—Eleonor, no podemos entregarnos. —responde con desolación en

sus palabras—. Y no podemos dejar que te abandones a la oscuridad. Sé que amas a Alen, pero no puedes dejarte seducir por las tinieblas para estar con él.

—No me dejaré seducir por las tinieblas, lucharé contra ellas. —digo convencida de que batallaré para que eso no suceda.

—¿Cómo harás eso exactamente? Percibo que tu corazón se encuentra ensombrecido y además siento cómo el odio y la sed de venganza también se han filtrado en ti. No estás en condiciones de enfrentarte al ritual de enlace.

—Tampoco estoy en condiciones de alejarme otra vez. No entiendes que es mi deber combatirlos. Escapar ya no es una opción, lo he hecho desde que inició esta guerra y nada los ha detenido. Después de escuchar sus planes y el apetito de revancha que los mueve, no se detendrán.

—Te entiendo, pero no puedes enfrentarte sola a lo que te forzarán a realizar.

—¿Acaso no has sido tú la que siempre ha dicho que por mis venas corre el liderazgo, y que mi alma posee una fuerza inherente? —La miro recordando las palabras que tantas veces pronunció. No entiendo cómo estoy a punto de tomar esta determinación, pero mi instinto se despierta realizando una resistencia desconocida que me prohíbe dar un paso atrás, al contrario, me fuerza a encarar para lo que fui criada y la que es mi obligación, ser la próxima Reina de Badru. Como dijo mi padre, no fui instruida para dejar que un forastero se apodere de lo que por derecho me pertenece. Menos dejaré que Celsius ni Priust transformen a mi pueblo en un lugar despojado de emociones. Y por los Antiguos Ancestros, bajo ninguna circunstancia dejaré a Alen.

Asila toma mis manos con fuerza y encuentra mi mirada. Su expresión lentamente cambia.

—Te escucho. —Finalmente dice—. Oí cada uno de tus pensamientos y la convicción en tus palabras. Yo no te puedo detener, tienes razón. Ya no podemos escondernos más, la única forma de vencerlos es enfrentarlos. Confío en ti, siempre lo he hecho y esta no será la oportunidad para que dude de tus capacidades. Sé que no será fácil hacer frente a todo lo que te espera, pero tengo la certeza de que lo podrás hacer. Me quedaré a tu lado como siempre he estado. Tienes mi completa colaboración y sé que mis hermanos también se unirán a esta alianza. Saben que harás lo imposible para revertir esta situación y si no fuera así, sabemos que estás dispuesta a dar tu vida por tu pueblo, al igual que yo.

Respondo asintiendo con mi cabeza. Convenciéndome de que seremos capaces de restablecer el curso de los acontecimientos. La siguiente pregunta que me hago es ¿cómo lo lograremos?

—Al haber cambios de planes, lo primero que tengo que hacer es

avisar a Lael y a Liana de que te quedarás. Deben avisar a nuestros aliados para que se mantengan alertas ante cualquier nueva eventualidad. Cuentas con menos de una semana para la luna llena, tienes sólo unos días para sacar a Alen de la oscuridad y créeme que no tengo idea de cómo realizarlo. Hablaré con mis hermanos para que ellos busquen algún escrito que pueda hablar de aquello.

—Por lo que hablé con Laurel. —Me detengo y miro a Asila—. ¿Qué hiciste con ella?

—La dejamos dormida en los pasadizos ocultos del castillo, no te preocupes por eso, Liana se encargará de ella. —Asila me indica la tina—. Te debes preparar para bajar al salón.

Esta vez no me rehúso, al contrario, una nueva energía emana de mí, pero también considerando que debo ser capaz en primer lugar de mantener la calma y en segundo, sostener mi entereza en alto para enfrentarme a todo lo que vendrá. La presión de tener la responsabilidad en mis hombros es agobiante, sin embargo, es en este momento cuando deberé absorber toda la fuerza que me entrega mi fase. El camino terminó y es ahora cuando tengo que enfrentar las fuerzas oscuras y recuperar al hombre que amo. Debo dejar a un lado todos los acontecimientos que me han consternado estos últimos días y alejar los sentimientos de revancha que me sobrepasan cada vez que veo a mis adversarios.

—Tranquila. —Asila me guía hacia la tina que me espera y me ayuda a quitarme el vestido que llevo—. Como siempre lo he dicho, da un paso a la vez. Por mi parte, lo único que te pido es que en el momento de que dudes o sientas que ya no puedes sostener más la situación, dímelo y te sacaré de aquí.

—El darme por vencida no es una alternativa ya que soy la única que puede llevar a cabo esta tarea, así que no bajaré los brazos, esa es una promesa. —Declaro mientras me introduzco en el agua. Afirmo mi cabeza en el borde de la tina y cierro los ojos. La promesa que acabo de realizar no es solo para la hechicera, también es para mí porque juro que no sé cómo, pero haré todo lo humanamente posible para que esto acabe.

Asila termina de acomodar los últimos cabellos que se liberan del tomado que realizó y al enfrentarme al espejo esta vez la imagen que veo es diferente a la presenciada en la mañana. Aunque la baja de peso sigue siendo notoria, la expresión de mi rostro refleja determinación. Una que sin poder evitarlo va unida al temor de lo que nuevamente observaré en el salón. No me preocupa tanto volver a encontrarme con Celsius, Calesia, o Priust, como el hecho de volver a enfrentar a Alen. En nuestro encuentro anterior, su determinación

unida a su nueva visión completamente nublada es algo que será difícil de revertir, pero no puedo perder la esperanza. Debo creer que puedo quitar las sombras que lo cubren para que encuentre sus sentimientos reales, los que tenía hacia mí y hacia su verdadera familia. Ahora, ¿cómo haré para que vuelva a encontrar al hombre que fue?, aún no lo he pensado, pero no dejaré que eso haga decaer mi objetivo.

Tres golpes en la puerta me indican que ya es hora de que baje. Me armo de valor para un nuevo enfrentamiento, pero esta vez con Asila a mi lado. Me doy un último vistazo en el espejo contemplando el vestido. Los tonos oscuros realzan mi blanca piel. El cuero negro que cubre mi torso asciende por mi cuello, dejando al descubierto mi clavícula. Mi tatuaje queda expuesto al igual que mi naturaleza, la que jamás negaré. El peinado es un tomado alto que alarga mi cuello regalándome elegancia. Mis ojos se acentúan con el polvo oscuro, profundizando mi mirada. Esta vez yo misma apliqué tinte rojo en mis labios, porque es necesario llamar la atención de Alen. Necesito que recuerde y regrese a mí. Físicamente estoy preparada, en la parte emocional aún trabajo, pero ya no es momento de dar pie atrás ni acobardarme, fui yo la que decidió quedarse.

—¿Lista? —Asila me contempla y su expresión no refleja nerviosismo, más bien, con su mirada me insta a dar el siguiente paso.

—Lo estoy. —Respondo. Avanzo y antes de salir de la habitación, deslizo mis dedos por la tira de cuero que vuelvo a sostener amarrada a mi muñeca. La que me recuerda mi promesa de amor y a la que solicito que me entregue la resistencia para no retroceder y no intimidarme.

La puerta se abre y como siempre se encuentran los guerreros para escoltarme. Al salir al pasillo diviso a seis hombres con sus lobos. Recorro los rostros rápidamente preguntándome cuál de ellos corresponde a los Antiguos Ancianos que también se escabulleron en este lugar para ayudarme. Al verlos a todos con sus ojos vacíos quito la mirada para no ser evidente. Anteriormente no les había demostrado interés, por lo que ahora no quiero que vean ninguna acción de mi parte que pueda delatar a los hechiceros que se encuentran entre ellos.

Asila en el cuerpo de Laurel camina detrás de mí. Sentir su presencia hace que esta vez mis pasos sean más decididos que en la mañana cuando realicé este mismo trayecto. Como siempre, lo primero en escuchar, es el bullicio del salón que se filtra por el corredor. Me obligo a respirar y a mantener mi cabeza erguida. En esta oportunidad sé con lo que me encontraré y también sé qué esperan de mí, que coopere con su retorcida causa y por parte de Alen, que sea complaciente. Todas estas acciones van en contra de mis

principios, pero dejaré que piensen que sigo su juego, necesito que bajen su guardia para poder acercarme a Alen, si es que puedo hacer eso.

Me detengo en el balcón, y como siempre ha ocurrido, toda la audiencia se silencia para observarme. La ansiedad me quiere abrazar al ver a los habitantes del Valle Oscuro y los que fueron habitantes de mi reino. No me detengo en ningún rostro en particular para no perder el valor.

Cuando estoy por bajar la escalera, mi mirada viaja a la persona que me espera en el último peldaño. Mi respiración queda retenida en mi garganta y mi corazón, el que había apaciguado, despierta sin ser solicitado.

Alen me regala su conocida sonrisa que, a pesar de estar envuelta en oscuridad, se encuentra lejos de aminorar sus atractivos rasgos, al contrario, siento que se han realzado y sobre todo ahora que su rostro ya no está cubierto del tinte negro que llevaba anteriormente.

Mi valor trastabilla solo un momento y me obligo a hacer que mis piernas reaccionen para descender. Me concentro en el primer escalón queriendo esquivar su indagación y aunque no quiero volver a contemplar sus ojos despojados de luz, su nueva mirada me hipnotiza. El azul se ha incrementado con algunos tintes rojizos, tornando su expresión más penetrante y profunda. Su postura además de ser imponente y envuelta en solidez, ahora también es acechante tal cual lo haría un lobo que estudia a su presa. Me debería asustar la forma de cómo examina cada uno de mis movimientos, pero contradictoriamente la reacción es opuesta, haciendo que el calor se aloje en mi vientre. El conjunto negro de cuero que envuelve su cuerpo destaca sus tonificados músculos que ahora demuestran una apariencia más salvaje y primitiva. Su presencia me encandila y sigo avanzando como una polilla cegada por la luz. Y aunque sé que en cualquier momento podría quemarme, es inevitable no flotar hacia él. Su boca se curva en una arrogante sonrisa, la cual termina por encandilarme. Debo reconocer que antes me parecía atractivo, pero ahora que en su sangre lleva la vinculación a un animal, pareciera que ha asimilado rasgos que lo ubican en el primer lugar de la cadena de especímenes que con sólo un vistazo hacen que ruegues de rodillas por su compañía. ¿Qué estoy diciendo? Exhalo para encontrar mi sentido común, el mismo que por un instante desapareció. La idea es que él regrese a mí, no que yo me embobe dejándome atraer por sus encantos. Al parecer, esto será más difícil de lo que pensé.

Al estar a un escalón de su encuentro estira el brazo para que lo alcance, haciendo que su sonrisa se realce. Seguramente piensa que ha ganado al ver que avanzo hacia él. De cierta manera lo hizo, lo que no sabe, es que no me daré tan fácilmente por vencida. Lo único que

necesito es sostener la máscara que me he impuesto a llevar.

Levanto mi mano y al apoyarla en el brazo que me ofrece el contacto me hace vacilar con ideas contradictorias. Por una parte, querer lanzarme a sus brazos para hundirme en su cándida mirada, pero por otra, mantenerme alerta al recordar que fue despojado de parte de su humanidad.

—Estás hermosa. —Se acerca traspasando mi espacio personal. Su tibio aliento golpea mi cuello y en mi oído susurra—. Luces como una digna Princesa de Luna Nueva.

—Si tú lo dices. —respondo sin poder evitar el sarcasmo en mis palabras, quizás es una forma de escapar de las emociones que me envuelvan al tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos.

—Mañana ya no será una obligación acompañarme. —comenta mientras nos deslizamos entre los asistentes que siguen nuestros pasos con atención—. Mañana lo desearás en cada espacio de tu cuerpo.

—¿Qué desearé exactamente? —Lo contemplo, pero al enfrentar su mirada bajo la vista al darme cuenta que, aunque se encuentra sumida en las tinieblas, mi eje continúa doblegándose ante su presencia.

—Desearás ser mi esposa, desearás estar en mi lecho, desearás que nuestros cuerpos se vuelvan a encontrar. —Baja su cabeza hacia mí para no ser escuchado—. Es lo estoy deseando yo.

Ante sus palabras, mis mejillas se entibian y el calor repta por mi columna. Trato de mantener el rostro sin expresión, sin embargo, fallo por completo. Su insinuación además de hacer que mi juicio vacile, también me recuerda que, si no soy capaz de hacerlo volver a mí, deberé entregarme a él en la oscuridad. Situación que me debería crear ansiedad, pero extrañamente la sensación es opuesta. En este momento es que me doy cuenta que, sólo una de sus palabras hace que comience a desvariar. Miro sobre mi hombro para encontrar a Asila que se mantiene detrás de mí. Ella eleva sutilmente su cabeza para regalarme un asentimiento que es una confirmación para que continúe.

Vuelvo mi vista al frente justo en el momento en que nos detenemos y observo la mesa dispuesta con los líderes del Valle Oscuro. El primero que encuentra mi mirada es Celsius.

—Me complace que nos acompañes. —Se coloca de pie y me regala una dramática reverencia. Me gustaría responder que no tengo alternativa, pero me obligo a tragar mis palabras.

Mi vista viaja por la mesa hasta encontrarme con el macho alfa del Valle Oscuro. Ante mi aparición asiente en mi dirección con una copa en la mano. Luego sigue con su atención en Calesia que se encuentra sentada a su lado. Agradezco que su interés no esté en mí, no obstante, esta acción me preocupa recordando que en las dos ocasiones que nos hemos encontrado mi presencia no ha sido

relevante para él. Claramente no me ve como una amenaza, bueno, en mi actual condición no lo soy, pero su indiferencia me hace analizar que tal vez si me niego a cooperar posea otro plan. Esta idea no es tan descabellada, hasta el momento siempre han estado un paso adelante de nosotros.

El tatuaje de luna creciente que cruza su rostro se acentúa en cada uno de sus expresiones y me pregunto por qué eligió aquel lugar para llevar su fase. Los nacidos bajo esta etapa llevan consigo la competencia, la dominación, la justicia y la persuasión. Lo de la justicia es algo que no he visto en el macho alfa, porque lo que está realizando está lejos de ser justo para todas las personas que están a su merced.

Me distraigo ante la carcajada que Calesia suelta por algo que Priust le murmura al oído. El control que trato de mantener tropieza ante aquella mujer. Mi naturaleza implora para que borre su sonrisa.

—Princesa. —Alen me distrae del instinto asesino que me arrasa cada vez que la veo. Me indica un puesto en el borde de la mesa, lo sigo y a continuación, él se sienta a mi lado.

De inmediato varios súbditos aparecen en todas direcciones con bandejas y platos con un gran festín. Una doncella se acerca para rellenar mi copa, al levantar la mirada me encuentro con Laurel, sus ojos me inquietan al notar que volvió su tono rojizo.

“Tranquila soy yo” las palabras bailan en mi cabeza y luego agrega: “es vino, quizás te ayude con tu ansiedad, pero toma solo una copa”.

No lo pienso dos veces y acerco el elixir a mis labios.

—Tú no puedes beber eso. —Alen detiene la copa antes de que llegue a mi boca.

—¿Por qué no? —Pregunto de manera ingenua, pero al mismo tiempo atenta a la señal que me acaba de entregar. Quizás recuerda lo que sucedió la vez anterior, cuando bebí en el castillo de Aquilón. Fue la primera vez que nos besamos.

—Primero come. —Responde. Pero alcanzo a percibir una pequeña vacilación en sus ojos, la que desaparece tan rápido como apareció. De inmediato mi ilusión se desploma. Me animo mentalmente a no decaer repitiéndome que soy capaz de hacerlo.

Celsius se levanta de su asiento dirigiéndose a su pueblo y da un pequeño discurso repitiendo las mismas palabras que ya he escuchado con anterioridad: venganza, nuestra causa, próximos herederos. Al terminar, todos los asistentes levantan sus vasijas y su rey los invita a brindar.

Aprovecho la instancia y alzo mi copa también. Alen me fulmina con la mirada y lo ignoro.

—Es nuestro rey. —menciono sonriendo de manera forzada—. No

puedo faltarle el respeto.

Sigo el consejo de Asila y bebo al igual que todos. Ellos por su causa, yo para tener el coraje de mantenerme en esta silla y no comenzar a tirar de mi cabello. El líquido quema mi garganta dañada y al mismo tiempo la calienta. Dejo que llegue a mi estómago sorbiendo por completo el contenido de la copa.

Siento una mirada penetrante a mi lado, pero no giro la cabeza. Mis instintos me imploran que lo haga porque es Alen, pero no puedo, debo ser fuerte. Dejo la copa para colocar mi atención en los cubiertos y en la comida, después de todo, me dijo que comiera y es la única forma en la que ahora puedo permanecer lejos de su escrutinio, y lejos de estar mirándolo hipnotizada por su nuevo y arrollador encanto.

Capítulo 7

Nuevamente se acercan varias doncellas a rellenar las copas. No he seguido bebiendo porque el vino las veces que lo he ingerido ha hecho que mi sentido común desaparezca y en este momento, necesito de total concentración para no perder mi horizonte. Alen no me ha vuelto a dirigir su atención, se ha mantenido entretenido conversando con el Rey del Valle Oscuro. He tenido que ocupar gran parte de mi fuerza de voluntad para no tomarlo del brazo y sacarlo de su lado. No escucho lo que hablan, pero estoy segura que Celsius lo sigue turbando con su sed de revancha. Levanto mi vista hacia el salón recorriendo a los asistentes, ellos sí que han bebido más de la cuenta. Se muestran relajados y sonrientes disfrutando del banquete. El desconcierto me llega al darme cuenta de que, sin todos los sentimientos de rencor y odio, son un pueblo al igual que cualquier otro. Lo que me llama la atención y de lo cual no me había percatado, es que esta noche los lobos no merodean el lugar. Miro a Alen y a su costado no se encuentra Liska.

—¿Por qué los lobos no se encuentran en el salón? —Dirijo mi pregunta hacia él.

—Ellos también necesitan descansar. —Contesta sin mirarme. Su atención está puesta ahora en la doncella que frente a él le sirve vino.

Al observar a la mujer, sus ojos están depositados o más bien dicho clavados en Alen, y no lo está mirando de una forma normal, si lo pudiera definir de alguna manera, lo está devorando. Luego con atrevimiento se inclina dejando que su escote se abra. Lo primero que cruza por mi mente es que la envidio por poseer un busto tan abultado y lo segundo, es que es una descarada.

—Es raro que los dejen descansar, siempre los he visto merodeando cerca de ustedes. —Continúo hablando para atraer su atención y que deje de mirar a la doncella.

—Ellos también poseen necesidades. —Alen sonríe de manera insinuante pero no a mí, sino a ella—. Necesitan cazar y también aparearse.

La última palabra es remarcada. ¿Qué está sucediendo aquí? hace un minuto me coqueteaba a mí y ahora se coloca en bandeja para otra.

Fijo mis ojos en la doncella para hacerle notar mi molestia, pero sin aviso su expresión se ensombrece y sus rasgos se tornan rígidos.

Sigo su mirada y mi rostro se transforma de la misma manera que el de ella.

Una nueva mujer camina por delante de Alen sentándose en sus piernas. Sonríe y a continuación le comienza a dar pequeños bocados de comida en la boca. Él dirige un brazo por sobre su cadera y con el otro afirma su muslo. Mi sangre rápidamente se calienta al igual que mi cuerpo. Mi calma desaparece y el impulso de arrancar una cabeza me atraviesa. La idea de parecer complaciente se disuelve como todo lo que me rodea en el salón. Sin darme cuenta ya estoy de pie y empuñando mis manos. Las palabras de Laurel se deslizan en mi cabeza recordándome que la mayoría de las mujeres están interesadas en él porque ahora es el heredero al trono. Eso lo puedo entender, lo que no puedo comprender es que él, en frente de mí se muestre con esa soltura. Estoy dispuesta a realizar muchas cosas y soportar otras: tortura, sometimiento, pero de lo que estoy segura, es que bajo ninguna circunstancia estoy dispuesta a presenciar cómo Alen se entrega a otra mujer.

—Podrías retirar las manos de mi prometido. —Trato de mantener mi voz en calma para no hacer una escena en medio del salón, ni menos enfrente de mis captores, ya que no estoy segura de las consecuencias que me puede traer no permanecer en una postura sumisa. Mis palabras se pierden entre el bullicio del lugar y nadie se percata de mi solicitud.

La irracionalidad me carcome al ver cómo la mano de Alen se desliza por el muslo de la mujer, subiéndola. Mis piernas se colocan en movimiento y me ubico a su lado. Los dos me ignoran porque, al parecer, lo que la doncella le murmura al oído es más interesante que mi presencia.

—¡Te dije que retiraras las manos de mi prometido! —Esta vez no necesito realizar un esfuerzo por alzar mi voz. Mi paciencia ha desaparecido. Al no moverse, la jalo con fuerza del brazo quitándola de la comodidad del regazo de Alen.

—No sabía que era exclusivo tuyo. —La doncella me contesta con desfachatez, como si la que estuviera mal fuera yo. Al levantar su rostro la reconozco. No recuerdo su nombre, pero era una de las doncellas que trabajaban en mi corte. Me concentro en sus ojos y el tinte rojizo de sus pupilas me confirma que se encuentra bajo el encantamiento.

—No te di permiso para que te levantaras. —Alen me reprende, sin mirarme y sin soltar la cintura de la mujer.

—Me voy a retirar a descansar. —Digo ocupando todo mi control para no perder la poca serenidad que me queda, menos en este lugar, me lo prometí—. Si no quieres que haga un berrinche delante de tu corte, me acompañarás.

—Inténtalo. —Alen se incorpora levantándose de golpe. Me desafía y no es cualquier desafío, sé por lo rígida de su quijada que habla en serio. Su rostro se encuentra contraído, al parecer, realmente molesto por la intromisión en su cortejo y su expresión enfurecida me advierte que dé un paso atrás. No lo hago. No quiero que me vea vulnerable, y menos ante esta situación. El no estará con otra mujer.

—Ya he estado en su lecho, así que no tienes de qué preocuparte. Mientras te encuentres con tu sangrado, yo cuidaré de él. —La doncella menciona y sus palabras hacen que mis entrañas se retuerzan.

De inmediato mis instintos se despiertan, sin saber si es porque mencionó mi condición en relación a mi sangrado, el que al parecer es de dominio público, o por el hecho de que ella piense que posee algún derecho sobre Alen. Sin dudarlo doy un paso hacia ella y la abofeteo. El salón de inmediato se silencia y todas las miradas recaen sobre mí.

—¡No le pondrás una mano encima! —amenazo levantando mi voz al fin sacando toda la molestia y frustración que he guardado durante esta irritante velada.

—¡Eleonor! —Una voz conocida hace que mi vello se engrife aún más. La ubico al final de la mesa y contemplo a Calesia sonriendo maliciosamente—. Me sigue sorprendiendo tu violencia.

—No tienes ni idea de lo violenta que puedo llegar a ser. —Me giro para dirigirme ahora hacia ella, pero una enorme figura se interpone en mi camino. Levanto la mirada para encontrar a Priust. Sus ojos no están en mí.

—Alen, controla a tu hembra. —gruñe hacia su hijo.

La figura de la luna en su cara me inmoviliza un instante, pero la tolerancia que quise demostrar ya no la encuentro. Cuando voy a hablar para encararlo en relación al comentario de hembra unos brazos me sujetan. Antes de que pueda parpadear, Alen me levanta como quien carga una pluma y me sube sobre su hombro. Pataleo por soltarme de sus brazos, pero es como querer mover una montaña. Lo único que resulta de mi lamentoso intento de escabullirme, son las risas de la concurrencia. Ágilmente conmigo en el hombro sube de dos en dos los escalones hacia el segundo piso. Lo primero que llama mi atención es lo fácil con lo que se desplaza, estoy segura que la primera vez que me cargó en su hombro no le fue tan sencillo. El recuerdo de aquella vez, sin solicitarlo, se desliza en mi mente. En esa oportunidad yo había ingerido gran cantidad de vino, que en ese caso, permitió desinhibirme. Alen me sacó del salón porque pensaba que me acostaría con algún hombre del Reino de Las Águilas. Ahora, los papeles se invirtieron, yo debería cargarlo a él para alejarlo de las garras de las descaradas doncellas. La furia me sigue embargando dejando en segundo plano el hecho de que esta noche debía mantener

la compostura y tratar de buscar alguna forma para atraerlo. Lamentablemente mis impulsos me jugaron en contra y ahora que voy colgando en los fuertes brazos del heredero del Valle Oscuro me doy cuenta de mi error. ¿Por qué Asila no me ayudó a mantener la calma? Por cierto ¿Dónde está la hechicera? Después que sirvió mi copa no la volví a ver ni escuchar. La llamo en mis pensamientos, pero no hay respuesta. Escucho el ruido de una puerta al abrirse y luego cerrarse. Antes de que pueda volver a protestar. Alen me suelta sobre la cama.

—Ahora puedes realizar tu berrinche. —menciona de camino hacia la puerta con la intención de marcharse. Me digo a mi misma que eso no va a ocurrir.

—¡Piensas irte para meter a esa mujer en tu cama! —grito aprovechando la instancia de encontrarnos solos en mi habitación. Después de todo, dijo que me debería mostrar complaciente sólo delante del que ahora proclama como su reino.

—Eso no es de tu incumbencia, aún no nos desposamos. —Me da una leve mirada como si yo no fuera de importancia en su vida. Eso sí que me duele. Me digo mentalmente que lo deje ir, pero mi cuerpo no se deja intimidar y lucha por mantenerlo a toda costa. Llego con rapidez a la puerta y me afirmo de ella para que no la abra.

—¿Qué haces? ¿Este es tu berrinche? —Me mira con expresión aburrida—. Tengo un límite de paciencia ¡Quítate!

—Pues te digo que mi paciencia se acabó. —No me muevo. El descontrol me envuelve y no sólo por el hecho de que esté pensando en cortejar a otra mujer, también por la frialdad de su mirada y de sus palabras. Me cuesta convencerme de que no quede nada de él. Contemplo su rostro y es el mismo de siempre. Levanto mi mano y la ubico en su pecho percibiendo el palpitar de su corazón que golpea con fuerza, al igual que el mío. En algún momento los dos latían en la misma sintonía y me niego a creer que la armonía que fue creada haya desaparecido para siempre. Subo mi otra mano y la deslizo por su mejilla.

Alen se mueve ágil como siempre y me encierra contra la puerta, afirma sus brazos uno a cada lado de mi cabeza y baja su rostro hasta que nos encontramos respirando el mismo aire.

—No me provoques si no estás dispuesta a llegar hasta el final. —Me recorre con su mirada y la fija en mi boca—. No te he instigado de otras formas, porque aún por tu cuerpo fluye sangre. Para mañana eso acabará y me podrás acompañar en mi lecho como lo estás solicitando.

—Yo no he solicitado eso. —digo de inmediato dándome cuenta que su insinuación va dirigida a la intimidad. Como lo presentí, sus instintos más salvajes y primitivos han despertado. Trato de empujarlo para que se aleje, porque eso no va a suceder. No estoy dispuesta a

satisfacer sus necesidades como una más. No es lo que quiero de él.

—Quizás no lo has verbalizado. —Se acerca. Su boca recorre el borde de mi mejilla sintiendo su aliento tibio que golpea mi piel. Se desliza hasta mi cuello y exhala justo en el borde de mi oído. Inevitablemente todo mi cuerpo se estremece—. Tu corazón late con fuerza cuando me acerco. Tus mejillas se sonrojan y tus manos transpiran. Tus poros se dilatan y estoy seguro que si inspeccionara tu cuerpo encontraría más vestigios de la llamarada que se enciende en tu vientre.

Quiero contestar para rebatir cada una de sus afirmaciones, pero el aire ha desaparecido de mis pulmones. Sólo escucho su respiración y percibo lo caliente de su cuerpo. Sus manos se ubican en mis caderas y sin previo aviso me levanta. Me sostiene contra la pared y mis piernas obligatoriamente se abren dejando el espacio para que su cuerpo se acune entre el mío. Su contacto hace que mi corazón se dispare al reconocer las líneas de su cuerpo y los músculos que me sostienen. Sin poder negarme me afirmo de sus brazos y trago la saliva que retengo en mi boca al notar su prominente erección que rosa sin permiso mi bajo vientre.

Me quedo inmóvil aceptando en silencio que me está ocurriendo todo lo que describió y lo odio por eso. Lo odio por tener tal control sobre mí.

—¿Ya no quieres seguir rebelándote? —Sonríe con arrogancia y acerca su boca a la mía—. ¿Si estás dispuesta, puedo tomarte ahora?

Quiero dar un paso al costado y aferrarme a mi juicio, el que me indica que este no es el camino. Quiero decirle que se vaya porque mi razón ruega para que me aleje, sin embargo, mi cuerpo implora por hundirme en él. La parte ingenua en mí despierta pensando que si nos exploramos en cuerpo, tal vez nuestras almas se vuelvan a encontrar. Sin meditarlo pongo mi fe en algo que desconozco, aferrándome a la idea de que quizás este pueda ser el camino para reclamarlo de la oscuridad.

Con decisión me acerco encontrando sus labios. Su boca me recibe y de inmediato reconozco su dulce sabor. Su cuerpo se acopla al mío y me deshago de la tirantez que me mantenía congelada. Me aferro a él devolviéndole cada una de las embestidas de su lengua que me acaricia con posesión, la misma que demando yo. No me detengo, porque no quiero y porque no puedo, a pesar de las contradictorias emociones que me recorren, de la misma forma que Alen recorre mi cuerpo. La desesperación de perderlo se une a la lujuria, haciendo que me rinda y me entregue a este instante, en el cual, él me corresponde. Mantengo los ojos cerrados para únicamente palpar su sabor y sus caricias, alejando los instintos que me indican que lo aparte.

Su beso se vuelve a profundizar en el momento que escabulle sus

manos a través del vestido para alzarme aferrado a mis muslos. Camina conmigo en sus brazos hasta que me deposita en la cama y se incorpora quitándose la camisa por sobre su cabeza. Recorro su pecho, el que desprende un calor abrazador y al cernirse sobre mí, su presencia termina por nublar toda mi existencia.

Miles de imágenes cruzan por mi mente con todos los recuerdos que tengo de él. Mantengo los ojos cerrados para aferrarme a eso, a sus palabras y a su promesa.

Sin poder rehuir de este momento, me dejo seducir por su lengua que acaricia con firmeza mis labios para luego ser arrastrada hasta mi pecho. Baja el escote y encuentra uno de mis senos, el que de inmediato y ante su impasible mordisqueo se torna rígido, elevándose para suplicar por una nueva succión. Al notar mi descarada insinuación levanta mi vestido quitándolo, para luego regresar y darle el mismo tratamiento a mi otro pezón, el que es envuelto por su ardiente lengua. La exaltación junto a la excitación de mis sentidos es inevitable, advirtiéndome de que esta batalla ya la perdí.

Sus manos se continúan trasladando por cada espacio de mi piel que le es posible alcanzar y el roce de nuestros cuerpos se adhiere encajando a la perfección. De mis labios escapa un gemido de placer cuando nuestras caderas se golpean. La rígida virilidad que se empuja sobre mi sexo es una demostración del frenesí que lo arrasa y que me arrastra a naufragar sin miramientos en él. Mis piernas se abren aún más para recibir una nueva embestida de su cuerpo, el que se calcina ante la fricción del mío. En respuesta, la humedad escapa de mi entrada, la que palpita rogando para ser colmada. Lo atrapo entre mis muslos balanceándome con necesidad, no solo de que su intimidad roce la mía, sino también de quebrar cualquier barrera que lo mantenga lejos de mí.

Él suelta un ronco quejido, mientras se vuelve a presionar sin gentileza ni consideración, tal como lo había hecho la primera vez que estuvimos juntos. En esta oportunidad se encuentra cegado sólo por el deseo.

Abro mis ojos con el objetivo de contemplar su mirada. Necesito ver algo en ella que me diga que aún se encuentra ahí. En la tenue luz que dejan ver las pocas velas encendidas encuentro sus ojos centelleantes. El rojizo está totalmente presente en ellos, confirmándome que en este acto no hay nada que lo conecte conmigo, sólo sigue la naturaleza animal que le fue entregada.

Debería detenerme y lo más probable alejarlo, pero mi sentido común se funde al igual que la necesidad de tenerlo conmigo. La lucha interna se desata entre el deber y la condena. Porque sí, en sus brazos me sentencio a perder mi razón, la cual se deshace entre el toque de sus manos que atrapan mis caderas frotándose con atrevimiento sobre

la fina tela que separa mi hendidura. Los músculos de mi abdomen se tensan ante la anticipación de lo que vendrá.

Mi respiración se entrecorta y con cada nuevo gemido, cada nuevo suspiro se corroe mi corazón, al que no le importa la penumbra de sus pensamientos. Lo único que vislumbra es la exigencia de poseerlo y de reclamar lo que por voluntad le pertenece.

Alen no se detiene. Con rapidez me desprende de la vestimenta que cubre mi sexualidad. Me debiese preocupar mi sangrado, sin embargo, me enfoco en mi propósito de llegar a él y la desesperación de encontrar otra vez mi hogar.

Se incorpora para quitar lo que queda de su ropa y escucho el ruido que emiten las espadas al caer al suelo junto a sus pantalones. Exhalo una última vez consciente de que ya no hay vuelta atrás, seré suya en la oscuridad. Regresa ubicándose sobre mí y lo beso sellando el pacto de nuestro amor, el que siempre se mantendrá.

Sus inhalaciones entrecortadas las percibo en mis labios y maldición, lo amo tanto. Al separarme para dejar que me posea, digo las únicas palabras que quedaron tatuadas en mí de por vida.

—Te pertenezco.

Alen de manera inesperada se detiene. Sus ojos me recorren y el rojizo de ellos se disipa. Me contempla y su expresión se contrae.

—¿Qué dijiste? —Pregunta recuperando el aliento e incorporándose lentamente.

—Te pertenezco —repito.

Suelta mi agarre y se levanta. Su quijada se torna rígida. Un pequeño aleteo de esperanza se forma en mi pecho y me levanto para acercarme. Está ahí, lo sé. Acerco mi mano para tocar su rostro y da un paso atrás.

—¡No me toques! —advierte de manera severa.

—Alen. —Me vuelvo a acercar porque es mi oportunidad. Algo me dice que una brecha se abrió.

—Dije que no me toques. —Su semblante se endurece y su tono se vuelve desconcertado y molesto—. Esta noche se terminó.

—Por favor, no lo hagas. —Le ruego—. No te alejes de mí.

—Si no te callas, te mandaré a azotar. —Recoge sus pantalones y se viste rápidamente.

—Tendrás que golpearme tú si quieres que me calle. —Lo enfrento. Sé que está huyendo. No lo puedo perder.

Me ignora y antes de que lo alcance abre la puerta y grita:

—¡Guardias! ¡Llévenla al calabozo!

Capítulo 8

He perdido la cuenta de todas las veces que los guerreros del Valle Oscuro me han arrastrado de un calabozo a otro. En este momento camino en silencio sin tener nada que objetar.

El pequeño destello de ilusión que pude haber albergado se ha enmudecido por completo. Alen se encuentra más lejos de lo que podía imaginar; y aunque hubo un instante de titubeo por su parte, la vinculación fue más fuerte. No quiero rendirme tan fácilmente, pero después de lo sucedido en la alcoba, es imposible no perder la esperanza. El tiempo se agota y la brecha que quizás se abrió no sé si será suficiente para lograr alcanzarlo.

Sigo caminando con mis hombros abatidos y recriminándome duramente por haber sido tan débil. De no encontrar mi fortaleza, lo más probable es que termine cediendo a lo que él desea. Lamentablemente es un hecho; puedo luchar contra Calesia, puedo plantarle cara a Priust, puedo rebatir a Celsius, sin embargo, mi determinación flaquea por completo ante él. Alen es mi debilidad.

—Por Aquí. —Uno de los guerreros me jala del brazo antes de poder girar al corredor que corresponde a los calabozos.

Mis ojos se abren más de lo normal al percatarme que cruzamos el salón dirigiéndonos hacia el patio central. Lo primero que hago es bajar mi cabeza para no tener que enfrentar a los habitantes que continúan deambulando por el lugar. No quiero que contemplen el temor de mi rostro, al pensar que Alen cumplirá su promesa y me azotará por haberlo hecho dudar de la que ahora acepta como su única causa. Lo que también me hace pensar es que, si quedara algo del hombre que fue, jamás hubiera sugerido una sentencia tan despreciable hacía mí. Trato de calmar las pulsaciones que se arremolinan en mi pecho al estar a unos pasos de ser castigada físicamente, y aunque este hecho debiera hacer que lo odie, no puedo hacerlo. Sé que es el encantamiento el que habla por él.

Mi respiración regresa cuando nos alejamos de la pira de tortura y tomamos rumbo hacia las caballerizas, sin embargo, la ansiedad persiste al no conocer sus intenciones.

Una vez que pasamos los establos, a una corta distancia, observo nuevas celdas que antes no se encontraban en aquel lugar. De cierta forma la calma retorna, no obstante, la preocupación se mantiene al darme cuenta que me dejarán a la intemperie.

Esta vez no me empujan al interior, ingreso sin protestar, después de todo, no hay nada que pueda hacer. Al cerrar el candado los guerreros se marchan al igual que la luz de sus antorchas. La oscuridad es únicamente alumbrada por la tenue luz de la luna creciente que exhibe sin deferencia mi nueva condición.

—¿Eleonor? —Un susurro me sobresalta en el silencio de la noche. De inmediato me muevo buscando la procedencia del familiar tono de voz. Dejo que mi vista se acostumbre a la penumbra hasta que las sombras se disuelven para exponer la figura delgada de un joven que se encuentra a dos celdas de la mía.

—¡Boreas! —Mi voz sale atropellada. Primero, por la sorpresa de encontrar al joven príncipe y segundo, por el alivio de saber que su sentencia de muerte aún no se ha llevado a cabo.

—¿Estás viva? —Boreas me mira confundido. Trata de incorporarse, pero las cadenas que lo envuelven lo mantienen sujeto al final de la celda—. Yo te vi morir.

—Yo también me vi morir pero, como ves no era yo. Fue uno más de los trucos de Calesia. —Me acerco a los barrotes para tener una mejor visión de él.

—Entonces todavía hay esperanza. —Sus palabras son pronunciadas a modo de reflexión para sí mismo.

—También quiero creer eso, sin embargo, a cada segundo lo veo más difícil. Tu familia es la que tiene por ahora la situación en sus manos.

—¿Por qué no rompiste el encantamiento? ¿Qué estuviste haciendo? —La voz del joven príncipe cambia de confundida a irritada.

—Además de mantenerme con vida, estuve averiguando cómo acabar con el maldito vínculo. —respondo también molesta por su llamado de atención como si estar en esta situación fuera de manera voluntaria.

—Por lo que puedo observar no tuviste éxito, de lo contrario, no estarías apresada y yo no seguiría encarcelado a merced de mi familia.

—No es necesario que me lo recuerdes, sé exactamente cuál es mi condición. —digo en tono exhausto y contradictoriamente complacida al contemplar la fortaleza del joven príncipe. No puedo evitar sonreír ligeramente ante su temperamento gruñón que había olvidado.

—Bueno, ahora que estás aquí las cosas deberían cambiar. No es que te quiera presionar, pero dadas las circunstancias, debes averiguar cómo sacarnos de este lugar. Mi tiempo se agota. —Mueve su cabeza mostrando a su alrededor.

—¿Tienes fecha para tu sentencia? —Pregunto inquieta ante el recordatorio de su inminente muerte.

—Se llevará a cabo una vez que retornemos al Valle Oscuro. Por lo

que escuché será Alen, tu antiguo mano derecha el encargado de matarme quien, al parecer, también es mi hermano.

—Eso no puede ser verdad. —rebato no siendo capaz de creer que los líderes del Reino de Los Lobos aspiren a tal crueldad. Y menos que Alen pueda ser capaz de llevar a cabo un acto como aquel.

—No deberías sorprenderte. Aún no sabes de lo que están dispuestos a hacer por la causa que persiguen.

—No pongo en duda tus palabras, sin embargo, en el momento que Alen supo de tu existencia su primer instinto fue tratar de liberarte.

—Eso ya no ocurrirá. El encantamiento corre por sus venas. Las personas que son vinculadas olvidan por completo todo en lo que creían. Lo único que son capaces de visualizar es el ideal de Priust. Con él ya no existe ninguna esperanza. Alen hará lo que le digan y no lo cuestionará.

—Pero debe haber una forma de hacerlo volver. —Menciono esta vez no tan convencida después de analizar nuestro reciente encuentro. Si prácticamente no sirvió el hecho de entregarme a él, ¿Qué podría funcionar?

—Existe una posibilidad. —Boreas responde—. Y es que si encontramos la forma de liberarte y que puedas al fin cumplir la misión para la cual te rescaté la primera vez, tendrías que engendrar un hijo con Gamar.

—¿Gamar? —. Ahora soy yo quien lo mira confundida.

—¿No era él con el que te debías acostar? —Pregunta impaciente.

—¿No te lo han dicho? Tu hermano, Alen, es el único que puede romper la maldición.

—¿De qué estás hablando? —Exhala con incredulidad— ¿Por qué tendría que ser él?

Rápidamente le relato los hechos desde que llegué al Bosque Blanco. Boreas asiente en silencio, al parecer tan descolocado como todavía me encuentro yo ante todo lo que ha sucedido y lo que ha sido revelado.

—Mi padre debe sentirse completamente pletórico al encontrar un descendiente que valide su retorcida misión. —Boreas expone una vez que finalizo.

—No sé si la palabra es pletórico, pero sí lo ve como la oportunidad de ganar la guerra.

—No te puedes entregar a él. —Advierte de forma seria.

—Lo sé. —Balbuceo bajando mi mirada. No le mencioné al joven príncipe el hecho de que casi lo hago. En mi defensa puedo decir que no me encuentro fértil. Así que no los estaba condenando a todos, solamente a mí.

—Debe haber una forma de contactar a la hechicera que te está ayudando.

Vuelvo a cerrar mis ojos para llamar a Asila, pero como ha ocurrido toda la noche, no hay respuesta por parte de ella.

—Existe una mujer en mi reino que conoce mi condición y que tampoco se encuentra enlazada. —Boreas comenta ocultando su mirada.

—¿Tu madre? —Pregunto al darme cuenta que no sé nada de la mujer que lo concibió, quizás al igual que la madre de Alen, no sucumbió al encantamiento.

—Por supuesto que no es ella. —Suelta una risa sarcástica—. Esa mujer está atada en cuerpo y alma a Priust. Los últimos años he tratado de mantenerme lo más lejos de su presencia para no ser descubierto.

—Lo siento. —Menciono realmente acongojada por él. En sus palabras, además de rabia percibo que también hay tristeza—. ¿Quién es la mujer entonces?

—Una amiga. Ella al igual que yo, no se enlazó. Ha sido la única persona que me ha mantenido cuerdo durante todos estos años. —Esta vez sus palabras van unidas a agradecimiento. Sus ojos también develan otra cosa, al parecer amor—. Ella podría ayudarnos a escapar, pero para eso, tenemos que llegar al Valle Oscuro.

—¿Crees que pueda hacerlo? —Cuestiono pensando que, si para mañana no logro hacer que Alen regrese, no puedo quedarme para que realicen el ritual de enlace conmigo, menos que maten a Boreas.

—Es la única opción que poseo, pero no es muy prometedora. Ella es sólo una doncella de nuestra corte, no sé si cuente con las herramientas para rescatarnos. Pero si no lo logra hacer, al menos tendrá que auxiliar a Nube.

—¿Dónde se encuentra él? —Pregunto recordando al lobo que me salvó de las garras de Magnus.

—No sé dónde lo tienen exactamente, pero lo puedo percibir. Está asustado y no por él, está asustado por mí. —Boreas baja su cabeza afectado—. Él es mi familia, no podría soportar que le hicieran daño o peor aún, que lo vinculen a otra persona para unirse a esta maldita batalla.

—¿Lo pueden vincular a otra persona? —Lo observo interesada en esta nueva información.

—Lo pueden hacer. Una vez que yo esté muerto, obviamente el vínculo desaparece.

—Boreas, por favor, no pierdas la esperanza. Haré lo humanamente posible por sacarte de aquí. —Formulo afligida al escuchar al joven príncipe. Renegando a que ese sea su destino. Él no se merece morir y menos en manos de su hermano. Sin mencionar que, si Alen llevara a cabo tal acto, destruiría cualquier intento de salvación para él.

Contemplo el rostro de Boreas y aunque sé que sus palabras están cargadas de fortaleza, sus ojos denotan preocupación y temor. Ahora más que nunca necesito que Asila aparezca para prestarnos su ayuda. Ella debe sacar a Boreas de este lugar. Su sentencia no se puede llevar a cabo. Él es un inocente entre toda la barbaridad que nos rodea, es prácticamente un niño. Aún no han doblegado su entereza, y no dejaré que lo hagan. De inmediato continúo invocando con todas mis fuerzas a Asila. ¿Dónde estará? El temor me invade pensando que quizás fue descubierta y que por eso no responde a mi llamado. Alejo esa idea, Liana y Lael se encontraban con ella. Tal vez sólo han tenido que sortear alguna adversidad que los pusiera en riesgo.

—Así que estás enamorada de mi hermano. —Boreas nuevamente habla y esta vez sus palabras van cargadas de burla.

—En este instante no tanto. —respondo al recordar que gracias a él me estoy congelando en una celda.

—Como consejo, y después de haber visto a los hombres unidos a los lobos, tienes que saber que hay muchos rasgos que adquieren de ellos. —Me mira con una sonrisa traviesa en su rostro—. La temperatura corporal asciende, el olfato se intensifica, la fuerza también se incrementa junto a la agilidad. Les gusta la caza y no sólo devorar a su botín. En el caso de los hombres, se enceguecen ante un desafío, sobre todo cuando se trata de una mujer. Ellos son capaces de acosar hasta que capturan a su presa. Así que mientras más te niegas a aceptar a Alen, más querrá aparearse contigo, y disculpa, no lo digo de forma despectiva, más bien de manera literal.

—En este momento creo que él quiere aparearse con cualquier mujer que esté dispuesta a hacerlo, y no lo digo con desprecio, más bien porque lo he visto con mis propios ojos. —respondo sin poder evitar los celos en mis palabras, al pensar en las mujeres con las que descaradamente coqueteaba.

—Lamento que hayas visto eso. En su defensa puedo decir que no está actuando de forma racional. Sus sentimientos han sido anulados y su razón manipulada. Lo he visto muchas veces en las personas que son enfrentadas a la vinculación. Olvidan aspectos de sus vidas y sobre todo los que tienen que ver con sus sentimientos. Es como si todos los actos de gentileza o amor que alguna vez experimentaron fueran borrados. Te creo cuando me dices que él realmente no me quiere matar, pero lamentablemente es lo que en este momento debe hacer. La culpa no es de él, es de Priust y de la maldita hechicera.

—¿Qué sabes de ella? ¿Hay algo que me pueda ayudar a contrarrestar lo que está haciendo?

—Nunca tuve mucho contacto con ella. No quería, ya sabes, que pudiera leer en mí que no era parte del encantamiento, aunque de todas formas lo descubrió. Ella mantiene una relación estrecha con

Priust. En algún momento escuché que poseía un libro en donde se escondían oscuros hechizos, quizás en él se pueda encontrar algo, pero acceder a él, creo que será más difícil que salir de este calabozo.

Analizo esta nueva información en relación a Calesia, pero como dice Boreas, llegar a aquel libro bajo las circunstancias que me encuentro es más difícil que romper el encantamiento. Hay alguien que podría quizás localizarlo, Asila, pero ¿dónde está?

—Por cierto, debes haber hecho algo que realmente molestara a Alen para que te encerrara aquí, después de todo, serás la mujer que procreará a su hijo, en nuestro reino eso es sagrado.

—Le dije algo que al parecer lo hizo recordar nuestra antigua vida juntos. —Evito su mirada para que no pueda leer a través de mi expresión.

—No quiero ser indiscreto, pero debo preguntar ¿Te has acostado con él después de la vinculación? —Me contempla esperando mi reacción.

—No lo he hecho. —Maldigo en silencio. Como dijo Liana, todo en mí refleja mis emociones y Boreas sin decirlo sospecha algo.

—Bueno, es por eso. Los hombres jóvenes que aún no encuentran pareja no se detienen cuando se trata de una mujer. Una vez que eligen a la que procreará a sus hijos y se unen en la intimidad, sólo poseen ojos para ella. Bueno, hasta que sus hijos crecen. Luego vuelven a sus andanzas. Así que, si sigues con tu plan de hacerlo recordar, deberías entregarte a él.

—¿Hablas en serio? —Lo miro avergonzada. Definitivamente esta conversación se ha vuelto bastante incómoda.

—Por supuesto. Si él se enlaza en la intimidad contigo, créeme que dejará de mirar a otras mujeres y también su instinto de protección y posesión crecerá ante ti. Ya te lo dije, en mi pueblo la mujer que es nuestra compañera es venerada. A excepción obviamente de mi madre, la cual fue ocupada como un mero recipiente de procreación por Priust, ya que la noche las pasa en la cama de Calesia.

—¿Qué sucede entre ellos dos?, me refiero a que cuando estuve en el Bosque Blanco, sus hermanos me dijeron que su alma era una de las más puras que se podían encontrar, cosa que encuentro difícil. ¿Sabes lo que ocurrió para que ella cambiara tan drásticamente?

—No lo sé y no me interesa. Ella es una de las personas que, si tengo oportunidad, la mataré.

—En eso no estoy de acuerdo contigo. —Me da una mirada contrariado—. Porque a ella, la mataré yo.

Me observa complacido y luego descansa su cabeza apoyándola en los barrotes. El cansancio también está presente en mí, pero dormir está lejos de ser una de mis prioridades. Necesito contactar a Asila para que nos preste su ayuda. Continúo llamándola y sigo

encontrando silencio.

Las últimas palabras del joven príncipe revolotean en mi cabeza, en relación a Alen. Entregarme a él sería una forma de que quizás regrese. Prácticamente estuve a punto de hacerlo, y sí, hubo un instante que él recordó, estoy segura de ello. Lo que dice Boreas no es tan descabellado. Deberé intentarlo otra vez. En esta oportunidad no dejaré que se aleje, aunque para hacer eso tendré que ocupar gran parte de mi ingenio o más bien dicho, ser capaz de seducirlo. De ninguna de las dos estoy segura. Mi experiencia en la intimidad no es la suficiente como la de las descaradas doncellas que pretenden meterlo en su lecho. Al recordarlas mi estómago se contrae, siendo esa la confirmación de que necesito hacer lo que sea necesario para no permitir que ninguna mujer tome lo que por derecho y amor me pertenece.

Contemplo a Boreas a mi lado y su respiración profunda y rítmica me comprueba que se encuentra dormido. Algo que también me gustaría hacer, pero el gélido viento que proviene del acantilado congela mi piel. Al salir de la alcoba lo único que alcancé a colocarme fue el delgado vestido con el que me presenté en el salón. Abrazo mi cuerpo con mis manos y me arrincono al final de los helados barrotes. Debería sentirme abatida otra vez, pero sorprendentemente el deseo de seguir luchando me entrega calor. Esto no ha terminado. Boreas continuará luchando y yo también lo haré.

“Eleonor”, la voz en mi cabeza me sobresalta, pero no de temor, más bien de alivio. Respondo de inmediato “Asila, ¿Dónde estás?” Espero su respuesta, la cual no llega.

Capítulo 9

La luz del amanecer paulatinamente envuelve mi entorno, mientras abro mis ojos. Durante la noche dormité las veces que el cansancio me sobrepasó, pero en ningún momento dejé de contactar a Asila. Su nula respuesta me mantuvo preocupada pensando que quizás se encuentre en peligro o haya sido descubierta.

Me incorporo con lentitud de la incómoda postura en la que me encuentro. Comienzo estirando mis músculos, los que se encuentran rígidos por la mala ubicación adoptada y por el frío. Desde lejos observo cómo los guerreros ya entrenan junto a los lobos que comienzan a merodear el lugar. Boreas continúa durmiendo y, de cierta forma envidio la pasividad que lo cubre.

Mi atención se dirige hacia los guardias que se acercan en mi dirección. Al acercarse mi boca se abre al reconocer detrás de ellos la cabellera blanca que ondea con la brisa de la mañana. Una de las últimas personas que deseaba ver se aproxima. Calesia al llegar hasta mi celda como siempre me regala su inconfundible y despreciable sonrisa.

—Buenos días Princesa. —Dice y puedo notar que su tono va cargado de regocijo—. No sé qué le pudiste haber hecho al heredero del Valle Oscuro para que tratara a su amor de esta manera.

Ignoro sus palabras cargadas de malicia porque no le daré el gusto a que me martirice. Boreas se mueve en la celda contigua al escuchar a nuestra maldita captora.

—Calesia ¿me trajiste el desayuno? —El príncipe pregunta de forma despectiva.

—Ríete. En unos días sonreiré yo cuando vea tu cabeza rodar bajo mis pies. —Calesia responde y ante su comentario ahora es mi pecho el que se hiela.

—Espero que mi sangre te manche y a todos los malditos que estén presentes. —Boreas replica sin ningún atisbo de temor en sus palabras.

—Te lo concederé, quédate tranquilo —Calesia contesta.

—¿Viniste por algo en especial o sólo querías darme los buenos días? —Pregunto a la hechicera desviando la conversación y agradeciendo la valentía del joven príncipe, la que me entrega el arrojo para también acompañar mis palabras con sarcasmo.

—Te vine a buscar para que te prepares para nuestro viaje. —responde de manera seca—. En unas horas partiremos hacia tu nuevo reino.

Los guerreros abren mi celda y me sacan al exterior. Antes de que me retiren de las caballerizas le doy una última mirada a Boreas, él me responde con un guiño y una sonrisa. El gesto lo reconozco, es muy similar al de su hermano, así como también puedo reconocer que los dos poseen el mismo coraje. Ruego porque esta no sea la última vez que lo vea.

Al pasar por el patio central observo la preparación de los habitantes para emprender el viaje hacia el reino que ha traído sólo devastación. Cierto temor me recorre al darme cuenta que me dirijo finalmente a la boca de los lobos. En donde la maldición se inició y en donde también se debe terminar. Sé que tengo a todo un pueblo en mi contra, pero también sé que es mi deber no rendirme y luchar por todas las personas que me señalan como su próxima reina.

Nos adentramos al castillo y al admirar la comida dispuesta sobre las mesas mi estómago gruñe. Mis escoltas no se detienen, por lo que asumo que esta mañana no habrá desayuno para mí. Seguimos desplazándonos dirigiéndonos al segundo piso. Calesia preside nuestros pasos por el corredor que me lleva hasta mi alcoba. Cierto alivio me recorre al darme cuenta que al fin podré cambiar mi vestimenta por una más adecuada y así poder alejar el frío que llevo impregnado desde anoche. Me desconcierto al percatarme que no nos detenemos en mi puerta y que continuamos avanzando.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —Pregunto al fijarme que giramos a la derecha al final del corredor. Una alarma se despierta al advertir la mirada de la hechicera.

—Alen requiere de tu presencia. —Me sonríe y esta vez es clara la diversión de su expresión.

Sin decirlo sé que trama algo y viniendo de ella espero cualquier cosa. Respiro hondamente para que no se dé cuenta de la aprensión que me embarga de tener que encontrarme otra vez con el heredero al trono del Valle Oscuro. En esta oportunidad ya no sé qué esperar de él y en el caso de que continúe molesto, deberé calmarme para no perder la poca paciencia que me queda, menos ahora que sé que debo seducirlo para que se vincule conmigo en la intimidad. Tampoco debo permitir que la ansiedad me turbe, teniendo en cuenta que eso es algo que debe ocurrir esta noche. Sin mencionar que mis emociones las tendré que alejar al estar consciente de que su accionar no será por el amor que alguna vez me profesó, sino más bien por el instinto primitivo que hoy lo consume. Levanto mi cara y cuadro mis hombros con la intención de buscar la confianza que necesito para llevar a cabo esta tarea, a pesar que es innegable el nerviosismo que me rodea ante

toda la presión.

Nos detenemos en la habitación que correspondía a mi padre y Calesia golpea. Antes de recibir la confirmación para ingresar, abre la puerta.

Doy un paso hacia al interior y mi cuerpo se paraliza al instante. La escena es tan perturbadora como los miles de insultos que cruzan por el borde de mi boca.

Alen al sentir nuestra presencia se incorpora de la cama, pero sin quitar de encima a la mujer que se encuentra desnuda sobre él. Cualquier idea que pude haber gestado se quiebra y convulsiona ante lo que observo. De inmediato mis entrañas se retuercen al ver cómo sus manos tocan la piel de otra persona y también al darme cuenta de lo ilusa que fui al pensar que se habría ido anoche a su cama solo. Claramente eso no ocurrió porque al parecer, el semental en el que se ha transformado necesitaba saciar su lujuria. Mi boca se abre en el momento que aparece una nueva mujer debajo de las sábanas.

—No te enseñaron a golpear. —Alen reprende a Calesia, pero su tono está lejos de ser molesto, más bien es aburrido. Como si hubiera estado amarrando sus botas y no desnudo con dos mujeres en la cama.

—Ya conoces a Eleonor, no sabe respetar algunas normas. —Calesia responde y se ubica a mi lado al parecer para apreciar mi reacción.

Empuño mis manos controlando la ira que envuelve cada parte de mi ser y que juro que quiere estallar. Respiro para calmar el impulso de correr y sacar del cabello a las mujeres que lo tocan, para luego lanzarlas por el balcón y también para menguar la tentación de ir por Alen y abofetearlo hasta que entre en razón. Lamentablemente ninguna de esas acciones las puedo realizar porque eso es lo que desea Calesia. Con esa intención me trajo hasta aquí, para que pierda el control y sea nuevamente castigada o es lo que su severo escrutinio me transmite. Bueno, esta vez no le daré en el gusto y aunque mi furia calcine mis venas, no caeré en su provocación. Maldita.

—Me disculpo. —Me obligo a responder ocupando toda la fuerza de voluntad que logro encontrar para no abalanzarme contra todos y destrozar la habitación—. Pensé que estarías listo para emprender el viaje.

Sostengo la mirada de Alen, obligando a mi cara a que no demuestre toda la furia que ruge por explotar. Calesia a mi lado sonríe, pero ya no tan divertida como antes. Juro que en cuanto tenga la oportunidad haré que nunca más lo vuelva a hacer.

—¿Ya está dispuesto el ejército? —Alen pregunta al mismo tiempo que golpea la nalga de una de las mujeres para que se levante. Mis uñas se entierran en la palma de mi mano, al sentir una de las más grandes humillaciones de mi vida.

—Estamos esperando a que lideres la comitiva junto a la que será tu mujer. —Me da una mirada despectiva de los pies a la cabeza.

—En eso tienes razón, seré su mujer. —contesto devolviéndole la mirada mientras mis entrañas arden por venganza—. Y ya que te convertirás en mi súbdita, sería bueno que empezaras a acatar mis órdenes. Así que déjanos solos, pero antes, solicita que suban el desayuno a mi prometido porque después de la noche que tuvo necesitará reponer fuerzas. Encárgate de eso.

—¡No me hables así! —Calesia responde rompiendo su inescrutable control—. Ahora sí te deberían azotar por insolente.

—¡Suficiente! —Alen camina hacia nosotras completamente desnudo—. Eleonor tiene razón. Que me suban el desayuno y que el ejército se prepare para partir. Antes del mediodía iniciaremos nuestro viaje. Eso es todo.

Calesia realiza una pequeña reverencia ante la imponente voz de mando de Alen y como lo había sospechado, él se encuentra sobre ella en jerarquía. De cierta forma me complace haberla puesto en su lugar, sin embargo, eso no hace que mi furia desaparezca.

—Pueden marcharse. —Alen ordena a las doncellas que de inmediato recogen sus ropas y se retiran con sus expresiones visiblemente descontentas.

Me muevo a un costado para dejarlas pasar y miro hacia otro lugar cuando caminan por mi lado, aún luchando por no llevar mi puño a sus caras. Al cerrar la puerta me mantengo en mi lugar porque cualquier plan de seducir a Alen ha pasado al último lugar de mis prioridades, ahora lo único que quiero hacer es estrangularlo.

—Así que tienes voz. —Alen se afirma del tocador cruzando sus brazos por sobre su pecho.

La imagen sería de ensueño si no fuera porque en este momento me da asco cualquier cosa que tenga que ver con él. Menos con las imágenes que se quieren filtrar en mi cabeza en relación a lo que hizo con esas mujeres.

—Claro que tengo voz. —respondo enfurecida, al fin dejando que mis emociones aparezcan—. ¿O pensaste que me quedaría callada al ver cómo mi prometido se encama con otras?

—¿Acaso te importa? —Pregunta examinándome.

—Ninguna mujer podría pasar por alto algo como esto. —Trato de apaciguar la rabia porque no quiero demostrarle lo mucho que me hirió. Además, no bajaré mi cabeza para que me siga humillando por muy en la oscuridad que esté. No dejaré que me trate de esta forma—. Así que, si quieres que siga siendo complaciente, no permitiré esta situación de nuevo. Si quieres que coopere con el enlace, con nuestro matrimonio y con la concepción de nuestro hijo, te exigiré respeto.

—Sabes que no estás en condiciones de exigirme nada. —Camina a

mi encuentro y mi vista no deja de examinar su cuerpo que aún no ha sido cubierto—. Lo aceptes o no, todo aquello ocurrirá, por voluntad o por la fuerza.

—Lo sé, pero si no quieres que te ridiculice frente a tu rey, haz lo que te digo.

—¿Me estás amenazando? —Da un nuevo paso hacia mí, quedando nuestros rostros enfrentados.

—No es una amenaza, es un hecho. —Mantengo la mirada, aunque estoy a punto de gritar, llorar o apuñalar algo—. Y si estás pensando en mandarme a azotar, hazlo. No te tengo miedo.

—Deberías. En este momento estás en mis manos. —Baja su cabeza acercando su boca a la mía con la intención de besarme.

Levanto mi mano y lo abofeteo.

—Ni se te ocurra tocarme después de haber pasado la noche con esas mujeres. Me das repulsión. —Mis ojos se encuentran con los de él y sus pupilas se muestran enrojecidas.

—Última vez que me alzas la mano. —Agarra con fuerza mi muñeca—. La próxima vez te lanzaré a los lobos y no me importará que desgarren tu piel. Siempre Calesia te puede componer para que cumplas con tu obligación.

—¡Maldito! —Me zafo de su agarre y doy un paso atrás.

Alen me observa fijamente y por su expresión presiento que lo que viene a continuación no me gustará. Se distrae cuando la puerta es golpeada y agradezco en silencio la intromisión, al tener claro que cualquier enfrentamiento que pudiera tener con el que ahora es el Heredero al Valle Oscuro, la perdería. Alen da un paso atrás dando la orden para que entren.

Varios guerreros y doncellas ingresan. Cargan eficientemente una tina y alimentos que disponen con rapidez. El último en ingresar es Liska. El lobo se dirige a mí, gruñendo. Su boca se abre y sus colmillos me amenazan. No necesito preguntar qué le ocurre. Al estar enlazado con Alen, perciben las mismas emociones, y estoy segura que en este momento su amo quiere arrancar mi cabeza. En mi caso, el sentimiento es recíproco.

—¿La princesa se alistará aquí o en su cuarto? —Pregunta una de las mujeres.

—Se preparará aquí. —Alen responde, pero su voz sonó casi como un rugido—. Traigan a su doncella.

Lo fulmino con mi mirada. Lo menos que quiero en este momento es permanecer a su lado. Todos los planes de seducirlo se vienen abajo. Primero, porque estoy demasiado furiosa, dolida y ofendida como para siquiera considerar estar en su lecho. Y segundo, todas sus barreras fueron levantadas otra vez.

Una vez que los súbditos salen, Liska continúa a mi lado

acechándome. Espero que Alen no cumpla su palabra de hacer que el lobo me muerda. Aunque para ser sincera, cualquier malestar que pudiera causarme, estará lejos del dolor que golpea mi corazón, el que no sé si después de esta guerra sea capaz de volver a latir a un ritmo regular. Ha sido tantas veces lastimado y ahora es Alen el que lo despedaza con cada nuevo acto que realiza enceguecido por el enlace que lo somete.

—Liska, tranquilo. —Llama a su animal. Luego voltea y me ignora para con serenidad introducirse en la tina. —¿Me quieres acompañar? Así me podrías limpiar el olor de las otras mujeres, si es algo que te molesta tanto.

—¡Primero muerta! —Me giro con la poca dignidad que me queda y me dirijo al ventanal. Abro sus puertas y salgo al balcón por el aire que necesito inhalar con desesperación.

Maldito sea el encantamiento y maldito sea Alen por hacerme pasar por esto. Del dolor paso a la rabia. Los únicos sentimientos que me han acompañado estos últimos días. Respiro profundamente y dejo que el aire que roza mi cara apague la llamarada de revancha que se enciende en mi pecho. La joven ingenua, que noches atrás en este mismo balcón, soñaba con el verdadero amor, ya no existe. La realidad me ha enseñado que el amor es el sentimiento más fuerte y puro que puede existir, pero también es algo que te puede destruir y hasta matar en vida. Jamás en otras circunstancias hubiese permitido ser avergonzada de esta manera, pero el sentimiento que se arraigó en mi alma es tan poderoso que estoy dispuesta a doblar mi moral las veces que haga falta para recuperar lo que es mío.

A pesar de que mi sentido común me indica que ceda, la lástima es algo que no me puedo permitir. La compasión quedó atrás y en lo único que ahora me puedo enfocar es en la lucha por recuperar todo lo que me fue arrebatado.

—Eleonor. —Una voz conocida me inquieta y no sólo por saber de quién se trata, sino también porque no está en mi cabeza. Me giro y encuentro a Laurel de pie detrás de mí.

Mi intuición me lleva a dar un a paso atrás. No entiendo por qué Asila no me habló antes de llegar a mi lado, no quiero pensar que ella ya no se encuentra en el cuerpo de mi antigua doncella.

—Eleonor vine para prepararte. —dice en tono frío. Da un paso en mi dirección y sus pupilas se tornan blancas. Se acerca lo suficiente como para susurrar—. Soy yo, no me puedo comunicar contigo.

Exhalo de alivio al confirmar que sigue siendo la hechicera y me pregunto por qué ya no me puede hablar.

Después de ingresar nuevamente a la alcoba examino de reojo a

Alen, quien todavía se mantiene sumergido en la tina. Podría continuar embobada mirando su cuerpo, pero mis instintos siguen siendo bastante asesinos. Ingiero un nuevo bocadillo, el que Asila me entrega, para luego terminar de acomodar mi vestimenta sobre la cama. En esta oportunidad hay un conjunto de pantalones que son acordes para el viaje que vamos a realizar.

Mientras mastico insisto en llamarla mentalmente con la urgencia de contarle mi conversación con Boreas. Necesito que me oriente en los pasos que debemos seguir antes de partir al Valle Oscuro. Ella no me ha observado más de lo necesario, manteniendo su papel de doncella sumisa y distante.

Repentinamente Alen sale del agua y camina desnudo y despreocupado por la habitación. Se ubica a mi lado y coge comida. No entiendo por qué no se viste.

—Tu turno. —pronuncia con un ronco sonido.

Me inmovilizo al no tener claro a dónde va dirigida su insinuación y me cuestiono si se referirá a que es mi turno para meterme en la cama con él o para ingresar a la bañera. Inevitablemente mis pulsaciones se aceleran ante la posible sugerencia, y lo odio tanto como me odio a mí misma por reaccionar de esta forma.

—Me refiero a que te bañes. —Se acerca aún más hasta susurrar en mi oído—. Aunque si lo prefieres, podemos terminar lo que empezamos anoche, ya me encuentro totalmente limpio. —Sumerge su nariz en mi cabello e inhala profundamente—. Tu sangrado cesó, por lo que ya no es necesario que te trate con delicadeza.

Mi primera reacción es volver a golpearlo por ser tan descarado y porque aún me siento ofendida por su desliz de la noche anterior. Sin embargo, mi cuerpo me señala otra cosa, al percibir cómo mi vello se eriza y un escalofrío recorre desde mi nuca hasta la parte baja de mi columna. Respiro profundamente para alejar el calor que se sitúa en mis mejillas y se traslada hasta mi abdomen. Me concentro en mi objetivo, que es hacerlo regresar y calmo mis impulsos, los cuales me gritan que lo ahorque y al mismo tiempo lo posea. ¿Qué estoy diciendo? Maldigo, no puedo ser tan susceptible a sus encantos, menos después de su humillación. “Respira, respira”, me aconsejo mentalmente para no perder los estribos otra vez, recordándome además que ese no es el camino.

—¿Y qué dices? —Se ubica en mi espalda. Luego se acerca para tomar un nuevo bocado de la mesa y este movimiento hace que su cuerpo se pegue al mío. Mis músculos se contraen cuando percibo en la parte baja de mi espalda la rigidez de su cuerpo que me señala que está preparado para un nuevo encuentro íntimo.

Me asombro, no sólo al percatarme de que su deseo continúe intacto, sino también por el hecho de que mis piernas se tornan

débiles. “Reacciona”, me grita mi cabeza al ser consciente de lo que su presencia me genera. Y aunque esto es lo que debiera hacer, vincularnos, es imposible que lo haga en este momento. La poca dignidad que me queda me obliga a no entregarme tan fácilmente y a pensar con claridad. Sé que necesitamos unirnos, pero también sé que necesito que mantenga su interés. De ceder ahora, él habrá devorado a su presa y posiblemente su atracción desaparezca o al menos es lo que dijo Boreas que sucedería. Por lo que me armo de valor y me decido a realizar lo que se requiere.

—Me bañaré. —declaro con mi voz sumergida entre el deseo, la rabia y la decisión.

Me alejo de su lado y camino lentamente en dirección a la bañera. Lo miro por sobre mi hombro y cuando confirmo que me observa, doy la orden.

—Laurel, quítame la ropa. —Me quedo de pie esperando. Cierro los ojos porque me avergüenzo de que Asila deba presenciar la escena. Alen desnudo, yo ahora a punto de estarlo.

La hechicera sin cuestionar nada, tal como lo haría una doncella, desamarra los lazos de mi vestido que van sujetos a la espalda y en los costados. La tela cae dejándome únicamente con las prendas que cubren mi sexualidad. Inhalo profundamente y me giro.

Levanto mi cabeza para encontrar los ojos de Alen que me acechan. Por su expresión puedo deducir que esto no lo esperaba. Sin perder el contacto, me despojo de la ropa que queda. Mi corazón palpita aceleradamente, pero no lo escucho, aunque estoy segura que en cualquier momento saldrá por mi boca. No por estar desnuda, sino más bien por la mirada lasciva que me entrega. Sus pupilas se encuentran enrojecidas, su quijada contraída y podría jurar que percibo cómo palpita la vena que asciende por su cuello. Dejo que me observe y yo también lo repaso deteniéndome en su erección, que estoy segura que se acrecentó.

—¿Quieres jugar? —El sonido profundo de su voz me golpea. Pienso en la última vez que jugué con él, en donde el fuego casi calcinó mi interior y al instante el recuerdo hace que mis pezones se tensen.

El calor entre mis muslos se enciende ante la expresión de sus ojos y estoy segura que no habría mujer en ningún reino que le dijera que no. Y eso es lo que voy hacer, negarme.

—No. Me bañaré. —respondo, obligándome a sonar resuelta—. Después de la noche en el calabozo, necesito asearme. ¡Laurel!

Me giro esquivando su indagación, no siendo capaz de sostener su mirada un segundo más sin que se disuelva la sangre en mis venas. Me introduzco en la tina con toda la gracia y sensualidad que mis inexpertos años han aportado. La hechicera llega a mi lado y al estar

de espaldas a Alen, me cierra un ojo sonriendo.

—¡Déjanos solos! —Alen ordena.

—¡No! —De inmediato rebato—. Ella se quedará porque tú no me tocarás. O ¿me tomarás a la fuerza?

Liska que se encontraba tumbado a un costado de la cama levanta su cabeza y sus orejas se tornan rígidas. Me afirmo con fuerza del borde de la tina con el temor de que mi provocación haya sido errada. No sé hasta qué punto Alen se ha convertido en un ser despiadado y si lo quisiera, él me podría obligar. Miro a Asila y en su semblante también se encuentra la preocupación.

Golpes en la puerta me hacen saltar.

—¡Alen! —La voz de Celsius llega desde el pasillo—. El ejército espera por ti.

—Bajo enseguida. —Responde bruscamente. Camina hacia mi dirección y una vez que se detiene frente a mí, habla—. Esta noche lo resolveremos. En mi reino serán mis reglas.

Exhalo en el momento que me doy cuenta que mantenía el aire contenido. Suelto el agarre de la tina al notar que mis nudillos se tornaron blancos ante la presión ejercida y descanso mi cabeza en el borde para dejar que Asila comience con la tarea de limpieza.

Una vez que me encuentro vestida le doy una mirada de agradecimiento a la hechicera por no perder la cabeza ante tanta tensión y también por ayudarme a no perder la mía.

Alen no me ha dejado sola, por lo que no he podido conversar con ella. Ahora se encuentra de pie junto a la puerta y alza su brazo para guiarme a nuestro nuevo viaje. La hechicera rápidamente pasa una piel blanca por mis hombros y con disimulo introduce un objeto en mi mano, el que de inmediato reconozco, la tira de cuero de Alen. Me gustaría sonreír, pero el heredero del Valle Oscuro no ha quitado la mirada de mí, por lo que lo único que puedo hacer es caminar a su encuentro.

Al salir al corredor nos esperan cuatro guardias para custodiarnos. Liska pasa por mi costado para ubicarse al lado de su amo.

—La última vez que hicimos este recorrido juntos yo estaba comprometida con Dorian. —comento con la intención de observar su reacción—. Y las doncellas estaban preocupadas por saber con quién compartirías tu cama. Al parecer, una de esas dos cosas no ha cambiado.

—¿Todavía molesta por mi pequeño banquete? —Responde sin mirarme.

—No estoy molesta, ya me has dejado claro que tú eres el poderoso heredero que puede hacer lo que le plazca.

—Me complace que tengas claro nuestros roles, porque tú no puedes hacer lo que quieras y Dorian jamás te hubiera hecho arder como lo haré yo.

—Gracias a tus nuevos familiares no lo pude comprobar. —respondo pensando que otra vez tiene la razón.

No alcanzo a dar el siguiente paso cuando Alen se gira, me toma de mis muñecas y me arrastra hasta la pared.

—Mientras estés conmigo no quiero escuchar ninguna referencia a tu vida anterior. —Su aliento golpea mis labios y el color de sus ojos se profundiza, el azul los envuelve con furia—. Menos oír insinuaciones en relación a otro hombre. Tú eres mía.

Los guardias se detienen. Liska se acerca no acechante, más bien interesado. Yo retomo mi regular respiración ante su sobresalto y no me muevo. Primero, porque no lo consigo y segundo, porque no puedo dejar de mirar sus ojos. Es primera vez desde que se enlazó que no están envueltos en rojo.

—Alen. —susurro aferrándome ciegamente a que está ahí.

Suelta lentamente el agarre de mis brazos y da un paso atrás. Quiero volver a hablar, pero de inmediato se retira a grandes zancadas. Cuando trato de seguirlo los guardias me cierran el paso. Una vez que desaparece por el corredor los guerreros me instan a continuar.

Capítulo 10

Desde mi caballo observo la gran comitiva que se dirige al último reino que se encuentra al sur de Badru. El Valle Oscuro. Lugar que nunca visité porque hasta hace poco tiempo, las únicas referencias que poseía, indicaban a habitantes rebeldes que no pretendían seguir las normas de nuestro mundo. Tan alejados no eran esos pensamientos, ya que si se rebelaron fue por culpa del desprecio que les entregó el resto de los territorios. Con esto, no quiero decir que estoy de acuerdo con su accionar. Mi padre al ser el máximo regente, debió entablar una relación diplomática para solucionar los conflictos. Ahora, al conocer la verdad me siento decepcionada. Siempre creí que mi padre era un rey justo, lamentablemente sus malas decisiones colaboraron para que esta batalla se desatara. Un error que no estoy dispuesta a cometer si logro terminar con esta guerra.

Al pensar en esto, miro hacia al final de la caravana buscando a mi padre y a la madre antigua. Cuestionándome si los llevarán también al Reino de Los Lobos con el fin de utilizarlos para que acate sus retorcidas exigencias.

Entre los seis guardias que me escoltan puedo vislumbrar celdas y de lo que sí estoy segura, es que en alguna de ellas se debe encontrar Boreas. En este momento preferiría ir encerrada con él que transitar sobre un caballo. La comodidad que podría tener se anula ante lo que significa este viaje y la tensión también se encuentra al haber perdido de vista otra vez a Asila. No sé qué sucede con ella ni por qué nuestra comunicación al parecer se encuentra bloqueada. Conscientemente no me he puesto ningún objeto con dientes de lobo.

Vuelvo mi vista, frustrada al darme cuenta que a esta distancia es imposible identificar quién se encuentra en el interior de las celdas. Lo único que me entrega algo de pasividad es que los líderes del Valle Oscuro van varios metros más adelante.

Liderando nuestro viaje, el Heredero al Valle Oscuro, al que no he vuelto a ver desde su arrebato en el corredor. Manteniéndome aún turbada el hecho de que sus ojos por un breve instante no sucumbieron al color del encantamiento. No quiero crearme esperanzas en la relación a la convicción con que afirmó que yo le pertenecía. Podría ser parte de su condición animal y primitiva que le exige posesión. Quizás quiero creer esto, para no albergar una ilusión que muchas veces se ha roto con una sola palabra, pero es inevitable pensar que una parte de él todavía sigue ahí y que de a poco quizás su

corazón lucha por regresar. Y es a ese destello que me aferro para continuar adelante, considerando que el tiempo se agota y antes de que se lleve a cabo mi ritual de enlazamiento, lo tengo que recuperar.

El atardecer llega sin darme cuenta. La cabalgata ha sido extenuante sin habernos detenido en ningún momento. Me pregunto si entre las destrezas que adquieren las personas que se vinculan, también se encuentra el no percibir hambre o cansancio.

Mi mirada se levanta al rodear la siguiente colina. A lo lejos finalmente se visualiza el Valle Oscuro. Un imponente castillo entre espesos follajes se muestra en toda su gloria. Los lobos a medida que nos acercamos se multiplican en número y ahora nos escoltan quedándose en el límite del bosque que nos cobija desde nuestra derecha.

El rojizo del sol que nos abandona alumbra las elevaciones de la fortificación mostrando una imagen siniestra y escalofriante. No tan sólo por el poder oscuro que le da el color que lo envuelve, sino también porque estoy a unos pasos de internarme en la casa que me reclama como la elegida para proseguir su linaje.

Mi atención se desvía a un caballo que se desprende del inicio de la comitiva y se acerca. Sin poder evitarlo mi corazón despierta al pensar que Alen viene a cerciorarse de que me encuentro en buenas condiciones después del largo trayecto. Mi decepción es inmediata al reconocer a Celsius que se ubica a mi lado.

—Bienvenida a nuestra casa princesa. —exclama con orgullo—. Han pasado muchos años para que un monarca de tanta importancia ingrese en nuestro territorio. Las profecías al fin nos dan el favor y esta noche celebraremos por el retorno a nuestro reino y también porque al anochecer te entregarás a nosotros.

—¿Qué sucederá si el encantamiento no posee mi alma? —Pregunto pensando en la posibilidad de que tenga que enfrentar el ritual, cosa que espero que no suceda y que Alen regrese antes.

—Créeme que el vínculo te dominará. Calesia tiene algo especial para que eso suceda. —declara de manera confiada.

Un halo de temor me acoge al escucharlo. De la maldita hechicera espero cualquier cosa, pero sigo confiando en no tener que llegar a comprobar cuál es su nuevo macabro plan, a pesar de que mi tiempo se agota y el riesgo aumenta. Una vez que ingrese a su territorio, tendré sólo una oportunidad de encontrarme con Alen y bajo ninguna circunstancia dejaré que la duda me gobierne. Fue mi decisión luchar por él y mientras no llegue el final, esto no termina.

Mis ojos se centran en la gran puerta de acero que indica el comienzo del reino. Una manada de lobos ha sido forjada con esmero.

Si fueran reales, daría la impresión de que corren hacia nosotros, no para darnos un cálido recibimiento, sino más bien para intimidarnos con sus hocicos abiertos y sus colmillos brillando a través de la tenue luz del atardecer.

La entrada se abre y el ruido chirriante del hierro al desplazarse sobre la piedra hace que me estremezca.

Lo primero que observo es la multitud de personas que esperan nuestro ingreso. Entre ellos abundan mujeres y niños. Recorro el lugar buscando a un gran ejército y sólo encuentro una cantidad reducida de guardias que vigilan desde las torres y otros entre los asistentes. Lo que me hace pensar que las tropas han sido desplegadas en los reinos que fueron saqueados y tomados a la fuerza. Tal vez por eso necesitan seguir enlazando a personas, para incrementar la cantidad de combatientes. Este primer descubrimiento hace que cierto optimismo despierte, en el caso de que tuviéramos que enfrentarnos, tendríamos alguna oportunidad de vencerlos.

Los lobos merodean en todas direcciones, sobre todo desde las laderas de los bosques que envuelven el reino. Los animales que nos acompañan se dispersan en esa dirección. Quizás necesiten descansar y cazar o al menos es lo que necesito yo. No necesariamente cazar, pero sí bajarme del caballo que mantiene mi cuerpo adormecido y mi espalda adolorida.

Un guerrero se aproxima a mi lado indicándome que descienda. Lo hago con cautela al percibir mis músculos rígidos. Los habitantes conservan una postura sumisa ante sus líderes, manteniendo su cabeza gacha, pero algunos de reojo me miran interesados.

Me instan a caminar hacia las escaleras de piedra que conducen al interior de la fortaleza y en ella observo a una mujer que nos aguarda. Su pelo rojo ondea con la brisa de la tarde y su mirada gélida no está posada en mí, sino en los líderes que descienden también de sus caballos. La delicada vestimenta que lleva me da a entender que podría ser una reina.

—Acércate. —Celsius que ha continuado a mi lado me invita a avanzar.

—¿Es tu esposa? —Pregunto curiosa al no tener conocimiento de la identidad de la madre de Magnus, el hijo fallecido del Rey del Valle Oscuro.

—¿Mi esposa? —Celsius se ríe de forma dramática—. Mi mujer no se enlazó, por lo que después de darme un heredero, padeció la sentencia de muerte al no unirse a nuestra causa.

—¿Estás hablando en serio? —Lo miro consternada ante su revelación. No siendo capaz de creer que realmente haya asesinado a su mujer y que además lo mencione como si hubiera salido de caza a matar un conejo.

—Si no te vinculas, ese será tu destino. —Menciona de manera despreocupada—. Me refiero a que primero nos entregarás a tu hijo y luego nos desharemos de ti. Así que por tu bien, te aconsejo que no luches contra el ritual, déjalo que te libere.

—¿Qué me libere? ¿Así lo llamas? —Pregunto al momento que la brisa que golpea mi rostro me envía una onda de frío que se escabulle en mis huesos, al seguir constatando que el raciocinio de estas personas se encuentra totalmente torcido. Además, nuevamente con sus palabras me confirma que no se detendrán ante nada.

—Princesa, los sentimientos lo único que hacen es encadenarnos a una vida de sometimiento. Nos obligan a permanecer amarrados a personas y a normas que no son siempre lo que nuestro ser desea. La liberación llega cuando ya no sientes el peso de tus actos, cuando el remordimiento se esfuma y eres capaz de entregarte a tus más codiciosos anhelos, sin culpa.

Considero sus palabras. El peso de mis actos es lo que en el pasado me frenó a seguir lo que mi instinto tantas veces proclamó; que Alen era el hombre que deseaba. Si hubiese estado despojada de sentimientos, sin dudarlo habría tomado lo que quería y mi pueblo hubiera sido castigado por mi actuar. Por lo que agradezco que mis emociones permanezcan y sean las que me mantienen de pie para continuar luchando.

Me detengo al percibir la mirada de la mujer que me recorre como si fuera un animal que no es digno de su presencia.

—Candra, deja que te presente a nuestra invitada. —Priust se adelanta para unirse a nosotros—. Eleonor, Heredera de Luna Llena y en pocas horas nuestra Princesa de Luna Nueva.

—La hija de Leonidas. —La mujer afirma manteniendo su mirada de desprecio.

—¿Y tú eres? —Pregunto no dejándome amedrentar. Recordándome que me prometí que no volvería a bajar la cabeza ante ellos.

—Es mi esposa. —aclara Priust en un tono que refleja advertencia.

Me sorprende esta revelación al darme cuenta que la mujer parada frente a mí es la madre de Boreas. Ahora soy yo quien la mira con desprecio. Jamás me podría someter a una persona que no fue capaz de proteger a su hijo.

Sin poder evitarlo, recorro a los asistentes buscando a la maldita hechicera, preguntándome ¿cuál será la relación entre ellas al compartir al mismo hombre? Para mi extrañeza no la encuentro. Al que sí localizo es a Alen que se acerca, pero sin prestarme atención.

—Mi nombre es Alen, hijo de Priust y heredero al trono del Valle Oscuro. —Se presenta ante la mujer y podría jurar que con respeto. Mis entrañas de inmediato se revuelven al corroborar que continúa

extraviado en la oscuridad.

La mujer responde con una leve reverencia de cortesía, siendo mi primer instinto agarrar a Alen y subirlo a un caballo para alejarnos de esta pesadilla, porque seguir presenciando la manipulación de su juicio hace que quiera gritar y desesperadamente despertar.

—Tenemos preparados sus aposentos para que descansen. —Candra hace un gesto a varias mujeres detrás de ella para que se coloquen en movimiento.

—Primero llevaré a mi hijo a que conozca su reino. —Priust responde, y Alen de inmediato asiente con su cabeza en confirmación.

—Antes de eso necesito hablar con Alen a solas. —Doy un paso hacia adelante con decisión y con un claro objetivo. La molestia en relación a su noche de lujuria sigue punzando en mi interior, no obstante, mis emociones al respecto las deberé olvidar. En este momento es más importante recuperarlo que atender a mi herido orgullo. Él debe despertar y luego debemos huir. De eso depende la salvación de todos.

—No estás en condiciones de solicitar nada. —Celsius mira sobre su hombro haciendo un gesto a dos guerreros para que se acerquen—. Después de que esta noche te vincules, tendrás nuevamente la opción de opinar.

—Alen necesito hablar contigo. —Ignoro las palabras de Celsius y trato de acercarme, lamentablemente no llego muy lejos, dos guardias me cierran el paso.

—Esta noche hablaremos, después que te enlaces. —El heredero al Valle Oscuro me responde distante y frío.

—Alen, sólo será un momento. —menciono en un tono muy parecido a una súplica, mientras que trato de abrirme paso entre dos imponentes espaldas que me doblan en altura.

—Ya tendrás bastante tiempo para compartir con nuestro predecesor, no te preocupes por ello. —Celsius sonríe, luego le hace una señal a los guerreros que se encuentran de pie frente a mí—. Candra, ¿Le enseñarías a nuestra invitada su alcoba?

—Espera. —En un rápido movimiento escapo del agarre de mis custodios pasando por debajo del brazo de uno de ellos. Llego hasta Alen y lo tomo de los hombros—. Requiero hablar contigo. Ahora. Necesitamos terminar lo que quedó pendiente. —Cambio el tono de apremio por uno más sugerente, dejando entre ver que lo requiero de una manera íntima, pensando que esto es lo que quería de mí y es lo que necesito que haga.

—Te dije que me rogarías. —Alen me recorre con la mirada, al parecer deleitándose con mi solicitud. Sus ojos han vuelto a acentuar su color rojizo y su postura privada de amabilidad se eleva, cruzando los brazos por sobre su torso. Mi agarre se acrecienta hasta enterrar

mis uñas en los músculos de sus brazos que se ciñen con fuerza.

—No te estoy rogando, sólo pido lo que tú también deseas. —Mantengo mi postura firme e insinuante, no dejando que la vergüenza me venza al estar consciente de que todos escuchan la descarada petición. En este momento lo único que me importa es derribar la barrera que nos separa y para eso haré lo que sea necesario.

—No estaré nuevamente a solas contigo. No mientras sigas siendo tú. —Se suelta de mi agarre, incómodo, y logro percibir una pequeña vacilación.

—Después de todo lo que has hecho, me debes esto. Me debes al menos concederme un segundo. —Presiono y demando porque sé que algo queda de él y también sé que de alguna forma estar cerca de mí lo hace dudar. Él también lo sabe y no puedo dejar que vuelva a huir.

—¿Te lo debo? —Levanta una ceja de manera arrogante y da un paso hacia atrás para alejarse de mí. Quizás luchando para que no llegue a su interior—. Tú eres quien nos debe. Nos debes tu sumisión, nos debes tu respeto y por sobre todo, nos debes a tu heredero. Esta noche nos darás todo lo que nos han negado. Ahora compórtate como una verdadera princesa y déjate de dar lástima suplicando como el ciervo desvalido que corresponde a tu casa. La debilidad no es algo que realmente me seduzca.

Empuño mis manos ante sus palabras, no dejando que la ira me gobierne, pero es tan difícil mantenerme ajena ante su desaire y aunque sé que no es él quien habla, su desprecio se percibe en mi pecho como si fuera abierto de un solo rasguño.

—Nunca pensé que Leonidas te criaría para despojarte tan fácil de tu dignidad, menos suplicar para encamarte con el enemigo. —La voz de Candra me llega desde la espalda y no necesito mirarla para ver que disfruta de mi desmoralizado intento de rescatar a Alen.

—Ingenuamente cree que cederé ante su patética insinuación. —Alen se cruza de brazos mientras me observa con menosprecio.

Mi pecho se abre y arde en carne viva. Cualquier intento de llegar a él se desvanece, mientras escucho las risas burlescas a mi alrededor. La tranquilidad y decisión que traté de mantener se fugan y la ira se enrosca como una serpiente en mis entrañas. El odio por estas personas que me han despojado de todo, se levanta haciendo que mi alrededor se vuelva rojo.

—Te dije que ya eres nuestra. —Celsius ahora es el que se regocija a mi lado.

—No soy de ustedes, ni de nadie. Soy la Heredera de Luna Llena y jamás me someteré ante ustedes. Menos después de presenciar sus actos despreciables. Hablan de integridad, pues esa palabra no la conocen. Tu hijo Magnus fue el primero en morir ante lo que su retorcido juicio le manifestó. Y tú, —me dirijo a la esposa de Priust—.

Dignidad es lo que no conoces al permitir que una hechicera se encame con tu marido. Quizás no eres tan buena amante como una verdadera hija de los lobos. —Tomo aire para continuar porque estoy a punto de explotar—. Todos ustedes me dan asco y repulsión. Por voluntad propia nunca me entregaré. —Termino escupiendo al suelo y a los pies de Alen. Me urge demostrarle que aborrezco al hombre que se encuentra frente a mí.

El silencio se hace en todo el Reino del Valle Oscuro y juraría que lo único que puedo escuchar es el ruido de los árboles que se mecen a lo lejos, advirtiéndome que debí mantener mi boca cerrada. Nadie se mueve y yo respiro agitadamente esperando la represalia, la cual no tarda en llegar. Una gran figura se acerca a mí, no obstante, me mantengo en mi posición. Antes de que pueda volver a parpadear, el golpe duro y seco llega a mi rostro. Mi mejilla estalla en un dolor que recorre hasta mi columna. La intensidad del impacto me desestabiliza lanzándome contra el suelo. El sabor de la sangre impregna mi boca y debo tomar una bocanada de aire para recuperar la estabilidad. Mi visión se ha cubierto de lágrimas que instintivamente aparecen ante la punzada de malestar que rápidamente se cierne en mi cabeza.

—¡He sido indulgente contigo! —Priust se arrodilla hasta que encuentra mi mirada—. Pero ahora estás en mi casa. Las faltas de respeto se cobran con sangre o con la muerte. La misericordia contigo termina esta noche, si no te unes a nosotros, ya no estarás bajo el amparo de mi hermano o de mi hijo. Espero que por tu bien, mantengas la boca cerrada hasta que se lleve a cabo el ritual.

—¿Qué harás si no lo hago? —Pregunto levantando mi cabeza. Limpio con el dorso de mi mano la sangre que empapa mi labio y la quito al ver que mis dedos tiemblan al igual que mi interior. Podría recibir un nuevo castigo físico por parte del macho alfa de los lobos, pero ya no me importa. No cederé y no me humillaré más ante ellos, menos después de ver que Alen se mantiene unos pasos atrás observando la escena, sin intervenir, sin protegerme, sin regresar.

—No necesito responderte eso. —Priust se coloca de pie—. Tendrás la oportunidad de comprobarlo por ti misma.

El macho alfa se aleja y de reojo observo que Alen lo acompaña. Ahora es mi labio el que también tiembla y las lágrimas quieren asomar. Me obligo a tragarlas, no dejaré que vean la aflicción que me lacera el alma. Y no por Priust, sino por su hijo, el cual hace unos días atrás por un acto como aquel, hubiera matado sin pensarlo dos veces a cualquiera que me hiciera daño. Hoy lo presencia con una indiferencia que hace que quiera vomitar lo que queda de mi aniquilado corazón.

—Pueblo del Valle Oscuro. —Celsius se aleja de mí para dirigirse a las personas que se mantienen congregadas en la entrada de la fortificación, a las cuales había olvidado por completo—. Esta noche

los esperamos en el salón para llevar a cabo la ceremonia que nuevamente unirá nuestras almas y destinos.

Hago un esfuerzo por ponerme de pie. Lo que menos quiero es que estas personas observen cómo me abaten. Busco la fuerza en mi interior para incorporarme al notar que mis piernas no reaccionan, las sacudidas de temor también las han envuelto. Dos manos me sujetan sin delicadeza para levantarme, ante su contacto, me incorporo y me suelto de su agarre. Alzo mi cabeza con el dolor palpitante en mi rostro. El calor de la sangre corre por mi labio, pero no dejaré que vean una vez más mi dolor.

Capítulo 11

Me desplazo en silencio por los corredores del castillo escoltada por varios guardias. Lo que ha mantenido mi atención es el reconocimiento del lugar. En las visiones que me fueron mostradas en el Bosque Blanco, transité como un espectro por algunos sectores de la fortificación y puedo decir que a pesar de los años que han pasado, la estructura se mantiene casi igual. La suciedad se encuentra impregnada en los recovecos, junto a sus murallas resquebrajadas, dándole un aspecto aún más lúgubre. En nuestro recorrido además he divisado a los animales que deambulan de manera libre por sus rincones y no tan sólo animales adultos, también lobeznos. Me podría parecer tierno ver como corren y caen de manera descuidada, pero la aversión es lo que impera al saber que en un futuro se transformarán en bestias reclutadas como armas de guerra. Lo que sí me sorprende es ver a los niños que corren detrás de ellos. Por su contextura podría decir que tienen alrededor de cinco años. El cabello lo llevan cortado al ras de su casco, destacando una trenza que cae por uno de los costados. Al levantar sus miradas curiosas en mi dirección me doy cuenta que a estos pequeños aún no los han enlazado, ya que mantienen el color natural de sus ojos. Recordatorio que el ritual para ellos se lleva a cabo a los siete años y en el caso de las mujeres, cuando se produce el primer sangrado. A las jóvenes no las he visto en mi transitar, ellas debieran tener alrededor de doce o trece años.

Candra se detiene ante una puerta en el primer piso indicándome que ingrese. En un principio me cuesta adaptarme al espacio sumergido en oscuridad. A medida que las antorchas se introducen y son sujetadas a las paredes, mi entorno se vuelve visible reconociendo una pequeña habitación sin ventanas. La cama en un costado está cubierta por una manta oscura deshilachada en la cual se vislumbran sectores más oscuros, no pudiendo distinguir si se trata de suciedad o sangre seca. En el otro costado se observa una vieja mesa ladeada que está a punto de desplomarse junto a un pequeño taburete astillado.

—Espero que el lugar sea digno para una princesa de tu estirpe. —Candra pronuncia las palabras en tono irónico. Me gustaría decirle que no esperaba menos de ellos, pero prefiero mantener mi silencio—. Para tu información la dignidad no es algo que realmente me importe, es más, para mí fue un regalo que Priust deshiciera nuestro lazo, así puedo pasar mis noches descubriendo la fiereza de nuestros jóvenes guerreros.

Al mirarla de reojo observo como desliza la mano por el brazo descubierto de uno de mis escoltas. Quito la vista, no porque realmente me interese con quién comparte su cama, sino porque lo único que quiero es que me deje sola. Le doy la espalda para que comprenda la indirecta y fijo mi atención en la malograda cama. Al escuchar el sonido de la puerta y luego la llave que se gira, suelto una exagerada exhalación por todas las emociones que contenía desde mi funesta confrontación en la entrada del castillo.

Me siento en la cama, pero al poner mi cuerpo sobre la base de ésta, de inmediato me incorporo al ver a dos guerreros con sus respectivos lobos que se quedaron en el interior de la alcoba. Maldigo en silencio. Los guardias se mantienen inmóviles con su atención fija en algún punto de la pared que se encuentra frente a ellos. Los animales se acomodan a sus costados, todos en completo silencio. Y si no fuera por sus respiraciones, daría la impresión que se transformaron en verdaderas figuras de piedra.

Vuelvo a exhalar, pero ahora de frustración. Necesito ordenar mis pensamientos, y con ellos a solo unos pasos me es difícil siquiera respirar. Acción que a cada segundo se vuelve más difícil de realizar al sentir la angustia en mi pecho por no haber logrado mi objetivo. La única posibilidad que tenía de acercarme a Alen fue destruida y no sé si pueda volver a realizarlo, menos después de presenciar cómo él no fue capaz de reaccionar ante el despreciable trato al que fui expuesta. Mi mano toca con cuidado la mejilla que fue golpeada por Priust y su palpitante dolor es una confirmación de que su hijo se encuentra en un lugar desierto aferrado a una maldición que lo enceguece y que a cada instante lo consume más.

Debería sentirme abatida y tal vez desolada, sin embargo, aún no he dejado de luchar. Y aunque en este momento me encuentro sola enfrentando a un gran poder y adversarios sin piedad, no me puedo permitir perder la fe. No puedo rendirme, se lo debo a mi pueblo, y por sobre todo, me lo debo a mí. No bajaré la cabeza pese a que en este instante no sé qué camino seguir o siquiera lo que debo hacer, no obstante, de lo único que estoy segura es que no les daré la satisfacción a mis enemigos de doblegarme.

Rápidamente mis prioridades cambian. Ahora me enfoco en lo que deberé confrontar en unas horas más. El ritual de enlace se acerca. Siempre creí que esta instancia no llegaría y en este momento es una realidad de la que, al parecer, ya no puedo escapar. Ciertamente me preocupa recordar las palabras de Asila “Tú serás uno de ellos” Y aunque me niego a aceptar que cederé al encantamiento, lamentablemente debo admitir que mi corazón no se encuentra calmo para encararlo. El odio y la venganza se han cobijado en mi alma dejándola expuesta y susceptible. Condición que es favorable para lo

que ellos quieren lograr. Vincularme. El amor, que podría ser la fuerza que lucharía contra las tinieblas, en este instante también me torna vulnerable ya que estaría dispuesta a hacer lo que fuese por aquel sentimiento tan profundo que siento, hasta sumergirme en la oscuridad si esa fuera la forma de poder llegar nuevamente a él.

Un movimiento a mi espalda me coloca en alerta. Uno de los guardias da un paso al frente ubicándose frente a su compañero. Una pequeña neblina blanca emerge desde sus manos envolviendo con lentitud al guerrero y a su animal. Me desplazo hasta que mi espalda choca contra la fría piedra sin estar segura de lo que estoy observando.

La brisa desaparece en el momento que el guerrero se gira en mi dirección con sus pupilas contraídas y bañadas de blanco.

—¿Asila? —Pregunto con un halo de esperanza o más bien con toda la esperanza de que sea ella.

—No. —Un destello de luz me enceguece y cierro los ojos para escapar de su brillo. Al retornar mi visibilidad, mi boca se abre cuando encuentro de pie frente a mí a uno de los Antiguos Ancianos en su forma original. El cabello largo y su vestido blanco me envían de inmediato una brisa de alivio. Me toma sólo un momento reaccionar para luego correr a los brazos de Liana.

La ansiedad que estrangulaba mi pecho de a poco se disuelve mientras me sumerjo en su contacto. Ella encuentra mi cara y con delicadeza acaricia mi labio partido. Me retiro ante la punzada de dolor, sin embargo, me sigo manteniendo agarrada de sus brazos.

—No puedo curarte, ellos lo notarían. —menciona con dulzura.

—¿Qué hiciste con ellos? —Levanto mi mirada indicándole al guerrero y su lobo que se mantienen petrificados junto a la puerta.

—Es un pequeño truco. Se encuentran congelados en el tiempo. Cuando regresen no recordarán nada de lo que sucedió. —Liana continúa hablándome con calma y confianza.

—¿Dónde está Asila? —Es lo siguiente que pregunto al ratificar que nos encontramos en privado.

—Realmente no lo sé, las doncellas fueron destinadas al final de la caravana y no me puedo comunicar con ella, ni con nadie. Calesia debe haber realizado algún hechizo de protección.

—Pero ella habló conmigo antes.

—Es porque vuestro vínculo se había afianzado, pero ahora ella se encuentra débil.

—¿Qué quieres decir con que está débil? —La miro con inquietud al percibir el recelo en sus ojos.

—Asila se encuentra herida. —Liana me guía para que nos sentemos en la cama.

—Lo sé. Me mostró su lesión, pero ustedes se pueden sanar. Lo he

visto antes. Una vez que llegue al Bosque Blanco Fennes la curará.

—Eleonor. —Liana me toma con fuerza de mis brazos para que la escuche—. Las órdenes de Priust son mantenerte aquí hasta que vengan a prepararte, luego te llevarán al salón para realizar el ritual. Así que tenemos poco tiempo para que sepas nuestros planes.

Asiento porque también necesito estos minutos para poder hablar de todo lo que ronda en mi cabeza.

—Con mis habilidades te puedo ocultar a ti y a mí. Podemos caminar entre ellos sin que nos vean, es riesgoso, pero es la única forma de sacarte de aquí. Y lo debemos realizar en este momento, antes de que vengan por ti.

—¿Irnos? —Pregunto desconcertada. Debería alegrarme de tener la oportunidad de alejarme de este lugar, no obstante, aún no logro que el heredero al trono del Valle Oscuro vuelva en razón. —¿Qué pasará con Alen?

—Él se encuentra lejos, sumergido en las tinieblas y ni tú ni nadie puede hacerlo regresar.

—No estoy de acuerdo, ha tenido instantes de duda, momentos en los que me he acercado. —proclamo aferrándome a la veracidad de lo que he visto.

—No es suficiente, requerimos más que un pequeño destello para confiar en que él regresará. Y créeme que sería nuestra salvación recuperarlo, ya que hasta el momento es la única manera que conocemos para romper el encantamiento. Pero no todo está perdido. Anoche recorriendo las afueras del reino buscando lugares vulnerables de este territorio; para quizás en algún futuro emboscarlos, hallamos agazapados en las colinas al ejército de Dorian. No es un gran número de soldados, pero unidos a los hombres que viajan desde el Reino de Los Osos, podremos preparar nuestra propia tropa para enfrentarnos a Celsius.

Me toma un instante registrar toda la información entregada. Una gran esperanza se cierne en mi interior al conocer las noticias. Ahora también comprendo por qué Asila desapareció anoche.

—Lucharemos. —confirmo. Se podría sentir acertada esta resolución, pero sigo percibiendo que no es lo indicado. Una guerra conlleva más muerte junto con destrucción y no únicamente de nuestros adversarios, también de nuestros aliados. Por otro lado, dejaríamos a Alen, Boreas y a mi familia a merced de Celsius.

—Vamos. —Liana se incorpora arrastrándome con ella.

—No puedo irme, no aún. —Me mira un tanto confundida, al igual que lo estoy yo, pero no puedo alejarme sin más—. Liana. En unos días se llevará a cabo la sentencia de Boreas, lo matarán, y el encargado de realizarlo es Alen. No puedo permitir eso. No puedo dejar que Boreas sea sacrificado. Él es inocente, y por supuesto no

puedo dejar que Alen lleve a cabo aquel dictamen. Un acto como aquel, jamás permitiría que regrese de la oscuridad. Si debes llevarte a alguien, ese debe ser Boreas, por favor rescátalo a él.

—Por supuesto que no te dejaré aquí, menos para que te enfrentes al ritual.

—Créeme que no me quiero enfrentar a esa macabra ceremonia, pero hay algo en mí que me dice que no sucumbiré, que no me entregaré.

—Eleonor. —Liana me observa como analizando la situación—. Entiendo que tengas cariño por aquel joven, pero lamentablemente tú eres más importante que él.

—¿Me quieres decir que lo sacrificarás? —De inmediato la molestia aflora—. Estás hablando igual que Asila cuando insinuó que sacrificaría a mi familia por rescatarme. Y tal como se lo dije a ella, te lo repito a ti. No me iré de este lugar sabiendo que dejo atrás a las personas que me interesan. Yo no soy como los del Valle Oscuro. Yo sí poseo sentimientos, jamás podría vivir en paz sabiendo que renuncié a todas las personas que confiaban en mí. Y déjame decirte algo más. Si yo fuese la que estuviera vinculada, Alen jamás se habría dado por vencido hasta rescatarme. Y eso es lo que haré, pelearé por él. Así que necesito que ahora vayas y salves a Boreas, porque no dejaré que el hombre que amo sentencie su alma con un acto como aquel.

—Eso no es posible, no puedo rescatarlos a los dos. Solo tendremos una oportunidad. —Liana me observa y podría jurar que el tono de su piel se encuentra más pálido de lo normal.

—Si no puedes rescatarnos a los dos, sálvalo a él. Y por supuesto no te olvides de Nube, ese animal es su familia.

—Eleonor, si te quedas deberás enfrentarte al ritual, ¿Comprendes lo que me estás diciendo? —Habla de forma pausada para cerciorarse de que la entienda.

—Lo sé. No he llegado tan lejos, ni me he sometido a tanta crueldad para ahora simplemente huir. —Pronuncio con convicción dispuesta a enfrentarme a lo que sea.

—¿Qué pasará si no logras luchar contra las tinieblas?, ¿Si el encantamiento te abraza? Entiendes que posiblemente tendríamos que atentar contra tu vida en el caso de que también asumas el objetivo de engendrar un heredero en la oscuridad.

—Lo comprendo y estoy dispuesta a aceptar el riesgo. De huir ahora, en un futuro cercano enfrentaríamos al Valle Oscuro, incluido Alen. Si me voy sin tratar de rescatarlo, él se trasformaría en mi enemigo y de ser necesario quizás también tendríamos que matarlo. —La sola idea de que esto pudiera suceder me agobia—. Así que entiendo lo que me dices, porque efectivamente prefiero morir que manchar mis manos con la sangre del hombre que amo. Y si la

solución para que los hombres del Valle Oscuro no puedan llevar a cabo su plan es matarme, estoy dispuesta a sacrificarme.

—Esas palabras son pronunciadas desde tu corazón y lo que necesito que ahora utilices es tu razón. Debes comprender que esa no es la solución, al contrario, con tu muerte estarías llevando a todos a la aniquilación. Tú eres la imagen de la esperanza. Existe todo un pueblo que se mantiene estoico esperando por la liberación. Sin tu presencia no creo que posean las fuerzas para luchar. Lamento que hayas perdido a tu amor, todos alguna vez hemos pasado por aquello, pero créeme que te levantarás y podrás seguir viviendo, aunque sientas que ya no puedas volver a respirar, lo lograrás.

—Entiendo que mi pueblo confía en mí, por eso no me puedo ir. Muchas veces me dijeron que debía seguir a mi corazón, que era la fuerza más inherente en mí, que el amor era el arma más poderosa que combatiría a las tinieblas. Pues hoy estoy aquí con la firmeza de mis sentimientos y escuchando lo que ellos me vociferan. No discutiré más contigo. Como dijiste, soy la próxima reina, es mi decisión quedarme para seguir luchando.

—Tendré que buscar a mis hermanos para que te hagan entrar en razón —Liana se mueve de forma rápida y en un parpadeo se encuentra nuevamente en su apariencia de guerrero. El lobo que le pertenece a ella se ciñe a su lado adoptando una postura acechante.

—¿Qué vas a hacer? —La sigo con la mirada, a lo que responde únicamente con una señal para que me mantenga en silencio. Toca el brazo de su compañero y la respiración del guerrero y de su animal retorna. Liana regresa a la posición de vigía cuadrando sus hombros.

Un sonido se filtra desde el corredor y al escuchar la llave girar comprendo su cambio de actitud tan radical. Los hombres que custodian en el interior de la habitación dan un paso al costado cuando la puerta se abre. De inmediato ingresan dos mujeres de mediana edad con vestimentas en tonos grises acompañadas por pieles en el mismo color. Una de ellas carga una túnica blanca y la otra una bandeja en la cual hay varias vasijas que en su interior logro apreciar polvos blanquecinos. Depositan los objetos sobre la estropeada mesa siendo la confirmación de que vienen con la intención de prepararme.

Lo primero en notar es que a estas jóvenes no las había visto con anterioridad. Lo segundo y lo que realmente me alarma es saber dónde está Laurel, ella es mi doncella. No es que me preocupe realmente aquella mujer, sino más bien, es por saber qué sucede con Asila. De reojo miro al guerrero en el que se encuentra Liana, quien también denota preocupación en sus ojos al observar a las desconocidas.

—Pueden esperar afuera. —Una de las mujeres habla con el típico tono despectivo dirigiéndose a los guardias. Doy un último vistazo a

Liana que se retira sin objeción y manteniendo su papel mientras yo me quedo pensando en sus últimas palabras; en relación a buscar a sus hermanos para que me hagan entrar en razón. Lo único que espero es que no intenten llevarme de este lugar en contra de mi voluntad, como dije antes, esto aún no termina, al menos no para mí.

Mi atención se fija en una de las jóvenes que se acerca. Su apariencia denota que no debe ser mayor que yo. Sus ojos como ya he visto en tantas oportunidades se encuentran vacíos, no obstante, el maquillaje alrededor de ellos los profundiza y agranda. Su cabello negro cae lacio hasta su cadera brillando con la luz de las antorchas. Sus rasgos son sutiles y delicados, si la pudiera definir en una palabra sería hermosa.

—Espero que te comportes. —me advierte—. No me gustaría tener que informar a Priust que no deseas cooperar. Como ya debes saber, él no admite ningún tipo de sublevación, aunque si me lo preguntas, para mí sería interesante ver cómo eres azotada en público.

Su compañera suelta una carcajada malintencionada a la cual respondo soltando un gran siseo de exasperación. He sido tantas veces amenazada que ya no me sorprende. Además, tengo otras preocupaciones más importantes que reclamar por una nueva vestimenta como, por ejemplo: ¿Dónde está Asila? Liana mencionó que se encontraba débil y no estoy segura de lo que eso pueda significar para un Antiguo Anciano pero, de todas formas, insisto en contactarla a través de mis pensamientos. En este momento sé que ella sería la única que podría entregarme palabras de aliento, siempre lo ha hecho y en la mayoría de las oportunidades ha poseído más confianza de la que yo misma poseo. Sin su presencia esta vez tendré que convencerme sola de que seré capaz de sortear de forma airosa la vinculación.

Para darme coraje me recuerdo que sí existen personas que lo han logrado: Boreas, la madre de Alen y también Lucios, primer hombre nacido en Luna Nueva. Es en este instante que deberé comprobar que mi fase no sólo es un augurio de soberanía, sino también que las cualidades que me fueron otorgadas al fin se manifiesten; la fortaleza, perseverancia, valentía y liderazgo son las características que deberé poner en práctica, si no quiero abrazar una causa de perdición.

—Olvidé los pinceles en la bodega. —La mujer de pelo oscuro le comenta a su compañera—. Ve por ellos.

—Como a ti se te olvidaron, tú ve por ellos. —responde molesta la otra joven.

—Candra no estará feliz cuando se entere de que no estás realizando la tarea que se te encomendó. —La joven de pelo oscuro menciona con un tono de advertencia.

Finalmente, su compañera sale de la alcoba realizando una mueca

de disgusto.

Una vez que nos encontramos solas inesperadamente la joven se dirige de forma rápida a mi lado cambiando su expresión rígida a una de preocupación.

—Eleonor, mi nombre es Sondra, soy amiga de Boreas y no me encuentro enlazada, necesito tu ayuda. —Toma de mis manos con desesperación—. Necesito liberarlo, no puedo dejar que se lleve a cabo su sentencia.

Capítulo 12

Me tomo un instante de calma para comprender lo que intenta decir. Aquella joven al parecer es la que nombró Boreas cuando nos encontramos en los calabozos. Me cuesta reaccionar a su presencia porque entre todo lo ocurrido había olvidado su existencia.

—Sé quién eres, Boreas me habló de ti. —digo finalmente.

—¿Lo viste? ¿Se encuentra bien? —Aprieta mis manos con fuerza, visiblemente angustiada.

—Estuve con él, en mi casa, la de Los Ciervos. Lo mantienen encadenado en una celda. Y continúa siendo el mismo gruñón de siempre. —Mi comentario la hace realizar una tímida sonrisa, momento en que un halo de alivio recorre su mirada.

—Todavía no he podido buscarlo. Los guerreros se encuentran en el patio descargando la caravana y sería extraño que yo merodeara las afueras. Mi lugar es en el interior del castillo, pertenezco al cuidado de Candra. —Mueve la cabeza en negación—. Eso no es importante, no tenemos mucho tiempo, mi compañera estará de regreso pronto. Sé que no estás sola, Calesia nos advirtió que posiblemente los Antiguos Ancianos rondarían nuestro reino, nos mantienen a todos controlados y vigilados.

Analizo sus últimas palabras y ahora la ansiedad regresa. No puede ser que a la maldita hechicera no se le escape nada. Mi nerviosismo se acrecienta al pensar que Asila, Liana y Lael se puedan encontrar en peligro de ser descubiertos.

—Dime si se encuentran contigo, me gustaría comunicarme con ellos para que me ayuden a rescatar a Boreas. —Sigue observándome con impaciencia.

—No los he visto. No estoy segura de que ellos se encuentren aquí. —Me desentiendo de su afirmación, no por el hecho de no querer ayudarla, más bien por el temor de que este sea un nuevo engaño. Si la hechicera maneja esta información, estoy segura que haría lo que fuera por apresarlos. No me sorprendería que tomara el cuerpo de una joven para embaucarme otra vez.

—Sé que no me conoces y que no confías en mí, pero te lo ruego, haré lo que sea necesario. —Esta vez se aferra de manera frenética a mis brazos y sus ojos imploran por ayuda.

—¿Estás dispuesta a ayudarme? —Pregunto tratando de mantener mi postura segura e incrédula. Aunque en sus ojos puedo reconocer el temor de perder a la persona que ama, ya que es el mismo temor que

siento yo. Maldigo en silencio, porque de ser Calesia, es una excelente actriz. —. Necesito que hagas dos cosas: la primera, es que encuentres a mi doncella, ella se llama Laurel, la perdí de vista cuando salí de mi reino. Ella es la única en la que confío para que se encargue de mi cuidado y aunque ahora se encuentra vinculada es la mejor sirvienta que jamás he poseído.

—No estoy segura de que la dejen ingresar, las órdenes son que nosotras te preparemos, pero al menos lo puedo intentar. —responde aceptando la tarea solicitada. Al observar su mirada esperanzada me carcome el deseo de confesarle la verdad, sin embargo, hasta que no me asegure de que es quien dice ser, no puedo colocar en evidencia a ninguno de los hechiceros.

—La segunda, tiene relación con algo que comentó Boreas. —Menciono de manera pausada y sé que podría tentar a mi suerte con lo que voy a revelar pero, en las circunstancias que me encuentro, es necesario que corra el riesgo—. Me habló de que quizás Calesia posea un libro de hechizos, lo necesito.

—¿Quieres que vaya por él? —Sondra cambia su expresión por una que refleja un palpable temor.

—Sí, sería de suma importancia adquirirlo para buscar información que quizás sea de ayuda. —Espero su respuesta, mientras me obligo a mantenerme firme ante la alarma que develan sus ojos. De ser quien dice ser, le estoy solicitando una tarea imposible y hasta peligrosa, pero no tengo alternativa, su vida, la mía y las de miles de personas están en juego.

—Calesia habita en el torreón norte del castillo, el único que tiene acceso a aquel lugar es Priust. Las personas que han osado a ingresar sin autorización han sido asesinadas. —Me contempla con nerviosismo, al parecer, considerando mi petición—. Nunca he escuchado de aquel libro, pero lo haré. No sé qué tan lejos pueda llegar, pero si con eso puedo rescatar a Boreas, estoy dispuesta a correr el riesgo.

Contemplo la vulnerabilidad de sus ojos y mi instinto me indica que dice la verdad en relación a su identidad. Sé que me arriesgo a un nuevo embuste, pero si me equivoco estaría poniendo en peligro la vida de una inocente, sin mencionar que el pequeño príncipe sería capaz de matarme si su amiga es lastimada por mi culpa.

—Sondra, escúchame. —Ahora yo la afirmo de los brazos dispuesta a tomar el riesgo de ser engañada otra vez —. No te acerques a ese lugar, sólo dime cómo encontrarlo, yo iré.

—¿Cómo harás eso? —Su mirada de nerviosismo se transforma en confusión—. No podrás poner un pie afuera de esta habitación sin que te vean. Además, en pocas horas te enfrentarán al ritual. No puedo esperar más, después que te vincules ya no me ayudarás, es más,

posiblemente me mates al saber que no me encuentro enlazada.

—No sucumbiré a la oscuridad, no te preocupes por eso, te aseguro que Boreas será rescatado. —Sigo manteniendo cautas mis respuestas, aunque la sinceridad de sus emociones es algo que es imposible falsear.

—¿Cómo puedes estar tan segura?, sólo unas pocas personas no han cedido ante el encantamiento y si existiera alguien que no se encuentre vinculado, el miedo de comentarlo los mantiene ocultos. No sé por qué Bóreas o yo no fuimos absorbidos por la maldad, pero créeme, de haber tenido la opción hubiese preferido que la oscuridad me cubriera antes de ver a mis amigos y familiares despojados de sentimientos. Todos estos años me he mantenido escondida, simulando ser alguien quien no soy y que desprecio. Ninguna de mis exhalaciones ha sido libre, ni ningún latido de mi corazón ha estado exento de terror. Únicamente Boreas me ha sostenido, logrando que no me hunda en un abismo de locura. Créeme que, si no te entregas, no será lo mejor que te haya sucedido. Lo único que estarás haciendo es condenarte a una vida de miseria, en donde nunca volverás a dar un paso sin mirar sobre tu hombro, en donde de todas formas se extinguirá tu alma al presenciar actos infames de los cuales no puedes renegar. Hoy día tu vida ya no te pertenece, si estás en la luz o en las tinieblas no importa, ya estás sentenciada. Si quieres escuchar mi consejo, huye si puedes hacerlo, pero por favor lleva contigo a Boreas.

—Sondra, sé que estás atemorizada y lo comprendo. Haré lo que esté en mis manos por rescatar a Boreas, jamás permitiría que muera, menos a manos de su hermano. Si ahora me quieres ayudar, busca a Laurel, pero antes cuéntame qué sucedió cuando te vincularon.

—No lo recuerdo muy bien, sólo sé que corrí a hacia la luz.

¿Correr hacia la luz? Repito en mi cabeza confusa. La joven se aleja repentinamente de mi lado cambiando su expresión cuando un sonido se filtra desde el corredor.

No tarda en abrirse la puerta ingresando su compañera. Sondra toma la túnica blanca y me la lanza sin ninguna cordialidad.

—¿Por qué tardaste tanto? —Reprende a la otra doncella volviendo rápidamente a su tono apático.

—Candra me detuvo, ya preparan el salón. —responde de forma brusca, luego su atención la dirige hacia a mí—. ¡Cámbiate!

Me volteo y comienzo a desvestirme. No dirijo la mirada nuevamente a Sondra, quien despliega su interés en las vasijas que deposita en la mesa.

Mientras me cambio analizo las palabras afligidas de la amiga de Boreas, las que también me asolan. Percibir el dolor que ha vivido durante tanto tiempo es sólo una nueva confirmación de que esta guerra se debe detener. Asimismo, la aprehensión me embarga al

considerar que, si no me enlazo, tendré que fingir y no únicamente ante mis captores, también delante de todo un reino. Mi representación deberá ser perfecta si no quiero ser descubierta. Situación que me hace dudar de lograrlo, cuestionándome si seré capaz de transformarme en un ser despiadado, insensible, en el que cada suspiro exhala brutalidad. Me animo mentalmente a no decaer, si Sondra lo logró, también lo puedo hacer. Me debo concentrar en lo fría de sus miradas, en lo gélido de su andar y por supuesto en la arrogancia de su expresión.

—¡Acércate! —demanda Sondra una vez que termino de vestirme con la túnica blanca, que es una delgada tela que se adhiere a mi piel dejando la mayor parte de mi cuerpo descubierto.

Me ubica al lado de una antorcha y comienza a trabajar en mi rostro. Al no contar con espejos en este lugar, no puedo contemplar lo que hace. Solo percibo que aplica una especie de ceniza blanquecina por mi rostro, mientras su acompañante realiza el trabajo en mis brazos, cuello y clavícula. Bañando cada espacio de piel expuesta.

Una vez que finalizan con su labor, me observan y recogen sus utensilios. La última en salir de la habitación es Sondra, quien antes de desaparecer me mira y sus labios gesticulan en silencio: ayúdalo.

Me quedo sola de pie en el centro de la alcoba consciente de la solicitud de ayuda. Una ayuda que es para Boreas y también para todas las personas que me rodean. El peso sobre mis hombros vuelve a ser demasiado, sin embargo, la ansiedad toma otra dirección al darme cuenta que lo único que puedo hacer en este momento es esperar. Ya sea que regrese Liana, que al fin aparezca Asila o que vengan por mí para llevarme al salón.

Me arrodillo frente a la cama y junto mis manos con la intención de orar. Cierro mis ojos y me encomiendo. Sé que en este último tiempo he insultado y renegado de los Antiguos Ancestros, pero también sé que ellos en este momento me debieran acompañar y ayudar para encontrar la quietud que necesito con desesperación. Requiero que atiendan mi llamado para que me guíen a través de la oscuridad y como dijo Sondra, que me muestren la luz. Ruego para no dejarme seducir por las tinieblas, repitiendo una y otra vez: Soy liderazgo y fortaleza. Soy resistencia y valentía. Tratando de vaciar mi mente y alma de los sentimientos negativos que han despertado. Me obligo a no pensar en nada ni en nadie para buscar el sosiego que me entregue paz y sólo me enfoco en visualizar una tarde de primavera en donde el verde del prado y el azul del cielo me mecen con tranquilidad.

No sé cuánto tiempo llevo en esta posición orando e invocando a

una fuerza superior. El dolor en mis rodillas es lo que me advierte de que ha sido por un largo período. Desde los corredores me han llegado sonidos de personas y lobos. Los he dejado afuera de mi concentración para amansar mi atribulado corazón. Soy la única en la que puedo confiar para llevar a cabo esta tarea. Y por supuesto, debo creer con toda convicción que lograré evadir el encantamiento.

El ruido de la puerta me anuncia de una presencia. Doy una última y larga exhalación para enfrentar mi destino.

Me giro lentamente recordándome que cualquier cosa que vea o escuche no deberá alterar el destello de paz que cobijé y que lamentablemente tiembla al observar la cabellera blanca de la persona que se presenta frente a mí.

—Tus ruegos esta vez no te servirán de nada. —Calesia menciona de forma burlesca. Al costado de sus caderas se asoman dos lobos negros, uno de ellos lleva sobre su cabeza un tinte rojizo.

Vuelvo a respirar y me repito mentalmente que no me deje alterar por ella. Haga o diga lo que sea, necesito mantenerme en quietud.

—¿Ya no quieres hablar? —Pregunta en su conocido tono fastidioso.

No contesto a su provocación porque no quiero perder el reposo que me llevó largo tiempo conseguir.

—Sé lo que intentas. —La hechicera se acerca examinándome y en respuesta bajo la mirada para no observarla—. Me refiero a que por un lado piensas que no sucumbirás a la oscuridad, y por otro, crees tontamente que Alen regresará a tu lado. También confías en que mis hermanos vendrán por ti. Lamento decirte que ninguna de esas cosas ocurrirá.

Camina hasta ubicarse justo frente a mí, tan próxima que las puntas de nuestros pies se tocan. Con su mano agarra mi mejilla con fuerza levantando mi cara e inevitablemente nuestros ojos se encuentran.

—Siempre he estado un paso adelante. Créeme que bajo ninguna circunstancia permitiré que una niña mimada y estúpida como tú interfiera con nuestros planes, con mis planes. Si en algún momento percibo que nos engañas o quieres huir, yo misma me encargaré de acabar con tu vida. Y no concibas una falsa ilusión de que Alen te salvará, él está de acuerdo con tu muerte de ser necesario.

Sus palabras las dejo fuera de la pared que construí, no acepto que sus insinuaciones me afecten. Sostengo su mirada y mi atención recae en sus ojos al percatarme de su color. Con anterioridad los he observado negros y tornarse blancos, pero ahora sus pupilas están completamente enrojecidas al igual que las personas que habitan en el Valle Oscuro.

—¿Estás enlazada? —La pregunta escapa de mis labios, sin siquiera

pensarlo. En el momento que también tantos cuestionamientos aparecen.

—Insisto, brillante no eres. —Eleva la comisura de sus labios en una sonrisa que acrecienta el rojizo de sus pupilas—. Sabía que eras ingenua, pero pensé que no eras estúpida. La vinculación está en mi sangre desde el inicio.

Se aleja unos pasos y me observa conservando su sonrisa, al parecer saboreando la confusión que debe reflejar mi expresión.

—Sé que no te debo una explicación, pero también sé que sigues pensando que tu ideal y lo que desde pequeña te inculcaron es lo correcto. En nuestro mundo nada es lo que parece y todas las personas que ingenuamente pensamos que serían nuestro apoyo, nos han fallado y nos han mentido. Hoy mi obligación es lograr la reivindicación. Después de que te cuente mi historia, mi verdad, probablemente no encuentres tan despreciable mi actuar.

—No me interesa escuchar lo que tengas que decir. —De inmediato doy un paso atrás alejándome de ella—. Nada de lo que puedas decir hará que cambie la opinión que tengo de ti.

—¡Siéntate! —Su voz se eleva al mismo tiempo que los lobos que la custodian adquieren una posición de advertencia—. Oirás cada una de las palabras que diré.

Ante su tono imperativo la obedezco, no por temer a su regaño, sino más bien para continuar manteniendo mis emociones en pasividad.

Una vez que me ubico en la cama. Los lobos se sientan sobre sus patas traseras reposando su peso. Sus ojos siguen depositados en mí.

—Como bien sabes, mi cuidado y la casa que me fue asignada desde el inicio de los tiempos fue la de Los Lobos. —Calesia baja su mano hasta acariciar el lomo de uno de los dos animales que se mantienen junto a ella. Su voz extrañamente se vuelve serena. Al observarla, su mirada está perdida, como absorta quizás en sus recuerdos—. Estuve presente en el primer encantamiento, pero no se me dejó participar. En aquel momento mi intención fue acabar con la inminente guerra. La terquedad de Barón y de mis hermanos no permitió que me inmiscuyera, en consecuencia, muchos pueblos perecieron al igual que algunos de mis hermanos. Eso ya lo sabes, lo que desconoces es que después que Lucios venció a la oscuridad, mi deber fue mantenerme junto al pueblo del Valle Oscuro para ayudarlos a levantarse otra vez.

Como te comentó Celsius; nunca fueron aceptados, siendo relegados por los otros territorios quizás a modo de castigo por lo ocurrido. Yo fui la que los acompañó en la miseria que debieron enfrentar al permanecer solos. Yo viví con ellos el hambre y la muerte de sus seres queridos. Muchas veces traté de hablar con Barón para

que intercedieran, para que me dejaran ayudarlos, para rescatarlos guiándolos a la luz y no sólo a ellos, también a los otros reinos como el de tu padre, quién siempre se negó a escuchar las peticiones del Valle Oscuro. La desesperación y la angustia también se volvieron mis compañeras al contemplar la injustica. En respuesta a todo lo ocurrido, apareció el recelo hacia todos los que nos cerraron las puertas. Nunca pude justificar el sufrimiento de personas que no eran culpables. En ese entonces sólo me podía presentar como curandera del reino, tratando de salvar con herramientas mortales a tantos como pudiera. Todavía recuerdo el día en que visité la casa de una familia de granjeros; sin ganado, sin dinero y sin alimentos, yacían acostados sobre la cama junto a su hijo, tomados de las manos esperando la muerte. Priust estaba con ellos, los acompañó hasta su última exhalación al igual que yo. Pruist era un joven apuesto, muy parecido a Alen, quien luchaba por sacar a su pueblo adelante. Como no se le permitía comercializar o entablar relaciones de diplomacia con los otros reinos, los comenzó a saquear en beneficio de alimentar a su gente. Él al igual que yo, sentía la impotencia y el dolor de ver a su pueblo perecer, sólo por la ignorancia y rencor de algunos. Su convicción y fuerza fue la que nos hizo conocernos más íntimamente, hasta que le confesé mi verdadera identidad. En sus ojos más que asombro percibí esperanza, una que no podía quitarle, no después de tanto pesar. No sé en qué momento mis sentimientos cambiaron enamorándome de él y de su objetivo; rescatar a su pueblo a cualquier coste. Buscamos formas para retomar el equilibrio y la única solución posible que encontramos fue rehacer el encantamiento. Su poder nos daría el arma que necesitábamos con tanta urgencia. Luchar y dejar de sentir miedo. En el Bosque Blanco y a través de los antiguos escritos busqué toda la información para hacerlo. Además descubrí en dónde se había guardado la última piedra de Turmalina que era necesaria para darle el poder al hechizo. Priust por su parte también se había enamorado de mí y me rogó que hiciéramos juntos el ritual. Me dijo que no quería atravesar la oscuridad sin mí. Ingenuamente pensé que no me absorbería, que quizás por un tiempo lograríamos nuevamente respeto y que luego, lo dejaríamos. Pero no fue así, la oscuridad fue más grande y seductora. Entregándome un poder que nunca antes había experimentado.

La compasión, la amabilidad, el amor, el temor y cualquier sentimiento que nos volviera personas débiles y vulnerables, fue eliminado de nuestra alma. Sólo nos quedaron las emociones que eran de importancia para nuestro objetivo. La venganza, el odio, el rencor. Hoy día nada me importa, ni mi casa, ni mis hermanos, ni los habitantes del reino, menos tú. Para mí eres únicamente una herramienta para alcanzar nuestra finalidad, que es destruir a todo ser

que tuvo el coraje de ignorarnos y humillarnos, incluyendo a mis hermanos.

Así que como puedes apreciar, yo en algún momento fui como tú. También creí que el amor me salvaría. Que estupidez. El amor lo único que hace es volverte un ser indefenso, como lo eres tú ahora. Porque estoy segura que has tenido la oportunidad de marcharte, de huir, de ponerte a salvo, pero sigues aquí aferrada con uñas y dientes a algo completamente ridículo. Si tus sentimientos no hubieran interferido, ahora lo más probable es que estarías lejos de este lugar protegida por mis presuntuosos hermanos, que aún creen que las circunstancias deben seguir su curso natural.

La contemplo sorprendida ante su revelación. Muchas veces me había cuestionado de cuáles eran sus motivaciones. Claramente que estuviera bajo el encantamiento era una opción que nunca pensé y creo que sus hermanos tampoco. Conocer esto hace que muchas dudas se resuelvan, sobre todo en relación a su frialdad y forma despiadada de ser. Una de las imágenes que aún se mantiene es la de Priust. La manera cómo lo describió, me hace recordar a su hijo. Estoy segura de que si Alen hubiese estado en su posición, hubiera hecho lo mismo. No sé si al punto de buscar la oscuridad, pero sí de hacer lo que se necesitara por su pueblo, al menos, es lo que hizo hasta antes del enlace.

Inevitablemente pienso que Calesia tiene razón. Ella al igual que yo, por amor nos sacrificamos y en mi caso lo haré hasta las últimas consecuencias. No obstante, lo que me mantiene en alerta es la aseveración que hizo en relación a que pude haber huido. Ella ya lo sabe, debe percibir a sus hermanos, Sondra también me lo confirmó. No sé cómo, pero debo buscar la forma de advertirles, ellos deben alejarse de este lugar.

Busco su mirada, la que ya no se encuentra extraviada, más bien, es más intensa que antes, y como siempre, sonriendo con suficiencia. Ahora le doy la razón, soy una tonta. Ella no vino a contarme su historia buscando empatía sino, con la intención de confundirme y contradecir mis emociones. Es lo que necesita para que esté susceptible y me entregue a ellos. Pues no le daré en el gusto.

—No importa que no digas nada, no es necesario. —Calesia se acerca a mí. Agarra mi muñeca con firmeza poniendo su atención en la cinta de cuero que llevo apretada en mi mano—. ¿Esto es a lo que te aferras?

Trato de zafarme de su agarre, porque no quiero que me despoje del único elemento que me mantiene afianzada a una fugaz esperanza.

—No te lo quitaré, me gustará ver cuando te despojes de toda ilusión. —Sin soltar mi brazo, percibo cuando otro objeto es situado con fuerza a mi muñeca. Mis ojos se dirigen a la pulsera de dientes de

lobo que rodea mi piel—. Ahora estás perfecta, no quiero que nadie interfiera con nuestra conexión.

Me digo mentalmente que inhale y exhale, llamando a la calma y pasividad que conseguí. Cierro mis ojos tratando de poner mi mente en blanco. Mi meditación es interrumpida abruptamente cuando la puerta de la alcoba es abierta con fuerza. En un acto reflejo mis ojos se abren dirigiéndose a la entrada. Dos guerreros ya se encuentran en el interior, pero se detienen al observar a Calesia. Mi respiración se interrumpe al reconocer a uno de ellos. Liana hace un rato atrás había aparecido con la imagen de aquel hombre y esta vez sus ojos delatan preocupación.

—¿Qué hacen aquí? —Calesia los reprende—. Deben esperar afuera.

Lentamente bajando su cabeza salen al pasillo. Mi interés se desplaza al guerrero que no había visto con anterioridad. Su pelo largo va sujeto con una cinta y me da una mirada de soslayo antes de retirarse. Su expresión sigue denotando nerviosismo, algo que nunca he visto en los hombres de este reino. De inmediato las ideas se comienzan a gestar. Él debe ser Lael, es la única explicación a su accionar y me lo confirma al estar con Liana. Ahora la duda y la ansiedad que se esparce en mí me hace pensar: ¿Qué los hizo entrar de aquella forma y visiblemente afectados?

—¿Lista para abrazarnos como tu nueva familia? —Calesia pregunta, pero ya no la escucho.

Capítulo 13

Abre la puerta para que la siga y lo primero que hago al salir es ubicar a los guerreros o más bien dicho, a los Antiguos Ancianos. Recorro con la vista el pasillo de manera cauta para no ser evidente. Necesito encontrar la forma de advertirles que la hechicera sabe que se encuentran en el Valle Oscuro, y también quiero que me expliquen qué sucede. En un repaso rápido no los localizo entre los escoltas que nos esperan afuera.

Al iniciar el desplazamiento por el corredor, trato de dejar la ansiedad atrás, necesito sortear un problema a la vez y este no es el momento de perturbarme. Cruzo mis manos que se han vuelto gélidas y bajo la vista. Me repito mentalmente inhalar y exhalar.

Mientras caminamos, el único ruido que escucho es el de las pisadas de mis escoltas, esto unido al jadeo de los animales. La hechicera se mantiene a mi lado, pero trato de hacer que su presencia no me turbe, no esta vez.

Al detenernos levanto mi cabeza. Estamos en la entrada del salón. Hay varias antorchas y velas distribuidas de manera estratégica dejando la cantidad de luz exacta para que visualice mi entorno.

Lo primero en observar a mi costado izquierdo son los tronos. Priust, Celsius, Alen y Candra se encuentran sentados en ellos. Mi atención se queda un segundo en el heredero del Valle Oscuro y por mucha meditación que haga una vida entera, jamás podría ignorar cómo mi corazón se agita ante él. Sus ojos me encuentran recorriéndome de pies a cabeza. Al retornar a mi rostro me sonríe, pero como ha sido en estos últimos días, su gesto se encuentra privado de cordialidad, hasta podría jurar que cada día que pasa su expresión se mimetiza más con los que ahora son su gente. Quito mi vista al sentir el dolor que me produce saber que no intercederá por mí, sino más bien, esperará en primera fila mi desenlace.

Vuelvo mi atención al centro, en donde hay varias velas puestas en una circunferencia. Estoy segura que representan la luna nueva, ya lo presencié hace algunas noches atrás cuando se llevó a cabo el ritual de Alen.

Los habitantes del reino se encuentran a mi derecha, en silencio. Sus vestimentas son mayormente negras al igual que sus caras. Claramente me distingo entre ellos. Mi vestido y la pintura en mi cuerpo es blanca. Calesia a mi lado se deshace de la capa que la cubre

dejando ver un ceñido vestido negro, y en sus brazos van pintadas todas las fases de la luna. La primera vez que conocí a Asila también las llevaba, me gustaría haber preguntado qué significaban.

Camino hacia el círculo de velas, porque ha llegado el momento del cual quise escapar. Me aferro a mi alma y a mi amor, convencida de que serán más fuertes que cualquier maleficio.

—No tan rápido. —Calesia me toma del brazo, dirigiéndome hacia un costado de los tronos—. Todavía no es tu turno.

Me deja de pie junto a dos guerreros que de inmediato me custodian, mientras que me pregunto: si no es mi turno ¿de quién es?

La hechicera con soltura se desplaza hasta el inicio de la circunferencia y da un asentimiento de cabeza hacia el final de la sala. Los asistentes dan un paso atrás creando un corredor que conecta con la gran puerta de madera que se abre. Ingresan varias siluetas que al acercarse muestran a dos guerreros escoltando a un prisionero. Desde mi ubicación logro escuchar el sonido del metal que emiten los grilletes y que de a poco envuelven el lugar. Al aproximarse, repaso a la persona encadenada que camina con dificultad. Lleva un vestido desgarrado en varios sectores. Las partes visibles de su cuerpo muestran la suciedad impregnada desde hace días. Su cabello largo y lacio cae sobre su rostro. Al detenerse al frente de la circunferencia levanta su cabeza. A pesar de la gran cantidad de tierra que cubre sus mejillas logro reconocerla. Es Brisa. Después de salir del Reino de Aquilón, no la volví a ver, ni a pensar en ella, pero sí recuerdo sus últimas palabras en relación a que mataría a Calesia.

Su mirada perdida recorre todo a su alrededor, al parecer, tratando de reconocer su entorno. Al detenerse en mí, sus cejas se levantan con sorpresa, las cuales caen rápidamente transformando sus ojos en una expresión contraída, denotando arrepentimiento.

—¿Qué crees que haces? —Mi boca suelta las palabras sin poder evitarlas.

Calesia me mira por sobre su hombro, sus ojos denotan triunfo.

—Pensé que me enlazarías a mí. —Doy un paso adelante no llegando muy lejos al ser afirmada por mis escoltas. —Déjala en paz, ya me tienes. ¿No era eso lo que querías?

—Si no te callas te mandaré a amordazar. —Responde la hechicera fijando su atención otra vez en la puerta de entrada.

Quiero seguir increpándola para que libere a Brisa. Sé que cometió un error, pero bajo ninguna circunstancia le desearía ni a ella, ni a nadie esta condena. Mi nueva protesta queda atrapada en el borde de mi boca, cuando reconozco a las siguientes personas que escoltan.

—¿Padre? ¿Madre antigua? —Mi voz es casi imperceptible. Mi garganta se aprieta y el castillo que quise construir para mantenerme en quietud se comienza a resquebrajar.

La figura de mi padre es detenida a un costado de Brisa. Su apariencia no es mejor a la de ella. La baja de peso es considerable, su barba sin ningún cuidado y su cabello cae desordenado hasta sus ojos. Sus hombros están caídos y su espalda encorvada. A pesar de lo desaseado de su apariencia, hay algo más que está manchado. Su alma. Y no por el enlace, más bien podría decir que por la vergüenza. Al levantar su cabeza recorre el lugar encontrándome.

—Eleonor. —susurra débilmente. Su expresión me indica que quiere decir algo más, pero antes de eso fija su atención hacia adelante, hacia Celsius y Priust. Aprieta los labios con fuerza junto a sus manos. No tiene que decir nada, a él también lo deben tener amenazado. Vuelve sus ojos hacia mí denotando pesar y frustración, para sólo decir—. Tú nos salvarás.

Mis ojos viajan a la mujer que me crió. Su aspecto no está deteriorado, ni sucia como mi padre. Al parecer han cuidado de ella. Su cabeza se mantiene en alto como siempre lo ha hecho. Nuestras miradas se encuentran y en sus ojos no percibo temor, más bien determinación.

La turbación, sumado a la rabia se abren camino hasta hacer retumbar las murallas de mis sentidos que luchan por permanecer infranqueables y mi razón oscila sin poder aceptar lo que está sucediendo.

—Pensamos que te agradaría que tus seres amados te acompañaran a tu nueva vida. —La voz de Celsius me llega desde su trono—. No somos tan malos como crees, a no ser que prefieras que mueran. Es tu decisión.

Sus palabras se desplazan en mi pecho como un rayo que quema y consume todo a su paso al comprender lo que me está insinuando. Ellos saben que jamás estaría de acuerdo en sentenciar a mi familia, pero ¿cómo salvarlos?, si no los matan, los vincularán, de una u otra forma los perderé.

—¿No harás nada? —Esta vez saco la voz que permanecía encarcelada en mi interior acaparando el interés de los presentes, pero mi atención sólo recae en uno—. Alen, él es tu rey, el hombre que te formó ¿Cómo puedes estar de acuerdo con algo así?

Juré que no perdería la calma, sin embargo, es imposible que no diga nada. Menos presenciando cómo me despojan de lo poco que queda de mi vida.

—La Madre Antigua te crió y cobijó durante tu niñez. Mi padre te enseñó a usar la espada, te puso a cargo de su ejército, fuiste su mano derecha. —Continúo increpándolo sin poder detener las palabras que saltan una encima de la otra—. Ellos nunca hubieran permitido que te dañaran, sin dudarlo hubieran dado su vida por ti. ¿Qué sucede contigo?

Mi débil intento de hacerlo reaccionar se desploma en el momento que me sonríe. Mi sangre se hiela al notar en su expresión que, además de arrogancia, muestra victoria. Ingenuamente creí que nuestro amor podría ser más fuerte que el encantamiento, pero a cada nueva acción me convenzo de que el poder del hechizo es más poderoso de lo que pude imaginar.

—Todavía no pierdas la cabeza, te falta algo por ver. —La voz de Calesia hace que quite la mirada de Alen. Estoy a punto de desgarrar mi ropa y comenzar a gritar, pero no les daré en el gusto, no dejaré que me dobleguen.

Sigo las miradas de todos los asistentes. Esta vez se escucha el chirriar de ruedas. La celda que se desplaza por el pasillo no admite a una persona de pie. Pienso que pueden traer a un animal en su interior por el espacio reducido. Pero lo que contemplo en su interior termina por hacer estallar en mil fragmentos las paredes que construí para resguardarme.

—Asila. —Las palabras se quiebran al salir de mis labios.

Primero, parpadeo un par de veces para convencerme de que lo que estoy viendo es real. Segundo, me escabullo rápidamente entre mis escoltas, los que se han distraído, para alcanzar a Calesia.

Únicamente alcanzo a tomar un mechón de su cabello cuando un lobo salta en mi dirección estrellándome contra el suelo. El golpe es crudo y duro en el costado de mi cuerpo, pero no tanto como el dolor y la furia que me aplasta. Siento la amenaza en su gruñido, junto a los dientes que merodean mi garganta. Ni siquiera pienso en el daño que me pueda causar la bestia cernida sobre mí. Mi instinto se despierta y con puños y piernas lucho por quitármelo de encima. Sus pezuñas se entierran en mi pecho y abdomen luchando por abatirme. Mi respiración huye ante la presión, pero no me detengo, sigo batallando y descargando la rabia contra la bestia.

—¡Suficiente! —Una gruesa voz llama la atención del lobo, el cual se repliega lentamente.

No me detengo a observar quién detuvo al animal, sólo quito el cabello de mi cara recuperando mi respiración. Me incorporo aún inestable por el ataque recibido y me dirijo a la celda. Caigo de rodillas aferrándome al frío hierro. Asila se encuentra sentada y en su verdadera forma. Su cabeza se apoya contra los barrotes, ahí noto que su expresión es más pálida de lo normal, mostrando grandes surcos oscuros bajo sus ojos. Levanta con dificultad su mano hasta que encuentra la mía. Su contacto es gélido.

—Lo puedes lograr. —Susurra, pero a pesar de lo débil de su voz, esta va cargada de fuerza.

—¿Qué le has hecho? —Me giro hacia Calesia, momento en el que un torbellino de ira transita sin miramientos mi cuerpo.

—Sólo la capturé. —La hechicera contesta sin ningún remordimiento—. Al encontrarse débil, percibí su esencia, ya no se pudo ocultar de mí.

—¿Débil? —pregunto no queriendo aceptar lo que esto significa.

—¿Todavía no lo comprendes? —Calesia pregunta de manera sarcástica—. Tú presenciaste cuando fue herida por una flecha fabricada con madera de nuestro árbol sagrado. No existe ningún tratamiento ni mortal ni mágico para contrarrestar aquella lesión. Ella se encuentra sentenciada a muerte desde aquel momento. Su deceso llegará cuando la herida se extienda por toda su piel hasta alcanzar su corazón.

Me giro hacia Asila buscando alguna señal que niegue lo que me advierten. Recorro la piel expuesta hasta que encuentro los surcos rosáceos que se extienden por su cuello como raíces aferrándose a la tierra. La comprensión me alcanza como un latigazo directo a mis entrañas. Tomo con más fuerza su mano para de alguna forma mantenerla conmigo.

—Lo siento. —Esgrime con pesar.

—No. Yo lo siento. —Respondo con un nudo que se afianza en mi garganta y se desliza por mi columna—. Debí ser más fuerte, debí haber luchado, debí escucharte.

—Tú eres la única que los puede vencer. —Levanta con dificultad la cabeza y en su movimiento percibo el dolor que la aborda. —Siempre he creído en ti y por siempre lo haré.

—Por favor no te des por vencida, encontraré la forma de sanarte. —Introduzco una de mis manos entre los barrotes hasta alcanzar su mejilla—. Prométeme que te quedarás conmigo hasta que pueda salvarte. ¡Prométemelo!

—Lo prometo. —responde.

—No te defraudaré. —Es lo último que alcanzo a decir antes de escuchar las pisadas que se dirigen en mi dirección. Doy una última sonrisa a Asila y antes de que los guerreros lleguen hasta mí, me coloco de pie y me volteo para encontrar a la maldita hechicera—. ¿Qué harás con ella? ¿También la vas a enlazar?

—Eleonor, por favor, ella ya es un cadáver, no necesitamos desechos en nuestras filas.

—¡Maldita seas! Y ¡Malditos todos ustedes! —grito fijando mi atención en cada uno de mis adversarios. —Puede que hoy día ganen esta batalla, pero les juro que en esta guerra no serán los vencedores. Tal vez no sea yo y tal vez no sea mi pueblo el que los enfrente, pero les aseguro que siempre existirá un alma; en algún lugar de nuestro mundo que luchará por la luz, por el amor, por el equilibrio y desde donde esté guiaré la pelea contra la oscuridad.

—Bonitas palabras, creo que me conmovieron. —Calesia realiza el

gesto de limpiar invisibles lágrimas, junto a las carcajadas de los asistentes.

No dejo que su crueldad me atrape. Mantengo mi postura erguida y me concentro en retomar el ritmo de mi respiración. No lucho más contra ellos, me preparo para luchar contra mí; contra las emociones negativas que se adhieren a mis poros y contra el miedo que se escabulle situándose en mi pecho. Como dije antes, esta batalla la ganaron, pero no han ganado la guerra. Sé que las acciones de esta noche fueron orquestadas para romperme, para que me volviera vulnerable. Calesia tenía razón, siempre ha estado un paso adelante. En lo que se equivocó fue en que no me está quebrando. Sólo está logrando que la fortificación de mi interior, la que se había visto traspasada, se levante con más brío, con más dureza, con más fuerza, por mí y por todas las personas que han sufrido en sus manos.

El salón se silencia y yo me desprendo de mi entorno. Desde las esquinas comienza el ruido de tambores en un ululante ascender. El sonido rítmico y ensombrecido traspasa mi piel y retumba en mi pecho. Varios lobos se acercan formando un círculo cerrado al interior de las velas. Me empujan para que dé un paso adelante, al igual que lo hacen con Brisa y mi padre. Antes de alejarme de ellos, doy un paso hacia la Madre Antigua. Ella al igual que yo extiende su mano. Nuestros dedos se rozan un instante. No necesita decir nada, únicamente con el tibio roce de su tacto me traspasa sus pensamientos. Siempre me dijo que me convertiría en reina, siempre me alertó de que sería una tarea difícil y a veces casi imposible. También me dijo que no importaba lo que creyeran los demás. Sólo debía oír a mi corazón, esa era la única voz que me guiaría y en la cual debía confiar. Ya no puedo hacer nada por ninguno de ellos. Su azar será determinado por sus esencias, ellas definirán si caminarán hacia la luz o hacia las tinieblas. Y ni si quiera sé si aquello importa, como mencionó Sondra, nuestros caminos ya están condenados.

Nos obligan a arrodillarnos. Primero la hechicera se dirige hacia mis acompañantes. Me obligo a no mirar en su dirección, ya presencié esta ceremonia. Y contemplar cómo abaten a cada uno de ellos, no me ayudará a recuperar la calma que ha desaparecido y la cual necesito encontrar con urgencia.

De reojo percibo los cortes que realizan en sus brazos, pero no hay lobos a sus costados, lo que me recuerda, que no a todos los vinculan con animales. Sí puedo ver la daga, la que es sumergida en una vasija, para luego salir impregnada de sangre, la misma que es ocupada para el encantamiento. La concurrencia se une al cántico gutural de la hechicera. Después de algunos segundos distingo cuando los cuerpos se desvanecen cayendo al suelo, sumergidos en una especie de trance. Ya no oro por ellos, ya no sé por qué rogar. Si se enlazan, sus mentes

se extraviarán de la misma forma que Alen lo hizo. Y si no lo hacen, posiblemente de todas formas los maten por no haber sucumbido al ritual.

Me mantengo arrodillada hasta el instante que presiento que es mi turno, es ahí que recién levanto la cabeza. Me gustaría evitar que el miedo me embargue, pero ante la situación en la que me encuentro, es imposible. Me siento aterrada de estar a un paso de convertirme en una de ellos, o de saber si finalmente mi fase primará ante el encantamiento.

Dos guerreros se sitúan junto a mí, uno a cada lado agarrando mis brazos. No lucho contra ellos, ya no lo puedo hacer. De cierta forma estoy sucumbiendo, pero no me estoy entregando.

Lo primero en observar es cómo cuatro guardias tiran con fuerza la cadena de un lobo que se niega a avanzar. Su hocico está atado con una cuerda, por lo que lo único que puedo escuchar es su gruñido contenido. Sus ojos delatan miedo, pero también enojo.

—Ella te ha estado esperando. —Calesia menciona, pero no la observo. Mi vista está fija en el animal que lucha por deshacer su agarre. Su pelaje reluce en la tenue luz dejando ver un jaspeado en gris, blanco y negro. En uno de sus ojos el color negro se incrementa como si hubiera sido salpicado descuidadamente. —Taviana, nació en cautiverio. Nunca ha estado en contacto con nadie. Fue criada en soledad para afianzar su instinto animal y por supuesto, su irritación. Su intuición no posee empatía hacia ningún humano y tampoco hacia los de su raza. Lo único que desea ciegamente es matar a cualquiera que esté en su camino.

En el momento en que los cánticos comienzan, mi ansiedad se acrecienta al constatar que en mi caso utilizarán a un animal para vincularme, no debería sorprenderme, sin embargo, saber que mi sangre se enlazará a un lobo era algo que no había pensado, e inevitablemente, me entregue o no a ellos, mi vida se unirá a ella. Trato de que esto no me afecte, recordando a Boreas y la relación que tiene con Nube. En ellos, la conexión se apreciaba de forma natural. Contemplo a la loba que lucha fieramente ante sus captores y no puedo evitar sentir empatía hacia ella, en su caso, también la están utilizando como un nuevo peón para su plan. Y después de la declaración de Calesia, en relación a cómo la mantuvieron en cautiverio, sin dudarlo mi instinto me indica que también debo velar por ella ahora.

Mi atención cambia del animal a la figura que se aproxima con seguridad.

—Te dije que tenía algo especial preparado para ti. —La hechicera se apega a mi oído para susurrar—. Al ser la Heredera de Luna Llena, la fuerza que es inherente en ti, no es fácil de doblegar.

Antes de que termine de hablar, una figura se hace visible. La luna menguante tatuada en la cara se refleja con la luz de las velas, imponente y siniestra igual que su mirada. Priust se detiene frente a mí y al costado de su cadera aparece Voltor, su lobo.

—Te enlazarás con la sangre del macho alfa. —Calesia camina hasta ubicarse al lado de Priust. Los guerreros que afirman mis brazos ejercen presión hasta recostarme sobre mi espalda—. Su sangre es la más poderosa de todo el encantamiento. Su sangre es el origen, es la fuente de nuestro poder.

Desde mi posición contemplo cómo el macho alfa junto a su animal se congrega a mi lado. No puedo moverme, mis brazos están sujetos con fuerza al suelo perdiendo toda visión del salón, no obstante, los asistentes se hacen presentes a través del cántico profundo y ronco que envuelve la estancia resonando en mi pecho cada vez con más fuerza.

—¿Recuerdas esto? —Calesia capta mi atención con el objeto que carga en su mano. De inmediato reconozco las astas de ciervo que se entrecruzan en el mango. Es mi daga, la que Alen utilizó para llevar a cabo nuestro ritual. Y aunque lucho por no perder la calma, la maldita hechicera está utilizando todos los artilugios que se encuentran a su alcance para hundirme, para guiarme hacia la devastación. En este caso, manchando el momento que selló mi amor y cambiándolo por el rito que sellará mi destino. Mantengo mi vista fija en la cuchilla, la cual al acercarse a mi rostro se percibe diferente. Su hoja ya no es de acero, más bien es parecido a una piedra brillante—. Sí, es Turmalina, la última piedra que mantiene con vida el encantamiento. Encontré una forma de adaptarla.

Sin más explicación, lleva la daga al brazo de Priust y con la punta realiza un perfecto corte. La sangre emana y gotea sobre una vasija negra que sostiene la hechicera. Una vez que recolectan, al parecer, la cantidad necesaria se dirigen a Voltor. De su pata también extraen sangre depositándola en la misma vasija. Una vez que terminan, Calesia se dirige a mi cabeza y comienza a escarbar mi cabello.

—¿Me concederías el honor? —Esta vez sí que no puedo evitar mi sorpresa al escuchar la voz de Alen junto a mí—. Yo fui el primero que cortó su cabello, por lo que me corresponde volver a hacerlo.

Mi respiración queda retenida en la base de mi garganta contemplando cómo el Heredero al Valle Oscuro desliza su mano en mi cabeza hasta que levanta una delgada trenza. Extiende la mano para que Calesia le entregue la daga. Sus ojos encuentran los míos y sin poder detenerla, la desolación llega. Lo que queda de mi agonizante corazón se quiebra al observar cómo el hombre que amo, no sólo presencia este retorcido ritual, sino también participa de él.

Mi fortaleza se mantiene, pero el dolor me destroza. Mis ojos se

nublan en lágrimas, no porque me hayan abatido, más bien porque la tristeza explota en mi interior cuando Alen corta mi cabello terminando de desgarrar en carne viva mi ser.

—Último, pero no menos importante ingrediente, la ceniza de mi árbol. —Calesia lanza el residuo grisáceo de la madera consumida sobre la vasija depositando también mi cabello.

En este punto ya no la escucho. Sé lo que vendrá y lo único que puedo hacer es mirar a Alen. Escucho los gruñidos sobresaltados de la loba, que se hacen audibles sobre el retumbar de los tambores. Sé que ella también está luchando contra esto, contra la maldad, contra el yugo, pero al igual que en mi caso, no tenemos escapatoria. Percibo cuando la daga traspasa mi piel y palpo como la sangre brota de la herida en mi brazo. Al igual que emana la tortura y la lenta aniquilación de mi amor.

Siento el pelaje del lobo que unen a mi antebrazo. Es amarrado firmemente con la trenza que cortaron de mi cabellera. Desde pequeña siempre me hicieron creer que el cabello era un símbolo innegable de entrega, donde otra persona forma parte de tu alma. De forma ingenua pensé que mi camino se había bifurcado en la senda de Alen. Lamentablemente el azar tenía otros planes. Hoy día mi vida se dividirá con el encuentro de un animal. Lo que innegablemente me hace pensar que quizás el amor no se encuentra destinado para mí.

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, pero ya no trato de detenerlas. Es más, dejo que corran libres, es lo único que hoy me pertenece. Mis sentimientos, es lo único que aún me corresponden, ya sea para bien o para mal. Inhalo y suelto una última y profunda exhalación.

El calor comienza a reptar por mi brazo, sube por mi pecho y se deposita en mi garganta. El canto estalla en el salón escabulléndose junto al calor sigiloso, pero constante a través de mi cuerpo, el cual lentamente se vuelve liviano. El agarre al cual me mantenían sometida es liberado, pero ya no tengo conciencia de mis movimientos. El único que permanece a mi lado es Alen. Busco su mirada pensando que en el último minuto él me podrá sostener antes de marcharme a un incierto final. Sus ojos se mantienen enrojecidos y vacíos. Dándome cuenta que la luz que necesito no la encontraré en él. De todas formas, me aferro a él, a su recuerdo y a su promesa de amor. Y aunque la morada que me espera es diferente y hoy me entrega su nuevo hogar. Yo lucharé para que nuestros caminos vuelvan a converger. Doblegaré el espacio si es necesario para volvernos a reunir, y no en las tinieblas como él aguarda. Batallaré y si es necesario, lo arrastraré para que retorne a mí.

Mi visión se comienza a nublar y mi entorno comienza a desaparecer. Alen se acerca hasta ubicarse cerca de mi oído, mientras

yo aún percibo la lucha del animal a mi lado, pero me centro en sus últimas palabras.

—Estaré esperando por ti.

Capítulo 14

Mi cabeza palpita y el dolor en mis sienes presiona. Me cuesta respirar y los latidos de mi corazón se aceleran. Me obligo a moverme y a abrir los ojos. Lo primero en presenciar es el bosque. Busco a mi alrededor alguna señal que me indique en dónde me encuentro. Mi primer pensamiento es que después que me desmayé me llevaron a las afueras del castillo, quizás en aquel lugar se debe concretar el encantamiento. Un inesperado viento azota mi entorno y el calor que en algún momento sentí es cambiado por lo gélido de la brisa que se filtra en mi cuerpo. El aullar de un lobo se escucha en todas direcciones. Extrañamente no me siento amenazada, al contrario, mi instinto se despierta a buscar su procedencia. No me doy cuenta cuando ya estoy en movimiento internándome más profundamente en el bosque. Corro buscando su origen, no comprendiendo lo que me lleva a encontrarlo. El viento se intensifica moviendo con brusquedad los espesos follajes. Las ramas crujen de manera escalofriante como si entre ellas se escondiera algo más. La tenaz brisa permanece sacudiendo y levantando las hojas a mi alrededor. La tierra bajo mis pies se torna inestable, crujiendo. El llamado de mi nombre aparece como un susurro, pero la frialdad de su tono me hace estremecer. Giro en todas direcciones para volver a localizar el aullido, pero el susurro vuelve a aparecer y esta vez viene acompañado de más voces que pronuncian mi nombre, convocándome. Los troncos rechinan haciéndose parte del llamado, el cual se transforma en gemidos. Gemidos que solicitan ayuda. El viento continúa azotando y en cada nuevo embiste se unen más voces las cuales no puedo reconocer. Quiero huir al sentir el frío que se deposita en mis huesos junto a los lamentos que ahora son gritos, de mujeres, hombres, niños. Cubro mis oídos con la intención de apagar los gritos desgarradores, pero ya no están a mi alrededor, sino en el interior de mi cabeza. Uno es más fuerte que el otro, punzando con tanta fuerza que me hace perder el equilibrio al no poder contenerlos a todos. Caigo de rodillas afirmando mi cabeza, pensando que en cualquier momento esta estallará. Mi cuerpo se vuelve rígido al sentir un agudo dolor en mi estómago. Aprieto los dientes para contener los temblores que se arrastran en mi interior. Las voces siguen arañando con dureza las paredes de mi mente, doblegándome ante sus sollozos de desolación. El hielo me aborda escurriéndose por cada órgano, cada músculo, hasta el punto de quemar mis entrañas. Los gritos se vuelven audibles reconociendo

la causa de sus quejidos. Cierro mis ojos y las imágenes comienzan a aparecer; en donde en cada lamento, se hace visible un rostro. Estas personas no las conozco, pero sé de quiénes se trata. Son los habitantes del Valle Oscuro. Los que vivieron después de la primera guerra. Al reconocerlos, una nueva ráfaga de dolor hace que me retuerza en el suelo. Ahora además de sus rostros y gemidos puedo también sentir sus emociones, que están cargadas de tristeza, desesperación y terror. La oscuridad se comienza a acercar como un manto que me cubre lleno de pavor. Y entre el miedo que se desata en mi interior la comprensión me alcanza. El vínculo se escurre por mi sistema llevándome a palpar en carne propia el dolor que sus habitantes sintieron.

Quiero luchar contra la oscuridad, pero me es imposible desprenderme de todas las voces e imágenes. Una tras otra son implantadas en mi mente, grabando sin contemplación cada uno de sus lamentos en una parte de mi ser. Me quiero apartar, quiero huir, pero el enlace se aferra con fuerza a mis entrañas, sometiéndome a su control.

Abro los ojos en busca de la luz que me dijeron que debía seguir, pero a mi alrededor sólo contemplo las sombras que bailan y sonríen de manera siniestra abatiéndome una vez más. Trato de buscar una contención, algo a qué aferrarme, sin embargo, el frío me obsequia un nuevo latigazo que se cuela hasta mis huesos. Me vuelvo a retorcer mientras los gritos retumban uno más fuerte que el otro, haciendo que mi propia cordura trastabille ante tanta devastación. La oscuridad sigue avanzando recorriendo cada espacio de mi ser. Hurgando y saqueando mis emociones, las cuales ante tanto martirio, se repliegan para de alguna forma resguardarse. Su intento es en vano, las garras de la oscuridad las desgarran fragmentándolas. Me uno a los lamentos que claman por piedad y me uno a los gritos que braman por sosiego, el cual no llega. Me encuentro sola y desprotegida contra una fuerza brutal y maligna que no titubea en su objetivo de poseerme.

Busco la fuerza que es inherente en mí y que tantas veces fue vociferada, pero no es suficiente para encarar al encantamiento que vuelve a pujar y golpear. A cada nueva resistencia de mi parte, me vuelve a azotar con más fuerza, con más crueldad, con más dolor. No me dejo amedrentar y me sigo oponiendo a su poder, el cual nuevamente me somete a la tortura fracturando los muros que pensé inquebrantables.

Pierdo el dominio de mi cuerpo y de mis pensamientos, los cuales están siendo torturados sin compasión. Las tinieblas me atacan hasta retorcer mi corazón, el que se debilita al igual que mi razón. Mi fortaleza es obligada a ceder ante el inminente augurio de muerte que se cierne. Haciéndome comprender que mi vida dependerá de si

mantengo mi lucha o me entrego al designio de su perversidad. Busco mi respiración que es embestida al congelar mis pulmones. Mis pulsaciones lentamente perecen al igual que el fallecimiento de todo el pueblo de Los Lobos. La oscuridad empuja una vez más de forma violenta traspasando todas las barreras que construí. Sin piedad arrasa con todo a su paso, destrozando la última morada en donde se resguardaba mi alma. Un nuevo espasmo me hace gritar entregándome a mi destino. Cierro los ojos y lo veo, veo el movimiento de las tinieblas que entierra sus fauces en mi agrietada esencia y espero por su última y final embestida. La cual no tarda en llegar, cegándome y al mismo tiempo levantándome. El aullido del animal se vuelve a hacer audible, me sigue reclamando y mi inminente partida me advierte que no seré capaz de alcanzarlo. El aullido del lobo se acerca. Abro mis ojos para buscarlo, encontrándolo a mi costado. Nuestros ojos se encuentran y suplico en silencio para que me salve de la agonía.

El animal asiente como comprendiendo mi petición. Su pelaje grisáceo es revelado ante la luminosidad de la luna que se hace presente. La muerte me sigue rondando y ocupo la última gota de voluntad para alcanzarlo. De inmediato su pelaje me transmite calor, un calor que necesito con desesperación. Su mirada consume la mía, perdiéndome en el rojo de sus ojos. Inesperadamente la tortura comienza a ceder. Me arrastro un poco más hacia él, hasta abrazarlo. Ciñéndome con angustia a su cuerpo, el cual me da cobijo. Las imágenes se siguen desvaneciendo al igual que los gritos. El palpitar del lobo se acrecienta buscando el mío, tomándolo y guiándolo hasta que los dos laten en la misma sintonía. El dolor y desconsuelo se fugan y la paz me rodea, llegando el consuelo.

Ya no contemplo mi entorno, sólo percibo al animal que me cobija meciéndome en su amparo. No puedo distinguir en dónde inicia él o dónde termino yo. Únicamente soy capaz de sentir la sangre de mi cuerpo que fluye recorriendo mis venas. Mi respiración retorna uniéndose en una perfecta armonía a la del animal. El calor me encuentra y cierro mis ojos para que me aborde, para que me penetre. Me sumerjo en un balanceo tan confortable que me gustaría permanecer aquí por siempre. Mientras mi cuerpo junto al del lobo se ciñen en una unión de pasividad. Las emociones de temor comienzan a menguar dando paso a otro sentimiento que nace con fuerza en la base de mi abdomen. Las imágenes cambian mostrándome mi casa, mi padre, los habitantes de los otros reinos. Extrañamente los siento lejanos, ya no encuentro confort en ellos, más bien siento furia, una furia que llega sin poder detenerla. La venganza se cierne como una llamarada que entibia mi cuerpo y la sed de revancha se hace parte de cada exhalación que esgrimo. La necesidad de hacerlos pagar por todo

el sufrimiento que experimentaron los habitantes del Valle Oscuro y que percibí en carne propia, es la que se instala por completo en mi cabeza y en cada parte de mi ser. El encantamiento suelta su agarre, el cual ya no necesita. Me absorbió por completo vinculándome a su hambre de castigo, una en la cual creo fervientemente. Abro mis ojos para adaptarme a esta nueva sensación. Encuentro la mirada enrojecida del lobo que me irradia calor, que me entrega protección, que me regala hospitalidad. Me dejo seducir por ella. La necesito para levantarme y luchar por mi vida y por la supervivencia del Valle Oscuro. Mi alma se comienza a vaciar al igual que mis pensamientos, los cuales ya no los requiero, mi nuevo objetivo ha sido trazado. A cada nueva exhalación me hundo entregándome a los instintos primitivos del animal, haciéndolos parte de mi naturaleza. Derramando la inseguridad, el temor, la compasión. Mi corazón afianza su ritmo, el que palpita con una nueva sinfonía. Una más robusta y poderosa, que me hace sentir completa y fuerte. Casi indestructible. Mi ansia se incrementa con un nuevo y solo objetivo, redimir al pueblo de Los Lobos. El rojo es el único color que veo y que me atrae de manera inminente y del cual no me quiero alejar. Exigiéndome que me entregue a mi propio instinto animal. Despertando los deseos más básicos y primitivos que yacían aletargados en el fondo de mí.

Un repentino llamado me saca de mi confort, el cual batalla por captar mi atención. Mi nombre es pronunciado con desesperación, no obstante, el lobo no suelta su férreo agarre a mi razón. Sin poder evitarlo me dejo emancipar a su voluntad. La unión entre nosotros se consolida y se asegura. El llamado continúa, al igual que una grieta se abre en mi mente dejando que se fuguen imágenes sin sentido. Veo al hombre que se crió conmigo y que estuvo a cargo del ejército de mi padre. Lo veo luego luchando a mi lado, cortando mi cabello y fundiendo su cuerpo al mío. Su nombre punza las paredes de mi mente por ingresar. Un aullido se escurre con potencia erizando mi piel y la comprensión me alcanza. Alen, el hombre heredero al trono del Valle Oscuro y con el cual debo concebir a nuestro sucesor, el que terminará por llevar la victoria de la causa que hoy me reclama y que se cierne con innegable solidez a mi alma.

Un repentino frío me vuelve a atravesar despojándome de mi cómodo lugar. Batallo por no apartarme. Mi cabeza palpita con dolor y mis huesos rechinan por sostener el agarre. El lobo gruñe con desesperación tirándome con él. Mis ojos se abren en el momento que un haz de luz se escabulle entre los árboles. La tierra bajo mis pies vuelve a rugir reclamándome a sus designios. El destello se extiende iluminando el páramo y el ruido de pisadas acercándose me avisa de una nueva presencia. La sangre del lobo brama a través de la mía

advirtiéndome de la amenaza. La luz sigue avanzando murmurando mi nombre, el cual no quiero escuchar, no quiero despojarme de mi cálido lugar. En medio de los troncos siluetas afianzan su imagen acercándose, sigilosas. Entre la resplandeciente claridad me contemplan brillantes y diminutos ojos que a medida que avanzan se transforman en formas. Lentamente las comienzo a reconocer: astas de ciervo, grandes alas, pelajes relucientes. Todos los animales de las casas de los reinos están presentes como espectros que danzan a través de la luz y se acercan. El lobo gruñe ante la presencia, refugiándome entre sus garras. Su instinto me vuelve a trasmitir el recelo que le genera la inesperada aparición. Sin hablar, sin mirarnos, sabemos lo que debemos hacer, escapar. Antes de darme cuenta, ya estoy en pie corriendo al lado del lobo. Mis piernas han recobrado su fuerza y ligereza, desplazándome a gran velocidad, tratando de igualar la velocidad del animal, porque no quiero perderlo, no quiero que me deje, en él percibo mi salvación.

Nos deslizamos a través de la noche y de los árboles huyendo de la luz que nos sigue. Trepamos con ligereza la colina que se muestra en nuestro camino sin prestar atención a la tierra que continúa temblando. Llegamos a la cumbre y es el precipicio el que nos espera. No necesito preguntar, el lobo me mira guiándome hacia el acantilado que es nuestra única vía de escape, el cual no sólo nos liberará de lo que nos persigue, sino también terminará por afianzar nuestra unión. No hay duda en lo que debo hacer. Nos lanzamos juntos hacia el abismo, el que de inmediato nos abraza. Mientras caemos nos aferramos uno al otro. El lobo aúlla en la fría noche invitándome a que lo acompañe. Dejo correr libre al animal que se retiene en las paredes de mi razón, uniéndome a su rugir. El lobo lo hace por enlazarme bajo su manto y yo gruño por aprisionarme a la bestia que despierta en mí. Mi juicio se empodera de este nuevo y poderoso sentimiento que embarga cada uno de mis poros soltando las cuerdas que me ataban a mis vulnerables emociones. La luz de la luna nueva en lo alto, me ciega atrayéndome y me entrego a ella. Mi sangre canta un nuevo sonido. Ya no siento temor ni debilidad. Continuamos cayendo en un abismo que abre una nueva puerta en mis sentidos. Me sigo ciñendo al lobo, el cual no es la presa, sino más bien el cazador. Me envuelvo en sus brazos porque mis amarras han sido desatadas. El miedo nocturno desparece alzando a la bestia que nace en mí. Grabando a fuego mi nuevo cometido. El de derramar toda mi furia ante mis adversarios, me llama a buscarlos y a cazarlos para desgarrar cada pedazo de su corazón. Mi pecho vibra ante el aullido inminente que nace desbordándose en mi garganta, lo arrullo y atrapo convencida de que en él encontraré mi salvación.

El golpe no tarde en llegar. Mi cabeza estalla en un incesante

martilleo de la misma forma que mis latidos golpean en cada espacio de mi piel. El calor me aborda encendiendo mi cuerpo. Mis sentidos se agudizan y puedo escuchar el goteo del agua que golpetea en las paredes. Huelo la humedad y el agrio olor a putrefacción que se introduce en mis fosas nasales. Mi boca se percibe seca hasta el punto de anhelar por una sed que no sé si seré capaz de saciar. Nuevamente tengo conciencia de mi cuerpo, el cual ya no se siente pesado ni abatido. Lentamente abro mis ojos en la penumbra de una celda. Recorro su interior siendo capaz de percibir en un suspiro todo mi entorno. Desde una de las esquinas un movimiento capta mi atención, de reojo observo a la figura que me acecha en las tinieblas, pero no necesito verla para reconocerla, es Taviana. Ella al igual que yo se siente desconcertada, pero no asustada, extrañamente el temor fue drenado de mi interior. Me muevo en su dirección hasta que nuestros ojos se encuentran. En los de ella el rojo se cierne en sus pupilas y pienso que en los míos debe ocurrir lo mismo.

Me incorporo de manera lenta porque siento en lo profundo de mis sentidos que Taviana no quiere que me acerque, no quiere que la toque, necesita su espacio. Sus instintos resuenan en los míos y ella al igual que yo se encuentra hambrienta. Hambrienta de revancha. No le digo nada, a través de mis pensamientos le trasmito que buscaremos la forma de lograrla. Ella gruñe mostrando sus colmillos en una respuesta afirmativa. Al no poder gruñir como ella, le devuelvo una sonrisa.

La energía que fluye de mí, me desconcierta. Son tantas las emociones y tan poderosas que me cuesta canalizar cada una de ellas. Me limito a dejarlas avanzar, a dejarlas dominar, porque el poder que me entregan de inmediato se trasforman en una necesidad. La confusión se mantiene, pero extrañamente no me crea ansiedad. La respuesta puja por salir tomando forma el entendimiento. El encantamiento fue realizado, pero sólo tomó un parte de mí, la parte que se mantenía desvalida. La revelación llega mostrándome mi nueva condición, la que vibra y transita por debajo de mi piel. La cual exhala en cada respiración, la cual late en cada pulsación.

Mi instinto despertó uniéndose a Taviana y mi juicio se conserva intacto. A pesar de todo lo que experimenté, no quiero vengar al pueblo del Valle Oscuro, quiero vengar a mi reino, quiero liberar a Badru. Mi lucha sigue siendo la misma. Lo que cambió es mi determinación. El temor y la culpabilidad ya nos los encuentro en mi interior. El vínculo no me hizo más débil, al contrario, la fuerza que ya se encontraba en mí se ha potenciado, logrando que mi voluntad se fortalezca, teniendo la certeza de que nunca nadie nuevamente me doblegará. El amor hacia mi pueblo sigue intacto y también el amor por Alen. Me centro en el sentimiento, el cual me entrega una nueva

perspectiva. No volveré a estar indefensa, al contrario, me siento más poderosa que nunca.

El enlace lo percibo corriendo por mis venas, sin embargo, no rehúyo de él, lo acuno aceptando el regalo, el que me dará la ventaja sobre mis enemigos. Hoy comienza mi venganza. Hoy empieza mi actuación. Desde hoy deberé fingir que estoy de su lado y mi representación deberá ser perfecta. Ya no siento temor de llevar a cabo tal falsedad, más bien lo veo como un desafío, el cual me ayudará a engañarlos. Esta vez yo estaré un paso adelante de ellos. No me verán venir, y una vez que me acerque lo suficiente, desgarraré sus corazones por cada una de las personas que sufrieron ante su tiranía. Taviana gruñe en acuerdo y sé que ella comparte mi sentir.

La observo sin poder dejar de embobarme con su belleza. Cuando la conocí se veía indefensa y abatida. Hoy luce majestuosa. Su mirada es intensa y profunda, totalmente determinada. Su pelaje reluce en la penumbra, y su cuerpo ha tomado una postura segura, tal cual me siento yo. Nunca creí que podría sentirme tan a gusto con un animal, siempre los vi como adversarios, pero hoy mi percepción se transforma al punto de darme cuenta que sería capaz de dar mi vida por protegerla. Sus ojos me transmiten que el sentimiento es recíproco.

Un lejano ruido nos hace colocarnos en alerta. Me levanto esperando la llegada de las pisadas que se acercan. Mi olfato se agudiza reconociendo un hombre y un lobo que se aproximan, no los puedo ver, pero su esencia la huelo a esta distancia. Sin siquiera decir su nombre, mi cuerpo reacciona. Sin poder evitarlo; mi bello se eriza, mi pecho se contrae, mis latidos se aceleran y el calor repta por mi cuerpo, situándose en mi vientre. Mis piernas se quieren mover a su encuentro, pero ocupo gran parte de mi voluntad para detenerlas. Instintivamente observo mi vestimenta que sigue siendo la misma que utilicé en el ritual, el delgado vestido de tela blanco, junto a la pintura en mi cuerpo. Quito el cabello que cubre mi rostro y lo acomodo hacia atrás.

Taviana camina ubicándose frente a mí, pero manteniendo la distancia entre nosotras. El cosquilleo de sensaciones se vierte en mi piel al notar su instinto de protección, el mismo que me envuelve de orgullo.

Debería sentirme ansiosa al reencontrarme con Alen y a los siguientes pasos que debo dar. Sin embargo, la ansiedad es algo que mi sistema no admite. Lo único que puedo encontrar es una anticipación y preparación, analizando la situación, manteniéndome alerta y sin duda, deseosa de su presencia de una forma carnal.

Me quedo de pie en el centro de la celda y mientras él se aproxima, podría jurar que percibo el palpitar constante de su corazón.

Finalmente, las antorchas que alumbran el pasillo revelan su aparición.

Su figura junto a su lobo se detiene frente al calabozo y ni siquiera me detengo en su animal, ya no es una amenaza para mí.

Levanto poco a poco mi mirada recorriendo la silueta de Alen, deleitándome sin descaro ni vergüenza con cada línea de su cuerpo. Recorro los muslos que se tonifican bajo su pantalón, luego asciendo hacia el peto de cuero que deja a la vista su sólido pecho. Sus brazos desnudos marcan cada uno de sus consistentes músculos que en silencio me ruegan para que los vuelva a transitar. Taviana suelta un gruñido y se mueve inquieta. Mis sensaciones la perturban y sé que ella no tiene la intención de aparearse, como al parecer la tengo yo. Sonrío ante su incomodidad, pero no detengo mi incursión. Asciendo al rostro del hombre que se ha tatuado en mi ser, deteniéndome en la fina línea que traza sus labios entreabiertos. Irrefrenablemente mi lengua se retuerce ansiando poder acariciarlos. Nuestros ojos se encuentran despertando mi instinto animal de poseerlo. Su mirada me consume, pero ya no me refreno. Mis cadenas se han abierto y clamo por la liberación que he estado aguardando.

—Esperaba por ti. —Alen mantiene su mirada en la mía con expectación, pero me doy cuenta que no lo hace únicamente con el afán de comprobar si la vinculación corre por mis venas, sino también, con la misma ansia de que nos reunamos en la intimidad.

—¿Qué tengo que hacer para que me saques de esta celda y poder cambiarme por un atuendo digno de la próxima Reina del Valle Oscuro? —Mis palabras se escabullen de mi boca, sin titubeos y con la sorpresa de la confianza, vertidas en ellas. Una extraña sensación se afirma de mi inconsciente, tomando sin cuestionamientos mi voz.

—No tan rápido. —Alen mantiene su postura confiada, recorriendo sin pudor cada espacio expuesto de mi cuerpo—. Primero debo corroborar tu lealtad y que no nos estés engañado en relación a tu conversión.

—¿Qué se supone que debo hacer para que creas en mí? —Doy un paso en su dirección porque mi voluntad se dobla con la necesidad de tocarlo.

—Tenemos una prueba preparada para ti antes de tu liberación.

—Lo que tengas que hacer, puedes realizarlo ya. Hay muchos territorios aún por controlar, sin mencionar, que estos harapos no son dignos de tu prometida y por supuesto, no son dignos de mí. —Las palabras siguen brotando de mi boca como si una vertiente se hubiese roto, ni siquiera debo pensarlas, es como si hubiesen sido implantadas.

Los recuerdos del ritual aparecen y muchas de estas reflexiones fueron gritadas en mi cabeza, depositándolas en algún lugar de mi razón, el cual no logro vislumbrar.

Alen me sonríe de manera insinuante y da un paso atrás. Nuevos pasos se filtran a través de los corredores y mis sentidos se agudizan reconociendo tres pares de pisadas, una de aquellas es más pesada que las otras, como si fuera arrastrada.

Cuando se hacen visibles, observo a dos guerreros que efectivamente arrastran a un hombre, no tardo en reconocerlo, es mi padre. Las imágenes me llevan al ritual, en el cual Brisa y la Madre Antigua también participaron.

—Aléjate de la puerta. —Alen me da la orden y sin cuestionarlo me separo hasta llegar a la pared. Mis movimientos son involuntarios, como si una voz en mi interior me dirigiera. Taviana me imita manteniéndose delante de mí, centrándose en los guardias que abren la reja e ingresan. Gruñe hacia ellos advirtiéndoles para que no se acerquen ni ella ni a mí. A través de nuestra conexión le pido que baje la guardia; a regañadientes y sin perder la visión de los guerreros se ubica a uno de mis costados, sentándose y manteniendo su expresión acechante. Me gustaría darle una palmada de gratificación, pero sé que no me dejaría, su advertencia sigue siendo que me mantenga alejada.

Dejan a mi padre arrodillado y sin voluntad en el interior del calabozo. Luego los escoltas salen cerrando la puerta. No me gusta lo que está sucediendo, pero no me debería impresionar, claramente cualquier cosa puede ocurrir.

—Tu padre no se vinculó. — Alen confirma y de su cinturón saca una daga, mostrándomela. —Si estás enlazada sabes cómo se paga aquel acto.

—Su condena es la muerte. —respondo en un acto reflejo, llegando la compresión. El encantamiento habla por mí. La oscuridad se eleva silenciosa y firme. La siento deslizarse por mi organismo, empujando su retorcido discurso.

—Para mostrar tu lealtad hacia nosotros debes llevar a cabo su sentencia. —Menciona sin ningún tipo de vacilación, lanzando el cuchillo en el interior de la celda.

No dejo que su orden mueva ningún músculo de mi cuerpo, obligándome a sonreír. Sin dudarlo me acerco a la daga y la recojo. El temor no me paraliza porque ya no existe, más bien lo que vuelve a despertar es la ira, y no tan sólo por el acto infame que me están solicitando llevar a cabo, sino también porque el enlace se mantiene resistente en la sangre del hombre que amo.

Me acerco a mi padre que prosigue con su cabeza gacha. Sé que no le deseo a nadie hundirse en las tinieblas, sin embargo, esta vez mi padre estaría a salvo si hubiera sucumbido al enlace. Sopeso rápidamente la situación. De no matarlo me pondré en evidencia y cualquier intento de salvación para mi pueblo llegaría a su fin, sin

mencionar que Calesia, Priust y Celsius podrían continuar con su legado de sangre, algo que bajo ninguna circunstancia estoy dispuesta a permitir.

Tampoco tengo la posibilidad de salir de este calabozo, cualquier movimiento que haga y que ya he pensado está bloqueado por la cerradura que me retiene aprisionada.

Me acerco al hombre que me crió, considerando si su sacrificio es lo suficientemente aceptable para salvar a todo un pueblo. Taviana gruñe a mi espalda, al mismo tiempo que lo hace mi alma. Ingenuamente pensé que despojarme de algunos de mis sentimientos era un regalo, pero me doy cuenta que, estar siquiera considerando matar a mi padre por el bien de un reino, está lejos de cualquier acto de benevolencia. Y no encuentro el arrepentimiento. Estoy dispuesta a hacerlo.

La ira otra vez se eleva al percatarme que ellos tomaron una parte de mí. Mi lucha ahora será contra mi discernimiento, el que deberá ser capaz de identificar un acto despreciable, como el que me están solicitando. Voy a bajar el cuchillo, pensando que no lo puedo hacer, no porque realmente crea que está mal, sino más bien, porque mi esencia me clama por piedad, la cual creo que la perdí.

En el momento que mi mano comienza a descender, mis instintos se despabilan ante el gruñido de Taviana. Me centro en su respiración dejando que se funda con la mía. Sus ojos se depositan en mi padre, en el que percibo un calmo palpitar, sin miedo. Inhalo hasta percibir que su esencia está lejos de la luz, comprobando que él está fingiendo. Ante esta evidencia, tomo su cabello y levanto su cabeza con firmeza hasta que sus ojos se abren lo suficiente como para notar el tinte rojizo en ellos. No existe duda de la vinculación y al mismo tiempo, me revela el embuste de esta representación.

—¿Quieres que corte su cuello? ¿O prefieres que perfore su corazón? —Pregunto relizando el amague de incrustar la punta de la cuchilla en su pecho. Cuando estoy al borde de introducirla, su palpitar me indica la distancia exacta que necesito trazar para perforar su costado para así, únicamente herirlo.

Centro mi atención en Alen que se ha mantenido atento a mis movimientos. De confirmar el veredicto, deberé incrustar la daga en el cuerpo de mi padre o simplemente dejarme en evidencia. Cualquiera de las dos acciones no me crea conflicto, de hecho, mis latidos se mantienen calmos, al igual que la frialdad de mi actuar. Lo único que sigue empujando en mí es el instinto de supervivencia junto a la oscuridad que me sigue acechando.

—Lleva a cabo su sentencia como lo desees. —Alen me examina confirmando el dictamen.

La vinculación me guía a no ceder y trato de controlar el sin fin de

emociones que se arremolinan en mi interior, exigiendo la muerte. Presiono de forma controlada la cuchilla en el cuello de mi padre cortando la piel expuesta. La sangre comienza a emanar, pero dirijo mis movimientos certeros manteniéndolos lejos de la vena por la cual fluye su esencia vital.

Taviana se mueve inquieta a mi espalda caminando de un lado a otro al sentir la disyuntiva de mi inconsciente, el que batalla por tomar posesión. El incesante torbellino me desconcierta y tira por revelarse. La línea en un inicio fue clara, pero ahora se desvanece dejando avanzar los sentimientos más ensombrecidos que permanecían dormidos. Sigo deslizando la cuchilla por la carne sorprendiéndome de mi indiferencia y desapego de la realidad.

—Con eso fue suficiente. —Alen me detiene antes de llegar al final, mostrándose complacido. La sangre escurre por el ropaje de mi padre, quien finalmente levanta la mirada y con su mano cubre la herida de su cuello.

—No necesitas matarme, ahora los dos pertenecemos a la misma causa, la de gobernar Badru. —Mi padre se dirige a mí con la misma frialdad que presiento en mis huesos. Él al igual que Alen, se encuentran extraviados, al punto que estaba dispuesto a sacrificarse por su nueva visión.

—Ya no es tu turno. —Respondo de manera calculadora, dejando que las sombras florezcan, las necesito para no perder mi representación. No porque sienta temor o culpa, sino más bien por el asombro de mi comportamiento y el de mis acompañantes—. Tu reinado fue una vergüenza, ahora seré yo la que gobierne Badru. Y todos deberán someterse a mi reinado.

Me abstengo de mencionar que mi reinado no será en la oscuridad. Mi reinado buscará la luz, una luz que siento que a cada instante se aparta más.

Suelto a mi padre sin cordialidad y giro el mango de la daga extendiéndosela al heredero del Valle Oscuro. Los guerreros abren la reja y al ingresar, mi primer instinto es saltar sobre ellos para degollarlos y luego derribar a Alen con la intención de dejarlo inconsciente. Taviana al leer mis pensamientos gruñe en mi dirección colocándose en una posición de alerta. Liska que se había mantenido en quietud, levanta sus orejas y dirige su atención a ella. Analizo mi presente situación y evidentemente no es el momento de atacar. Me siento fuerte, pero aún no soy consciente de mis nuevas habilidades, tampoco quiero poner en riesgo a Taviana sin antes comprobar de lo que puedo ser capaz. Respiro para calmar mi temperamento y para indicarle a mi loba que se repliegue.

Alen ingresa al calabozo recuperando la daga y su mirada sobre mí es intensa. Al parecer, ahora que estoy de su lado, sus instintos

también se han avivado, haciendo que mis impulsos se vuelvan a inclinar hacia él. Es un hecho que lo que sigue primando es la naturaleza primitiva que me incita a demandarlo.

Me obligo a buscar el equilibrio que he perdido. Estos últimos momentos me han llevado a actuar sin cavilar las consecuencias, no obstante, es cada vez más difícil afianzar la débil línea que me separa de mi correcto juicio.

Capítulo 15

Dejamos los calabozos atrás y nos adentramos en la fortaleza. Mi padre antes de despedirse se mostró satisfecho ante mi conversión. No me he detenido a analizar cómo me siento al respecto de que él haya sucumbido a la vinculación, lo cual es un nuevo indicio de que varias de mis emociones fueron saqueadas. Los escoltas que siguen acompañando mi transitar se mantienen alertas con las manos sujetas en los mangos de sus hachas, una clara señal de que aún no confían del todo en mi transformación.

Seguimos avanzando hasta ascender una estrecha escalera que nos dirige a la segunda planta. Mi atención además de estar concentrada en memorizar cada rincón del castillo, también está instalada en el heredero del Valle Oscuro que lidera nuestro camino. Es imposible que no recorra las líneas y movimientos de su cuerpo que a cada paso despierta mi sentido de posesión y la intención de que nos encontremos en la intimidad. Al parecer, percibo las mismas sensaciones que los lobos y en este momento, me señalan que Alen es el compañero que elegí.

Mi interés se desplaza al escuchar y sentir la incomodidad de Taviana. Al observarla protesta en dirección de Liska que insistentemente la ronda.

—Alen, deberías alejar a tu animal de mi loba, ella no quiere ser cortejada y personalmente no respondo si lo ataca. —Menciono al leer el instinto asesino de Taviana y, sorprendiéndome otra vez de lo áspero de mi tono.

—Al parecer, no es el único que ya escogió a su pareja. —Alen me regala una de sus inconfundibles miradas de insinuación, la que encendería la caldera de cualquier mujer de nuestro territorio. Las imágenes me azotan recordándome que él ya estuvo en la cama con otras mujeres en mi reino. El calor se trasforma en enojo y con la necesidad de marcar lo que es mío. De inmediato aplaco el malestar al tener claro que no es momento de perder el control, no obstante, se mantiene la decisión de nunca volver a dejar que otra mujer toque un centímetro de su cuerpo.

—Esta será tu habitación por esta noche. —Alen alza la voz buscando mi atención, la que se encuentra enfocada en seguir buscando el control que a cada segundo se vuelve más inestable.

—¿Qué ocurrirá está noche? —Pregunto mientras observo la puerta cerrada y me obligo a seguir su conversación.

—Se llevará a cabo la ceremonia de reclamación, en donde los

hombres luchan por la mujer que se convertirá en su pareja. —Se acerca hasta que su cálido aliento golpea el borde de mis labios y percibo cómo su palpitar asciende hasta alinear su ritmo al mío—. No tienes de que preocuparte, nadie osará exigir tu compañía. Y si algún hombre se atreviera a hacerlo, debes saber que estoy dispuesto a pasar por sobre quién sea necesario para obtenerte, porque tú, estás destinada para mí.

El llamado primitivo se estimula exigiéndome su contacto. Me muevo más rápido de lo que estaba acostumbrada, estrellándome contra su cuerpo. El vigor de mis brazos es algo que también me sorprende, sin embargo, de manera eficaz. En un instante tengo a Alen retenido contra la pared y restregándome sin ningún pudor contra él. Mi lengua embiste sus labios que en respuesta le conceden el ingreso. Su sabor estalla en mi boca guiándome a un incesante éxtasis. La bruma se desplaza llevándome a la evocación de imágenes y sensaciones que también toman parte de mi asalto a su cuerpo, transportándome a nuestra primera noche juntos. Las piezas, como un rompecabezas se van uniendo y lentamente encajan una al lado de la otra, al igual que nuestros cuerpos se corresponden como si hubiéramos nacidos para complementarnos. Retorno al presente cuando sus manos se entierran en mis caderas tomando posesión de mi inesperada arremetida. Escucho los gemidos ofuscados de Taviana, pero no dejo que me distraigan. En lo único que me puedo enfocar es en cómo mis uñas restriegan su piel y sus dientes muerden la carne de mis labios que se sienten hambrientos por devorar cada exhalación que nace de su boca. Él tampoco se reprime, y su deseo se une al mío sin importarle que estemos en un pasillo y siendo observados por guardias. La necesidad de reclamarnos es la que impera. La espera ha sido larga y sin importar si nos encontramos en la luz o en la oscuridad, nuestros caminos se inclinan a encontrarse. Empujo no sólo mi cuerpo sino también mis sentidos que ante su contacto se sienten los acertados. El calor se desata como una hoguera que me consume y dejo que se extienda. La necesidad por poseerlo es apremiante y dejo que ahora él tome la iniciativa empujándome contra la pared. El beso se intensifica y ronroneo ante su salvaje dominio. Mis dedos cavan en su carne provocándole esgrimir un bajo gruñido que me incita a chupar su lengua más duro, más profundo.

Inesperadamente mi deseo se repliega cuando escucho las pisadas que se acercan y un nuevo sentimiento aparece al distinguir de quien se trata.

—¿Eleonor o debo decir Princesa de Luna Nueva? —La voz de Calesia me cala hasta los huesos, siendo mi primera reacción asesinarla.

Lentamente me deshago del agarre del Alen, sin dejar que sea

visible la perturbación que esta maldita mujer me produce. Me giro tomando el tiempo para recuperar mi compostura y me obligo a sonreír para no tomar un cuchillo, que ya localicé en el cinturón de mis acompañantes y rasgar su garganta.

—Calesia. —La miro, y esta vez dejo que la vinculación empuje para volverme completamente de piedra ante la inherente invitación de arremeter contra ella—. Me puedes llamar princesa unido a una reverencia.

La hechicera también cambia su gesto a uno frío y desconfiado, pero al igual que yo mantiene su expresión indescifrable para finalmente y no muy a gusto inclinarse ante mí.

—¿Asumo que todos los enlaces fueron exitosos? —Pregunto persistiendo en mi rol inflexible y controlado, al notar la duda y examinación de sus ojos—. Ya comprobé la vinculación de mi padre y me gustaría conocer que sucedió con Brisa y la Madre Antigua ¿También funcionó con ellas o debo prepararme para llevar a cabo sus sentencias?

—No deberías dudar de mis habilidades, las dos abrazaron la causa y lo podrás corroborar con tus propios ojos esta noche en el salón. —Responde, pero sigue manteniendo el recelo en su mirada.

—Princesa. —menciono a modo de aclaración.

—¿Disculpa? —Pregunta mostrando su desconcierto, que sé que en el fondo es uno de sus muchos embustes por lo fantástica actriz que es.

—Me refiero a que cuando te dirijas a mí, lo puedes hacer como princesa o mi señora, no creo que deba recordarte que prontamente seré tu reina. —Mi voz se mantiene firme y severa de una forma casi desconocida para mí.

—Eleonor tiene razón, pronto también estarás bajo su mando y sabes que mi padre exige que respetemos a nuestros líderes, tampoco debo recordarte que no tienes ninguna injerencia en la cadena de mando, solo debes ceñirte a tu labor, que es seguir enlazando a más personas para acrecentar nuestro ejército.

Mis sentidos nuevamente se afinan transmitiéndome la aversión que también posee Alen hacia la hechicera. Al parecer, la desconfianza es uno de los sentimientos que quedan después de la vinculación.

—Necesito prepararme para esta noche y de una vez quitarme estos harapos. Envíame doncellas para que me alisten.—Prosigo hablando para no dar la oportunidad de un interrogatorio por parte de Calesia, al tiempo que me muevo con soltura y con todo el garbo de una gobernante petulante como he presenciado a mis adversarios.

—Lo que necesites, Princesa. —Remarca la última palabra haciendo notar su descontento. Luego dirige su atención a Alen—. Priust requiere de tu presencia.

Una vez que me regala una dramática reverencia se retira a un costado para esperar por el heredero al trono.

—Los guardias se quedarán. Mi padre no confía en nadie y aunque has demostrado que estás de nuestro lado, ya se les ha engañado antes. —Alen me informa mirando de reojo a la hechicera.

—No estoy en desacuerdo, es más, me complace que tomes el reguardo que sea necesario para que la causa no sea fracturada por nadie. —Mi respuesta llega desde mi inconsciente. Comprobando que el discurso que he escuchado de forma repetida, es depositado como una marca en todas las personas que asumen el enlace y también en mí. Rápidamente cambio mi gesto de concentración al de uno más despreocupado cuando Alen se acerca y susurra en mi oído:

—Estoy deseando que llegue la noche para nuevamente hacerte mía. Ahora estás en mi casa y como lo mencioné, ahora serán mis reglas.

Se aleja sin mirar atrás, caminando con toda la arrogancia digna de un macho que posee la certeza de que tiene a su presa.

Lo observo marcharse aún con el estremecimiento de las palabras escuchadas. Taviana se acerca gruñendo una última vez en advertencia al lobo de Alen que continúa hostigándola, hasta que este se encamina detrás de su amo. Me giro para entrar en mi alcoba sin prestar atención en mis escoltas. Si realmente estuviera vinculada, no me debería importar su presencia y además, cuando confíen en mí deberán obedecer mis órdenes.

Una vez que cierro la puerta examino la habitación. La decoración es austera, pero al menos cuento con una cómoda cama y un gran tocador. Los muebles son antiguos, no obstante, merecedores de un monarca. Taviana se recuesta en el rincón más alejado que localiza, al parecer, digiriendo los últimos acontecimientos, algo que también debería hacer yo, sin embargo, mi instinto me lleva a moverme buscando una vía de escape.

Me acerco a los ventanales y al abrirlos lo primero en contemplar es la oscuridad de la noche. Haciéndome analizar que posiblemente me mantuve durante todo el día en el trance de absorber el enlace. Me concentro en recorrer el patio central y las torres de vigilancia realizando una cuenta rápida de los guerreros que montan guardia. La cantidad de ellos me advierte que salir por la puerta principal no es una opción. El patio central se encuentra atestado de soldados que estoy segura que no había visto con anterioridad y que me sugiere que necesitaré buscar otra alternativa para huir, porque en el enjambre de ideas y pensamientos que me apabullan, la única certeza que existe es que me debo alejar antes de la luna llena. Bajo ningún concepto debo fecundar a un niño en este reino, pero no me iré sin antes hacer pagar a Priust, Celsius y por supuesto a Calesia. Recordatorio de que el

encantamiento también se debe romper y para eso necesito recuperar a Alen. Labor que en la actualidad se vislumbra cada vez más difícil de realizar al percibir en mi propia piel la fuerza del vínculo, el que sigue en mi sistema aguardando cualquier grieta que se abra para atraparme por completo en sus fauces.

Los golpes en la entrada no tardan en llegar y una vez que doy mi consentimiento la puerta se abre. La primera persona que veo ingresar es Candra y detrás de la esposa de Priust, un séquito de mujeres que cargan una tina, vestidos, pieles y artículos de tocador.

—Princesa de Luna Nueva. —Candra se dirige a mí. Esta vez ha cambiado el tono engreído por uno más respetuoso, confirmándome que ahora me ve como a una de ellos—. Mis doncellas te prepararán, luego podrás decidir con cuales te quieres quedar para que estén a tu disposición.

Asiento con un leve gesto de cabeza devolviéndole la cortesía. Me satisface saber que mi conversión para algunos es un hecho, recordando que raramente el enlace no se completa.

—No hemos tenido el tiempo suficiente de confeccionar tus atuendos. —Candra me indica los vestidos depositados en la cama—. Deberás indicarnos si te quieres vestir con el mismo color de tu animal. Como las mujeres no poseemos uno, por lo general utilizamos cualquier color. En el caso de los hombres, utilizan el mismo tono para así diferenciarse.

—Me gustaría llevar el color de Taviana. —confirmo pensando que al ser princesa mi jerarquía explícitamente es mayor y necesito que todo el reino esté en conocimiento que mi loba merece el mismo respeto y trato que se me dará a mí.

—Muy bien, les pediré a las sirvientas que se encarguen de aquello. —Me repasa de pies a cabeza y luego agrega—. ¿Necesitas algo más?

—Me gustaría comida para mí y mi animal. —Sigo manteniendo mi tono confiado sin demostrar ninguna señal de titubeo. Y en este punto agradezco que la vinculación circule por mis venas, sin quererlo, consolida el rol que debo representar.

—Pediré que la suban enseguida. —Aplaude para llamar la atención de las mujeres que esperaban sus órdenes—. Alguien vendrá a buscarte una vez que el banquete en el salón comience.

—Gracias. —Me dirijo a la cama tratando de aparentar interés en mi vestimenta a pesar de que no me importa en lo más mínimo, pero es parte de mi nuevo papel y necesito mantenerlo para de a poco ganarme la confianza de mis adversarios. Uno a uno los convenceré de mi falsa fidelidad, para luego atacarlos.

Candra sale de la habitación con la mayoría de las jóvenes, solo dos se quedan para atender mis requerimientos. No presto atención en

ellas. En esta oportunidad no requiero disfrazar mis necesidades, las cuales las encabezan un baño y comida. El hambre y la sed han pasado a ser una prioridad y no estoy segura de si los alimentos mengüen el apetito que me recorre con un ansia que nunca antes había experimentado.

Me desprendo de la tela sucia que cubre mi cuerpo y me introduzco en el agua, sin perder mucho tiempo, no pretendo que las doncellas que se quedaron en mi habitación perciban algún extraño comportamiento por mi parte, el que puedan informar a sus líderes.

Cierro los ojos apoyando la cabeza en el borde de la tina con la intención de desprenderme de la tensión que se mantiene alojada en mi cuerpo, junto a la contradicción de emociones que con urgencia requiero que hallen su equilibrio. A pesar que la calidez del agua le regala placidez a mis músculos, la rigidez de mi ser es algo imposible de eliminar, sobre todo cuando se mantiene latente mi objetivo. El de redimir a todas las personas que aún siguen presas bajo el dominio de mis enemigos. Comenzando con Asila, las imágenes del enlace y de su funesta condición se incrementan dolorosamente en mi pecho. El dolor es uno de los sentimientos que permanece y se une a la furia al recordar a la Antigua Anciana. Ella menos que nadie se merece un desenlace tan sombrío y me niego a aceptarlo. Asila desde un principio debió informarme que su vida corría peligro, de haberlo sabido, la habría obligado a que huyera, a que encontrara su salvación y eso es algo que no dejaré de buscar porque no creeré en las palabras de Calesia. Debe existir alguna forma de rescatarla de las garras de la muerte, sus hermanos la deberán ayudar. Sus hermanos. Su evocación me advierte que necesito encontrarlos. Liana y Lael deberán colaborar en mi plan de rescatar a Asila y por supuesto también a Boreas. Y aunque no tengo claridad de cómo lo haré, existe la certeza de que no dejaré que nada me detenga.

Capítulo 16

Me alejo de mi concentración y de las maquinaciones que se forman en mi cabeza, al escuchar la puerta. No necesito voltearme para reconocer el olor de la comida, la que rápidamente se filtra por mi nariz haciendo a mi estómago rugir. Taviana se incorpora hacia el alimento. Una vez que las doncellas se alejan del cuenco con carne, ella se acerca a comer.

Salgo del agua porque también mi hambre es voraz. Camino desnuda por la habitación sin ningún atisbo de vergüenza, además, necesito apagar el calor que emana de mi cuerpo.

Rápidamente devoro la mayoría de los alimentos no encontrando la saciedad. Las doncellas se han mantenido a distancia. Una vez que mi atención recae en ellas, el latir desenfrenado de un corazón me hace reaccionar buscando su procedencia. La primera mujer de cabello rojo mantiene su mirada fría en mí esperando por órdenes. Paso de ella a la otra joven. Su pelo oscuro cae por su rostro, ocultando sus ojos, los cuales se encuentran fijos al suelo. De inmediato la reconozco, es Sondra. Ella es la que posee esos latidos desbocados. La miro fijamente tratando de encontrar la razón del miedo que exhala y que percibo al agudizar mis sentidos.

—Necesito agua. —Miro a la joven de pelo rojo—. ¡Ahora!

Mi voz es firme y determinada, sin dejar espacio a una negación. La doncella sin dudarlo sale de la habitación a cumplir mi mandato. Una vez que nos quedamos a solas. El estremecimiento de Sondra me llega junto a los temblores de sus manos.

—¿Sondra? ¿Qué sucede? —Me acerco de manera cauta a ella, porque estoy segura que está a punto de derrumbarse.

—Por favor, no me mates. —La joven se arrodilla presa del pánico —. Ten piedad.

—Sondra ¿De qué hablas? —Trato de suavizar mi tono, el que continúa siendo gélido, haciendo que todavía no reconozca ni mi propia voz.

—No le cuentes a nadie, te lo suplico, haré lo que quieras, me someteré a tu cuidado y acataré cualquier orden tuya. —Me solicita de forma desesperada ante, al parecer, un inminente peligro.

Me desconcierto al darme cuenta que ella tiene miedo de mí. Por una parte, me quiero aplaudir porque parece que los pocos actos que he realizado han sido creíbles, pero por otro, me preocupa que ella crea que soy capaz de matarla.

—Sondra mírame. —Me acerco inclinándome hacia ella y levanto su cara, al no querer responder a mi petición—. Soy yo, no he sucumbido.

Sus ojos encuentran los míos, pero en los de ella sigue habiendo temor.

—El enlace no se concretó por completo. —Trato de explicar algo que ni yo misma comprendo, pero necesito que crea en mí. Ella es una de las personas que necesito como aliada—. Sé que me escucho diferente, pero estoy fingiendo para que ellos no lo descubran. Aún te quiero ayudar y por supuesto rescatar a Boreas.

Al mencionar el nombre del joven príncipe su mirada se suaviza, sin embargo, mantiene su recelo.

—Sé que cambié y no sé hasta qué punto, pero te puedo asegurar que no siento lo que ellos. —Me ubico a su lado y cojo su mano con toda la delicadeza que puedo esgrimir, al aún no asimilar la brusquedad de mis movimientos que son más fuertes de lo normal. Ella por su parte se levanta, fija la mirada en el animal y luego retorna a mí—. Taviana se unió conmigo, al igual que Nube lo hizo con Boreas, pero te garantizo que la oscuridad no prima en ella ni en mí. —En este último punto miento, porque las tinieblas las palpo en mi interior escarbando para tomar el control. No se lo digo, no la quiero asustar más de lo que está.

—¿Sigues siendo tú? —Pregunta sin bajar la guardia por completo —. ¿No me matarás por no estar enlazada?

—Por supuesto que no, jamás haría eso. —Afirmo con toda la convicción que puedo verter en mis palabras.

—Es que tus ojos están completamente rojos, como los de Priust. —Me explica aún temerosa—. Los ojos de Boreas y los míos tiene atisbos del rojizo del encantamiento, pero los tuyos son tan intensos que hielan la piel.

Ante su explicación mi curiosidad despierta. Busco a mi alrededor y una vez que localizo el espejo sobre el tocador me dirijo hacia él. Lo primero en notar es que aún sigo desnuda, lo segundo, es que mis huesos siguen destacando debajo de mi piel, pero esta vez los siento más firmes y robustos que antes. Asciendo la mirada hasta mi rostro encontrando mis ojos, los que en un principio me son difíciles de reconocer. Me acerco para examinarlos con más detenimiento. Mis pupilas continúan negras, pero el iris está totalmente enrojecido resaltando sobre el blanco radiante en el que se posicionan. Mis pestañas oscuras los enmarcan dándoles una expresión acechante. Doy un paso atrás para observar mi aspecto destacando lo tersa que se ve mi piel. Mi cabellera, aunque se mantiene húmeda deja en evidencia el nuevo brillo que ha adquirido.

—Tienes razón. —Logro decir reconociendo mi nueva y salvaje

apariencia.

—¿No te habías observado? —Sondra se acerca con cautela, al percibir el interés que demanda en Taviana quien la observa desde su rincón.

—No lo había hecho, realmente ni siquiera lo había pensado. —Admito al darme cuenta que me había mantenido reconociendo mi cambio interno, sin pensar que el exterior también se había transformado.

—Tu nueva apariencia al igual que tus gestos son algo que pueden convencer a cualquiera. —Sondra se acerca un poco más, al parecer convenciéndose de que sigo siendo yo—. He visto el enlace por muchos años, pero nunca había presenciado algo tan drástico. Al principio la mayoría se desorienta y de a poco toman posesión del accionar de sus líderes, en tu caso, pareciera que siempre lo hubieras llevado en ti. Tal vez Priust tenga algo que ver en eso.

—¿Priust? —Pregunto sin poder dejar de observar mi nuevo aspecto. No porque me asuste. Bueno, si no estuviera enlazada me asustaría, pero ya que no encuentro aquel sentimiento, más bien doy paso a uno nuevo, que podría ser admiración. Nunca me había sentido tan extraña, pero de una manera hermosa. Mi interior se endureció al igual que mi exterior. La mirada de vulnerabilidad también fue drenada, únicamente quedando intensidad, que como dijo Sondra, enfriaría con un solo vistazo a cualquiera.

—No estuve presente en tu ritual, pero se rumorea que se utilizó la sangre del macho alfa. —Continúa con su explicación que trato de seguir ante esta nueva revelación—. Por lo que de inmediato pensé que había surtido efecto. Priust nunca había dado su sangre, nunca fue necesario, la sangre de cualquier persona vinculada es de por sí lo suficientemente fuerte para llevar a cabo el ritual.

—Dijeron que la fuerza que es inherente en mí era difícil de doblegar. —respondo al recordar lo mencionado por Calesia.

—Pero hay algo más, en los pasillos se comenta que ni Priust ni Calesia habían dado su consentimiento para ocuparla. Ellos, al parecer piensan que es peligroso. Al haber iniciado él el encantamiento su fuerza es mayor, lo que indiscutiblemente lo asciende como el alfa de nuestro reino y como sabes puede existir solo uno. Al traspasar su sangre, corrían el riesgo de que alguna persona se alzara para reclamar su puesto.

—Claramente no es mi objetivo tomar el lugar en su retorcida causa.

—Eres mujer, por eso lo hicieron, no necesitas usurpar su puesto, sin embargo, al querer a tu heredero quizás te la dieron para que te transformaras en la hembra alfa. —Sondra reflexiona como sopesando lo que está diciendo. Sus ojos se abren como llegando a la respuesta —

Por supuesto, si te doblegaban y te arrastraban a sus más oscuros deseos, sin dudarlo acatarías sus órdenes, es más, si te hubieras enlazado serías la primera en querer concretar su macabro plan.

—Créeme que jamás engendraré un hijo para ellos. —Respondo convencida de mis palabras al tiempo que analizo sus siniestras intenciones, recordando que Calesia dijo que tenía algo especial preparado para mí. Con lo que no contaban y que al parecer está lejos de sus ambiciones, es que no me someterían.

El sonido de la puerta me saca de mis cavilaciones. Sondra da un paso atrás al contemplar a la doncella que regresa con el jarro con agua.

—Déjalo encima de la mesa y te puedes retirar. —demando volviendo a mi tono engreído y apático, el cual me sigue sorprendiendo que sea tan fácil de manejar.

—Pero Candra me ordenó que me quedara. —La doncella responde un tanto desconcertada.

—Ella también dijo que podía elegir a mis súbditas y tú no estás en esa elección, así que te puedes marchar. —Esta vez me asombro del desprecio que aparece en mi voz. Me molesta sonar igual a ellos, pero es la única forma que lograré que se vaya, aún no termino mi conversación con Sondra.

La doncella duda en mi petición, pero al encontrar mi mirada, se convence de que no la quiero aquí. Una vez que sale de la alcoba, vuelvo mi interés a la amiga de Boreas.

—Sondra no quiero ponerte en riesgo, pero necesitaré de tu ayuda.

—Ya te dije una vez que, si eres capaz de salvar a Boreas haré lo que sea necesario. —Sus palabras son decididas, pero ahora al contar con mis sentidos magnificados puedo captar el temor que la recorre y que me transmite que no quiere morir. Confirmación de que también la debo sacar de este lugar.

—Después de que me alistes, necesito que encuentres a la hechicera que mantienen encarcelada. Necesito conocer su ubicación, además que me puedas informar de cualquier cosa que escuches de tus líderes en relación a sus planes y a sus próximos ataques. A pesar de que mi actual condición es creíble, aún no confían por completo en mí, por lo que creo que no develarán ninguna información de importancia en mi presencia.

—Está bien. —Sondra asiente— ¿Aún quieres que localice aquel libro que me solicitaste?

—No. Desde ahora en adelante mantente lo más lejos que puedas de la hechicera, ella es demasiado peligrosa, al igual que inteligente, no quiero que te arriesgues.

Percibo cómo aún sigue considerando mi nueva naturaleza, sin embargo, ella al igual que yo se encuentra en una encrucijada, en la

cual lo queramos o no dependemos de que confiemos una en la otra, no tenemos otra salida.

—Muy bien. —digo sacándola de sus pensamientos. El tiempo avanza y requiero alistarme para mi próximo paso—. Necesito que me prepares para bajar al salón y por favor, esta vez no escatimes en tus habilidades, quiero ser una de ellos y por supuesto captar la atención de mi prometido.

Sondra asiente dándome una tímida sonrisa para luego acercarse a los vestidos tendidos sobre la cama. Aunque mi desnudes sigue sin causarme ningún inconveniente, necesito cubrirme, no quiero incomodar más a Sondra que ha mantenido su mirada lejos de mi cuerpo. Selecciono el atuendo más revelador que puedo localizar, pensando en que esta noche deberé atraer a mi prometido para que de una vez nos marchemos de este lugar.

Una vez que me observo en el espejo me siento complacida de mi elección. El peto de acero se ciñe a mi estrecha cintura, dándole protagonismo a mi busto, el cual es cubierto por dos circunferencias en el mismo material, el que los aprisiona acrecentando su tamaño. La falda es una delgada y corta tela que se adhiere a mis caderas mostrando sus curvas, dejando mis muslos a la vista. En la parte posterior cae una nueva tela que cubre la parte baja de mi espalda dando la ilusión de una cola que cae hasta el suelo. Mis pies van envueltos en finas botas altas que ascienden hasta arriba de mis rodillas entregándome sensualidad. El conjunto se completa con un fino pelaje oscuro sobre mis hombros y cuero amarrado alrededor de mis muñecas.

El brazalete de dientes de lobos que aún llevaba conmigo, lo vuelvo a situar a mi brazo y aunque odio esta prenda, es necesaria para mi representación. Lo que lamento es haber perdido la tira de cuero que Alen me regaló y la que simbolizaba nuestro pacto. No reparo en su ausencia, hoy día lo poseeré para que regrese a mí. Al pensar en esto, el calor que se ha ceñido a mí se aviva sorprendiéndome, de que a pesar de que me encuentro en un inminente peligro, lo que impera es la necesidad de saciar el incesante apetito de intimidad que tiene sólo un nombre.

Taviana se mueve inquieta desde su refugio al percibir mis instintos y Sondra que ahora trabaja en mi rostro me mira interesada ante el perceptible calor que adquiere mi piel.

—¿Te quieres aparear? —Pregunta sin ningún tapujo, encontrando en su mirada comprensión.

—Al parecer eso es algo que adquirí después del ritual. —Menciono quitándole importancia, pero extrañamente no sintiéndome avergonzada de admitirlo—. Asumo que es parte del encantamiento.

—En las mujeres que asumen el vínculo aparece sólo una vez en

cada ciclo lunar. Los hombres son los que mantienen su recepción de manera continua esperando a la hembra que lo requiera. No se limitan a una sola mujer hasta que encuentran a su compañera y la reclaman como de ellos. Hoy lo podrás presenciar. Esta noche también me reclamarán a mí.

—¿A ti? ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis, la edad en que ya me encuentro en condición de procrear según nuestras creencias. —Sus palabras son pronunciadas con despreocupación, pero sus ojos develan tristeza.

—¿Estás de acuerdo con aquello?

—No creo que tenga alternativa. —Responde sin dejar de trabajar en mi rostro—. Pensé que Boreas sería el encargado de solicitar mi compañía, al menos era lo que habíamos conversado. Claramente él ya no es una opción.

—¿Quién te reclamará?

—Aún no lo sé, una vez que me presente en el salón lo descubriré.

Antes de poder responder, el ruido de la puerta al abrirse nos advierte de que ha llegado el momento de bajar. No necesito observar a la persona que viene a acompañarme, sé de quién se trata.

Me doy un último vistazo al espejo. La imagen que es proyectada además de ser completamente sensual, también está cargada de seguridad e indiferencia. Tiro de las sombras que me acechan dejándoles un limitado espacio para que avancen, el suficiente para consolidar mi postura.

Me incorporo de manera contralada y me volteo teniendo plena conciencia de cada uno de mis movimientos.

—Princesa. —exclama Celsius al observarme—. Dichosos los ojos que pueden contemplar tan bella visión.

—No es obligación que me adules, ya no es necesario. —Respondo dejando que el vínculo tome posesión. Esta vez no dudo en dejarlo avanzar porque a medida que me adapto a la solidez que me entrega, es más fácil fingir la lealtad que esperan de mí.

—No es una obligación. —Me recorre sin decoro de pies a cabeza —. Alen me comentó que tu conversión había sido magnífica y quise comprobarlo con mis propios ojos, pero debo admitir que tu prometido no hizo la justicia que merecías al convertirte en una extraordinaria hija de Los Lobos. Reconozco que antes eras hermosa, sin embargo, el enlace en tus venas te ha vuelto excepcional, hasta me atrevería a decir…—Celsius guarda silencio como analizando lo que iba a revelar.

—Bueno… —respondo no presionándolo—. Me complace saber que soy todo lo que esperabas y más. —Realizo una dramática reverencia dejando que crea que lo acepto como mi rey.

—Juntos venceremos a nuestros enemigos. —Se acerca y puedo

apreciar la satisfacción en su mirada—. Y una vez que nazca tu hijo, mi corona será para ti y para Alen, los sucesores del Valle Oscuro.

Asiento con una sonrisa. Esta vez no debo fingir mi simpatía hacía sus palabras, las tinieblas sonríen por mí.

Capítulo 17

Celsius me extiende su brazo para guiarme y de inmediato lo tomo acercándome con confianza. Él ante mi desenvoltura se muestra satisfecho, sin dejar de mirarme, al parecer con admiración. Estoy consciente de mi cambio, puedo verlo en las constantes miradas del Rey del Valle Oscuro y ahora en los hombres que se mantenían apostados afuera de mi habitación. Sus ojos bailan hipnotizados por mi rostro y por mi cuerpo. Sus miradas al principio son de sorpresa y luego se convierten en una manifestación de aprobación. Una aprobación que además de reconocerme como una igual, también muestra atracción.

Taviana sigue mis pasos gruñendo. A diferencia de mí, ella demuestra su completo malestar al encontrarse alrededor de tantas personas que se van sumando en nuestro transitar.

Una vez que llegamos a la puerta del salón un séquito de hombres y mujeres del reino han acompañado nuestro camino. La inspección ha sido minuciosa ante mi presencia. Entre los hombres ha continuado primando el interés con la codicia encendida en sus ojos. No necesito tener un sexto sentido para entender el objetivo de sus miradas, son completamente de deseo. Las mujeres por su parte se ven desconcertadas y puedo palpar el halo de envidia que las envuelve al tener toda la atención sobre mí. Celsius por su lado ha mostrado un incontenible orgullo guiándome a través de la gente como si en sus manos llevara el más preciado trofeo.

Las imágenes me azotan recordándome las voces que se marcaron en mí durante la conversión. Las voces de dolor, de la angustia y de la desesperanza. No puedo sentir indiferencia por lo que vivieron y por lo que el vínculo me hizo sentir en carne propia, de cierta manera, el triunfo que observo en los ojos de Celsius es la culminación de la venganza que han buscado y orquestado de manera minuciosa. La compensación que también merece su pueblo por tanta injusticia que vivieron. Una débil voz se escabulle en mi interior con el mensaje de ayudarlos y por un instante creo que es lo correcto. La confusión me atrapa desprevenida al darme cuenta de la dirección que toman mis pensamientos. No sé si es el encantamiento el que me está jalando nuevamente o si soy yo que no estoy de acuerdo con tanto abuso. Respiro para retornar a mi equilibrio, el cual perdí la noche del ritual. De lo que sí estoy segura y a lo que me aferro, es que nada puede justificar la muerte y las tinieblas en nuestro mundo, no es la forma. El

gruñido de Taviana me rescata de mi abstracción, concentrándome en su molestia.

—¡No la toques! —grito a un pequeño que intenta agarrar su cola. Mis acompañantes me observan expectantes—. Ella no debe ser tocada y ojalá ni siquiera mirada.

Centro mi atención en Celsius para aclararle que hablo en serio. Él responde en afirmación, por lo que todos se alejan un paso de ella y apartan a los pequeños que juegan a su alrededor. Taviana se acerca hasta posicionarse a mi lado, dejando siempre la distancia requerida para que no se produzca el contacto.

El ruido apabullante se cierne detrás de la gran puerta de roble que nos separa del salón. Celsius da su consentimiento y los guerreros la abren dejándonos ver la festividad que se lleva a cabo en el reino. El número de personas que había visualizado en un principio se ha acrecentado tanto en hombres como en mujeres. El espacio ya no se contempla lúgubre, más bien resalta el gran banquete que desborda en las mesas, acompañada de cubiertos en materiales brillantes que podría decir que es oro. Desde un rincón me llega el sonido de tambores con una melodía diferente a la utilizada en el ritual, esta vez su ritmo es festivo recordándome al territorio de Aquilón. Observo con más detenimiento a los hombres que tocan los instrumentos y podría jurar que son los habitantes del Reino de Las Águilas. Sigo contemplando el espacio percatándome de todos los elementos que dan vida a este festejo, entre los cuales puedo reconocer los candelabros de bronce que decoraban las mesas y que pertenecían a mi casa, La de Los Ciervos. La mayoría de los reinos, junto a sus costumbres y sus habitantes están fundidos en el salón. Las personas por haber sido vinculadas y los objetos por haber sido saqueados de los reinos que han sido conquistados. Si fueran otras las circunstancias, sería hermoso ver a todo Badru reunido.

Celsius me obliga a avanzar y a medida que nos internamos en la celebración, las voces se van acallando. Mis pasos son decididos y se afianzan al ver los rostros de entusiasmo y por sobre todo de fascinación de los presentes. Sintiendo por primera vez en mi vida el reconocimiento de mi linaje y de mi soberanía.

Los gruñidos de aprobación de los lobos también se escuchan ante la presencia de Taviana. A su paso, los animales bajan levemente su cabeza al mismo tiempo que sus cuerpos se agitan con expectación. Las palabras de Sondra cobran sentido en relación a la sangre que nos vinculó. La del Alfa. Únicamente frente a Voltor, el lobo de Priust he presenciado el sometimiento de los animales. En el caso de Taviana percibo que no es de su interés conducir a una manada y menos aparearse con alguno de ellos. Para ella no son su familia, para ella cada uno de los animales y personas en este reino son los enemigos

que la privaron de libertad.

En la mesa que nos espera al final de la sala, una acechante mirada capta mi curiosidad al sentir la indagación sobre mí. Mis ojos se encuentran con el rojizo agudo y vacío de Priust, que no disimula la examinación de apreciación que me da. Sus ojos deambulan por mi rostro y cuerpo sin recato. La frialdad se mantiene uniéndose a otra expresión que esta vez hiela mi sangre. Interés. El cual nunca había obtenido, anteriormente siempre me había observado con desprecio. Me obligo a mantener el contacto visual, cumpliendo a cabalidad mi nueva naturaleza y no porque su presencia me intimide, más bien me crea repulsión su nueva disposición, ya que trasmite atracción al igual que el resto de los hombres del reino.

—Princesa de Luna Nueva. —menciona cada una de las palabras con solidez, impregnando en el tono, apropiación. Lo que me termina de asombrar es la leve reverencia que me entrega para luego acercarse y extenderme su mano.

—Priust. —Respondo la cortesía con credulidad tomando su brazo. Al contacto, el calor que traspasa su cuerpo se adhiere al mío. El fluido de su sangre vibra a través de mis dedos despertando un llamado profundo y oscuro que reconoce su procedencia, que admite su origen. Lucho en silencio contra el vínculo que se aviva ante el encuentro de su ascendencia afanándose en abrir una veta para avanzar.

Sigo caminando manteniendo mi rostro impasible, batallando por no dejarme persuadir por las sombras que claman por ser liberadas. Su poder es tan imponente que mi instinto se tienta a abrazarlas para que puedan entrar y mostrarme toda su fuerza, la que necesito para llevar a cabo mi misión.

—Al parecer Alen no será el único que reclamará a Eleonor esta noche. —Priust menciona a su hermano indicándole a los hombres que se congregan en el salón y que siguen cada uno de mis movimientos. Me obligo a volver mi concentración al salón, para que no puedan ver el desconcierto que me recorre y que podría jurar que Priust es capaz de detectar al tener su sangre recorriendo mi sistema.

—Es decisión de ella con quién pasa sus noches. —responde Celsius y esta vez dirige su interés a mí—. Tu única tarea es procrear un sucesor con Alen y luego ser nuestros reyes, pero eso no quiere decir que debas estar con él por siempre. Tú serás libre de elegir a un compañero que sea digno de ti.

Mi desconcierto se aclara casi al instante al darme cuenta de lo que están sugiriendo. Sonrío de forma relajada hacia ellos, y no porque realmente me agrade hacia dónde se dirigen sus pretensiones, sino más bien ante el sarcasmo de nuevamente comprobar el despojo de sus sentimientos. La lealtad o fidelidad es algo que no reconocen y que

por supuesto no es parte de ellos, al querer traicionar a su propio hijo y al que se convertirá en su rey.

Debería comentárselo a Alen, para que compruebe de qué está hecha su nueva familia, lamentablemente eso es algo que no cambiaría su visión. Él debe pensar igual que ellos. La pregunta que de inmediato surge es si ¿Él estaría dispuesto a compartirme con otra persona? O al igual que sus líderes ¿Soy sólo una tarea que debe completar para luego pasar sus noches en la cama de quién le plazca? O en el peor de los casos como mencionó su ahora rey, ¿me dejará para luego elegir a una mujer que sea digna para acompañarlo como lo hizo Priust con Calesia?

Ante estas interrogantes mi sangre inevitablemente se calienta ante siquiera la idea de pensar en Alen en los brazos de otra mujer. Si antes me enfurecía, ahora percibo cómo si el volcán de mis sentidos explotara con la intención de arrasar con todo a su paso. La violencia de mis impulsos se dirige a la silueta que se presenta ante mí. Al levantar mi rostro me encuentro con los ojos envueltos en llamas de Calesia. Sigo su mirada, la que se posa en el brazo de Priust, que aún no me ha soltado. Mi primer impulso como siempre es arremeter hacia ella, sin embargo, me obligo a contener las brasas que se incineran ante su presencia, obligándome a sonreír de forma inocente. Mi venganza ha comenzado y lo primero que haré será devolverle algo de la tortura que me ha obsequiado. Me acerco más al macho alfa hasta susurrarle en el oído.

—Gracias por haber compartido tu sangre conmigo, es el mejor presente que pude obtener de ti y de tu pueblo. —Al separarme nuestras miradas se encuentran. En sus ojos de inmediato contemplo el deleite que le producen mis palabras. Por mi parte, me mantengo sonriéndole de forma insinuante percibiendo cómo Calesia se contrae ante mi cercanía del que es su hombre. La frialdad de mi acto me sorprende, pero lo que impera es la gratificación que me produce.

Sin perder su mirada, Priust me lleva hasta el asiento que me corresponde junto a Celsius. Unos segundos más tarde ingresa al salón Candra con un grupo de mujeres que la siguen, todas en sus más llamativos vestidos. Nuevamente presencio con satisfacción cómo Calesia debe dar un paso atrás para dejar que la esposa del macho alfa se ubique en el lugar que le corresponde, a su lado. Sin siquiera meditarlo, vuelvo a sonreír hacia ella sorbiendo el inicio de mi revancha.

—Este banquete ha sido preparado para tu bienvenida y por la ceremonia de reclamación que se llevará a cabo. —Menciona Celsius, mientras rellena mi copa con vino.

—Agradezco vuestra consideración. —respondo de manera cortés y calculada, de la misma manera que ellos actúan. Doy un largo trago al

vino saboreando mi nueva posición.

Mi seguridad tambalea en el instante que observo ingresar a mi familia, la que camina decidida y con naturalidad por el centro del salón. Mi padre y la Madre Antigua llegan hasta la mesa para luego ofrecer una reverencia. Siento las miradas que los líderes me dan mientras observo a mis seres queridos, envueltos en las sombras.

Sin dudar levanto mi copa y la aprieto con fuerza al percibir cómo la ira se enrosca en mi vientre clamando por salir.

—Rey Leonidas. —Celsius alza su voz, con el triunfo vertido en las próximas palabras que pronuncia—. Bienvenido a nuestras filas.

—Para mí es un honor pertenecer a vuestra causa. —Mi padre sonríe bajo la oscuridad.

—Eleonor estás hermosa. —La Madre Antigua es la que ahora habla y es la primera vez que siento cómo mi corazón se fractura después del ritual al escuchar su voz desprendida de bondad.

—Gracias. —Sonrío mientras mi alma se contrae.

—Eleonor. —Priust es el que llama mi atención—. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que después de que tu padre fue uno de los que nos repudió por tanto tiempo, no es merecedor de pisar nuestro mismo suelo.

Lo miro confundida y analizando lo que está insinuando.

—Me refiero a que vincularlo y someterlo a la vergüenza y humillación de doblegarlo fue nuestra primera venganza.

Observo a mi padre que se mantiene estoico, el miedo fue drenado de su esencia, la confusión es la que se posa en sus ojos, al igual que en los míos.

—Jamás compartiría mi mesa, ni menos respiraría el mismo aire con el hombre que fue uno de los causantes de nuestra miseria. —La voz de Priust sube el volumen captando la atención de los presentes. Los tambores dejan de tocar y las personas dejan de hablar.

—Estarás de acuerdo conmigo en que se debe dictar una sentencia para sus infames actos hacia nuestro pueblo. —Sus palabras no son una pregunta más bien una afirmación que no cabe a discusión.

—Estoy de acuerdo. —Las palabras son mencionadas sin emoción, sin culpa, sin arrepentimiento.

—Rey Leonidas. —Celsius se incorpora para dar el veredicto que sellará el destino de mi padre, el cual pensé que estaría a salvo al haber entregado su alma—. Tu condena no será la muerte. Al acabar con tu vida te estaríamos dando un regalo. Tu condena será la tortura, confinado a una celda, privado de alimento y de cobijo. Serás exhibido en el patio central para que todos puedan observar cómo tu aliento lentamente se extingue y para que no quede duda de que todos nuestros enemigos pagarán con sangre o como será en tu caso, con la muerte en vida.

Los ojos de mi padre, de la confusión pasan a furia, la misma que siento yo ante la crueldad de estos hombres, sin embargo, alzo mi copa en aprobación dejando salir las palabras que el vínculo me obliga a decir: Que así sea.

No sigo los pasos de mi padre, el que es arrastrado fuera del salón por los guerreros, mientras él lucha por soltar su agarre, la Madre Antigua contempla a su hijo desaparecer con tanta indiferencia que mi primer impulso es terminar con este embuste para interceder por su vida, pero al contrario de lo que siento, la frialdad de mis sentidos me obliga a permanecer en mi lugar, sonriendo.

Capítulo 18

El salón retorna a su celebración sin ningún tipo de objeción ante la sentencia recién dictada. Todos vuelven a su animada conversación y a disfrutar de los platos atiborrados de comida. Desde mi posición los imito manteniendo contenida la ira que sigue creciendo y la cual estoy casi segura que nunca se detendrá, cuestionándome cuánto odio puede soportar la razón. La frustración e impotencia también las trago al darme cuenta que no puedo hacer nada por mi padre. Su destino se forjó en base a las malas decisiones que tomó y que repercutieron en todo nuestro mundo. Aunque no estoy de acuerdo con su condena por primera vez veo mi camino de manera clara. No puedo salvarlos a todos y nunca podré. La lección la aprendí a través del dolor. El peso de la salvación sigue sobre mis hombros y únicamente de mí dependerá que esta se lleve a cabo. Ya no hay lágrimas, ya no hay lamentos. Sólo cuento con mi fortaleza, la que me tiene sentada aquí en medio de mis adversarios; sonriéndoles y jactándome junto ellos de sus actos despreciables. Aún no tengo la certeza de cómo llevaré a cabo su destrucción, sin embrago, ya es una batalla ganada ser reconocida como una de ellos. El tiempo sigue corriendo en mi contra y mi única certeza es que salvaré a tantos como pueda y por supuesto no me dejaré atrapar.

Mi atención vuelve a mi abuela, la que se dirige hacia una de las mesas laterales uniéndose a su nuevo pueblo, al menos ella aún se encuentra a salvo y liberarla dependerá de que se rompa el encantamiento.

Por mi parte continúo comiendo tratando de saciar el vacío, sin embargo, la explosión de sabores en mi paladar no es suficiente para menguar el apetito que no será satisfecho con alimento. Recorro el salón buscando la causa del hambre que siento en la base de mi estómago y que ruge a través de cada palpitar.

—¿Dónde está Alen? —pregunto a Celsius ansiosa por nuestro inevitable y necesitado encuentro.

—Nuestro heredero se presentará para la ceremonia de reclamación. —Confirma de manera despreocupada—. Me pregunto quién será capaz de enfrentarlo para demandar vuestra compañía.

—Algunos de los guerreros deberá sacrificarse. —Candra se une a la conversación—. Por lo que veo la mayoría no quita los ojos de nuestra princesa.

—¿A qué te refieres con sacrificarse? —pregunto curiosa ante esta nueva ceremonia que no estaba bajo mi conocimiento y que conociéndolos, debe ser más que cortar el cabello como lo hacíamos en mi reino.

—Me refiero a que todos saben que eres la elegida para concebir al próximo descendiente, aunque hay muchos interesados, a nadie le corresponde más que a Alen pasar por tu cama en tu próxima fertilidad, pero la ceremonia requiere a un vencedor, por lo que uno de los hombres se deberá sacrificar a manos de tu prometido.

—¿Te refieres a que lo debe matar? —pregunto sorprendida ante esta nueva revelación, pero como siempre, el vínculo me hace sonar desinteresada al respecto.

—Sólo si tú aceptas que mate a su contrincante. —Celsius sonríe al parecer ansioso de presenciar la sangrienta ceremonia.

—Me parece interesante. —Asiento manteniendo la compostura, para no pararme de una vez y gritarles a todos por seguir presenciando su falta de juicio.

—Por fin podremos ver de qué está hecho mi hijo. —Priust es el que ahora comenta y sus palabras van cargadas de desafío—. Sería una vergüenza que no fuera un digno merecedor para aparearse con tan exquisito ejemplar.

Su indagación sin tapujos va dirigida hacia mí. Esta vez ya no me sorprendo al ratificar que se insinúa de manera abierta y no a cualquier mujer sino a la prometida de su hijo. Me abstengo de decir que Alen es mucho más hombre que él en todos los sentidos. Taviana gruñe en mi espalda al notar que continuamente la furia rasguña las paredes de mi control por aparecer. Fingir no ha sido difícil, lo complicado ha sido mantener el dominio de mi temperamento que a cada segundo se sustenta con un fiero agarre en mi cuerpo, percibiendo las sombras que inundan y avanzan sin dar paso a la vacilación que es la misma que reconozco en mis adversarios. Bebo un nuevo trago de vino para aplacar los desconocidos sentimientos que me carcomen aceptando que son los que me mantiene de pie, pero sin querer aceptar que me están sometiendo a la misma tiranía que exhalan mis enemigos.

Después de terminada la comida nos invitan al exterior en donde al parecer se llevará a cabo la tan esperada ceremonia de reclamación. Situación que me tiene sin cuidado, lo único que aguardo es encontrarme con Alen para finalmente alejarnos de este maldito reino.

—Al parecer Priust ya puso los ojos sobre ti. —Candra se acerca para caminar a mi paso—. Desde Calesia ninguna mujer ha despertado su interés.

Trato de mantener mi expresión alejada del desconcierto ante sus palabras carentes de preocupación hacia su marido y también porque

efectivamente Priust no ha dejado de mirarme.

—No te preocupes por mí. Ya sabes que mi interés no está en él, ni con quién se encame. —dice tomándome del brazo amigablemente—. De la que sí te debes cuidar es de Calesia. Todas las mujeres que han tenido las agallas para insinuarse a nuestro más poderoso guerrero han muerto de forma misteriosa.

—Lo tendré en consideración, pero debo decir que el único que ahora demanda mi atención es Alen. —Menciono ciñéndome a su mismo tono y a la respuesta más prudente para no dejar en evidencia mi verdadero sentir.

—Deberías pensarlo, ser su compañera te colocaría en un lugar privilegiado en nuestro reino.

—¿Más privilegiado que ser la esposa del próximo rey? —cuestiono de forma inocente ante su insinuación, incitándola a que me entregue más información con el fin de saber en qué terreno me muevo y lo que esperan de mí.

—Aunque a Alen por derecho le pertenezca la corona ahora que Magnus no está, su injerencia en el reino nunca será mayor a la de Priust. Para ganarse el respeto de nuestra gente deberá probar con hechos su fidelidad. Su primera prueba será llevar a cabo la sentencia de Boreas. —Contesta sin ningún cambio en su expresión ante la mención de su hijo y de su inminente muerte.

—¿Cuándo se llevará a cabo la sentencia? —sigo caminando a su lado hablando con desinterés. Pero, constatar la frialdad de sus palabras ante la muerte de su primogénito hace que mi odio hacia ella y el encantamiento, siga creciendo.

—El día de vuestra boda. —Su expresión cambia al guiar su mirada al macho alfa que camina a unos metros adelante de nosotras—. De todas formas, si quieres mi consejo, no luches contra Priust, ya que si te elije como su compañera ten por seguro que no dudará en pasar por encima de quién sea necesario. Y créeme, no dejará opción para que te niegues. Aunque claro está que primero deberá esperar a que nazca tu hijo, eso no está en discusión. La concepción de tu heredero es nuestra primera obligación para lograr la victoria.

—Por supuesto, mi hijo es el futuro para ganar esta guerra y eso es lo más importante en este momento. —Dejo que el vínculo hable por mí antes de responder que jamás me entregaría a Priust.

Nos acercamos al centro del patio en donde la luz de la luna creciente nos ilumina con su recorrido. Las antorchas encendidas muestran la gran cantidad de guerreros que esta noche acompañan el reino. Los torreones han doblado su vigilancia y rápidamente ubico la torre norte, en donde Calesia guarda sus oscuros secretos. Llegar hasta allá será una misión casi imposible sin ser vista, menos con toda la atención que se encuentra sobre mí, sin mencionar que a mi espalda

dos guerreros siguen de cerca mis pasos.

Celsius me guía hacia los sitiales en donde podremos observar en primera fila lo que sucederá esta noche. La brisa gélida de la noche toca mis muslos y brazos desnudos, pero el frío ya no es reconocido, ahora hay calor, el cual recorre no sólo mi piel, sino también mi interior.

La mayoría de los habitantes se ubican alrededor de lo que parece una arena de entrenamiento. Hombres, mujeres, niños y lobos se mezclan esperando con entusiasmo la ceremonia. Varias doncellas se acercan ofreciéndonos bebida. Acepto el vino con la intención de menguar la ansiedad que me crea mantener mi papel, sin embargo, como ha ocurrido en toda la velada, lo único que logro es que el líquido conserve despierto mis instintos más primitivos.

Cuatro guerreros toman el protagonismo al acercarse con su torso descubierto. El cabello lo llevan amarrado en un tomado alto. Sus rostros van pintados, a diferencia de las veces que los he visto luchando, el tono negro va situado únicamente en sus ojos. En sus manos cargan un hacha y en sus cinturones diferentes tipos de dagas y espadas. Al unísono plantan una rodilla en el suelo y bajan su cabeza.

No me concentro en las palabras que dice Celsius, situado junto a mí, mi atención se dirige a un rostro que veo entre la multitud. Los ojos del guerrero se encuentran con los míos, reconociendo de inmediato la figura que fue utilizada por Liana para camuflarse. Alivio es lo primero que aparece al saber que los hechiceros no han sido descubiertos y siguen con vida. Lo segundo es la necesidad de dirigirme hacia ellos para planificar el rescate de nuestros amigos, no obstante, me obligo a alejar la mirada considerando que la mayoría de los presentes mantienen su atención en mí, junto a otro par de ojos que me acechan desde cerca. Calesia sigue mis movimientos y esta vez a su mirada de recelo se le une algo más que podría jurar que es furia. No necesito meditar a qué se debe su nuevo estado, estoy segura que tiene que ver con Priust. No me detengo más de lo necesario en ella, dejo que su ser se retuerza ante los celos que deben carcomer su malvado corazón.

La voz de uno de los guerreros capta mi atención al preguntar quién se debatirá a duelo por la joven que se encuentra frente a él. Después de unos segundos y de entre los asistentes aparece un oponente, quien firmemente da un paso al frente. Al situarse en el centro del lugar se quita su camisa y amarra diferentes armas en su cinturón, siendo siempre la protagonista una gran hacha, que estoy segura que no sería capaz de cargar. El choque de los aceros no tarda en retumbar al iniciar la primera batalla. Los asistentes vitorean al ritmo de los tambores animando a los competidores, mientras yo recorro de manera disimulada el lugar buscando a Liana que ha

desaparecido otra vez.

Trato de entablar la comunicación a través de mis pensamientos con ella, pero el brazalete de dientes de lobo sujeto a mi muñeca, junto con la oscuridad que recorre mi cuerpo es algo que obstruye cualquier intento de conexión.

Me muevo inquieta en mi sitial buscando la forma de poder reunirnos sin despertar sospechas, pero la sangrienta batalla que se cierne en el centro del reino es lo que capta mi interés. Los guerreros luchan mostrando la gran destreza que poseen. Sus movimientos al igual que sus miradas, son agresivas y letales. Con cada nuevo golpe y cada corte del cual emana sangre, los asistentes estallan en ovaciones de reconocimiento.

La pelea no tarda mucho más, uno de los hombres cae estrepitosamente al suelo cuando el hacha de su contrincante abre la carne de su muslo. El vencedor se acerca a la joven que espera, arrodillándose frente a ella y le extiende una daga que saca de su cinturón.

—Con la sangre derramada en mis manos te reclamo para que seas mi compañera. —Las palabras del guerrero son solemnes y el reino se silencia ante su declaración—. Si aceptas ser mi mujer, contarás con mi protección para toda la eternidad. Mi atención estará destinada a ti y a nuestros descendientes y mi fidelidad se mantendrá mientras nuestra unión permanezca.

La joven acepta la cuchilla y con ella realiza un corte en su palma, la sangre de inmediato fluye. Luego el guerrero extiende su mano y ella también realiza un corte en su piel. Sus manos se entrelazan, al parecer sellando el pacto. Posteriormente los dos se ubican frente al hombre herido que se incorpora con notoria dificultad. En sus ojos no hay miedo, porque en este reino no existe, más bien hay desafío.

—¿Sentencia? —pregunta Celsius y sus palabras van dirigidas a la mujer.

—Vida. —responde la joven al momento que todo el lugar estalla en un vitoreo, el cual se divide en aprobación y disconformidad.

El hombre es retirado del suelo, mientras la pareja desaparece hacia el interior del castillo.

—Van a consumar su unión. —Candra comenta a modo de explicación—. Si en la intimidad hay una innegable unión, se planeará el matrimonio.

La ceremonia continúa al igual que la batalla por la reclamación de las mujeres del reino. Mi conversación con Candra la he terminado fingiendo interés en los enfrentamientos que se llevan a cabo en el centro de la fortificación. Es imposible seguir escuchándola sin querer estrangularla a ella y a todos los presentes.

En el siguiente combate no debo fingir mi atención al divisar a

Sondra que se sienta en el centro del patio esperando a los guerreros. Su mirada es altiva y hasta podría decir que su expresión denota satisfacción. Sus ojos se encuentran vacíos y aunque los habitantes del reino están seguros de que es porque su alma les pertenece, yo sé que el desierto de su mirada es porque una parte de ella está rendida a su suerte. Me gustaría poder ayudarla y sacarla de la posición vulnerable en la que se encuentra. Ni ella ni nadie debería ser forzada a aceptar una unión sin consentimiento, pero como siempre priman las inapelables costumbres, las cuales también me llevaron a acatar un matrimonio sin amor. Trago la amarga impotencia de no poder hacer nada y ver en primera fila cómo una nueva persona es despojada de su dignidad. Espero que Sondra mantenga la fortaleza que ha poseído todos estos años sólo una noche más.

La disputa comienza y es igual de encarnizada que las anteriores. Cuando el vencedor la reclama, Sondra sonríe de forma apropiada como lo haría una verdadera hija de los lobos. Su mirada se endurece cuando Celsius pregunta el veredicto para el perdedor. Su respuesta llega sin balbuceo y queda revoloteando entre el vitoreo y el crepitar del fuego: muerte.

Mis ojos se abren ante su respuesta y de inmediato busco su mirada que no desprende ningún indicio de arrepentimiento. El odio es algo que también se ha criado en ella y estoy segura que su veredicto es parte de la venganza que también necesita ante tanto despojo que ha vivido y por supuesto, ante la inminente pérdida de uno de sus seres queridos, Boreas.

Una vez que la sangre del guerrero se derrama en la piedra a manos del vencedor, Sondra desaparece entre las sombras con el hombre que esta noche compartirá su cama. Los habitantes vitorean por esta nueva unión, mientras yo pienso en una forma de liberarla de su obligación, y aunque tengo la posibilidad de requerirla como mi doncella, que lo realice en este momento estaría fuera de lugar. Sin mencionar que mi presencia es requerida en este momento para esperar el próximo enfrentamiento. Me fuerzo otra vez a mantener el control, aceptando que el sacrificio que ella lleva a cabo es por un bien mayor y pese a que no encuentro remordimiento ante este hecho, mi alma a cada segundo se agrieta más.

Capítulo 19

El silencio junto a la expectación se hace presente a mi alrededor y no necesito preguntar qué es lo que sucede. Una llama en mi interior comienza a vibrar al notar la silueta que camina hacia la arena de entrenamiento. Mi entorno desaparece y mi completa atención se vuelca al hombre que se acerca encontrando un fugaz alivio ante su presencia, el que rápidamente se transforma en ansia. La oscuridad se azota en mi pecho ante su inminente cercanía, despertando mi instinto depredador que lo reconoce, provocando que algo caliente y salvaje se aloje en mi cuerpo.

Mis ojos se deslizan por su imponente y dura figura, absorbiendo cada espacio de él. Si bien mis pensamientos deberían estar enfocados en la forma de regresarlo para luego marcharnos, no puedo evitar que su presencia tire de las tinieblas con el deseo de sumergirme en su oscuridad.

Bajo la mirada para apagar las ansias que son más fuertes que mi control, pero el latir se hace más intenso, más profundo, recordándome de manera severa que el encantamiento es el que me llama y que el animal que fue despertado en mí es el que clama por satisfacción.

Sin poder detener mis instintos, mis ojos lo vuelven a buscar contemplando su torso desnudo que resplandece ante la antorcha que carga en la mano mostrando cada lugar de su consistente piel. Me remuevo en mi sitial digiriendo el irrefrenable anhelo que me insta a acercarme, a tocarlo. El gruñido de incomodad de Taviana me despierta de mi ensoñación, obligándome a reaccionar. Enderezo mi espalda para ojalá sacudir y alejar a la loba que quiere albergar su morada en mi razón, no obstante, la reacción es contraria al afianzarse cuando el heredero se detiene frente a mí y nuestros rostros se encuentran.

Es inevitable no perderme en el tinte azul que se funde cálidamente con el rojizo de sus ojos, despertando un impulso que me obliga a sumergirme en él. La primera vez que vi a Alen después de mi vinculación, mis sentidos se habían estimulado, reconociéndolo, pero ahora que he dejado que el enlace pruebe un poco de mi raciocinio, la oscuridad se retuerce y se levanta para mostrarme mi único e innegable objetivo, que además de poseerlo, es que engendre al hijo que me solicita la causa. El incesante odio se diluye transformándose en deseo, el mismo que también puedo apreciar en su mirada caliente

y agónica; y el cual comprendo al estar de cierta forma enlazada.

—Eleonor. —Alen menciona mi nombre a modo de saludo. El control en su voz es la confirmación que él domina a la perfección el encantamiento, mientras yo sigo jadeante como un animal en celo sorbiendo con suplicio la maldición y soportando la vibración que contrae mis poros. Una de sus cejas se levanta con insinuación siendo este gesto una promesa de lo que me deparará una vez que terminemos con la bendita ceremonia.

Lo poco que queda de mi sensatez se desvanece al darme cuenta que estoy a un paso de perderme en la oscuridad al sentir el ansia con tanta desesperación y me fuerzo a encontrar el control, alejando a las tinieblas.

—Si Alen no tuviera que darnos un sucesor, sería uno de los guerreros que me gustaría probar. —Candra es la que me abstrae de mi lucha interna, mientras ella se agita en su silla y sus ojos centellean con descaro ante la figura del heredero al trono.

—Si no quieres que tengamos problemas, mantendrás tu atención y tus manos fuera de mi prometido. —Sin pensarlo, un rugido emana de mi boca en advertencia, mostrándome el sentido de apropiación más primitivo de la oscuridad. Ignoro su mirada de confusión porque no me interesa que en su pueblo el compartir a sus hombres sea algo habitual.

Alen se aleja para tomar su lugar en el centro de la arena a la espera del guerrero que lo desafiará. Entierra la antorcha en el suelo y de su espalda saca una de sus espadas. Me obligo a mantener la compostura, inmovilizando los movimientos de mi cuerpo y vuelvo a tomar una fingida frialdad a pesar de que mi sangre se calcina, enseñándome una nueva cara del encantamiento, sin embargo, no he llegado tan lejos para dejar que mis instintos más básicos me hagan perder la oportunidad de salvar a mi pueblo. Me concentro en mi tarea y repaso el rostro de todas las personas que han perecido. Vislumbro la sangre y las cadenas y me centro en el dolor para no sucumbir a la necesidad. Si bien la oscuridad se aferra a mi cuerpo, la razón gana esta batalla.

Me levanto cuando me doy cuenta que esperan a que tome posición para el enfrentamiento. Al pasar por el lado de Alen no lo miro. Aunque debo ocupar una gran fuerza de voluntad para no hacerlo, soy lo suficientemente testaruda para no dejarme vencer. Lamentablemente mi cuerpo es el que aún sigue reaccionando a él, azotándome con lujuria al percibir su cercanía. No me detengo y fijo mi atención en los hombres que me recorren con aprobación, pero al encontrar las miradas de las mujeres que devoran al hijo de Priust, el rugir se precipita en mi garganta. Empujo un poco más a las tinieblas y me enfoco en el enojo, al darme cuenta que mi control está en la

punta de los dedos del vínculo.

Los tambores resuenan junto a los murmullos de los presentes, y antes de llegar al sitial donde debo ubicarme, recobro mis sentidos, los cuales se agudizan al escuchar las risas presumidas de algunas doncellas.

—Yo estuve anoche en su cama y una vez que deseche a la princesa volveré a deleitarme con la ferocidad de su cuerpo.

El control que creí haber obtenido se desvanece al comprender las palabras de la mujer, haciendo que la furia, el deseo y por sobre todo la necesidad de marcar lo que es mío aparezcan. Taviana de inmediato se une a mi propio gruñido acercándose con la intención de atacar a quien le indique. Mis pasos se dirigen en busca de la voz, percatándome de que mientras yo me encontraba en una celda sucumbiendo al encantamiento, Alen saciaba sus instintos en la cama de otra. La racionalidad queda anulada y la risa engreída de la doncella me dirige a su encuentro, al verla el reconocimiento llega. Es la misma que noches atrás se sentó en su regazo. La mujer al verme me contempla de manera provocativa y en sus ojos percibo el deleite que le crea mi ofuscación.

—Repite lo que acabas de decir —La increpo ubicándome tan cerca de ella que puedo palpar su aliento. Mi entorno desaparece al igual que mi dominio. El vínculo nuevamente habla por mí.

—Tranquila princesa. —Ríe con diversión—. Tu prometido tiene vigor para todas.

El rojo me enceguece al igual que la oscuridad. Mi mano se cierra y llevo mi puño a su cara. Ignoro el dolor de mis huesos porque la satisfacción me llega al escuchar el crujir de su nariz. Mi ira se desata sin poder calmar a la bestia que despierta en mí. Los siguientes movimientos son casi reflejos y antes de poder darme cuenta ya cargo en mi mano una pequeña daga que tomé de uno de los cinturones de los guerreros que me custodian. Me lanzo sobre la mujer que ahora se encuentra en el suelo agarrando su rostro y en un acto rápido y ágil dirijo el filo a su garganta. Taviana se mantiene a mi lado rugiendo hacia cualquiera que interceda por la vida de la mujer.

—Te advertí que mantuvieras alejadas las manos de mi prometido. —Vuelco todo mi descontrol en contra de la doncella. El pensamiento que me enceguece es el de hacerla pagar por su descaro y con su muerte instruir a las demás a que no pueden tocar lo que me pertenece.

—Hazlo. —La mujer desde el suelo me reta y sin siquiera cuestionarlo comienzo a enterrar la daga en su cuello, extrañamente disfrutando la sensación de la carne al desgarrarse.

—¡Suficiente! —Desde lejos escucho la orden de Priust, la cual rechazo. Taviana por su parte se interpone ante el alfa para que no

llegue a mi lado.

En los ojos de la mujer desaparece el desafío dando paso al asombro, para luego transformar su expresión en dolor al continuar cortando su garganta.

Antes de llegar a la vena que contiene su esencia vital la mano de Alen se cierra con fuerza en mi muñeca obligándome a soltar su cuello. De reojo percibo cómo los animales rodean a mi loba para apartarla y el rugido de ella es el mensaje para que no me detenga. Lucho contra el agarre porque no puedo dejar de mirar con placer la sangre que recorre el cuerpo de la mujer, sin embargo, la presión se intensifica hasta sentir el dolor de la sujeción. El fuerte zarandeo de mi cuerpo junto al llamado de mi nombre me exige a regresar, pero las tinieblas no ceden, luchando por terminar lo que empecé.

—Dije suficiente. —La voz de Priust se escucha más cerca, sin embargo, lo único que puedo vislumbrar es el acantilado que me susurra que salte.

—¡Eleonor! —Alen grita mi nombre mientras sigue sujetándome, no obstante, no dejo de observar mi objetivo. Mi visión es nublada por su imagen y luego por la calidez de su lengua que se abre paso con determinación en mi boca. El reconocimiento de su sabor es el que lentamente me hace reaccionar. El saqueo de sus labios repliega mi ansia asesina convirtiéndola en deseo. Respiro de manera honda buscando la comprensión.

—¿Qué crees que haces? —pregunta una vez que deshace nuestro enlace, para nada preocupado, más bien interesado.

Me recobro rompiendo su agarre y levantando ahora la daga ensangrentada hacia él.

—Última vez que te encamas con otra mujer. —La ira sigue recorriendo mi sistema y estoy segura que si no encuentro mi control, lo despellejaré por su nuevo desliz.

—¿O qué? ¿me matarás? —Levanta una de sus cejas con diversión, pero también con calor.

—No te mataré, te torturaré hasta que supliques por perdón. —Me acerco aún con la cuchilla empuñada hasta posicionarme a su lado. No sé si esta vez habla el vínculo o yo, pero de lo único que estoy segura es que nunca me volveré a humillar ante él, ni ante nadie.

—Hazlo, tortúrame. —Abre sus brazos haciendo el amague de entregarse, mientras que su tono es bajo y casi gutural, el que me incita a atormentarlo y no únicamente de manera física, sino que también de manera emocional.

—Así que realmente eres toda una loba salvaje. —Priust llega a nuestro lado y sus palabras ya no van cargadas de advertencia, ahora su tono se acerca más bien al deleite.

Lo miro de soslayo, tratando de encontrar mi respiración y también

el juicio que acabo de perder al percatarme del rumbo que tomaron mis pensamientos y mis acciones. Realizo un movimiento casi animal para que se alejen de Taviana, a lo cual ceden dejándola avanzar hasta mi lado.

—Sé que eres nueva en nuestro pueblo y aún no te has instruido de nuestras costumbres, pero debo advertirte que las mujeres no tienen permitido las disputas, menos por un hombre, nosotros estamos dispuestos a compartir. —Priust me recorre con la mirada—. Mientras ustedes no se emparejen, Alen sigue siendo libre y tú también. Si fueses cualquier otra mujer, te castigaríamos por lo que acabas de hacer.

—Castígame, no me importa, es más, no me arrepiento de nada, y créeme que lo volvería a hacer. —Esta vez elevo mi voz para que todos me escuchen; porque no daré un paso atrás, las tinieblas me siguen sosteniendo y me afirmo de ellas para definir mi postura frente a ellos—. Alen será mi compañero y cualquier mujer que ose acercarse a él correrá la misma suerte que ella—. Dirijo mi atención a la mujer que todavía se encuentra en el suelo con la mano sujeta a la herida de su garganta—. La diferencia estará en que la próxima vez no fallaré, la mataré.

Las palabras son pronunciadas con tanta convicción que me sorprende la veracidad puesta en ellas, sin poder creer que estoy dispuesta a matar sin ningún tipo de arrepentimiento. Quiero luchar contra estas nefastas emociones, no obstante, el enlace me sigue aguardando, me sigue acechando con la intención de envolverme en su manto. No dejo que vean mi desconcierto y mantengo con firmeza mi postura desafiante.

—Si eres tan fiera en proteger lo que es tuyo, no me puedo imaginar cómo reclamarás a tu hombre en la intimidad. —La mirada de Priust se vuelve casi jadeante y salvaje sobre mí.

—Eso es algo que yo comprobaré. —De inmediato Alen da un paso adelante, siendo él ahora el que marca su territorio. Su tono de diversión cambia transformándose en confrontación hacia su padre.

—Entonces, veremos si eres digno de montar a esta hembra. —Priust camina al centro del círculo para luego decir—. Yo seré tu contrincante.

“¿Qué?” mi cabeza exhala al mismo tiempo que una ráfaga de frío se cuela en mi cuerpo menguando la llama de furia y calor que hasta hace poco me poseía. Recorro el lugar al percatarme que la atención se ha desplazado a los dos hombres de pie en el centro de la arena. Los tambores ya no suenan y tampoco el constante murmullo. Únicamente se puede escuchar el ruido de las antorchas que crepitan con la misma expectación de los presentes.

Trato de contener las innumerables emociones que me arrastran y

lo único que logro percibir es la sensación de la sangre en mi mano que se torna real. Contemplo a la doncella que es llevada al interior del castillo y busco la culpa, la cual no aparece. Solo vislumbro la sensación de poder que se cuela en mis huesos. La nueva advertencia cae con rudeza. Estoy parada en el borde del precipicio otra vez, al igual que lo hice durante el ritual, pero si esta vez me lanzo, perderé la débil llama de mi consciencia que parpadea por mantener la cordura.

Mis ojos recaen sobre la silueta de Alen, quien ha perdido su postura arrogante. Ahora cada línea de su cuerpo se encuentra rígida. Priust por su lado, se quita decidido la camisa y toma su hacha manteniendo el desafío. Miles de interrogantes surgen ante este nuevo suceso, una de ellas es si es posible llevar a cabo este enfrentamiento. Por un lado, es bastante claro que con mi nueva naturaleza habría despertado el interés del macho alfa a posiblemente reclamarme según las palabras de Candra, pero nunca imaginé que lo realizaría y menos en este momento. La otra interrogante que me llena de recelo es; en el caso de que venza a Alen, ¿Me deberé entregar a él está noche? Al estar supuestamente bajo el encantamiento y después de lo escuchado en reiteradas ocasiones, quizás deba aceptar sin objeción su compañía. Mis pulsaciones se aceleran ante este nuevo escenario, y no por temor, más bien por el asco de imaginarme a Priust siquiera cerca de mí.

—¿Qué creen que hacen? —Celsius pregunta desde su sillón, no en tono preocupado, más bien aburrido. Esta es la primera vez que concuerdo con él, al cuestionarme lo mismo ¿Qué están haciendo? —No puedo permitir que dos de nuestros líderes se lastimen, hay una batalla que liderar.

—Calma hermano. —Priust contesta, pero sin perder la atención en Alen—. Ya es hora de conocer las destrezas de mi hijo. Si es tan hábil como he escuchado, no debería salir lastimado. Además, debe probar ser merecedor de aparearse con nuestra nueva princesa.

—Sea o no merecedor, no interesa. Él es el elegido para llevar a cabo la concepción de nuestro sucesor. No es momento de jugar. —La voz de Celsius se vuelve dura y con un indudable aviso, el cual estoy segura no tiene relación con el hecho de que se hagan daño, sino más bien va dirigida a perder la tan ansiada guerra para la que se han preparado.

Segunda vez que secundo las palabras del Rey de Los Lobos y sobre todo, después de ver las sangrientas disputas anteriores, me pregunto hasta qué punto estará dispuesto a llegar Priust.

—¿Vas a hablar o vas a pelear? —La voz de Alen se alza con osadía y en su expresión puedo leer la competitividad que es parte de su ser.

La risa dura y engreída de Priust se extiende por todo el lugar. Los tambores inician su áspero sonido el cual ahora es acompañado por

los habitantes que golpean sus pies contra el suelo en una evidente incitación al combate.

Capítulo 20

Los aullidos de los lobos retumban al igual que los golpes de los habitantes que inducen a la pelea. Entre sus caras puedo presenciar el asombro junto a la excitación que les produce ver a uno de sus líderes pronto a luchar. Las miradas de las mujeres se desplazan con atrevimiento por la figura de Alen y también por la de Priust, que debo reconocer que para ser un hombre mayor, su cuerpo se encuentra tonificado y no pasa por alto que es mucho más grueso y grande que el de su hijo.

—¿Será tuya? —Priust pregunta de manera intimidante a Alen para luego mirarme como si fuera el postre que no fue servido durante la cena.

—Te garantizo que tuya no será. —Responde, y antes de que pueda parpadear arremete contra su padre. Al acercarse esconde la espada en su muñeca conectando de manera certera el puño en su mandíbula.

La multitud estalla en un vitoreo salvaje, mientras Priust limpia con su brazo el hilo de sangre que corre por su labio. Su sonrisa no desaparece, al contrario, se ensancha. Mueve su cuello de un lado a otro y desde mi posición escucho el tronar de sus huesos, con una expresión de satisfacción.

Alen se desplaza por la arena haciendo girar la espada en su mano con ligereza. Sus músculos se tensionan para nuevamente atacar. Esta vez Priust atrapa con su hacha el golpe de la espada y ocupa la fuerza del embiste para levantar el codo contra la cabeza de su hijo. Priust aprovecha la ventaja para alzar el mango dirigiéndolo con fuerza al pecho y en otro movimiento rápido desengancha la cuchilla que araña el torso de Alen.

Al observar la sangre, mi primer impulso es levantarme y gritar que se detengan, sin embargo, un instinto primitivo me domina al observar cómo Alen se recompone y ataca otra vez. Sin haberme dado cuenta, me encuentro igual de extasiada que el resto de los presentes. La sangre que emerge desde su piel, es la misma que percibo aún en mi mano. Su color y textura me llama en un bajo murmullo induciéndome a querer más. Entre los susurros que se escabullen hay un oscuro mensaje que no puedo descifrar y al pujar otra vez mi pulso se calienta. Busco mi respiración para no dejarme caer y con gran

esfuerzo aplaco la ira, la lujuria y la venganza que luchan por emerger, siendo a cada instante más difícil sostener las incontenibles emociones que me embisten. El desconcierto me doblega con más fuerza al darme cuenta que a cada momento pierdo más el control y sin quererlo, me acerco más al sentir de ellos. Busco a Taviana para que me entregue la pasividad y el confort que encontré en ella en el momento de entregarme durante el enlace. En su mirada encuentro el mismo desconcierto que en la mía y también puedo percibir cómo las sombras la reclaman. Dejo de cuestionarme y me aferro a mi voluntad, como ya lo dije, no me detendré ni ahora ni nunca. El golpe de los aceros es el que me atrae a la realidad y a pesar de que mi cuerpo quiere alentar a la encarnizada pelea, lucho por no escuchar a las tinieblas.

Mi mirada se vuelve a centrar en Alen como si una fuerza inexplicable me guiara hacia él. Sé que es la persona que se encuentra unida a mi destino y que haría todo por estar con él, sin embargo, la atracción que vibra en mi cuerpo hacia su presencia está lejos de la comprensión.

Su espada se eleva en la noche para luego deslizarla hacia la cabeza de su oponente a modo de engaño. Aprovecha el impulso para atrapar su arma y lo patea con fuerza en el estómago. Priust no se deja amedrentar, se recompone del golpe, se acerca, lo sujeta y antes de que pueda exhalar, le propina un cabezazo sobre la cara. El cuerpo de Alen se tambalea solo un instante, en su mano libre ya sostiene una cuchilla que entierra en la mano de su oponente haciéndolo soltar su hacha. Priust ni se inmuta por el acero enterrado en su carne, al contrario, responde sujetando a su hijo del brazo y hombro para luego alzarlo sobre su espalda y lanzarlo al suelo. Alen golpea su cuerpo de forma seca contra la piedra y antes de que su padre lo alcance rueda sobre su espalda, incorporándose.

Mi boca se abre de asombro y expectación al observar cómo el macho alfa retira sin ninguna oscilación de malestar, la daga de su mano.

—Creo que fue suficiente. —La voz de Celsius capta mi atención contemplando en su expresión diversión.

Priust lo ignora acercándose a su camisa de la cual rasga un pedazo de tela y cubre la herida en su mano.

—Al parecer los años no pasan en vano. —Alen sonríe de manera engreída, mientras la sangre escurre desde un corte que ahora posee en su ceja.

—Los años no sólo me han regalado experiencia en el campo de batalla. —Priust le devuelve la sonrisa con la misma arrogancia, para luego dirigir su atención a mí—. También los años me han otorgado experiencia en la cama. —Me guiña un ojo lamiendo la sangre que se

ha arremolinado en su labio.

Puedo oír los jadeos de las mujeres a mi espalda, sin embargo, mi mirada se mantiene en Alen, es lo único que puedo vislumbrar. Ante las palabras de su padre, sus ojos se han ensombrecido y la agitación de su respiración se percibe en el movimiento de su pecho. Entierra su espada en el suelo y quita la otra de su espalda. Se acerca a paso decidido a un guerrero y le quita el hacha de sus manos. Los gruñidos de los lobos se unen a sus pasos, los que se posicionan nuevamente en el centro de la arena. Esta vez su expresión ya no exhala arrogancia, más bien rudeza. Levanta su arma dirigiéndola hacia su padre y luego la dirige hacia mí. De sus labios brota con innegable certeza:

—Tú, serás mía.

Mi razón niega en disconformidad ante su declaración posesiva. Obviamente me indigna ser disputada como un objeto, pero mis propias tinieblas son las que responden haciendo que un dolor palpitante se aloje alrededor de mis muslos. Me es inevitable escapar a su mirada y cuando nuestros ojos se encuentran, mi alrededor se desvanece. La atracción es innata y burbujea entre el espacio que nos separa. Sus ojos centellean en rojo apoderándose de su instinto animal, el cual me estremece, aceptando sin dudar que, él es el único macho en la faz de la tierra con el que me quiero aparear. Sus labios se levantan como si comprendiera lo que mi acalorada mirada le profesa. Nuestra conexión es interrumpida cuando Priust se interpone entre nosotros.

—¿Estás listo o sólo la montarás con la mirada?

El malicioso comentario de Priust hace que escape de mi boca algo parecido a un gruñido, el que es acompañado por Taviana a mi lado. Ella al igual que yo lo aborrece, pero no es necesario que piense en alguna forma de lastimarlo, Alen se encarga de ello, al arremeter otra vez hacia él.

Las cuchillas de sus armas relucen con la luz de las antorchas y al impactarse, el sonido retumba como un gran bramido en la penumbra. Alen es el primero en deshacer el agarre y levantando el hacha con sus dos manos la gira en el último instante para golpear con la culata el rostro de su padre. La expresión de Priust cambia de diversión a determinación. Su mirada se oscurece aún más, si acaso eso puede ser posible. La preocupación no me alcanza, al contrario, me estimula pensar que Alen pueda desgarrar de a poco cada pedazo de su piel.

Los dos hombres se miden con sus imponentes espaldas y sus expresiones se transforman en un claro desafío que estoy segura que mi reclamación ha pasado a segundo lugar. Ahora la lucha es más territorial, en donde al parecer, establecerán quién es el más idóneo para liderar la manada. Increíblemente, el sentimiento que despierta en mí ante la disputa es orgullo. Sobre todo al observar el

atrevimiento de Alen, que con cada nuevo golpe me inunda de necesidad, una que nunca antes reconocí y que me hace desearlo de una forma oscura y confusa.

A medida que continúa el enfrentamiento, no tan sólo los presentes aclaman a los competidores. Desde los extremos, Voltor y Liska también gruñen hacia sus amos apropiándose de lo implacable de sus movimientos. Mi cuerpo se torna rígido en el momento que el hacha de Alen es quebrada por la mitad. La fatiga es palpable en sus inhalaciones al igual que la cantidad de sangre que cubre su cara y torso, no obstante, su convicción no se ha hundido.

—¿Te rindes? —Priust pregunta jadeando. Su apariencia es igual de deteriorada que la de su hijo.

Alen suelta lo que queda de su arma para luego tronar sus nudillos. Levanta sus hombros en círculos hacia atrás componiendo lo cansado de sus músculos.

—Jamás. —Responde haciendo el amague para que se acerque con la intención de continuar la pelea con sus puños.

Un resoplido sofocado en conjunto de las mujeres inunda el lugar haciendo que quiera gruñir al notar cómo deslizan miradas lascivas hacia Alen. Aunque me gustaría comenzar a azotarlas contra el piso, no puedo negar que en este momento su actitud exhala pura y salvaje masculinidad, de la cual me embelesaré en el caso que de una vez terminen con esta disputa de egos.

Priust desecha el hacha y levanta sus puños. Mi mirada se dirige a Celsius con el propósito de comprobar que está dispuesto a terminar con esto, sin embargo, él al igual que la audiencia se mantiene expectante y regocijándose del enfrentamiento, el que además de hacer que se muelan a golpes, no ha puesto en riesgo vital a ninguno de los contrincantes.

Priust es el primero en colocar un certero golpe en el ojo de su oponente, el corte que ya poseía ahora se extiende hasta su mejilla. Alen al desestabilizarse por el impacto y por la gran cantidad de sangre que emerge de su ojo, no logra ver la daga que Priust saca de la parte de atrás de su cinturón. Arremete con todo derribándolo y luego se sube sobre él.

—Al parecer seré yo quien monte a tu hembra. —Priust ríe en una fuerte y dura carcajada que retuerce la base de mi estómago al percibir la hoja de acero que reluce en el cuello de Alen. El silencio gobierna el reino y la oscuridad me jala poniéndome de pie con la intención de defender a mi compañero.

—¿Con qué exactamente llevarás a cabo esa tarea? —Alen responde sosteniendo en el mismo instante un cuchillo que extrae de su bota y ejerce presión contra la hombría de su padre.

—¡Fue suficiente! —Mi voz aparece antes de pensarlo. Mi molestia

en conjunto con mi necesidad ya vio suficiente. Además, no estoy dispuesta a correr el riesgo de que Priust sea el vencedor, bajo ninguna circunstancia me entregaría a él.

—¡No te metas! —Alen gruñe hacia mi dirección—. Tú no tienes voz en esto.

Su regaño junto al tono displicente convierte el deseo de inmediato en furia. Me acerco a ellos frustrada y encolerizada. He tenido que soportar desde que nací la imposición de un hombre en mi vida. Hace semanas que huyo y me someto a diferentes tipos de ultrajes para nuevamente tener que tolerar acostarme con quién ellos me indiquen. No puede ser que siendo la próxima Reina de Badru tenga que seguir soportando tal vejación. Sobre todo, que ahora soy la princesa del poderoso Valle Oscuro. Si piensan que pueden seguir dirigiendo mi vida se equivocan. Sus costumbres y ceremonias son una total idiotez, las cuales no pienso acatar, menos mientras ellos luchan por quién es el más varonil, macho recio que puede reclamar a una mujer sin su consentimiento. No sé si es mi naturaleza que se me legó en mi nacimiento o si es el encantamiento el que empuja, pero ellos sabrán que no soy un objeto para su entretención.

—Tú, no me hables de esa forma. —Alzo mi voz con firmeza, cansada no sólo de esta guerra, sino también de luchar con el desconocido y férreo poder que se enrosca y cruje en mi piel, el cual, esta vez lo tomaré en mi beneficio, pero sin olvidar que debo mantener mi papel, pues adquiero el sarcasmo en esta oportunidad para poder mezclarme con ellos. —Si continúan golpeándose, ninguno de los dos podrá mostrar en mi cama la hombría de la que tanto se jactan. Como princesa y próxima reina, no estoy dispuesta a intimar con alguien que no esté a mi altura.

Los tambores dejan de sonar y los murmullos desaparecen. Las miradas se dirigen hacia mí, pero no retrocedo, al contrario, levanto mi rostro de manera desafiante. Alen y Priust se levantan y por sus expresiones puedo vislumbrar que mis palabras no les causaron gracia. No sé cuánto tiempo transcurre sin que nadie se mueva. Finalmente, el silencio es roto por la carcajada de Celsius.

—Creo que nuestra princesa tiene razón. —Celsius se levanta y se acerca—. No puedo permitir que mis más importantes guerreros no se encuentren en las condiciones adecuadas que se requieren para liderar al ejército que en unos días más partirá para terminar de conquistar Badru.

Alen y Priust tratan de rebatir las palabras de su rey, pero este levanta su mano para acallarlos.

—Es mi decisión terminar este enfrentamiento y declarar un empate.

—Pero esas no son las reglas. —Candra objeta y el tono de sus

palabras es parecido a un berrinche infantil.

—Por esta vez dejaremos de lado nuestras reglas. Nuestra causa es más importante. —Responde en un tono seco y de amonestación hacia la esposa de Priust.

El silencio prosigue junto a la expectación. Nadie es capaz de moverse porque al parecer, todo lo que ha ocurrido en estos últimos momentos es inusual para ellos. Por mi parte debería sentirme agradecida de que Celsius haya apoyado mi postura, pero no puedo olvidar que únicamente lo hace para su beneficio.

—Al no existir un legítimo vencedor como lo demanda la ceremonia. Nuestra princesa elegirá con quién desea pasar la noche, obviamente si es que considera que alguno de nuestros guerreros es digno de compartir su lecho. —Esta vez la mirada de Celsius es inquisitiva como si tratara de leer mis pensamientos—. O quizás, al ser un empate, quieras compartir la ferocidad de nuestros dos líderes.

El reino ríe en conjunto, soltando la tensión que se había mantenido. Celsius también sonríe, pero su mirada continúa especulativa. No me dejo amedrentar ante su escrutinio y prosigo con mi postura.

—Me parece que ninguno de los contrincantes ha estado al nivel de virilidad que requiero, sin embargo, la concepción de mi hijo es la prioridad para obtener nuestra victoria. —Mantengo mi voz inescrutable y fría captando la atención de Alen. Su mirada se ha vuelto siniestra y totalmente encolerizada o es lo que puedo apreciar debajo de toda la sangre y la gran hinchazón de gran parte de su cara. El calor sigue reptando por mi cuerpo con la necesidad y el hambre de fundirme en él, pero también se conserva intacta la sed de venganza y no sólo hacia el Valle Oscuro, sino también hacia sus incontables humillaciones—. Mi elección es en base al beneficio de nuestro pueblo. Y teniendo en consideración que la práctica en la intimidad será a favor de nuestra causa, escojo a Alen.

Celsius da un gesto de aprobación ante mi esperada y adecuada respuesta y el pueblo vitorea en aceptación. Me quedo en mi lugar esperando a que Alen se acerque para consolidar la ceremonia con el corte de nuestras manos, pero no se mueve de su lugar. Priust es el que se coloca en movimiento hacia el interior del castillo seguramente a curar sus heridas, pero al pasar por mi lado murmura:

—Ya tendremos nuestra oportunidad. —Ni siquiera atiendo a su nueva insinuación, mi interés se desliza a la silueta que ha llegado a su lado y de la cual me había olvidado. La mirada de Calesia es tan penetrante que estoy segura que si tuviera el don de herirme con su expresión ya estaría muerta. No me doblego ante su intimidación, al contrario, disfruto otra vez de su calvario.

—¿No le entregarás tu daga? —Celsius dirige su pregunta a Alen.

—Considerando que no seguiremos las reglas, no es necesario que declare mi fidelidad, ni mi compromiso. —Su respuesta llega como el filo de una guillotina y su mirada de rechazo termina de cortar la sangre que recorre mis venas. —Nuestra unión se realizará en luna llena. Y como mencionó la princesa, nuestro único propósito es engendrar al próximo sucesor. En mi caso, no necesito la práctica. Si me disculpan, buscaré a alguien que pueda atender mis heridas.

Lo veo realizar una reverencia a su rey y una vez que pasa por mi lado susurra:

—También buscaré a alguien que pueda recomponer mi hombría.

Me quedo inmóvil mientras se aleja, controlando el impulso de seguirlo y patearlo. Celsius toma de mi brazo para guiarme, pero no puedo escuchar sus palabras, la oscuridad ruge en mi interior haciendo que la salvación de mi pueblo se relegue. Mi único propósito ahora es buscar a Alen para castigarlo.

Capítulo 21

La mayoría de los habitantes desaparecen en el interior de la fortaleza, mientras que el resto se queda bebiendo junto a las fogatas. Diviso a Candra que coquetea de manera descarada con un guerrero y los lobos se desplazan hacia las laderas del reino en dirección al bosque. El rey me dirige a los sitiales ofreciéndome una copa. No titubeo en beber el vino buscando ahogar la rabia que palpita en mis sienes.

—Mi querida. —La voz de Celsius suena baja y casi amable—. Deja ese recelo hacia tu prometido. Es un joven impetuoso, y los celos son una demostración de que él desea que seas su compañera. Lamentablemente tu desafío no ayudó para su orgullo. Es innegable que es la viva imagen de su padre.

—¿A qué te refieres? —Respiro para tranquilizarme y poder continuar con la conversación y así no comenzar a tirar de mis pelos y aullar hacia la luna.

—Priust también fue un hombre territorial, al menos lo fue con la madre de Alen. Iris. Después del rechazo que sufrió por parte de la esposa del fallecido Rey Yokar, Iris fue su consuelo. Con el tiempo su relación se transformó volviéndolos inseparables. Desde que puso los ojos en ella, no dejó que ningún otro hombre se acercara. Después que Iris lo traicionara, fingiendo su vinculación y haciendo desaparecer a su hijo, nunca volvió a confiar en otra mujer, únicamente en la hechicera.

—Calesia me dijo que ellos se habían enamorado antes del enlace. —Menciono de forma despreocupada.

—La hechicera siempre ha sido el medio para un fin. Te aseguro que mi hermano, ni antes ni ahora ha sentido algo por ella. —Celsius rellena mi copa queriendo entablar una conversación, esta vez la acepto en beneficio de buscar el control y por supuesto información—. Para Priust nuestro pueblo siempre ha sido lo más importante, de la misma forma que lo fue Iris en su momento. Y por lo que percibo en Alen, estoy seguro que el engaño lo vengaría de la misma manera en cómo acabó su madre. —Las últimas palabras las menciona de forma casual, pero puedo percibir la amenaza en ellas.

—Por supuesto, la muerte es el castigo que se merece cualquier persona que traicione a nuestro pueblo. —Levanto mi copa a modo de brindis y bebo con la intención de apagar la ofuscación, sin embargo, el vino aviva la ira ante las constantes advertencias y amenazas. Sin

querer continuar bajo el escrutinio del Rey del Valle Oscuro, me levanto para ir en busca de Alen, es lo único que necesito hacer. —Si me disculpas, me gustaría retirarme.

—No te vayas aún. —Toma de mi brazo para que vuelva a mi asiento—. Alen no estará disponible aún, Calesia debe estar componiendo la mayoría de sus heridas.

—¿Calesia? —Ante el nombre de la maldita hechicera mis alertas se despiertan.

—Sé que la curación no es uno de sus destacados dones, pero al menos, restaurará la mayor parte de sus lesiones. —Explica para luego sonreír de manera insinuante—. Lo menciono porque aún puedo percibir que tu instinto de apareamiento se encuentra despierto y aunque lo quieras negar, ya has elegido a tu pareja.

—Al parecer, en nuestro pueblo eso es algo que no tiene importancia. —Me paralizo ante mi inesperada y sincera respuesta.

—Eres nueva bajo el encantamiento y es posible que aún no tengas control sobre tus emociones. Mi consejo es que no luches contra el vínculo, al contrario, déjalo que explore tus más oscuros deseos. Ya te debes haber dado cuenta que no existe el arrepentimiento. —Me contempla en silencio, al parecer analizando mi reacción—. No debes fingir conmigo, recuerda que yo también abracé la oscuridad. Al principio el descontrol también se filtró en mí, sin embargo, con los días me apoderé de mis instintos y finalmente fui libre.

Evito que mi expresión cambie ante lo expresado por Celsius. Sin duda, mi descontrol es algo que todos pudieron presenciar y aunque pensé que mi representación fue creíble, sus palabras me confirman que no fue así, es más, al parecer los actos de exaltación que llevé a cabo eran esperados, por eso quizás han sido tan indulgentes conmigo.

—Tú eres la más bella creación que el encantamiento nos ha entregado. —Sus palabras ahora van cargadas de admiración—. La sangre que corre por tus venas, al igual que en las mías es la del origen. Tú aún no te das cuenta, pero eres el más exquisito y venerado espécimen que ha formado el vínculo. Te has convertido en la hembra alfa de nuestra manada y a medida que aceptes tu naturaleza, te transformarás en la más fuerte de las mujeres, así como también en la más codiciada.

Su revelación cobra sentido al recordar las palabras de Sondra, ella tenía razón, sin quererlo me he convertido en La Alfa. Por eso las significativas miradas de todos los hombres del reino. No sé si esto pueda ser una ventaja o una maldición. No estoy segura de cómo funcionan los lobos y cuál sería mi rol entre ellos. Quizás por eso la oscuridad me clama con tanta fuerza a aceptar la condición que me obligan a llevar.

—Por eso mi hermano se siente atraído por ti y también por eso

Alen se ha mostrado tan dominante ante tu presencia. Para ellos no sólo se trata de quién te acompañará en la cama, para ellos se ha transformado en un enfrentamiento personal, el cual definirá al nuevo líder de nuestro ejército. No me sorprende que Alen haya adquirido el desafío, es más, al ser hijo de Priust creo que por herencia le corresponde continuar su legado.

La explicación de Celsius confirma lo que había pensado, sin embargo, sus palabras no me entregan tranquilidad.

—Sin duda todo lo que te he comentado es difícil de procesar. Necesitarás unos días para que todas las piezas encajen, pero créeme que una vez que lo hagas, serás una de nuestras más importantes líderes y juntos, llevaremos a nuestro pueblo al triunfo. —Levanta su copa a modo de brindis sorbiendo por completo su contenido. —Así que ahora levántate y déjate seducir por el inmenso poder que llevas en tu interior. Personalmente no me importa que cortes la garganta de algunas doncellas, es más, me complacería ver cómo te haces respetar y marcas con sangre tu jerarquía.

Bebo el resto de mi copa para no matarlo de una vez. Sus ideales son tan retorcidos que me hacen querer vomitar. Sin mencionar el hecho de que me está induciendo a asesinar, quizás esa sea la forma para que la vinculación al fin se complete. No caeré en su juego, al menos es lo que he tratado de hacer desde que desperté sumida en las sombras, no obstante, a cada segundo soy más consciente del peligro. Mis impulsos son más difíciles de manejar y si permanezco más tiempo en este lugar dejándome dominar por mis deseos más oscuros; como mencionó, corro el riesgo de perder por completo el poco juicio que me queda, cediendo finalmente a ellos.

Sigo la mirada del rey, quien le indica a dos guerreros que me acompañen. Mantengo mi expresión impasible al reconocer a mis escoltas. Liana y Lael en el cuerpo de los habitantes del reino son los que me guían a través del frontis del castillo.

Camino junto a Taviana sin poner interés en los Antiguos Ancianos, ya que mi desplazamiento llama la atención de la mayoría de las personas que rondan el lugar. Una vez que llegamos a la segunda planta y tomamos un corredor vacío, una mano me jala con fuerza introduciéndome en una de las alcobas. Me dejo arrastrar porque necesito con urgencia hablar con ellos. Taviana gruñe hacia los guerreros ante el inesperado asalto, pero de inmediato le advierto que no ataque.

Una antorcha se enciende de manera imprevista en el interior de la habitación y al cerrar la puerta un haz de luz me enceguece por unos segundos. Al retornar mi visión, encuentro a los hechiceros en su real apariencia. Sin siquiera pensarlo, me lanzo a los brazos de Liana, tal vez buscando la contención para el torrente de emociones que está por

estallar. Encuentro recelo al principio en su contacto, pero ante mi fuerte sujeción me devuelve el abrazo.

Al deshacer el contacto me percato de que mantiene una daga en su mano.

—¿Acaso me vas a matar? —Pregunto no temerosa más bien desconcertada.

—La oscuridad está en ti. —Dice en un tono áspero que nunca antes había escuchado en ella.

—Lo sé. —Exhalo con decepción—. Creí que sería más firme, pero el encantamiento es más fuerte de lo que pensé.

—Huiste de nosotros. —Lael menciona en un tono reprobatorio y al ver mi cara de confusión agrega—. Estuvimos en tu enlace. Nos unimos con mis hermanos para buscarte y guiarte, pero te alejaste de nosotros y de la luz.

La comprensión me llega al recordar el encantamiento y la visualización de los animales del reino que me llamaban.

—Lo lamento, no sabía que sucedía, lo único que vislumbraba era la calidez del animal. —Digo al momento que observo a Taviana.

—¿De verdad lo lamentas o es lo que debes decir? —Liana pregunta sin soltar el arma en su mano.

—Es lo que debo decir. —Reconozco sincerándome—. Ya no siento la culpa, muchas de mis emociones han desaparecido y aún no tengo claridad de cuales permanecen.

—¿Qué harás ahora? —Lael pregunta con frialdad también sosteniendo una daga.

—Claramente matarlos no. —Digo indicando las cuchillas que cargan—. No he perdido mi objetivo, al menos es lo que aún se mantiene, pero no sé por cuánto tiempo.

—Entonces ¿Vendrás con nosotros? —Liana me observa aún con precaución.

—Lo haré, pero no esta noche, necesito ir por Alen y despertarlo.

—No creo que eso sea posible, debemos alejarte de él y de este lugar. Mientras más tiempo permanezcas bajo este reino, la oscuridad seguirá avanzando.

—¿Crees que no lo sé? —Mi voz se alza con molestia, la cual no va dirigida a ellos sino a mí, por ser débil y vulnerable y por no poder controlar lo que me sucede.

—Eleonor, debiste escucharnos y haber huido cuando Asila te lo propuso la primera vez. —Liana mantiene su postura severa y lejos de la empatía—. Ahora la hemos perdido a ella y también estamos por perderte a ti.

—¿Realmente crees que el encantamiento me poseerá por completo? —Pregunto ignorando la insinuación en relación a que es culpa mía que Asila esté apresada.

—No lo sé, el enlace es terrero desconocido para nosotros y cualquier información que podríamos obtener, fue robada por Calesia.

—Según Boreas ella guarda todos sus secretos en el torreón norte en el que habita.

—Lamentablemente no nos podemos acercar a ese lugar ni a Calesia. Ya estamos corriendo demasiado peligro al haberte buscado, estamos seguros que ella nos puede percibir.

—Entonces iré yo.

—No puedes hacer eso. —Interviene Lael—. No puedes seguir exponiéndote a que te descubran. La muerte es la sentencia para los que fingen la vinculación.

—En mi caso, eso no lo podrán hacer. Me necesitan o más bien necesitan que procree al sucesor.

—Sabes que no podemos dejar que eso suceda. —Lael se acerca de forma intimidante y Taviana ante la amenaza se ubica delante de mí.

—Sé que no confían en mí, pero bajo ninguna circunstancia les daría un hijo, prefiero morir que ver la destrucción de Badru.

—Si quieres que confiemos en ti, vendrás con nosotros y nos marcharemos ahora. —Lael continúa con su tono de advertencia, el cual antes quizás habría considerado.

—No me moveré de aquí hasta haber visto a Alen y no me marcharé sin llevar conmigo a Boreas y a Asila. —Camino con seguridad hacia la puerta, con la convicción de que al fin podré tomar el mando de mis decisiones—. Si ustedes se quieren marchar porque piensan que vuestras vidas están en peligro, háganlo. Por mi parte no bajaré los brazos. Y no volveré a dejar a una de las personas que me importan atrás. Ahora si me disculpan necesito encontrar a mi prometido.

—No te irás. —Lael en un movimiento casi imperceptible se mueve ubicándose frente a la puerta.

—¿Me vas a obligar o me vas a matar?

—Eleonor por favor, ya hemos sufrido demasiado. —Liana exclama en un tono casi agónico—. No podemos perderte también. Eres la esperanza para todo un pueblo.

—Eso lo sé y la única forma de que ganemos esta guerra, es rompiendo el maldito encantamiento y para eso necesito a Alen.

—¿Qué pasa si no lo puedes regresar?

—Necesito esta noche, si no puedo hacer que regrese, entonces lo dejaré y me iré con ustedes. —Digo de manera firme y convincente, pensando que es lo que necesitan escuchar y es lo que necesito yo, ganar tiempo. Entiendo la desconfianza de los hechiceros y la importancia de apartarme de este lugar. Lo que no puedo aceptar es alejarme sin buscar a Alen. El ansia y la venganza han subido al primer lugar de mi escala de prioridades y existe sólo una persona que

puede saciar mi apetito de revancha y de lujuria. Me debería impresionar dejar la salvación de mi pueblo y la propia relegada, pero el llamado es tan voraz que requiero con urgencia encontrar sosiego, sino, estoy segura que me calcinaré. —Nos debemos marchar, pronto notarán mi ausencia.

Liana le da un asentimiento no tan convencido a su hermano y los dos retornan a su apariencia de guerreros. Antes de salir Lael se asoma al pasillo y una vez que comprueba que está desierto salimos de la alcoba. Me guían a la habitación que me fue asignada, pero no es el lugar a donde quiero ir.

—Necesito que me lleven a la habitación de Alen. —Solicito sin titubear.

Los hechiceros se observan y luego sin objeción me dirigen por el corredor. Al acercarnos a la puerta del final pasillo, inesperadamente Liana me detiene.

—Calesia está con Alen. —Le comenta a su hermano con preocupación—. Espera aquí, buscaré a otros guardias para que te escolten.

Antes de que pueda responder, Liana desaparece del lugar.

—Mañana nos marcharemos, así tenga que arrastrarte. —Lael señala y su tono sigue cargado de recelo y advertencia. Taviana responde con un gruñido al percibirlo.

—Entonces, localiza a Boreas y a Asila, ellos vendrán con nosotros. —Respondo con la misma acidez.

—No sé si eso será posible, no somos capaces de ocultar a tantas personas utilizando nuestros dones sin ser notados.

—Tendrás que resolverlo. —Menciono sin ningún tipo de vacilación en mi expresión ni en mi tono. —No me dejaré arrastrar sin ellos.

La réplica por parte del hechicero no alcanza a llegar al escuchar pasos que se acercan. Sé que estoy siendo dura con los Antiguos Ancianos, pero no me están dejando muchas opciones. Así como también, sé que ellos son los únicos que me pueden ayudar, sin embargo, en parte ellos son responsables de lo que está sucediendo. La avalancha de emociones continúa con un objetivo, el de hacer pagar a cualquiera que haya obrado injustamente.

La figura de Liana en el cuerpo del guerrero aparece en el corredor acompañada por dos nuevos hombres.

—Como les dije. —Menciona hacia los guardias—. La princesa necesita escolta y nosotros terminamos nuestro turno. —De inmediato se retira ella y Lael.

—¿De qué tipo de escolta estamos hablando? —Pregunta de manera sugerente uno de los nuevos hombres que llegó.

—Hablo del tipo de escolta de que, si me vuelves hablar de esa

forma, se lo comunicaré a Alen o mejor a Priust. —Respondo con crudeza.

—Lo siento princesa, no pensé en lo que dije. —El hombre se disculpa haciendo una reverencia, pero sin perder la intensidad de su mirada, confirmándome una vez más mi nueva naturaleza.

No le respondo, me dirijo a la puerta y golpeo. No debo esperar mucho, casi al instante una mujer la abre y mi irritación crece de forma automática. Entro quitándola de mi camino con las alarmas vertidas en el último comentario de Alen “Buscaré a alguien que componga mi hombría”.

Capítulo 22

Antes de arrasar con todo a mi paso me percato de que en el interior hay más mujeres y que esta vez se mantienen vestidas. Todas trabajan disponiendo comida y preparando un baño. Recorro con la mirada buscando a Alen y lo encuentro sobre su cama, cubierto sólo con las prendas que ocultan su sexualidad. Sus ojos se encuentran cerrados y la respiración es rítmica como si estuviera en un apacible sueño. A su lado se encuentra Calesia con las manos sobre su abdomen. De sus dedos danzan pequeños hilos de nubosidad que recorren su cuerpo. Como dijo Celsius, lo está sanando y quizás descansará un tiempo antes de despertar o al menos es lo que ocurrió conmigo cuando también fui curada por esta maldita mujer. Al que no observo es a Liska, probablemente debe haber ido a cazar con la manada que se dirigió al bosque y agradezco este hecho, sobre todo por la tranquilidad de Taviana. Al menos una de las dos podrá permanecer en quietud.

La hechicera al sentir mi presencia se incorpora poniendo fin a su trabajo. Me mira de soslayo ya que su atención se encuentra examinando a los guerreros que me acompañan.

—¿Algún problema? —pregunto con sarcasmo al darme cuenta que al parecer los hechiceros tenían razón. Calesia puede sentir la presencia de ellos.

—Sí. Tú. —Se acerca con paso seguro y sin vacilar—. No eres tan indispensable como piensas o como Celsius cree. Hemos llegado lejos sin tu ayuda y créeme que lo seguiremos haciendo. Así que mantén las manos fuera de Priust, en caso contrario, te mataré.

—Entonces deberías controlar mejor a tu macho y a tus amenazas, porque esta vez quizás te mate yo primero. —No necesito esfuerzo para volcar la ira que de inmediato me recorre hacia ella. Antes de que pueda parpadear, Taviana se une a mi encolerizado jadeo. Las doncellas dirigen la atención a nosotras, no alarmadas, más bien, expectantes ante nuestra discusión.

—A mí no me engañas. Percibo la oscuridad en ti, pero algo me dice que no estás de nuestro lado. —Sus ojos se tornan rojos y puedo ver la aniquilación que los recorre. Se acerca para agarrar mi mano y doy un rápido paso atrás—. No sé qué intentas hacer, pero cualquier idea que tengas en tu tonta cabecita, ten por seguro que la descubriré, siempre lo he hecho. —Termina regalándome una maquiavélica sonrisa.

—¿Por quién te harás pasar ahora? —pregunto con la misma amenaza y el mismo desprecio que ella me brinda —. ¿Quizás Priust? Me gustaría que vieras lo que estoy dispuesta a hacer con él. —Las últimas palabras las menciono con todo el veneno que puedo utilizar, quiero lastimarla, y al contemplar cómo su rostro se desencaja es una confirmación de que cumplí mi objetivo.

Lo siguiente que ocurre era lo que esperaba o mi nueva naturaleza imploraba. Levanta su mano de forma veloz para golpearme y es mi momento para herirla tanto como pueda. El golpe no llega porque la ampliación de mis sentidos responde de manera certera agarrando su muñeca antes de que llegue a mi rostro. Taviana emite un feroz bramido al tiempo que salta hacia ella. Su hocico se abre mostrando lo largo de sus colmillos y antes de que pueda morderla, Calesia desaparece. Maldigo al recordar que sus dones son más poderosos que los de un mortal.

—Para matarme, primero debes atraparme. —Su figura emerge al lado de la puerta sonriendo de forma engreída, sin embargo, sus ojos siguen mostrando ira.

—Una vez que tome el trono, tu cabeza será la primera que pida en bandeja. —Ahora soy yo la que sonríe con desdén, incitándola a que lo intente otra vez.

—Priust me necesita y el reino también. Soy la única que puede realizar el enlace, por lo tanto, no te equivoques en lo que vas a solicitar. —Su intento de confianza se desvanece ante la manera de cómo aprieta sus manos en puños.

—Una vez que conciba a mi hijo ganaremos la guerra. Y si acepto a Priust como mi compañero tal vez él cambie de opinión. El rey me comentó que tú eras sólo una herramienta, así que no te equivoques, al contrario de mí, eres desechable y a nadie le importas.

El cabello de Calesia se levanta como si una ventolera lo golpeara. Sus ojos se transforman en dos cuencas bañadas de blanco y avanza con decisión hacia a mí. Logro mi propósito, pero con lo irascible de mis emociones no preví hacerme de alguna arma para encararla. Taviana al sentir la amenaza es la primera en reaccionar. Su pelaje se eleva y su bramido se extiende por toda la habitación, esta vez no salta hacia ella, la espera, sin duda aprendió de su malogrado embiste anterior.

Mis instintos también se agudizan y en un rápido movimiento agarro el candelabro que localizo sobre el mostrador. La silueta de Calesia antes de llegar a mi encuentro desaparece, pero al igual que mi loba, ambas podemos palpar su esencia que danza invisible por el lugar.

Me concentro en mis sentidos, los cuales no son suficientes para vencerla. Su figura emerge sin aviso a mi lado y antes de reaccionar el

dorso de su mano golpea en mi quijada haciéndola crujir. El dolor estalla en todo mi rostro siendo imposible rebatir su arremetida. La fuerza del impacto me levanta del suelo lanzándome contra la pared. Mi hombro y cadera chocan con violencia contra el muro. Los rugidos de Taviana se mezclan con los murmullos de las doncellas que se mueven hacia la puerta.

Me mantengo agachada, no porque me haya vencido, sino porque a través de mi apariencia desvalida puedo hacer que baje la guardia. De reojo la busco, al igual que Taviana brama hacia todos lados. Una pequeña brisa helada se cierne a mi lado y ni siquiera lo pienso. Levanto el candelabro que aún mantengo en mi mano y con fuerza lo dirijo en aquella dirección. Al principio solo palpo vacío, pero en el último instante el hierro encuentra solidez. El cuerpo de Calesia absorbe el impacto y la sorpresa hace que se materialice. Ni yo ni Taviana dudamos, la loba ya se encuentra encima de ella rasguñando su pecho y enterrando los colmillos en uno de sus hombros. Su ataque no perdura lo suficiente, un gruñido de dolor sale de su hocico cuando la hechicera entierra los dedos en sus costillas. Su lamento no sólo lo escucho, también lo percibo en mi propia carne. Me incorporo de prisa para ayudarla, pero no alcanzo a llegar. Su cuerpo es lanzado a un costado derribando la mesa dispuesta con comida. Ignoro el ataque a Taviana porque puedo percibir que no está herida. Me aferro a la gratificación de observar el hombro de la hechicera sangrando y arremeto contra ella. Esta vez mantiene su forma, quizás por el dolor de la piel desgarrada o por la ira que la consume. Agarro con ambas manos el candelabro y lo entierro en su abdomen. El golpe la hace exhalar todo el aire de sus pulmones, sin embargo, ella tampoco se detiene. Extiende su brazo alcanzando mi garganta y con un atrape férreo comienza a estrangularme. Lucho por soltar su sujeción, pero la presión no cede, al contrario, ubica su otra mano en mi cuello. Mis cuerdas vocales se asfixian ante su fuerza y mi respiración lentamente comienza a desaparecer. A pesar de que las lágrimas cubren mi visión puedo seguir viendo su expresión envuelta en furia. Lucho contra su agarre arañado sus brazos, mientras el rugido de Taviana me obliga a no desfallecer.

—¡Suéltala! —El brillo de un acero aparece cerniéndose sobre el cuello de la hechicera, pero no soy capaz de reconocer la procedencia de la voz. Lo único que soy capaz de visualizar es el aire que necesito con desesperación.

—¡Dije que la soltaras! —La orden vuelve a aparecer junto con un pequeño forcejeo y luego un bramido animal.

La sujeción cede y caigo sobre mis rodillas. Inhalo de forma inmediata y apresurada, pero la gran cantidad de aire que ingresa quema lo lastimado de mi garganta haciéndome toser. Por el rabillo

del ojo contemplo a Taviana que entierra los colmillos en uno de los muslos de la hechicera, pero una nueva bestia aparece quitándola de encima de su presa. Los rugidos crecen junto al ruido de objetos cayendo por todo el lugar.

—¡Liska suficiente! —Esta vez la voz toma forma y me obligo a reaccionar al percibir la ofuscación de mi loba.

Varias manos me ayudan a levantarme. Las doncellas me llevan hasta una silla, en la cual caigo. Mi respiración aún no se ha regularizado y continúo carraspeando por el malestar en mi garganta. Limpio las lágrimas que continúan obstruyendo mi visión y a la primera que busco es a Taviana.

Liska, que al parecer regresó en medio de la pelea, la amenaza en un rincón cortándole el paso hacia su verdadero objetivo. La maldita hechicera. Ella es la que menos me preocupa. De no utilizar un arma fabricada con madera de su árbol sagrado, es imposible matarla. Aunque sí espero que las heridas provocadas sean sumamente dolorosas y la torturen al menos hasta que pueda sanarse.

—No me interesa quien seas. —Alen habla en un tono crudo—. Si vuelves a lastimarla te azotaré hasta que tu carne se rasgue.

Sigo el sonido de su voz y lo encuentro en frente de Calesia. Continúa desnudo cubriendo sólo su sexualidad. Al parecer, en medio de nuestra pelea despertó y esta vez debo agradecer que haya sido en el momento oportuno. No me agrada reconocer que la disputa la había perdido, sin embargo, poder al fin liberar a la bestia que ronda en mí, hace que me sienta viva y con ansias de más.

—Ella no es tan inocente como crees. —Los guerreros se acercan para ayudarla. Por supuesto Calesia los rechaza, poniéndose de pie de una manera inestable. Su vestido se encuentra desgarrado en varios sectores de los cuales también emana sangre. No puedo evitar sonreír hacia Taviana y mentalmente le transmito mi gratificación, pidiéndole que también baje su guardia. Al principio me ignora porque su molestia al igual que la mía no ha disminuido, pero le transmito que todavía no es nuestro momento.

—No me provoques. —Alen da un paso decidido hacia la hechicera —. No sabes de lo que soy capaz. —El tono que utiliza es tan frío e inquietante que es como si escuchara a una persona diferente.

La hechicera mantiene su mirada sin pestañar, mostrando desafío, sin embargo, ella sabe que su posición no es más importante que la del heredero al Valle Oscuro o al menos estoy segura que Priust o Celsius se lo han hecho saber, ya que a regañadientes realiza una rígida reverencia y luego camina con dificultad hacia la salida no sin antes brindarme una espeluznante mirada.

—¿A dónde crees que vas? —Alen se gira dejándome ver su rostro. La mayoría de sus lesiones han sanado, quedando visible solo un corte

profundo en una de sus cejas—. Debes curarla antes de marcharte.

Calesia se detiene, pero no voltea, el mandato la toma tan desprevenida como a mí. En mi caso, el dolor en mi garganta es agudo, pero no lo suficiente como para dejar que ponga sus manos nuevamente sobre mí. Sin mencionar el hecho de que si me toca otra vez pueda leer mis verdaderas intenciones y descubrir que sus sospechas son ciertas, que el vínculo no se ha forjado por completo.

La hechicera se gira lentamente tal vez por el malestar o quizás porque piensa igual que yo y pretende que permanezca adolorida. Lamentablemente no se puede negar a lo requerido. Al enfrentar mi mirada su expresión denota el odio que la recorre. Las doncellas y los guerreros se mantienen en el interior, expectantes, pero también confundidos por nuestra encolerizada pelea, no obstante, nadie se mueve de su lugar ni emiten palabra.

Calesia se obliga a dar un paso en mi dirección atragantándose con su orgullo. Me levanto decidida a terminar con esto.

—No es necesario. —Mi voz emerge difusa por lo lastimada de mi garganta y de inmediato carraspeo para que se aclare—. Prefiero llevar mis heridas antes de que ella me vuelva a tocar.

—Déjate de estupideces. —Alen me reprende—. No puedes ir por ahí con esas lesiones en tu cuello, no es la imagen de fortaleza que nuestro pueblo necesita.

—¿Disculpa? —Fuerzo a mi voz a alzarse ante sus palabras—. Tú eres el menos indicado para decirme lo que debo hacer, no eres mi dueño y no te has unido a mí, además en tu cara llevas los rastros de una pelea que al parecer muestras con orgullo.

La mirada de Alen que ya se encontraba molesta ahora se transforma en hielo.

—¡Todos fuera! —Grita no dejando espacio para dudar de su mandato.

No me muevo y tampoco parpadeo, resistiendo el embiste de su implacable mirada. De cierta manera logré mi objetivo, que la hechicera no me tocara, sin embargo, ahora me enfrento al enfurecimiento del heredero que otra vez alimenté.

Escucho cuando la puerta se cierra, dejándonos sólo acompañados por nuestros animales. Taviana se repliega a una esquina y desde la otra Liska no le quita los ojos de encima.

—¿Qué crees que haces? —El descontento de Alen no desaparece, al contrario crece al estar solos.

—¿A qué exactamente te refieres? —Respondo de manera inocente, no porque le tema, sino porque aún sigo sorbiendo el deleite que me entregó lastimar a la hechicera.

—Me refiero a tu pelea con Calesia y a cómo me hablaste enfrente de todos y no únicamente aquí sino delante de todo el reino.

—Ella me atacó, al parecer no le gustó que Priust quisiera mi compañía. —Menciono en un tono casi aburrido, dirigiéndome a la mesa que aún continúa en pie. Me sirvo con tranquilidad un vaso de agua para apaciguar el malestar de mi garganta y también las ganas de tomar el candelabro y ahora golpearlo a él. Mi furia no ha desaparecido, sigue vibrando y escarbando bajo mis huesos.

—Y a ti ¿te gustó? —Siento el calor de su presencia en mi espalda envuelta en irritación.

—Eso no es de tu incumbencia, al menos no después de que no quisieras sellar el pacto de mi reclamación. —Me giro para encontrar su rostro consciente de que debería dejar de instigarlo, sin embargo, no puedo dejar de hacerlo mis instintos siguen rogando por castigo.

—¿Eso querías, que te reclamara? —El tono de su voz baja a una forma casi íntima, acercando su mano a mi cuello y acariciando las marcas que dejaron mi encuentro con la hechicera. De un golpe la retiro al sentir que el roce de sus dedos quema en mi piel.

—Yo no rogaré por tu compañía, al contrario, tú deberías mostrar tus facultades ante mí. Tú debes convencerme de que eres merecedor de emparejarte conmigo, bueno, y hasta el momento no me siento persuadida por tu sobre valorado encanto. —Respondo tratando de herir su tan magnificado ego. La necesidad de hacerlo pagar sigue pujando por aparecer.

Alen cruza los brazos sobre su torso afirmándose de la mesa. Sus labios se curvan en una media sonrisa y sus ojos recorren mi cuerpo deteniéndose en las partes expuestas. Mantengo mi postura altiva tratando de contener lo que me ocasiona su descarada indagación.

—¿Entonces estás en mi habitación porque viniste a darle su merecido a Calesia o a mí? —Una de sus cejas se levanta de manera sugerente.

—A los dos. —La respuesta brota inesperada al momento que las sombras se levantan advirtiéndome de la inminente pérdida de mi control.

—A Calesia ya la enfrentaste, ¿eso quiere decir que es mi turno? —Debajo de la sangre que aún tiñe su piel por el enfrentamiento con Priust su sonrisa se torna depredadora y su cuerpo se mueve sutilmente absorbiendo toda mi atención.

—Es tu turno. —Declaro ante la respuesta innata de mi cuerpo, el cual se deja seducir por las tinieblas que danzan en deseo.

—Estoy ansioso por ver de lo que eres capaz. —Se acerca sigiloso y las líneas de su cuerpo se reflejan ante la luz que proyecta el fuego del centro de la alcoba. Quiero resistirme a entregarme tan fácilmente, pero como ha ocurrido desde la ceremonia de reclamación, no tengo dominio de mi sensatez, menos ante él y aunque quiero alejarme, una mano invisible me jala para esperarlo. —Ya no debes reprimirte.

Siempre Calesia me podrá componer si despedazas mi piel.

Su tono insinuante hace que mis pensamientos se ensombrezcan y las voces ocultas en mi inconsciente se hagan audibles, incitándome a que me entregue al vacío azul de su mirada.

En un movimiento inesperado, me toma con fuerza de mis caderas arrastrándome hacia la cama. Quiero apartarlo, pero el toque de su piel me entrega de inmediato el consuelo que ansío.

—¿Ya te rendiste? —Entierra sus dedos en mi carne con apropiación mientras me sigue arrastrando. Quiero responder que jamás, pero al inhalar su esencia un espasmo de dolor retuerce mi vientre con la necesidad de sumergirme aún más.

Caigo de espaldas en la cama y con autoridad me toma posicionándome a su altura. No me alcanzo a componer del asalto cuando ya su boca encuentra la mía y su lengua se aloja embistiendo con impaciencia. Lucho contra el sabor de sus labios porque aún rujo por revancha. Mi cuerpo es que el reacciona devolviendo el beso ante la necesidad que trepa por lo lastimada de mi garganta y me hace gemir de malestar y lujuria. Lo tomo con firmeza de sus caderas y me restriego contra él con rabia y deseo. El impulso de lastimarlo todavía es innato y lo hago enterrando mis uñas en su piel. De sus labios brota un ronco sonido de satisfacción haciendo que el latido de mi corazón se acelere acaparando por completo mi pecho, estando segura que en cualquier momento se abrirá para dejar salir al animal que ahora habita en mí.

—Me gustas salvaje e indomable. —Su áspero susurro se escabulle en mis sentidos, avivando a las tinieblas a que entierren sus garras en lo que queda de mi cordura. Sus ojos me encuentran y la impaciencia junto al ardor en ellos me calcinan, sin embargo, el gélido deseo en ellos es el que alerta a mi lucidez—. Sabía que vendrías. Las mujeres con las que estuve no significaron nada, solo fueron entretención mientras esperaba por ti.

Ante su declaración, mi dignidad se abre paso al palpar la fibra del odio contenido. Levanto mis rodillas traspasando mi ira a la fuerza que ejerzo para empujarlo. Al tomarlo desprevenido cae de la cama tropezando con las mantas. Los lobos que se mantenían en quietud en el interior de la alcoba, levantan sus cabezas, al instante que Alen maldice. Ágilmente me incorporo, me levanto y tomo una daga de su ropa para luego lanzarme sobre él. No encuentro resistencia por su parte, al contrario, me asegura contra sus caderas mostrándome la solidez de su virilidad y la excitación que clama su mirada.

La revelación que cae sobre mí, es cruda. Puedo gritar, puedo luchar y me puedo revelar, pero la oscuridad siempre me obligará a emanciparme a su voluntad. Mi sangre se contrae dejando que las sombras me engullan para que él se lleve lo que queda de mi razón.

Mi instinto traspasa la delgada línea que quise contener y se unen al del animal que gruñe en mi pecho y que es empujado al vacío. Un vacío que me invita a la liberación.

Capítulo 23

Escucho los aullidos de los lobos. No logro distinguir si se encuentran en la habitación o en mi interior y con cada nuevo sonido me arrojan a un oscuro designio.

Alen sostienen mi muñeca incitándome a que entierre el acero en su cuerpo. Sin dudarlo deslizo el filo en su torso realizando un corte en la piel. Un gemido escapa de mi boca ante la excitación, y el color de la sangre es la que me hace experimentar un inclemente poder. Me entrego a este dominio porque mi apetito de deseo es demasiado junto a la necesidad de probar la penumbra de sus sentimientos.

En un inesperado movimiento Alen se levanta obligándome a quedar recostada en el suelo. Se cierne sobre mí y en respuesta abro mis piernas para recibirlo, de inmediato lo acuno meciéndome contra él buscando sosiego para la incontable satisfacción.

—Sé que deseas castigarme tanto como deseas que esté dentro de ti. —Muerde el borde de mis labios mientras entierra sus caderas entre mis muslos. La presión me lleva a restregarme de forma más profunda y más severa. Suelto la daga para tomar su cuello deslizando mi lengua por su quijada probando la sal de su sudor unido el hierro de la sangre.

Su mirada se enciende y ahora es él quien toma la daga dirigiéndola a mi cuello. El frío acero se desliza por mi garganta calentando aún más mi piel mientras nuestras respiraciones se unen al igual que nuestros impulsos. Atrapo sus muslos provocándolo para que de una vez apague la llamarada de mi necesidad. La cuchilla presiona mi clavícula y luego la arrastra hasta mi pecho. Sin advertencia rasga el corpiño liberando mis senos, los que se tensan ante la caricia del hierro sobre las pequeñas protuberancias. El hambre me golpea al necesitar que estos sean cubiertos por su boca, sin embargo, mi agonía recién comienza al contemplar la sonrisa lobuna que me regala. Mis entrañas se contraen cuando la cuchilla serpentea por mi abdomen y baja hasta el borde de mi falda, la que también es rasgada junto a la vestimenta que cubre mi sexualidad. Mi gemido se une al de Alen cuando mi completa desnudez se muestra bajo su cuerpo.

El brillo del acero me encandila cuando nuevamente sube a mi cuello y es presionado de manera firme en mi garganta. Mi aliento desaparece al observar como su mirada se transforma de depredadora a despiadada. Mi entorno desaparece solo permaneciendo el deseo de fundirme por completo en su oscuridad.

—¿Esto es lo que quieres? —Su tono gélido es acompañado por el toque de su otra mano que asciende con firmeza por la parte interna de mi muslo hasta posicionarse en mi hendidura. La respuesta es entregada cuando la humedad escapa de mi vientre y es acariciada por el dedo que restriega en el inicio de mi sexo. Me quiero mover para que calme mi tortura, pero la cuchilla se cierne con más fuerza a mi garganta. —Dilo, di que me deseas.

—¿Si no lo hago me matarás? —Lo desafío tratando de levantarme. La sujeción de su mano afloja, pero no mi determinación. Enfrento su mirada mientras la daga se entierra en mi garganta. Un punzante dolor me advierte del corte en mi piel y se confirma al percibir el calor de la sangre que se desliza por mi cuello. Ya no existe debilidad ni arrepentimiento, sólo se encuentra la sed y el ansia que exige ser satisfecha. Alen se mantiene arrodillado frente a mí, expectante. Mientras yo sonrío con la misma frialdad que él, momento en que llevo mi mano a su imponente rigidez, tomando con descaro lo que quiero. La sujeción de la daga no cede, pero tampoco lo hago yo. Deslizo la delgada tela que cubre su sexualidad dejando libre su virilidad. La tomo embelesándome y acariciando con propiedad su longitud. Ante mi caricia cierra los ojos emitiendo un bajo y sensual gemido. Mi necesidad de someterlo crece y lo hago golpeando con el dorso de mi mano su garganta. Antes de que pueda reaccionar lo empujo quedando ahora él sobre su espalda y me arrojo encima de él. Acata mi mandato, no obstante, tampoco desiste. La cuchilla vuelve a estar en mi garganta y con su otra mano jala mi cabello desde la base de mi nuca. La sensación recorre mi columna como un escalofrío que se aferra en mi interior y mis gemidos exhalan irritación ante la negación de satisfacción. Vuelvo a tomar su rigidez, la que de inmediato palpita en mi mano logrando que suelte la daga y libere su contención. Tira con más fuerza mi cabello hasta posicionar mis muslos sobre su miembro. El exterior de mi hendidura lo acaricia y me meso sobre él encontrando algo de calma para la llamarada que incinera mi control. Me arqueo sobre su torso exponiendo mis senos a la invitación de su boca. Invitación que al instante es aceptada y estos son lamidos y succionados con fervor. Mis pensamientos se fugan quedando un único objetivo, el de reclamar cada parte de su cuerpo y marcar con sangre y sudor mi soberanía sobre él.

Un nuevo lamento escapa de mi boca al sentir el borde de sus dientes en la turgencia de uno de mis senos, que ante su contacto se eleva y endurece arrastrándome al borde de la hoguera. Mi hendidura se dilata rogando por atención. Me afirmo de sus hombros teñidos de rojo y me inclino para de una vez apaciguar el ardor. Alen percibe mi intención y sin titubeo toma su masculinidad dirigiéndola a mi entrada. El borde de su rigidez acaricia el inicio de mi sexo y ya no

requiero de su delicadeza, ni de su cuidado. Lo único que ansío es poseerlo de todas las formas que sean posibles. Sin sutileza me sumerjo en su rigidez colmando de una vez y de un solo movimiento mi interior. Cada espacio de mi vientre es cubierto haciendo que jadee de placer. Entierro mis uñas en su pecho hasta traspasar su piel y mi cuerpo se mueve en una ferviente oscilación que es acompañada por la vibración de la oscuridad que se retuerce y exige más. Alen entierra sus manos en mi carne acoplando sus caderas a las mías en una perfecta sintonía que nos eleva llevándome lejos de la comprensión. Mis movimientos se intensifican implorando por redención al momento que Alen introduce una de sus manos palpando el manojo de nervios expuestos que comienzan a temblar ante su toque. Mi sexo se calcina junto al despiadado palpitar que arrasa mi vientre y cada uno de mis sentidos. Los jadeos se convierten en gemidos y estos en un ronco rugido que se forma en la base de mi garganta y que finalmente explota en mi boca en conjunto con el estallido de cada fragmento de mi piel. Alen acapara mi boca tragando cada una de mis exhalaciones y también mi razón, al percatarme que estoy lejos de cualquier tipo de saciedad.

Al descender mis lamentos y el ritmo de mis movimientos Alen deshace el contacto de mi boca. Su mirada aún es candente y también implacable.

—¿Eso es todo? —Su voz es ronca y cargada de desafío—. Porque yo aún no termino.

En repuesta, formo una fría sonrisa aceptando su reto, porque mis instintos están lejos de apaciguar el deseo brutal que siento por él.

Se incorpora con agilidad sujetándome de mis muslos y sin perder nuestra conexión se cocola de pie. Cruzo mis piernas a sus caderas y me afirmo de sus resbaladizos hombros, los que llevan el rastro de su sangre y de la mía, que vuelvo a lamer con la intención de sorber por completo su esencia. No me doy cuenta cuando mi espalda choca contra la pared y me encuentro aprisionada contra ella. Mi boca toma la suya porque el hambre reaparece y persiste en cada nueva embestida, en cada nueva contracción de mi carne y en cada nuevo movimiento descarnado que me obliga a someterme a su posesión. Su rigidez se mantiene constante al igual que sus embistes, los cuales recibo y acuno con desesperación suplicando que no sólo rasgue mi alma sino también mi piel. El ritmo de sus caderas se acopla al mío y mi sangre se diluye ante su inminente liberación que se blande violenta y salvaje sobre mí. Mis entrañas se estremecen devorando el palpitar de su erección, la que se riega en mi interior.

Su respiración entrecortada la percibo en el borde de mi oreja y una vez que se vuelve regular se desprende de mi cuerpo, el que de inmediato se lamenta por el vacío que deja. Sus manos también se

liberan de mis caderas haciendo que baje mis piernas y coloque mis inestables pies sobre el suelo.

—¿Eso es todo? —Ahora soy yo la que pregunto y desafío. Mi sangre continúa hirviendo advirtiéndome que el abismo de mi lujuria no tiene fondo, ni fin.

Su expresión de candente pasa a depredadora elevando la comisura de sus labios que ahora se encuentran encendidos y abultados. Recorro sus ojos que han perdido por completo el azul quedando únicamente el rojo de la oscuridad. Esto no me detiene, al contrario, seduce a lo primitivo de mis sentidos que tomen el mando. Nuevamente me acerco, porque la certeza exhala en cada respiración que él es mi compañero y me pertenecerá por siempre.

—¿Lo sientes? —Se acerca otra vez llevando su mano a mi entrepierna, que ante su caricia, la sensibilidad se convierte en vibración. Antes de que pueda reaccionar, introduce uno de sus dedos en mi interior avivando el deseo que se mantiene latente. Con su otra mano atrapa la base de mi cuello para acercarme a su rostro. —Nuestro vínculo ya se había establecido la primera vez que dominé tu virtud.

Su dedo tortura las paredes de mi cavidad logrando que gima en el borde de sus labios.

—Nuestro destino estaba trazado y no únicamente por los escritos. —Introduce un nuevo dedo y con su palma frota lo irritado de mi sexo llevándome nuevamente al borde de la excitación—. Tú siempre serás mía y yo, siempre te perteneceré.

En un movimiento repentino me gira tirándome hacia una de las mesas del costado. Sus dedos se entierran en mi interior y gimo para que termine con el suplicio. Me empuja para que mi cuerpo se incline sobre la madera, la que al contacto con mis quemantes senos me entrega una nueva sensación de redención. Su mano no pierde el férreo agarre al momento que se recuesta sobre mí. Su pecho arde en mi espalda y su longitud se presiona en la parte baja de mi cuerpo haciendo que implore para que otra vez colme mi interior. Su aliento danza por el borde de mi oreja quemando mis sentidos, los cuales únicamente lo perciben a él.

—Ningún hombre en lo que me queda de vida te volverá a tocar. —Sus dedos se retuercen y saquean la carne de mis entrañas dirigiéndome a un severo ardor—. Porque lo que sientes por mí jamás nadie te lo podrá entregar.

Sus dientes se adhieren a la base de mi cuello y sus dedos son cambiados por la imponente rigidez que de una sola embestida inunda por completo no solo mi cuerpo sino también mis pensamientos, formando un espiral de frenesí que me calcina y me consume entregándome por completo a su control.

Extiendo mis brazos dirigiendo mis manos al borde de la mesa para contener la salvaje oscilación de sus caderas. Sus dientes se clavan a mi cuello aprisionándome, pero también enardeciendo los músculos que tiemblan ante su dominio. Entierro mis uñas a la madera hasta sentir la sangre que se desprende de ellas y el dolor se torna en un descarnado placer. Cada nueva arremetida me eleva a una nueva ola de placer advirtiéndome de la veracidad de sus palabras.

Él es el único capaz de hacer que deje correr libre a la bestia que han formado en mí. Percibiéndolo en lo palpitante de mi corazón, que se une al de él y que cantan una nueva sinfonía que es acompañada por las tinieblas que danzan y se estremecen en las agrietadas murallas de mi alma. Las dejo invadir y doblegarme porque ya no soy la presa, ahora también soy el cazador. La nueva revelación la acuno y la asimilo. Ya nadie puede ayudarme. Las cuerdas han sido desatadas. Él es la luna que rompe mi noche y por él tengo que aullar.

Capítulo 24

Me muevo despacio sintiendo punzadas de dolor en la mayoría de mi cuerpo. Abro mis ojos de forma pausada asimilando el lugar en dónde me encuentro. El único sonido que escucho es el crepitar del fuego que continúa prendido en el interior de la alcoba. La comprensión me alcanza haciendo que me incorpore de golpe. Lo primero en contemplar es el espacio vacío a mi lado junto a la sangre que tiñe las sábanas y también gran parte de mi cuerpo. Llevo mi mano hasta el corte de mi garganta y ante el contacto, todas las imágenes me arrastran al recuerdo de lo ocurrido. Un movimiento a un costado me alerta y descubro a Taviana que me vigila desde una esquina. Se encuentra jadeante y puedo sentir que muy ofuscada. Por ahora no me detengo en ella sino más bien mi preocupación recae en saber dónde se encuentra Alen. Me bajo apresuradamente de la cama con la intención de ir a buscarlo y desde la ventana la oscuridad me confirma que aún no amanece.

Encuentro mi ropa destrozada en el suelo entre copas y muebles que fueron derribados no solo por mi pelea con Calesia, sino también por el enfrentamiento que tuve con él. Gruño de frustración y de inmediato recorro la habitación buscando algo con qué vestirme. Mis sentidos se agudizan al escuchar ligeros pasos en el corredor del exterior.

La puerta no tarda en abrirse y sé que no es Alen. Su esencia la llevo impregnada en mi piel. La figura que emerge es delgada y menuda. No puedo reconocerla de inmediato porque se encuentra cubierta bajo una capa negra.

Me mantengo en el centro de la alcoba, alerta. Al igual que Taviana, quien se incorpora al sentir mi desconfianza. De reojo busco algún arma para defenderme. La confusión que antes había percibido, ahora se ha incrementado, siendo consciente de que me encuentro en terreno enemigo y que no puedo confiar en nadie. “Solo en Alen” un susurro se desliza en mi cabeza con certeza y podría jurar que mis instintos responden de manera afirmativa. La puerta se cierra y doy un paso atrás para tomar el jarro de hierro que localizo a mi derecha. La silueta frente a mí descubre su rostro y me sorprendo al encontrar a Sondra.

—No tenemos mucho tiempo. —Es lo primero que dice en un tono de urgencia.

—¿De qué hablas? —Pregunto bajando mi guardia, pero aún desconfiada. Mis pensamientos son una gran nebulosa que lo único que son capaces de vislumbrar es un rostro.

—¿Te encuentras bien? —Ahora es ella la que toma una posición precavida recorriéndome con la mirada—. ¿Alen te hizo eso? —Me indica la sangre que recorre mi cuerpo y el corte de mi garganta.

—No. —Me apresuro a decir con la necesidad de defenderlo—. ¿Sabes dónde está? —Es lo que logro gesticular al darme cuenta que lo único que requiero es encontrarlo y dirigirme a su lado.

—Están reunidos en el sector sur del castillo. —Responde y logro captar cómo su palpitar se comienza a elevar—. Es la oportunidad para que puedas acceder a la torre norte. —Esta vez sus palabras son pronunciadas con un leve titubeo.

—Necesito ropa. —Exijo sin siquiera analizar sus palabras. Lo único que soy capaz de distinguir es una irracional ansia.

—Eleonor ¿Estás segura que estás bien? —Esta vez da un paso hacia mí examinando con detenimiento mis ojos.

—Lo estoy, necesito encontrar a… —no termino la frase al darme cuenta que la única persona que envuelve mis pensamientos es Alen. Exhalo de manera profunda con la intención de dispersar la bruma que me cubre sin dar paso a ninguna idea coherente. Contemplo a Sondra consciente de que su solicitud es importante, sin embargo, mis impulsos me incitan a ignorarla porque un llamado oculto me guía de manera severa en otra dirección—. ¿Puedes traerme ropa? —Esta vez suavizo mi mandato rechazando el inevitable desprecio que lucha por salir.

Sondra sigue con su inspección, al parecer, tan contrariada como me encuentro yo.

—¡Ahora! —Exijo esta vez no preocupándome de lo ácido de mi voz. Ante lo imperativo de la orden Sondra no la cuestiona y obedece.

Una vez que sale de la habitación vuelvo a respirar profundamente y me acerco a Taviana. Ella de inmediato gruñe ante mi cercanía haciendo que me detenga. Al igual que mis sentidos, los de ella se encuentran turbados, advirtiéndome de las sombras que la envuelven y que también me cubren.

Mis siguientes movimientos son involuntarios. En base a la necesidad primaria de limpiarme, me sumerjo en la tina que aún se encuentra en un rincón. El frío del agua, de cierta forma despabila mi mente, no obstante, la niebla se aferra por permanecer. Lo que sí se despierta es el palpitante dolor que se riega por mi piel. Sin perder tiempo tomo el paño que encuentro en el borde para limpiar los rastros de sangre y palpo las nuevas heridas que se encuentran en mi cuerpo. Con cuidado limpio el corte de mi garganta y recorro cada vestigio que fue hecho por Alen. Al contacto de cada marca siento el

malestar, pero también el calor del recuerdo de su severa apropiación, logrando que mis entrañas se vuelvan a encender junto a la necesidad de nuevamente poseerlo.

Mis uñas resquebrajadas y varios sectores de mi cuerpo amoratados, son una muestra del legado que él dejó en mí y que yo también dejé en él. De inmediato sonrío ante la satisfacción que me entrega el rastro que marqué. Ya no sólo su cabello exhala mi dominio, sino también su cuerpo. Mi instinto animal es el que se levanta y se regocija al haber conquistado al salvaje e indomable Príncipe de Las Tinieblas. El mensaje es claro, sin dejar en duda nuestro destino. Nos vinculamos y la luz o la oscuridad ya no tienen ningún significado. Lo único que importa es encontrarlo y permanecer a su lado porque todo me sugiere que sólo junto a él podré otra vez respirar.

Seco mi cuerpo y trenzo mi cabello con la urgencia de salir de esta habitación. En el momento que estoy por llegar a la puerta sin preocuparme por mi desnudez, Sondra ingresa. Antes de que pueda hablar arrebato las prendas de sus manos y me comienzo a vestir. No cuestiono la elección de pantalones y blusa, al contrario, agradezco poder tener mayor facilidad de movimiento.

—Eleonor, encontré la ubicación de la hechicera. —Menciona a mi espalda, pero la sigo ignorando. Ninguna otra idea tiene cabida en mi mente—. Encontré a Asila.

Al escuchar ese nombre me detengo y me giro para observarla.

—¿Qué dijiste? —pregunto. Porque la bruma tiembla tratando de abrirse.

—Qué sé dónde tienen a Asila y también a Boreas. —Esta vez su voz se eleva al darse cuenta que captó mi atención.

“Asila” mi cabeza repite, recordando a la Antigua Anciana que se encuentra capturada y agonizando. Las imágenes están difusas, pero las veo, a ella y a todo lo que ha ocurrido, no obstante, la emoción no la alcanzo. Solo encuentro el apremio de buscar a mi compañero. El gruñido de mi loba me retorna a la realidad y a la mano de Sondra que se encuentra posada sobre mi hombro.

—Es el encantamiento. —Menciona de manera afable como si comprendiera lo que me ocurre—. No dejes que te domine.

De cierta forma entiendo lo que dice, pero no logro salir del abismo en el que me encuentro. O quizás no quiero, ya que es muy tarde para olvidar cómo me sentí. Abracé a Alen en la oscuridad y ya no me puedo desprender de él, porque mi intuición me indica que, si lo hago, mi corazón dejará de latir. Ante esta evidencia no debo meditar demasiado mis próximas acciones. Después de todo lo que ha ocurrido, Badru tendrá mi convicción, pero él tiene mi razón y nunca me detendré. Ya reclamé lo que por derecho y azar me pertenece.

—Estoy bien. —asevero. Mi pueblo aún tiene la esperanza, en cambio, la mía desapareció al momento que me sumergí en las tinieblas y dejé florecer las mías—. Vamos.

Paso la capa oscura sobre mis hombros dirigiéndome a la puerta sin dejar la posibilidad de que Sondra vuelva a hablar. Me concentro en la única cosa que puedo realizar en este momento para ayudar a mi pueblo. Liberar a Asila, Boreas y por supuesto recuperar el libro de Calesia. Mi liberación es prácticamente un sueño, al percibir las nuevas cadenas invisibles que ahora yo forjé y que llevan tatuadas un único nombre.

Lo primero que llama mi atención al salir es el desierto en el pasillo, al no encontrar guerreros escoltando la habitación.

—Ya no tienes vigilancia, al parecer lo que ocurrió anoche con Alen lo convenció de tu lealtad. —Sondra menciona sin dejar de examinarme con aprensión.

—¿A dónde entonces? —Doy un paso al costado para dejarla pasar y así me indique el camino, no queriendo reconocer la fuerza de voluntad que estoy requiriendo para seguir sus pasos y no caminar hacia donde mis instintos logran percibir la energía de Alen que vibra y me jala a su encuentro.

Taviana sigue mis pasos sin la necesidad de ordenárselo. La unión que habíamos compartido se fortalece palpando las sensaciones que la embargan y que dan paso a su completa sumisión a mis deseos.

Antes de llegar al salón Sondra gira por un sombrío corredor lateral en dirección al norte. Esta parte del castillo no la había recorrido y se muestra más lúgubre que el resto de la fortaleza.

—¿Dónde están todos? —murmuro al no observar a nadie ni oír ningún sonido que me alerte de la presencia de los habitantes del Valle Oscuro.

—Durmiendo, celebrando o apareándose. —Responde en voz baja guiándome hasta una estrecha escalera. Antes de descender, toma una antorcha de la pared para alumbrar los escalones que se encuentran en completa oscuridad.

—Espera. —La detengo al recordar que ella esta noche también fue reclamada—. ¿Estás bien? —La pregunta nace espontánea, pero me crea malestar el nacimiento de la preocupación, como si una cuchilla se enterrara en mi pecho.

—Me sé cuidar. —Responde quitándole importancia a lo sucedido, mientras comienza el descenso de forma apresurada—. Sigo siendo virgen.

—¿Cómo lo lograste? —En el instante que pregunto, escucho pasos que provienen desde el corredor que nos espera al terminar la escalera. Me detengo al mismo tiempo que lo hace Taviana, pero no alcanzo a frenar a Sondra.

—¿Qué haces aquí? —La gruesa voz de un guerrero retumba en las agrietadas murallas del castillo.

—Voy a la cocina. —Sondra responde sin titubear, mientras me mantengo apoyada a la pared oculta en la oscuridad.

—¿Dónde está mi hermano? —El guerrero pregunta y esta vez percibo la desconfianza en su voz.

—Está durmiendo. —Me inclino un poco para ver bajo la penumbra de las antorchas el rostro de Sondra, el que ya no se encuentra tan resuelto.

—Llévame con él. —Su demanda se une a su desplazamiento dejándome expuesta a su campo de visión.

—¿Qué hace ella aquí? —pregunta elevando el tono de su voz y también su sospecha.

—No deberías dirigirte a mí de esa forma. —Me muevo levantado mi frente hasta posicionarme delante de él—. Soy tu próxima reina.

—No está permitido que las mujeres deambulen en la noche por el castillo, seas o no la próxima reina. —Da un paso atrás y baja levemente su cabeza, pero como son conocidos los hombres de este reino, no aminora su mirada acusatoria ni su postura.

—No tengo por qué darle explicaciones de mis actos a un simple soldado. —Mantengo mi voz y mirada fría, mientras Taviana silenciosamente se posiciona a mi lado.

—Tendré que informarle a Priust. —Cuadra sus hombros y se gira.

Ni si quiera lo medito y con agilidad me acerco tomando el hacha del costado de su cinturón. Al voltearse lo golpeo con el mango en su sien desestabilizándolo. Antes de que pueda reaccionar, Taviana se lanza sobre él incrustando de manera certera los colmillos en su garganta, actuando de forma instintiva ante mi obligación de detenerlo. La lucha del hombre dura pocos segundos. Es desgarrada gran parte de su piel por mi loba y la sangre comienza a salir a borbotones.

El alarido de Sondra lo escucho a mi lado y al mirarla veo cómo sus manos son llevadas a su boca en una clara señal de horror.

—¡Lo mataste! —gime con expresión pálida y contraída.

—¿Preferirías que nos delatara? —Me debería sorprender mi poca empatía ante la agonía del guerrero, pero no siento nada, al contrario, me acerco para quitar su cinturón y armarme con sus espadas. —¿A qué se refería con lo de su hermano?

—Es el hombre que me reclamó. —Contesta en un tono resignado.

—¿Qué sucedió con él? —Me incorporo al momento que Taviana se repliega a mi lado otra vez.

—Coloqué unas hierbas en su bebida y quedó inconsciente. —Responde, pero sin quitar la mirada del hombre que ahora yace muerto—. Estamos perdidas.

—Escúchame. No hay tiempo de lamentaciones. Vamos a ir por ese libro así deba derribar a todo el que se interponga. —Lo digo porque la determinación es la que recorre mi sistema y también el ansia de terminar con esto de una vez.

—No lo podemos dejar aquí, nos descubrirán. —Sondra se gira en todas direcciones, preocupada.

—¡No tenemos tiempo, llévame ahora! —La agarro con fuerza de uno de sus brazos y la arrastro por el corredor. La impulsividad me enceguece, así como también la decisión de que nadie me detendrá.

—Me haces daño. —Se queja y suelto el férreo agarre de su brazo, mientras una invisible oscilación se mece en mis venas mostrándome la brutalidad de la que puedo ser capaz, la que no me atemoriza, al contrario, me envuelve de un seductor poder. —Debes alejarte de este lugar lo antes posible.

—No creo que pueda marcharme. —La voz que me acecha en cada paso que doy es la misma que confirma mis palabras, al percibir la constante reclamación a un rumbo diferente.

—Si te quedas un día más ya no serás tú. —Afirma mientras seguimos avanzando. De cierta forma entiendo su argumento, no obstante, ya estoy condenada.

Al doblar por el próximo corredor escucho el ruido del agua que se desliza por debajo de nuestros pies y la poca iluminación nos muestra al final del pasillo una gran reja oxidada.

—¿Qué hay en el interior? —Indico los gruesos barrotes y el candado que cuelga de una sólida cadena.

—Ahí viven las mujeres que aún no se vinculan. —La tomo del brazo deteniéndola y ante el miedo que cruza por su rostro, la suelto.

—¿Te refieres a niñas? ¿Las tienen encerradas? —La niebla se agita dejando una grieta por la cual se logra filtrar un atisbo de sentimiento.

—Las mantienen cautivas para que no escapen. —Se coloca nuevamente en movimiento evitando volver a mirar el gigante calabozo—. Yo viví en ese lugar desde los siete años. Ahí fue que comprendí cual sería mi destino.

—¿Por cuánto tiempo estuviste ahí? —Sigo inmóvil mirando hacia el corredor tratando de observar más allá de la oscuridad.

—Hasta que mi sangrado bajó a los once años y Calesia realizó la ceremonia de enlace. —Explica, pero ya no la escucho, estoy caminando hacia la celda. —¿Qué haces?

Sondra se apresura para alcanzarme, sin embargo, no me detengo hasta llegar a las rejas. Tomo el candado y lo jalo con la intención de desprenderlo. Acción que es imposible. Golpeo con las cadenas los barrotes acrecentando el sentimiento que lentamente comienza a tomar forma.

—Debemos irnos, no tardarán en encontrar el cuerpo y buscarán al

responsable. No tendremos otra oportunidad. Mañana los guerreros pretenden retomar la batalla.

Las últimas palabras de Sondra me colocan en aviso al pensar en la continuación de la matanza, no obstante, el tenue movimiento desde la oscuridad me mantiene sujeta a los barrotes. De entre las sombras una diminuta figura se hace visible. Lo primero en observar son unos grandes ojos somnolientos bajo una gran cabellera rubia que cae hasta sus rodillas. En su mano carga un pedazo de manta desaseada. La niña que por su contextura puedo dilucidar que tiene alrededor de seis años me contempla con curiosidad y no duda en acercarse un poco más.

—¿Tú eres la Princesa de Luna Llena? —susurra mostrado en su tono algo parecido a la esperanza.

No soy capaz de responder porque ya no estoy segura de cuál es mi fase. Lo único que gritan las sombras es que mi luna y mi casa es Alen. Ante la mención de su nombre, la vibración en mi cuerpo de inmediato regresa tratando de enceguecerme y quitarme mi voluntad. Asiento aferrándome a los barrotes y al destello de razón que quiere regresar.

—Mi hermana dijo que tú nos salvarías. —Da un nuevo paso hasta que su cálida y pequeña mano toca mis nudillos blanquecinos por el fuerte agarre a la reja. Su tacto me estremece y al mismo tiempo me aflige—. ¿Lo harás? ¿Nos salvarás?

Los colmillos de las tinieblas me rasguñan obligándome, a través del dolor, a no hallar el camino, a no encontrar mi compasión.

—Eleonor, debemos irnos. —Sondra me llama desde mi espalda con imperiosa ansiedad, que es la misma que siento yo al constatar que estoy extraviada por completo. La congoja vuelve a aparecer cuando otras diminutas siluetas comienzan a aparecer entre las sombras. Más niñas de diferentes edades, todas con miradas anhelantes por amparo.

—Alguien viene. —Sondra se acerca y jala de mi capa.

—¿Por qué tienes un lobo? —Otra niña pregunta dirigiendo su mirada a Taviana. —¿Tú eres uno de ellos?

Las niñas cambian su expresión de ilusión, por una de temor. Con cautela comienzan a alejarse y lentamente se vuelven a sumergir en la oscuridad, una que si no es detenida, tarde o temprano también las consumirá.

—¡Eleonor! —Sondra esta vez me jala con fuerza de mi hombro haciéndome reaccionar. Las pisadas las escucho más cerca y Taviana ya toma una postura desafiante.

Me obligo a soltar los barrotes, ratificando que esto aún no ha terminado. Sin cuestionarlo, me pongo en marcha siguiendo a Sondra que desecha la antorcha para introducirse en un nuevo pasadizo el que se encuentra en completa oscuridad, la misma que asola este reino

y mi interior.

Capítulo 25

Nos adentramos en la oscuridad y a medida que avanzamos mi visión se afina pudiendo captar siluetas a mi alrededor. Escucho las quejas de Sondra unos pasos más adelante y me acerco para dirigirla. Taviana también se anticipa porque, al parecer, la percepción de formas es una cualidad de su raza. La neblina gris sigue envolviendo mis ideas tratando de alejar la imagen de las pequeñas, pero lucho para no ceder, necesito mantener sus figuras para no olvidar qué es lo que me sigue moviendo. Sin atender al imponente requerimiento que me dirige hacia él.

—Solo unos metros más y accederemos al extremo del castillo junto a la torre norte. —Menciona no tan convencida como antes, sino más bien, su tono denota nerviosismo.

Apuro el paso teniendo en consideración al guerrero que dejamos muerto en el pasillo y por sobre todo al instintivo llamado que estoy segura que Alen también siente y que posiblemente lo lleve a buscarme de la misma forma que lo requiero yo.

Al girar en el último corredor la brisa gélida de la noche me golpea confirmándome que estamos por llegar al exterior, no obstante, el alivio que pude sentir es cambiado de inmediato por el olor a putrefacción que inunda mis fosas nasales. Es necesario para continuar tapar mi nariz con el extremo de mi capa. A unos pasos contemplo la luz de la luna que nos advierte del exterior, sin embargo, me detengo cuando mis botas se hunden en algo espeso que al mismo tiempo cruje.

—¡Por los Antiguos Ancestros! —Sondra chilla a mi espalda cuando la tenue luz de la noche ilumina el siniestro escenario.

—No te detengas. —La tomo de su brazo y la arrastro al darme cuenta que se encuentra inmóvil observando los cuerpos de hombres, mujeres y niños en diferentes estados de descomposición.

Obligo a la bruma que me mantenía cegada a replegarse, contrarrestando con un suplicio que se asienta en la base de mi estómago. Sigo avanzando soportando la tortura, no sólo de mi interior, sino también la de tener que abrirme paso pisando torsos desfigurados y rostros contraídos con expresiones de horror. Taviana es la primera en salir al exterior gruñendo en un desgarrador lamento que trasmite y sacude el centro de mi pecho. Al escapar de la tétrica fosa suelto a Sondra que cae de rodillas sollozando.

—No lo sabía. —Logro escuchar entre sus entrecortadas

exhalaciones—. Boreas me habló de este pasadizo por si necesitaba escapar, pero…

La conmoción se abre paso entre la neblina al igual que el odio que retorna a mí. El dolor no desaparece, al contrario, me golpea con más rudeza al recobrar parte de mis emociones. No me detengo a analizar lo visto, ya no hay tiempo de lamentaciones, lo único que me queda por hacer es actuar. Recorro el lugar reconociendo la ladera del bosque a un extremo, que divide el término de la fortaleza y unos metros más adelante, la torre norte.

—Espérame aquí. —Ordeno a Sondra y le hago una señal a Taviana, la que también siente el suplicio al revelarnos ante el encantamiento, sin embargo, al igual que yo, no deja que la abata.

—No me dejes. —Sondra implora todavía atribulada por lo presenciado.

Sin tiempo de discutir dejo que me siga hasta el torreón. Saco una de las espadas, que ahora en mi mano se siente tan ligera como una fusta. Me asomo con cautela ubicando a los centinelas que vigilan desde el frontis y costado de la fortaleza. También contemplo el patio central en donde varias figuras deambulan, reconociendo a guerreros y animales, notando que será imposible ingresar por el frente sin ser vista.

Examino la parte posterior de la torre y a un par de metros localizo una ventana, la cual me indica que podría ser mi única alternativa para ingresar.

—No puedes venir conmigo, tendrás que esperar. —Exijo, esta vez sin dejar espacio para una oposición—. Taviana se quedará contigo, ante cualquier peligro huyes.

No corroboro si escuchó mi mandato, ya estoy enfundando la espada y buscando una piedra sobresaliente para escalar.

—Deberíamos regresar. —Solicita acercándose aún afectada.

—Ya no hay vuelta atrás. —Es todo lo que respondo mientras envío mi orden a Taviana, la que se ubica frente a la doncella cortándole el paso y mostrándole sus dientes.

Coloco mi pie en el primer espacio que observo y trepo por la afilada piedra. Me inclino para acceder al siguiente hueco y los músculos de mis brazos se quejan ante el esfuerzo. Ignoro el ardor exterior e interior y vuelvo a ejercer fuerza para llegar hasta el próximo escalón que se forma en la roca. Para mi sorpresa, escalar la muralla no ha sido un gran impedimento, pudiendo corroborar la agilidad y energía que me ha entregado el enlace. Sin embargo, persiste el dolor como miles de agujas que se entierran en mi carne, como si las tinieblas tuvieran conciencia de lo que estoy haciendo y quisieran detenerme. Lo que ellas no saben, es que el dolor ya es parte de mí y nunca me volverá a derrotar.

Al llegar a la altura de la ventana me doy cuenta que me separa un considerable espacio al no tener de donde afirmarme. Levanto la mirada dejando que la brisa del inminente amanecer golpee mi rostro y sin cavilar el peligro, despego mis botas de la roca quedando completamente suspendida. Me afirmo sólo por mis manos, las que se arañan contra la puntiaguda estructura para luego balancearme enterrando mis dedos en las piedrecillas que se desprenden y me impulso lanzándome hacia el ventanal. Logro alcanzar el alféizar golpeando mi cuerpo contra la muralla, pero el polvo hace resbalar una de mis manos. Escucho el alarido que emite Sondra al comprobar que estoy colgando en el aire, sostenida tan solo del borde de mis dedos. Resuelta a no caer, entierro las puntas de mis botas a la piedra y aunque mi cuerpo arde por el sacrificio, me impulso a retomar el equilibro. Rasguño mi cara contra la piedra, pero no me detengo hasta agarrar con mis dos manos el extremo del vano. Retomo mi respiración realizando un último y extenuante esfuerzo. Trepo para finalmente alcanzar la ventana, que para mi fortuna se abre de un empujón.

En el interior me encuentro con el espiral de una angosta escalera que las pocas antorchas muestran. De inmediato asciendo consciente del peligro y del poco tiempo que tengo. Al terminar los escalones localizo una tenue luz que se filtra por el borde de la puerta entre abierta. Tomo una de las dagas del cinturón y con cautela me acerco recordando mi anterior disputa con Calesia y también que su poder es superior al mío.

Me mantengo en el exterior para determinar si ella o alguien más se encuentra en el interior. Al no percibir ni escuchar ningún movimiento, me aproximo ingresando al refugio de la maldita hechicera. No pierdo tiempo en analizar todo el odio que regresa y que siento por ella, priorizando encontrar lo que vine a buscar, sin embargo, me sorprendo al encontrar a primera vista una alcoba igual a cualquier otra.

Recorro rápidamente el lugar mirando debajo de la cama y detrás de los pocos muebles. Mi frustración comienza a crecer al contemplar que por una ventana lateral los primeros rayos del sol comienzan a aparecer.

—Esto no puede ser todo. —Susurro ofuscada y también incrédula. Doy un nuevo vistazo al lugar y me detengo al pasar por al lado de la chimenea.

Me acerco para inspeccionarla. Me parece extraño y fuera de lo común que la leña se encuentre intacta y no halla rastros de cenizas, como si nunca hubiese sido utilizada. Me inclino buscando algún tipo de abertura para finalmente empujar la piedra del fondo la cual cede de inmediato.

Me agacho introduciéndome en el espacio, descubriendo la guarida de Calesia. Aunque no debería impresionarme nada que tenga que ver con ello, sí lo hace. En el interior se encuentra la hoguera que calienta e ilumina el entorno. En el centro una gran mesa dispuesta con candelabros y vasijas, que desde mi ubicación, percibo que contienen las cenizas de su árbol sagrado, las mismas que fueron ocupadas en el ritual. También observo grandes recipientes atiborrados de sangre. Sigo recorriendo el lugar hasta encontrar una tarima en la cual descansa un gran y viejo libro abierto por la mitad. Esta vez sí agradezco que Boreas estuviera en lo cierto, haciendo que la esperanza se prenda como una pequeña llama que de inmediato es aplacada con una ventolera de dolor. Resisto su embiste y camino hacia su dirección. Al levantar la cabeza me detengo cuando observo la muralla. Pintados en blanco hay diferentes símbolos y en sus costados las fases de la luna. Estoy segura que hay un mensaje oculto, pero que me es imposible descifrar. Sigo observando la pared y un halo de temor me recorre cuando encuentro la representación de los animales de las casas de Badru y no por estar mencionados, sino más bien, porque a cada dibujo lo acompañan los elementos que he observado y que distinguen a los Antiguos Ancianos. Clavados a la pared contemplo las astas de un ciervo, las alas de un halcón, los colmillos de un lobo, la cola de un zorro, las garras de un oso y la cabeza de un búho. A simple vista podría parecer una espeluznaste exhibición de los símbolos de sus hermanos, pero de la forma en que están dispuestos podría jurar que no es un buen augurio.

Debería atenerme a mi primer plan. Tomar el libro e irme de este lugar antes de ser vista, pero observar la sangre, los símbolos y la madera de su árbol sagrado; todos elementos que continuarán utilizando para seguir vinculando a más personas y matando a otras, es imposible ignorarlo sin hacer algo al respecto.

Las tinieblas que siguen vivas en mi interior se retuercen haciendo que la bilis suba por mi garganta al percatarse de mi intención. Trago y lucho contra las arcadas mientras tomo el libro que ciño con fuerza a mi cinturón para luego dirigirme a la mesa. Tomo las vasijas y de a una las comienzo a lanzar al fuego. Pateo los recipientes con sangre haciendo que se derramen para luego tomar una antorcha y encenderla. Sin dudarlo, la acerco a la blanca madera dispuesta en un rincón y una vez que la veo arder también comienzo a prender los barriles, la mesa y todos los elementos que están a mi alcance.

El fuego se comienza a expandir al igual que mi deleite, así como también la laceración en mi interior por parte del enlace que me castiga por lo realizado. Atrapo el suplicio y lo convierto en una gran carcajada, burlándome de la oscuridad, consciente de que por primera vez la victoria es mía. Lamentablemente no es algo que pueda

disfrutar por mucho tiempo, las llamas y el humo se esparcen a gran velocidad y pronto alertarán a todo el reino.

Cruzo el pequeño espacio hasta la habitación contigua y ya cargo en mi mano una espada al sentir una presencia.

Calesia en su máxima expresión está de pie en el centro de la alcoba. Su pelo blanco ondea con furia al igual que sus ojos.

—¡Qué has hecho! —Su grito me envuelve como si una gran ventolera arrasara el entorno.

Respondo sonriendo y levantando mi espada. Se abalanza sobre mí, pero antes de alcanzarme desaparece dejando una ráfaga de viento frío. Me giro alerta a su embestida, la cual no llega. Me volteo en todas direcciones buscándola y la brisa gélida me llega junto al humo que emerge desde el hueco de la chimenea. Me inclino y entre el fuego la encuentro levantando sus brazos que desprenden destellos blancos que se deslizan hacía las llamas con la intención de apagar el incendio. Me agacho para introducirme otra vez en su guarida, porque no la dejaré que recupere sus elementos de maldad. Antes de que logre dar un paso, un fuerte agarre me lanza hacia atrás.

Me incorporo lista para atacar a cualquiera que quiera detenerme y al voltearme me encuentro con un guerrero que al instante me hace reaccionar.

—Liana. —Exclamo al reconocer a la Antigua Anciana.

—¡Debemos irnos! —grita mientras toma de mi brazo para sacarme de la alcoba.

—¡No podemos dejarla! —Lucho con ella para que me suelte. No llegué tan lejos para que Calesia nuevamente se salga con la suya.

—¡Lo haremos! —No espera mi reacción y me arrastra doblegándome con su fuerza.

Mis intentos de lucha son en vano y los detengo cuando contemplo a Taviana que sube la escalera a gran velocidad y puedo percibir que va a atacar a Liana.

A regañadientes comienzo a descender los escalones y también al escuchar el alboroto que se comienza a gestar en el exterior. Al salir del torreón por la entrada principal ya hay varios hombres que corren con baldes en mano hacia el incendio.

Liana los esquiva dirigiéndose hacia el borde de la fortaleza y la detengo antes de proseguir.

—Debemos ir por Sondra. —Menciono al no poder dejar a su suerte a la doncella. Antes de que pueda responder, una gran explosión hace retumbar el suelo y también una de las torres de los vigías.

—Ella está a salvo. —Sonríe y luego sigue corriendo.

No estoy segura de lo que ocurre, pero lo que sea, mantiene a todo el reino desorientado ante, al parecer, un inminente ataque y eso

ayuda para que nadie fije su atención en mí.

Liana se detiene repentinamente frente a dos barriles que al ser removidos revelan una estrecha puerta.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunto cuando veo que desciende por una escalinata que se sumerge en la oscuridad.

—A los calabozos. —Responde sin detener su apresurada marcha.

En respuesta, acelero el paso comprendiendo su objetivo y el hecho de que están cumpliendo su palabra. Sacarme de este lugar junto a las personas que solicité que fueran liberadas. Lo que ella no sabe es que no estoy segura de poder alejarme de aquí sin saber si Alen después de nuestra vinculación fue capaz de sortear la oscuridad, o es lo que quiero creer al continuar percibiendo su incesante llamado. Al descender la escalera acomodo mi capa para cubrir mi rostro, ya que nos encontramos con varios guerreros que corren en dirección al exterior cargando sus armas. Los lobos que siguen a sus amos se detienen por un instante en Taviana y luego bajan su cabeza siguiendo su camino.

En el momento que llegamos a un cruce, la vibración en mi interior se aviva con la urgencia de tomar el corredor en dirección al sur, hacía donde se encuentra él. Me afirmo de mi tesón para doblar al oriente hacia donde se dirige Liana. El pasillo por el que avanzamos a cada paso se observa más desierto, escuchando únicamente el alboroto desde el exterior.

—¿Cómo crees que lograremos escapar con toda esta atención? —pregunto una vez que cruzamos la última puerta, la que nos muestra el ingreso a los calabozos.

—La destrucción de la torre de Calesia no fue un acto muy sutil de tu parte. Ahora ella sabe que no estás enlazada y vendrá por ti. —Se detiene, y con un solo destello se transforma a su forma original. Está claro que percibe la energía fría que se cierne desde el corredor que acabamos de transitar. Al mismo tiempo, Taviana y yo nos ponemos en una posición defensiva esperando a la maldita hechicera.

La brisa gélida se sigue acercando al igual que una pequeña y tenue neblina. No espero la embestida de Calesia y arremeto contra la bruma. Un gran resplandor me enceguece al tiempo que me desorienta.

—Eleonor. —Una voz conocida es la que hace que baje la guardia. Una vez que recupero la visión, contemplo a Sondra al lado de Lael—. Pasamos a través de todo el pueblo sin ser vistos. —Comenta con evidente emoción.

Ni siquiera respondo. Todos nos ponemos en movimiento ingresando al sector de los calabozos. No alcanzamos a dar un par de pasos cuando nos encontramos de frente con dos guardias que custodian el lugar. No es necesario que me enfrente a ellos. Liana y

Lael se mueven con ligereza alcanzándolos antes de que puedan reaccionar. Al tocar sus frentes de inmediato caen inconscientes. Sondra agarra las llaves del cinturón de uno de los hombres y toma la delantera guiándonos por el corredor.

Nos acercamos a la primera puerta de hierro que no deja ver su interior. Sondra la abre de prisa y Lael es el que se introduce en el espacio. Al asomarme me encuentro con Asila acostada en el suelo. Su hermano la levanta tomándola en brazos. No alcanzo a escuchar lo que dice, pero le susurra palabras en su oído, a lo que ella responde abriendo con dificultad sus ojos. Un nuevo sentimiento me atropella, pero esta vez soy yo quien lo alejo. No es momento para desmoronarme, menos cuando veo su piel cubierta por las marcas rojas que devoran su vida.

—¡Ya era hora! —Una ronca y débil voz se escabulle desde el calabozo contiguo. Al acercarme, Sondra ya se encuentra en su interior abriendo las cadenas de Boreas.

Contemplo al joven príncipe que a pesar de su visible deterioro no pierde la determinación en su mirada. Una vez que se deshace de sus grilletes abraza con fuerza a Sondra y no es necesario que digan nada, con sus miradas demuestran todo lo que en secreto se profesan.

—Te vincularon. —Afirma cuando levanta su cabeza observando mis ojos y luego su mirada recae en Taviana que como siempre se mantiene a mi lado.

—No me ofrecí de manera voluntaria. —Respondo con el sarcasmo característico de Boreas.

—Debemos movernos. —Liana se acerca a nosotros y desde una pequeña alforja que cuelga del cinturón de su vestido extrae varios objetos que nos extiende.

Tomo el brazalete construido por plumas de águila y sin cuestionarlo lo coloco en mi muñeca.

—Esto no los hará invisibles, pero bloqueará que Calesia los pueda percibir. —Explica y luego se voltea hacia su hermano. Acaricia con cariño la cabeza de Asila y posteriormente le da un leve asentimiento a Lael, quien se sumerge en una espesa niebla desapareciendo junto a Asila. Siento cómo una leve brisa fría pasa por mi lado y se mueve hasta que ya no siento su presencia.

—¿Ahora qué? —Sondra pregunta y el alivio que pudo haber sentido al encontrar a su amigo se fuga retornando su nerviosismo.

—Nos iremos. —Confirma Liana—. Lamentablemente no puedo ocultarlos a todos, así que deberemos llegar a las catacumbas, es la única vía de escape. —Dirige su mirada a Boreas.

—Sé cómo llegar hasta ahí sin ser vistos, pero primero. —Se ubica al medio del corredor y grita—. ¡Nube!

Además de escuchar el barullo de afuera, no soy capaz de escuchar

alguna respuesta por parte de su animal, pero eso no es impedimento para que el joven príncipe le quite las llaves a Sondra y corra desapareciendo por un pasillo a unos metros. Nos colocamos en movimiento en su dirección hasta que lo encontramos en el interior de una celda quitándole el bozal a Nube, quien al ser liberado de inmediato lame la cara de su amo.

Un nuevo sentimiento se escurre dentro de mí y esta vez lo dejo avanzar a pesar del dolor que me infringe sentir el atisbo de felicidad.

—Tenemos compañía. —Liana nos advierte cogiendo una de las cadenas que se encuentra en el suelo y la enreda en su muñeca. Boreas también se incorpora de manera ágil y toma una de las espadas de mi cinturón al igual que yo.

Desde el pasillo, que es nuestra única salida aparece un grupo de guerreros acompañados por sus animales. Boreas esconde detrás de su espalda a Sondra, mientras nuestros lobos toman una posición de combate.

Ni siquiera medito la desventaja de número al contar a seis hombres. Lo único que puedo vislumbrar es la imperativa necesidad de salir de este lugar al coste que sea.

Liana es la primera en reaccionar corriendo al encuentro y como lo he presenciado con anterioridad, se desvanece antes de alcanzarlos. Su materialización se realiza a sus espaldas golpeando con la cadena en la cabeza a uno de ellos para luego con un solo toque de su mano adormecerlo. Aprovechamos el desconcierto de los guerreros para avanzar y atacarlos.

—¡Capturen a la princesa y al resto mátenlos! —El guerrero que lidera al grupo da la orden que para mí es una ventaja, al saber que no me lastimarán, no al menos de muerte.

Taviana gruñe lanzándose sobre uno de los hombres que reacciona luchando por hundir el acero en su cuerpo. De inmediato me aproximo y entierro mi espada en su brazo clavándolo al suelo, permitiendo que mi loba ataque su garganta. Para mi sorpresa, el animal perteneciente al hombre gruñe en un espeluznante bramido, pero no ataca. Se mantiene a una corta distancia contemplando a Taviana. No tengo tiempo de analizar su reacción, menos al sentir el agarre de mi cabello, el que me lanza contra el suelo. En un acto reflejo me volteo y golpeo en su masculinidad al guerrero que me quiere aprisionar para luego tomar la espada del hombre, ahora muerto a mi lado, e incrustarla en su pie. Me levanto de un salto y pateo su cara. Levanto la mirada para ver cómo Liana ya se ha deshecho de tres soldados, y a un costado, Boreas remata al último hombre en el suelo. Nube es el que se encuentra en desventaja, tres animales lo rodean y acechan con sus largos colmillos.

“Ayúdalo” ordeno a través de mis pensamientos a Taviana que de

inmediato emprende su carrera hacia los animales. Se lanza sobre uno mientras yo también corro para defenderla. Me detengo cuando veo la confusión de los lobos ante la presencia de ella. No la atacan, únicamente gruñen como si hubiera algo que los detuviera a hacerlo.

Al comprobar que el animal que se encuentra en el suelo repele el ataque, pero no se defiende, grito

—¡Suficiente! —Taviana no acata mi orden de inmediato, pero al advertírselo nuevamente suelta al lobo.

—¿Qué fue eso? —Boreas jadea a mi lado afectado por la pelea. Claramente su estado físico después de los días de encarcelamiento lo mantienen débil.

—Es la alfa. —Declara Liana y todo toma sentido. Ya me lo habían mencionado, pero jamás cavilé lo que pudiera significar eso, no al menos para los animales. —Debemos irnos ahora, pronto vendrán más guerreros.

Ni siquiera lo cuestionamos, todos nos ponemos en movimiento saliendo a toda prisa de los calabozos. Boreas nos dirige esta vez tomando un camino diferente por el cual habíamos ingresado. Abruptamente Liana se detiene y sus pupilas se tornan blancas, al segundo, una nueva explosión hace temblar las paredes a nuestro alrededor. La vuelvo a observar y podría jurar que observo una leve sonrisa. No tengo tiempo de preguntar a qué se debe, porque mi interior se vuelve inestable. Como si un rayo rozara mi piel, el estremecimiento se esparce por mi cuerpo envolviéndome de calor y necesidad. Ya no es un llamado, ahora es una exigencia que me detiene al sentir la cercanía de una presencia. Cierro mis ojos y percibo su palpitar, el que de inmediato se alinea al mío. Me giro y lo veo.

—Alen. —Exhalo en un necesitado gemido.

Capítulo 26

La figura del príncipe de las tinieblas se muestra tenue a través de las antorchas del lúgubre corredor, sin embargo, nada es sutil ante su aparición. Sin poder rehuir ni detenerlo, nuevamente me sumerjo en un abismo ardiente y crudo. Su invisible llamado se transforma en una obligación que me es imposible denegar.

—¿Qué haces? —pregunta contemplándome como si nada más existiera. Da un paso hacia mí observándome con curiosidad. Su imponente figura también me enceguece, estremeciendo mis sentidos, los que perciben su mirada como una quemante caricia haciendo vibrar la marca de sus dientes en la base de mi cuello.

—¡Eleonor! —Liana toma de mi brazo al tiempo que las pisadas inundan nuestro alrededor. Escucho maldecir a Boreas al comprobar que los guerreros nos rodean desde el frente y retaguardia junto a sus lobos, encerrándonos en el corredor.

Esto no me detiene para que mi cuerpo reaccione con impaciencia también dando un paso hacia él. Mi objetivo está en el hombre que desde el inicio ha consumido mi mundo y ha volado una y otra vez todos mis cimientos. Me deshago del firme agarre de Liana y doy mi orden a Taviana. La loba gruñe a mi espalda amenazando a cualquiera que me quiera detener ya sea aliado o enemigo.

—Es hora de que nos marchemos. —Proclamo percibiendo también la agitación de su pecho ante mi voz.

—¿Por qué haríamos eso? —Da un nuevo paso y aunque suena seguro, el latido de su corazón se alborota ante mi cercanía.

—Esta guerra debe terminar. —Digo con convicción. Al dar un nuevo paso, sus ojos enrojecidos y el gruñido de Liska a su lado me confirman que él no regresó.

—Esta guerra nunca acabará mientras no tengamos todo lo que queremos. —Sus palabras son un tormento, no obstante, el sonido de su voz me hipnotiza—. Tú eres mía y jamás me podrás abandonar. Lo sabes.

“Lo sé”, mi cabeza exhala porque mi instinto me señala que; si lo abandono, una parte de mí morirá, ya sea por el brutal encantamiento, por la veracidad de nuestra vinculación o por mi infinito amor.

—Me quedaré, pero a ellos déjalos marchar. —Menciono con la intención de buscar una salida o ganar tiempo. La negación de Liana es inmediata junto al desafío de Taviana que la retiene

interponiéndose en su camino para que no me alcance.

Doy un nuevo paso porque nuestra vinculación nos arrastra a tocarnos. Levanto mi mano hacia su cuerpo, no porque la oscuridad lo demande, sino porque ansío tanto su contacto como el fluir de mi sangre. Deslizo mi palma por la abertura de su camisa que expone su torso y con las yemas de mis dedos recorro la marca que realicé. Mi piel se eriza ante el roce y en respuesta él gime. Escucho el llamado con urgencia de mi nombre, pero no me alcanza. Agarro su camisa y lo acerco con pertenencia tomando su boca y de inmediato su lengua envuelve la mía.

—Ven conmigo. —Ruego en el borde de sus labios exponiéndome a que su respuesta será mi condena o mi salvación.

Acaricia mi mejilla con delicadeza para luego llevar su mano al borde de mi nuca y tomar con severidad mi cabello.

—Tú nunca te marcharás de mi lado. —Sonríe y deposita otro beso en mi boca.

Advierto el movimiento de los guerreros que levantan sus armas de manera intimidante hacia mis aliados. Lo vuelvo a besar cerrando mi mano en el mango de la espada que aún cargo. Lamo una última vez sus labios, finalmente aceptando en lo que me he convertido. Esta vez acepto el obsequio del encantamiento y asimilo su ideal. Al igual que ellos, jamás cederé. Nunca me detendré. La decisión está tomada. Y aunque deba luchar contra él, mi pueblo tendrá su oportunidad. La oscuridad no ganará. A pesar del quiebre de una parte de mi naturaleza deshago el contacto, consciente de que no existe el retorno para ninguno de los dos.

—¡Déjanos marchar! —Doy un paso atrás levantando la espada que dirijo a su corazón, momento en que Taviana cambia el rumbo de su amenaza hacia el heredero del Valle Oscuro.

—¿Lucharás contra mí? —Alen suelta una gran carcajada que es acompañada por dos guerreros que levantan sus arcos. De inmediato mi alerta despierta al visualizar las flechas blanquecinas y conocer su significado—. ¿Estás dispuesta a morir por ellos?

No es necesario que verbalice mi respuesta, retrocedo hasta ubicarme al lado de Boreas y Liana.

—Por un momento me hiciste dudar. —Susurra el pequeño príncipe. Mi respuesta no alcanza a llegar. Alen mueve levemente su cabeza y las flechas son disparadas hacia Liana.

Me lanzo de forma instintiva para cubrirla y al instante ella se desvanece esquivando al menos una de las flechas, la otra se entierra en mi hombro izquierdo traspasando la carne y atravesándome con inclemente dolor. Antes de caer, Boreas reacciona y me atrapa en sus brazos. El grito de irritación de Alen hace que levante mi cabeza. De manera ágil desenvaina una de sus espadas y de un solo movimiento

cercena la cabeza de uno de los guerreros que disparó.

—¡Todo aquel que la lastime morirá! —brama con la intención de acercarse a mí, pero Liana se vuelve a materializar tapando su paso al igual que Taviana, ambas lo enfrentan.

Me incorporo con dificultad ignorando la punzante tortura de los músculos desgarrados y nuevamente lo encaro.

—Para matarlos a ellos tendrás que matarme a mí primero. —Desafío no sólo sintiendo la aflicción de mi cuerpo, sino también aceptando mi completa revelación a él y al enlace.

—Entonces veremos cuánto eres capaz de soportar. —Me reta haciendo un gesto a sus hombres, confirmándome que él tampoco se detendrá.

Del final del pasillo y entre las sombras aparecen nuevos guerreros arrastrando una persona. Una vez que es posicionada al lado del heredero, éste la toma de su cabello elevando su cabeza y revelando su identidad.

—Brisa. —Exclamo confundida al recordar que ella había sido enlazada, sin embargo, el real terror en sus ojos, es un indicio de que no fue así.

Cavilo mis escasas posibilidades y saco de la parte posterior de mi cinturón el libro que quizás sea el único objeto que nos pueda entregar alguna respuesta y esperanza. Me giro entregándoselo a Boreas, quien lo recibe con desconfianza. Miro a Sondra que se ha mantenido escondida tras su espalda y lamento que no todos podamos ser salvados.

—Liana márchate, tú puedes desaparecer, llévate a Boreas. —Murmuro no como sugerencia sino como una orden.

La negación del pequeño príncipe es inmediata al igual que la de la hechicera.

—Te quedarás aquí o verás morir a cada una de las personas que tanto ansías salvar. —La aseveración de Alen acapara mi atención y me vuelvo para mirarlo.

Levanto la espada y la dirijo en su dirección, evitando los temblores que me producen el palpitante dolor en mi hombro. El odio de la oscuridad se agita, pero esta vez va dirigido hacia él. Constato que sus palabras no son una simple amenaza al dirigir una cuchilla al cuello de Brisa.

Nos enfrentamos con las miradas mientras nuestros instintos se retuercen salvajemente por definir quién será el alfa de nuestra unión. La vibración de su energía me advierte de su próxima acción haciendo que mis sentidos de reacción se aviven. Sin pensarlo, me muevo de prisa hacia su dirección. Sus ojos encuentran los míos y distingo la sorpresa en ellos, mientras clavo mi espada en su muslo, con la intención de detenerlo. Lamentablemente su mano es más ágil que mis

movimientos y debo observar cómo la garganta de Brisa es abierta por la daga y por su mano. La crueldad de su acto desata mi ira, haciendo que retuerza el acero en su pierna con el propósito de infringirle el mismo dolor que me abate y que mata parte de mis emociones hacia él.

—Eleonor. —Exclama con sorpresa y con voz agitada por el malestar, pero también por la aflicción que le produce mi inesperado ataque.

Jadeante me separo, porque mi pecho arde al igual que el de él. Liana me sostiene cuando mis piernas flaquean ante la maldita resolución que nace y que al volver a mirarnos se enardece, exhalando en un demoledor silencio en lo que nos hemos convertido. Enemigos.

Alen quita la espada de su pierna y observa con una espeluznante certeza a sus hombres.

—¡Mátenlos! —Ordena y fija su atención nuevamente en mí—. Ella es mía.

Liana se aferra a mi cuerpo y siento cómo una gélida bruma me comienza a envolver. Trato de luchar contra esto al captar su verdadera intención, que es la de llevarme con ella. Antes de desaparecer, esta intención es detenida por un fuerte temblor que hace que estalle la piedra que nos sostiene.

El terreno cede haciéndonos caer entre rocas y polvo. El aire gélido me sigue conteniendo como si levitara a un lento ritmo. El golpe de la caída nunca llega. Liana continúa sujetándome para luego con delicadeza depositarme en la superficie. Mi confusión se comienza a disipar junto a la bruma, haciendo audibles los gritos y aullidos. Mi primera percepción es la conexión con Taviana que aparece entre las rocas corriendo hacia mi dirección.

Entre el caos y la polvareda los guerreros se comienzan a levantar junto a sus animales. Liana es la primera en reaccionar derribando a un soldado y haciéndose de su espada. Me volteo para encontrar a Boreas que saca a Sondra de entre las piedras sin percibir al guerrero que lo va a atacar. Rebusco en mi cinturón sin encontrar ninguna espada.

—¡Boreas! —Grito para alertarlo, al tiempo que el esfuerzo me envía un espasmo de dolor como si la flecha se incrustara otra vez en mi hombro. Me voy a mover en su dirección consciente de que no alcanzaré a llegar y el temor aparece.

El príncipe se gira cuando el guerrero va a enterrar el filo en su espalda. El grito queda suspendido en mi boca al cruzar un haz de luz que intercepta el ataque lanzando al guerrero lejos. La imagen se materializa y el asombro es el que nace al contemplar a Barón. La comprensión se hace presente al saber quién es el responsable de las explosiones y de la sonrisa de Liana. Voltea para mirarme con

expresión indescifrable para luego volver a desaparecer, dejando una suave brisa que se mueve en nuestro entorno a medida que los guerreros que se mantienen en pie siguen cayendo. Me gustaría agradecerle al Antiguo Anciano por venir en mi auxilio, pero esto aún no termina.

Recorro el lugar apreciando la cueva que es alumbrada por los destellos de las luces que envuelven a los hechiceros. Claramente nos encontramos debajo de la fortaleza siendo tal vez la única vía de escape del Valle Oscuro. La nueva alarma que aparece y que me es imposible ignorar, es no visualizar a Alen, sin embargo, percibo sus pausadas pulsaciones. Miro a Taviana la que recibe mi requerimiento y se desliza entre los escombros para buscarlo. A los pocos segundos me confirma su descubrimiento, el cual también es captado por Boreas. Los dos nos dirigimos hacia el extremo en donde el cuerpo de Alen se encuentra enterrado bajo una piedra que aprisiona una de sus piernas.

Mi desplazamiento es más lento de lo que quisiera, al seguir soportando la tortura en mi hombro y también por la desesperación de saber su condición.

—¡No! —grito al observar que Boreas levanta su espada y la dirige hacia el cuerpo inerte de su hermano, siendo Liska quien aparece entre las sombras con la intención de defender a su amo.

—No lo podemos dejar vivo, vendrá por nosotros, nos cazará. —Objeta el pequeño príncipe con determinación, idea que de inmediato rechazo.

—Él es el único capaz de romper esta maldición. —Apelo por su vida. A pesar que el resentimiento es una gran roca que ahora cargo en mis hombros, es imposible siquiera imaginar su fallecimiento.

—Ese es tu problema… —Boreas da un nuevo paso hacia Alen aún con la espada levantada—. Tu compasión.

—La misma que no te abandonó a tu suerte. —Le recuerdo junto a mi próximo mandato. Taviana se mueve acechante a su dirección uniéndose a Liska. Nube se une a su amo, sin embargo, sé que no atacará a mi loba.

Sondra se mueve con cautela hasta posicionarse al lado del joven príncipe y toma de su brazo bajando su arma. Nuestros ojos se encuentran mostrándome que comprende mi decisión. Ella también estuvo dispuesta a todo por mantener con vida a la persona que ama.

—Esta decisión será tu responsabilidad. —Boreas me advierte, alejándose.

Avanzo con dificultad entre los restos de piedra y caigo de rodillas al lado del heredero de este reino. Confirmo su leve respiración, sintiendo un completo alivio. Acerco mi mano a su rostro quitando los rastros de polvo consciente de que debo despedirme, pero cómo

hacerlo si él es mi inicio y también siempre será mi final. Mi interior se agita ante la inminente pérdida y el innegable aviso de que nunca podré hallar paz mientras su alma se mantenga errante en las sombras y lejos de mí. Me afirmo a su cuerpo porque la valentía se quiebra ante el término de nuestra historia, que como dijo Boreas: solo será el inicio de una cacería que nos volverá a encontrar y esta vez, para enfrentarnos.

—Ya es hora. —Una brisa fría se manifiesta a mi lado junto a la figura imponente de Barón que sin preguntar me toma entre sus brazos, levantándome. No necesito hablar, ni mirarlo, es evidente que no me hubiera podido alejar por voluntad propia. Él lo sabe, y en el cobijo de su abrazo me transmite la total comprensión ante mi contradicción y agonía.

Cierro los ojos cuando un sin fin de emociones regresan y se abren paso despedazando mis instintos, los que aúllan por regresar a su lado. Me aferro con fuerza al Antiguo Anciano aguantando el ensordecedor flagelo del inevitable adiós.

Capítulo 27

Los movimientos de Barón se tornan más rápidos al notar que por la abertura que dejó la explosión se filtran las voces de nuevos guerreros. Inesperadamente la luz del amanecer se vierte sobre mis párpados confirmándome que hemos salido de la cueva, sin embargo, aún no escapamos del peligro. Abro mis ojos reconociendo el bosque que rodea la ladera de la fortificación y también al escuchar las pisadas de los animales que vienen por nosotros.

Barón me baja para reunirse con Liana y caminar hasta una muralla de grandes árboles. De su alforja extrae un polvo rojizo que esparce en el borde de los troncos, instante en que un crujir de ramas me alerta desde mi espalda.

Me muevo con dificultad, no solo sorteando la aflicción de mi cuerpo sino también la parte de mí que sigue expuesta y permanece en el interior de la cueva.

Al girarme, veo cómo de entre los arbustos una veintena de hombres se incorporan con sus arcos en manos. Debo parpadear un par de veces para salir de mi confusión y asombro al notar sus ropajes.

—¡Eleonor! —La voz de mi hermano retumba en la base de mi pecho y mi rostro se agita en busca de su sonido.

—Al parecer, sí podremos salir de este lugar. —Boreas comenta, sin embargo, lo ignoro. Mis piernas ya están en movimiento para reunirme con Emery.

Mi hermano corre hacia mi dirección, pero antes de alcanzarme una fuerte ventolera me azota congelando e inmovilizando mi cuerpo. La gélida niebla me atrapa envolviéndome y de inmediato reconozco su procedencia. Calesia.

—¿Pensaste que te librarías de mí? —El brazalete de plumas de águila que llevaba en mi muñeca es arrancado y siento el glacial aliento de la hechicera en mi oído. Me agarra firmemente y antes de que pueda reaccionar, estoy cubierta por su poder, el que me envuelve haciéndome invisible junto con ella. Mi intento por deshacerme de su sujeción es en vano, sin poder evitar que me arrastre hacia el interior de la cueva.

Contemplo a mi hermano que confundido y desesperado mira hacia todos lados buscándome.

—¡Calesia! —Escucho el grito de Barón y lo logro divisar corriendo en todas direcciones junto a Liana alertados de la presencia de su hermana.

—Debí acabar contigo desde un principio. —La hechicera me sigue arrastrando hacia la oscuridad, siendo inútil alejarme de ella, su fuerza es mayor que la mía. —Pero eso es algo que todavía puedo cambiar.

Escucho el gruñido de Taviana que se acerca y que a pesar de encontrarme invisible, ella es capaz de sentirme. El filo de una daga se presiona en mi pecho y no estoy segura de contar con el tiempo suficiente para esperar a ser rescatada, situación que ya no me preocupa, más bien observo la fortuna de poder llevar a cabo mi juramento hacia la maldita hechicera. Sin dudarlo, lanzo mi cabeza hacia atrás golpeando su cara, lo que evidentemente no hace que me suelte, al contrario, corta la piel de mi torso. Ignoro el dolor concentrándome en la movilidad que necesito para tomar el collar que le entrega la mayoría de sus poderes. Cierro mi mano alrededor de los colmillos de lobo que cuelgan de su cuello y lo jalo desprendiéndolo de su cuerpo.

La brisa gélida desaparece al igual que algunos de sus dones. Levanto mi brazo observando que ya no se encuentra translúcido, retornando cierto alivio al estar otra vez visible. El gemido de ira de Calesia a mi lado es el que me alerta de su nueva arremetida y sólo alcanzo a levantar mi brazo para cubrirme. Gimo al sentir el filo de la cuchilla que desgarra parte de la piel haciéndome trastabillar. Logro estabilizarme al escuchar las pisadas de Taviana que se acercan a gran velocidad, pero no lo suficiente para la próxima embestida. La hechicera a pesar de no contar con todos sus dones, mantiene la ventaja al encontrarme desprovista de algún arma, sin embargo, tampoco dejo que esto me detenga, por lo que desplazo el dolor y absorbo mi furia para recibir el corte y abertura de su daga en mi mejilla. Cuando va a atacar nuevamente, la energía a mi alrededor cambia y no necesito observar la apariencia que se acerca para saber de quién se trata. El latido de su corazón junto al hormigueo de mis poros es la confirmación de su presencia. La cuchilla de Calesia queda suspendida en el aire momento en que su expresión es cambiada por una mueca de dolor. Detrás de ella aparecen los ojos enrojecidos que se encuentran tatuados a fuego en mi carne.

—Te dije que, si la volvías a lastimar, te despellejaría viva. —Alen susurra en el oído de la hechicera mientras la espada atraviesa su cuerpo manchando el ropaje de su torso de un rojo intenso.

Nuestras miradas se encuentran un instante con un sin fin de palabras que no son pronunciadas, sin embargo, la comprensión se desliza primitiva y natural.

Contemplo a Calesia que lucha por soltarse, pero esta vez no dejaré que se salve. Soportando mi propio dolor, agarro la flecha enterrada en mi cuerpo quebrándola de un solo impulso.

—Esto es por Asila. —Exhalo entregándole una gélida sonrisa para luego hundir las astillas de la madera del árbol sagrado en su mejilla.

Sus ojos se tornan blancos, pero esta vez, los acompaña el horror al darse cuenta que su destino ha sido trazado.

Alen saca la espada de su cuerpo y lanza a la hechicera hacia un costado entre los gemidos de consternación y el presagio de su destrucción.

No arremeto contra ella otra vez porque mi satisfacción está en haberle entregado el augurio de una muerte lenta y consciente.

—Eso no era necesario. —Alen jadea mientras me indica el trozo de flecha que aún mantengo en mi mano—, pero me enorgullece tu determinación, eres una digna heredera de Los Lobos.

Doy un paso atrás, jadeando por mi propio esfuerzo al continuar luchando por mantenerme de pie. Contemplo su estado que es tan deteriorado como el mío, pero al igual que yo, su voluntad se mantiene intacta.

Los destellos de luces comienzan a aparecer a nuestro alrededor. Desde su espalda antorchas cargadas por nuevos guerreros y desde la mía los hechiceros que vienen por mí.

Alen se mueve ágil hacia mi dirección con la intención de atraparme, pero cae de rodillas al ceder la pierna herida por mi mano. Percibo su dolor, pero lo que prevalece es la irritación y frustración en el pequeño gruñido que suelta. Entierra la espada en la roca y levanta su rostro haciendo algo que jamás podría pensar que sería posible. Alza su mano.

—Quédate conmigo. —Solicita con ira y desesperación. Entre tanto, el sonido de las flechas cortando el aire se comienzan a cernir a nuestro alrededor estableciendo una vez más a qué bando pertenecemos.

Me alejo un paso más sintiendo la presencia de Taviana a mi costado, quien aúlla al palpar mi propio lamento al rechazarlo. La bruma de mi interior se disipa haciendo que encuentre mi propia voz y el propósito para el que nací y fui criada. La obligación de liderar a Badru. Ese objetivo está por encima de mis primitivos deseos, de la oscuridad y de él.

No es necesario que mi decreto sea pronunciado. A través de nuestra vinculación, el heredero al trono de la Casa de Los Lobos, lo recibe bajando su brazo que es acompañado por la decepción en sus ojos.

—Sabes que iré por ti. —Ahora es él quien determina, mientras lucha por mantener su estabilidad—. Aunque deba recorrer cada espacio de este mundo te encontraré y te traeré de vuelta al lugar que te pertenece.

—Mi lugar es con Badru. —Respondo siendo plenamente

consciente de todo lo que va contenido en mis palabras.

—¡Tu lugar es conmigo y con el Valle Oscuro! —grita intentando otra vez alcanzarme. —Nunca te desharás de mí, llevas mi marca.

Sus palabras se agitan en mi interior porque es la cruda verdad. Ya no necesito un dibujo impregnado en mi piel para que me indique mi verdadero origen. La huella que él dejó es mucho más profunda y real.

Nuestras miradas siguen sujetas hasta que un movimiento las destraba. Calesia se coloca de pie con una daga en su mano, y antes de que pueda dar la orden a Taviana, Liska es el que salta sobre ella, derribándola.

Mi mirada regresa a Alen que me devuelve una sonrisa arrogante momento en que intenta otra vez alcanzarme. Esta vez no necesito alejarme. Una brisa fría me absorbe por completo junto a un destello de luz. Liana me carga hacia el exterior mientras mis ojos continúan sujetos a los del descendiente de las tinieblas y en mis oídos retumba el llamado desgarrador de mi nombre en sus labios.

Los estallidos y explosiones comienzan junto al aullido de los lobos. Por mi parte quiero seguir luchando, pero el incesante dolor en mi interior y exterior me hace finalmente ceder descansando mi cuerpo sobre la hechicera.

—Resiste. —Escucho las palabras de Liana que me animan—. Pronto te curaremos.

Asiento hacia ella sabiendo que los hechiceros sanarán mi cuerpo, sin embargo, hay algo que nunca jamás podrá ser regenerado. Las sombras que llevan sus garras clavadas en mi esencia y que nunca me dejarán.

De forma repentina el frío es cambiado por el calor. Al levantar mi rostro veo la cortina de fuego que queda a nuestra espalda deteniendo a nuestros enemigos.

—¿Está bien? —Escucho la voz de mi hermano que se acerca al igual que la presencia de nuestros aliados.

—Lo estará. —Responde Liana que sigue cargándome.

Hago el intento por bajarme, pero es denegada por la hechicera. El instinto de Taviana es el que me llega informándome que los lobos continúan viniendo en todas direcciones.

Unos metros más adelante es Barón el que me toma y su energía me absorbe por completo encegueciéndome con su blancura, la que también me entrega cierto sosiego para las heridas en mi piel. No estoy segura de cuánto tiempo transcurre hasta que la neblina se desvanece.

Despierto encontrándome en el interior de una barcaza. A pesar del malestar en mi cuerpo me incorporo para reconocer mi entorno.

Lo primero en observar son varios soldados aliados que corren por la cubierta ubicándose en la base de los remos. La figura de Lael se mueve en varias direcciones levantando su bastón en el aire, desviando las flechas que vienen desde el bosque que nos acecha.

Busco a mi hermano, a Liana, a Boreas y a todos los que me acompañaban en la cueva. Cierro mis ojos hasta que recibo la señal de Taviana que se encuentra cerca y dirijo mi vista hacia donde la percibo. Por la ladera del bosque, descendiendo, contemplo los destellos de luz característicos de los hechiceros, percatándome de que Barón me trajo con su don antes que a ellos, quizás con la intención de ponerme a salvo. Situación que no me complace porque no estaré segura hasta que todos lo estén.

Me muevo hacia la popa resuelta a no dejar que mi malogrado estado físico me lo impida. Y el alivio de cierta forma llega al vislumbrar las siluetas que comienzan a aparecer entre los follajes, corriendo por la diminuta playa.

Las velas se alzan junto al viento que inicia un ululante ascender a mi alrededor. Me volteo y observo a Lael que a través de su báculo desprende una gran cantidad de brisa que lentamente se convierte en viento agitando las velas. Los hombres comienzan a remar, mientras Taviana, Boreas, Sondra, Emery, Nube y los soldados se suben a un bote que se encuentra esperando en la costa. Mi atención cambia hacia los aullidos que se vierten desde el seno del bosque y que cada vez se escuchan más cerca. Cuando el bote nos alcanza, me muevo hacia la escalera para recibir a los últimos tripulantes. Al encontrarme con mi hermano nos fundimos en un abrazo.

—¿Pensaste que te dejaría a tu suerte? —menciona acariciando con cariño mi cabello.

No respondo, solo me mantengo ceñida en sus brazos buscando la calidez de su amparo, el cual no logra llegar a mi interior.

El movimiento de los remos intensifica su velocidad mientras Liana se une a su hermano creando una fuerte ventolera dirigida a las velas que se vuelven a extender y a empujar con más potencia el barco.

A la playa llegan los lobos acompañando a sus guerreros, los que disparan en nuestra dirección flechas envueltas en fuego. El aullido espeluznante que proviene desde el borde del acantilado, el que ahora se hace visible, nos muestra a los hombres de este reino montados en sus caballos. No me es difícil reconocer a uno en particular. Priust. Desde esta distancia no puedo ver con claridad su rostro, pero estoy segura que su expresión de odio y revancha ha crecido y se incrementará al conocer el desenlace de su compañera.

El barco aumenta su velocidad a medida que nos adentramos al mar. Y aunque debiera sentir alivio por alejarnos a salvo del Valle Oscuro, me mantengo sujeta al borde de la embarcación percibiendo

en la brisa que alborota mi cabello, un firme y ensombrecido llamado correspondiente al encantamiento y perteneciente a él.

Capítulo 28

Abro mis ojos con los últimos recuerdos un tanto difusos. Una vez que zarpamos y nos alejamos lo suficiente del Reino del Valle Oscuro, de inmediato fui atendida por los Antiguos Ancianos, los cuales se ocuparon de la mayoría de mis lesiones. Obligándome muchas veces a dormir a través del manto de sanación que ellos poseen. Mientras lo hacían aliviaban y regeneraban al menos el dolor físico.

Entre los intervalos de conciencia, contemplé la desazón en los ojos de los hechiceros ante la inminente pérdida de una de sus hermanas. La imagen de Asila la divisé desde lejos y entre bruma, percibí la dedicación que cada uno le entregaba y también observé a mi hermano arrodillado a su lado la mayor parte del trayecto.

Cuando el atardecer cayó, alcancé a vislumbrar las elevaciones de las montañas del Reino de Aquilón antes de volver a caer en una intranquila inconsciencia.

—Al fin despiertas. —La voz masculina a un costado de la habitación es la que me trae al presente.

Me incorporo observando el entorno blanco, hecho que confirma el retorno a la Casa de los Antiguos Ancianos y también lo hace la ligereza de mi cuerpo al notar que fue curado.

Dirijo mi atención a la persona que se encuentra en el interior de la alcoba y encuentro al pequeño príncipe sentado en un sillón. Su apariencia se encuentra limpia y sin cicatrices visibles de heridas o grilletes. Su delgadez es aún notaria, sin embargo, su expresión muestra la recuperación.

—¿Cómo te sientes? —pregunta en un tono de voz que denota que sus palabras son una cortesía.

Ni siquiera me molesto en responder, salgo de la cama dirigiéndome a la silla en donde localizo ropa.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto con la inquietud de saber si el desenlace ya ocurrió.

—Llegamos anoche. —Boreas se levanta en el instante que me desprendo del camisón—. ¿Necesitas que salga?

—¿Por qué estás aquí? —Ignoro su sugerencia, mientras me comienzo a vestir con un ceñido vestido que de inmediato detesto y rechazo, considerando que la princesa que vestía para presentarse en una corte ya no existe.

—Necesitaba hablar contigo. —Responde y de reojo observo que se gira para darme la espalda.

—Tal vez puedas aguardar, necesito encontrar a mi hermano. —Amarro los lazos a mi pecho para luego encaminarme hacia la salida.

—¡Espera! —Boreas se mueve hacia la puerta interceptando mi camino.

—No tuve la oportunidad de decírtelo antes, pero agradezco que no me hayas dejado ni a mí, ni a Sondra. —Pronuncia las palabras mirando directamente a mis ojos.

—No debes agradecer nada. —Respondo esta vez en un tono más suave—. No sólo lo hice por ti.

—Lo sé. —Se ubica tapando la puerta—. Sé que lo hiciste por mi hermano y sé lo que sientes. La maldición que llevamos en nuestra sangre es suficientemente poderosa para hacer dudar a cualquiera.

Nos miramos un instante y de cierta forma encuentro entendimiento, al saber que él también siente el acecho de las sombras que se encuentran latentes y vivas en algún lugar de nuestro interior.

—Sólo quería que supieras que tienes mi completo respeto, lealtad y espada. —Expone de manera casi solemne—. Y de ser necesario, la ayuda para no sucumbir a las tinieblas.

No verbalizo mi respuesta, lo único que hago es asentir, siendo suficiente para sellar un compromiso que tal vez sólo él y yo seamos capaces de comprender.

Me devuelve la afirmación moviéndose hacia un costado.

Al salir al pasillo, camino hacia la silueta que desde que abrí mis ojos percibí. Taviana ante mi cercanía gruñe haciendo que me detenga, sin embargo, no es necesario que la toque para trasmitirle mi gratitud y recibir por parte de ella la calma de verme nuevamente en pie.

—¿Dónde se encuentran todos? —Observo a Boreas preguntando con impaciencia.

—En el jardín.

Sin más preámbulos me dirijo al exterior con la intención de conocer el estado de mi hermano y por supuesto el de Asila. Recorro los corredores con rapidez y como estaba dispuesto en la primera visita a este reino, el silencio es el que envuelve sus recovecos. La gran diferencia esta vez, es que la hechicera no susurra en mis pensamientos dirigiendo mis pasos y entregándome quietud.

Al enfrentarme a las puertas que anuncian la salida al jardín, me detengo al contemplar una silueta que al parecer espera por mí. Cierto alivio me recorre al ver al Príncipe de Las Altas Montañas de Aquilón y no sólo porque esté presente sino porque su apariencia es muy diferente a la que observé la última vez, cuando nos encontrábamos apresados en su reino. Su vestimenta es negra y su rostro va despejado al tener tomado el cabello en un firme moño. La incipiente barba acompaña su conjunto dándole un aspecto de seguridad y madurez.

—Princesa. —Gamar realiza una dramática reverencia regalándome una leve sonrisa—. Me complace verla nuevamente y a salvo.

—Estamos lejos de estar a salvo. —Aclaro de una forma más cortante de lo que quisiera.

—Eso no está en duda, más bien mi saludo fue por gentileza, no me reprendas por querer sacar al caballero que secretamente habita en mí. —Da un paso en mi dirección recorriéndome con la mirada, pero no de forma sugerente, más bien con curiosidad—. Me agrada el color de tus ojos, lo que realmente hay que mejorar es el vestido, no te asienta.

—Al fin en algo estamos de acuerdo. —Respondo apaciguando la severidad de mis palabras y de mi voz.

—Ella espera por ti. —Menciona cambiando su expresión a una más seria, lo que me obliga a emprender la marcha dirigiéndome al exterior. Siento la presencia de Boreas y Taviana que alcanzan mis pasos y juntos salimos.

Ni siquiera reparo en la majestuosidad del jardín de los hechiceros. Mis pensamientos mantienen un único objetivo y más ahora que sé que Asila continúa con vida. Me sorprendo al observar caballos esperándonos en uno de los senderos, pero no lo cuestiono, menos al observar que Boreas y Gamar se suben decididos en ellos.

A los segundos ya nos encontramos galopando internándonos en la profundidad del bosque y no aminoramos la marcha hasta que por el rabillo del ojo percibo a Nube que se une junto a Taviana a nuestro recorrido. No necesito preguntar a dónde nos dirigimos, la respuesta se encuentra al frente de mis ojos. Un gran árbol blanco emerge desde el regazo del bosque.

Descendemos de nuestros caballos y me acerco para encontrar en sus laderas a los Antiguos Ancianos vestidos en el mismo tono. Reconozco a Barón, Lael, Liana, Fennes y la otra hechicera que nuevamente olvidé su nombre, y que para mi asombro, ahora no es susurrado en mi cabeza, confirmándome que mis pensamientos ya no se encuentran a su disposición.

En un rápido vistazo observo algunos sirvientes y también soldados que se mantienen a una respetuosa distancia. Al encontrar los ojos de Sondra me da un leve gesto de cabeza, mientras sigo caminando hasta posicionarme al lado de mi hermano. Recordando que ya habíamos realizado una ceremonia para despedir a una persona que se había vinculado con él. Se gira hacia mí, pero su mirada no es cabizbaja como esperaba, más bien es determinante.

—Te está esperando. —Me afirma de los brazos transmitiendo en su contacto la contradicción de sus emociones. La tranquilidad y quizás alegría de tenerme a su lado, así como también la amargura de

esta pérdida.

Una vez que me suelta, camino hasta donde se encuentra depositado el cuerpo de Asila. Su último lecho ha sido construido a los pies del árbol sagrado. En un colchón de hierba y flores blancas que se mezclan con su vestido volviéndolo uno.

Los hechiceros dan un paso atrás para que acceda a su encuentro y al llegar a su lado me arrodillo junto a ella. Respiro para contener la ira, al observar su piel infestada por las marcas enrojecidas de la muerte. No es necesario que hable para informarle de mi presencia, el leve movimiento de sus párpados cerrados me informa que ya lo sabe.

Percibo el movimiento de sus dedos que afirman su báculo y me apresuro a tomarlo. Rozo su piel que yace fría y sin ningún atisbo de energía como antes. Sus hermanos se acercan colocando sus manos en ella y también en mí. De inmediato un apacible calor recorre mi cuerpo y una pequeña oscilación se agita como si me conectara con ella. Lucho por escuchar su voz, pensando que tal vez me quiere entregar un último mensaje, pero me es imposible alejar a las sombras que se mantienen aferradas a mí. Cierro mis ojos asumiendo la aflicción que me crea no poder tener su comunicación una última vez. La frustración me aplasta, pero la agitación del calor no me abandona, al contrario, crece encausándose hacia un objeto. El bastón en mi mano se agita irradiando tenues destellos de luz y esta vez no necesito sus palabras, el anuncio es claro. Tomo el báculo que expende un indicio de energía que me transmite que parte de ella sigue ahí y que nunca me abandonará tal cual lo prometió. La unión de los hechiceros se deshace cuando de los labios de Asila escapa su último aliento.

Me incorporo con entereza a pesar de que mi interior se contrae, mismo sentimiento que embarga a todos los presentes a mi alrededor.

Liana cubre con una delgada tela el cuerpo inerte de la hechicera, para luego dejar que Lael, su hermano y regente de la misma casa, La de Los Ciervos, se acerque cargando una antorcha en su mano.

Retrocedo aferrada al bastón que continúa inexplicablemente percutiendo una casi imperceptible vibra, mientras los troncos empiezan a arder.

Los Antiguos Ancianos cierran al mismo tiempo sus ojos. Estoy segura que realizan una plegaría que únicamente ellos pueden escuchar. Barón es el primero en salir de su abstracción para con paso firme y seguro tomar una nueva antorcha, la que ahora es dirigida a la base del árbol sagrado.

La confusión es lo que primero aparece al percatarme que el robusto tronco se comienza a prender. No obstante, la comprensión llega al entender cuál es el propósito de esta acción, que no es otra que destruir el único objeto de nuestro mundo que es capaz de destruirlos y también, es quien le entrega mayor poder al

encantamiento.

No termino de contemplar la desoladora ceremonia y me alejo, porque también tengo un solo objetivo. Me encamino hacia los caballos y al pasar por el lado de Gamar le quito una daga de su cinturón.

Cabalgo hacia el castillo, consciente de que Taviana sigue mis pasos al igual que el príncipe de Aquilón. Me detengo en el jardín llevando conmigo el báculo y la cuchilla. Camino por los senderos pintados de pétalos blancos hasta que llego a la pileta central.

Exhalo dejando apoyado el bastón en un costado. Sostengo la cuchilla con fuerza en mi mano y cierro los ojos un instante para recuperar las imágenes que fueron creadas hace unos días atrás en este mismo lugar. En esa oportunidad, me acompañó un hombre que fue mi devoción, junto a un compromiso con una sólida proclamación. Aquella vez también corté una cabellera con la ilusión de que aquel acto sellaría el pacto de un utópico amor, ingenuamente pensando que sería suficiente.

Hoy retorno a este lugar con un nuevo y último juramento. El de nunca volver a someterme a ninguna tiranía, adversario u oscuro llamado. En este momento convocaré a mi ejército y a todo aquel que quiera unirse en la batalla por la recuperación de Badru. Nada, ni nadie me detendrá hasta lograr mi objetivo, así tenga que pasar por encima de él o de mí. Decreto el final de mi dominación y doy paso al inicio de mi independencia. Refuerzo este pensamiento agarrando el costado de mi trenza a la altura de mi nuca, dirijo la cuchilla hacia ella y la corto.

No me desprendo solo de mi cabello, sino también de las hebras de mi esclavitud a un trono.

Desde este momento mi apariencia indicará que soy una mujer con una única misión. Luchar.

Suelto el cabello que cae a mis pies, confirmando mi mandato, el que es afianzado por la agitación de las sombras y su sed de revancha y sangre.

—No sabía que además de ser un pésimo caballero, también eres un fisgón. —Me giro para enfrentar a Gamar que me ha estado acompañado desde que bajé del caballo.

—Solo quería verificar que no fueras a la batalla sin mí. —Responde mientras observa la cuchilla en mi mano y luego asciende sus ojos hasta mi cabello.

—Jamás dejaría afuera de mis planes al Rey de Aquilón. Tu reino será el primero que recuperaremos. —Me acerco devolviéndole su daga—. Vamos, necesito ropa, una espada y un ejército.

Gamar cuadra sus hombros, y junto a Taviana, siguen mis pasos hacia el interior del castillo. Así como también lo hace el

imperceptible, pero firme llamado de él.

Continuará…

Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Tamara Kruger
Reina de Badru

Este libro fue la luz en mi oscuridad

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 1

Aprieto la mandíbula al sentir el dolor de la aguja hundiéndose en mi carne, pero dejo que la herida en mi muslo sea atendida. Trago el dolor utilizándolo como la única vía de escape que poseo para no olvidar mi objetivo. Vengar a mi pueblo. El Valle Oscuro.

El encantamiento al que fui sometido me mostró lo que significa ser un verdadero hijo de los lobos. No existe duda en cuál es mi responsabilidad como heredero del reino. Es lo que manifiesta el enlace que recorre mis venas y del cual no rehuiré; porque ese es mi destino, unirme a mi real linaje.

Las imágenes de la tiranía que sufrió mi gente se mantienen latentes, recordándome, que no me detendré hasta obtener justicia. Cada rey y cada persona que participó en la destrucción de mi pueblo, pagará. Destruiremos sus hogares y tomaremos todo lo que poseen hasta que rueguen por piedad, de la misma forma que lo hicimos nosotros.

Las vacilaciones que sentí en algún momento fueron anuladas por Calesia, quién ha introducido la sangre del vínculo a diario en mi cuerpo. Su argumento para realizar la ceremonia de forma periódica, ha sido la necesidad de recuperar el tiempo que no estuve entre ellos. Con esto, ha logrado que me una al sentir de mi familia y también que olvide mi anterior vida.

Mi estadía en la Casa de los Ciervos ya no la recuerdo y tampoco tiene ningún significado para mí. Menos después de saber que Leónidas el hombre que me cobijó, fue uno de los causantes de la devastación que arrasó con mi gente y quién me negó la posibilidad de ayudarlos. Por esto, hoy su vida se extingue en el frontis del castillo. Su condena me satisface, al ser una de las tantas venganzas que vamos a ejecutar. La siguiente, será que su hija retorne a mi lado para que observe cómo terminamos de conquistar su atesorado Badru.

Al recordarla la furia regresa. Su huida nos puso en una posición vulnerable y, además, me dejó como el hazmerreír del reino, al no poder controlar a la mujer que sería mi compañera. Con su acto, mi jerarquía fue menospreciada y hasta puesta en duda. No permitiré que me avergüence sin que reciba un castigo. En su caso, el castigo no será la muerte, que es la sentencia que dicta mi reino ante la traición. Su castigo será el regreso a mi lado. Si quiero tomar el liderazgo, mi primer objetivo será traerla de vuelta para forzarla a cumplir con su deber. Procrear a un heredero que nos entregue la victoria.

Gruño al percibir la última puntada en mi pierna. De inmediato se acercan más mujeres para ocuparse de mis otras lesiones y para limpiar mi cuerpo. Hace unos días atrás hubiera disfrutado de las

atenciones, sin embargo, en este momento, el toque de sus dedos se percibe como acero recién fundido.

Me levanto apartándolas y me alejo buscando mi ropa. El único pensamiento que inunda mi cabeza es el de revancha, una que no se alejará hasta que tome el control de todo nuestro mundo y, por supuesto, de ella. Eleonor. Su nombre me sacude con la necesidad de reunir al ejército para marchar a su encuentro y demostrarle que ella no es más fuerte que yo.

—¿Podemos hacer algo más por usted, mi señor? —Una de las mujeres pregunta y no necesito mirarla para saber lo que insinúa el tono de su voz.

Niego despachándolas con la mano, pensando en la urgencia de encontrarme con mis líderes. Necesitamos organizar nuestros próximos movimientos. Paso con rapidez la camisa por mi cabeza, momento en que una sutil esencia levita en el ambiente. Las imágenes se escabullen mostrándome el instante en que me embelesé de este aroma y de un diminuto cuerpo. La brutal ansía vuelve a despertar, deseando más.

Me volteo hacia la puerta y llamo a la última doncella que se encuentra por salir. Hace noches atrás aquella mujer estuvo en mi lecho entregándome minuciosos e íntimos cuidados. Para mí, fue solo el instrumento para saciar los impulsos de ir en la búsqueda de la Heredera de Luna Llena. Mi padre me advirtió que su cercanía podría tornarme débil y debía apaciguar mi apetito en otros lechos. No me negué a su sugerencia porque sentí cómo mi ideal se aflojaba cuando me acercaba a ella, y por nada de este mundo dejaré que tenga poder sobre mí.

Me levanto en medio de la habitación observando a la joven que espera por mi petición.

—Quítate la ropa —demando, y ante mis palabras, sus ojos se profundizan, no siendo necesario ocupar ningún tipo de cortejo, ni ahora ni antes.

Mientras se desnuda, deslizo la mirada por su cuerpo, tratando de borrar la visualización de una blanca piel que insiste en aparecer.

Avanzo hacia la mujer, decidido a borrar el rastro de Eleonor y también los fantasmas de su recuerdo. Tomo del cuello a la doncella observando cómo sus pupilas se dilatan ante mi tacto. Su excitación es notoria al percibir cómo se eriza su piel su piel. Como lo hice con anterioridad, cierro mis ojos y encuentro sus labios en busca de sosiego. Su beso es ardiente, pero para mí no sabe a nada o, al menos, nada parecido al sabor que sigue latente en mi boca. Sitúo mis manos en sus rígidos senos, anhelando redención, una que no está ni cerca de aparecer. Gimo, no de deseo sino de frustración, al percatarme que el cuerpo que quiero poseer es otro y, esta vez, la necesidad se siente

como una tortura que anula cualquier intento de saciedad.

Retrocedo, instante en que la alcoba es irrumpida por varios guerreros acompañados por sus animales. Doy un nuevo paso atrás para alcanzar mi espada que se encuentra sobre la mesa. Liska se sitúa en mi costado en una postura desafiante al igual que yo.

—Nos debes acompañar. —El tono ocupado por el que lidera el grupo no es una sugerencia, y tampoco lo es, la forma en que los hombres posan las manos sobre el mango de las hachas.

Dejo la espada y recojo mi pantalón. Me visto sin dejar de observar por el rabillo del ojo, atento a cualquier movimiento por parte de ellos. Una vez que termino de atar mis botas, tomo el cinturón que carga la mayoría de mis armas.

—Yo no haría eso —advierte Rivor, uno de los comandantes del ejército, dando un paso en mi dirección y ciñendo la mano con más fuerza a la empuñadura.

—¿Tú me detendrás? —respondo con el mismo tono que él utilizó. Sujeto las armas a mi cintura, sin perder el contacto visual, deseando que se atreva a despojarme de mis espadas. La sed de sangre continúa vociferando por salir, y más ahora que vienen a escoltarme por traición.

Su expresión denota que él también desea que lo enfrente, pero se hace a un costado, al igual que los otros guerreros para que salga de la alcoba.

El ruido de mis botas contra la piedra resuena mientras camino a paso seguro por el corredor. A pesar de que el dolor en mi muslo es torturador, lo trago evitando cojear. No es momento para mostrar vulnerabilidad frente a ellos, ni menos ante mi padre.

Al ingresar al salón me mantengo alerta, rodeado por los guerreros que me custodian. Recorro rápidamente el lugar, encontrando a Celsius sentado en su trono, acompañado por soldados que lideran las tropas. A su izquierda, de pie y recompuesta de las heridas que le ocasioné, la hechicera.

—¿A qué se debe tanto alboroto? —Mi voz es firme y casi aburrida mientras señalo a los hombres que me custodian.

—Yo te demostraré a qué se debe este alboroto. —Priust camina, decidido, en mi dirección, con la mano apretando el mango de su arma. Sus pasos son detenidos por un muro de guerreros que, de inmediato, le obstruyen el acceso.

—¡Detente! —ordena Celsius desde su trono. Priust ignora su petición, sacando el hacha—. Te dije que te detuvieras. No habrá ningún tipo de sentencia sin haber esclarecido los hechos.

—En la traición no hay nada que esclarecer —Priust

responde, sin apaciguar la amenaza en su voz.

Suelto una carcajada, mientras recorro el rostro de Calesia. Me

deleito con la herida que lleva al rojo vivo en la mejilla, señal de que su existencia, pese a que no la pude asesinar, se encuentra condenada. Su expresión, ante mi burla se encoleriza, no obstante, mantengo la sonrisa.

—¿Me podrías explicar qué te hace gracia? —Celsius pregunta, al tiempo que Priust intenta, nuevamente, abrirse paso entre los guerreros.

—¿Quién me acusa de traición? ¿Acaso es ella? —Indico a Calesia, momento en que, de manera lenta, ubico la mano en el borde de mi cinturón, listo para utilizar la espada, en caso de que sea necesario.

—Calesia te acusa de herirla y de dejar escapar a Eleonor —Celsius declara desde su sillón, todavía conservando la calma, a diferencia de mi padre que mantiene la expresión contraída.

—Si mi memoria no me falla, la orden fue mantener con vida a la Princesa de Luna Nueva, y eso fue lo que hice. A excepción de Calesia que intentó matarla. Si alguien debe ser acusado de traición, es ella.

—¡Eso no fue lo que sucedió! —La hechicera se incorpora, alzando la voz—. Ella nos engañó, nunca se vinculó.

—Otro error tuyo. —Doy un paso hacia su dirección—. Dijiste que tenías el poder para quebrarla, y como no lo conseguiste, decidiste matarla, sin que te importara el hecho de poner en riesgo a todo nuestro reino.

—¿Eso es verdad? —Priust se gira, para ahora encararla a ella.

—No la quería matar, la quería capturar.

—Extraña forma de tomar a alguien prisionero, cortando su piel en reiteradas ocasiones. De no haberte detenido, la hubieras asesinado. —El recuerdo hace que quiera enterrar mi espada otra vez en su cuerpo y esta vez sacudir sus entrañas.

—Por lo visto, tu vinculación con ella te encegueció —Calesia escupe las palabras, como siempre, con la intención de envenenar los oídos de todos.

—Quizás, el hecho de que mi padre la reclamara fue lo que te cegó a ti.

—¡Suficiente! —Celsius llama la atención de los presentes, y hace un ademán a los guerreros a que bajen sus armas—. No es momento de discutir, y menos de acusarnos de traición entre nosotros. —Esta vez, mira con advertencia a Priust hasta que este baja su arma—. Necesitamos organizarnos y continuar con el plan que habíamos trazado. Marchar hacia el norte.

—La sangre fue destruida —Calesia sentencia con la misma furia que siento yo.

—¿Y qué esperas para ir a recolectar más? —Celsius pregunta con impaciencia.

—¿No te das cuenta que me estoy muriendo, que Eleonor sentenció

mi vida? —Calesia indica la herida en su rostro.

—¿Y eso quiere decir que nuestra lucha se detendrá, porque no podrás acompañarnos? —Celsius pregunta, y yo sonrío hacia ella.

—Eso quiere decir que si continúo enlazando a más personas me debilitaré —Calesia responde, conteniendo la ira que muestran sus ojos.

—Entonces, deberás llevar a cabo esta tarea con urgencia. Necesitamos de más guerreros, sobre todo ahora que perdimos a varios de los nuestros en el ataque —Celsius proclama y, como de costumbre, sin compasión ante nada—. No creo que deba recordarte que eres responsable de esto. Si no te hubieras distraído, habrías percibido la presencia de los hechiceros.

Calesia mira un instante a Priust, quién se ha mantenido en silencio. Sus ojos, además de furia, delatan algo que también percibe Celsius.

—Algo más está sucediendo, ¿qué es? —La voz de Celsius se torna severa.

—Eleonor se llevó el libro —revela, esta vez, vacilando un segundo.

—No me digas que no sabes tus conjuros de memoria —me burlo, sin poder apaciguar las ansías de venganza hacia ella.

—¡Guarda silencio! —Mi padre me advierte, y en sus ojos también puedo ver que algo oculta.

—Dilo de una vez —Celsius demanda, mirando a Calesia y luego a Priust.

—Ellos ya conocen la otra forma de romper el encantamiento.

Capítulo 2

Escucho el ruido de mi respiración, que ingresa de forma apresurada y acelero la velocidad de mis pasos. Pese al dolor, no me detengo ante las ramas que arañan mi rostro por la oscuridad de la noche. El crujir de hojas es el único sonido perceptible junto a las pisadas de Taviana, que acompaña mi carrera a través del Bosque Blanco. El viento revolotea a mi alrededor y también lo hacen las nubes que cubren la Luna Llena que, al mostrarse, ilumina los follajes de un espectral amarillo. Su presencia es una confirmación de mi fertilidad.

Hoy, es el día que tendría que concebir al heredero. Uno que hubiera acabado con el encantamiento que inunda a Badru. Lamentablemente, la fortuna no estuvo de nuestro lado y, en este momento, corro no solo para aplacar el dolor de tantas pérdidas, también lo hago para abatir el inherente llamado a la procreación. Si fuera otro mi destino, podría saciar mi necesidad con cualquier hombre que estuviera dispuesto, sin embargo, la sensación que se mantiene constante y susurrando en mi cabeza es que aquella quietud, le pertenece solo a uno. El sonido es tan poderoso, que no existe duda en el llamado que me quiere dirigir a su encuentro.

Apuro aún más el paso, con la intención de que el esfuerzo aplaque lo que siento. Pero el ardor, no calma la evocación de su rostro, ni tampoco la sensación que mantengo de sus manos cavando mi piel. Menos aún, lo hace la marca de dientes en mi nuca, la que hormiguea estableciendo la soberanía que él reclamó y de la cual, nunca me podré desprender.

Aminoro el paso al acercarme al acantilado. Me detengo en la cima de la pequeña colina, recuperando el aliento. Los jadeos de Taviana me avisan de su cercanía y, una vez que llega a mi lado, aúlla hacia la luna con aflicción, la misma que siento yo.

Levanto el rostro para que el viento apague la hoguera que me envuelve y alzo los brazos para desprenderme de su recuerdo. Cierro mis ojos centrándome en las emociones, y tal vez con una leve esperanza de olvidar. Mi sangre fluye rauda, al igual que el latido de mi corazón. Las sombras que transitan en mi interior me confirman que el ritmo está sintonizado a otro palpitar.

Me inclino hacia adelante, lanzándome. Y caigo rogando para que él me deje. El golpe del agua no tarda en llegar. Me mantengo sumergida hasta entumecerme. Pataleo con fuerza para impulsarme a la superficie, con la intención de encontrar el anhelado aire y con la

intención de controlar mi nueva naturaleza.

Una vez que mi cabeza se asoma al exterior, recorro mi entorno buscando a Taviana. Desde la colina, aúlla.

—¡Cobarde! —grito, mientras nado hasta el borde de la laguna.

Salgo del agua, aún jadeante, sin haber calmado el impetuoso deseo, pero lo encarcelo al contemplar la figura que surge entre los árboles que rodean el lugar.

—No tienes que vigilarme. —Miro a Liana, que se acerca con su habitual calma.

—No te vigilo. Custodio el lugar como lo ordenó Barón. —La Antigua Anciana juega con su collar de plumas mirando a nuestro alrededor.

—Te aseguro que Calesia tiene cosas más importantes que hacer, en vez de intentar secuestrarme otra vez. —La expresión de Liana se contrae ante la frialdad de mis palabras, pero eso no hace que sienta remordimiento—. Liana, lamento que vayas a perder a una de tus hermanas, pero no me arrepiento de lo que hice.

—Sé lo que sientes y sé por qué lo hiciste. —Liana se aproxima, mientras comienzo a caminar en dirección hacia el castillo—. Lo que desconoces, es lo que significa para nosotros su pérdida.

—Tienes razón. No lo sé, pero no soy tan compasiva como ustedes para olvidar todo lo que hizo. Ella fue la causante de la muerte de Asila.

—La partida de Asila fue el inicio. La muerte de Calesia será el final.

—¿De qué hablas?

—Las respuestas llegarán a su debido tiempo.

—Pensé que el tiempo de los secretos había terminado. Si hay algo que deba saber necesitas decirlo.

—¿Tú te encuentras lista para hablar de tus secretos? —Se acerca y posiciona la mano sobre mi pecho—. ¿Estás preparada para decirme lo que te atormenta?

—Lo que me atormenta es terminar con esta guerra. —Doy un paso atrás, alejándome de su toque y del dolor que quiere brotar.

—Terminar con esta guerra no hará que recuperemos todo lo que hemos perdido. —Su voz vacila un instante, mostrando la pena que la asola.

Me giro y comienzo a caminar nuevamente. Me alejo de su presencia, al no querer abrir la puerta en la que se encuentra el recuerdo de todo lo que he abandonado.

—No puedes seguir huyendo. —Liana adquiere velocidad, impidiéndome el paso.

—Esta vez no estoy huyendo, esta vez estoy enfrentando lo que debo hacer —afirmo con la determinación que se ha mantenido desde

que fui vinculada.

—¿Y eso qué quiere decir? —Liana mantiene mi mirada.

—Quiere decir que, finalmente, tomaré el lugar que me corresponde como reina de Badru, y no descansaré hasta erradicar la oscuridad.

—La oscuridad también está en ti —declara, comprensiva, esperando a que al fin le abra mi corazón y le diga lo que me sucede.

—Si los vencemos, eso también se acabará. —Es la respuesta que doy, porque es la única que hoy poseo. Mi objetivo es uno, y todo lo que pueda sentir es una gran nebulosa que, si la dejo avanzar, estoy segura de que me destrozará.

—¿Qué sucederá si no lo puedes matar?

—Esa no es una opción. Lucharé hasta lograrlo. —Rodeo a la hechicera y me pongo en marcha otra vez.

—¡Sabes que en esta cruzada puedes morir tú y también él! —grita para hacerse escuchar.

—Haré lo que sea necesario —respondo, alejándome de ella, consciente de que mis palabras no son a la ligera.

Apuro el paso, al tiempo que rebusco debajo de mi ropa el colgante que realicé y aprieto con fuerza el trozo de madera del bastón de Asila. La energía que sentí en el momento de su deceso ya no la percibo, pero esto no hace que olvide lo que ella sacrificó. Y tampoco hace que olvide todo lo vivido desde que dejé por primera vez mi hogar.

La oscuridad en mi interior se agita, transformando la tristeza en ira. Me aferro a este sentimiento, reafirmando otra vez, que vengaré a cada una de las personas que perecieron ante las manos del Valle Oscuro. No tendré compasión con ninguno de ellos, ni siquiera con él.

Al aproximarme al castillo, Taviana se une a mis pasos, al igual que se hace visible el gran ejército que ahora habita en el interior del Bosque Blanco y en sus alrededores. Desde que retornamos a este reino, la convocatoria de soldados se ha incrementado y esperamos la llegada de más. Mi hermano ha enviado emisarios en todas direcciones, en la búsqueda de personas que no estén bajo el encantamiento y que se quieran sumar a la batalla.

Desde mañana se iniciará el entrenamiento y la preparación de la estrategia que utilizaremos para vencer al reino de los lobos. Me hubiera gustado iniciar antes la planificación, pero los Antiguos Ancianos han guardado luto estos días por el deceso de Asila. Mi duelo no ha sido por respeto hacia ellos. El mío ha sido por la hechicera, quien se había transformado en mi amiga y en la única persona que creía en mí.

Sigo mi andar sin prestar atención a ninguna de las personas que cruzan mi camino y que, al verme, realizan una reverencia. No me

detengo hasta que llego a mi alcoba con la intención de cambiar mi ropa húmeda.

Al ingresar, como siempre, encuentro a Sondra preparando mi vestimenta y, aunque en reiteradas ocasiones le he solicitado que no lo haga, ella insiste en regresar. La explicación ante su terquedad se basa en el agradecimiento que siente por haberla liberado de su antiguo hogar.

Me detengo al observar que, en el interior, además, se encuentra Zelania, Antigua Anciana regenta de la Casa de los Zorros. Estos días los hechiceros no se han apartado de mi lado. Se han turnado para vigilarme con la excusa de prevenir una represalia por parte de Calesia, pero sé que, en el fondo, lo hacen porque no confían en mí. Quizás piensan que en cualquier momento los podría traicionar o quizás huir para buscarlo a él.

—¿Necesitas que cure tus heridas? —La hechicera recorre los rasguños que llevo en mis brazos y rostro.

—No es necesario, lo que necesito es privacidad para cambiarme —respondo apática, porque el desprecio de mi voz es algo que no he podido, ni he querido matizar.

Zelania asiente con su cabeza para luego desaparecer. La fría brisa pasa por mi lado y, al seguir los ojos de Taviana, me confirma que ahora se encuentra apostada afuera de la puerta.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Sondra pregunta, observando las heridas de mi cuerpo.

—Ya lo has hecho. —Señalo la ropa acomodada sobre la cama—. Puedes retirarte.

—Te esperaré para bajar al salón a cenar —responde con firmeza, la misma que ha ocupado los últimos días.

—¿También te pidieron que me vigilaras? —pregunto, mientras comienzo a quitarme la ropa.

—No lo han hecho, solo quiero ser de utilidad. —Se aproxima unos pasos, cargando un vaso de agua que me ofrece—. Sé que no somos cercanas, pero me gustaría ayudarte en lo que necesites, sobre todo en este momento, me refiero a la Luna Llena.

—¿Saldrás a correr conmigo? —Recibo el vaso ignorando la mención a mi fertilidad que, desde siempre, ha sido de dominio público.

—Si es lo que necesitas.

—Lo que realmente necesito nadie me lo puede entregar —asevero, y comienzo a vestirme.

—Tal vez…

La interrumpo alzando mi mano, para que no continúe con cualquier idea que vaya a sugerir.

—No bajaré a comer. —Esta vez, al responder, no suavizo el tono

de voz—. Si de verdad me quieres ayudar, déjame sola.

Me observa, quizás con la intención de rebatir la solicitud, pero mi expresión junto al gruñido de Taviana, es suficiente para que acate la petición.

Una vez que abandona la alcoba, termino de vestirme con un conjunto de pantalones, botas, una camisa y sobre esta, un peto de cuero que llega hasta mi cadera, el cual es afirmado por un cinturón que se ciñe a mi cintura. El tiempo de corsés y represión ha terminado por mi parte.

Me acerco al tocador y localizo varias horquillas que utilizo para domar los extremos de mi cabello. Después de que lo corté, ya no es una opción realizar un recogido completo.

Me aferro a la mesa, exhalando profundamente al sentir que el calor aumenta al estar encerrada en esta alcoba. Salgo del lugar en busca de aire o de calma. Taviana, de inmediato, se une a mis pasos e ignoro a la hechicera que se encuentra de pie afuera de la habitación.

Camino por los corredores sin un objetivo determinado, consciente de que no importa a dónde me dirija, la tempestad de mi interior se quedará. Bajo la imponente escalera, doblando hacia el otro lado del salón, en donde la mayoría de las personas se encuentran cenando. Zelania sigue mis pasos, mas a una distancia prudente, de la misma forma que lo han hecho todas las personas que habitan en este lugar. No sé si lo hacen por mi nueva apariencia o, porque cada vez que me han hablado, mi respuesta ha sido parecida a un gruñido. Me gustaría mostrar más empatía, pero eso es algo que ya no siento. Lo único que me sigue moviendo es el dolor, el odio y, por supuesto, la venganza.

Giro en el siguiente corredor al escuchar y reconocer voces familiares. Me acerco a la habitación en donde se localiza el armamento de los Antiguos Ancianos. Entro junto a Taviana. Zelania se queda afuera.

Hacia el fondo del lugar y junto a una mesa, se encuentra Gamar y mi hermano. Los dos examinan, concentrados, varias armas en exhibición. Al sentir mi presencia, ambos se giran en mi dirección.

—Princesa. —Gamar es el primero en saludar. En su caso, no existe reverencia, en su pueblo no era costumbre bajar la cabeza ante nadie. Lo que sí asoma es una pequeña sonrisa.

—Eleonor. —Mi hermano me regala una pequeña inclinación de cabeza. No obstante, como ha ocurrido en los últimos días, rehúye mi mirada. Aunque no ha mencionado qué lo aflige, sé que se siente responsable por la pérdida de Asila, así como también por no haberme podido salvar de ser enlazada. Además, estoy segura de que piensa que mi actual condición es un cruel castigo. Observar mis ojos enrojecidos junto al acompañamiento de Taviana, es un recordatorio de su fracaso. Me gustaría decirle que no es su culpa, que fue mi

decisión quedarme en el Valle Oscuro, pero nuevamente, se aleja sin decir una palabra.

—Debes darle tiempo —Gamar aconseja, y yo observo cómo mi hermano sale de la habitación.

—No tenemos tiempo —respondo, consciente de que estamos a días de enfrentarnos a una guerra. Y si esta me lleva a la muerte, necesito resolver la relación con mi hermano. Pero, al igual que él, me siento responsable por lo sucedido y no encuentro las palabras.

—Mira lo que encontramos —Gamar informa, buscando mi atención.

Observo sin mucho interés el objeto que carga en sus manos, que es parecido a una ballesta.

—Estamos indagando la forma de adaptarla para que lance redes. —Me muestra uno de los extremos. Al mirar mi expresión de no entender, continúa con su explicación—: La idea es poder capturar a los animales que se encuentran enlazados. Como lo hemos conversado, nuestra intención es poder salvar tantas vidas como sea posible, hasta que el encantamiento se rompa.

—¿Confías en lo que dice el libro? —pregunto, mirándolo a los ojos, tratando de que ellos me señalen la verdad.

—La confianza hace mucho que se perdió —responde, dejando la ballesta sobre la mesa y luego retorna su mirada hacia mí—. Por mi parte, solo queda la determinación de rescatar a mi pueblo. Así que haré todo lo que esté a mi alcance, eso incluye confiar en lo que dice un polvoriento y antiguo libro.

No es necesario que trate de ver a través de él o de sus palabras, como siempre, su expresión indica sinceridad.

—Acércate. —Lo sigo hasta otra mesa lateral, donde se encuentran más armas—. Esto lo seleccioné para ti.

Me indica los objetos que relucen ante las incontables velas que cuelgan de los candelabros. Lo primero en apreciar es un arco de madera, haciéndome recordar el que me fabricó cuando fui una invitada en su casa. También hay espadas, diferentes tipos de dagas y un cinturón especial para poder cargarlas. A simple vista, el arsenal podría ser igual a cualquier otro, pero, al examinarlo con detenimiento, me doy cuenta de que su tamaño se ajusta a mi estatura. Además, cada elemento lleva marcado en algún costado la Luna Llena. Debería emocionarme ante el gesto, pero la mención a mi fase, es solo el recuerdo del legado de destrucción que me dejó mi padre.

—Gracias. —Me obligo a responder con gentileza. Gamar ha sido el único que me ha tratado con normalidad estos días. En ningún momento ha rehuido de mí, y tampoco he notado desconfianza.

—¿Quieres probarlas? —pregunta, cuando se percata de que otra

vez estoy desapegada de la realidad. Analizando y ordenando mis pensamientos que, desde que me vinculé, nunca han vuelto a estar calmos.

Gamar toma una cuchilla y me la extiende. Al recibirla, nuestros dedos se rozan y, al instante, el constante deseo se agita. Un escalofrío me recorre y, de forma instintiva, deslizo mi mirada por el contorno de sus ojos, baja por su quijada, hasta que se sitúa en su boca. El calor de mi piel aumenta y, aunque es otro el cuerpo que deseo, mi naturaleza me implora a que sacie mi necesidad. El gruñido de Taviana es quien me despierta, dando un paso atrás.

—¿Qué sucede? —pregunta, quedándose en su lugar.

—Nada. —Trago la saliva que se ha filtrado en mi boca, al tiempo que recuerdo las palabras de Barón, quién, hace unos días atrás, volvió a sugerir que procreara un hijo para mantenerme a salvo.

Esta vez, existe solo una opción para esta concepción, el rey de Aquilón. El hechicero piensa que la unión de nuestros reinos, sería una muestra de resistencia ante nuestros adversarios, y también hacia nuestro pueblo, el que busca esperanza. Por mi parte, me negué, rotunda, a un embarazo, sin embargo, el matrimonio aún no lo descarto. Como dijo el hechicero: unir nuestras casas, es el mensaje de fortaleza que necesitamos entregar a los del Valle Oscuro. Comunicarles que no estamos abatidos, al contrario, estamos de pie con más ímpetu que nunca y vamos por ellos.

—¿Siempre harás esto? —Gamar me observa en un tono casi aburrido.

—¿A qué te refieres? —Trato de cambiar mi expresión, pensando que él se dio cuenta que estoy considerando nuestra unión.

—Me refiero a que yo hablo, tú enmudeces un tiempo considerable y luego reaccionas como si quisieras arrancar una cabeza. —Sonríe ligeramente, para luego, cruzar los brazos y apoyarse de la mesa, como si mi respuesta fuera a tardar otra vez un tiempo.

—Me disculpo, solo estoy distraída. —Me concentro en la daga que cargo en mi mano, girándola y evaluando el peso.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —El tono de su voz me inquieta porque, no estoy segura qué está preguntando. Al otra vez enmudecer, aclara—: ¿Quieres ir a cenar o prefieres probar tu nuevo arsenal?

—Definitivamente, quiero probar el arsenal. —Exhalo el calcinante aire que aprisiona mi pecho, y ciño el nuevo cinturón a mi cuerpo.

El odio vuelve a resurgir por las sombras que me acechan y que me quitan el control, pero no cedo. Como juré, nada ni nadie me volverá a doblegar.

Capítulo 3

Taviana gruñe cuando vuelvo a caer al suelo y el filo de la espada de Gamar se posa sobre mi garganta. Me quedo tendida recobrando la respiración, mientras él sonríe con arrogancia. Debería sentirme frustrada por mi falta de experiencia en combate, pero el entrenamiento ha sido la respuesta para liberarme de mi asfixiante condición.

—Pensé que, ahora que eras toda una loba salvaje, no te rendirías tan fácilmente. —Gamar quita la cuchilla de mi cuello y me ofrece la mano para que me ponga de pie.

Recibo su ayuda ignorando el escalofrío que recorre mi piel ante el contacto, y me concentro en la pierna que sostiene su peso. Me levanto con agilidad y golpeo su rodilla. Al caer, sitúo la daga en su mejilla y él lleva la espada a mi pecho.

—No deberías descuidar tu guardia —advierto al mismo tiempo que nuestras miradas se encuentran—. Incluso el animal más desprotegido te puede sorprender.

—Tú eres cualquier cosa, menos desprotegida. —Baja el arma, pero no la mirada. Deshago el agarre y doy un paso atrás.

Gamar ignora mi incomodidad y se coloca en posición de ataque otra vez.

—¿Cuándo me vas a decir lo que piensas? —pregunto, sin levantar la espada.

—Creo que tu técnica es deficiente, pero la compensas con fuerza —responde, atacando otra vez.

Levanto mi espada para sostener el golpe de la suya y empujo para alejarlo de mí. La fuerza que ejerzo logra desestabilizarlo, pero no lo suficiente, haciendo que nuestros rostros y cuerpos se aproximen.

—No te pregunté acerca de mis dotes para el combate. —Vuelvo a empujar, sintiendo la rigidez de mis músculos que sostienen la corpulencia de su cuerpo—. Me refiero a nuestro enlace.

—¿Te quieres casar conmigo? —Sonríe, mientras ejerce más presión y su rostro se acerca hasta casi tocar el mío.

El calor repta por mi cuerpo por el esfuerzo y también por la Luna Llena. Mi instinto me sugiere que lo bese, pero en vez de eso, pateo su espinilla y lo lanzo hacia atrás.

—Debo entender que tu respuesta es no. —Gamar realiza una mueca de dolor, visiblemente divertido.

—No importa lo que quiera, lo que importa es que nos unamos para levantar los reinos. —Mi voz se torna fría y molesta ante su falta de seriedad.

—Sigues con el mismo discurso que cuando te conocí. —Enfunda la

espada y luego limpia el sudor de su frente—. Y yo te vuelvo a preguntar, ¿te quieres casar conmigo?

—Creo que sería una buena estrategia para dar una señal de fortaleza. Desde siempre los territorios se han unido por alianzas políticas o por el bienestar mutuo.

—Matrimonio por conveniencia —sentencia, ubicando las manos sobre sus caderas—. Sabes que, en algún momento, tendríamos que procrear un heredero para que esta alianza se refuerce.

Analizo sus palabras, las que clarifican la magnitud de crear una unión entre dos reinos. A diferencia del pasado, esta vez no dudo de mi cometido y tampoco lo veo como un sacrificio, al contrario, estoy lista para enfrentar mi destino que siempre fue liderar a Badru.

—Estoy consciente de lo que implica un matrimonio y la unión de dos estados. —Enfundo mi espada y doy un paso hacia él—. Y estoy lista para hacerlo.

—¿Qué sucederá si el encantamiento se rompe y Alen despierta de su enlace? —La brisa de la noche revolotea las hebras del cabello que caen de su tomado, de la misma forma que el frío se cuela en mí ante su pregunta.

—Ya no vivo de supuestos, ahora vivo del presente y de lo que mi pueblo necesita. Si no quieres realizar esta unión, solo debes decirlo.

—No sé lo que te sucedió en el Valle Oscuro y tampoco sé qué es lo que te hizo él, pero si tus motivaciones son la venganza, no podrás pensar con claridad. Yo también quiero vengar a mi padre, mas él ya está muerto, no hay nada que pueda hacer al respecto. Lo que sí puedo hacer es tratar de rescatar a mi pueblo, y eso es lo más importante. Pensaré si esta unión sirve para ese objetivo, y es lo mismo que deberías hacer tú.

Recoge del suelo el chaleco que se había quitado para entrenar y, antes de marcharse, dice:

—Si necesitas ayuda con otro asunto. —Levanta su rostro, indicando la Luna—. Puedo hacerlo, no necesitas concebir un hijo.

—Eso no es muy cortés de tu parte, y está fuera de lugar. —Alzo mi voz en el momento que la sugerencia entibia mi sangre.

—Yo diría que no es cortés mirarme como si fuera parte de un gran banquete. —Levanta las cejas y luego camina en dirección al claro—. ¿Me puedes acompañar?, si quieres

Me quedo en mi lugar viendo cómo se pierde entre la arboleda. Debería sentirme ofendida por la abierta propuesta, pero, en su caso, no es de forma imprudente, más bien, es cómo él vivió bajo las costumbres de su reino, en donde promovían el amor libre. Además, si de verdad estoy considerando unir nuestros reinos, la intimidad es algo que tendrá que ocurrir. Me aferro a la idea de que es un mero compromiso, por no aceptar que mi cuerpo respondió a su

insinuación.

Exhalo cerrando los ojos y, de inmediato, visualizo otro rostro. Tendría que sentir culpa por la dirección de mis pensamientos o por la decisión de casarme con otro hombre.

Sin embargo, en este momento, lo único que hallo es rencor ante el hombre que juró protegerme. Todo lo que sentía por él lo enterré en el instante que lo dejé, únicamente quedando la convicción de que nunca volveré a dejar que el amor me transforme en un ser indefenso. Nunca volveré a dejar que su presencia me torne vulnerable. Y, por supuesto, nunca estaré bajo su yugo por la vinculación que hoy día nos une. Él eligió su bando y a quien le entregaba su lealtad. Si su amor hubiera sido tan profundo como un momento lo manifestó, hubiera luchado por encontrarme, por llegar a mí. Quizás su destino siempre fue ser leal a su linaje y mi error fue creer que podía luchar contra eso. Pero no me volveré a equivocar, esta vez, la única voz que escucharé será la de la razón.

—¡Ya están aquí! —La voz de Bóreas me llega desde el castillo y, aunque mi instinto me sugiere que me interne en el bosque, lo que hago es girarme—. Los barcos se acercan al muelle.

—¿En cuánto tiempo llegarán? —Recojo mis pertenencias, caminando al encuentro del joven príncipe.

—Quizás para la medianoche. —En los ojos de Bóreas se observa entusiasmo, el mismo que siento yo por el arribo del ejército que viene desde el territorio de los Osos. Su llegada era una de las cosas que esperábamos para iniciar nuestros planes—. Asumo que no me dejarás afuera de esa reunión.

—Después de todo lo que has vivido, creo que deberías dar un paso atrás —advierto, consciente de que no todos saldremos vivos de la batalla.

—Para dar un paso atrás tendrás que encarcelarme —responde, desafiándome.

—No me des ideas. —Sonrío, mientras Nube se acerca y acaricio la base de su cabeza. Siento la incomodidad de Taviana, quizás anhelando por contacto, pero su naturaleza impuesta se lo prohíbe.

—Además, no me pueden dejar fuera, me necesitan, soy la mejor fuente de información que poseen —Bóreas afirma con petulancia.

—¿Qué opina Sondra de que vayas a la guerra? —pregunto con la intención de persuadirlo, a pesar de que tenga razón en que él es uno de nuestros mejores aliados.

—Los guerreros no consultamos con nadie la decisión de luchar.

—¿Qué edad tienes? —Lo contemplo ante la duda que surge y que nunca había tenido la oportunidad de aclarar.

—Catorce y manejo la espada mejor que tú. —Cruza los brazos, empinando sus hombros con arrogancia.

—Muéstrame. —Desenvaino una de las dagas y, sin aviso, arremeto hacia él.

En un parpadeo saca dos espadas de los costados y las levanta en forma de cruz sosteniendo el filo de mi arma. Antes de darme cuenta, deshace el agarre golpeando con su codo mi pecho. El aire escapa de mis pulmones y caigo de espaldas. Mientras toso, recuperando la respiración, Taviana se acerca, cautelosa, a mi lado.

—Tu entrenamiento con Gamar fue como un cortejo. Si realmente estás pensando en enfrentarte a mi pueblo, necesitas un buen maestro que no te trate como una princesa.

—¿Y ese maestro eres tú? —pregunto, aún recuperándome de la arremetida.

—¿Ves a alguien más por aquí que se encuentre vinculado? —Me mira con expresión ensombrecida.

—La verdad es que no veo a nadie en este castillo sediento de sangre y que le complazca matar a inocentes, —Me incorporo, molesta, pero no hacia él. Mi enojo es por lo que dijo. Quiero luchar, sin embargo, mi técnica jamás superará a los guerreros del Valle Oscuro, los que por años se han preparado.

—No se trata solo de la sed de venganza. Sé que es lo único que la vinculación te muestra, pero eso es porque lo que prima en ti, es la rabia. —Bóreas toma una posición más relajada y esta vez presto atención a sus palabras, él es de las pocas personas que entiende lo que me sucede.

—Ilústrame entonces, maestro. —Hago una exagerada reverencia burlona.

—Lo haré con la condición de que no me dejes fuera del combate.

Quiero rebatir otra vez. Es muy joven y no quiero poner su vida en riesgo, pero la tenacidad es algo particular en su familia y en su pueblo.

—Acepto —respondo, resignada y, al mismo tiempo, pensando que de alguna forma estoy firmando su sentencia de muerte, mas quién soy yo para quitarle su convicción, que, en el fondo, es la misma que poseo yo—. ¿Qué debo hacer?

—Debes pedirme que, oficialmente, sea tu maestro —explica, ceremonioso, mientras su boca se curva en una pequeña sonrisa.

—¿Me enseñarás o no? —rezongo, perdiendo la paciencia.

—Lo haré, no tienes para qué molestarte. —Sonríe, relajado, mientras me pregunto cómo es capaz de controlar su temperamento ante el vínculo que posee—. Primera lección y la más importante, debes aprender a abrir tus instintos. La oscuridad que te recorre debes aceptarla como un obsequio y utilizarla como una ventaja. Sé que en este momento te embarga el deseo de destruir todo lo que tienes a tu paso, sin embargo, has olvidado que también te has enlazado a uno de

los animales más letales, inteligentes y ágiles que rigen nuestro mundo. —Toma una pausa para contemplar a Taviana, que se encuentra a unos pasos de mí—. Es necesario que te unas en cuerpo y en alma a tu lobo. Para esto, concéntrate no solo en la fuerza, sino también en su rapidez y ligereza. Cierra los ojos —me ordena, y al notar que lo dice en serio, obedezco —. Abre tu mente y deja que la oscuridad avance, pero no la que grita su discurso de revancha, deja que avance la oscuridad que toma consciencia de tu cuerpo, de tus músculos, de tu palpitar y de tu respiración. Deja que tus reflejos se aviven y tomen el control. Una vez que logres la conexión contigo y tu entorno, no será necesario que observes a tu oponente, lo percibirás.

Asimilo sus palabras y trato de alejar mis pensamientos. Me concentro en mi respiración y en cada parte de mi cuerpo como lo mencionó. Me enfoco en mis sentidos, los que fueron despertados con el encantamiento, pero que, hasta el momento, me han dominado. Lo primero en percibir es el calor que me llama a la concepción junto a las imágenes que parpadean. De inmediato las alejo y me encauzo hacia mis otros sentidos. La tensión en mis músculos, el fluir de mi respiración y la emanación de mi sangre. Noto mi palpitar que, lentamente, se vuelve pausado y medito en esto por un largo tiempo.

La oscuridad circula salvaje e indomable por mi sistema, mas esta vez, despejo mis ideas y la dejo avanzar. No me enfoco en el inherente poder que infunde, me enfoco en canalizarla y guiarla a mis sentidos. Mi primer objetivo es dirigirla a Taviana y esta tarea no es difícil, su presencia siempre ha estado presente. Capto su respiración y, en esta ocasión, empujo un poco más hasta sentir el movimiento de su pecho al elevarse y al descender. Mi mente se abre reconociendo sus huesos y la carne que los recubre. Un escalofrío me recorre cuando la brisa agita su pelaje, pudiendo captar el sutil movimiento de este. No me detengo y sigo el fluir de su sangre llegando hasta su cabeza. Intento introducirme en su mente, pero hallo resistencia. No existe agresividad de su parte, más bien es protección. Respeto su recelo y oriento mis sentidos hacia nuestro entorno. En esta oportunidad, soy capaz de conectar con mi alrededor, descubriendo que se encuentra expuesto para mí.

El entusiasmo se suma ante este descubrimiento, pero no dejo que mi respiración se agite, no quiero perder la conexión. Inhalo lento, aceptando la bienvenida que me regalan las inmediaciones del bosque. El estruendo de sonidos y aromas en un inicio, es desconcertante. Calmo mi palpitar dejando que el enlace se fortalezca.

De a poco, las sensaciones se independizan consiguiendo identificarlas. Escucho el ruido del agua que escurre a lo lejos. Luego me traslado al crujir de las hojas que chocan entre ellas. También me llegan las voces que se filtran desde el castillo y el chasquido de la

madera proveniente de diferentes hogueras. Asimismo, los aromas se intensifican uniéndose al despertar. La brisa me envuelve, revoleteando las hebras de mi cabello, oliendo la humedad del lago en el que estuve sumergida. Inhalo otra vez, impregnando mi nariz del rocío de las flores provenientes del jardín de Barón. El musgo que crece en el borde de los árboles, la tierra mojada y también la seca, debajo de mis pies. Exploro un poco más este sentido hasta que percibo la fragancia del cuerpo de Bóreas, envuelta en frutas, seguramente de la cena, y al jabón con el que se bañó. Finalmente, la última esencia que percibe mi nariz es la de Gamar, rodeada de transpiración y sexualidad.

Mi cuerpo se contrae al sentir la luz de la luna que toca mi rostro y se conecta con mi bajo vientre. La necesidad, en vez de alejarse, se incrementa. Descarto estos impulsos y me dirijo a las otras partes de mi cuerpo que se encuentran expuestas. Asimilo la solidez de los músculos en mis piernas, espalda, brazos y hasta mi cuello. Noto la daga que aún mantengo sostenida y que se ha transformado en una extensión de mi mano. La oscuridad sonríe, al igual que mi interior, ya que me sigo sintiendo una desconocida, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, me siento viva.

No logro disfrutar de esta pequeña revelación cuando mis reflejos se orientan en otra dirección. Alzo mi espada y al escuchar el golpe del acero, abro los ojos observando la risa burlona de Bóreas, quien sujeta sus dagas con fuerza contra la mía.

—¿Soy o no un excelente maestro? —pregunta, sonriendo, con clara intención de someterme. De inmediato lo empujo para luego girar como la brisa a mi alrededor y, al enfrentarlo, mi espada se encuentra en su cuello. Vuelve a sonreír ahora más ampliamente, para luego decir—: Me rindo.

—Eso fue fantástico —admito, entusiasmada por lo logrado.

—Eso es solo el inicio. Si prácticas no necesitarás tanto tiempo de concentración para obtenerlo. Una vez que lo domines, se transformará en algo natural.

—¿Igual que un lobo? —pregunto, aún emocionada al continuar percibiendo cada detalle de la respiración de Taviana que retumba en mi propio pecho. Antes había sentido su conexión, pero ahora se hace más real, más cercana.

—Espero que no, sería extraño verte correr en cuatro patas. —Bóreas se acerca a Nube y acaricia su cabeza.

—Muy bien, ¿cuál es la segunda lección? —Espero por su respuesta, complacida al sentir por primera vez que la oscuridad no es solo una tortura, también es un beneficio. Asimismo, sonrío al darme cuenta de que mis pensamientos de odio se han serenado por un momento.

—La segunda lección es que vayas detrás de ese hombre y liberes al animal que tienes encarcelado. Pronto llegarán nuestros aliados y que andes babeando como loba en celo, no es una buena imagen para una guerrera lista para combatir.

—Como maestro apestas. —Giro y recojo el resto de mis pertenencias para luego dirigirme al castillo, segura de que mi cara se encuentra enrojecida. Cualquier concentración que pude haber logrado, desapareció—. Yo te voy a dar una lección. Es una gran grosería hablar de esos temas con una dama. Cuando sea reina de Badru jamás será de dominio público la fertilidad de alguna mujer.

—No te quise ofender, solo quería ayudar. —Bóreas me sigue y no necesito mirarlo para saber que se ríe con suficiencia—. Una parte de ti pertenece a mi casa y en mi reino era habitual que los guerreros tuvieran intimidad antes de partir a la batalla.

Camino con más molestia al pensar en una persona en especial, la que podría estar haciendo lo mismo al pertenecer ahora a la casa del Valle Oscuro. La ira que se había mitigado se levanta con más fuerza y, a pesar de que su toque tiene el poder de aturdir, él ya no existe para mí.

Capítulo 4

Camino por los corredores del castillo. El movimiento del interior exhala la inherente preparación para el último combate. Esta vez no tendremos otra oportunidad. Como se estipuló en el consejo, obtendremos la victoria o pereceremos intentándolo. Ninguno de nosotros está dispuesto a regresar a la degradación. En el caso de no conseguirla, el objetivo dictaminado por los líderes, es arrebatar tanto como sea posible. Por mi parte poseo mi propia misión. Encontrarla a ella. Desde que nos vinculamos no ha abandonado mi conciencia, menos ahora que soy capaz de percibir su fertilidad al ser Luna Llena.

Si hubiera sabido que el enlace en cuerpo sería de esta forma, habría rechazado estar en su cama. La advertencia no fue hecha, quizás, porque en ninguno de mis aliados he observado aquel comportamiento por alguna mujer. Y si lo hacen, es posible que lo escondan. En mi reino no se acepta ningún tipo de debilidad, menos por una hembra.

Desprecio estos impulsos. Detesto tener que anular la tentación de ir en su búsqueda. Asimismo, aborrezco la contradicción que esto me produce. No estoy seguro de si quiero localizarla para que reciba un castigo por lo que hizo, o encontrarla para volver a dominar su cuerpo.

Desvío mis pensamientos al enfrentarme a varios guerreros que cruzan mi camino. Aprieto la mandíbula soportando el dolor de mi muslo, al colocar todo el peso sobre la pierna lesionada.

Continúo por el pasillo y bajo las escaleras. Me interno en las catacumbas, nuevo lugar que utiliza Calesia como guarida. La idea de que ella me ayude no me complace, pero es la única que puede aliviar el malestar, además, es su obligación, no es un favor.

Liska sigue mis pasos y, como ha ocurrido desde nuestro enlace, percibo sus instintos, los cuales, en este momento, me alertan de una presencia. Miro al final del pasillo para volver a encontrar a las menores cautivas que esperan por el enlace. De ellas no se habló en la reunión. Si la muerte de la hechicera es inminente, no existirá nadie que las enlace. Tendría que sugerir que las liberaran para que se unieran como mozas del castillo. Si triunfamos se necesitará de toda la ayuda posible para levantar el reino.

Me voy a girar cuando una larga cabellera rubia capta mi atención. Doy un paso en su dirección y una de las niñas se encuentra afirmada de los barrotes. Un atisbo de recuerdo quiere surgir y, en esta oportunidad, cierta curiosidad aparece. Camino hacia ella para mirarla

con más detenimiento, pero al observarnos, se sumerge en la oscuridad. La misma oscuridad que me fuerza a que me aparte y continúe con la misión para lo que fui vinculado. Me alejo del lugar apagando cualquier recuerdo que quiera brotar. No me interesa dar un vistazo a una vida que fue una completa farsa.

Giro en el siguiente corredor y llego hasta la habitación temporal de Calesia. La encuentro sentada con los ojos cerrados, al parecer, recitando algún tipo de conjuro. Sus manos se encuentran apretando el colgante de dientes de lobo. Al sentir mi presencia, sale de su trance y me observa. Sus ojos, por un pequeño instante, continúan blancos y luego se tornan rojizos. La herida que lleva en la mejilla permanece sin cicatrizar, pero no ha avanzado. No, al menos, de la forma que lo hizo en la otra hechicera que fue herida. Lo que si destaca es el oscurecimiento alrededor de sus ojos y lo contraído de su expresión, quizás por el dolor que debe sentir.

—¿Qué quieres? —pregunta de manera áspera.

—Vengo por la dosis de sangre y necesito que cures mi pierna lastimada.

La respuesta es una carcajada burlona y amarga. Se pone de pie, acercándose.

—Primero, se acabaron las sesiones de sangre para ti, ya no la necesitas; y segundo, no te curaré, no perderé la fuerza que me queda contigo. —Me recorre de pies a cabeza con una expresión de desprecio.

—No es una petición, es una orden —refuto. Era obvio que no recibiría una agradable bienvenida, pero tampoco aceptaré su negación.

—Yo no respondo ante ti. Mi única obligación es con Priust. La energía que me queda será para velar por su bienestar.

—Para velar por su bienestar, necesitas de todos los hombres del reino para que lo protejan. En tu condición, si es herido, no serás capaz de salvarlo de las garras de la muerte.

—Él jamás será herido. Tú y sus soldados están instruidos para defenderlo, por lo que tu vida es la que se extinguirá primero que la de él, ¿o me vas a decir que, de ser necesario, no darás la vida por tu padre?

Me contempla, desafiante. No obstante, ella al igual que yo, percibe la presencia de mi padre en el corredor.

—Por supuesto que daré mi vida por él y por el reino, pero para hacerlo debo estar en óptimas condiciones. Para eso necesito que mi pierna se recupere lo antes posible.

—Calesia ya no atenderá a nadie más —Priust irrumpe en la habitación—. Debe guardar la energía que le queda, al menos, hasta que capture a su hermano.

—¿Hermano? —pregunto, confundido. Esta información no se reveló en el consejo.

—A Fennes. Él es quien posee el don de la sanación. No la curará, pero, con su habilidad, podría retrasar su deceso. —La hechicera mira de soslayo a mi padre, dando a entender que no le agrada que revele esta información. No obstante, él la ignora y continúa—: Por eso saldremos esta misma noche. Debemos mover nuestras tropas para anticiparnos a ellos y poder localizar la ubicación del hechicero.

—Me complace saber que existe una forma para que puedas permanecer con nosotros —alabo, tratando de evitar el tono irónico y dejando de lado mis verdaderos deseos hacia ella. Me enfoco en mi deber, que es gratificar al líder de nuestra manada.

—Ahora, si sientes que tus creencias titubean, se podría realizar una excepción. —Mira a la hechicera buscando aprobación, la cual no necesita, lo que él dictamine se realizará. Calesia me observa y, esta vez, su expresión es de curiosidad.

—No es necesario, mis creencias se encuentran intactas —afirmo, negándome a mostrarme como un enclenque ante su presencia. Además, tengo la fuerza suficiente para contener mis impulsos. Cuadro mis hombros a modo de despedida y ahogo la punzada de dolor en el muslo al abandonar la habitación. Me gustaría ocultarme para escuchar las confabulaciones que manejan en secreto, pero, al estar nuestros instintos amplificados, pueden percibir a cualquiera que esté cerca.

Camino de regreso, decepcionado por no haber sido sanado. Además de soportar el dolor, tendré que retrasar mis planes. Deberé esperar a que mi pierna se fortalezca para, nuevamente, retar a mi padre por el liderazgo de nuestro ejército. Solo puede existir un alfa en nuestro clan y ese, seré yo. Para asumir ese rol necesito ganarme el respeto de los guerreros y, por supuesto, derrotarlo a él. El enlace me indica que este hecho es el que me reconocerá como un legítimo hijo de los lobos. No he dudado de esto, menos después de conocer lo que reveló el libro robado a la hechicera.

Recorro los pasillos, dirigido por el encantamiento que me indica que debo prepararme para la partida. Antes de subir las escaleras, el eco de voces capta mi atención al reconocerlas. Me detengo para localizar la procedencia, y Liska camina hacia el borde de una de una de las paredes. Miro alrededor, cerciorándome de que no deambula ningún guerrero, para luego, acercarme a la grieta que expone la piedra. Me agacho aproximando mi oído a la abertura y logro escuchar con claridad a Priust y Calesia. Sonrío, satisfecho, por el retumbar que emite la roca.

—La sangre que alcancé a recolectar se encuentra lista —Calesia comenta.

—Mandaré a que la carguen de inmediato —Priust responde.

—Con relación a tu hijo, sabes que ya una vez intercedió por Eleonor, antes que por nosotros.

—Él no perderá su visión, menos por una mujer.

—De todas formas, no debes confiar en él, hay algo que me indica que nos podría traicionar.

—Eso es algo poco probable, sobre todo después de todas las veces que lo vinculaste. —Priust exhala—, en el caso de que aquello fallara, personalmente me encargaré de él, al igual como lo hice con su madre, y de la misma forma que lo haremos con Bóreas.

Como lo sospechaba. Ellos siguen manteniendo sus propios planes, los cuales no fueron planteados en el consejo. No me sorprende que, en el caso de que los traicione, me maten; es lo que haría yo ante un hecho de esa índole, sin embargo, el destello de recuerdo parpadea con la mención de mi madre. Sé, por lo que me contaron, que ella fue una desertora, pero ahora esas palabras se sienten extrañas, como si faltara una pieza del acertijo.

—¿También te encargarás de Eleonor?, su traición no se puede pasar por alto. —Ante la pregunta de Calesia, me vuelvo a concentrar.

—No te preocupes por ella. Si ganamos esta batalla la necesitaremos con vida. Su linaje es importante. Es la candidata ideal para procrear a mis siguientes herederos. Si Alen no es capaz de domesticarla, lo haré yo.

No sigo escuchando al escapar un gruñido de mi garganta. Las imágenes de mi padre compartiendo el lecho con Eleonor, hacen que la bilis se revuelva en mi estómago. Mi primer impulso es levantar la espada contra él y contra cualquier hombre que ose pensar que tiene algún derecho sobre mi mujer.

Me incorporo regulando mi respiración y quitando la mano de la empuñadura del arma. Las tinieblas se sacuden con la intención de someterme y, esta vez, es difícil ceder a su control. Mis impulsos me advierten que en este momento rete a mi padre, para de una vez terminar con lo que inició en la ceremonia de reclamación. Golpeo la cabeza contra la pared tratando de esclarecer la confusión y el ansia asesina. Me obligo a alejarme, forzándome a esperar el momento oportuno. Esta vez, sin dudarlo, piso con fuerza para que los espasmos de malestar reduzcan la impotencia. La furia zigzaguea por lo escuchado y, también, por no poder obtener la sangre que me entregará el poder que necesito.

No dejo que esto me debilite. Menos ahora que la idea de tomar el liderazgo se vuelve una prioridad. Una vez que me transforme en el alfa, él y todos sus súbditos acatarán mis normas. Yo seré el único que reine Badru y, por supuesto, seré el único que la dome a ella.

Capítulo 5

Después del baño, me alisto para presentarme en el salón, en el cual se llevará a cabo un consejo formal. Para esta ocasión, mandé a confeccionar un atuendo que exponga mi tatuaje. El propósito es proclamar la autoridad que mi nacimiento me concedió, junto a los atributos que fueron legados por mi fase: la fortaleza, perseverancia, valor y liderazgo; son las características que manifestaré porque estoy dispuesta a tomar la posición que me corresponde. Por nada dejaré que esto sea cuestionado.

Sondra termina de acomodar mi cabello, peinándolo hacia atrás. Esta vez no discuto ante su ofrecimiento de ser mi doncella, al contrario, acepto su ayuda porque mi apariencia será vital para el mensaje que quiero entregar.

—No fue difícil confeccionar tu vestido —comenta mientras arregla el faldón—, es increíble las cantidades de telas que poseen en el castillo.

En el pasado habría elogiado su técnica de bordado, pero, en este momento, lo único que me interesa es mostrar una figura imponente. Me doy un último vistazo al espejo y repaso el largo vestido jaspeado en café y negro. Los colores de mi animal. La tela cae ligera cubriendo mis pies, destacando un cinturón que emula las astas de ciervo. En uno de los bolsillos, ajusto una espada del arsenal entregado por Gamar. La parte superior de la prenda fue fabricada en cuero del mismo tono que se adhiere con delicadeza a mi pecho. Los tirantes se entrecruzan uniéndose en mi cuello para dejar la clavícula y hombros al desnudo. Sondra termina cubriendo mis antebrazos con bandas del mismo material y, en este punto, agradezco que su crianza haya sido bajo el reino de los lobos. La confección de la prenda fue diseñada basándose en sus costumbres por lo que representa fuerza e intimidación.

El movimiento de Taviana a mi lado, me indica la presencia de una visita antes de que la puerta sea golpeada. Al dar mi consentimiento para el ingreso, me sorprendo al ver a mi hermano. Por su expresión, al parecer, se encuentra listo para que, al fin, conversemos.

—Déjanos solos —solicito a mi doncella.

Sondra realiza una reverencia, y puedo apreciar en su expresión, la satisfacción del trabajo realizado. Emery, sorprendido, me recorre con la mirada y se detiene en mi rostro. La manifestación de emoción en sus ojos es de reconocimiento, como si quisiera encontrar a la antigua Eleonor. En el pasado, quizás esto me podría haber avergonzado, al no ser la misma persona que él conoció. En el presente, levanto la cabeza con dignidad, al asumir que mi transformación es la descarnada

imagen de lo que he vivido y también de lo que enfrenta mi mundo.

—Te traje esto. —Levanta la mano, en la cual sostiene una tiara de acero. La recibo en el acto, y me fijo que es una imitación de la que llevaba en mi reino.

—Gracias —digo con franqueza.

Nos observamos unos segundos en una evidente incomodidad.

—Lamento lo de Asila. —Soy quien rompe el silencio.

—Eso no fue tu culpa —se apresura a decir.

—Sí, lo fue. Debí protegerla, como ella lo hizo conmigo.

—Después de todo lo ocurrido, es poco probable que podamos seguir defendiendo a las personas que nos importan —declara, visiblemente atormentado.

—La Madre Antigua todavía se encuentra con vida —informo, buscando algo que nos pueda entregar algún tipo de esperanza.

—¿Presenciaste la muerte de nuestro padre? —Ante su pregunta, me percato de que no sé qué información le habrán entregado los hechiceros de los sucesos ocurridos en el Valle Oscuro.

—No lo hice, quizás aún esté con vida —respondo, pero no logro esconder el poco interés que me produce este hecho.

—¿Él te hizo algo? —cuestiona, formándose una nueva arruga de preocupación en su frente.

—La pregunta debería ser: ¿Qué fue lo que le hizo a Badru?

—¿A Badru? —Me observa, desorientado.

—Él fue una de las personas que fomentó el nuevo alzamiento de los lobos.

—¿Eso fue lo que te dijeron? —Esta vez su semblante cambia de preocupación a enfado.

—El hecho de no haber obtenido ningún tipo de información, me llevó a averiguar por mi cuenta y, por supuesto, formular mis propias conclusiones.

—Y tu conclusión es que nuestro padre es el culpable de todas las muertes de inocentes a manos del reino del sur.

—No dije eso. —La calma que quiero mantener de a poco se comienza a desquebrajar—. Pero es evidente que estigmatizar a un pueblo por antiguas rencillas, no ayudó para detener lo que vendría.

—Creo que tú no eres la indicada para juzgarlo. Él tuvo sus razones, y lo que hizo fue lo que siempre estimó mejor para el reino.

—Lo mejor para su reino era aceptar a todos los territorios. Él tuvo la oportunidad de hacerlo.

—¿Crees que no lo intentó? —Su pregunta aparece cargada de molestia.

—Si intentar para ti, es ocultar todo lo que se sucedía, no creo que haya sido lo mejor.

—¿Qué podría haber hecho entonces?

—Decir la verdad, aceptar que no todo estaba bien.

—¿Eso es lo que estás haciendo tú?, ¿decir la verdad y aceptar que no todo está bien? —Sus interrogantes van cargadas de acusación, mientras centra su atención en Taviana.

—¿Qué quieres que te diga? —Alzo la voz, perdiendo la paciencia al percibir el rechazo ante mi actual condición—. Yo no pedí esto. Yo no pedí nada de lo que soy ahora. Y eso no quiere decir que no enfrentaré las consecuencias de lo que me ocurrió, al contrario, no me esconderé. No renegaré de mi nueva naturaleza.

—¿Acaso no desprecias en lo que te convirtieron? —Su pregunta envuelta en decepción hace que el dolor me atraviese.

Lo contemplo, incrédula. No logro reconocer a mi hermano. Él jamás me había tratado de esta forma. Pensé que me apoyaría después de todo lo que he vivido. Sin dudarlo, de inmediato aparto el pesar y busco a la oscuridad. En este momento la necesito para reforzar la coraza que he creado. Emery sostiene una mirada como si estuviera desilusionado, sin embargo, lo que él no sabe es que nunca más daré un paso atrás, ni por él ni por nadie. Me mantengo estoica ante la hiriente pregunta y resuelvo terminar la conversación. Sé que lo que diré nos distanciará, pero no dejaré que nadie se interponga en lo que juré realizar.

—Mi desprecio es ante todas las personas que han dudado de mí y las cuales no son de mi confianza —declaro con toda la frialdad que me proporcionó el encantamiento—. Tú ya no serás el encargado de mi ejército, desde ahora te relego de tu obligación.

—No tienes la autoridad para hacer eso. —Su cara es de sorpresa y su tono de enojo.

—En el momento que rechazaste el trono, mi jerarquía es mayor que la tuya. Y ya que nuestro padre, posiblemente, esté muerto, la corona me pertenece.

—Tú no estás capacitada para liderar nuestras tropas. El ejército no seguirá a alguien que se encuentra conectada con el enemigo.

—¿Vas a reclamar el trono? —pregunto, retándolo.

—Claro que lo haré —responde, como si estuviera fuera de discusión—. Al no estar mi padre, mi deber es velar por nuestro mundo y también velar por ti. Después de lo que has pasado y lo que te ha ocurrido, es evidente que no estás facultada para gobernar. Menos ahora. Escuchar tus palabras me confirman que tu juicio se encuentra nublado por las mentiras que te contaron. No quiero pensar que, en cualquier momento, puedas regresar con el enemigo.

—¿Eso es lo que piensas, que los traicionaré? —Una nueva ola de dolor me embiste, pero rápidamente se transforma en rabia, al darme cuenta de que soy una completa desconocida para mi hermano y que no confía en mí.

—No creo que tú quieras eso, pero es lo que el encantamiento te señala. —Esta vez trata de hablar de forma conciliadora, al parecer, con la intención de convencerme.

La rabia sigue en aumento al darme cuenta de que el maldito enlace ahora me está quitando a mi hermano. Las tinieblas en mi interior reaccionan a mis emociones y Taviana, al percibirlas, se acerca situándose a mi costado.

—¿Me vas a atacar? —Mi hermano cuestiona extrañado, pero también su pregunta contiene desafío.

—¿Debería? —Es lo único que logro verbalizar, al sentir cómo el corazón que pensé que había perdido, se astilla ante la sugerencia de que sería capaz de herirlo.

No responde porque es claro que esta conversación ha tomado un giro inesperado para ambos.

—Eleonor, por favor, escúchame. —Esta vez ocupa un tono apaciguador—. No es mi intención atacarte, al contrario, quiero ayudarte. Sé que no puedo llegar a comprender lo que en este momento te sucede, lo que sí puedo hacer es protegerte y, en este caso, hasta de ti.

—No necesito el resguardo de nadie, menos el tuyo. Aunque no lo creas, lo que soy en la actualidad es la mejor versión de mí misma. —Levanto la tiara que me trajo y aunque quiero lanzarla por su cabeza, lo que hago es ponérmela. Acto seguido, bajo la mano y, de forma inconsciente, busco la cabeza de mi loba. Al tocar el pelaje, su reacción es estremecerse ante el contacto, pero percibo cómo lucha para no quitarse. No intento acariciarla, solo me conforto con su toque, el que me transmite apoyo. El aire llena mis pulmones y dejo que nuestra conexión apacigüe la nueva oleada de tristeza.

—No cederé mi lugar al trono, si lo quieres, tendrás que luchar por él. —Es mi última declaración y, antes de que responda, salgo de la habitación.

Capítulo 6

Camino por el corredor acompañada de Taviana y escoltada por Liana, quien me esperaba apostada afuera de la habitación. No digo una palabra, consciente de que, además de haber escuchado la conversación con mi hermano, ella es de las personas que no confían en mí. Esto no me debería asombrar, hasta hace poco, yo también dudaba de cualquier persona que estuviera enlazada, pero no puedo dejar de sentirme abrumada. Esta situación puede provocar que no se valore mi real jerarquía.

Al acercarme al borde de la escalera observo los tronos de los Antiguos Ancianos. Los presentes levantan su mirada hacia a mí. Respiro en el momento que aparecen las imágenes de todas las veces que he estado en esta misma situación. El recuerdo me lleva a la noche de mi matrimonio; al instante en que retorné a mi casa y sus habitantes se encontraban envueltos en oscuridad. Asimismo, cuando me presenté en el Valle Oscuro como la nueva Princesa de Luna Nueva. Hoy día, aunque me enfrento a un nuevo desafío, la sensación que se mantiene es la de una extraña. Ni ahora ni antes he sentido la completa aceptación de los habitantes de mi mundo. Tampoco su respeto. Reflexiono con relación a que me eduqué bajo el lema de que Badru era mi pueblo y al cual tenía que defender, lamentablemente, siempre me he sentido una forastera en mi propio hogar.

Desciendo los escalones y, aunque Taviana acompaña mis pasos, la sensación es de aislamiento. Esto no me crea ansiedad al entender que la soledad desde siempre ha sido parte de mí, incluso cuando vivía en completa ignorancia en mi reino. En la actualidad, se vuelve más notoria al no tener el respaldo de mis seres queridos, reconociendo que nunca estuvieron por completo conmigo. Los instantes vividos con cada uno de ellos fueron fugaces, y muchos, envueltos de secretos y engaños.

Al llegar al último peldaño dejo todos estos pensamientos atrás, incluida a la oscuridad que ruega por tomar el control y arremeter contra todas las personas que se quieran interponer en mi camino. Me enfoco en mi concentración, tal como me enseñó Bóreas, para encontrar pasividad con el entorno. En este momento no puedo mostrar inestabilidad por el enlace que llevo, al contrario, debo evidenciar madurez y, por supuesto, mesura para poder ser digna de la posición que quiero mantener.

Respiro buscando vestigios de la antigua Eleonor que, en este caso, sería conveniente que apareciera, porque la actual fallaría en su propósito de mostrar cordura. Tomo con fuerza entre las manos el colgante de madera y rememoro las palabras de Asila, las cuales,

siempre me indicaron que yo tendría la fuerza para enfrentar lo que fuera. Y, en este momento, necesito enfrentarme a mí misma, para no revelar a los demás que, parte de lo que me motiva, es la revancha.

Liana pasa por mi lado y se ubica en su sillón. En el del centro, como es costumbre, se encuentra Barón, quien en esta oportunidad vuelve a estar acompañado por el gran Búho gris y blanco que observé la primera vez que estuve en este lugar. A su derecha, Fennes, luego, Zelania. A su izquierda, Lael, que sostiene en la mano un bastón de las mismas características que el que poseía su hermana de la Casa de los Ciervos. Asila. Fijo la vista en el sitial vacío, extrañándola más que nunca. Ella, sin ninguna duda me hubiera apoyado, y sería la luz que me entregaría sosiego ante mis impulsos.

Recorro los otros tronos desocupados y es imposible no notar que, de los doce seres que en un inicio habitaban en este lugar, tan solo quedan cinco, siendo un duro recordatorio de lo que ellos también han perdido.

Mi atención se desvía al ubicarse Bóreas a mi lado y al observar a mi hermano que, de igual modo, se nos une. Barón, junto a sus hermanos, se incorporan al unísono con la atención puesta en una de las entradas laterales. A los pocos segundos ingresan los integrantes que todos esperábamos. El primero en entrar es un hombre delgado y alto. Lo reconozco de inmediato por su atuendo blanco como el hechicero. Detrás de él, una joven mujer.

—Bienvenido a nuestra casa —Barón saluda, solemne, a su hermano. Pero, como siempre, cualquier tipo de emoción es escondida bajo su inescrutable rostro.

Una vez que se sitúa en el trono que lleva labrado las garras de un oso, me percato de que el asiento contiguo queda desocupado. La mujer de su casa tampoco debe seguir con vida.

—Mi nombre es Ursus, regente de la Casa de los Osos. —El hechicero se presenta hacia el resto de las personas del salón. Luego hace un ademán para que la mujer se acercara—. Ella es Ingelborg, nacida en Luna Menguante y reina de nuestro territorio.

La monarca hace una ligera reverencia y, a continuación, se une al grupo de personas que espera afuera del círculo. Mi mirada continúa en ella, por varias razones. La primera, es que me complace que sea una mujer que lidere su pueblo. La segunda, y la más importante, es que su apariencia es la de una guerrera. Su pelo rojo está rapado en un costado de la cabeza y el resto cae hasta encima del cuello. Sus ojos marrones son determinantes y su quijada, fuerte. Sus facciones son hermosas y su expresión no deja duda de la fuerza que posee, menos con la gran cantidad de espadas y armas que carga en la espalda y cinturón.

Taviana, a mi costado, se mueve un tanto inquieta y dirijo mi

atención a lo que la altera. El nuevo hechicero tiene la vista fija en ella y en mí. Por su expresión, estoy segura de que trata de leer mis pensamientos, pero al llevar la sangre del vínculo, ya nadie puede escudriñar en ellos.

Barón mueve la cabeza hacia los súbditos de este territorio, los que esperan situados al lado de las paredes. De inmediato se mueven transportando nuevos sillones, como siempre, sus ojos se encuentran blanquecinos. Al terminar de ubicar los cinco sitiales que cierran el círculo, abandonan el salón.

—Nos encontramos reunidos esta noche para definir el futuro de Badru —Barón declara, recorriendo a todas las personas a su alrededor. Por mi parte, me gustaría que dejáramos de lado por una vez la parte solemne y que fuéramos a lo que nos convoca. Lamentablemente, no puedo decir nada, mi posición ya está puesta en duda—. Para esto solo podrán participar los gobernantes que representan a cada reino, el resto deberá abandonar el salón.

Bóreas, a mi lado, exhala con irritación al advertir que se tendrá que marchar. En mi caso, reparo en la cantidad de sillones que representa a cada reino, preguntándome por qué los colocaron todos si no están presentes el gobernante de Vulpis y, es obvio, que tampoco del Valle Oscuro.

—Gamar, heredero al trono de Las Altas Montañas de Aquilón da un paso adelante —Barón solicita y, desde la penumbra, el príncipe de las águilas se acerca.

Al observarlo me percato de que ha cambiado su vestimenta por una adecuada para esta reunión. Los colores utilizados emulan al animal de su casa. Sobre la camisa blanca se abotona un chaleco de cuero café. El bordado que imita plumas en los bordes es de color amarillo. El cinturón que sostiene las espadas es labrado con la insignia de su casa, mostrando el rostro de un águila vigilante. Su cabello va recogido en la parte de arriba de la cabeza exhibiendo su rango. Por un instante encuentro su mirada, que refleja que tampoco se siente a gusto con todo este ritual, y la desvío al notar que mi ansia primitiva, sigue despierta.

—Eleonor, heredera al trono de la Casa de los Ciervos, da un paso adelante —Barón me invita.

—Me presentaré en el lugar de mi hermana. —Emery da un paso al frente, al mismo tiempo que yo—. Después de todo lo que ha vivido, es hora de que deje su posición como sucesora al trono y, oficialmente, retomo mi lugar.

Las miradas de todos los presentes se dirigen hacia nosotros. En el caso de los hechiceros más que confusión, existe curiosidad. En el mío, el primer instinto es encararlo por denigrar mi posición en público, pero lo que hago es buscar mi juicio que me indica que su motivación

no es la corona, ni avergonzarme, sino más bien, protegerme. Pese a que comprendo por qué lo hace, no puedo evitar sentir rabia y pena al ratificar que, para él, nunca seré una digna monarca.

—En mi pueblo eso sería catalogado de traición. —Gamar es el primero en reaccionar, manifestando su malestar.

—En mi reino ya estarías con una espada en tu garganta. —Bóreas también interviene con un tono de advertencia.

—Traición es cuando se derroca a un soberano por las razones equivocadas —Emery se defiende, mostrando seguridad—. En este caso, lo estoy haciendo por protección.

—¿Protección? —Gamar cuestiona en tono de burla—. ¿Protección de qué?

—Es evidente que el juicio de mi hermana después de haber estado en el Valle Oscuro ha sido manipulado. Desconocemos lo que puede hacer el encantamiento bajo el que ella está sometida. Por lo que, de manera formal, reclamo el liderazgo de nuestro territorio y espero que ustedes me apoyen. —Esta vez su mirada se dirige a los Antiguos Ancianos.

Percibo a un costado la agitación de Nube, que es la misma que siente Bóreas y la que existe en la mirada de Gamar. Decido mantenerme en silencio, analizando a los presentes para saber con quién puedo contar y está dispuesto a avalar mi posición. Las miradas se centran en Barón, esperando por su veredicto, pero su opinión no es válida para mí y, la verdad, es que ninguna lo es. Mi derecho al trono solo me lo podrán arrebatar si es que me encarcelan.

—Nosotros no podemos apoyar ni desestimar ninguna adjudicación al trono —Barón explica y debo aguantar exhalar, al darme cuenta de que siguen con el mismo discurso de no interferir—. Los mortales son los encargados de tomar las decisiones para sus pueblos, ya sean para bien o para mal. Nuestra existencia en este mundo se ha creado para sustentar el equilibrio. Esa es nuestra labor.

—Debo decir que su labor ha sido un fracaso. —Gamar los enfrenta perdiendo la compostura que quiso mantener—. El equilibrio se perdió con la muerte de muchos. Y, como siempre, ustedes se han quedado sin hacer nada. Ni si quiera sé por qué estamos en esta reunión, si una vez más se quedarán en sus sillones sin involucrarse.

—Aunque ustedes cuestionen nuestro accionar, lo que está sucediendo en este momento es parte del equilibrio. —Barón mantiene su postura calma y su expresión denota cansancio—. La armonía no se trata únicamente de mantener la paz, también involucra que las fuerzas opuestas se encuentren para compensarse o destruirse. La lucha de poder que han manifestado algunos de los territorios hasta hace poco, no ha reflejado la igualdad para todos los reinos. La desestabilización se produjo al haber dejado de lado a la Casa del

Valle Oscuro. Es imposible que exista estabilidad cuando algunos estados ostentan un máximo poder por sobre otros.

»El equilibrio retornará cuando sean capaces de actuar con mesura y sensatez. Con el objetivo de que todos los seres que habitan en nuestra tierra, puedan transitar libres y sin temor.

Todos nos mantenemos en silencio analizando lo expresado por el hechicero. En lo personal, sus palabras, por primera vez tienen sentido, estoy de acuerdo en ellas.

—Nosotros no vinimos a esta tierra para interferir —continua Barón—. Nosotros habitamos en ella con el fin de que ustedes aprendan a coexistir. No sirve de nada que tomemos parte de un bando o del otro, si ustedes no son capaces de aceptar sus diferencias. En la guerra anterior, a pesar de la devastación y el sufrimiento, no se logró una alianza, al contrario, siguieron rechazando a sus iguales. Lo que todavía no entienden es que no se trata de quién lidere, sino que, el que lo haga, sea con el objetivo de unir. —Toma una respiración y luego centra su atención en mi hermano—. Por lo que estás demostrando esta noche, Emery, el que no se encuentra capacitado para esto eres tú. Estemos de acuerdo o no, Eleonor, hoy en día, es la viva imagen de la diversidad de Badru. El rechazo que realizas, nos dice que nos has asimilado nada. La persona idónea para gobernar, será la que cuide de todos los seres que conviven en nuestra tierra, la que vele para que cada uno de ellos se pueda proteger, defender y contribuir a la conciliación. Me gustaría saber si esa persona, ¿eres tú?

Más que sentirme complacida por las palabras de Barón, lo que hago es analizar su mensaje con relación a un Badru unificado. Sin que aún lo haya verbalizado es lo que ansío. Mi hermano, por su parte, ha enmudecido. Mi empatía hacia él aparece, porque la instrucción de lo expresado por el hechicero será aprendida si se ha estado en las dos partes de la situación. Hasta el momento, Emery ha vivido la parte que le fue enseñada por mi padre.

—¿Todavía quieres ser el representante de tu reino? —Gamar pregunta con petulancia.

Emery observa a todos los presentes, pero, en especial, a mí. En su expresión existen miles de emociones, de las cuales, puedo reconocer la vergüenza. Al parecer, las palabras del hechicero lo hicieron reflexionar. Y aunque sé que será difícil para él aceptarme y hasta confiar, el bienestar de nuestro pueblo está por sobre todos nosotros.

—Como dijo Barón, tal vez no estoy capacitado para comprender el alcance de lo que sucede, tal vez deba dar un paso al costado y no participar de este consejo. Me limitaré exclusivamente a guiar el ejército. —Emery me observa con arrepentimiento en sus ojos.

Debería mantenerme al margen y dejar que mi hermano fuera sacado de este consejo, pero eso no sería muy indulgente de mi parte.

Además, independiente de lo que piense de mí, lo necesito si quiero ganar esta guerra.

—Creo que es importante que participes de esta reunión. El rey de Vulpis te nombró su representante —hablo con seguridad, recordándoles a todos que el rey del Reino de Los Zorros se resguardó con su familia y mi hermano fue puesto a cargo de sus tropas—. Es tiempo de que todos nos eduquemos para aceptar las discrepancias de nuestros pensamientos, las diferentes costumbres y las opuestas formas de vida.

—Créeme que, si ella estuviera poseída por el encantamiento, no sería tan misericordiosa —Bóreas comenta, manteniendo el tono amenazante de su voz.

—Si están de acuerdo, entonces me gustaría cumplir con la tarea que se me encomendó y representar al reino de Vulpis —Emery declara con moderación, pero noto que se encuentra nervioso al jugar con la empuñadura de su espada.

—Como lo expliqué, esa decisión la deben tomar ustedes —aclara Barón.

—Por mi parte estoy de acuerdo en que Eleonor represente a la Casa de Los Ciervos y, bueno, Emery… —Gamar confirma, no muy a gusto, encontrando mi mirada, que le advierte de lo que vaya a decir—, también estoy de acuerdo en que sea el representante de Vulpis.

—No sé si me permite hablar —interviene Bóreas—, pero creo que la única capacitada para liderar es Eleonor, ya que posee la compasión de su pueblo y la determinación del mío.

—No conozco a ninguno de los presentes —participa Ingelborg, que se había mantenido en silencio—, sin embargo, en la antigüedad, en mi reino una discrepancia de esta índole, habría terminado en sangre y el que puedan dialogar ante este conflicto, es una señal de que todos compartimos un mismo ideal. Erradicar la oscuridad.

—Ya que todos se encuentran de acuerdo —Barón declara, satisfecho—, podemos proseguir. Eleonor, heredera al trono de la Casa de los Ciervos da un paso adelante.

Camino hasta el sillón que corresponde a mi reino, manteniendo la cabeza erguida. No realizo ninguna expresión de satisfacción al haber logrado mi objetivo. Y tampoco dejando en evidencia la contradicción que me produce recordar que mi padre fue el que me enseñó que: un buen líder no se mide por lo fuerte que discute, sino más bien, lo hace cuando es capaz de discernir el momento adecuado para hablar.

Capítulo 7

Me siento en el sitial asignado al lado de Gamar, mientras sigo analizando las palabras de Barón con relación a la real razón de su existencia. Es claro que, hasta hace poco, los juzgaba por no haberse involucrado en los conflictos de nuestro mundo, no obstante, sigo corroborando que muchas cosas siguen sin ser lo que parecen. Los soberanos en los que siempre confié, nunca fueron tan justos como lo expresaron. Los guerreros que por mucho tiempo aborrecí, tampoco fueron del todo viles. Los hechiceros que pensé que no se interesaban por el bienestar de su tierra, buscan un fin mayor. Por mi parte, tampoco soy lo que ellos creen.

—Ingelborg, soberana del Reino de los Osos, da un paso adelante —Barón continúa invitando a los representantes que tendrán opinión en este consejo.

—Emery, representante del Reino de Vulpis da un paso adelante. —Una vez que mi hermano se ubica en el penúltimo sitial, contemplo que Bóreas, no de muy buena manera, se gira para marcharse.

—Joven Príncipe, ¿a dónde vas? —Barón lo detiene. Bóreas se sorprende, al igual que yo—. Cuando Gamar dijo que no habíamos realizado de buena manera nuestra labor, tenía razón. Nosotros nos equivocamos y nuestro mayor error fue haber ignorado a nuestra hermana Calesia, quien, en su momento, nos solicitó ayuda. En mi caso, el dolor de perder a mis hermanos nubló mi juicio. Hoy día, el tiempo se agota y ya no hay lugar para recriminaciones. Ahora es la oportunidad de reivindicar nuestras faltas y, por ese motivo, comenzaremos con escuchar a todas las personas que tengan algo que decir a favor de terminar esta guerra. Es por esto, que nos complacería que Bóreas fuera el representante del Valle Oscuro. Al ser el único que puede dar un fiel testimonio de lo que sucede en su reino y sabe qué se necesita para vencerlos. La decisión es suya.

Contemplo el rostro del pequeño príncipe, el que cambia de confusión a confianza, sonriendo con un pequeño toque de arrogancia que hace que recuerde a su hermano.

—Sabía que entrarían en razón y se darían cuenta que soy su mejor aliado y herramienta —responde mientras acaricia la cabeza de Nube.

No puedo evitar sentir aprehensión con relación a su participación en la batalla, pero comprendo que ni yo ni nadie puede despojarlo de su derecho a luchar contra la tiranía que vivió. Sin dudarlo, tomo la palabra para apoyar su decisión, del mismo modo que él hizo conmigo.

—Estoy de acuerdo en que sea el representante del reino de los lobos. —Lo miro, transmitiéndole mi sincero respaldo.

Después del sermón de Barón, ninguno de los presentes cuestiona este nombramiento y asienten en acuerdo. Una vez que Bóreas se ubica en el sitial, nos sentamos, y el regente de este reino toma la palabra otra vez.

—Como ya lo han presenciado. Nuestro reino, el Bosque Blanco, les facilitará todos los suministros, víveres y armamento que se encuentran a nuestra disposición —prosigue Barón—. También contarán con nuestro completo apoyo para luchar mano a mano en la batalla.

—Ya es de conocimiento de todos que, en un inicio, pensamos que el encantamiento solo se podría romper cuando un hombre nacido en Luna Nueva, sorteara la oscuridad y concibiera un hijo con una heredera de Luna Llena. Al menos, esa fue la manera que se realizó en el pasado —Lael es el que toma la palabra—. Con el libro que fue traído del Valle Oscuro, el que tenía en su posesión nuestra hermana Calesia, sabemos que existe una nueva manera para terminar con la oscuridad.

—¿Podemos confiar en lo que dice aquel libro? —pregunta la regente de la Casa de los Osos.

—Por ahora, es con la única esperanza que contamos —Lael responde y luego me mira, un tanto incómodo—. El hombre nacido en Luna Nueva no fue capaz de eludir a las tinieblas y, a mí parecer, no creo que lo recuperemos.

—Entonces nuestro objetivo es matar a Priust —interviene Bóreas con seguridad. Todos lo miramos con una clara incomodidad —. ¿Qué? —cuestiona, quitándole importancia—. Si piensan que poseo algún tipo de remordimiento por pensar en matar a mi padre, están equivocados, para mí fue solo mi progenitor, nada más.

—Según los escritos —Liana toma la palabra, desviando la atención del joven príncipe—. La oscuridad también se puede destruir al matar a la persona que inició el encantamiento y como sabemos, fue el líder del ejército del Valle Oscuro. Pienso que esto puede ser verdad, pero también creo que puede faltar una pieza.

—¿A qué te refieres? —pregunto. No estando segura de si quiero escuchar la respuesta, menos cuando la irritación surge al escuchar la referencia al hombre que me lastimó.

—Como se ha comprobado, el encantamiento funciona muy parecido a como lo hace una manada de lobos. En el caso de los animales, existe el alfa, que es el más fuerte de su especie. Una vez que este muere, su jerarquía pasa al siguiente que posea las mismas características. No estoy segura, pero al estar en el Valle Oscuro pude observar y sentir la conexión existente entre animales y hombres, lo que me hace especular que este poder, junto a su rango, podría legarse a otra persona.

—Hablas de Alen —Emery es el que responde.

—Es una suposición —Barón acentúa—, pero no la queremos descartar por completo. En el pasado, las revelaciones siempre han poseído alguna artimaña en la interpretación de su mensaje.

—Lo que quieres decir, es que también hay que matar a Alen —Gamar propone, pero con un tono de precaución.

—Sería una forma de estar seguros de que esto acabará.

Por un momento el ambiente se torna tenso y, sin decirlo, sé que todos esperan mi respuesta ante lo expuesto. El dolor no aparece, lo que surge es la rabia, al reparar que el juramento que realicé, se vuelve una realidad. La salvación de nuestros pueblos está en la muerte de él. La devastación ante este veredicto no llega, porque cualquier sentimiento que pude sentir, lo enterré.

—Entonces nuestro objetivo es matar a Priust y a su heredero —sentencio, dejando que esta vez la oscuridad hable por mí—. ¿Cómo lo haremos?

Las miradas de los presentes me recorren en completo silencio. No me fijo en ninguna en particular, porque no quiero contemplar el posible juicio en ellas. Gamar es el que habla y agradezco su ayuda para desviar la atención.

—Como hemos estado conversando, nuestra primera estrategia sería recuperar terreno para enfrentarlos. De esta forma, además, podríamos obtener más soldados que se unan a la batalla y, por supuesto, enviarles el mensaje de que los enfrentaremos.

—Es así —Fennes ahora es el que interviene—. Nuestra primera misión será recuperar Aquilón y luego, seguir avanzando hacia el sur.

—Conociendo a Priust no se esconderá. Saldrá a pelear. Pero, por la lealtad que tienen los guerreros hacia él, será difícil acercarse —agrega Bóreas.

—Yo me encargaré de los lobos —declaro, recibiendo, una vez más, las miradas de todos—. El ritual de vinculación al que fui expuesta, fue realizado con la sangre del lobo alfa, debe ser por esto que Taviana se transformó en la líder de la manada. En mi estadía en ese lugar, pude comprobar que los animales no la atacan a ella, ni a mí.

—No quiero que se me mal entienda, pero no estoy de acuerdo en que Eleonor lidere en primera fila la batalla —señala Emery, con cautela—. Mi pueblo acaba de perder a su rey y ella es la esperanza de las personas. No creo que se deba poner en peligro.

—Yo también soy la esperanza para mi pueblo y seré el primero que encarará al enemigo en combate, ¿por qué para ella sería diferente? —Gamar cuestiona.

—Si respondes porque es mujer, me sentiré ofendida —advierte Ingelborg a su lado.

—Lo digo porque es mi hermana y podría ser el único familiar que me queda con vida.

—Agradezco tu preocupación, pero esa es una decisión que debo tomar yo —esclarezco a mi hermano y a los presentes—. Desde siempre se me ha ordenado qué debo hacer, dónde tengo que ir y hasta con quién me debo desposar. Todos esos dictámenes están basados en mi linaje y por la fase de mi nacimiento. No reniego de esto, ya que asumí un compromiso que nada podrá romper. No obstante, quiero que sepan que, desde ahora en adelante, todo lo que haga será porque es en lo que creo. Si es necesario, estoy dispuesta a entregar mi vida si con eso puedo eliminar de una vez la oscuridad y, asimismo, entregar la paz que necesita mi pueblo. El mensaje que necesita nuestro mundo no es solo el de una figura a la que puedan idolatrar. Ellos necesitan saber que todos poseemos el coraje para luchar, que no dejaremos que nos arrebaten lo que con tanto esfuerzo construimos.

»Por eso mi decisión es encabezar el ejército y, con esto, incitar al resto a que también lo haga. Como dijo Barón, ya no existe tiempo para los arrepentimientos. Con lo único que contamos es con nuestra convicción de luchar por algo mejor. Creo, fervientemente, que vale la pena pelear y morir por eso.

Por un instante todos me observan, quizás asimilando las palabras que fueron dichas con una glacial sinceridad. Esto se debe, por una parte, al enlace que me desapega de mis emociones y, por otra, a la cruda verdad expuesta, pues no regresaré si no es con la victoria.

—Por si les interesa, fui nombrado su maestro, por lo que me encargaré de que se encuentre lista para enfrentar al enemigo —Bóreas interviene con su conocido tono vanidoso.

Ante las palabras del pequeño príncipe, Gamar esconde una sonrisa. El resto, al parecer, se encuentra de acuerdo en mis argumentos.

—Al encontrarnos todos de acuerdo —Barón expone—. Desde mañana iniciaremos la planificación. Y aunque me gustaría tener más tiempo para preparar a nuestro ejército, deberemos partir en cuatro días a Aquilón.

»Por lo que averiguó Liana junto a Lael en el Reino de Los Lobos, los planes son marchar hasta este lugar y destruir todo lo que encuentren a su paso.

Todos asienten conformes con lo establecido. Por mi parte, una nueva motivación crece al darme cuenta de que mi representación fue convincente, y pronto podremos dar término a la guerra.

—Antes de que volvamos a nuestras labores y, aprovechando que nos encontramos todos reunidos. —Gamar se incorpora y toma la palabra—. Me gustaría solicitar una alianza de matrimonio con el

reino de la Casa de los Ciervos. Como todos han declarado en este consejo, nuestra prioridad es dar una señal de optimismo y de fortaleza a todos los habitantes que, en este momento, se encuentran bajo el yugo de la oscuridad. Asimismo, manifestar a nuestros adversarios que nos unimos para luchar y para construir un futuro venidero, en donde todos los pueblos caminen libres sin importar las costumbres o las peculiaridades de sus naturalezas —enfatiza sus últimas palabras al observarme a mí y luego a Taviana—. Por supuesto, mi petición no es una demanda, es una propuesta que debe ser aceptada sin ningún tipo de obligación por Eleonor.

El silencio reina en el salón. Las miradas que se encontraban en Gamar ahora se dirigen en mi dirección. No debería sorprenderme ante su petición, menos cuando hace unas horas pregunté por esto, pero es claro que pensé que se tomaría un tiempo más largo para considerarlo.

Levanto mi cabeza y encuentro su mirada. No me toma mucho tiempo responder a su solicitud, sobre todo, teniendo en cuenta que, desde siempre, me ha respaldado sin importar si me encuentro en la luz o en la oscuridad. Los remordimientos ante mi decisión nunca aparecen, al contrario, no existen. Mi verdadera lealtad se encuentra con mi pueblo y por supuesto, conmigo.

—Acepto la alianza en matrimonio —afirmo, al tiempo que me incorporo—. La unión de nuestros pueblos será el anuncio de resistencia ante nuestros enemigos.

La expresión de Barón manifiesta su aceptación ante esta resolución, pues fue él quien lo sugirió. Los otros hechiceros, estoy segura, intentan indagar en mis pensamientos para conocer la real motivación de mi decisión. Mantengo mi semblante inexpresivo ante ellos para no revelar que, además de buscar un pacto que fortalezca a nuestros pueblos, poseo un oscuro propósito que, aunque ni yo misma lo quiera reconocer, es venganza hacia una persona en especial.

—¿Les gustaría que planeáramos el enlace antes de partir a Aquilón? —pregunta Liana que no ha quitado la mirada de mí.

—Si está de acuerdo Eleonor, me gustaría que lleváramos a cabo la ceremonia en mi reino, una vez que lo recuperemos. —expone Gamar.

—Me parece que eso sería acorde al mensaje que queremos entregar. También creo que debemos enviar emisarios a los distintos territorios para informar de esta unión. —Al mencionar lo último, miro a mi hermano, dándole a entender que él se hará cargo de esta tarea.

—De inmediato instruiré a los hombres para que lleven este mensaje —responde. Al parecer, por fin ha entendido que mi jerarquía es apoyada por todo el consejo y, además, que esta nueva alianza me proclamará como soberana de gran parte de Badru.

Una vez que nos encontramos todos de acuerdo, los hechiceros se ponen de pie y abandonan el salón. Por mi parte, me encamino hacia uno de los pasillos, no quiero seguir contemplando la expresión de remordimiento y de confusión de mi hermano. Pese a que los dos nos respaldamos frente al consejo, es evidente que nuestra relación se ha fracturado. Apuro mis pasos al exterior, porque tampoco quiero escuchar algún comentario sarcástico de Bóreas, quien se mostró sorprendido ante mi compromiso. Menos aún deseo enfrentar al príncipe de Aquilón, le temo a mis impulsos que, a cada minuto, son más difíciles de controlar.

Una vez que salgo al jardín, me dirijo a la arena de entrenamiento. Taviana camina a mi lado y le transmito mi gratitud por haberme ayudado a aplacar mi temperamento.

Tomo la espada que llevo en mi cintura y rasgo la tela del faldón, deshaciéndome de parte del vestido. Ahora es cuando agradezco a Sondra por su habilidad de haber podido esconder los pantalones que llevo debajo de la vestimenta.

De inmediato me acerco al blanco utilizado para entrenar y lo golpeo con mi arma. El primer impacto repercute en mi pecho, y no me detengo hasta que mis músculos resienten los continuos choques.

—¿Ya te sientes mejor? —La pregunta no me sorprende al haber percibido la presencia de Gamar en uno de los extremos del lugar.

—Lo haré cuando todo esto termine —respondo sin dejar de golpear el gran tronco que recibe mis arremetidas.

—Levanta tu hombro —Gamar se ubica a mi espalda y toma de mis brazos para ubicarlos de la forma correcta.

La sensación de su contacto no le pasa desapercibido a mi cuerpo que, tiene hambre de ser tomado y, como indica el enlace, ojalá de ser fecundado.

—¿Realmente crees lo que dijiste en el consejo? —Con delicadeza me aparto de su contacto.

—¿De cuál parte hablamos? —Me observa, expectante.

—A la que crees que nuestra alianza servirá para la unión. Por lo que recuerdo, tu padre no creía en el matrimonio. —Apenas me doy cuenta de que mencioné al fallecido rey, me arrepiento.

—Él no practicaba las costumbres que existían en otros pueblos, y estoy seguro de que la mayoría de sus tradiciones, eran por un interés personal. En mi caso, las decisiones las tomaré por el bien de mi pueblo, sin importar lo que yo piense.

—Entiendo entonces que la resolución de casamiento lo haces por tu pueblo. —No pregunto, afirmo.

—Esa es una de las razones, la otra es que necesitabas de este respaldo para que tu posición como mandataria no fuera cuestionada. Al igual que tu hermano, existirán muchas personas que no confíen en

ti por el simple hecho de estar vinculada a la oscuridad y también a un animal.

—¿Y por qué tú estás tan seguro de que no los traicionaré? —No puedo evitar que mi cara demuestre la sorpresa que me provoca su confesión.

—No lo estoy, pero creo que, después de todo lo que has vivido, te mereces el beneficio de la duda. Además, me agrada tu loba. En mi reino tenía un águila, no estábamos conectados como tú y ella, pero sí existía un vínculo. —Se toma algunos segundos, quizás recordando al ave, luego me vuelve a mirar. Sus ojos encuentran los míos y esta vez su expresión se vuelve seria—. Sé que no me amas y después de lo que viviste con Alen, posiblemente nunca vuelvas a confiar en nadie de la misma manera.

Evado su mirada porque no quiero hablar de esto y tampoco lo quiero escuchar de nadie. Hago el ademán de alejarme, pero me atrapa.

—Escúchame —ordena, acariciando mi mejilla—. Que nuestros reinos se unan no quiere decir que nosotros también lo debamos hacer. Nunca te forzaré a hacer nada que tú no quieras. Mi único objetivo es ayudar a mi pueblo y también ayudarte a ti. —Se aproxima un poco, acercando mi cadera a la suya—. Y si necesitas utilizar mi cuerpo para saciar el tuyo, ten por seguro que no me negaré —al decir esto último, sonríe.

Sus últimas palabras hacen que el anhelo me estremezca. Puede que se deba la necesidad de dejar de luchar contra mis impulsos o, tal vez, por el apremio de encontrar un lugar en donde poder reposar un instante mi cabeza. Sin considerarlo más, dejo caer la espada, resuelta a entregarme a mi actual condición. Me aproximo tomando su cara entre mis manos, para luego acariciar el borde de sus labios.

Cierro los ojos en el momento en que nuestras bocas se encuentran, dejando a un lado el remordimiento que me guía a utilizarlo para escapar de mi martirizante naturaleza. Profundizo el contacto, deseando entregarme al amparo que su lengua me entrega. Es preciso dejar atrás por un segundo la presión que cada vez se hace más difícil soportar. Un poderoso llamado en otra dirección me agita, pero no respondo a su invitación, al contrario, una vez más lo rechazo. Ya no quiero ceder a la tentación de las tinieblas, que insisten en seducirme y guiarme hacia otro ser.

Capítulo 8

Miro a los guerreros que se encuentran preparados para el ataque, y contemplo por última vez el poblado que había escapado de ser tomado por mi reino. La cantidad de personas que habitan en este lugar es reducida, de todas formas, las órdenes son capturar a tantos hombres como sea posible para ser reclutados en nuestras filas.

Tenso la cuerda entre mis dedos, acercando y encendiendo la flecha en el fuego. Al levantar el arco apunto hacia el techo de una de las viviendas. Momento en el que doy la señal a mis hombres, los cuales disparan, tiñendo el cielo de rojo. Mantengo mi posición hasta que los gritos cubren la noche. Levanto la espada alzándola hacia al frente y los guerreros siguen la orden, arremetiendo hacia el lugar. Espoleo a mi caballo liderando el asalto.

El caos no tarda en aparecer entre los habitantes que huyen y gritan, despavoridos. Ante mi mandato, Liska se une a la batalla junto a los otros animales que corren tras los que escapan, derribándolos. La resistencia no dura mucho, menos cuando asoman más de mis hombres por las pendientes de la aldea. Apuro el paso del caballo al divisar a un hombre que se da a la fuga. Al alcanzarlo, golpeo su cabeza con mi pie, tirándolo al suelo. El dolor me atraviesa al utilizar la pierna lastimada, pero esto no me detiene, es necesario someter a cada uno de los pobladores.

Me apeo del caballo cuando el lugar arde por completo y todos los ocupantes han sido apresados. Doy la orden para que los muertos que se negaron a colaborar, sean quemados, y el resto sea dirigido a la Casa de los Ciervos, lugar en donde serán enlazados.

Una vez que nos ponemos en movimiento, dejo a cargo de los prisioneros a Rivor, y reinicio la cabalgata a mi antiguo hogar. La Luna Llena acompaña mi desplazamiento durante el camino y apuro el paso por la necesidad de acercarme más a ella. También con la intención de armar pronto la nueva comitiva que se dirigirá a su encuentro.

Ante el avance apresurado, los cascos de los caballos retumban en el suelo soltando tierra y piedrecillas que caen por la ladera del acantilado. El peligro de una inminente caída no impide que aminoremos la marcha.

Las colinas desaparecen al tiempo que avistamos la fortaleza de la Casa de los Ciervos. El silencio junto a lo deshabitado de sus alrededores hace que no se sienta lo adecuado. Un fugaz recuerdo oscila ante el paisaje, mostrándome a los habitantes que transitaban con sus familias. El mercado que resonaba atiborrado de diferentes provisiones, se vislumbra derrumbado. Mi primer pensamiento es que

se lo merecen por la participación en nuestro aislamiento, pero una punzada de malestar presiona mi pecho. Alejo los sentimientos de remordimiento y me obligo a creer que la ansiedad corresponde al odio que siento por los que alguna vez se proclamaron mi gente.

Atravieso las imponentes puertas de la Casa de los Ciervos, las que en la antigüedad presentaban majestuosidad, ahora exhiben derrota. Al descender de mi caballo un nuevo vistazo de una vida pasada cruza mi mente, mostrando que en este mismo lugar instruí a un soldado para que enviara un mensaje a Emery ante cualquier peligro para su hermana. Muevo mi cabeza para volver a la realidad, convenciéndome de que las imágenes mostradas quieren confundir y debilitar mi perspectiva.

Entro a paso determinado al salón y me centro en mi tarea, la de informar sobre nuestros avances. Llego hasta los tronos y planto mi rodilla en el suelo para presentar mis respetos a nuestro monarca.

—Mi rey, el poblado en la costa fue tomado, los prisioneros vienen en camino y podremos contar con treinta hombres más para nuestro ejército —informo a Celsius.

—Debería sentirme satisfecho ante lo que proclamas, pero si queremos vencer, necesitaremos de más hombres, sobre todo ahora que uno de los guerreros nos alertó del avistamiento de una cuadrilla de barcos. —Bebe un gran sorbo de su jarra para continuar—. Al parecer, el Reino de los Osos ha decidido sumarse a la batalla y estarían, en este momento, en el Bosque Blanco.

Esta vez fuerzo a mis recuerdos para obtener la información necesaria de este territorio. Las imágenes me llevan años atrás cuando era un niño. Leónidas en la dependencia utilizada para consejos de guerra, y sobre un gigantesco mapa me cuenta la historia de Badru.

—Como debes saber, el Reino de los Osos fue parte de una guerra interna entre dos líderes. El vencedor fue Garllos, hombre instruido para la batalla. Por lo que sé, su hija es la heredera al trono, pero no creas que porque es mujer debemos subestimarla. En el caso de que haya sido educada bajo la visión de su padre, debemos respetarla como un digno contrincante.

—Lo que me preocupa de esta situación es la amenaza que podría significar un ataque por mar —respondo, moviendo los hilos en mi cabeza, buscando una solución con la que podremos contrarrestar la llegada por la costa.

—Esta es la oportunidad de demostrar tus destrezas como líder —Celsius exhorta, mostrando en su tono algo más—. Como ya sabes, mi interés es entregarte la corona como legítimo rey del Valle Oscuro y para esto, debes tener mi consideración y también la de nuestro pueblo. Además de ganar esta lucha, deberás traer de vuelta a la Princesa de Luna Nueva. Es imprescindible un heredero que corone

nuestro triunfo.

—Esa es una de mis prioridades —afirmo al compartir sus deseos.

—Ahora que mi hermano será el blanco de nuestros enemigos, te necesito encabezando el ataque y, aunque Priust no quiera dejar su lugar, deberá acatar mi mandato de no ponerse en riesgo, ya que, con su muerte, el enlace que nos entrega nuestro poder podría finalizar.

Sonrío ante la sugerencia que plantea Celsius. En el consejo que tuvimos en el Valle Oscuro se había hablado de esto, pero mi padre se negó. Si Celsius persiste con su idea, Priust tendrá que dar un paso al costado al tener que acatar la resolución de su rey. Para mí, esto podría ser la forma más rápida de cumplir con mis planes, entre los cuales, se encuentra retarlo. Liska a mi costado gruñe en acuerdo al percibir mis emociones.

—Veo que liderar nuestras tropas es una motivación para ti —asevera Celsius, mirando a mi lobo y luego a mí.

—Más que liderar a nuestros guerreros, me complace poder mostrar mi lealtad y compromiso con mi reino.

—Esas son las palabras de un monarca —Celsius responde, satisfecho.

Me levanto en el momento que varios súbditos entran con bandejas atiborradas de comida. Mi estómago gruñe ante el olor de los alimentos, pero, al mismo tiempo, se revuelve.

—Después de tu extenuante jornada deberías unirte al banquete, te lo ganaste —Celsius me invita a la mesa que se encuentra en un costado.

—Prefiero comenzar a preparar nuestra estrategia, si estás de acuerdo —rechazo con la intención de salir del lugar, el que se ha vuelto asfixiante.

—Por supuesto, puedes retirarte. —Celsius me despide con la mano.

Realizo una última reverencia y cuadro mis hombros como señal de retirada. De inmediato me dirijo por el corredor a la habitación que Leónidas utilizaba para los consejos. Al llegar al lugar, la puerta se encuentra abierta. En el interior, todos los libros y mapas se encuentran en el suelo, destrozados. La frustración aparece al no poder utilizar la información que requería. El aullido de los lobos se cuela por la ventana y Liska se mueve inquieto. Le doy la señal para liberarlo, al percibir que necesita comer y tal vez, aparearse. Doy media vuelta para retirarme del lugar, pensando que es lo mismo que yo necesito, no obstante, al salir de la habitación, el frío envuelve mi cuerpo.

El dolor en mi pierna se vuelve punzante y un hilo de transpiración baja por mi frente. Tomo un segundo para respirar y para encauzar mis ideas. Camino desorientado, sin tener claro en dónde se

encuentran las doncellas, necesito que revisen mi herida.

En el siguiente corredor, de forma instintiva bajo por la escalinata hasta llegar al sector de los víveres. Un escalofrío recorre mi piel, y ya no tengo duda de que estoy ardiendo en fiebre.

La confusión crece ante el malestar de mi cuerpo, pero una idea sigue palpitando en mi cabeza. Camino hacia la puerta de acero. Recuerdo que esta, antes se encontraba tapiada con sacos de maíz. Tomo una de las antorchas de la pared para alumbrar el espacio.

Las imágenes de una vida pasada siguen manifestándose, pero ya no lucho con la misma tenacidad para detenerlas. Me deslizo por el oscuro corredor, confundido y, al mismo tiempo, con la sensación de reconocimiento. Como si las partes de la encrucijada que faltan en mi memoria, fueran tomando forma.

Por extraño que parezca, la impresión es de cobijo, como si este lugar me perteneciera. Desciendo la escalera examinando la parte antigua de la fortaleza, último lugar en el que estuve durante mi estadía en este sitio. Me detengo un instante tomando una honda respiración al percibir el estremecimiento de mi cuerpo. Tomo la daga y rasgo mi pantalón para verificar la herida. Alumbro con la antorcha mi muslo, encontrando hinchazón, enrojecimiento y hasta secreción amarilla. Maldigo al percatarme de la gravedad de la lesión. De no tratarla, podría perder la pierna o hasta la vida. Golpeo con el puño la pared, ofuscado, al comprender que esto podría retrasar mis planes. Exhalo conteniendo los temblores, al tiempo que nuevos ruidos aparecen a mi alrededor.

Camino por el corredor levantando la espada para revisar las celdas, las mismas que antes permanecían deshabitadas. Me aproximo a una de ellas y la tenue luz de mi antorcha deja al descubierto prisioneros. La primera reacción de ellos es alejarse de la reja. Doy un paso más para observarlos sin estar seguro de por qué los mantienen en este lugar.

—¿Alen? —Una voz casi imperceptible aparece de la celda contigua.

Mis impulsos me incitan a que me aleje y siga con mi cometido, sin embargo, lo que hago es dirigirme en aquella dirección.

Unos dedos huesudos se afirman de los barrotes y, al iluminar el rostro, los ojos hundidos de la anciana mujer se abren con sorpresa.

—Alen —Vuelve a decir esta vez con más confianza y podría decir que con un halo de esperanza.

Los temblores de mi cuerpo se intensifican instante en que el rostro se torna familiar. La fiebre de seguro aumenta, al igual que los recuerdos que, de forma incesante, me alcanzan. Doy un paso atrás, gruñendo ante el nuevo ataque de dolor en mi muslo. En esta oportunidad no me logro estabilizar y termino chocando con la pared.

Caigo al suelo sin dejar de contemplar a la persona que tengo en frente. El frío congela mi sangre y un irrefrenable cansancio me aborda, mientras el entorno se comienza a transformar.

La mujer cobra vida y sale de entre los barrotes danzando por el lugar, el que se transforma en la cocina del castillo. Los olores del pan recién preparado colman mi nariz y trato de parpadear para regresar. El congelamiento de mis huesos se entibia al percibir el calor de los fogones, los mismos que tantas veces me acompañaron, al igual que unas manos gruesas que acarician mis mejillas, tiñéndolas de harina. Juliana parlotea algo que no logro entender, pero estoy seguro de que me regaña por robar comida.

Mis brazos caen lánguidos en los costados y, aunque trato de luchar por tomar el control, las fuerzas me abandonan. Cierro mis pesados parpados para no seguir viendo una realidad alejada que me muestra calidez, y lucho por rechazar estos pensamientos que traicionan mi nueva influencia. La pelea la pierdo cuando los temblores me atrapan, guiándome a un oscuro acantilado.

Mi cuerpo se torna caliente y al mismo tiempo glacial. Escucho pasos a lo lejos, pero no logro abrir los ojos, tal vez no quiero, no al menos mientras permanezca el aturdimiento.

El fuego de la cocina es cambiado por el anochecer de un bosque, en donde los gritos y aullidos son los protagonistas. Escucho voces masculinas que llegan hasta los calabozos, y lo que mascullan es ininteligible. Solo soy capaz de percibir el agarre de unos brazos fuertes que me levantan y trasladan quizás, para que sea atendido. Batallo por retomar la conciencia, pero al abrir mis ojos, vislumbro a una mujer de cabello negro sumergida en la noche. Su expresión se encuentra cargada de miedo y al mismo tiempo es determinada. Esta vez no es necesario que fuerce a mi memoria para reconocer de quien se trata. Es mi madre.

Un nuevo golpe de dolor atraviesa mi cuerpo cuando este es depositado sobre una superficie dura. La agonía se extiende al no poder desechar las alucinaciones que me alejan de la realidad.

Gruño cuando mi muslo es tocado y también lo hago cuando soy dejado en un oscuro pozo. El tormento emerge al escuchar las últimas palabras de mi madre.

—Debes ocultarte, en unas horas vendrán por ti, por favor, dime que entiendes lo que te digo. —No respondo, solo continúo mirándola.

—Prométeme que no saldrás. —Siento el toque de su mano que acaricia mi mejilla—. Prométemelo.

Con esfuerzo alzo mi brazo y lo coloco en su pecho cerca de su corazón quizás para comunicarle que no se preocupe, que no sufra más.

—Ese es mi pequeño. —Su voz se quiebra y yo lucho para no hacer lo mismo—. Debes ser valiente, algún día será tu momento.

Los aullidos se vuelven a escuchar, esta vez más cerca. Mi madre se quita el morral que lleva y lo coloca en mi regazo.

—Siempre estarás en mi corazón. —Deposita un beso en mi frente y luego en mi rostro. Los movimientos de mi cuerpo se intensifican al escuchar sus siguientes palabras—. Te amo.

Me abraza por última vez y, aunque quiero retenerla, me fuerzo a ser valiente como ella espera.

—Toma, Liska te acompañará. —Me entrega mi juguete favorito, y hace que brote una pequeña luz de calma, pero que desaparece al observar la tristeza de su mirada—. Adiós, mi pequeño Alen.

Rujo por el nuevo ataque de dolor que invade mi pierna. A esto le sumo la descarnada soledad que me envuelve en la oscuridad del foso. La humedad cubre mi cuerpo, sin ser capaz de reconocer si es por la fiebre o por el lugar en que me encuentro. La objetividad se esfuma y es imposible escapar de las tinieblas.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido, mas la tortura en mi pierna es eterna. Lucho por contener el dolor y por regresar, no obstante, mi consciencia me hala para que siga dando un vistazo. Esta vez, los recuerdos me trasladan a una noche específica.

El ritmo de los tambores cubre mis oídos, y entre la multitud que se mueve a mi alrededor la busco a ella. Mi mirada encuentra la tela anaranjada que marca por completo su cuerpo. La contemplo unos segundos mientras se mueve al compás de la música. Mis impulsos me incitan a que la reclame como lo hacen las demás parejas en el salón, pero no puedo hacerlo. Ella está prohibida para mí.

Sé que debería apartarme, pero tampoco dejaré que otro hombre se acerque. Mi mano vuela a la empuñadura de la espada, en el momento que dos pobladores la arrinconan. Sin importarme la advertencia de no levantar nuestras armas en este territorio, camino a su encuentro. Contengo las ganas de rebanar sus gargantas al observar que la han tocado. Rápidamente los golpeo quitándolos del camino. Los ojos de Eleonor se posan sobre mi rostro y, al reconocerme, suspira aliviada.

La examino unos segundos con la intención de reprenderla por ponerse en riesgo, pero no puedo dejar de observarla. Tomo la copa que lleva en sus manos y doy un largo trago con la intención de apagar los equivocados instintos que emergen.

El sabor del vino produce el efecto contrario y, por un instante, me quiero sumar a la celebración en donde se encuentran dos desconocidos en

una tierra lejana, escondiendo detrás de las máscaras sus verdaderos sentimientos. Puede ser el acto más estúpido que he realizado, pero, sin darme cuenta, me acerco para susurrar en su oído si busca pareja para esta noche. Acto seguido, mi mano cobra vida y se posiciona en su cadera. No queriendo que me rechace, al menos no por este momento. Deslizo mis dedos hacia su espalda y la seduzco acariciando la suave piel. Como siempre ha sucedido, sus ojos revelan cada una de las emociones, que en un principio son de desconcierto, pero ante una nueva caricia, suelta el aire que había contenido y comienza a moverse al ritmo de la música. Debería dar un paso al costado, pero el movimiento de su cuerpo me mantiene inmóvil, embobado por su belleza.

Un escalofrío me recorre cuando posa los brazos sobre mis hombros. Tenso mi quijada para no tocarla de la manera que mis pensamientos quisieran. Su mano recorre mi torso descubierto y el toque quema mi piel. No me muevo, porque el ser egoísta en mí, quiere saber hasta dónde está dispuesta a llegar y, también, si las miradas de interés que me ha entregado, son reales. Dejo que siga descubriendo mi pecho porque, al igual que ella, disfruto de este contacto robado.

—¿Qué haces? —pregunto, acercando el rostro a su mejilla para percibir su aroma. Su respuesta es presionar las manos con más firmeza, para luego comenzar a bailar como las demás mujeres. Sus movimientos son tan sensuales que no puedo impedir que mis manos la acerquen un poco más.

Nuestros cuerpos se alcanzan y la delgada tela del vestido me entrega una clara percepción de sus senos sobre mi piel. Contengo el gemido ante el contacto, pero es imposible que contenga el calor de mi sangre, menos cuando sigue refregándose contra mi cuerpo. Ante su abierta insinuación no puedo controlarme más y lanzo el jarro al suelo. Encuentro su mejilla y la acaricio. Mis venas se contraen ante el movimiento de su cuerpo contra el mío, tambaleando mi juicio al sentir la rigidez de la cúspide de sus senos. Deslizo la mano por su espalda y si fuera otra mujer, ya la tendría en mi cama.

Lucho una vez más para controlar mis deseos, porque ella no se merece que sea tomada de forma casual, en un territorio que no es su hogar, menos por un hombre que no es digno de su compañía. Me gustaría apartarme, mas se aproxima y su lengua acaricia el borde de mis labios. La sorpresa de su acto se suma al hambre incontenible que sentía por probar su boca. Abro la mía para recibirla y que descubra todo lo que quiera de mí. Su sabor dulzón me embriaga enviando ondas de placer a todas las partes incorrectas. Cuando sus dientes estrujan mis labios, mi control se esfuma apareciendo la ira por no poder tenerla ya que no es mía y nunca lo será.

Abro los ojos en el momento en que un líquido amargo colma mi boca y se me obliga a tragar. Entre la nubosidad, encuentro a una mujer, pero la calma que quiso llegar se fuga al reconocer que no es la persona que quiero. Cierro los ojos queriendo regresar a ella y, aunque sé que las visiones no me entregarán la paz que ansío, me obligo a recuperarlas.

La persona que me atiende susurra palabras indescifrables, pero por su tono, entiendo que son para tranquilizarme.

—¿¡Dónde está ella!? —grito. O es lo que creo. Ya no estoy seguro de nada.

En respuesta mi cabeza y cuerpo son afirmados, instante en que los temblores me invaden otra vez. Las imágenes regresan, pero se vuelven intermitentes, como si no fuera capaz de alcanzar ninguna. Me concentro para retomar la secuencia, hasta conseguirlo. Ella se encuentra quitándose el camisón. Mantengo mi vista en su mirada, encandilándome por su coraje, mientas mi pecho se fractura por el honor que significa ser el primer hombre en poseerla.

La imagen se quiebra al regresar las convulsiones, pero el calor no me abandona, al contrario, crece al regresar al momento en que mi cuerpo se hunde en el de ella y maldigo por la sublime sensación. La oscuridad en mis venas se alza por más y lo logro, llegando al instante en que toma mi cuerpo y mi sangre. Mi cuerpo se agita ante un nuevo espasmo y la visión cambia, pero no así mi deseo porque nunca tendré suficiente de ella.

El calor en mi piel crece al visualizar la escena en donde la tomo desde la espalda. Sus gemidos me deleitan. Trato de aferrarme a esta ilusión, pero mi cuerpo es quitado de la calidez del suyo. La perturbación me estremece al continuar escuchando los gemidos de placer, sin embargo, no soy yo el que se lo entrega. Una presencia bañada en sombras toma mi lugar y ella acepta su compañía. Bramo tratando de localizar mi espada y no soy capaz de moverme.

Me concentro en mis sentidos para averiguar si esto es un juego macabro por mi fiebre, o un tormento que me inflige el enlace por abrir las puertas de mi memoria. Gruño por no poder escapar de esta repulsiva ensoñación, y mis entrañas se revuelven cuando un nuevo gemido retumba en mis oídos. Tenso mis músculos y me obligo a calmarme, requiero unir y conectar mis pensamientos a los de ella.

Invoco a las tinieblas para que me guíen en su dirección con la necesidad de corroborar que no me está traicionando. Los dolores persisten, pero los ignoro al solo encontrar frío y oscuridad. Un aullido retumba en mi pecho y el vínculo quema mis vísceras. Un gemido de satisfacción escapa de mis labios y la bilis sube por mi garganta, al percatarme de que este placer no me pertenece. La ira estalla y vomito al cruzarse nuestros sentidos, ratificando que se encuentra en otros

brazos. Trato de incorporarme, mientras grito tornándose todo de rojo. El deseo de venganza me golpea como un maldito rayo que me apuñala y, lucho con varias manos que tratan de sujetarme a la cama, siendo solo contenido cuando mi nuca es impactada con dureza, enviándome a la oscuridad.

Capítulo 9

Mantengo los ojos cerrados mientras mi lengua recorre los labios del príncipe de Aquilón. Sus manos se ciñen a mi cadera con firmeza y, al mismo tiempo, con reserva, evaluando mi reacción. El tacto sabe a gloria para mis instintos, pero, sin poder evitarlo, aflora un zumbido de recriminación. Profundizo el beso porque el apetito del vínculo me lo ordena y porque, por un instante, quiero dejar de luchar con mis emociones. Gamar deshace el contacto para observarme. En sus ojos no existe culpabilidad ni remordimiento. Desearía poder sentir lo mismo y dejar de escuchar la voz que me advierte de mi inminente traición.

Da un paso hacia atrás extendiéndome su mano. No sé si el gesto es una invitación a que deje mis demonios atrás, o para que me retracte de lo que estoy a punto de hacer. Por su expresión, sé que cualquier decisión que yo tome la comprenderá, así como también sé que mantendrá su palabra de reinar y luchar juntos.

Entrelazo mis dedos a los suyos, negándome a que el vínculo se transforme en una eterna condena, impidiendo que las tinieblas me señalen a quién le debo entregar mi devoción. Ante mi respuesta, sus ojos se profundizan y sonríe con seguridad. Sin más preámbulos comienza a caminar guiándome al castillo.

Una vez en el interior, nos escondemos en los rincones para no ser vistos por los soldados que deambulan. No lo hacemos para ocultarnos, lo hacemos para evitar los comentarios sobre mi moralidad. La mayoría de los habitantes se rigen por las costumbres que proclamábamos en mi reino y la intimidad, sobre todo de una princesa, es algo que se debe llevar a cabo después de la boda. En esta oportunidad agradezco que Gamar haya sido criado bajo distintas tradiciones, ya que para él, un encuentro de una noche no tiene la relevancia que, hasta hace poco, tenía para mí.

Su mano se mantiene firme sobre la mía, mientras transitamos por los corredores. El agarre seguro me transmite confianza, una que solo había sentido junto a otra persona. La imagen de Alen es imposible desterrarla por completo, no obstante, ya tomé la decisión de no seguir bajo su posesión.

Nos detenemos en la entrada de su habitación, y aprovecho la oportunidad para ordenarle a Taviana que se quede afuera. Ella gruñe en desacuerdo, pero la ignoro. Su presencia es el vivo recordatorio de lo que ahora soy. Una mujer que, sin poder evitarlo, mantiene un poderoso vínculo y no únicamente con el encantamiento.

Al cerrar la puerta, Gamar recorre el lugar, mientras se deshace de sus armas. La luz de la hoguera me muestra su imponente figura. El

sonido de las brasas al calcinarse es el mismo que se desliza por mis venas, y sin ser solicitadas por mi mente, se escabullen las palabras de una fugaz promesa, en donde se me juró que el tiempo y el espacio no serían impedimentos para que mi camino volviera a converger con el de él. Ante el recuerdo no llega la tristeza, lo que aparece es la decepción, al darme cuenta de lo frágiles y moldeables que pueden ser las emociones.

—Bueno, y ahora ¿qué harás conmigo? —Una sugerente sonrisa acompaña la pregunta.

—Pensé que, al ser el príncipe de uno de los pueblos más libres en los temas de intimidad, tendrías sugerencias. —También me deshago de mi espada. En respuesta cruza los brazos sobre su pecho, mientras que me recorre lentamente de pies a cabeza.

Un cosquilleo se cierne sobre mi piel ante su acalorada mirada. Mantengo los ojos sobre él y desato los lazos de mi peto, pensando que, si vaciaré lo que queda de mi alma, no me contendré.

Tiro la prenda al suelo y camino con mi torso desnudo a su encuentro. Su mirada es atrevida y se desliza absorbiendo cada parte que queda expuesta; el pudor no aparece y el instinto primitivo ruje por más. Me detengo un paso antes de llegar a su lado y desabrocho mi pantalón. Con sosiego lo quito. Sonríe complacido por mi audacia y, de manera pausada, también comienza a quitar su ropa, dejando que recorra cada línea de sus músculos. Se despoja del lazo que amarra su cabello y las ondas que caen por los costados de su rostro exhalan completa masculinidad. Dirijo mi mano a su entrepierna y por la rigidez que encuentro, puedo corroborar que él se encuentra tan dispuesto como yo. Sus ojos se llenan de lujuria, sin embargo, agarra mi muñeca antes de que pueda quitar la tela que cubre su sexo.

—Dije que podías ocupar mi cuerpo, pero también dije que no fecundarías a un hijo. —Se acerca a mi oído y luego susurra—. Por esta vez, tomaré el control.

Se acerca hasta que nuestros desnudos cuerpos se tocan. El calor que emana su piel se une al mío y, con delicadeza, desliza las manos por mi espalda. Su boca la mantiene cerca de mi cuello, dejando que el cálido aliento lo acaricie. Inesperadamente se detiene y encuentra mis ojos, al parecer, buscando aprobación. Mantengo la mirada momento en que libero mis sentidos, los que han estado hambrientos por satisfacción. Deslizo mi lengua sobre sus labios y, con esto, le entrego el mando de la situación.

Esboza una pequeña sonrisa y su boca me devuelve el beso con voracidad. Las yemas de sus dedos serpentean por mi espalda, recorriendo cada surco. Cuando el primer jadeo escapa de mis labios, me toma de mis muslos, levantándome. Me guía hacia el tocador y una vez que me siento sobre la madera, sus labios me abandonan para

dirigirse a uno de mis senos. Su boca lo envuelve y la humedad de la lengua contrae mi vientre. El placer me aborda y, antes de que pueda reaccionar, una de sus manos se dirige a mi hendidura. Sus dedos, ágilmente, masajean mi entrada y gimo de placer, mientras sus dientes estrujan el borde de mi pecho.

Mis caderas, en respuesta, se comienzan a mover sobre su mano buscando saciar el ardor. Cierro mis ojos dejándome llevar por lo indómito de mis sentidos, los que se estimulan ante el severo contacto. A los pocos segundos me encuentro gimiendo, disfrutando de la destreza con que sus dedos se escurren en mi intimidad. El control que quise entregar, es cambiado por el involuntario movimiento de mi mano que toma de la suya para que, su palma restriegue con más fuerza entre mis muslos. Halo de su cabello para besarlo y al encontrarse nuestras lenguas, dejo que el apogeo de mi satisfacción explote en su boca.

Quita la mano cuando mi respiración retorna. Su mirada exhala virilidad y deleite por el placer entregado, pero el ansía en su expresión persiste, al igual que en mi interior. Su lengua vuelve a deslizarse por mi cuello mientras me carga y me lleva de regreso a la cama. Me recuesta y sigue con su candente exploración. Al llegar a mi clavícula, la humedad de su lengua se evapora ante el contacto de mi ardiente piel. El jadeo retorna a mis labios cuando lame mi vientre y la curvatura de mi cadera. Toma con firmeza de mis piernas flexionándolas y de manera deliberada me abro para él.

Su barba es lo primero que acaricia mi cavidad. El cosquilleo de ese toque envía ondas de deleite a todas las partes correctas. Atrapo las sábanas para no gritar cuando su lengua lame el centro de mi feminidad. Ante la magnitud de mi gemido no se detiene, al revés, intensifica la fuerza del movimiento guiándome a un espiral de satisfacción, el que despeja mi mente de cualquier idea que pretenda emerger. El calor me embarga junto a la oscuridad que brama por salir de su encierro. Las ataduras que coloqué para retener el vínculo en el fondo de mi conciencia, son soltadas con cada implacable embestida de su lengua. Mis muslos se tornan rígidos cuando el escalofrío nace en mi entrada y danza por todo mi vientre. Ante la tortura de placer no contengo más mis quejidos dejando que corran libres por cada espacio de la habitación. Mis pensamientos se ensombrecen cuando la explosión es inaplazable. La ebullición de mi sangre se acelera; llevándome a una oscura habitación, en donde otras son las manos que me toman.

Quiero escapar de esta visión, pero una presencia escondida en las sombras me sujeta. Grito ante el placer entregado por Gamar, sin embargo, también gimo al visualizar la mirada atormentada de Alen. En vez de alejarme de su aparición, la sostengo, y arqueo mi espalda

para permanecer en la cima del placer. Contengo la respiración cuando mi pecho es azotado por un doloroso calvario, y abro los ojos al darme cuenta de que la aflicción es real y le pertenece a él. Me concentro en mi acompañante para evadir la intromisión de mis sentidos, la cual traspasa el tiempo, las distancias y la lógica. Me incorporo resuelta a rechazar cualquier tipo de placer que esta intromisión me causó. Obligo a Gamar a acostarse y sin dudarlo, le quito la única prenda que aún viste.

—No es necesario. —Levanta mi rostro. Ignoro sus palabras y bajo la tela.

Los recuerdos más que nunca, me acechan. Sé que Alen los está guiando para quizás castigarme o para que me arrepienta. No me dejo amedrentar por el flagelante enlace que nos une y prosigo con la intención de compensar a mi futuro esposo por sus atenciones.

Me dejo llevar por mis instintos, los que ahora se encuentran más estimulados y me monto a horcajadas sobre su cuerpo. Guio su virilidad entre mis mulsos y, sin introducirla, la acaricio con los bordes de mi hendidura. Me balanceo sobre ella, embelesándome de la carnosidad de su piel.

Resisto la necesidad de que mi abertura sea llenada, consciente de que no quiero procrear, por lo que en esta oportunidad busco el deleite solo en el roce de nuestros cuerpos. Permanezco en mi posición y, al escuchar los constantes gemidos, apresuro el ritmo de la oscilación. Acompaño los últimos movimientos con la caricia de mi mano sobre la base de la rigidez y no tarda en verter parte de su simiente.

Caigo a un costado, extenuada, tanto por el ardor de mis músculos, como por la pesadumbre de mi racionamiento. La turbación persiste, pero la sensación en mi cuerpo es de completo regocijo al haber alimentado el instinto primitivo que bramaba por placer.

Los siguientes minutos me quedo recostada, sin querer analizar la debilidad de mi razón que me llevó a conectarme por un instante con él. Respiro y me enfoco en mi alrededor con el objetivo de liberar a mi mente para que encuentre quietud. Sigo los consejos de Bóreas e invoco a mis sentidos para que tomen el control. Me dejo guiar por los sonidos del viento del exterior y también por el palpitar de Taviana que se pasea intranquila en el corredor. Las chispas ardientes de la hoguera es lo siguiente que advierto. Me concentro en ellas, y después de tan solo unos segundos logro captar el balanceo del fuego. Sonrío ante la calidez que me cubre, y también por sentir como si mi cuerpo levitara, uniéndose a las brasas.

—¿Cansada? —La pregunta me sobresalta al haber olvidado en donde me encontraba. Prolongo mi meditación y, esta vez, la dirijo hacia mi acompañante.

Aunque la respiración es pausada, los latidos golpean aceleradamente en su pecho. Impulso un poco más mi percepción hasta que visualizo las líneas de su cuerpo. Recorro los contornos de sus músculos apreciando la fina capa de sudor que los cubre. Mi lengua se retuerce por la necesidad de volver a probar su sabor.

Abro los ojos al entender que mi ansia sigue despierta y considero esta alternativa, por no reconocer que no es solo el vínculo el que me induce a demandarlo otra vez.

—Entonces. —Mi cuerpo se gira hacia el sonido de su voz—. El animal que llevas dentro, ¿fue saciado?

Observo su rostro, examinado cada expresión y cada trazo. Puede que sea la primera vez que esté prestando atención a lo atractivo de sus facciones. No verbalizo mi respuesta. Me subo sobre él deslizando las manos por su torso. Sonríe de forma traviesa, momento en que toma de mis muslos y me voltea, colocándose sobre mí. Nuestras bocas se unen y la calidez de su cuerpo seduce al mío. Cierro los ojos buscando conectar otra vez con mis sentidos, quiero desnudar no tan solo su cuerpo, sino también sus deseos.

La comunicación con mi alrededor se lleva a cabo de forma espontánea, logrando palpar la convulsión de la sangre en sus venas. De súbito, mi pecho se contrae al captar un gruñido de dolor. Mi alrededor se agudiza, y al siguiente instante estoy saltando fuera de la cama.

—Alguien se encuentra en peligro. —Es lo único que digo mientras tomo la primera prenda que encuentro a mi alcance. Gamar, a mis espaldas, toma su pantalón y se viste apresurado

Abro la puerta y, antes de salir, Gamar me llama. Al girarme, lanza una de sus espadas directo hacia mi mano. No tengo tiempo de agradecerle, y salgo corriendo por el rellano en dirección al sonido de dolor.

Capítulo 10

Corro por el pasillo manteniendo la conexión con mis sentidos. El llamado desesperado lo percibo detrás de la última puerta, y apuro el paso al reconocer a quien le pertenece. Taviana ya se encuentra gruñendo y rasguñando la madera con sus garras. Sostengo la espada con fuerza y atravieso el umbral.

La sangre sobre un pelaje blanco es lo primero que observo. Nube se encuentra echado y jadeando con dificultad. Un forcejeo junto a un berrido me hace girar a la izquierda. Bóreas, semidesnudo, forcejea con un hombre. Pese al desconcierto, logro reconocer al atacante como un soldado del ejército de mi hermano. Me dirijo hacia él en su ayuda.

Al acercarme, encuentro al joven príncipe sangrando y desarmado. Mis pasos no san tan rápidos como quisiera, sin poder detener el cuchillo que reluce conectando con el torso de Bóreas. De forma instintiva, giro la espada y golpeo con la empuñadura en la nuca a su atacante, quien cae.

—¡Pide ayuda! —ordeno a Gamar y, acto seguido, me arrodillo al lado del cuerpo del joven príncipe.

De reojo me cercioro de que el soldado se mantiene inconsciente y vuelvo a fijar la vista en el puñal que continúa clavado en el pecho de Bóreas.

—Nube —exhala entre quejidos, y con la intención de levantarse.

—No te preocupes, los hechiceros lo ayudarán —aseguro, tratando de aminorar su angustia.

Levanto la vista para observar al lobo y verificar su estado. Taviana se encuentra sentada a su lado, protectora, mientras la sangre le sigue escurriendo del vientre. El movimiento de su pecho a cada instante se torna más pausado. No necesito conectarme con mi entorno o con el animal para saber que su condición es crítica. De inmediato me cuestiono si los hechiceros serán capaces de traer a alguien de la muerte.

Al escuchar ruidos desde el exterior, vuelve mi atención a Bóreas. Esta vez un hilo de sangre brota de sus labios. La calma que quise mantener se resquebraja al contemplar cómo sus ojos se cierran y los latidos se ralentizan.

—¡Quédate conmigo! —exijo, tomando su cabeza con cuidado.

—Eleonor —Gamar me llama y, en ese momento, sus manos agarran mis hombros para apartarme.

Por un instante la desesperación hace que no me quiera mover, pero luego de una nueva sacudida, me hago a un lado.

Al levantar la mirada, contemplo a los hechiceros en el interior

junto con más soldados. De manera instintiva tomo la espada y me incorporo para amenazarlos. La figura de Barón se interpone en mi camino.

—¡Ellos fueron! —acuso, indicando el cuerpo del agresor en el suelo y luego a sus compañeros.

—Déjanos averiguar qué sucedió —responde, severo.

—Es evidente lo que ocurrió. —No me dejo amedrentar por su mirada inflexible, y mantengo en alto la espada—. Ellos no confiaban en él y quisieron asesinarlo.

—Debes calmarte para que esclarezcamos los hechos. —Esta vez las palabras de Barón van cargadas de advertencia.

Trato de calmar la furia y el instinto asesino que me invade al seguir observando la sangre en mis manos. Un toque cálido y gentil se posa sobre mi brazo, y al girar la cabeza, encuentro a Gamar.

—Déjalos que se ocupen, ya averiguaremos qué sucedió —persuade con quietud, buscando hacerme razonar.

Bajo la espada cuando el cuerpo de Bóreas es levantado para ser transportado a la habitación de curación. Respiro, entendiendo que en este momento eso es lo primero, que sea atendido.

Un bufido de intimidación llega desde el costado. Los hombres que vinieron a ayudar se encuentran a varios pasos de Nube y no se acercan porque Taviana les obstruye el paso. Al igual que ella siento desconfianza, pero la obligo a bajar la guardia para que se encarguen del lobo.

Una vez que cargan a Nube, Taviana los sigue desde una distancia prudente, pero sin dejar de intimidarlos con sus colmillos. Barón junto a Gamar se encuentran examinando al soldado que sigue desvanecido en el suelo. Las manos del hechicero se dirigen a su camisa y al abrirla extrae un colgante, en este cuelga un diente de lobo. No necesita explicar nada, ya sabemos a quién pertenece. Calesia.

Miles de interrogantes aparecen, pero no con relación a las motivaciones de la hechicera. Es claro que siempre ha deseado la muerte de Bóreas, los cuestionamientos son a ¿cómo lo logró?

Mientras se llevan al traidor, me dirijo a la habitación de Fennes, con la confianza en que él podrá ayudarlos. En el trayecto me encuentro con mi hermano, el cual desliza su mirada a la sangre que me cubre.

—¿Te encuentras herida? —pregunta, alarmado.

—No es mi sangre —respondo y sigo mi camino. Sin pasar por alto la mirada que fue hacia mi vestimenta. La ignoro, porque en este momento, lo que menos me importa es que mi moralidad sea cuestionada al ir vestida únicamente con la camisa del príncipe de Aquilón.

Al llegar al pasillo, en donde se encuentra la alcoba en la cual fue

sanado mi hermano en el pasado, encuentro a la mayoría de los hechiceros reunidos en el exterior y no en el interior. Al contemplarme, sus semblantes son como siempre, inescrutables. Sin embargo, puedo leer por la expresión de sus ojos que algo no va bien. Apuro el paso y cruzo entre ellos hasta llegar a la habitación. Suelto el aire retenido al observar que Bóreas se encuentra sobre la mesa. Su respiración, a pesar de que es casi imperceptible, aún persiste. Varios súbditos de este reino atienden sus heridas.

—¿¡Por qué no lo estás sanando!? —increpo a Fennes, sin entender por qué nadie se ocupa del príncipe.

—No creo que sea posible —responde y, ante su pasividad, levanto la espada.

—Eso no es necesario —Liana interviene, conciliadora.

Mi mano tiembla, pero no el instinto de obligarlos a que hagan algo. De soslayo observo a mi hermano y a Gamar que se nos unen, también desconcertados por el actuar de los hechiceros.

—¿Qué sucede? —Gamar es el que pregunta—. ¿Sus heridas son mortales?

Mi sangre se hiela al escuchar la última interrogante. Vuelvo a mirar a los hechiceros y nadie dice nada.

—¿Qué ocurre? Díganlo de una vez —inquiero. Esta vez utilizando el gélido tono del encantamiento.

Los Antiguos Ancianos se miran entre ellos hasta que todas las miradas quedan en Barón, esperando su venia para revelar lo que están escondiendo. Los segundos se vuelven una eternidad, mientras el hechicero sopesa el exponer lo que no se atreven a decir.

—Deberíamos ir al salón para hablar sobre este tema —Lael plantea a sus hermanos.

—¿Al salón? —cuestiono, desconcertada, al darme cuenta de que no están pensando en ayudar a Bóreas. Rápidamente me interpongo delante de ellos—. Nadie se moverá de este lugar hasta que el joven príncipe y su lobo sean sanados.

—Quemamos nuestro árbol —Liana es la que rompe el silencio. El tono utilizado va cargado de significado, el que para mí no explica nada.

—Nuestro árbol sagrado es el que nos da la vida y nos ata a este mundo —explica Fennes—, también es el que nos entrega nuestros poderes.

Mi pecho se contrae, cayendo en un acantilado que lo cubre de vértigo. Doy un paso atrás no queriendo aceptar el alcance de sus palabras.

—¿Ya no tienen poderes? —Gamar es el que pregunta con la voz envuelta en confusión y molestia.

—No es tan sencillo —Barón interviene.

—Creo que es una pregunta sencilla —encuentro mi voz, asimilando las emociones que luchan por descontrolarse—. ¿Pueden o no ayudar a Bóreas?

—Podríamos, pero utilizar lo que queda de nuestros poderes, apresurará nuestro declive —explica Fennes.

Me obligo a ordenar mis ideas, antes de que mi instinto tome posesión de mis actos. Respiro tratando de comprender las consecuencias de haber perdido su árbol. Mi primer cuestionamiento es; si este elemento los amarra a nuestro mundo y les entrega la vida, por qué no están ya muertos. Pero en vez de eso pregunto:

—¿Por qué lo destruyeron si conocían las repercusiones que tendría para ustedes? —los enfrento sin poder refrenar el impulso de lastimarlos—. ¿Por qué aniquilaron la única herramienta que nos podría haber otorgado la victoria, sobre todo ahora que decidieron ayudarnos? —Levanto mi espada nuevamente hacia ellos, enceguecida por la rabia al caer en la cuenta de que otra vez he sido desplazada en la toma de una decisión tan importante.

—Lo hicimos porque nuestro árbol era la mayor arma de destrucción —explica Barón—. Las revelaciones no solo les mostraron a ustedes sus destinos, también nos señalaron que nosotros éramos y somos responsables de que la oscuridad haya reinado y reine en Badru. La madera de nuestro árbol es la que fortalece el encantamiento, y nuestros hermanos fueron los causantes de entregar la llave de la destrucción. —El hechicero toma un momento para mirar a sus hermanos y luego continúa—. El castigo por las acciones cometidas será nuestra extinción.

Bajo mi espada digiriendo su funesta declaración. La esperanza que quise cultivar se comienza a resquebrajar, al igual que la vida de Bóreas.

—Entiendo que se sientan responsables y arrepentidos por los actos ejecutados por sus hermanos, pero ¿por qué no pudieron esperar hasta que la guerra terminara? —Gamar cuestiona, tan perplejo como me siento yo.

—Calesia no se detendrá ante nada. La única forma de detenerla será, por un lado, negarle la posibilidad de que pueda volver a conseguir madera de nuestro árbol y por otra, matarla.

—Pero su vida ya está condenada. —Me apresuro a aclarar, confundida—. Yo la herí con la madera de su árbol sagrado.

—El libro que nos trajeron además de exponer el término de la oscuridad, también nos comunicó la manera de contrarrestar su inminente muerte —Barón expone con pesadumbre—. Su deceso lo puede retrasar si es capaz de canalizar su energía y la nuestra.

—Por supuesto no le daremos la oportunidad de que aprese a alguno de nosotros para alargar su tiempo de ruina en nuestro mundo

—Lael declara.

Me tomo un segundo analizando las causas que los llevaron a tomar tan drástica decisión. Tampoco es mi intención que Calesia alargue su existencia, pero tampoco lo es no contar con los dones que los hechiceros poseen, menos en esta etapa del levantamiento.

—¿Si quemaron su árbol, entonces por qué no están ya muertos? —La pregunta de Gamar me trae de nuevo a la realidad.

—Nuestra presencia permanecerá hasta que la última ceniza de nuestro árbol se esfume.

—¿Cuánto tiempo tardará eso? —pregunto, analizando los posibles escenarios que tendremos que enfrentar.

—Un par de semanas, quizás menos —responde Liana, encontrando mi mirada. Su expresión devela miles de emociones en las cuales puedo identificar; pesar y arrepentimiento, también un dejo de temor, pero, asimismo, certeza, la misma que siento yo al decretar la próxima orden.

—Sálvenlo. —Señalo con un gesto hacia la habitación en donde se encuentra Bóreas.

Cierta sorpresa aparece en los rostros de los hechiceros y luego, confusión, quizás pensando que no he comprendido el alcance de mi exigencia.

—Por lo que dijeron utilizar sus dones de curación apresuraría su extinción. —Mi hermano se acerca, enfatizando sus palabras—. Y en este momento necesitamos de su compañía, al menos, hasta que logremos asesinar a Priust.

—Ellos no pidieron nuestra opinión cuando decidieron colocarnos a todos en una posición vulnerable, y yo no estoy consultando vuestro parecer para salvar una vida. —Miro con furia a mi hermano y luego me dirijo a los Antiguos Ancianos—. Sálvenlo.

Los hechiceros continúan sin moverse. Sin embargo, por la diminuta contracción de sus ojos sé que se comunican entre ellos. La paciencia y cautela con la que contaba se esfuma, demostrando en mi expresión amenazadora que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por salvar al joven príncipe. El príncipe de Aquilón se sitúa a mi lado.

—Lamento que vuestro deceso sea inminente, y lamento que esta decisión no haya sido consultada —Gamar interviene, firme—. Aunque debería sorprenderme, esta resolución no lo hace. Desde siempre han realizado lo que han estimado conveniente, no para nuestro mundo, sino para ustedes, escudándose en un discurso de equilibrio, el cual sus hermanos han roto.

»Gracias a ellos, hoy día nos encontramos en esta situación, y la sangre de un nuevo inocente se derrama porque no fueron capaces de honrar sus propias leyes. Es evidente que necesitamos de ustedes para vencer, pero también es un hecho que no estamos dispuestos a seguir

bajo su injusto juicio, que solo aparece para favorecerlos. Mi reino no necesitó de su ayuda antes, ni la requerirá ahora. De no salvar a Bóreas retiraré a mis tropas y lucharé solo. Al menos, de esta forma me aseguraré de que ninguna otra persona u otro ser, para su conveniencia, determine mi camino.

—Secundo las palabras del príncipe de Aquilón. —Levanto mi cabeza, agotada de ser un peón de estos seres que constantemente se han mostrado enigmáticos a la hora de enfrentar los conflictos—. De no salvar a Bóreas también me retiraré de vuestro reino.

—Yo lo haré. —Zelania da un paso al frente y el gesto de los hechiceros se contrae.

—Debo ser yo. —Fennes se antepone a su hermana en un claro debate.

—No, ellos necesitan de tu ayuda y la de todos ustedes. Mi existencia ya está trazada, esto solo apresurará lo inevitable. —Zelania mantiene su postura firme, observando a los Antiguos Ancianos. Luego ingresa a la habitación.

Los hechiceros no la detienen, pero, por sus gestos, es evidente que la decisión tomada los aqueja. La sigo al interior, en donde uno de los súbditos continúa trabajando con afán en el pecho del joven príncipe. Su semblante a cada segundo se vuelve más pálido. No necesito observar a Nube. Se encuentra al fondo de la habitación y, por las sensaciones que Taviana me entrega, sé que también agoniza.

Me siento al lado de Bóreas y tomo de su mano. El dolor es un suplicio al pensar en su pérdida. No obstante, impera el desconcierto junto a la rabia ante este nuevo giro. Zelania toma el lugar del súbdito. Después de una larga y pausada exhalación extiende sus manos sobre el cuerpo inmóvil. Como he presenciado con anterioridad; de sus dedos aparecen diminutas estelas blancas que comienzan a danzar hacia el objetivo de su sanación.

Debería sentirme agradecida por el sacrificio que realiza. Por lo escuchado, esto precipitará su deceso. Lamentablemente, la decepción es la que prevalece ante estos seres, que fueron los causantes del inicio de la guerra. También fueron los responsables de no detenerla a tiempo, reprobando a Asila, su hermana, que fue la única que se rebeló para ayudar a construir un mañana mejor.

Taviana gruñe al percibir el ingreso de los hechiceros a la habitación. Mi mirada encuentra la de Gamar, y en sus ojos puede leer decepción, la misma que siento yo. Me pongo en pie, mas no para encararlos y pedirles explicaciones, sino para dirigirme a la salida, resuelta a volcar mi molestia hacia otro sujeto.

—¿A dónde lo tienen? —interrogo a mi hermano al encontrarlo en el pasillo. Su mirada, en primera instancia, es de turbación—. Al traidor, ¿dónde lo tienen?

—No creo que deberías…

—No estoy pidiendo tu opinión. —Me acerco, a punto de mostrar mis dientes.

—Se encuentra en la habitación que está al final del pasillo —contesta, cediendo al tono imperativo de mi voz.

Sin preguntar nada más y sosteniendo la espada con fuerza, me dirijo hacia esa dirección. Gamar me sigue el paso y, antes de llegar a la puerta custodiada por dos soldados, se adelanta. No pide permiso y tampoco es cuestionado por los guardias, e ingresa dando largas zancadas.

El desertor se encuentra encadenado a la cama, aún con su vestimenta cubierta de sangre. Levanta la cabeza al notar nuestra presencia. Sus ojos delatan temor y arrepentimiento. Gamar toma una silla que está a un costado y se sienta frente al hombre. Me ubico a su lado, apaciguando el impulso de asesinarlo y dejando que el príncipe realice el interrogatorio.

—¿Cuándo te contactó Calesia? —Gamar demanda.

El hombre vuelve a bajar la cabeza sin decir una palabra, y antes de que pueda reaccionar, el príncipe se incorpora, dándole un fuerte puñetazo en la cara.

—Lo haremos otra vez. ¿Cuándo te contactó Calesia?

El soldado jadea, manchando la camisa con una nueva gota de sangre, la que ahora pertenece a él. Al no obtener respuesta, Gamar le vuelve a propinar un nuevo golpe. El hombre soporta los azotes sin decir nada. Justo en el momento en que Gamar se va a acercar por una tercera vez, reacciona.

—Los matarán —confiesa en un angustioso lamento

—¿A quién matarán? —Esta vez soy yo la que pregunta.

—A mi familia —explica, bajando la cabeza con desazón.

Mi mirada se cruza con la de Gamar comprendiendo la motivación de su acto, pero esto no aminora mi enfado.

—Lamento que la hechicera te haya colocado en esta situación. —Gamar esta vez ocupa un tono conciliador—, pero necesitamos de toda la información que nos puedas entregar para detenerla y, tal vez, salvar a tus seres queridos.

El soldado ante la última declaración alza la mirada, quizás encontrando esperanza. Mi mano acaricia la empuñadura de la espada de forma inconsciente, guiada por las tinieblas que aluden a la sentencia que dictamina un acto de traición. Me obligo a quitarla y a encauzar el instinto depredador, que persiste intacto.

—Te podemos ayudar —Gamar presiona, y agradezco que su juicio se mantenga íntegro.

Después de unos minutos el hombre desiste y nos relata su encuentro con la maldita hechicera.

—Su orden fue clara —revela, cansado—. Asesinar a los hijos de Priust y también a ti —declara, mirándome.

—¿Cuándo fue esto? —inquiero, no asombrada, más bien, preocupada.

—Cuando fuiste apresada en este reino —exhala, extenuado.

—¿No la has vuelto a ver? —Ante la pregunta de Gamar, el hombre niega con la cabeza.

—¿Se comunicó con alguien más? —insisto, inquieta, al pensar que existan más soldados embaucados por ella.

—No lo sé —susurra con aire derrotado.

Gamar me indica que nos retiremos y, antes de que salgamos, el hombre pregunta:

—¿Los salvarás?

—Lo intentaremos. —Es la única respuesta que el príncipe da y que poseemos; intentar salvar a su familia y a todo nuestro reino.

Retornamos a la habitación de sanación, encontrando a Fennes y Liana en el interior, el resto de los hechiceros ya se han ido. Los ignoro dirigiéndome al lado de Bóreas.

Exhalo de alivio al observar que las heridas del pecho se han transformado en diminutas líneas rojizas y que su semblante ha recuperado el color. Sus ojos se mantienen cerrados, ya que, de seguro, tomará algunas horas para que recobre su consciencia. Mi atención se dirige al final de la habitación, en donde se encuentra Taviana, quien sigue custodiando a Nube. Mi agobio se aminora al constatar que el lobo también ha sido sanado. La respiración fuerte y rítmica es una prueba de ello.

—Tenemos que hablar —sentencia Liana, firme. Se acerca a mi lado con cautela.

Me incorporo, observándola sin estar segura de las emociones que siento en este momento hacia ella y, mientras no pueda descifrar como encararé esta nueva y desconcertante situación, prefiero desechar su solicitud.

—Primero necesito cambiarme. —Muestro mi precaria vestimenta manchada de sangre. No espero por la réplica y salgo de la habitación, invitando a Gamar a que me acompañe.

Una vez que llegamos a mi habitación, y antes de que él hable, le entrego el colgante que lleva amarrado el trozo de madera obtenido del bastón que pertenecía a Asila. De esta forma, me aseguraré de que los hechiceros no fisgoneen en su cabeza y en la conversación que tendremos.

—Mientras el tronco esté en contacto con alguna parte de tu cuerpo, tus pensamientos no podrán ser escuchados por nuestros anfitriones —explico al observar la confusión en su rostro.

—No sé si esto sea de mucha importancia en este momento, ya que

todas mis ideas y sensaciones. —Hace una pausa para recorrer las partes que aún se encuentran expuestas de mi cuerpo—, han sido reveladas.

—Me tiene sin cuidado de que ellos sepan con quien comparto mi lecho. Mi preocupación radica en que no confío en ellos.

—Yo nunca lo he hecho, pero su casa nos entrega la protección que en este momento necesitamos. —Gamar, sujetando el collar entre los dedos, recorre la habitación hasta sentarse en un sitial junto al fuego.

—Aún no puedo creer que hayan decidido acabar con su existencia sin haberlo consultado o, al menos, habernos informado de esta resolución. —También me acerco al fuego, todavía debatiendo lo trascendental de esta situación.

—Deberías hablar con Liana. Quizás ella pueda aclarar la real motivación de este acto —propone el príncipe.

—No sé si sirva de algo. Desde que Asila fue apresada, ella ha tomado una actitud reservada ante mí. No sé si me culpa por lo que sucedió con su hermana, o solo sigue las órdenes de los otros hechiceros.

—¿Crees que nos puedan traicionar? —Gamar formula la misma pregunta que me ronda.

—Ya no estoy segura en quién podemos confiar. Menos ahora que podría haber más soldados contactados por Calesia para eliminarnos.

—Lo más sensato es que llevemos lo antes posible el ataque a Aquilón. En mi reino puedo contar con la lealtad de mi pueblo.

—¿Así como lo hizo Brisa? —interpelo, recordando a la doncella que nos traicionó a manos del Valle Oscuro cuando quisimos huir.

—Ella fue amenazada por la hechicera. El resto de mi gente dio la vida luchando para que pudiésemos escapar —refuta, molesto, ante mi insinuación.

—No es mi intención discutir, más bien, es lógico que tengamos en cuenta que solo una persona basta para que cualquier intento de resistencia, sea aplacado.

—¿Qué sugieres entonces? —Gamar alza una ceja, retándome—. En este momento nadie confía en nadie. Ni siquiera tu hermano se fía de que podrás controlar la oscuridad que te fue entregada.

—¿Y tú confías en mí? —pregunto, incómoda, consciente de que mi actual posición se encuentra vulnerable.

—Lo hago de la misma forma en que tú confías en mí —declara. Al parecer, desafiándome a que diga mis verdaderas intenciones hacia él.

—Sabes que mi propósito es salvar a nuestro pueblo —respondo con tono monocorde, y con la intención de evadir mi real pretensión.

—Mi propósito es el mismo. —Se levanta, decidido—, y haré lo que sea necesario para liberarlo de la tiranía.

—¿Hasta casarte conmigo? —cuestiono, esta vez, presionándolo yo

a él.

—No me malinterpretes, Eleonor. Eres hermosa y valiente, pero por, sobre todo, eres la verdadera heredera al trono de la Casa de los Ciervos y, por consecuencia, la que liderará en un futuro todo Badru. Tu posición, en este momento, es la que necesito para fortalecer mi liderazgo y que todos los otros territorios nos apoyen, uniéndose a la batalla para rescatar mi hogar.

—Y después de que rescatemos a Aquilón, ¿qué harás? —Lo increpo. No sorprendida, sino preocupada de que su interés sea solo salvar a su pueblo.

—Si mi padre estuviera en el trono, lo más probable es que no se involucraría en ningún enfrentamiento afuera de su territorio, pero yo no soy él. Mi palabra será respetada porque, a diferencia de él, soy consciente de que, si no derrotamos a la oscuridad, mi pueblo ni ningún otro, estará a salvo otra vez. Así que, si la pregunta es: si lucharé junto a ti después de recuperar mi casa, la respuesta es, lo haré. Aunque muera en el intento, mi pueblo será libre. ¿Qué me dices tú?

—Sabes que lucharé.

—Me refiero a que, ¿si respetarás la palabra de casarte conmigo, así Alen retorne o supere la oscuridad?

Su pregunta, pese a que no me debiera extrañar, logra tambalear los grandes muros que instalé.

—Suceda lo que suceda, mi palabra se mantendrá —respondo con firmeza, reforzando una vez más la decisión que ya fue tomada.

—Al parecer, no nos queda nada más que confiar el uno en el otro —manifiesta, examinándome unos segundos y luego agrega—: en los que no confío es en los Antiguos Ancianos, ni en cualquier soldado que haya estado en contacto con la hechicera.

—Desgraciadamente, no existe una forma de comprobar, en el caso de los soldados, quien fue amenazado. Por parte de los hechiceros, hablaré con Liana para que me explique de una vez, cual es la trascendencia de su existencia. Ya que, hasta el momento, solo han entorpecido la armonía que han declarado proteger.

—Con respecto a los hechiceros, no sé si conseguirás las respuestas que esperas. En el caso de los soldados, lo más prudente y seguro es que ahora, que eres mi prometida, te mudes a mi alcoba para poder protegerte de cualquier posible ataque. —Finaliza su sentencia con un gesto sugerente.

—Pensé que habíamos clarificado que nuestra unión es solo un trato político que nos beneficia a ambos.

—Eso no quiere decir que no nos podamos favorecer en otros aspectos. —Avanza un paso y lleva su mano al escote de la camisa, exponiendo el nacimiento de mi pechos—. La Luna Llena nos

acompañará por unos días más, y sigue en pie mi ofrecimiento de que me utilices para saciar tus instintos.

—¿Qué te hace pensar que volveré a caer en tu lecho? —cuestiono, sin poder mitigar el instinto animal que es provocado para salir una vez más de su claustro.

—No lo pienso, estoy seguro de ello. —Su otra mano se escabulle hasta la parte baja de mi espalda, presionando a mi cuerpo para que se una al suyo. La delgada tela permite que mi piel perciba no solo el calor de la suya, sino además su prominente virilidad, confirmándome su deseo.

El ansia se desliza por mi vientre y no la modero, la dejo avanzar. Por un instante, anhelo un descanso ante el persistente martirio de mi real necesidad.

Capítulo 11

Intento abrir mis pesados párpados, mientras un amargo brebaje se desliza por mi boca. Toso al no poder controlar mi garganta y el espasmo repercute en mis sienes. Lucho hasta encontrar la percepción de mi cuerpo y me aferro al dolor de mis músculos para no regresar al abismo en el que me encontraba.

Parpadeo varias veces ante el encandilamiento que me produce la luz de la habitación. Unas pequeñas pero firmes manos me ayudan a sostenerme cuando me incorporo. Al girar la cabeza, encuentro a una de las doncellas del reino y el reconocimiento es inminente.

—Con calma —dice, entregándome palabras de aliento—. Todavía te encuentras débil.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —interrogo al momento que mi vista se dirige a mi pierna. La venda que cubre el muslo me impide ver la herida, pero el malestar ha menguado casi por completo.

—Dos días. —Su respuesta llega junto a un vaso de agua que me extiende.

Al escuchar su declaración, me levanto de súbito. Un leve mareo me hace tambalear, pero me obligo a mantenerme en pie.

—No deberías levantarte aún, primero necesitas alimentarte. —Laurel se acerca con la intención de hacerme regresar a la cama.

Ignoro su sugerencia y recorro la alcoba buscando mi ropa. Mis pensamientos de a poco toman forma, recordándome el único propósito que tengo en este momento.

—¿Mi padre ya llegó al castillo? —pregunto, evocando nuestros planes.

—Se marchó esta mañana —Laurel responde mientras se dirige a la salida.

—¿A dónde vas? —inquiero, molesto al darme cuenta de que mi estado me ha dejado fuera de las estrategias.

—Te prepararé un baño y traeré comida —responde como si fuera un pequeño, luego cierra la puerta tras salir.

Me siento en el borde de la cama aplacando la frustración por la inherente debilidad de mi cuerpo. Respiro profundo, ordenando las ideas que asoman confusas y que pelean por tomar protagonismo.

Hago un nuevo esfuerzo y me pongo en pie, decidido a no perder más tiempo y, por supuesto, porque no permitiré que me releguen de nuestra lucha.

Me dirijo al sitial en donde encuentro mi ropa, y mientras me visto, la bruma se despeja, pero no lo suficiente como para ordenar mis pensamientos. Invoco a la oscuridad, la que me ha entregado la voluntad para cumplir mi destino, pero su energía se encuentra

atrapada por la insistente turbación.

Termino de amarrar mis botas y me dirijo a la ventana. Lo primero en observar es lo desértico del lugar. Esto me confirma que las tropas ya se han marchado, y lo hicieron sin mí. Lo segundo que capta mi atención, es el grupo de soldados que se mantiene en el centro del patio. Y al identificar a la persona que los lidera, de inmediato me dirijo a su encuentro.

Salgo al pasillo y una vibración en mi pecho hace que me ponga en alerta. Me detengo y espero, hasta que Liska se muestra entre las tenues antorchas que alumbran el corredor. Al acercarse, me arrodillo a su lado y acaricio la base de su cabeza. En un principio rechaza el contacto, percatándome de que es la primera vez que me aproximo de esta forma. No quito la mano, la hundo más en su pelaje como si su contacto fuera necesario para salir de mi confusión. Nuestra conexión poco a poco se afianza y el vínculo se abre paso, entregándome calor y decisión. Su dominio no es tan sólido como antes, pero para mí es suficiente.

—Deberías comer algo antes de bajar. —La voz de Laurel me atrapa desprevenido.

Al levantar la cabeza la encuentro a mi lado con una bandeja atiborrada de comida. Ante el olor mi estómago gruñe, no obstante, no puedo perder más tiempo. Ni siquiera le respondo y me levanto con la intención de seguir mi camino. Al pasar por su lado, maniobra con la bandeja y con el brazo que queda libre agarra del mío.

—Si no quieres comida te puedo alimentar de otra forma. —Su voz y expresión se tornan provocativas y, a diferencia del pasado, esta vez mi reacción es de rechazo.

Me deshago de su toque a pesar de que una minúscula parte de mí me indica que debería tomarla, que es lo correcto, pero el vacío que existe en la profundidad de su mirada me señala que solo es un acto despojado de real interés. Y, en lo personal, no me seduce. Al instante muevo mi cabeza en negación, al notar la dirección que toma mi juicio.

—¿Es por ella? —Laurel pregunta, sacándome de mi momento de confusión, pero al mismo tiempo, llevándome a otro, al comprender a quien se refiere—. La llamaste mientras estabas inconsciente.

Sin ser solicitadas, imágenes y sensaciones contradictorias, atropellan mi cabeza. Al no poder comprenderlas y menos unirlas, crece la turbación junto a la frustración, desestabilizándome.

—Ella ya no será tuya —asevera con malicia—. El príncipe Gamar será quien la desposará.

Un zumbido invade mis oídos y la oscuridad se levanta con furia, enceguecíéndome. No me doy cuenta cuando mi mano toma una daga de mi cinturón y estrello a Laurel contra la pared a punto de cortar su

cuello.

—¿Qué dijiste? —Exhalo en su mejilla, no estando seguro de querer escuchar su respuesta.

—La noticia de su matrimonio con el príncipe de Aquilón llegó esta mañana —se jacta sin mostrar ningún tipo de temor ante mi amenaza.

La ira se funde con la nueva evocación de recuerdos que se manifiestan. El latigazo de tormento se agita con dureza al abrirse la grieta de mis emociones, las que, hasta hace poco, eran reprimidas por el enlace.

—Ella nunca fue tuya y nunca lo será. —Las palabras pronunciadas por la doncella se sienten como si sus manos las llevara a mi cuello y me estrangulara con sádica lentitud. Mi sangre se calcina, absorbiendo la tortuosa revelación y, al mismo tiempo, sosteniéndola para no abatirme.

Con mi mano libre le doy un puñetazo en la cara para alejarla de mí. Quizás, también para apartar la brutalidad que emerge y que me quiere someter. Desde el suelo y entre la comida, Laurel suelta una gran carcajada, burlándose. Liska es el que da un paso adelante hacia su dirección, al tiempo que intento desprenderme de la opresión en mi garganta. Requiero aminorar la grieta que se abre en mi pecho ante la inminente vulnerabilidad. Invoco a las tinieblas para que detengan el dolor que florece y quema la boca de mi estómago, incitándome al descontrol. Las carcajadas de la doncella prosiguen como un enfermizo recordatorio de que Eleonor me traicionó y, sin dudarlo, doy la orden a mi lobo para que las acalle.

Doy la vuelta y me encamino por el corredor, intentando apartarme del creciente miedo que se afianza en mis entrañas, y que no es aplacado al escuchar el grito horrorizado de Laurel. Tampoco lo hace escuchar cómo su cuello es desgarrado, al contrario, el suplicio aumenta junto a la turbación.

Bajo las escaleras de dos en dos con una sola idea clara, encontrar a Calesia y, de ser necesario, obligarla para que introduzca la sangre del vínculo otra vez en mí.

Cruzo las puertas de la entrada del castillo casi jadeante, y lo primero en reconocer es el fantasmagórico reflejo amarillento de Luna Llena, el que me sacude con una nueva embestida de lacerante aflicción, al delinear la silueta de ella. La evocación de sus quejidos de placer, ahora retumban en mi cabeza. Comprender que, mientras alucinaba producto de la fiebre, nuestra conexión se hizo tan latente que percibí cómo ella era complacida por otros brazos, los de Gamar. No me doy cuenta de mi actuar hasta cuando ya me encuentro caminando hacia las caballerizas para subirme a un caballo con un nuevo propósito, matarlo a él.

Liska se une a mi paso, y a través de nuestra conexión percibo el

regocijo que lo envuelve al haber cumplido mi mandato. Mis ojos se centran en su hocico, del cual aún gotea sangre. Me es imposible compartir su sentir, una nueva brecha arde en mi pecho con un azote de culpabilidad. Me detengo un segundo porque mi irracionalidad es difícil de controlar, así como las emociones que me quieren subyugar. Busco mi racionamiento el que me indica que me debo presentar frente a mi rey y colocarme bajo sus órdenes, pero el instinto asesino es difícil de domar. Sin poder refrenarlo el único objetivo que me invade es de buscar al rey de Aquilón.

Entre mi disputa interna, unos sollozos unidos a pasos captan mi atención. Desde uno de los lindes del castillo aparece un grupo de soldados, los cuales dirigen a una fila de prisioneros. El terror que desprenden sus expresiones es difícil de ignorar, menos lo es reconocerlos como habitantes de la Casa de los Ciervos.

Exhorto a la oscuridad para que dirija mis pasos y no me haga cometer un acto absurdo que podría poner en riesgo a nuestra causa, pero nuevamente el enlace se repliega, no dejándome alcanzarlo. Mi vista se alza justo en el momento que pasa el último prisionero. El cabello canoso pegado en la sucia cara no es impedimento para que sepa de quien se trata, menos lo es, la asimilación al olor del pan que trae su recuerdo.

Sin pensarlo más, y no estando seguro de por qué, me dirijo al centro del patio. Mis pasos se sienten aturdidos igual que mi cabeza y, asimismo, mis impulsos.

Celsius al verme sonríe complacido por mi aparición, en mi caso, su presencia en vez de encauzarme, me perturba más haciendo crecer mi instinto violento.

—¿Por qué las tropas no me esperaron? —lo increpo de inmediato.

—Espero que tu tono sea porque aún estás confundido debido a la fiebre —responde, caustico, y luego agrega—: o quizás es porque ya te enteraste de las noticias del matrimonio.

Sin poder evitarlo suelto un gruñido ante la mención. Celsius responde con una media sonrisa, regodeándose.

—Debo partir en el acto. —Es lo único que logro gesticular al no poder hacer desaparecer su expresión.

—Deberás esperar hasta mañana, ahora te necesito para que me ayudes a llevar a cabo la sentencia de los que no sucumbieron al enlace. —El tono imperativo que utiliza no deja espacio para una negativa.

Levanto la mirada observando cómo cada una de las personas cautivas es obligada a arrodillarse. Contemplo cada uno de sus rostros. A pesar del paupérrimo estado en el que se encuentran, entre su delgadez y lo demacrado de sus expresiones, puedo identificar niños no mayores de diez años, adolescentes y también adultos. Si realizara

un rápido conteo podría decir que, al menos, hay una treintena de ellos. Los sollozos son casi imperceptibles, pero, de todas formas, inundan mis oídos con desagrado y hasta con aflicción.

La presión en mi garganta otra vez aparece como si me ahogara. No estoy seguro de si es porque no puedo dirigirme al lugar que deseo, o si es por tener que matar a estas personas. Muevo mi cabeza en negación, tratando de que, quizás de esta forma, mi razón retorne y que el discurso de que estas personas se merecen el castigo, me haga reaccionar.

Celsius da un paso adelante y camina hacia una de las jóvenes que se encuentra agachada en primera fila. Ella, al sentir su presencia, eleva su rostro encarándolo en un intento de morir con dignidad. Los quejidos de pavor se acrecientan cuando la espada del rey del Valle Oscuro se levanta en la noche y, sin titubeo, y en un movimiento letal, decapita a la joven.

Inevitablemente mi rostro se gira para no ver su cabeza rodar, pero me es imposible no seguir el camino de la sangre salpicada. Los gritos de horror estallan en la noche. Esta vez no vienen de mi alrededor, sino más bien, de mi interior.

Los recuerdos se presentan con ferocidad llevándome a uno en particular. La noche de mi vinculación. La oscuridad hace tambalear mi juicio y me precipitan a un acantilado en donde el dolor no tiene fin. Ante la siguiente evocación, caigo de rodillas al no poder soportar el flagelo de contemplar a Eleonor siendo asesinada. La grieta que quise contener se abre dando paso a las imágenes que una tras otra me desgarra. Mis manos se aferran a mi cabeza ante el martirio de verla siendo humillada, golpeada y casi violada.

Escucho el chasquido de una nueva cabeza cercenada y mi interior comienza a temblar, pero también a arder de ira. La vinculación se abre paso para someterme a sus designios y la dejo avanzar, esta vez soy yo el que me apropio de su poder de sangre y muerte.

Me levanto sintiendo el sudor frío que se riega en mi piel y mis huesos se tornan gélidos por venganza. Observo al que es mi rey y al cual le debo mi veneración. No obstante, lo único que puedo reconocer es su cara de satisfacción al denigrar a Eleonor. El martirio me ciega guiándome a un espiral de bestialidad que no puedo ni quiero controlar.

Empuño mi espada, la levanto y la guío. La satisfacción llega de forma violenta cuando el filo es hundido en el cuerpo de Celsius. No logro ver ni cavilar lo que sucede a mi alrededor, solo escucho cómo su columna se destroza con un crujido y su carne se despedaza ante mi mano.

—Nunca debiste tocarla —susurro en su oído, mientras entierro más profundamente la espada.

No alcanzo a ver su expresión, unas garras se entierran en mi hombro y me derriban. El golpe contra el suelo me aturde un segundo y, en un acto reflejo, levanto mi brazo para cubrir mi cara ante los colmillos de Óreo, el lobo de Celsius. Gruño cuando su mandíbula se cierra en mi brazo, pero no es necesario que luche contra él. Liska lo ataca quitándomelo de encima. Los gritos y pisadas que escucho a mi alrededor hacen que retorne a la realidad y a ser consciente del acto que acabo de cometer. Ruedo por mi espalda, desenfundando dos dagas de mi cinturón, preparándome para enfrentar a los guerreros que vienen por mí. Limpio la sangre que escurre de mi brazo. La culpa no llega. El deleite de la revancha me entrega la fuerza necesaria para enfrentarlos.

Sin vacilar entierro, certero, el acero en el pecho del primer lobo que salta hacia mí. Sin comprobar su estado, quito la daga y giro para incrustarla en la garganta de un guerrero mientras me agacho para evadir el filo de un hacha que es lanzada a mi cabeza. La sangre salpica mi rostro, pero ya me encuentro alerta levantando mi pierna para patear al siguiente animal que me ataca. Jadeo por el esfuerzo y por la debilidad de mi cuerpo, pero conjuro a las tinieblas para que me den la energía que necesito.

Esgrimo la daga en mi mano y la lanzo con precisión, atravesando el ojo del guardia que me embiste desde la derecha. Liska aparece a mi lado cubierto de sangre y no logro reconocer si le pertenece a él o a su víctima. Por el rugido que emite comprendo que no le importa, lo único que en este momento lo motiva es protegerme y seguir mi instinto de destrucción hacia los que se transformaron en nuestros enemigos.

En un recuento rápido, me doy cuenta de que aún debo enfrentar, al menos, a cinco guardias más junto a sus respectivos lobos. Mis probabilidades son escasas, pero no me dejaré abatir.

Un grito de dolor me llega desde donde se encuentran los prisioneros. Un niño es atravesado al costado de su torso por un hacha, mientras que los otros, pese a que se encuentran con sus manos encadenadas, se levantan para luchar contra los guerreros. La furia se incrementa al reconocerme en aquel pequeño. Aprovecho la distracción tomando una nueva cuchilla y, al mismo tiempo con Liska, arremetemos.

El baño de sangre prosigue y no me detengo. Ignoro el dolor de los cortes y los arañazos de los lobos porque solo tengo un objetivo, matarlos a todos.

El olor al hierro de la sangre penetra en mis fosas nasales, y me alimento del gozo que me crea destruirlos. Pateo al último guerrero herido en el suelo y un gruñido de dolor me congela. De inmediato recorro el lugar buscando a Liska. Dos animales están sobre él

despedazándolo. Corro en su ayuda y antes de llegar a su lado recojo un hacha del suelo. La levanto ocupando lo que queda de mis fuerzas y la encajo en las costillas de una de las bestias. El otro animal al verme, me amenaza. Retrocedo un paso para tomar una nueva arma, sin embargo, el lobo ya está saltando sobre mí. Levanto los brazos para cubrirme, pero el golpe jamás llega. Una figura de melena canosa se encuentra obstruyendo su camino, recibiendo en su cuello los colmillos que terminan perforando su cuerpo.

Liska gruñe de dolor y de frustración al no poder levantarse. Mi pecho arde en carne viva en respuesta al ser consciente de su estado. Juliana, la cocinera cae a mis pies y su agresor viene por mí. En un acto reflejo logro tomar su hocico con ambas manos y al percibir los pausados latidos de mi lobo, saco fuerzas de mi interior. Grito, abriendo sus fauces, dirigiendo todo mi calvario hacia mis miembros para desencajar su mandíbula. Esto no lo detiene, solo retrasa su ataque. Dejo que muerda con torpeza mi brazo, mientras recojo un cuchillo del suelo y, finalmente, lo entierro en su cuerpo.

Tropiezo al ponerme de pie, mas continúo acercándome hasta llegar al lado de mi animal. Su respiración ya casi no existe, y un nuevo recuerdo me atormenta, el de mi madre y cómo se sacrificó a manos de su lobo. Recorro las heridas de Liska siendo consciente de que, sin el poder sanador de algún hechicero, no sobrevivirá. Sus ojos cristalinos me observan y siento su dolor físico y emocional, al creer que me defraudó.

Acaricio la base de su cabeza y a través de nuestra conexión le trasmito mi total agradecimiento. Resopla y la sangre escurre de su hocico. Mi pecho se contrae, pero sé lo que debo hacer. Diviso una daga en el suelo y, armándome de valor, la entierro en su pecho, directo en su corazón. Sus pupilas se dilatan con sorpresa, pero al mismo tiempo con quietud. Su respiración desaparece, al igual que mi confusión .

Capítulo 12

Sondra termina de ajustar la cota de malla sobre mi vestimenta, y envaino las espadas en mis costados. Gamar se acerca para entregarme un arco, y por su mirada sé que él lo confeccionó.

—Te espero abajo —anuncia y luego sale de la habitación igualmente vestido con sus atavíos de combate.

Debería sentirme nerviosa al estar a prontas de partir a la batalla, pero el único sentimiento que reconozco es el de impaciencia al querer, de una vez, acabar con Priust. Y para lograrlo, lo primero es recuperar Aquilón.

—Lista —Sondra finaliza, complacida ante mi apariencia y le agradezco con un leve gesto.

Tomo el arco colgándolo en mi espalda en el carcaj. Miro a Taviana que se encuentra, como siempre, alejada, esperando por mis órdenes. Me aproximo y me arrodillo a su lado, ignorando la advertencia que me da al mostrarme sus dientes para que mantenga la distancia. Con cautela levanto la mano y deslizo las yemas de mis dedos por el pelaje de la base de su cabeza. Sin tener que pronunciar palabras, le transmito mi agradecimiento por su compañía y amparo. Un leve parpadeo de sus ojos es suficiente para saber que el sentimiento es recíproco. Me incorporo no queriendo dilatar más la situación, Gamar y el ejército me esperan.

—Cuídalo, por favor —Sondra solicita.

—Lo haré —prometo, mas no estoy segura de cumplir. La vida de Bóreas y la mía no volverán a estar seguras mientras no terminemos lo que ya se inició.

—Gracias. —Se acerca tomando mis manos con gratitud y como gesto de despedida.

—Regresaremos —contesto, tratando de poner certeza en mi tono.

—Lo sé —responde con la misma seguridad, aunque no pasa inadvertida la tristeza de sus ojos.

Me alejo de ella tomando una de las últimas espadas, la cual enfundo. Antes de llegar a la puerta, el reconocimiento de una presencia me detiene.

La puerta se abre y Liana ingresa. Lo primero en notar es el cambio de ropa. Ahora va vestida en tonos oscuros y lista para un enfrentamiento. Su cabello blanco se encuentra trenzado en un recogido sobre la cabeza, pero, sin duda, lo que llama mi atención es el majestuoso arco que lleva sujeto a la espalda. La estructura es más grande de lo normal y se curva en los extremos. Sobre la clara madera está tallado en negro las fases de la luna y otros símbolos que no reconozco.

—¿Es del árbol sagrado? —pregunto, sorprendida al observar que entre las flechas destacan algunas en color blanco.

—Lo son —confirma, pero quitándole importancia—. ¿Podemos hablar?

Hago un gesto hacia Sondra para que nos deje a solas, resignándome a tener la conversación que he estado evitando.

—Necesito mostrarte algo —Liana anuncia con precaución y, al mismo tiempo, con firmeza.

—¿Qué es? —interrogo, desconfiada, considerando la actitud que ella ha tenido en los últimos días.

—No lo puedo explicar, debes verlo por ti misma.

—¿Es una visión? —La miro un tanto desconcertada al pensar que aún existan misterios que no se han revelado.

—Lo es, pero a diferencia de las otras veces, en esta oportunidad tendrás que dejarme entrar. El encantamiento ha creado un escudo para nosotros.

—¿Podrás leer mis pensamientos? —Dudo, al no querer que mi mente quede expuesta para ella ni para nadie.

—No sería de manera forzosa, tú podrás enseñarme lo que desees.

—¿Lo que necesitas que vea será en beneficio de ganar la guerra? Porque de no ser así, no me interesa seguir indagando en vidas pasadas ni en las motivaciones que llevaron a los hombres a su actuar.

—Sin el pasado no existiría el presente.

—¿Crees que fracasaremos?

—Lo que crea no determinará lo que sucederá. Mi única certeza es que lucharemos con valentía, y ese hecho definirá el futuro de muchos.

Analizo la propuesta no estando segura de enfrentarme a una nueva verdad, la que quizás coloque más carga sobre mis hombros. No obstante, no me puedo cerrar al conocimiento, menos después de que la ignorancia fue la que nos llevó a estas instancias.

—¿Qué debo hacer? —pregunto, decidida.

—Siéntate y cierra los ojos.

Obedezco sentándome en un sitial frente al fuego. La hechicera se sitúa de pie frente a mí. Posiciona las manos sobre mis hombros y, a diferencia de las veces anteriores cuando había realizado el recorrido por las visiones, no siento calor. El frío es el que me comienza a envolver. La resistencia aparece como coraza ante la indagación. Como lo mencionó, el encantamiento fortalece sus paredes para no dejarla ingresar.

Una de sus manos se escabulle en el interior de mi camisa hasta que encuentra el trozo de madera inserto en el collar. Lo hunde con fuerza contra mi pecho. Obligo a la resistencia a replegarse para que la magia pueda acceder. Calmo mis pulsaciones que se han elevado

ante la lucha interna y, como lo he hecho con anterioridad, busco la manera de conectarme con mi entorno y, de esta forma, dejarme seducir por el encanto.

Lo primero en encontrar es el muro gélido que es impenetrable. Traslado mis instintos a la Antigua Anciana y me concentro en ella para admitirla. Una vez que percibo una pequeña conexión, me deslizo suave como la brisa por la inquebrantable muralla, examinando algún recoveco que quede expuesto. Vuelvo a respirar y me pasmo en el momento que un cálido toque se posiciona en mi torso. Guío mis sentidos en esa dirección en donde se encuentra el trozo de madera del bastón de Asila. Pienso en ella con todas mis fuerzas, esperando que me pueda responder, y la réplica llega a través de un férreo calor.

Las tinieblas se levantan para repelar la llamarada, pero en seguida las alejo, encauzando todos mis instintos al ardor que se mantiene constante, esperando entrar. El rechazo al poder de Liana afloja y me entrego a su sumisión. Al instante, el calor se acrecienta y se escabulle por mi torso. Dejo que me invada porque la quietud que me entrega solo la había sentido ante una persona. Mi garganta se contrae cuando la quemazón se traslada a ella y no se detiene hasta posicionarse en mis sienes. Mi cabeza es golpeada con aflicción cuando la hechicera intenta tomar el control de esta. El primer reflejo es repeler el embiste, pero, al pensar que se pueda tratar de Asila, trago el dolor y resisto la combustión que trepa a mi cráneo. Aprieto los dientes absorbiendo el calvario y perseverando en mi cometido. Una parte de mí continúa resistiendo a la intromisión, sin embargo, mi tesón gana esta batalla.

La voz de Asila jamás llega. Lo que se presentan son imágenes que, en un principio, no tienen sentido al mostrarse como elementos al azar, y también porque ninguna se mantiene por mucho tiempo. Invoco a mi propia abstracción para lograr conectarme con el mensaje que, al parecer, se me quiere entregar. Después de algunos segundos las visiones se afianzan.

El bosque es lo primero que reconozco, pero en una versión más primitiva. Los árboles se mecen ante una espectral existencia que contiene todo a su alrededor. La tierra tiembla ante su sobrecogedora trascendencia y, sin contemplar la figura, sé de quién se trata. Los Antiguos Ancestros. Mi primer instinto es encararlos por la funesta fortuna que se nos legó, pero me detengo al visualizar al gran árbol que se balancea en la espesura del lugar. El reconocimiento es instantáneo al contemplar lo blanco de las ramas y su significado.

La tierra ruje otra vez a su alrededor haciendo que me estremezca, no por observarlo, sino porque el aura que lo envuelve me indica que no debería estar aquí. El viento brama levantando las hojas. Su fuerza

sacude el espacio transformándose en un colosal vórtice, el cual pareciera que pretende succionar todo a su paso. Por extraño que parezca, ningún elemento del entorno se mueve, sin embargo, todo comienza a cambiar como si el tiempo avanzara a un ritmo acelerado. Se asoma el día y luego la noche. Surge la primavera y luego el otoño. Se exhibe la luna transitando por todas sus fases, así como también el frío da paso al calor. Cierta comprensión surge de forma inconsciente siendo entregada la respuesta. Como si, de alguna manera, los Antiguos Ancestros, Liana o Asila la implantaran en mi subconsciente.

El ambiente sigue girando en un ciclo sin fin y sin estar segura de por qué, comprendo la dualidad de nuestro mundo. Ningún elemento se encuentra con su opuesto, pero tampoco ninguno puede existir sin el otro. El torbellino prosigue, así como el entendimiento, en donde soy capaz de identificar las dos fuerzas fundamentales y opuestas que se encuentran a mi alrededor. Ante este pensamiento, la luz aparece y también la oscuridad, confrontadas y asimiladas en dos figuras que emergen desde el seno del árbol.

El asombro es inminente al reconocer de quien se trata. Asila y Calesia se encuentran de pie una frente a la otra. La tierra sigue girando al igual que la noche. La Luna Llena alumbra a una y luego la Luna Nueva a la otra. Las cuatro fases surgen tatuadas en sus antebrazos como el anuncio indiscutible de su coexistencia. Ellas son la representación de la luminiscencia y las sombras. Entre la ventolera se asoman sigilosas nuevas figuras, pero que no logran definir una clara forma. Al realizar un conteo de ellas puedo deducir que son los otros Antiguos Ancianos, y sin tener que observar nada más, sé que este momento es el origen de su existencia.

El calor se apodera por completo de mi cuerpo y, contradictoriamente, siento el hielo de mis huesos. Sensación que me transmite un nuevo conocimiento. Los opuestos pueden coexistir en un mismo momento y uno equilibra al otro. De repente, el vórtice se detiene y la imagen se quiebra. La sujeción desaparece al igual como el calor que expendía la madera sobre mi pecho. La primera sensación es de abandono y muevo mi mano para agarrar el colgante con la intención de mantener la esencia de Asila conmigo. Al no encontrar ningún vestigio abro los ojos y encuentro a Liana a unos pasos de mí con los ojos abiertos y respirando con dificultad.

—¿Qué fue eso? —pregunto, asombrada y, al mismo tiempo, molesta.

—Lo sabes. —Es lo único que responde.

—Pero ¿por qué querías que lo viera? —cuestiono, confundida, y con la madera aún sujeta.

—Necesitaba que entendieras —explica, recuperando el aliento.

—¿Qué entendiera qué? ¿Qué Calesia es la mala y Asila era la

buena?

—Es más que eso. Ellas fueron la base de nuestra creación, el equilibrio de toda la existencia de Badru. Ellas representan la dualidad; en donde una es la oscuridad, la pasividad, la absorción. La otra es el cielo, la luz, la actividad. Con el deceso de una de ellas la armonía se quebró. Una no puede subsistir sin la otra. Calesia no fue la mujer que conociste, pero, por desgracia, al haberse apagado la luz en ella, hubo caos. Esa fue otra de las razones por la que sentenciamos nuestra presencia. En este momento su existencia únicamente traerá destrucción. Y como presenciaste; la muerte es vida, porque nada se detiene, solo se transforma. Cada elemento se encuentra enlazado con su opuesto para complementarse.

—¿Quieres decir entonces que la muerte de ustedes va a ser vida para nosotros?

—Eso esperamos. Confiamos en que así sea, ya que nada tampoco es absoluto. Como dijo Barón: ustedes serán los responsables de crear la estabilidad del entorno y, por sobre todo, de su interior. Alen, por su linaje poseía oscuridad y la luz lo abandonó llevándolo a la ruina cuando te vio morir.

—No quiero hablar de él —espeto, molesta.

—Pero deberíamos. Aunque te parezca demente, él es la luz en ti. El amor puro e inocente que nació fue lo no te arrastró a las tinieblas. —Da un paso en mi dirección—, y mientras sigas escapando del dolor y de lo que sientes hacia el heredero del Valle Oscuro, persiste el riesgo de que la oscuridad te consuma. Debes dejar que tus sentimientos afloren, de no hacerlo, la desolación te aplastará. La luz y la oscuridad necesitan una de la otra para generar un equilibrio. Si te alimentas únicamente de tus emociones sombrías, una parte de ti dejaría de existir. Como ocurrió en el caso de Alen, Priust, Calesia y tantos.

—No puedo —reniego de sus palabras al no querer exhumar las emociones que tanto me costó enterrar.

—Nosotros tampoco queremos dejar de existir, pero nuestro sacrificio es y será por un bien mayor. Conectar con tu dolor será para beneficiar a todo un pueblo que confía en ti.

—Por ellos mataré a Priust y a todo aquel que quiera someterlos.

—No es suficiente. No puede volver a existir solo aniquilamiento, también debe existir esperanza. Como ya te lo expliqué, una no puede vivir sin la otra. Si no posees ilusión, de nada servirá esta guerra, al contrario, solo seguirá la matanza y la venganza.

—¿No sé qué más quieres de mí?, ya lo entregué todo y de nada sirvió. En este momento lo único que me queda es enfrentarlos con la misma ferocidad que ellos manifiestan.

—Sé que si Asila estuviera aquí te diría lo mismo que yo. El amor

es lo único que te salvará y que a nosotros nos concederá la redención.

—No la metas en esto, ella ya no está.

—¿Estás segura de aquello? —Fija su vista en el colgante que aún mantengo sujeto en la mano.

Suelto la madera, me niego a aferrarme a un anhelo que me podría traer otra vez decepción.

—No vine para torturarte, solo quería que pudieras meditar en lo visto y en lo que ahora sabes. Mis hermanos creyeron que debías llegar a la iluminación por tu cuenta, pero haber palpado las grietas de tu alma, se me presionó para precipitar tu descubrimiento. Ya eres consciente de lo que puede ocurrir. Está en tus manos lo que determines hacer. No olvides que tus acciones definirán lo que suceda contigo y con todo lo que existe a tu alrededor.

Doy la conversación por terminada y me encamino hacia la puerta. Me alejo de la hechicera pensando que esto ayudará a que las nuevas declaraciones queden atrás. Taviana se me une en el corredor y, a pesar de que camino a paso apresurado, la asfixiante responsabilidad no me abandona. Me resigno una vez más a cargar las cadenas que me encarcelan y que se tornan más pesadas, sobre todo, al percibir el augurio de que serán perpetuas.

Al llegar al primer piso alejo las tribulaciones, enfocándome una vez más en el cometido que me fue legado, entendiendo que no es momento de lidiar con mis emociones. Camino hacia el frontis de la fortificación en donde se escucha el bullicio de las tropas y me concentro en lo que me depara esta jornada.

Al asomarme a la entrada, todas las espadas de los soldados son levantadas en señal de lucha. Me dirijo a la tarima en donde me espera Gamar, Emery e Ingelborg. Los hechiceros se encuentran en los costados de la comitiva, ya con sus armaduras de combate y con imponentes armas parecidas a las que llevaba Liana. Todos preparados, excepto por Zelania que después de salvar la vida de Bóreas se encuentra confinada en un cómodo aposento esperando su deceso. Tomo posición al lado del príncipe de Aquilón y se hace el silencio.

Contemplo la gran cantidad de tropas que se han congregado para esta batalla. Por las insignias pintadas en sus escudos y ropas, identifico a la mayoría de los reinos. La Casa de Los Ciervos, Reino de Vulpis, Reino de los Osos, Las Altas Montañas de Aquilón. En sus rostros se aprecia que no todos son hombres o mujeres preparados para la lucha, pero sus expresiones denotan que se encuentran resueltos a recuperar lo que les pertenece.

La expectación que se observa en sus miradas anhelantes a la espera de mis palabras, es clara. Debo tomar un momento para ordenar mis ideas. Pensar con claridad y como un real monarca, me es

algo casi imposible, sobre todo, al sentir el dominio del encantamiento que no ha dejado de alimentarme con deseos de sangre y venganza. Busco en mi interior la figura de la única persona que observé enfrentando una situación así. Mi padre. El dolor de su pérdida no es algo que me abata, más bien, siguen primando los sentimientos de decepción hacia él, pero su recuerdo no va dirigido a sus malas acciones. La imagen se encauza hacia sus enseñanzas y la forma en que él, pese a todo, lideró a su reino, nuestro reino. Rememoro parte de los discursos que incontables veces escuché y me decido a dejar de lado mis propias inclinaciones. Respiro hondamente y me dispongo a hablar.

—Mi nombre es Eleonor, hija de Leónidas y Mérida. Legítima heredera al trono de la Casa de los Ciervos. El designio de haber nacido en Luna Llena me encomendó la responsabilidad de romper el encantamiento que hoy asola nuestro mundo. Lamentablemente, mis esfuerzos no han sido suficientes en esta tarea y, al igual que ustedes, he visto cómo el territorio del Valle Oscuro se ha levantado, tomando nuestras tierras y matando a nuestros seres queridos. Yo misma he experimentado su crueldad siendo también expuesta al nexo que enlaza a hombres y lobos. —Hago una pausa para observar a Taviana, confirmando nuestra unión—. El enlace al que fui expuesta no me llevó a las tinieblas, al contrario, me reveló que el pueblo del sur no se detendrá ante nada con tal de lograr sus objetivos, pero nosotros tampoco nos detendremos ante ellos.

»A diferencia del alzamiento anterior, esta vez nos unimos para erradicar la oscuridad y lo haremos, no por venganza. Sé que han sufrido atrocidades y espero que, en esta oportunidad, lo hagamos con la convicción de construir un futuro diferente, en donde nunca más exista el miedo, la represión, ni el sometimiento. Un porvenir en donde cada reino sea libre y no solo libres de las tinieblas, también libres de nuestras costumbres, libres de expresar nuestros pensamientos, libres de seguir nuestros ideales y libres de alentar nuestros deseos.

»Deben comprender que derrotar al encantamiento es el inicio de una larga batalla. De salir victoriosos, tendremos que construir un nuevo camino en base a la lucha contra los prejuicios, contra el menosprecio y contra la barbarie que cada uno lleva consigo oculto en su interior. Ese es mi objetivo; liderarlos para la emancipación, pero una que no se basa en quién gobernará. La independencia es parte de cada uno de los que habitamos, y de esto dependerá lo que queramos forjar. Después de la contienda, existirán nuevos reyes y quizás nuevos reinos que asentar. Mi aspiración es que este mensaje trascienda. —Desenfundo mi espada, la levanto, y en las últimas palabras proyecto la invitación para que se unan a esta causa—. Porque la

batalla que emprenderemos no es para morir, al contrario, es para vivir.

Gamar a mi lado levanta el brazo y los soldados lo imitan vociferando y golpeando sus pies contra el suelo. Desciendo de la tarima esforzándome en creer lo que acabo de afirmar o tal vez, anhelando que la conciliación pueda albergarse en el alma de los habitantes. En mi caso, la sentencia ya fue dictaminada y no rehuiré de ella.

—Ese fue un buen discurso, casi me convenciste. —La figura de Bóreas se cruza en mi camino.

Mi primer instinto es abrazarlo al recordar su cuerpo lánguido y cubierto de sangre, en esta oportunidad no apago el impulso y me acerco, decidida, envolviéndolo con fuerza entre mis brazos. Su cuerpo, ante mi proximidad, se vuelve rígido y no me devuelve la muestra de afecto, pero tampoco se aparta.

—Los guerreros no nos abrazamos en público —susurra, incómodo, en mi oído.

—Tú no eres solo un guerrero, también eres mi familia —replico, tomando distancia, pero sin soltarlo—. No quiero perder a nadie más.

—Ten por seguro que no dejaré que otra vez me atrapen desprevenido —asegura, levantando con descuido los hombros—, y por favor, me puedes soltar, me estás avergonzando —finaliza en un tono molesto, pero sus ojos reflejan afecto.

—¿Lista para partir? —Gamar aparece a mi lado y asiento con mi cabeza, hundiendo cualquier emoción que me haga dudar.

Nos dirigimos al inicio de la comitiva junto a los demás líderes y a los hechiceros. La sensación que envuelve el entorno es de resolución, fortaleza y audacia, pero, asimismo, puedo palpar el aura de temor, al no saber si lograremos el cometido por el que hoy marchamos, y el cual no tiene regreso.

Montamos los caballos, iniciando el rumbo desde el amparo del Bosque Blanco hacia Las Altas Montañas de Aquilón, territorio que, lo quiera o no, nos deberá recibir. Pues, de no ser capaces de recuperar aquel reino, no seremos capaces de recuperar Badru.

Capítulo 13

Altas Montañas de Aquilón

Al amanecer, junto a la gran comitiva, llegamos al límite del Bosque Blanco. Según la estrategia diseñada, Ingelborg, regente de la Casa de los Osos, marcharán hacia la costa con sus tropas. El objetivo es que, a través de la flota de barcos, se dirijan al sur para mantener vigilados, en un principio, los movimientos del ejército del sur. El resto nos ocuparemos de tomar a Aquilón.

Como fue analizado, debemos desplegar nuestras tropas en diferentes frentes. Pese a que tenemos la confianza de conquistar el Reino de las Águilas, es fundamental que consideremos todos los escenarios sin cerrarnos a la posibilidad de una derrota. En el caso de que fuera así, Ingelborg con su gente deberán seguir luchando. En el caso contrario, y venzamos, los soldados que la acompañan deberán sitiar a los guerreros del Valle Oscuro por la retaguardia. Los que partimos hacia Aquilón los haremos a la vanguardia. Todos estamos en conocimiento de que es una táctica arriesgada, no obstante, estamos decididos a jugarnos el todo por el todo.

Nos despedimos de Ingelborg y Ursus con la esperanza de que nos volveremos a encontrar para celebrar un triunfo. No pasa desapercibida en las expresiones de la mayoría que, para muchos, es una despedida definitiva. Es un hecho que incontables vidas se perderán en el enfrentamiento, y un enigma en relación a quiénes pereceremos o sobreviviremos.

Por mi parte, me reúno con una pequeña comitiva de soldados para llevar a cabo mi propia misión, la cual también fue acordada por el consejo. Junto a ellos nos dirigimos a la más importante e imponente montaña que muestra el inicio al Reino de las Águilas. A través de esta, nos introduciremos en el seno del territorio. Para realizar la travesía es necesario escalar por lo empinado de sus rocas. Tampoco es una tarea fácil, sin embargo, fui la primera en ofrecerme a ejecutarla. En un día tan trascendental es imperativo abandonar el temor. Nos hacemos de cuerdas y de todas las armas que podemos cargar. La idea es que mi escuadrón sorprenda al enemigo desde el regazo de la fortaleza, mientras que el resto los ataca desde el frente y los flancos. Taviana refunfuña por tener que dejarla, pero es imposible que ella pueda subir por lo elevado del terreno. No me hace feliz alejarme de su compañía, no obstante, es perentorio que hoy todos hagamos sacrificios.

—Nos veremos al anochecer. —Bóreas se acerca para despedirse. Se detiene junto a mi animal con la intención de amansarla y recibe un gruñido por parte de ella—. Yo la cuidaré.

Asiento hacia él y también hacia Taviana ratificando mi orden, la cual sigue sin ser recibida de forma afable. Contemplo a Bóreas alejarse, uniéndose al grupo que lo acompañará.

El cometido planteado para él, es invadir el reino en bote. Desde el río debe introducirse en el seno de la fortaleza y, desde ese lugar, atacarlos.

Fennes y Barón liderarán a las tropas que desafiarán por la vanguardia a los guerreros que tienen tomado el territorio. El propósito planteado, es que el ataque de los tres grupos se realice de forma paralela, esperando que la distracción y confusión juegue a nuestro favor, o es lo que esperamos. La partida de todos se realiza al unísono, sin decir mucho más. El destino ya fue trazado y solo deseo que por una vez los Antiguos Ancestros nos favorezcan.

Liana se une a Gamar y a mí para el trayecto por la montaña. Con decisión y junto a los soldados que nos acompañan en el ascenso, nos encaramamos en la primera roca que nos ofrece seguridad, sin mirar atrás.

Durante el día, y liderados por Gamar, escalamos el gran macizo. Liana trepa junto a mí en silencio, desde nuestra conversación en el castillo no hemos vuelto a hablar. No es que tampoco podamos charlar bajo las circunstancias en las que nos encontramos. Todos nos mantenemos concentrados en esquivar las afiladas rocas que se encuentran en nuestro camino y, por supuesto, en evitar caer por el barranco que acompaña el sendero que recorremos.

Al atardecer el viento cálido que en un momento nos cobijó, se transforma en gélido al alcanzar una considerable altura. El frío traspasa nuestras ropas calando hasta los huesos, haciéndonos más difícil el ascenso. Sin mencionar las piedrecillas que se desprenden por las pisadas de los soldados que suben a unos metros arriba de mí, las que caen en mi rostro obstruyendo a momentos mi visión. Gruño cuando un nuevo pedrusco se entierra en una de mis palmas, sin embargo, ni el ardor, ni la sangre me detiene.

A pocos metros de la cima una veintena de águilas aparecen volando, amenazantes, quizás protegiendo los nidos que deben encontrarse en los recodos del macizo. Repentinamente se alejan espantadas. Al desviar mi atención hacia Liana noto que sus ojos se han tornado blanquecinos y su mirada está concentrada en las aves. Recordatorio de que la hechicera es regente de este reino y, por lo visto, la causante de ahuyentarlas.

Avanzamos unos metros más, al fin arribando a la cumbre. La mayoría muestra en sus expresiones lo extenuante de la travesía. En mi caso, el dolor de mis pantorrillas hace que me siente entre las rocas para descansar, y el temblor de mis brazos imposibilita que pueda tomar la cantimplora para beber agua. Gamar se aproxima y, gentil,

me ayuda en la tarea y, acto seguido, lava mis manos, aliviando los rasguños y cortes.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta entregándome un par de guantes, los que antes no había podido utilizar para obtener mayor sujeción a las rocas.

—Al parecer, peor que tú —respondo al fijarme que se observa cansado, pero no de la misma forma en que se encuentra el resto.

—Desde que aprendí a caminar he escalado las montañas —explica, al momento que admira el entorno.

Sigo su mirada tratando de apreciar la majestuosa vista que nos ofrece el paisaje, pero en mi caso, la única visión que necesito ver es la de la sangre de Priust en mis manos. Me levanto de la roca en la que me encuentro cuando Gamar me invita a acercarnos en dirección a la costa. Liana se nos une y, desde nuestra posición, observamos el extenso mar que abraza el territorio. A lo lejos se divisa la flota de barcos del Reino de los Osos que se adentra en el océano siguiendo la estrategia planeada.

—La fortuna ya ha sido trazada —murmura la hechicera siguiendo el camino de las barcazas.

—La fortuna se trazó desde el inicio de nuestro mundo —replica Gamar—. Todos nacimos con una misión y un destino, esto es solo parte del camino que debemos recorrer.

—¿Cuál crees tú que será el final de este recorrido? —pregunto, al percibir el misticismo de sus palabras.

—Lamentablemente, lo desconozco. Pero sin duda ya fue escrito, y solo queda que cada uno represente su papel. —Se gira hacia mí y, con delicadeza, coloca la capucha sobre mi cabeza para cubrirme del viento—. Desde que llegaste a mi reino nunca dudé que en algún momento nos desposaríamos, así como tampoco dudé que, al igual que yo, tú harías lo que fuera necesario. Lo único que te pido es que en el caso de que no sobreviva, no abandones a mi pueblo.

—Nunca lo haría —me apresuro a responder.

—Lo sé, pero de todas maneras necesitaba decírtelo. —Apoya su frente sobre la mía y cierra los ojos.

En un acto espontáneo me acerco y beso sus labios. En esta oportunidad, no es la Luna Llena la que me incita al contacto, más bien, lo hace la exigencia de sellar un pacto y, aunque no lo reconozca, lo hago porque su compañía apacigua mi escabrosa soledad. Su boca se abre para recibirme y dejo que mis sentidos busquen la anhelante y desesperada conexión. Su lengua le entrega calidez a la mía, no obstante, el frío de mi corazón se mantiene. Me separo de forma inesperada cuando mi percepción toma el control y advierte un inminente peligro.

Liana también se mueve rápidamente hacia el mismo lugar en que

captó la presencia de lobos. Sigilosos, nos movemos entre las rocas hasta llegar a un sitio que nos entregue una vista del panorama sin ser advertidos.

La veintena de soldados que nos acompañan se repliegan a nuestro alrededor y, con cautela, espiamos hacia una de las pendientes de la montaña. A varios metros de nosotros divisamos a un grupo de guerreros del Valle Oscuro junto a sus lobos.

No es sorpresivo encontrarnos con ellos, lo que sí me impresiona es ver lo que hacen. Escoltan a prisioneros hacia el terreno empinado, mientras que a otros los mantienen amarrados con grandes cadenas a las piedras. Me asomo hasta visualizar otros pedruscos en donde yacen cuerpos en descomposición. Muchos de ellos están con sus carnes desgarradas y quemadas. Otros cuerpos ya son solo huesos.

Miro a Gamar con reprobación, recordando a Lian, el hombre que quiso venderme y que fue sentenciado a este cruel castigo.

El príncipe ignora mi mirada y da la orden al ejército para que ataquen. Los imito tomando mi arco y situándome en una posición adecuada para poder disparar, no dejando en el olvido que cuando tome el trono este tipo de despiadadas condenas serán eliminadas.

Liana es quien encabeza al ataque. La intención es someter con magia a nuestros adversarios. En uno de los acuerdos establecidos en el consejo de guerra se estableció que de no ser necesario no se sacrificarían más vidas.

Algunos de los solados levantan las ballestas adaptadas para lanzar redes, y una vez que nos encontramos todos en posición, atacamos. Disparo las primeras flechas para desorientar a los guerreros, pero en cuanto notan nuestra presencia, desenfundan sus armas. La mayoría repele el ataque, mientras que otro grupo, comienza a descender por lo empinado del acantilado, quizás para alertar a sus camaradas. Gamar y yo somos los que nos ponemos en movimiento hacia ellos para detenerlos.

El dolor de mis músculos es olvidado por completo al sentir el golpe de adrenalina que me lleva a saltar a través de las afiladas rocas que encuentro a mi paso. La agilidad del instinto animal que me invade ayuda a que mis movimientos sean certeros y precisos, así es como detengo a dos adversarios, lanzándoles flechas a sus pantorrillas.

Desvío mi atención hacia Gamar, quien se encuentra enterrando la punta de su hacha en el lomo de un animal, mientras otro lo ataca por la espalda, incrustándole los dientes en su espalda. Antes de llegar a él, un lobo me enfrenta. Sin titubear deslizo una flecha entre mis dedos y en el instante que salta en mi dirección, disparo. Escucho el crujir de la madera que traspasa entre sus ojos, hundiéndose, certera, en el cráneo, cuyo sonido retumba en mi pecho. El crujido de su cuerpo contra el suelo me envía una onda de lamentación,

maldiciendo internamente por tener que exterminar sin piedad a mis enemigos. Relego la sensación poniéndome en movimiento. Al llegar junto al príncipe de Aquilón la sangre lo cubre, pero no pertenece a él, sino a la bestia que ahora yace en el costado con un hacha enterrada en el pecho.

Los sonidos y movimientos cesan confirmándonos que el enfrentamiento terminó. Liana es la primera en aparecer, informándonos que nuestras bajas fueron mínimas y al igual que mi expresión, la suya se encuentra lejos de la gratificación, al contrario, sus ojos develan la tristeza por las recientes muertes. Desecho mis emociones y voy por agua para atender el hombro de Gamar. Tomo una tela limpia de mi alforja y me dispongo a limpiar la sangre sobre la piel, en donde quedan expuestos los grandes surcos que dejaron los colmillos de su atacante.

—Deja que yo me ocupe. —La hechicera me hace a un lado para posar su mano en la piel desnuda de Gamar.

—Pero creí que esto te debilitaría —acuso, recordando a Zelania y lo maltrecho de su estado después de sanar a Bóreas.

—Solo cerraré la lesión para que no se desangre y no se infecte. —Cierra los ojos y una leve estela blanca aparece.

Una vez que encadenamos a los guerreros y a lobos que quedaron en pie, proseguimos con nuestros planes. El rojizo del cielo nos advierte que se aproxima el atardecer y es necesario continuar. El príncipe de Aquilón, junto a Liana nos guían por diferentes pendientes, evitando la senda que lleva directo hacia la fortaleza.

Antes del anochecer nos introducimos por una caverna en donde el agua escurre sobre nuestras cabezas, humedeciendo nuestras ropas. El musgo adherido al suelo y a las piedras que cubren las paredes hace resbaladizo nuestro andar, por lo que debemos desacelerar el paso.

A medida que avanzamos, el eco de aullidos de lobos provenientes del exterior retumba en los recovecos de los muros que nos ocultan. Cierro los ojos por un momento buscando la conexión con Taviana, y quizás de esta forma, conocer su estado. La decepción es inmediata al no poder llegar hasta ella. Busco entre mi ropa el colgante de Asila y me aferro a la madera, encomendándome a una fuerza superior, la cual siempre será mi fortaleza para no decaer. Al abrir mis ojos me encuentro con los de Liana, quien me observa y, sin decir nada, sé que se siente complacida porque quizás para ella, este acto significa que no he perdido la esperanza. Quiero pensar lo mismo, pero es tan doloroso volver a creer.

Gamar se acerca a nosotras, indicándonos una hendidura en una piedra, ubicada unos metros más adelante. Por esta grieta se asoma una maltrecha puerta de acero escondida entre las rocas. Como fue mencionado en el consejo, este acceso es nuestra vía de entrada para

infiltrarnos a través de los calabozos del castillo.

No alcanzo a dar un paso cuando la hechicera nos detiene, en soledad avanza con cautela hasta el recodo de la pared. Con los ojos cerrados desliza sus manos por la superficie y yo la imito, empujando a que mis instintos se amplíen. Al principio lo macizo de la piedra no me deja traspasarla, no obstante, el presentimiento es claro, algo no está bien.

—Nos están esperando —Gamar confirma a mi lado y no necesito preguntar cómo lo sabe. Liana a través de sus pensamientos le transmite la información—. Un gran número de guerreros y lobos se encuentran apostados detrás de la puerta.

El hallazgo inesperado nos deja en una posición vulnerable. Maldigo al constatar que la fortuna otra vez no se encuentra de nuestro lado. El príncipe de Aquilón asiente hacia nuestra dirección, indicando que nos repleguemos. A pesar de que contábamos con que este pasadizo sería nuestra entrada, también consideramos otra vía de acceso que no había sido nuestra primera alternativa por lo arriesgado de la ruta.

Levanto la mirada hacia las macizas rocas, asimilando que deberemos escalar para entrar por la parte alta del castillo. Y este ascenso no es nada comparado con el que realizamos por el exterior de la montaña.

Sin perder más tiempo nos hacemos de los arneses que amarramos a nuestros cuerpos. Nos unimos con las cuerdas unos a otros como medida de seguridad en el caso de que alguno resbale y caiga por el acantilado. Las ballestas son dirigidas hacia las paredes. Al dispararlas, las puntas de acero se entierran y luego se abren, fijándose a las rocas. Las cuerdas se extienden y el primero en escalar es Gamar comenzando el complicado ascenso. Una vez que asegura el camino, lo seguimos.

Varios hombres trepan, precediéndome, pero cuando llega mi turno, un estruendo desde el exterior hace crujir la caverna, haciéndonos tambalear. Miro a Liana con preocupación y, en ese momento, resuena un segundo estallido. El tercero es la confirmación de la señal que nuestros aliados entregarían una vez que iniciaran el ataque. Al darme cuenta de nuestro retraso, levanto la vista en busca de Gamar. Por la oscuridad de la cueva no lo diviso y me apresuro a subir.

Logro avanzar solo un metro cuando una fuerte explosión me estrella contra la roca. Cierro los ojos para evitar las piedrecillas que caen sobre nosotros y me toma un segundo comprender lo que sucede. Una nueva explosión me golpea, percatándome de que proviene desde la puerta de metal que había sido nuestra entrada. La abertura ha sido destruida y los guerreros se asoman por esta. La cuerda que me sujeta

a la pared rocosa se mueve de un lado a otro y contemplo a los aliados que habían comenzado el ascenso, perplejos, intentando bajar. El polvo suspendido en el aire no me deja ver con claridad, pero también descendiendo apresuradamente, al sentir que la caverna está por colapsar. El aullido de lobos hace eco en los muros rocosos previniéndonos de que los guerreros ingresan al lugar.

Tomo una de las dagas de mi cinturón con la intención de cortar la cuerda que me une a los soldados. Antes había sido seguro ahora que la caverna se estremece se transforma en una trampa mortal. Si alguno cayera nos arrastraría al resto con él. Antes de poder realizarlo me muevo esquivando las flechas envueltas en fuego que son disparadas por los guerreros que nos comienza a atacar. Lo siguiente que escucho es la advertencia de Liana. Entre la penumbra observo un barril que es lanzado por nuestros enemigos y en el aire es atravesado por una flecha en llamas. Cuando la explosión nos lanza contra la pared a mí y al resto de los soldados, grito el nombre de Gamar, quien aún no baja de la roca. Un pitido se instala en mi cabeza producto del golpe contra la piedra y, por unos segundos, quedo aturdida.

Mientras trato de incorporarme, el suelo comienza a temblar, al igual que las paredes. La caverna ruje y no alcanzo a ponerme de pie cuando llega la siguiente explosión. Me quedo en el suelo tosiendo por el aire que se ha transformado en polvo y piedra. Escucho gritos por todas partes, al mismo tiempo que las rocas comienzan a caer aplastando todo a su paso. Me arrastro por el suelo, desorientada, sin saber a dónde dirigirme.

Una luz brillante aparece a unos metros de mí, y una vez que puedo aclarar mi visión, contemplo el cuerpo de Liana emitiendo una blanquecina luz para iluminar el camino de nuestros aliados. Gamar junto a nuestros compañeros logran bajar de la piedra y, a simple vista, presentan en su cuerpo algunos rasguños, pero continúan listos para seguir luchando. Actitud que es confirmada cuando nuestro líder alza su espada, indicándoles la abertura por donde continúan ingresando los enemigos.

Como puedo me levanto, consciente de que no existe otra forma de salir de este lugar. La única opción es hacer frente a los guerreros y a sus animales. Los soldados que se mantienen en pie de inmediato acatan la orden y emprenden rumbo hacia el enfrentamiento.

Trato de seguirlos, pero la cuerda amarrada a mi cuerpo se encuentra atrapada bajo una piedra. Tomo la daga para cortarla, pero no logro hacerlo. En ese momento Gamar da un paso en mi dirección para ayudarme. La caverna vuelve a crepitar ante una nueva explosión, desprendiendo un gran pedrusco que cae entre nosotros. Antes de poder treparlo, el suelo tiembla, fragmentándose, y dejando a su paso una considerable brecha.

Las rocas siguen cayendo, y a su paso, no solo destrozan la cueva, sino que también caen sobre nuestros aliados, tumbándolos. La figura de Liana aparece entre los hombres que luchan por ponerse de pie, y antes de que pueda llegar hasta mí, la cuerda me hala hacia el precipicio. De forma instintiva y desesperada trato de enterrar la daga a la roca. Al principio no puedo penetrarla, pero no me detengo hasta que encuentro una abertura que deja que el filo del acero se introduzca. La mitad de mi cuerpo cuelga, y al mirar hacia lo que me tira, encuentro pendiendo de la cuerda a uno de los soldados del cual me había amarrado, el cual me atrae hacia las entrañas de la montaña.

Intento escalar la piedra, pero el peso es demasiado para subirnos a los dos. La caverna oscila y la daga a la que estoy aferrada comienza a ceder. Pateo enterrando mis botas en los pedruscos, pero el constante vaivén no me permite una firme sujeción.

—¡Eleonor! —El grito de Gamar proviene desde el otro lado de la roca, pero es imposible que llegue hasta mí, menos ahora que los guerreros se acercan con sus hachas en mano.

El fulgor blanco de Liana me advierte que ha alcanzado al príncipe para ayudarlo. Un lamento de dolor me hace buscar de dónde proviene, encontrándome con un soldado cayendo al abismo con una flecha atravesada en su pecho. La daga que sujeta la cuerda se vuelve a resbalar y estoy a punto de caer también. Miro al soldado que cuelga de mí y en sus ojos veo el terror de la inminente muerte.

Lucho nuevamente por subir, pero es imposible. La desesperación palpita al igual que mis sienes. Un fuerte dolor atraviesa mi cabeza y una fugaz voz se cuela: «No puedes salvarlos a todos». No reconozco su procedencia, pero sé lo que debo hacer. Me sostengo con una sola mano a la empuñadura de la daga, mientras cuelgo hacia el barranco.

Las piedras siguen cayendo a mi alrededor y tomo una nueva daga de mi cinturón. Busco la mirada del soldado, dándole a entender lo que haré. En sus ojos hay sorpresa y asimismo resignación. Llevo el filo del arma a mi cintura y, sin titubear, corto la cuerda. El cuerpo del hombre cae y lo contemplo hasta que se pierde en la oscuridad. Su rostro queda tatuado en mí, y la sed de venganza es la que me hace reaccionar por un nuevo inocente que perece.

Entierro la nueva cuchilla en las aberturas de la roca, y más que fuerza, lo que me levanta es la voluntad. Entre la polvareda encuentro una mano que me ayuda a terminar mi escalada. Al levantar la mirada encuentro a un soldado ensangrentado, y no estoy de segura si él se afirma de mí o yo de él, pero tampoco hay tiempo para descubrirlo. Me dirijo a la roca que obstruye mi paso y me encaramo. Una vez que encuentro un punto de completa visión, tomo mi arco y comienzo a disparar a mis adversarios. Esta vez no cuido mi puntería, no busco herirlos, esta vez apunto a matar.

Capítulo 14

Los guerreros que nos enfrentan son derribados con agilidad por Liana, pero no sé cuánto tiempo podrá contenerlos. Por mi parte, disparo flechas a los animales que atacan a Gamar y que son más difíciles de alcanzar por la ligereza y rapidez de sus movimientos. Los pocos soldados que quedan con vida después de las explosiones trepan la piedra que obstruye el paso y se unen al enfrentamiento, mas no somos suficientes para detener a los hombres y animales que siguen atravesando la destrozada abertura.

Cierta angustia aparece cuando noto que solo me quedan dos flechas y el príncipe se encuentra rodeado por cinco bestias. Un aullido retumba en mi pecho y al reconocerlo me embriago de alivio. Desplego mis sentidos para tomar consciencia de mi entorno y de mis enemigos. Como comentó Bóreas, en esta oportunidad y después de haber practicado varios días, la percepción fluye de manera natural. Salto de la roca tomando mi espada y corro por entre la refriega. A mi paso corto brazos y lanzo a mis oponentes hacia el abismo.

Me abro paso hasta llegar a unos metros de la entrada, y cuando Liana me divisa, se apega contra mi espalda para pelear. Destellos blancos comienzan a aparecer desde la puerta de metal destrozada y esgrimo con más fuerza mi arma al reconocer que la ayuda viene en camino. Un amenazante bramido resuena en la gruta y el ambiente cambia. La comisura de mi boca se eleva al contemplar cómo los lobos se desconciertan en un principio y luego dan un paso atrás ante la presencia de Taviana.

Los guerreros se unen por un instante a la turbación de sus animales y gritan órdenes que son ignoradas, sobre todo, cuando la alfa camina hasta el interior de la cueva. Su hocico se abre mostrando los colmillos con seguridad y, al mismo tiempo, exigiendo respeto. Algunos animales quieren rebelarse a la sumisión, pero un gruñido de Taviana es suficiente para marcar su dominio. Sus pasos se detienen a mi lado y, a pesar de que es toda confianza, puedo leer en su interior el temor en contraste con la quietud al verme en pie.

Un destello de luz nos enceguece a todos por breve tiempo. Cuando puedo ver de nuevo, reconozco a Barón con un grupo de soldados que batallan y se abren paso por la abertura.

—Esto aún no ha terminado. —Liana se acerca y toma de mi brazo, guiándome hacia la entrada que nos conducirá a los calabozos de la fortaleza.

Gamar se nos une y, combatiendo, logramos llegar a hasta la salida. Taviana sigue de cerca mis pasos y los animales la siguen a ella. Corremos a través de los pasillos, y al llegar al pie de la escalera,

se escucha la disputa que se lleva a cabo en el exterior.

Atravesamos el salón, esquivando y evitando ver los cuerpos y la sangre vertida por doquier. Cruzamos las puertas hacia el patio, dirigiéndonos directamente a la batalla.

Los gritos y los golpes de los aceros inundan el entorno. A lo lejos, se observa el fuego que arrasa con el mercado que existía en el frontis de la fortificación. De reojo observo el semblante contraído del príncipe al presenciar la matanza y la destrucción de su reino, sin embargo, levanta su espada para enfrentar a un gran grupo de guerreros que se asoman desde un costado del castillo.

Junto a la hechicera me uno a él, percatándome de que estos hombres se encuentran limpios como si recién se hubieran unido a la batalla. Desde otro extremo, una nueva cuadrilla también aparece y bajo las mismas condiciones. Le ordeno a Taviana que se adelante para increpar a los animales, mientras caigo en la cuenta de que nos esperaban y que, posiblemente, existan otros grupos de resistencia.

Los habitantes del reino de Aquilón, a pesar del paupérrimo estado en que se encuentran, se unen a la batalla recogiendo espadas del suelo y sumándose, feroces, al combate. Cierto orgullo nace en mí al darme cuenta de cómo el tesón se apodera de ellos y de nosotros, unidos bajo una misma causa.

Observo cómo Liana se desvanece entre los guerreros. Me giro en todas direcciones buscando a sus hermanos. Al primero que encuentro es a Lael, ubicado sobre el muro de la entrada del castillo. No puedo seguir en mi búsqueda, un corte en mi brazo me lo impide. En un acto reflejo alzo la espada, hundiéndola en el cuello del hombre que me acaba de atacar. Taviana, a mi lado, salta sobre el enemigo, derribándolo. Los otros animales se mantienen turbados y a distancia del enfrentamiento.

A unos metros más adelante, Gamar lucha con varios guerreros, y los que eran sus vasallos corren a socorrerlo. Me alejo unos cuantos pasos, jadeante y extenuada, buscando a Fennes. Al verlo sobre la empinada colina, la confianza me hace volver a la pelea. Si todo sale como fue previsto, solo debemos resistir un poco más.

Me giro localizando la mirada del Príncipe de Aquilón que asiente hacia a mí. Se arrodilla sacando una pañoleta que escondía entre sus ropas, la cual levanta y, en el proceso, cubre su rostro, sobre todo, sus ojos. Una flecha envuelta en fuego cruza el cielo de un extremo a otro y se clava en el frontis del castillo, esa es la señal para que imite a Gamar y también proteja mis ojos.

Llamo a Taviana y, una vez que se encuentra a mi lado, con mi capucha la cubro y, aunque ella se resiste, la abrazo metiéndola entre la tela de mi capa.

La noche nos abraza, y al mismo tiempo, la oscuridad, pero eso no

es impedimento para sentir la luminosidad que se esparce con furia por todo el Reino de Las Águilas.

Oigo los gritos de descontrol a mi alrededor, extendiéndose por el valle, pero no abro mis ojos hasta que todo termina y el silencio gobierna.

Taviana es la primera que sale de mi cobijo, incómoda por tanta cercanía. Con cautela dejo mi cara al descubierto, encontrando frente a mí a Gamar, el que me ayuda a ponerme de pie.

De a poco, ciertos murmullos se vuelven audibles. Sé que la estrategia funcionó, pero, de todas formas, recorro el lugar para comprobarlo con mis propios ojos. Guerreros, animales y toda persona que fue expuesta al fulgor de los Antiguos Ancianos se encuentra inmóvil, como si fueran estatuas de granito. Busco a los hechiceros y los encuentro situados en los cuatro puntos cardinales, cada uno con sus báculos en las manos; Lael, Fennes y Liana se encuentran de rodillas, extenuados. El único que se mantiene en pie es Barón.

Los soldados aliados, al igual que yo, contemplamos con incredulidad a las personas congeladas en el tiempo. Para ser sincera, puse mi fe en algo que desconocía y hasta pensé que no funcionaría. Después de todo, los hechiceros nunca habían mostrado un poder de esta magnitud, y menos habían unido sus dones para someter a tantas personas y a tantos animales. Claramente, esto les consumió gran cantidad de la energía que les quedaba.

—¿Estás bien? —Gamar examina la herida de mi brazo y los innumerables rasguños y cortes que tengo en las partes expuestas de mi cuerpo.

—Esta vez creo que estoy mejor tú —replico, también inspeccionando las grandes y profundas heridas que carga.

Saco un trozo de tela de la alforja que aún cargo en mi cinturón y la coloco en la enorme laceración que tiene un su pómulo. Gruñe ante el dolor, pero no se aparta.

—¿Quién cargará a todos estos sacos de excremento al calabozo? —Me giro al reconocer la voz de Bóreas.

Nube corre hacia mí. Se encuentra con la mayor parte de su blanco pelaje teñido de rojo. La acaricio aprovechando la oportunidad para buscar heridas, corroborando que la mayoría de la sangre no le pertenece. Luego me acerco al pequeño príncipe con la intención de revisarlo.

—Estoy bien —afirma, colocando sus ojos en blanco.

—¿Mi hermano? —pregunto con recelo.

—Ya se encuentra organizando al ejército para limpiar el lugar —informa, señalando despectivo a los guerreros paralizados.

—También deberías ayudar, el encantamiento no perdurará por mucho tiempo —interviene Gamar.

Para todos, el cansancio es extremo, pero la tarea no ha terminado. Como dijo Gamar el hechizo solo durará un par de horas, y en este lapso encerraremos a los guerreros y sus lobos. En cambio, a los habitantes del reino y a los soldados heridos se les llevará al salón hasta que despierten.

Más que una victoria, lo que tenemos en nuestras manos es el inicio de la guerra, una que no terminará hasta que todos nuestros adversarios sean derrotados.

Capítulo 15

Cabalgo gran parte de la noche sin detenerme y evitando los caminos principales. Hace algunas horas atrás perdí de vista a los guardias que me seguían, pero eso no los detendrá, seguirán buscándome hasta apresarme por traición.

La turbación de pensamientos es persistente, al igual que dolor de las heridas que cargo, mas sigo adelante. Si hay algo que me mueve a continuar, es la ira. Despertar de las sombras que estas semanas me enceguecieron ha sido liberador, así como descarnado reconocer en lo que me estaban convirtiendo. Un ser despojado de juicio y un monigote de retorcidos planes.

La aniquilación sigue viva y acechando, pero esta vez la encauzo a quienes son mis verdaderos enemigos, mi pueblo, el Valle Oscuro. Los ojos cristalinos de Liska aparecen fugazmente en mi memoria, haciéndome sentir el vacío de su conexión, pero el dolor no llega, al contrario, la furia se retuerce violenta, empujada por el remanente del encantamiento que aún recorre mi sangre. Habré recobrado parte de mi conciencia, no obstante, el instinto primario del enlace prosigue, halándome a sus oscuros deseos y emociones.

Apuro el paso del caballo y este relincha haciéndome notar su cansancio. Me interno en las arboledas del camino hasta llegar a un riachuelo. Dejo al animal para que descanse y beba agua. Me acerco a la corriente para lavar mis manos y las heridas que dejó el enfrentamiento en el castillo. Rasgo pedazos que aún sirven de mi ropa para cubrir las lesiones más graves que siguen sangrando. La cristalina agua se tiñe de rojo e ignoro las imágenes de los asesinatos cometidos y, sobre todo, de los inocentes que perecieron. Necesito seguir en movimiento para buscar la reivindicación ante lo débil que fui. No hay tiempo para lamentaciones, lo único que me queda por hacer es vengarme.

Me sobresalto al igual que mi caballo ante la cercanía de aullidos de lobos. Me interno en el riachuelo con el animal para borrar mis huellas. Mi primera idea es adentrarme aún más en la espesura del bosque, pero cambio de planes al divisar entre la arboleda el fulgor rojizo del fuego que llega desde la costa. Me dirijo en esa dirección porque el hambre de venganza clama por ser satisfecha. El inicio de mi huida fue la muerte de Celsius y no descansaré hasta tener la sangre de Priust en mis manos.

Avanzo un poco más y abandono el caballo, sigo el camino a pie para camuflarme en la oscuridad de la noche que se acerca.

Al amanecer me escondo entre unas rocas en el borde de un acantilado. Las tropas del Valle Oscuro se encuentran apostadas a

unos metros de la playa. Observo hacia el mar, recordando una de las últimas conversaciones que tuve con Celsius, en donde hablaba sobre el ataque de la sucesora del reino de los Osos. Ciertamente, si cuenta con una gran flota y ejército, podría tomar la explanada con facilidad.

Me acerco al improvisado campamento, para ubicar la posición de Priust y, quizás, encontrar alguna forma de aproximarme.

Lo primero en observar es una gran cantidad de carretas situadas en el camino principal. Los lobos las custodian como si en ellas se encontraran los tesoros más preciados, los guerreros descargan grandes vasijas de greda que transportan hacia la playa con sumo cuidado.

Sigo recorriendo la llanura costera hasta que encuentro mi objetivo. En una de las dunas, la cabeza rapada de mi padre destaca entre los guerreros. Debo controlar el instinto asesino para no dirigirme a su encuentro y acabar con esto de una vez. Analizo mis opciones y la frustración es inminente. Será imposible llegar hasta él sin ser acribillado al momento de revelar mi posición. De poder acercarme, tendría que enfrentar a una veintena de hombres y lobos que, en este momento, lo rodean custodiando su seguridad.

Sostengo el pomo de la espada con fuerza, ahogando la sed de una inmediata represalia que es difícil de apaciguar, sobre todo al visualizar la figura de la maldita hechicera.

Me recuesto sobre una roca, aplacando la impotencia que me genera entender que la única forma de realizar mis planes, es con un ejército. El ansia primitiva y posesiva despierta ante la persona que sí cuenta con uno. Eleonor. Mi estómago se calienta de cólera al recordar que se ha comprometido y la bilis arde ante la evocación de que se entregó a otro hombre. No permito que la bestia que mora en mí, aparezca. Me apodero del enlace que aún recorre mi organismo, siendo consciente de que la crueldad que exhala es la que me sigue manteniendo en pie y con un solo objetivo.

Me mantengo agazapado meditando mis próximos movimientos. No puedo presentarme ante el reino de Aquilón y Eleonor con las manos vacías. Si pretendo pedir su colaboración, debo buscar la forma de que confíen en mí, aunque lo más probable es que de inmediato sea asesinado o, en su defecto, encarcelado. Hasta este momento, la información que poseen de mí, es que soy un desertor, traidor y asesino desde el momento que sucumbí a la oscuridad. Motivo por el cual centro mi atención en las carretas. Quizás, si descubro qué es lo que trama el ejército de mi padre, podría ser mi carta de entrada, al menos para tener la posibilidad de hablar y de acercarme a Eleonor.

Espero que los guardias se alejen, por lo menos, de las que se encuentran al final de la caravana y, sigiloso, me aproximo. Una vez que encuentro un carro desprovisto de vigilancia camino hacia él.

Incremento el vínculo, después de todo, la oscuridad que me acompaña es percibida por los animales como una aliada. Velozmente me muevo, quitando la tela que cubre el interior de los carros y destapo la primera vasija. Al principio me cuesta identificar el fluido y, con recelo, introduzco mi dedo en la mezcla amarillenta y verdosa. La viscosidad del líquido me confirma que es aceite.

Tapo la vasija al escuchar pasos que se acercan. Salto del carruaje, pero mi escape es interrumpido por un guardia. El reconocimiento en sus ojos es inmediato. Golpeo su cuello con la empuñadura de la daga antes de que pueda alertar de mi presencia. El ataque lo pilla desprevenido, pero, aunque no pueda hablar, su animal vendrá en su ayuda. Desenfundo un puñal, pongo el filo en su cuello y lo arrastro lejos del camino. Con dificultad y premura lo despojo de la mayoría de sus armas, y cuando escucho los pasos ligeros pero letales que se acercan, ejecuto mi improvisado plan. Escojo el primer árbol que encuentro y empujo al guerrero contra él. Sin perder tiempo, entierro con fuerza el acero del puñal en su hombro, hasta traspasar la carne y llegar al tronco. Ignoro los gritos de dolor y me cercioro de que no podrá huir con facilidad.

Me volteo justo en el momento en que la bestia llega a mi encuentro y logro moverme antes de que me entierre sus colmillos. Quito mi capa, desenfundo una daga y la envuelvo en la tela. Mantengo la posición hasta que el lobo vuelve a saltar sobre mí, no me quito, espero el contacto de su cuerpo y, antes de recibir el mordisco, lo atrapo con la capa; lo apuñalo en reiteradas ocasiones hasta que deja de luchar.

El guerrero, usando su cólera por la muerte de su compañero, empuña con su mano libre la daga que lo confina al árbol y la mueve hasta desincrustarla del tronco, lanzando un alarido de dolor. Del filo chorrea sangre, colgajos de piel y carne. Sin embargo, aún posee energía para encararme. No le doy ventaja, y me agacho ante su ataque, para luego, desarmarlo y clavar mi daga en el hombro herido. El grito es desgarrador y cae de rodillas cuando retuerzo el acero en sus músculos.

Tomo su cabello y halo la cabeza hacia atrás para que me mire. Sus ojos se cierran a punto de perder el conocimiento. Quito el acero de su cuerpo y lo coloco en el cuello.

—Mátame —ordena entre jadeos.

—Primero me dirás qué traman.

Su respuesta es una carcajada sarcástica, luego tose con dificultad y me lanza un escupitajo en la cara.

—Cuando Priust te encuentre, esto no será nada comparado con lo que te hará por haberlo traicionado y por haber matado a su hermano.

—De eso me encargaré yo. —Tiro con más fuerza su cabeza —.

¿Qué harán con el aceite?

—Anda y pregúntaselo tú mismo.

Bajo la punta del cuchillo y la hundo en la entrada de su herida. El gruñido es tragado, apretando sus dientes. Después de unos minutos de prolongada tortura, el guerrero cede, contándome que el aceite lo esparcirán en la playa y en el mar. Y una vez que los habitantes del Reino de los Osos desembarquen, les prenderán fuego a ellos y a los navíos.

—¿Algo más? —Quito el acero de su cuerpo al notar que ha palidecido. Por la gran cantidad de sangre que ha perdido su vida no se extenderá por mucho tiempo más.

En un movimiento repentino abre los ojos y toma con ambas manos la daga que sostengo guiándola a su corazón. Dejo que la hoja lo penetre, porque es lo menos que desearía para mí, morir como un guerrero.

Lo suelto cuando la sangre brota de su boca, muriendo. Antes de que se den cuenta de su desaparición tomo parte de sus armas y ropa que me puedan servir, para luego, alejarme con un rumbo trazado.

Capítulo 16

Altas Montañas de Aquilón

El amanecer alumbra entregándonos la visión de lo que queda en pie del salón. La sangre aún no ha sido limpiada y todavía quedan cuerpos que transportar para darles una digna despedida. Los esfuerzos del ejército se han focalizado en trasladar a los guerreros y animales a los calabozos. Por mi parte, he ayudado en la tarea de curar a los heridos y agrupar a los habitantes en las alcobas de la fortaleza, esperando a que despierten del hechizo al que fueron expuestos por parte de los Antiguos Ancianos. No existe celebración para este triunfo, menos después de encontrarnos a muchas familias exterminadas, otras sometidas, y la mayoría encarceladas en precarias condiciones.

Gamar se ha mantenido alejado de nuestros enemigos por el temor de vengar la muerte de su gente, dedicándose a recolectar y organizar las provisiones. Una vez que el pueblo se levante, deberemos racionar la comida y los víveres mientras dure la guerra. Y aunque esta terminara mañana, después de que tantos pueblos y tierras fueran saqueadas, pasará algún tiempo hasta que el comercio se reestablezca.

Termino de coser la piel de un soldado, y después de vendar su brazo, se reintegra a sus labores. Me tomo un segundo para reponerme, pero consciente de que aún no podré descansar.

—Aquí estás. —Bóreas irrumpe en el salón, y por el tono de su voz, me incorporo de inmediato—. Los guerreros ya están despertando.

Dejo mis instrumentos de curación y me encamino a su encuentro. Taviana, como siempre, acompaña mis pasos, y esta vez no me pasa desapercibido que Nube la sigue más cerca de lo normal. La loba no lo rechaza, pero tampoco se siente cómoda. Por parte del lobo, podría decir que la mira de una forma maternal.

En el exterior encuentro a Barón que organiza a un grupo de soldados, los cuales cargan troncos y ramas. Al atardecer se llevará la última despedida para aliados y también para adversarios. Según lo conversado, y pese a que no todos están de acuerdo, la conciliación debe partir desde ahora e independiente de si seamos victoriosos o no, cada habitante de nuestro mundo, ya sea que se encuentre en la luz o en las tinieblas, recibirá un trato justo.

—¿Cómo se encuentra Liana? —pregunto al hechicero.

—Todavía descansa, pero estará en condiciones de acompañarnos para la última batalla —Barón informa y puedo apreciar cómo las arrugas se han acrecentado en su piel. No se ha vuelto a tocar el tema de su inminente partida de este plano, sin embargo, él y sus hermanos cada día se observan más deteriorados.

Bóreas sigue su camino hacia los calabozos que se encuentran cerca de las caballerizas y, antes de seguirlo, el hechicero me detiene.

—No tienes que cargar con toda la responsabilidad tú sola. Nunca ha sido ese el objetivo. —Levanta la vista para indicarme a Gamar, quien se encuentra en un extremo moviendo barriles con algunos vasallos. Luego me señala a Emery que, en conjunto con otros soldados, están armando la última morada para los fallecidos—. La estabilidad de nuestro mundo jamás ha dependido de una sola persona y ellos, son los indicados para ayudarte a construir el mañana que deseas.

»Todos hemos cometido errores que pueden ser imperdonables, pero nunca debes olvidar que haber vivido en las tinieblas era necesario, para ti y para todos. Nunca anhelaríamos la luz sin haber conocido la brutalidad. Como ya lo sabes, ninguna puede existir sin la otra. Nuestra existencia y las faltas en las que involuntariamente incurrimos fueron para esto, para encontrarnos ante la devastación, pero una que a ustedes no los ha quebrado, al contrario, los ha hecho más fuertes. Les ha forjado una voluntad que nunca pensaron que podían tener.

»En el futuro, cualquier afrenta o disputa que tengan, sabrán que la resolución de esta, será pensada dos veces. De no tomar la decisión más justa o correcta, los llevará otra vez a la destrucción. Y estoy seguro de que, al menos, tú lucharás con ferocidad para que algo así no vuelva a ocurrir. Créeme que mis hermanos y yo confiamos en lo que eres y en lo que puedes llegar a ser. Con gusto les entregamos nuestra existencia, que sabemos que no será en vano. Asila de seguro estaría orgullosa de ti y también de nosotros.

Quito la vista. No puedo continuar mirando al hechicero. Nunca había sido tan sincero y menos había dicho de forma abierta la confianza que él y resto de los ancianos tienen en mí. Sin poder evitarlo, lo que escuece en mi pecho es la referencia a su hermana Asila. Respiro profundamente para suprimir la emotividad que quiere desbordarse otra vez. No me puedo dar el lujo de dejarla salir. No mientras esto no concluya.

Me alejo de Barón sin poder decir nada. Sin querer reconocerlo, la inminente partida de ellos me entristece y desconcierta. No es que en el pasado hayan sido de mucha ayuda, pero saber que existían me entregaba cierta protección. Cuando desaparezcan es probable que sienta desamparo, al no tener un ser superior que nos guie o nos oriente. Tampoco habrá alguien a quien culpar en el caso de que nuestro mundo caiga en caos. La responsabilidad será nuestra.

Camino hacia los calabozos y, escoltándome en mi trayecto, se unen el príncipe de Aquilón y mi hermano. Las palabras del hechicero siguen revoloteando en mi cabeza. Nunca lo he querido aceptar, mas

la carga persiste de forma demoledora sobre mí, y de no cederla, terminará por consumirme, si es que ya no lo ha hecho.

De reojo observo a los dos valerosos hombres que me acompañan, los que en todo momento han apoyado mis pasos y decisiones. Entregándome la seguridad y certeza de que no me abandonarán por muy perdida que esté. Quizás es el momento de liberarme de más cadenas y dejar que otros me ayuden a cargarlas. Me detengo y me volteo hacia Emery, no segura, pero sí decidida a aflojar.

En primera instancia existe recelo en sus ojos, pero lo ignoro y me acerco estrechándolo entre mis brazos. Sin titubear me devuelve el abrazo y me cobija entre su cuerpo. No digo nada porque las palabras no se forman por el nudo que aprieta mi garganta, hecho que confirma que me encontraba cansada de mantenerme imperturbable.

—Me adelantaré —anuncia Gamar mientras se aleja.

Emery acaricia mi cabeza de la misma forma que lo hacía cuando era pequeña, y me quedo un instante más entre sus brazos.

—Lo siento —susurra cerca de mi oído.

—Yo también lo siento —replico, deshaciendo su fuerte agarre y, por primera vez en días, encontrando su mirada.

Acaricia con cariño mi mejilla y sus ojos se vuelven cristalinos.

—No es necesario que digas nada —me apresuro a aseverar, atrapando una lágrima que desciende por su rostro.

—Claro que tengo que decir. —Intenta recomponerse, pero falla al sumarse más lagrimas—. Lamento no haber confiado en ti. Lamento haberme comportado como un completo imbécil. No estaba pensando con claridad. Desde que se desató la guerra lo único que quise fue que estuvieras a salvo y no lo logré. Tuve que ver cómo la hechicera te secuestraba sin poder hacer nada. Después de eso perdí todo lo que poseía. A ti, a Alen, a nuestro padre, a nuestro pueblo y también a Asila. No te imaginas lo frustrante que fue para mí ser un mero espectador mientras todas las personas que me importan eran dañadas.

—No podías hacer nada.

—Podría haber tomado en serio las profecías y no haber esperado el ataque de los del Valle Oscuro. Quizás debimos atacar primero.

—Emery, nada hubiera detenido la guerra. Exterminar a un pueblo por resguardar al tuyo tampoco era la solución. El derramamiento de sangre se debe acabar o, de lo contrario, siempre encontraremos a más personas que quieran vengarse por actos que creen injustos. Es más, ya ni siquiera es relevante de quien fue la culpa. Lo importante es que en este momento podamos arreglar lo que se hizo mal. Y lo primero es liberar al pueblo del Valle Oscuro de su nefasto encantamiento.

—Lo sé —declara, agotado—. Sé que tal vez no me creas, por la forma en cómo actué y cómo te traté, pero mi espada está a tu mando

y a disposición de cada ser que habita en este mundo. Me tomó un tiempo darme cuenta de que estaba equivocado, pero te juro que nunca volveré a ser inclemente. Tú me has demostrado con tu inmensurable fortaleza que existe la misericordia, y lucharé con toda mi tenacidad por ese mundo que quieres construir.

—Me alegra escucharlo porque siempre te necesitaré a mi lado. Sin ti es imposible que lo logre. —Tomo su cara entre mis manos y beso sus mejillas sellando un nuevo pacto. Esta vez de hermandad y renunciando a parte de los grilletes que me torturaban por la lejanía que había entre ambos.

—Si ya terminaron con su momento emotivo, hay un mensaje que entregar. —La voz de Bóreas nos sorprende, y después de un último abrazo, nos separamos.

—¿Estás segura de que quieres a ese crío como parte de la familia? —Emery cuestiona con sarcasmo, pero es evidente la simpatía que siente por el pequeño príncipe.

—Al parecer no nos queda de otra —respondo, sorprendiéndome del alivio que siento al haber retomado, de alguna forma, la relación con mi hermano.

—Si piensan que sus palabras me ofenden, lamento desilusionarlos. —Bóreas se gira con arrogancia. No obstante, sé que para él es significativo pertenecer a algo, después de haber estado desprovisto de afecto y de un verdadero hogar. Lo cual me hace pensar que, de retornar alguna a vez a mi reino y si él acepta, me gustaría que viniera conmigo.

Entramos a los calabozos y, de inmediato, aparece el recuerdo de cuando fui cautiva en estas celdas. La mayoría de los guerreros están en pie y, por sus expresiones, no muy contentos. Algunos duermen, otros sostienen sus cabezas, quizás con algún malestar después de haber sido hechizados. Gamar se encuentra en el pasillo con uno de ellos encadenado.

—¿Él será? —pregunto.

—Puedes escoger a otro si quieres. Hay mucho de donde elegir —responde, regodeándose ante nuestros prisioneros.

—Eres una burla para nuestra casa —Uno de los prisioneros escupe hacia Bóreas.

Mis reflejos son más rápidos que mis pensamientos, y no me doy cuenta cuando llego a los barrotes, golpeando con el codo en la cara del hombre.

—Un nuevo comentario y esta vez los hechizaremos para que de por vida permanezcan inconscientes —advierto con el tono gélido que me entrega el encantamiento.

Los guerreros sueltan una exagerada carcajada, recordándome que el miedo no es algo que reconozcan, y que cualquier amenaza hacia

ellos, no surtirá efecto. Hago una señal a Gamar para que abandonemos los calabozos con el prisionero. Por su mirada entiende que con estos hombres no se puede transar, no mientras no recuperen el juicio que les fue manipulado.

Montamos en los caballos y nos dirigimos a la entrada del reino. Las grandes estatuas de las águilas que dan la bienvenida se ven más lúgubres que nunca, no obstante, confío en que esto en algún momento cambiará.

Nos apeamos de los animales y arrastramos al guerrero elegido hasta los límites del reino de Aquilón. Me acerco y desenvaino una espada que coloco en su cuello.

—Te dirigirás al sur hasta encontrar a tus líderes. Les comunicarás que el reino de Las Águilas nuevamente pertenece al rey Gamar. Que este es custodiado por su prometida y por todos los habitantes del norte —le ordeno al guerrero, mientras Taviana se posiciona a mi lado amenazándolo con sus dientes—. Además, les contarás todo lo que aquí ha ocurrido. Y adviérteles que iremos por ellos.

Los grilletes de sus manos son retirados y luego lo expulsamos para que se vaya a pie del lugar. Nos mantenemos unos segundos observándolo cómo se aleja, conscientes de que, desde ahora, tendremos solo un par de días para reponernos y encaminarnos al encuentro de Priust y de su heredero.

Al atardecer, la mayoría de los hombres del reino han despertado y, aunque sus estados están lejos de ser saludables, todos cooperan para llevar algo de normalidad a su recuperado hogar. La cocina se pone en movimiento al igual que la limpieza del salón, todo para la coronación. Mi cansancio es extremo, pero me he mantenido despierta ayudando para entregar el mensaje de esperanza que todos necesitamos.

Antes del anochecer, Liana me encuentra y me solicita que la acompañe. Me guía hacia un salón en donde se encuentran sus hermanos, Gamar y Emery. Sobre una de las mesas observo el libro que hurté de la guarida de Calesia, el que nos ha entregado valiosa información. Al acercarme contemplo en las páginas amarillentas símbolos y algunos conjuros. Mi atención es captada por las figuras de un lobo junto a una copa.

—¿Qué es? —interrogo con el temor de que exista una nueva dificultad con relación al encantamiento.

—Entre los conjuros y secretos que esconde este libro —toma la palabra Barón—. Existe un hechizo que amarra a los lobos a un único líder. Ya sabemos que, de forma natural, la manada sigue al más fuerte de su especie. Y nos encontramos dentro de estos escritos con la posibilidad de que estos vínculos puedan ser dirigidos.

—Como sabes, Taviana y tú fueron enlazadas con la sangre del

alfa—interviene Liana—. En el caso de la loba, su liderazgo es innato haciendo que los animales no la enfrenten, pero no es suficiente para que estos sigan sus órdenes. Si estás de acuerdo, podríamos realizar el hechizo que hemos hallado para que los lobos acaten los mandatos de Taviana. De lograrlo, contaríamos con una importante ventaja para encarar al ejército del sur.

—¿La podría dañar? —Es lo primero que pregunto guiando mi mirada hacia ella, que se encuentra apostada en un rincón de la habitación.

—Es primera vez que alguno de nosotros realiza este tipo de encantamiento. No estamos seguros del alcance de su poder ni de las consecuencias —responde la hechicera.

—Además, no poseemos de muchas opciones. Hasta el momento, los únicos que no han sucumbido por completo a la oscuridad son Taviana y Nube. En el caso de este último, pese a que es completamente fiel a su dueño, su carácter es demasiado dócil. En el caso de la loba, su temperamento es agreste, pero ha demostrado ser inflexible —agrega Barón.

—Ella es así porque se crio en cautiverio —explico el caso, más para mí que para ellos, evocando las emociones que desde nuestra unión he percibido. Y, aunque la realización del conjuro nos dotaría de un privilegio que necesitamos, no puedo evitar sentir aprehensión por protegerla. Ella, al igual que yo, solo busca la liberación.

—El sacrificio no será exclusivo de ella —Barón busca mi atención—. Para llevar a cabo el conjuro, además de vuestra sangre, también se requerirá contar con una gran cantidad de energía para canalizarlo.

Al mencionar el tema de la energía en sus últimas palabras asimilo el mensaje. Ellos ya se encuentran débiles, sobre todo después del encantamiento que realizaron para someter a los guerreros que usurpaban este reino.

—De aceptar, yo realizaré el conjuro —Liana expone, firme. No es necesario que explique más. Las miradas de sus hermanos dejan en evidencia que este acto consumirá su existencia.

—Deberíamos dejar que Eleonor medite esta información y reunirnos más tarde —exhorta Emery y, como es de costumbre, el tono de su voz exterioriza la innata protección hacia mí.

—Nuestro plan ya se encuentra en marcha. De ser cierto lo que expone el libro, no es algo que se deba aplazar. —Gamar me observa, pero no de forma imponente, más bien, dándome a entender que es algo que necesitamos.

—Lo haremos —es la respuesta que brota de mis labios de forma racional, tal cual como lo haría una líder, la que no puede dejarse arrastrar por las emociones.

—En este caso —toma la palabra Lael—, yo seré el que realice el conjuro. —Los Antiguos Ancianos se quedan observándolo y, por el movimiento de sus ojos, sé que se encuentran en un debate privado a través de la conexión que poseen. Después de unos segundos Barón toma la palabra.

—Está decidido. El encargado de llevar a cabo el hechizo será Lael y lo realizará mañana. —Por parte de sus hermanos no existe réplica, no obstante, es palpable la aflicción.

Nos mantenemos en silencio porque, pese a que todos nos encontramos de acuerdo, los sacrificios que se realizarán nos siguen llevando a un punto de no retorno. Por mi parte, sé que desde que todo comenzó no existe marcha atrás, pero eso no elimina la aflicción que cada decisión conlleva y que, al igual que mis aliados, debemos anular para proseguir hasta que consigamos la victoria.

—Quisiera solicitarles algo. —Gamar es el que rompe el silencio—. Como mi padre no se encuentra para cederme su mandato. Y al no contar con un consejo, necesitaré de una persona para que me corone.

Las miradas van en todas direcciones hasta, finalmente, centrarse en mí. De inmediato niego con la cabeza, pensando que no soy la indicada para realizar aquella tarea. No es que sea muy difícil ubicar una corona encima de la cabeza de alguien, pero no me siento merecedora de la virtud de aquel gesto. No después de lo vivido, y de los pensamientos contradictorios que he tenido con relación a mi integridad para ser monarca. Es manifiesto que ese cargo en algún momento llegará, y la sensación persiste abrumadora.

—Creo que Emery debería ser el encargado —me apresuro a decir—. Siempre ha sido leal al reino y de no haber sido por esta guerra, el trono de la Casa de Los Ciervos por herencia y por ser el primogénito varón, le correspondería a él.

Todos me observan un instante y luego dirigen la atención a mi hermano.

—Sería un honor hacerlo —responde con seguridad.

Gamar agradece con un asentimiento de cabeza en respuesta, y todos nos dirigimos al salón para llevar a cabo la ceremonia. Agradezco que nadie haya objetado mi postura, aunque me quedo meditando en la elección de palabras que utilicé y la implicancia de ellas. Hace unos días atrás discutí fervientemente con mi hermano por aquella posición. En aquel momento, más que gobernar, mi interés era conseguir respeto, uno que no había tenido nunca. Ahora al acercarse el día de inminente coronación, la obligación se manifiesta asfixiante.

Capítulo 17

La mayoría de los habitantes son congregados en el salón junto a los soldados aliados. Reconozco la solemnidad del ambiente y, asimismo, el pesar. Después de la coronación se realizará la despedida de los fallecidos. Me sitúo en primera fila junto a los hechiceros. Observar el trono me recuerda al rey Yokar. Su muerte fue despiadada, pero, en estos momentos, lo que siento es optimismo de saber que su heredero no se regirá bajo las mismas normas.

Nos levantamos al unísono cuando el príncipe de las Altas Montañas de Aquilón hace su entrada. El cabello en esta oportunidad lo lleva suelto y su mirada es resuelta. La ropa oscura que viste sirve para destacar los emblemas de su casa, los que van bordados en la chaqueta. Las águilas con alas abiertas son la representación de lo que su reino siempre ha ambicionado, la libertad. Emery acompaña sus pasos junto a un vasallo, que porta sobre un cojín la corona.

Los ojos de Gamar encuentran los míos, y asiento dándole a entender que estaré a su lado para gobernar juntos su reino. Situación que estos días había evitado pensar, no porque no quisiera cumplir mi palabra de desposarme con él, sino más bien porque, aunque lo quiera ignorar, he sentido la presencia de Alen más fuerte que nunca.

Después de nuestro enlace, la sensación era primitiva ante su búsqueda, ahora la percepción es de aflicción y, al mismo tiempo, de furia. He tratado de pensar que se debe a la ampliación de mis sentidos, pero no puedo quitar el presentimiento de que se encuentra cerca. Espero que esta premonición esté errada, ya que no existiría otra alternativa más que matarlo.

Gamar se sitúa frente a la concurrencia que muestra respeto hacia su próximo monarca. Las miradas también se dirigen en mi dirección al ya conocer la noticia de nuestra boda, ante la cual se han mostrado ilusionados por esta unión. Por una parte, se debe al hecho de que, hasta antes de la guerra, el reino de Los Ciervos era el más acaudalado de la región, y por otra, lo que represento para la mayoría al ser la Heredera de Luna Llena. La marca de los Antiguos Ancestros. Lo que ellos desconocen es que, mientras el encantamiento no me abandone, estoy en constante vulnerabilidad.

El toque cálido de una mano se posiciona sobre uno de mis brazos sacándome de mi abstracción. Liana me observa y, sin preguntar nada, ella sabe que algo me sucede. Relego la inquietud y busco las tinieblas para no perder el rumbo de lo que debo hacer.

Centro mi atención en la ceremonia, justo en el momento en que Emery levanta la corona de oro entre sus manos. Desde esta posición puedo captar las plumas que han sido labradas en la superficie. No

escucho las palabras pronunciadas, enfocándome solo en la relevancia del momento, e implorando que este reinado no acabe antes de comenzar.

Una vez que Gamar es coronado, se escuchan exclamaciones de aceptación que se realizan con prudencia, respetando a los caídos y porque todos saben lo que deben enfrentar. El rey da un paso al frente con seguridad para dirigirse a los presentes.

—Nos encontramos hoy reunidos para celebrar un nuevo mandato. Estoy seguro de que todos hubiéramos deseado que fuera de otra manera y en otras circunstancias. Sin embargo, contemplar la diversidad de habitantes de todos los territorios reunidos en este salón, es la razón por la que enfrentaré con valor este desafío. Al igual que ustedes, seguiré en pie y luchando por lo que todos ansiamos, un mundo libre.

»No les prometeré que esto vaya a suceder, teniendo en cuenta bajo las condiciones en que nos encontramos, lo que si les puedo asegurar es que la jerarquía que se me ha entregado junto a mi espada, será dispuesta para ustedes.

»Por el tiempo que dure mi regencia, no dejaré de luchar para que cada uno de ustedes pueda comandar vuestra vida y dirigir vuestro destino.

»En este momento los invito a que construyamos los cimientos de un nuevo imperio, en el cual muchos pueden creer que la autoridad de sus actos me pertenece, pero la soberanía todos la podemos ejercer sin la necesidad de portar una corona. Ustedes no deberán arrodillarse ante mí, al contrario, yo me ofrezco como vuestro humilde vasallo y juro lealtad ante el valor que están demostrando. —Gamar termina plantando su rodilla derecha en el suelo y agacha su cabeza.

El salón estalla. Todos vitoreamos dejando de lado las reservas. Me uno a las ovaciones al estar segura de que nunca un rey se había arrodillado ante su pueblo. Una vez que el monarca se incorpora, en conjunto le presentamos respeto siendo nuestro turno para arrodillarnos ante él. Bajo mi cabeza, no porque sea lo indicado, lo hago porque Gamar se ha ganado mi admiración.

El silencio reina el salón y me sobresalto cuando mi hombro es tocado. El rey se encuentra a mi lado invitándome a ponerme en pie. Tomo del brazo que me ofrece y juntos caminamos hacia la salida, exhibiendo el próximo enlace que se llevará a cabo, uniendo nuestras vidas y nuestros reinos.

La concurrencia nos sigue hacia el lugar en donde se han dispuesto las últimas moradas. No recorro el lugar con la mirada. Prefiero no ver la cantidad de fallecidos. Dejo mi atención en la cama de ramas que tengo al frente. La luna menguante nos da la bienvenida esta noche. Su presencia se siente como una tregua antes de llegar a su fase nueva,

fase en que arribaremos al último enfrentamiento.

Las antorchas se comienzan a encender y a los segundos escucho el ruido de la madera que crepita al calcinarse. La mayoría de los habitantes cierran sus ojos para elevar sus plegarias. Los imito, pero sin estar convencida de rezar. En ninguna oportunidad mis oraciones han sido escuchadas. La creencia de que un ser superior pueda interceder por mí, ya la rechacé.

—Tengo algo para ti. —Me sobresalto cuando Gamar susurra en mi oído.

Al mirarlo me encuentro con que trae dos copas, una en cada mano. Al recorrer el entorno veo a los vasallos que reparten vino entre los asistentes. Tomo la copa que me ofrece y observo el líquido rojizo en su interior.

—Sé que el vino de nuestro reino es de tu agrado. Esta vez la suerte estuvo de nuestro lado. Los guerreros no descubrieron una de las bodegas —explica, pero no como si fuéramos a celebrar. El gesto, por su expresión, denota consideración por los caídos.

Llevo la copa a mis labios y con lentitud bebo, dejando que el sabor impregne mi boca. Gamar asiente en mi dirección a modo de despedida, y luego se dirige a compartir con el resto de los súbditos. Me alejo del humo y de la gran llamarada. Ubico un lugar donde sentarme, percibiendo la fatiga que se hace patente con el vino. Pienso que sería el momento ideal para retirarme a descansar, sin embargo, el sabor del líquido me lleva por otro camino, uno que no quiero recorrer.

Las imágenes no las puedo detener y quizás se deba al cansancio que no logro dominar. Apuro el resto de la copa y me incorporo al visualizar un rostro en particular y un baile de máscaras. El vino calienta mi estómago y se desliza a mi vientre. La Luna Llena ya nos abandonó, pero esto no es impedimento para que mis instintos despierten más fuertes que antes. Una corazonada contrae mi pecho y la alejo rápidamente, negándome a la posibilidad de que él pueda estar cerca. Camino entre la humareda para buscar a Gamar o mi hermano. No estoy segura de qué les quiero decir, pero, al menos, la presencia de cualquiera de ellos podría entregarme quietud.

Desde lejos visualizo al nuevo rey rodeado de personas. Desecho la idea de molestarlo, después de todo, este es su momento y es posible que solo sean ideas dementes al haber ingerido el bendito vino de este territorio. Decido regresar a la fortaleza y descansar.

Mi andar se transforma en un desapego de la realidad. Como si estuviera en un letargo, observando como una simple espectadora, todo lo que acontece. Las tinieblas que había, de cierta forma, controlado, me halan y zigzaguean, reclamándome. Mi piel hormiguea, tornándose fría. Me detengo entre el resplandor del fuego,

confundida y no queriendo aceptar a qué se debe su procedencia.

Me alejo de la concurrencia y, entre las fogatas, observo una imponente figura cubierta en una capa negra. Las líneas de su cuerpo es algo que jamás podría olvidar. El reconocimiento que percibo es como un puño en mis entrañas.

Parpadeo un par de veces pensando que es una alucinación, pero lo desbocado de mis latidos ante su presencia me confirman que es una realidad. Debería tomar la espada y alertar a mis aliados, pero todo a mi alrededor desaparece. El vínculo es el que se retuerce y me envuelve al reconocer su pertenencia.

Alen levanta los brazos quitándose su capucha. La visualización de su rostro sacude mi columna y punza la marca de dientes que aún llevo en mi nuca. Sus ojos se posan en mí, haciendo temblar los cimientos que había fortificado. Mi mano, en un acto reflejo, se aferra a la empuñadora de mi espada cuando él levanta las suyas.

El bullicio desaparece y sigo sin poder reaccionar. Todo se mueve a un ritmo lento, y de reojo capto que un grupo de soldados ya alertados, lo rodean. Me sostiene la mirada con expresión arrogante. Escucho la voz de Gamar ordenándole que baje las armas. La atención de Alen recae un instante en el rey de Aquilón ensombreciendo su expresión, para luego, retornar a la mía. Esto es la confirmación de que él ya sabe lo que sucedió entre Gamar y yo. Sus ojos, por un segundo, me miran con furia para luego tirar las espadas lejos de él y levantar los brazos, rindiéndose.

Los soldados se acercan inspeccionando que no lleve consigo más armas. Escucho la orden para que lo lleven al calabozo, y mientras lo arrastran al interior del castillo, nuestras miradas nunca pierden el contacto.

—¿Lo matamos de inmediato o primero le preguntamos qué hace aquí? —La voz de Bóreas a mi lado hace que el entorno se materialice.

Los habitantes siguen con miradas perplejas al prisionero, mientras Emery dispone a sus hombres para que revisen el perímetro ante un posible ataque. La palabra «matarlo» hace eco en mi cabeza, al saber que esa es una de las formas para asegurarnos que el enlace no prosiga, pero la sugerencia al volverse una realidad, me entumece.

—Eleonor, ¿vienes? —pregunta Emery caminando a paso decidido en dirección a la fortaleza. Solo logro responder negando con la cabeza. Continúo aturdida y odiándome por no poder controlar el enlace que brama con sensaciones contradictorias—. ¿Estás bien?

—Sí, necesito buscar a Barón. —Me obligo a recuperar la firmeza en mi voz y me pongo en movimiento hacia el castillo. No estoy segura de a dónde me dirijo ni tampoco por qué mencioné al hechicero. Lo único que necesito es alejarme.

—Qué intenso es eso de la vinculación entre dos personas. Hasta a

mí me llegaron las chispas de sus miradas —señala Bóreas siguiendo mis pasos.

—¡Cállate! —le grito más fuerte de lo que desearía, perdiendo por completo el control. La furia junto al deseo me atrapa desprevenida ante este giro, surgiendo la pregunta, ¿qué hace aquí?

—No hablaré, pero tampoco te dejaré sola. —Bóreas se mantiene a mi lado y, en esta oportunidad, tomando una distancia prudente.

Al ingresar al salón observo de soslayo cómo los soldados escoltan la entrada que dirige a los calabozos. Sigo de largo y subo de dos en dos las escaleras hasta llegar al lugar más alto de la fortificación. Cruzo la última puerta y el aire frío me envuelve. La galería se encuentra despejada, y desde aquí puedo observar las hogueras que continúan ardiendo junto a las macizas montañas. Taviana se ubica en un rincón y Bóreas con Nube en el otro extremo dándome el espacio que necesito.

Respiro una y otra vez para retomar el dominio de mis pensamientos, pero, aunque lo hiciera una vida entera, sería imposible no percibir su existencia.

No tengo certeza de cuánto tiempo ha transcurrido desde que me alejé. De lo único que estoy segura es de que cada segundo que pasa, el vínculo que nos une, se consolida, en conjunto con la ansía, el reproche y la indignación. Asimismo, el martirio físico lo percibo en mis huesos, confirmándome de que lo deben estar torturando para obtener información. Me fuerzo a mitigar el instinto que me insta en ir en su ayuda y apelo a mi razón para mantenerme en mi posición, resistiendo el suplicio.

La puerta de la galería se abre y me volteo encontrando a Liana. Nuestras miradas se cruzan y antes de que hable, ya sé lo que me viene a pedir.

—Quiere verte. Nos dice que con la única persona que hablará será contigo.

Capítulo 18

Calabozo Reino de Aquilón

Escupo la sangre que emana de mi boca, momento en que Gamar me vuelve a dar un puñetazo. Enérgicamente, tiro de las cadenas que mantienen mis brazos suspendidos al percibir la esencia de Eleonor en él. Gruño controlando las ansías de propinarle un cabezazo para romper su cuello. No porque no lo merezca, al contrario, lo hago porque no sería muy inteligente de mi parte dejarme llevar por la ira y terminar matando al rey de este reino. Al menos, no hasta que me gane su confianza y pueda contar con su ejército para asesinar al principal artífice de esta guerra. Mi padre.

—¿Qué haces en este lugar? —Gamar vuelve a preguntar y le respondo escupiendo mi sangre en su cara. Levanta la mano para golpearme, pero Emery lo detiene.

—Si viniste por mi prometida, debo decirte que ella ya no te pertenece. —Me mira con arrogancia, y con su media sonrisa confirma lo que los dos ya sabemos.

La bilis quema la boca de mi estómago al recordar la percepción que tuve de ellos uniéndose en la intimidad. Las tinieblas se revuelcan, pero respiro profundo para no caer en su provocación.

—¿No dirás nada? —vuelve a desafiarme.

Ignoro su pregunta al percibir desde el exterior de la celda la aproximación de ella. Espero a que se acerque lo suficiente para que también escuche mis siguientes palabras.

—Podrás tener su cuerpo, pero su alma me corresponde. En ella dejé mi marca para siempre.

Esta vez me gano un puñetazo en el estómago, el que me deja sin aliento y, antes de que pueda reaccionar, llega otro golpe que hace tronar mi mandíbula.

—¡Suficiente! —El sonido de la voz hace que el aire retorne a mis pulmones. Levanto mi cabeza para buscarla y la encuentro en la puerta. Su rostro no se distingue en la penumbra del calabozo, pero advierto las pulsaciones de su corazón, que se alinean al mío.

Tiro de las cadenas en un acto reflejo que me incita a llegar a su encuentro. El impulso es posesivo y hasta bestial ante la necesidad de exigir lo que es mío. Fuerzo los grilletes hasta que estos desgarran mi piel, apelando a que el dolor mitigue el apetito de la conexión. El deseo de castigo surge al inhalar su piel marcada por otras manos. Así como el recuerdo de su traición, en donde además de herirme de forma física, me abandonó eligiendo su bando.

Por su apariencia actual, sé que su decisión no ha cambiado. Cortó su cabello transformándose en una mujer luchadora, señal de que el

amor ya no es prioridad en su vida.

Ella podrá decir y demostrar todo lo que quiera, pero ambos sabemos que la unión que se creó entre los dos trasciende la guerra, la distancias, los linajes y hasta con quien decida desposarse. Suelto el agarre de las cadenas cuando el dominio regresa y pese a que se encuentra inestable, me obligo a representar el papel que decidí adoptar. En este instante es lo más sensato para demostrarles que mis intenciones son transformarme en su aliado.

—Hablaré cuando esté a solas con Eleonor —enfatizo en su nombre, mostrando el deleite que me produce mencionarlo.

—Eso no ocurrirá —Emery se apresura a responder.

—Entonces no conocerán los planes de Priust.

—¿Qué te hace pensar que confiaremos en lo que tengas que decir? —Gamar cuestiona.

—¿Confiarías si te digo que asesiné a Celsius?

El ambiente se torna tenso y de innegable incredulidad. Miro a Eleonor que se mantiene de pie en la entrada, y luego mi atención va a los hechiceros que se acercan en mi dirección. Barón y Liana extienden sus manos con la intención de tocarme. Mi primera reacción es alejarme. No quiero que escrudiñen en mi mente, y menos que conozcan el instinto de venganza que me invade.

—Déjanos entrar —Barón me exige con su ya conocida pasividad—. Es la única forma de que corroboremos lo que dices.

Tiro de los grilletes alejándome de ellos. Las tinieblas son las que se resisten a revelar sus oscuras maquinaciones. Lucho contra ellas y relajo mis músculos para aceptar el toque, de no hacerlo, no habrá forma de que se fíen de mí.

A regañadientes bajo la cabeza, aceptando la intromisión. El hechicero posa su mano en mi sien y Liana la sitúa en mi pecho cerca de mi corazón. Lucho por calmar mis latidos. Nunca me ha complacido que indaguen en mis pensamientos. El sudor cubre mi frente ante el frío contacto que en un inicio transmiten sus palmas y, aunque quiero abrirles el camino, la rebeldía de la vinculación es difícil de doblegar. Cierro los ojos por el dolor que aparece ante la resistencia.

—No luches —la antigua anciana me susurra cordial, mientras la intrusión quiere traspasar los límites que ni yo aún he querido explorar.

Mantengo la barrera, pero les permito que den un fugaz vistazo a mis recuerdos. La tortura comienza cuando las imágenes de los actos despreciables cometidos aparecen. El remordimiento rasguña mi juicio y la culpa merodea, espectral, advirtiéndome que su llegada me aniquilará.

En el instante en que mi pecho percibe el tormento, refuerzo las

barreras e invoco a las tinieblas a que se levanten. Tenso de las cadenas y agito mi cuerpo hasta que logro deshacerme del contacto de los hechiceros. El gruñido lo oprimo en el borde de mi garganta para no mostrar vulnerabilidad y también, porque no me puedo permitir sentir. El silencio y la expectativa se mantienen en la habitación hasta que los hechiceros dan un paso atrás.

—Dice la verdad —Barón es el que habla—. El rey del Valle Oscuro fue asesinado por él.

—La oscuridad se mantiene, pero su consciencia tuvo un despertar —Liana es la que ahora explica—. Sus pretensiones no son del todo claras, pero la misión que requiere llevar a cabo es asesinar al alfa de los lobos.

—¿Eso qué quiere decir? —Una figura se muestra al lado de Eleonor. Fijo mi vista en él, reconociéndolo de inmediato por su contextura y por el animal blanco que lo acompaña. Bóreas, mi hermano. La grieta en mi pecho quema ante su presencia y nuevamente alejo a las emociones—. ¿Podemos o no confiar en él?

—Es inestable, pero su interés no está en herir a nadie de este reino —Barón clarifica, pero manteniendo la mirada unos segundos sobre mí en señal de advertencia, para luego, dirigirla a Gamar.

Centro la mirada hacia el rey de Aquilón. No es necesario que se aclare nada más, es evidente que al que sí lastimaría y con placer, sería a él. En respuesta me devuelve una sonrisa petulante de victoria al creer que ganó.

—¡Déjennos solos! —La orden me toma por sorpresa, no por quien la dicta, sino por el tono frío y distante.

—No creo que debas… —Emery no termina la frase cuando Eleonor repite el mandato.

—Las cadenas se quedan —Gamar se acerca amenazante—. No confío en ti. Y mientras te encuentres en mi reino serás un prisionero.

—Eso lo decidirá ella —espeto, manteniendo su mirada.

—Eso lo decidiré yo. Y créeme que, si atentas contra la vida de cualquier habitante de este lugar, sin dudarlo, te mataré.

—Lo que usted ordene, mi señor —obedezco en tono de burla, porque prefiero que se atragante con sus palabras cuando vea la unión inquebrantable que existe entre su prometida y yo.

Me deleito viendo cómo la mano del rey se empuña, tal vez para golpearme otra vez, no obstante, se le obliga a abandonar la celda junto a los otros presentes. Mientras tanto, la loba vinculada con Eleonor se pasea inquieta y recelosa de un lado a otro, delatando lo que siente su ama.

—¿Me podrías dar agua? —le solicito, tanteando su posición. A pesar de que cada fibra de su piel está expuesta para mí, es imposible saber lo que piensa. Estar sometida a las tinieblas hace que sus

emociones se mantengan enmascaradas, igual que las mías.

Da un paso adelante y su rostro es iluminado por la tenue luz. A esta distancia distingo lo demacrado de sus facciones, revelando un gran cansancio. Sus ojos me recorren con apatía y hasta con desdén.

Cuando intento volver a hablar, se mueve más rápido de lo que alcanzo a notar y con el dorso de su mano golpea mi rostro. Antes de que pueda componerme, la punta de una daga presiona mi garganta y el filo se entierra de forma controlada en mi piel.

—No tengo tiempo para juegos —Eleonor declara frente a mí—. Di lo que tengas que decir y luego te irás.

A pesar de que el tono y la postura con que me enfrenta son hostiles, la contracción en sus poros delata la lucha interna que mantiene ante mi presencia. Mi instinto de dominación se convulsiona ante su cercanía y, sin importar que la cuchilla penetre la carne tiro de las cadenas, acercándome. Su mano no titubea ante mi acto y yo tampoco lo hago, percibiendo cómo la sangre escurre por mi cuello.

—¿Quieres repetir nuestro último encuentro? —la desafío, presionándola para saber hasta dónde está dispuesta a llegar—. Libérame de los grilletes y te daré lo que ansías.

Podría jurar que escucho el jadeo en su garganta, pero antes de que lo pueda ratificar, la daga es apartada de mi cuello y el pomo conecta con dureza en mi oído. El golpe me aturde haciendo mi entorno girar. El zumbido se expande por mi cabeza y me toma unos segundos recobrar la orientación. Mi cabeza es levantada con fuerza y al enfocar la mirada encuentro los ojos inexpresivos de Eleonor.

—La vinculación que nos unió, jamás volverá a someterme. Mi único cometido es derrotar a nuestros enemigos y de ser necesario, incluso a ti. Así que te lo repito. Di lo que tengas que exponer y luego serás expulsado de este reino. Si rehúsas a irte, te mataré.

Las palabras son dichas con convicción, pero palpo un leve titubeo al mencionar el hecho de matarme. Mantengo su determinada mirada que, en el fondo, sé que es la fachada para no dar paso al dolor que carga.

—Entonces tendrás que asesinarme, porque no me iré hasta que juntos acabemos con Priust.

—¿Qué te hace pensar que formaremos una alianza? —pregunta con sarcasmo soltando mi cabeza y dando un paso atrás—. Después de todo lo que has hecho, nadie volverá a confiar en ti. No me importa que los hechiceros hayan corroborado lo que dices. Tus manos siguen manchadas de la sangre de inocentes. De seguro mataste a Celsius para tomar el poder.

—¿A qué poder te refieres? ¿Al poder de ser un traidor de mi pueblo? ¿Al estar encadenado en una celda para cooperar con tu causa? ¿O al poder que ejerzo sobre ti? Es evidente que mi presencia

te atormenta, por eso quieres que me marche —la desafío nuevamente, porque estoy disfrutando de su ofuscación y también porque la extrañaba—. O tal vez sigues molesta por las mujeres que compartieron mi lecho.

Espero que un nuevo golpe llegue al mencionar lo último, al menos, la antigua Eleonor reaccionaría. En cambio, recibo una risa amarga y arrogante.

—Todo lo que ocurrió en el pasado entre nosotros ya no existe y, como lo confirmaste, mi lecho tampoco ha estado vacío. —Levanta una ceja con soberbia, disfrutando y refregándome en la cara que no he sido el único en tomar su cuerpo.

—Podrás encamarte con todo el reino si así lo quieres, pero los dos sabemos que, mientras lo estés haciendo, siempre pensarás en mí. —Quiero mantenerme inalterable, pero no puedo evitar el rugido que sale de mi boca.

—Si pienso en ti es producto de la vinculación que nos ata y eso está por terminar. Cuando todo esto acabe ya nada nos unirá.

La recorro con la mirada absorbiendo cada espacio de su cuerpo. Reconozco que la joven con la crecí ya no existe. La persona que tengo al frente se ha transformado no solo en una mujer, sino también en una líder. Las características de su fase al fin maduraron y presenciar esta valentía y fortaleza, hacen que mi deseo por ella aumente.

—¿Dónde está Liska? —Retorno a la celda al escuchar su pregunta.

—Tuve que sacrificarlo cuando escapé del Valle Oscuro. —Quiero sonar indiferente, pero la mención del animal hace que sienta su vacío. Eleonor trata de mantener su expresión inalterable, pero la pequeña contracción en sus ojos evidencia que la noticia le afecta.

—¿Cuáles son los planes de Priust? —Se compone con rapidez, demandando la información que nos convoca.

—Primero el agua —respondo con la intención de traspasar su inflexible barrera. Sostengo su mirada, dándole a entender que no cederé.

En respuesta se gira y sale de la celda. Los minutos pasan y amplío mis sentidos esperando percibir su retorno. Al escuchar pasos que se aproximan levanto mi cabeza, pero la decepción es inmediata al observar que son dos guardias, los que cierran la puerta del calabozo y se quedan en silencio, custodiándome. Flexiono los músculos adoloridos de mis brazos, asimilando mi condición. Es evidente que presionarla no funcionó. Sin embargo, sigo vivo y mientras respire no me daré por vencido. Primero mataré a mi padre y luego iré por ella.

Capítulo 19

Abro los ojos y al moverme, siento malestar en la mayoría de mi cuerpo. Cierta confusión me cobija al haber dormido, por fin, después de tantos días. Miro los reflejos del sol que se escabullen por la ventana y me levanto de la cama con rapidez.

La desorientación se prolonga al no reconocer la habitación, pero la calma llega al encontrar a Taviana durmiendo en un rincón. Las piezas raudamente encajan y dirijo la mirada mi lado, en donde duerme Gamar. Me alejo de la cama y voy a la mesa provista con artículos de aseo. Lavo mi cara con cuidado de no tocar las heridas adquiridas en el enfrentamiento de ayer.

Gamar se despierta cuando alguien llama a la puerta. Una vez que damos el consentimiento, un par de doncellas ingresan con el desayuno. Dejan todo dispuesto y en el momento que se retiran, me comienzo a vestir.

—Está jugando contigo. —Escucho a mi prometido, mientras se acerca a la comida—. Yo debería continuar con el interrogatorio.

—No es necesario, puedo hacerlo —respondo, confiada ya que, en esta oportunidad, aunque deba herirlo, obtendré la información de sus verdaderas intenciones.

—Independiente de lo que él diga, nuestros planes siguen adelante. Esta tarde llevaremos a cabo el ritual para Taviana y al atardecer, celebraremos nuestro matrimonio. —Me observa de reojo para que confirme sus palabras.

—Como ya has dicho, nuestros planes siguen adelante. —Sostengo su mirada, porque el compromiso que adquirí es más poderoso que el dominio del encantamiento. Aunque la muerte de Celsius nos entrega una visible ventaja, esto no ha terminado.

—Me complace escuchar que tu prioridad sigue siendo rescatar a nuestros pueblos —Gamar lo dice casual, pero es manifiesta la desconfianza ante la aparición del heredero al Valle Oscuro.

Termino de amarrar mis botas y coloco una horquilla para apartar el cabello de mis ojos. Abotono el chaleco sobre mi blusa, tratando de alejar la molestia que me produce ser juzgada como débil por la presencia de un hombre. Quizás la antigua Eleonor hubiera sucumbido a sus ingenuas emociones, pero la actual ha demostrado con actos que no se doblegará, y es irritante que deba estar constantemente aclarando mis intenciones.

Me dirijo a la puerta dando fuertes pisadas, haciendo notar mi molestia. Y antes de que Gamar mencione algo más, salgo apresurada. Taviana me sigue y no me detengo hasta que llego al frontis del castillo.

Como se dispuso, la mayoría de los soldados ya se encuentran entrenando y, de inmediato, me uno a un grupo para practicar con mi espada. Cada golpe del acero retumba en mi cuerpo, pero sin duda es la manera más eficaz para quitar la ofuscación.

Cuando desarmo al segundo soldado me siento complacida y hasta orgullosa de la celeridad que ha tomado mi corto entrenamiento. O tal vez puede que se deba a que en cada uno de mis contrincantes visualizaba al Heredero del Valle Oscuro.

—Mi turno. —La voz de Emery me sobresalta y, al girarme, lo encuentro espada en mano, desafiándome.

Sin dudarlo arremeto contra él. Después de unos minutos me doy por vencida. Su entrenamiento junto a lo fornido de su cuerpo me supera, además la pregunta que realiza me desconcentra por completo:

—¿Todavía lo amas?

—No —respondo de forma seca y tajante, mientras respiro con dificultad, reprimiendo el deseo de cortar su cabeza ante la indiscreción.

—No es que me quiera entrometer. —Baja su espada, rindiéndose—. Solo que no quiero que te haga daño.

—Lo que te debería preocupar es que el ejército se encuentre preparado para partir al alba —recrimino, indicando con la mirada hacia los hombres que nos rodean, dejando claro que no quiero seguir con el tema.

—Después de la boda nos reuniremos para disponer los últimos detalles. —Emery comprende el mensaje y no volvemos a hablar del asunto. Los siguientes minutos nos dedicamos a comentar algunas de las estrategias ya conocidas, y sosteniendo la conversación alejada de tensión.

Mi hermano se marcha cuando es solicitado en las caballerizas y yo, por mi parte, me decido a no dilatar más la situación, dirigiéndome a los calabozos. Al llegar a los escalones, los que me guiarán a la profundidad del castillo, me exijo a mantener mi mente alejada de cualquier pensamiento que no sea obtener la información que requiero. También obligándome a anular las sensaciones que se avivan en mi cuerpo al acercarme a él. Taviana a mi lado es la que canaliza mi instinto, moviéndose, ansiosa e incómoda.

Me detengo abruptamente en el pasillo, al contemplar que la puerta de la celda en que estaba Alen se encuentra abierta y sin guardias. De inmediato desenfundo la espada y, con cautela, me acerco preparándome para lo peor. No me interesa lo que hayan dicho los Antiguos Ancianos, yo no confío en él. Una voz familiar me inmoviliza antes de llegar al calabozo. Le ordeno a Taviana que se repliegue detrás de mí, y agudizo mis sentidos para escuchar con más

claridad.

—¿Cómo lograste escapar? —Bóreas es el que pregunta, y no puedo salir de mi asombro, sobre todo, al percibir su tono casual.

Me asomo con precaución para mirar y lo veo sentado en un banco, frente a su hermano, jugando con la daga. Alen se encuentra prisionero solo con los grilletes de los tobillos, y mientras le contesta, limpia con un trapo su torso. Antes de que me atrapen espiando, me vuelvo a esconder, pero me quedan grabadas las imágenes de las extensas heridas que lleva en su piel.

—No fue fácil, y todo aún se mantiene confuso. —La voz de Alen suena calma y muy lejos de su típica arrogancia, otra cosa que me asombra—. Por días deliré a causa de la fiebre que me produjo la infección de la herida en mi muslo. Eso, al parecer, me llevó de alguna forma a conectarme con una parte de mi conciencia que se mantenía bloqueada. Si a esto le sumo que Calesia dejó de enlazarme a diario, asumo que eso también fue lo que debilitó el vínculo.

—De haber sabido que existía la posibilidad de que regresaras, no habría intentado matarte, lamento eso —Bóreas suelta con sarcasmo.

—¿Qué te detuvo a hacerlo?

—Eleonor. A ella debes agradecerle que continúes con vida. Los hechiceros piensan que, además de matar a Priust, deben matar a la persona que tome su lugar como alfa de la manada. Asumo que, si ya no estás por completo bajo el encantamiento, no solicitarás aquella posición, o ¿sí?

—No estoy interesado en liderar ninguna causa que nos lleve a la destrucción. En este momento mi único deseo es acabar con nuestro padre y que, ojalá, esta maldición que cargamos, desaparezca para siempre.

—Ella ya no es la misma —Bóreas advierte después de unos segundos.

—Lo sé y también sé que tengo parte de responsabilidad en lo que se ha convertido. Lamentablemente, no puedo retroceder el tiempo. —Alen exhala, agotado—. Verla morir hizo que perdiera la razón, y si eso volviera a ocurrir, sin dudarlo debes matarme.

—Créeme que de ser necesario lo haré —Bóreas afirma, pero no como una amenaza más bien como una promesa.

—Gracias. Y no solo lo digo por esto, sino también por estar junto a ella.

—Es bastante mandona y con un temperamento que te incita a lanzarla por algún acantilado, pero es nuestra reina, así que le debo mi lealtad. —Escucho la risa burlona del joven príncipe y empuño mis manos, controlándome, para no salir de mi lugar.

—Ahora que aclaramos varios asuntos, quizás Eleonor se nos quiera unir a la conversación. Necesito contarle lo que tiene preparado

Priust —Alen revela, volviendo a su tono arrogante.

—Su mal carácter le hace olvidar que, aunque se quiera ocultar, la podemos percibir. —Bóreas sigue ocupando el mismo tono irónico de su hermano, mientras yo siento que mi cara se torna caliente, ante la vergüenza de haber sido atrapada por ser tan torpe.

Analizo la opción de marcharme para no tener que enfrentar el bochorno y, antes de que pueda dar un paso atrás, Nube sale del calabazo a mi encuentro. Acaricio su pelaje considerando seriamente la posibilidad de lanzarme por cuenta propia por el primer acantilado que encuentre, pero me decido a recomponerme y a entrar.

—¿Desde cuándo se volvieron tan cercanos? —interpelo, mirando a Bóreas de modo acusador.

—Tenía curiosidad por conocer al hombre que tuvo las agallas de asesinar a Celsius. —Bóreas se incorpora con pasividad—, y también me intrigaba descubrir parte de mi linaje.

Mantengo mi expresión inmóvil para no mostrar la conmoción que me produce el hecho de que, al fin, se hayan encontrado. Si fueran otras las circunstancias, esto sería una celebración, una reunión de hermanos que nunca tuvieron la oportunidad de compartir.

—¿Por qué ya no lleva los grilletes? Y ¿dónde están los guardias? —interrogo, conservando mi actitud distante.

—Emery se los quitó esta mañana para que pudiera curar sus heridas —Bóreas explica, señalándome un canasto con vendas y otros accesorios—. Si está realmente de nuestro lado, no queremos que muera de alguna infección ni menos desangrado. No, al menos, sin contar con su ayuda. Y con respecto a los guardias, los envié por algo de comida, tampoco queremos que se desmaye en mitad de la batalla. Además, como se acordó en el consejo, todos los prisioneros serán tratados con dignidad —Bóreas indica de forma trivial, pero después de conocerlo, puedo apreciar que sus actos van unidos con cierto respeto hacia el que es su hermano mayor. Esto podría sorprenderme, pero Alen, ya sea que esté en la luz o en la oscuridad, nunca ha dejado de irradiar confianza y seguridad.

—Bueno, los dejo, de seguro tienen mucho que conversar. —El joven príncipe se retira, pero no sin antes lanzarme una mirada perspicaz.

—¿Cuáles son los planes de Priust? —Comienzo de inmediato con el interrogatorio, buscando terminar lo antes posible con esta conversación. Su cercanía, como él mismo lo dijo, me tortura más de lo que yo misma deseo reconocer.

—Buenos días para ti también —responde con su ya conocida media sonrisa, mientras toma del canasto una aguja que comienza a enhebrar.

—Déjate de estupideces que mi paciencia tiene un límite. —Exhalo,

ofuscada.

Alen me mira, sorprendido, ante mis palabras. Sin embargo, sus ojos se oscurecen al conectar con los míos. Trago la saliva que se acumula en mi boca, tolerando los instintos erráticos y contradictorios que se alzan ante su presencia. Los mismos por los cuales abandoné el calabazo ayer. No fui capaz de controlar las ganas de darle una paliza o de liberarlo. Desvío mi atención, para distraer mis pensamientos, al corte profundo en uno de sus hombros, el cual Alen intenta alcanzar para coser. Después de observarlo unos segundos estirando su brazo, es evidente que no lo podrá hacer.

—Dame eso. —Me acerco y le arrebato la aguja de las manos. Sin hacer contacto visual hago que se gire y, sin una pizca de amabilidad, entierro la punta en su carne. No gruñe, no obstante, sus músculos se tensan ante el malestar. Remiendo con rapidez el corte, ya que, en cada leve toque de su piel, le envía un candente hormigueo a la mía.

—¿Esta tarde te casas? —La pregunta me toma desprevenida por el tono de resignación.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tienes razón no lo es, pero sí es mi asunto terminar con el encantamiento y para eso, los dos debemos fecundar al heredero. —Se gira de forma inesperada, dejando la aguja enterrada en su carne. Se acerca invadiendo mi espacio y mirándome con decisión—. Como puedes apreciar, ya superé la oscuridad.

—¿A eso viniste? —pregunto no dejándome provocar—. ¿A realizar un pobre intento por recuperarme? ¿O estás utilizando la excusa de información para poder acercarte, sin que te matemos por traición? —No me muevo de mi lugar, enfrentándolo y demando a Taviana que se acerque. La loba llega a mi lado y, sin dudarlo, abre su hocico mostrando los colmillos en posición de ataque.

—Solo quería clarificar que existe otra forma más placentera para terminar con la vinculación. —Tampoco se deja amedrentar posando la mirada en mi boca.

—Esta guerra, contigo o sin ti, terminará mañana. Y por si lo has olvidado, existen miles de personas que siguen sometidas por tu reino, a las cuales, no les parecería placentero esperar hasta la próxima Luna Llena para que tú y yo podamos saciar los instintos animales que nos fueron entregados. —Acerco mi cara hasta que percibo su aliento, para aclarar mi siguiente punto. O quizás lo hago, porque no puedo evitar que mi eje se doblegue ante él—. Lo que existe entre los dos no es más que una maldita condena. Si de verdad quieres redimir algo del daño que has causado, es hora de que hables o, de lo contrario, lárgate. —Nuestras miradas nunca se destraban, pero en la mía hay ira y decepción.

—¿Qué ocurre? —La voz de Emery llega desde la puerta del

calabozo.

De manera pausada doy un paso atrás, pero sin dejar de advertirle con mi expresión que ya no soy esa joven inocente que conoció. Taviana se mantiene en su posición hasta que Alen también da un paso atrás.

—Estaba por contarle a Eleonor en dónde se encuentran apostados la mayoría de los guerreros del ejercito del Valle Oscuro. —Alen se dirige a mi hermano y no vuelve a retomar la mirada hacia mí.

Capítulo 20

Contemplo el mapa que nos muestra Alen sobre el cual ubica a las tropas del Valle Oscuro, mientras les explica a los líderes de nuestro ejército los planes que pretende llevar a cabo su reino. Una vez que termina de hablar, por algunos segundos, todos los presentes mostramos una única reacción; observar las piezas que representan los barcos del ejército de Ingelborg que se dirigen hacia ese lugar.

—La playa es el único lugar en el que pueden desembarcar. De hacerlo hacia el sur, se alejarían y no llegarían a tiempo —Emery explica, preocupado.

—Pero como ya aclaró Alen, de hacerlo no saldrían con vida —Bóreas interviene.

—¿Existe alguna forma de contrarrestar el aceite ya vertido? —Gamar pregunta, mirando a Barón.

—Podríamos cubrirlo o quizás evitar que lo enciendan, pero creo que ninguna de las opciones es viable. Ya no contamos con el tiempo ni con el ejército para tomar la costa.

—Hay que advertirles de que no pueden desembarcar. No mientras se encuentren en riesgo —señalo, desanimada. Es evidente que, sin las tropas de la Casa de los Osos, nos encontramos en desventaja.

—Me dirigiré al sur para alertarlos. —Barón observa a sus hermanos—. Si logro acercarme lo suficiente, podría contactarme con Ursus.

—Yo iré —interviene Fennes—. Tú debes quedarte, eres el único capaz de ayudarlos contra el Valle Oscuro.

Los presentes nos quedamos expectantes ante la respuesta del hechicero, el único sonido que se escucha es el tintineo de los grilletes de Alen al dar un paso atrás.

—Que así sea —es la respuesta que entrega el Antiguo Anciano y, de inmediato, Fennes sale del salón.

Gamar hace una señal a los soldados que esperan en la entrada, los cuales se dirigen hacia el prisionero, para llevarlo de nuevo a su celda. Por extraño que parezca, Alen no hace ningún comentario y deja que lo lleven afuera. Desde que nos confrontamos en el calabozo no ha vuelto a mirarme, ni menos a dirigirme la palabra.

Debería no importarme su actitud, pero no puedo luchar con la unión que me exige captar su atención, menos al verlo encadenado y, de cierta forma, sometido. Una imagen que nunca había presenciado. Me intriga saber por qué el cambió en su actitud. De haber llegado altanero a estar ahora subyugado a nuestros mandatos.

Continúo mirándolo hasta que desaparece, conteniendo los impulsos que me incitan a seguirlo y a quitarle las esposas. Un codazo

por parte de Bóreas, seguido de un carraspeo, me indica que llevo estudiándolo más tiempo del que debería. Volteo mi cabeza encontrando la mirada de Gamar, la que me indica que también se dio cuenta de a quien le daba mi atención.

—Se encuentra todo preparado para el ritual —Liana anuncia, y mi vista viaja a Taviana. Me gustaría que existiera otra forma para no exponerla a esa carga, pero conociendo los planes de nuestros enemigos, más que nunca necesitamos de su ayuda.

—Nosotros prepararemos a las tropas —Gamar le indica a Emery. Y aunque muestra confianza en su voz, no pasa desapercibida la preocupación de su expresión, que es la misma que tenemos todos.

—¿Quieres que me quede para la ceremonia? —Bóreas me pregunta.

—Prefiero que acompañes a mi hermano. Necesitará apoyo para cuando le comunique a las tropas lo que sucede. —También utilizo el tono firme pese al inherente temor.

Una vez que el joven príncipe abandona la sala, me quedo con Liana y Lael. Es difícil mirarlos a los ojos sabiendo que este rito consumirá la existencia de uno de ellos. Prolongo el silencio mientras la hechicera prepara la mesa y los elementos necesarios. Observo de reojo el libro que tanta destrucción ha traído y el cual, venzamos o no, deberá ser destruido.

—Acércate —Liana me invita.

Me aproximo y al contemplar la daga en su mano, un escalofrío me recorre al rememorar la ceremonia de vinculación realizada por Calesia. Taviana se mueve inquieta en un costado de la habitación percibiendo mi ansiedad. No estoy segura si sabrá lo que ocurrirá, de lo que me preocupo es de transmitirle seguridad, la misma que le otorgué aquel día en que nuestros destinos fueron unidos.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a la hechicera que se afirma de la mesa, evidenciando su cansancio.

—El tiempo se agota. —Toma de mi brazo y, sin más preámbulo, realiza un corte en la palma de mi mano. Al instante la sangre brota y es vertida en un cuenco. Mi vista viaja al bastón que carga Lael, y es inevitable no recordar a Asila. Su presencia no la he vuelto a percibir, y a medida que el tiempo avanza, es menos factible que vuelva a sentirla.

Una vez que la hechicera termina conmigo, vendo mi mano y me acerco a mi loba. Incito a Taviana a que se aproxime y, aunque el recelo es palpable, la orden no la puede desobedecer.

El ritual comienza y el cántico gutural se desliza por los labios de Lael. Esquivo la mirada de la escena y abro mis sentidos para fortalecer mi unión con la loba. Cuando nuestros latidos se transforman en uno, apaciguo su palpitar entregándole quietud.

Cierro mis ojos envuelta en las palabras ininteligibles del conjuro que se mantiene constante por largo tiempo. Mi abstracción es arrebatada en el instante que nos acecha un sombrío sonido. Me quedo con Taviana que gruñe tratando de evitar la irrupción, pero la energía es demasiado impetuosa para poder detenerla. El ruido se transforma en lúgubres aullidos que surgen de diferentes direcciones, y cada uno con la intención de imponerse sobre otro.

Mis ojos se abren al no poder resistir el incesante martillar que, de nuestro entorno, se dirige a la mente de Taviana. Muevo mi cuerpo hacia el suyo al percibir su aflicción. Sus colmillos me enfrentan y el iris de sus ojos arde en un rojo intenso haciéndola bramar de dolor.

Le exijo a Lael que se detenga al no soportar la tortura que me transmite y que torna rígido su cuerpo. Liana se interpone, enceguecíéndome con una luz blanquecina que irradia de sus dedos para que no me entrometa.

Levanto mis brazos tratando de guiarme por sus bramidos. Mi pecho se contrae al no poder conectarme con ella para apaciguarla y mis vellos se erizan al percibir que sus latidos disminuyen, desprendiéndose de los míos.

Gateo en su búsqueda al sentir el quiebre de su consciencia, que es arrastrada por el aullido de los animales que se enlazan con la alfa y que, al ser tantos y tan bestiales, no puede contenerlos a todos.

Grito para que se detengan, pero mi solicitud es denegada. En la oscuridad encuentro el cuerpo lánguido y abatido de Taviana. La estrecho entre mis brazos, notando la dificultad que tiene para respirar. Le suplico que se quede conmigo y su respuesta es una leve exhalación, al tiempo que posa su cabeza en mi regazo. Me congelo cuando su existencia se detiene y mi mundo se paraliza al no poder alcanzarla. El cántico desaparece al igual que la neblina, pero no soy capaz de moverme.

—¡Dijiste que no le harías daño! —acuso hacia Liana, pero ella corre hacia su hermano que cae al piso.

Vocifero por ayuda. A los pocos segundos, el primero en aparecer es Barón. Observa la escena y, pese a que su hermano podría estar agonizando, se acerca a mi lado. No me muevo. Me encuentro aturdida y sin poder reaccionar.

El hechicero se aproxima a la loba, y una tenue brisa se filtra de sus dedos hacia ella. Al instante el palpitar regresa, y cuando se afianza, vuelvo a respirar.

No alcanzo a recobrarme, cuando Taviana de un brinco se levanta y rápidamente se aleja de mí. Mi corazón se aprieta, no por su obvio rechazo, sino más bien, por el reproche de su expresión. Detrás de mí, Liana junto a Barón cargan a su hermano, es perceptible lo marchito de su estado.

Taviana se mueve hacia un rincón. Desearía que sus sentidos no estuvieran abiertos para mí. La decepción es palpable ante la persona que juró protegerla y que hoy la traicionó.

Intento disculparme, pero levanta una barrera que, en este momento, es difícil de traspasar. Me incorporo con dificultad por el dolor que se vuelve físico ante su lejanía. En vez de dar un paso hacia su dirección, me muevo hacia atrás. Pese a que cada movimiento hiere mi corazón, ocupo gran parte de mi fuerza de voluntad para respetar el espacio que necesita. La oscuridad se retuerce en mis entrañas, y dejo que el flagelo se transforme en ira. Es el único sentimiento que me ha mantenido en pie, porque lo quiera o no, debo continuar.

Me obligo a caminar hacia el exterior, sin volver a mirar a Taviana. Cuando ella se encuentre lista, regresará; es lo que espero. Mis pasos se dirigen hacia la alcoba en donde me debo preparar para la siguiente estrategia; la boda. Taviana no me sigue y, aunque quiero correr y escapar, mantengo la dirección. Enlazo mi mano con fuerza a la madera que llevo colgada al cuello. Aunque la esperanza no existe para mí, sigo adelante, luchando por un pueblo que merece la libertad. Quizás ellos puedan sanar parte de sus resquebrajadas almas que han sido mutiladas por esta contienda, porque en mi caso, estoy segura de que la mía, no se recompondrá jamás.

Capítulo 21

Calabozo Montañas de Aquilón

Camino de un lado a otro dentro de este calabazo, mientras observo la imperceptible cicatriz en mi mano. Si Liana está en lo correcto, mi sangre podría potenciar el hechizo. Solo espero que, una vez que Eleonor se entere de lo realizado, no cumpla con su palabra de arrancar mi cabeza, al existir la posibilidad de que la unión entre nosotros se solidifique aún más. No es que me desagrade la idea, al contrario, me beneficiaría, pero como ella lo clarificó; el encantamiento es el que nos ata, y si quiero que esté de nuevo a mi lado, debe ser porque ella lo quiere.

—¿Funcionó? —La pregunta llega desde el pasillo.

Al voltearme, encuentro a mi hermano junto a Nube.

—No estoy del todo seguro —respondo, sin evitar esbozar una pequeña sonrisa al haber palpado una imperceptible conexión.

—Espero que haya funcionado, ya que mi pellejo está en juego —Bóreas expesa, desafiante.

Cuando Liana se presentó al amanecer en mi calabozo, con la propuesta de ocupar la sangre de Eleonor y también la mía en el ritual de Taviana, me quise negar en un principio. Pero el ansia de venganza hacia mi padre, me llevó a aceptar sin cuestionar la solicitud. Por su parte, sé que la hechicera tiene sus motivos, los cuales no comentó, y que tampoco me interesan. Mientras venzamos a Priust, estoy dispuesto a lidiar con las consecuencias.

—¿Por qué me ayudaste? —cuestiono a Bóreas, al querer conocer las motivaciones que lo llevaron a traicionar a Eleonor.

—No solo te ayudé a ti, también la ayudé a ella. No se merece llevar esta carga sola, y la muerte de nuestro padre nos favorece a todos. Además, sé de la profecía. —Hace una pausa, para luego continuar—: El amor es lo único que puede vencer a las tinieblas. Aunque no sé qué signifique en realidad, pero, de ser verdad los augurios, los sindican a ustedes como los elegidos para destruirla. Esta vez tampoco dejaré nada al azar.

—Tal vez no te perdone —advierto, analizando al pequeño hombre que tengo al frente, y por el cual siento orgullo. Algo que jamás pensé que sería posible manifestar por alguien que llevara mi sangre.

—A ti tampoco —replica, sarcástico.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste si estás tan seguro de que no me perdonará?

—Porque, aunque ella lo quiera negar, te ama. Y eso no lo sé solo yo, lo sabemos todos.

—¿Incluso Gamar?

—Dije todos. Si Eleonor se comprometió con él, es porque era lo que debía hacer; sacrificarse y luchar por su pueblo. Lucha que todos estamos realizando, por cierto. Así que, si realmente te importa, debes dejarla. Debes respetar su decisión.

—Sabes que no puedo hacer eso —lo digo más alto de lo que quisiera, al imaginar una vida sin ella.

—Ella no es de tu propiedad, y debo recordarte que esta tarde sellará su destino, al unirse al Reino de Las Montañas.

—¿Y a nuestro pueblo cuándo le han importado los regímenes? —interpelo con la altanería que me entregan las tinieblas y mi linaje.

Bóreas me sonríe con diversión y provocador, revelando la crianza que también lleva en su sangre.

—No te confundas. No te acompañaré en tu rebelión. No estoy de tu lado, sigo estando del de ella. —Levanta la cabeza con firmeza—. A Eleonor le debo mi vida. Sin dudarlo le entregué mi espada junto con mi lealtad y, aunque comprendo tus deseos, no dejaré que la hieras.

El brillo que por un instante había aparecido en sus ojos, se desvanece. Respondo con un ademán de cabeza en acuerdo a lo expuesto. No puedo si no respetarlo por ser fiel a su palabra.

Las siguientes horas se vuelven agónicas ante la inminente ceremonia de matrimonio. El calabozo se empequeñece al encontrarme en absoluta soledad. Mis impulsos me han llevado a averiguar la forma de escapar y detener la boda. Pero con eso empeoraría la situación.

Entiendo las razones de Eleonor para llevar a cabo esta unión, porque pese a que las tinieblas se encuentren en ella, su esencia nunca la dejaría abandonar su responsabilidad. La admiro y, al mismo tiempo, la odio por eso, ya que su determinación fue una de las causas que me llevó a no poder dejar de observarla, incluso antes de saber que, por destino, debíamos estar juntos.

Me siento en el borde del camastro para serenarme al percibir que la temperatura de mi cuerpo asciende, y el arrebato de las tinieblas quiere hacerse presente. Tamborileo los dedos sobre mi rodilla en evidente ansiedad, ante la fuerza de la vinculación que nos une y que vocifera salvaje e incesante que ella es mía.

Me levanto y camino para detener el instinto animal que despierta y se levanta con ímpetu. Muevo la cabeza en negación para despojarme de lo errado de mi juicio, sin embargo, mi vello se eriza al canalizar nuevamente la vibra de un animal. El primer reflejo es pensar en Liska, ante el reconocimiento de la conexión, pero es absurdo que sea él.

Me muevo inquieto por la celda y la quemazón en mi pecho se agudiza, al punto de hacerme jadear. No quiero abrir mis sentidos para no perder el control. No obstante, es imposible detener la ola de

sensaciones que se vierten como una avalancha.

El eco de aullidos, repentinamente, envuelve mis oídos y la imagen de una pequeña celda a la intemperie acapara mi mente. La percepción de soledad y tristeza me embarga, llevándome a la oscuridad. Lo que primero pienso es que mi memoria me guía a aquel pozo abandonado en el cual mi madre me dejó, pero la reproducción que persiste no coincide. Mi piel se hiela en el momento que, desde lejos, veo el pasar de lobos y guerreros que me ignoran por completo. Mi estómago se siente vacío ante el hambre y, a medida que mis huesos se congelan, aparece el resentimiento.

No comprendo la visión, pero de lo que estoy seguro, es que no me pertenece.

Tomo de mi cabeza cuando es atacada por cuchillas que pretenden ingresar a la parte protegida de mi consciencia y que, extrañamente, no se perciben como un ataque, más bien, se sienten como si trataran de crear una unión. Desconfiado pero intrigado, dejo que las tinieblas se muevan con la intención de expandir mi percepción. En respuesta, advierto una figura en la penumbra.

Mis pies se mueven por instinto, hasta que me detengo en la entrada del calabozo. Mis venas se contraen ante el inherente dominio de la vinculación, y ya no necesito verla para saber de quien se trata. Sin hablar la invito para que se acerque. De entre las sombras, se materializa. Mantiene la distancia, pero esto no es impedimento para que pueda ver lo reluciente de sus colmillos.

Sonrío al constatar que el ritual dio resultado. Taviana gruñe, irritada, mostrando que no se encuentra dichosa de que nuestros caminos se hayan unido. Ignoro su malestar e invoco el lazo para que prosiga la fusión. Mi sonrisa es cambiada por amargura, al identificar que las escenas recreadas en mi memoria, le corresponden a ella y, al explorarla, la desconfianza y el recelo son compartidos entre ambos.

Prosigo la indagación sosteniendo el nexo para afianzarlo. Me deslizo por su consciencia, descubriendo la cadena que nos ata, y la cual me revela que se encuentra bajo mis órdenes. Exploro un poco más para traspasar por completo la oposición de una parte de su discernimiento, y en repuesta, me envía un latigazo de dolor a mis sienes, amenazándome para que no lo intente otra vez.

Respeto su decisión, sorprendido ante su poder y al control de su subconsciente, acción que no había percibido en Liska. La contemplo, admirado, recordando que había sido indicada como la líder hembra de los lobos, pero que, hasta este momento, no le había dado la importancia que debía.

Ella también me observa y su expresión es desconfiada, pero también, curiosa. Entiendo lo que requiere, y bajo mis barreras para obtener su confianza. La intromisión en un inicio es sutil y vibra en la

base de mi cráneo. Puja para ingresar y, aunque no quiero exponer la parte que tengo resguardada hasta de mí, dejo que entre, entendiendo que es la única forma para que nuestra unión se fortalezca. Después de unos segundos, la loba avanza en mi dirección, dando a entender que lo que percibió, le entregó la seguridad que necesitaba.

A esta distancia contemplo el fulgor rojo llameante de sus ojos, como nunca lo presencié en otro lobo. Mis reflejos se activan en el momento que capto nuevas respiraciones. Taviana gruñe, mostrando otra vez sus colmillos, pero en esta oportunidad no me amenazan, más bien, muestran su poderío.

Detrás de ella aparecen las siluetas de nuevos lobos que la siguen y resguardan. Sus energías no las puedo canalizar, solo advierto que nos une la oscuridad que llevamos en nuestra sangre. Vuelvo a sonreír, esta vez por la rebelión de Taviana, al notar que estos animales ya no obedecerán órdenes humanas. En esta oportunidad, solo le rendirán cuentas a ella que, gracias al conjuro, se transformó en su alfa.

La loba responde con un leve aullido, como si hubiera comprendido el mensaje. Pese a que palpo cierta incomodidad, al quizás no querer cargar con esta responsabilidad, asume el desafío, tal cual lo haría un verdadero hijo del Valle Oscuro, y no podía ser menos el animal que representa esta casa. Mi casa. Lugar que ha sido por años el protagonista de la destrucción, pero que también me mostró ante el ritual de vinculación, la imponente fuerza que poseían antes de ser asolados por las tinieblas.

Un ruido nos pone en alerta y los lobos se desplazan, ocultándose en la oscuridad. A los segundos aparece por el pasillo un guardia que carga un plato con comida. Taviana continúa en mi mente, invitándome, y no puedo negarme a su llamado.

Espero a que el soldado se acerque y localizo las llaves que carga en el cinturón. Sin dudarlo, una vez que me extiende el cuenco a través de los barrotes, lo inmovilizo.

Los lobos aparecen, amenazándolo, y cojo las llaves.

Capítulo 22

Reino de Aquilón

No estoy segura de cuánto tiempo llevo de pie frente al espejo. Mis pensamientos no han abandonado a Taviana. Su presencia continua conmigo, pero se siente como si hubiera cerrado una parte de ella y, aunque la he convocado, no he obtenido respuesta. A través de mis sentidos percibo que se encuentra cerca, pero desde que terminó la ceremonia no se ha acercado. Aún no olvido sus ojos encendidos en decepción y su flagelante rechazo. No puedo culparla. En su lugar me hubiera sentido igual, pero a diferencia de ella, no me puedo dar el lujo de luchar mis propias batallas, debo seguir peleando por otros.

—Se encuentra hermosa, mi señora. —Una de las doncellas se acerca, sacándome de mi abstracción.

Al girarme hacia ella, veo su cabeza gacha en señal de respeto. El mismo actuar se repite en el resto de mujeres que se encuentran en la habitación. Regreso la mirada al espejo y me examino. Podría sonreír ante la imponente vista de mi apariencia, la cual muestra a una genuina reina, y no únicamente por el vestido color crema que cubre mis curvas, sino también por la expresión de mi rostro que exhala un determinado carácter.

A quien me gustaría agradecer en este momento por su exquisita técnica de bordado es a Sondra, ya que cumplió a cabalidad con mi requerimiento. Las piezas de cuero que envuelven la tela, se encuentran bordadas con hilos de colores, en donde aparecen los animales de todas las casas de Badru, en señal de que no seré una líder para algunos, lo seré para todos.

Mi cabello se encuentra peinado hacia atrás, y sobre este, la réplica de la tiara entregada por mi hermano. La complexión de mi cuerpo se ajusta a la delicada tela al haber adquirido más musculatura, dejando atrás la figura desgarbada que en un momento estuvo por tomar el trono de la Casa del Valle Oscuro, reino del que no puedo renegar, ya que por azar mi sangre confluye con la de ellos.

Por el reflejo del espejo atrapo las miradas de las mujeres que me observan con una innegable admiración, las cuales manifiestan esperanza y respeto. Me recorren de pie a cabeza terminando en la Luna Llena que llevo en mi clavícula. Quisiera albergar la ilusión que estas doncellas irradian ante el símbolo de los Antiguos Ancestros. Quizás deben pensar que es una fortuna; de contarles lo que implica llevar esta marca, de seguro que la desecharían, mas quién soy yo para arrebatarles el optimismo, cuando es todo lo que les queda.

Nuestras miradas se dirigen a la puerta que se abre, y Liana ingresa con un poco más de color en su rostro, no obstante, su decaído aspecto

se mantiene.

—Lael se quiere despedir —exhorta para que la acompañe.

Agradezco a las doncellas por sus atenciones y sigo a la hechicera por uno de los corredores. Invoco otra vez a Taviana, pero de nuevo no existe respuesta, llevándome a sentir el vacío de su ausencia que, desde que nos unimos, me había entregado quietud. La hechicera se detiene de súbito en medio del pasillo y encuentra mi mirada. En sus ojos puedo leer el agotamiento, pero hay algo más que no logro descifrar, y me pone en alerta.

—¿Qué sucede? —interrogo, preocupada.

—Todo lo que he hecho es continuar con el legado de Asila —anuncia en tono de disculpa—. Ella sigue pensando que el amor es la fuerza más poderosa que nos puede salvar.

—¿Qué quieres decir con que sigue pensando? —Tomo de sus brazos con fuerza para que se explique.

—Ella sigue con nosotros, pero al no abrir la puerta de tus emociones no la puedes escuchar.

Por puro instinto llevo la mano al colgante, apretando con fuerza la madera.

—No vas a estar de acuerdo con lo que hice, pero era la única forma.

—¿Qué hiciste? —pregunto, intranquila.

—Utilicé tu sangre y la de Alen en el ritual de Taviana. Y ahora él también se ha unido a ella.

—¿Qué? —El entumecimiento es inmediato. Trato de conectarme con mi loba, encontrando otra vez aquella pared que antes no existía. Sin pensarlo levanto mi mano y abofeteo a Liana—. No tenías derecho.

—¡Eleonor! —El llamado de atención llega desde mi espalda y lo ignoro. Vuelve a imponerse la oscuridad llamada por la furia de la traición. Voy a arremeter de nuevo contra Liana, pero soy detenida por una estela fría que me congela. Barón se sitúa a mi lado, recriminándome con la mirada.

—La guerra no solo se puede ganar con fuerza. La muerte de Priust puede que termine con esta maldición, pero el odio y la venganza no son suficientes para destruir a las tinieblas. También se necesita su contraparte para combatirla y lograr el equilibrio. Se requiere de luz y de amor y, te guste o no, Alen y tú son los elegidos para lograr la armonía. Él no ha completado su papel en esta batalla. De alguna forma, venció a las tinieblas, pero al igual que tú, debe tener la fortaleza para conectar con sus emociones. Ambos insisten en mantenerlas enterradas, y ya que no están dispuestos a entender razones al estar cegados por sus luchas personales, lo que Liana hizo fue forzarlos a encarar sus destinos. La oscuridad que existe en ti, no la vencerás únicamente matando al alfa.

Quiero rebatir, pero continúo inmóvil por el conjuro al que me mantiene expuesta, pero eso no es impedimento para expresarle con mis ojos que está demente al pensar que puedo conectarme con la luz, si las personas que me rodean y en las cuales se supone que debo confiar, insisten en traicionarme.

—Sé que no lo entiendes —Barón prosigue—, y que, probablemente, estás molesta. Pero nuestro tiempo de no intervenir ha terminado. Junto a mis hermanos, los que quedamos, haremos lo que sea necesario para salvar a nuestro mundo. De no conseguirlo, todo habrá sido en vano. —Al terminar de hablar, la brisa que me mantenía congelada, desaparece, pero antes de que yo pueda decir palabra alguna, el hechicero me advierte.

—Ya tendrás tiempo para hacer tus descargos, pero en este momento, mi hermano te está esperando y no le queda mucho tiempo. —Sin esperar mi respuesta, los hechiceros se alejan por el pasillo.

A regañadientes, con la sangre convulsionada y a punto de derribar los muros que me rodean, los sigo. Por ahora no diré nada, respetaré el inminente deceso de uno de sus hermanos, pero una vez que eso ocurra, me escucharán.

Mi furia crece ante lo increíble de sus posturas. En secreto siguen maquinando lo que ellos estiman mejor. Sin mencionar que sus propósitos carecen de cualquier lógica. ¿Cómo, sin consultarme y sabiendo todo el daño que me ha causado Alen, lo utilizan para enlazarse con Taviana? Mi animal. Lo único que me queda por creer es que la pronta extinción de estos seres los ha llevado a la locura. No puede existir otra explicación. Sobre todo, cuando insisten en que me case con el rey de Aquilón, pero, al mismo tiempo, me piden que abra mi corazón para que mis emociones regresen, las cuales, y aunque reniegue de ellas, saben que le pertenecen a otro hombre. Tal vez ellos como seres divinos no alcanzan a comprender lo que están solicitando, porque ¿quién puede separar el amor y la obligación sin dañarse en el proceso?

Me detengo antes de entrar a la habitación, al percatarme de que es muy posible que Alen, en este momento, pueda estar gestando sus propios planes. Pese a que haya revelado los propósitos del ejército del sur, sigo sin confiar en él. No puedo volver a confiar en él. Me giro para ir en su búsqueda, pero Barón me detiene, obligándome a internarme a la alcoba. Por su expresión y la fuerza que ejerce en mi brazo, es evidente que no podré rehusarme.

Las pocas antorchas que existen en la alcoba se encuentran cerca de la cama, donde está acostado el hechicero. Me dirijo, decidida, en su dirección recordar las palabras de Liana con relación a Asila. Me coloco a su lado, y es imposible mantenerme impávida ante su apariencia. La piel de su rostro se encuentra arrugada, marchita y sus

ojos están entreabiertos. En su mano carga con fuerza el bastón que es una réplica a la de su hermana. Susurra algo que no logro escuchar y acerco mi oído a su boca.

—Ella está contigo, solo debes encontrarla. —Extiende el báculo hacia mí y, sin dudarlo, lo tomo con la necesidad de hallar a la única persona que no me ha defraudado. La madera entre mis dedos se siente fría, y presiono a mis sentidos para llegar más allá. La decepción es inmediata al no percibir nada.

—Debes seguir a tu corazón. —Me congelo al escuchar las palabras que salen de los labios de Lael, no porque sea una de las frases que constantemente me decía la hechicera, sino porque la voz le pertenece a ella.

—¿Asila? —pregunto, conmocionada, pero no hay más palabras. El hechicero exhala su último aliento, y antes de soltar el báculo, alcanzo a recibir una pequeña energía que tan pronto como llega, se va. Encuentro los ojos de Liana buscando alguna explicación, la cual evidentemente no llega y, de hacerlo, regresarían con la retórica y metáfora de que debes buscar tu corazón. Ofuscada, me alejo del cuerpo del hechicero y dejo que sus hermanos se acerquen, mientras sigo manteniendo el bastón sujeto, aferrándome no sé a qué.

Salgo de la habitación suplicando por aire, antes de que mi cabeza explote. Las emociones me abordan, y no precisamente las que quieren que encuentre a la hechicera, sino más bien, toma protagonismo el desconcierto al preguntarme ¿qué quieren de mí? Ya lo he dado todo y aún siguen presionándome por más, como si nunca fuese suficiente.

Me encamino por los pasillos, dirigiéndome al exterior. Quiero golpear todo lo que se cruza por mi camino. Detengo mis pasos al entrar al salón principal. Los presentes levantan las miradas hacía mí, y cualquier momento de quietud que pretendía encontrar, se esfuma. Localizo a mi hermano que camina en mi dirección y, aunque estoy a punto de tirar el poco cabello que me queda, voy a su encuentro.

—¿Está todo bien? —pregunta, susurrándome en el oído.

—Todo perfecto —ironizo, añadiendo una dramática sonrisa.

Me extiende su brazo y, sin poder escapar a la ceremonia de mi matrimonio, acepto su invitación.

Caminamos por el borde del lugar que se encuentra atestado por los habitantes del Reino de las Águilas, junto a cada soldado y cada persona que se ha sumado a nuestra travesía. A diferencia de mi primera ceremonia de enlace, en esta ocasión no existe pomposidad ni júbilo por esta celebración. Lo que impregna el ambiente es el optimismo por esta alianza, como si el rito en sí ya fuera una victoria.

Levanto mi cabeza, observándolos con arrojo. Después de todo, es lo que esperan de mí, que los guíe con valentía hacia un nuevo mundo. Con cautela recorro la estancia convocando a Taviana, la

ansiedad no me abandona y mi intuición me indica que algo está por ocurrir.

Nos detenemos al inicio del pasillo que me guiará hasta el altar, en donde me espera Gamar. Me obligo a enterrar las nuevas tribulaciones que me rondan para asumir el rol que debo interpretar, pero no puedo dejar de pensar en lo expuesto por los hechiceros, los cuales, claramente, pretenden desquiciarme.

Mi hermano me insta a caminar y lo sigo, pero mis pensamientos están puestos en una sola persona, Alen. Y no necesariamente porque mis sentimientos hayan regresado, pienso en él porque nace la duda de ¿si es correcto lo que voy a hacer? Quizás los hechiceros intentan empujarme a la encrucijada de tener que decidir. Basándose en el reiterado concepto del amor. La pregunta es ¿decidir qué? ¿Qué intentan que descubra? ¿Acaso no es un acto de amor el sacrificio por otros?

Sigo avanzando, pero cada nuevo paso que doy se torna más asfixiante que el siguiente. No me había percatado que sujetaba con tanta fuerza el bastón, hasta que este emite una pequeña vibración. Momento en que en mi mente se deslizan las palabras de Asila. «El corazón nunca se equivoca, es la razón la que toma las decisiones equivocadas». Me detengo ante la intromisión y miro el báculo, esperando que diga algo más.

Emery carraspea a mi lado y levanto la mirada, encontrando los ojos de todos posados en mí. Sigo caminado para no hacer el ridículo, pero con mi vista fija en el bastón, mientras intento entablar una conversación con la hechicera. Como siempre, no obtengo respuesta y esto provoca que mi nivel de tolerancia llegue a su límite. No entiendo por qué, tan solo una vez, no me entregan una respuesta concreta. Emery se detiene al haber llegado al final del pasillo y contemplo la mano que me extiende el rey de Las Altas Montañas de Aquilón. Miro otra vez el báculo, encarándolo para que me entregue alguna señal, ya que, de no ser así, no puedo dejar de cumplir mi promesa.

—¿Eleonor? —Emery susurra a mi lado. Y sin mirar a la concurrencia, siento la expectación del ambiente por no haber tomado la mano de Gamar.

El calor asciende en mi cuerpo, pero no proviene de la madera. Ofuscada, extiendo mi mano tomando la del rey y avanzo hacia él. La figura de Barón aparece frente a nosotros para presidir la ceremonia, y debo refrenar las ganas de darle con el báculo en la cabeza por seguir jugando con la mía. Me decido en no caer en sus artimañas y tomo la decisión de llevar a cabo la ceremonia. Después de todo, lo único que aún me pertenece es mi palabra.

Contemplo a Gamar quien expresa una clara preocupación, pero no me preocupo de él, más bien, me enfoco en la llamarada que sigue

extendiéndose por mis huesos. El hechicero comienza con la ceremonia, no obstante, para mí la realidad se desdibuja, sobre todo, al percibir el calor que toma la madera del báculo. El rey extiende sus manos para tomar las mías, y para llevar a cabo este acto, debo soltar el bastón. Acción que, en este momento, me es difícil realizar. Antes de tomar la decisión, un involuntario llamado me guía a mirar hacia la puerta de entrada. Entre la luz rojiza del atardecer se mueven figuras que, a medida que avanzan, se materializan. Los presentes siguen la dirección de mi atención y un murmullo de sorpresa escapa de ellos, al identificar a la persona que cruza el umbral.

Capítulo 23

En silencio, y al igual que el resto, contemplamos la figura de Alen que se alza imponente en la entrada. Los grilletes han desaparecido, y la ensangrentada ropa ha sido cambiada por un conjunto de color negro. Su apariencia es neutral, no abanderizándose por ningún bando, pero esto no quita lo que irradia su estampa. Que es el verdadero heredero del Valle Oscuro. La oscuridad que emana su mirada y esencia no pasa desaparecida, al menos para mí.

Quiero mantenerme imparcial ante su aparición, pero es imposible que mi centro no se incline hacia él, menos al no poder evitar que mis venas se calcinen ante su proximidad. Gamar va a hablar y lo detengo, al notar la presencia de Taviana, quien aparece ubicándose a unos pasos de él. No es que en este momento sea importante, pero me reconforta que también mantenga la distancia con él.

Alen avanza, decidido, por el pasillo seguido por una treintena de lobos, los cuales reconozco como compañeros de los guerreros del Valle Oscuro que fueron encarcelados. Debería sorprenderme, pero ya había sido advertida de esto. Además, lo que me transmite la loba no es peligro, al contrario, es confianza. Los soldados toman sus armas, pero mantienen la distancia cuando los animales los increpan mostrando sus colmillos.

La atmósfera se torna tensa ante el desconcierto de no saber si es un aliado o un enemigo. Si deben quedarse o huir. Los asistentes no logran tomar una decisión y se mantienen petrificados en sus lugares sin emitir palabra. Bueno, yo también lo estoy, pero más bien es por el fulgor que se aloja en mi vientre al encontrar los ojos del Heredero del Valle Oscuro, los cuales me observan con propiedad y provocación.

—¿Qué crees que haces? —Gamar desenfunda su espada, desconcertado ante lo que ocurre.

Alen se detiene a unos pasos de nosotros, ignorando la gran cantidad de soldados que comienzan a rodearlo e ignorando al rey. Su atención sigue fija en mí. Debería odiarlo por tener poder sobre Taviana, no obstante, la ola de fascinación es la que impera al poder palpar la delgada línea que nos une a través de ella.

—Si me lo permite el rey y los asistentes, vengo a tomar el lugar que me corresponde —expone con cierto respeto, pero su tono está lejos de ser considerado.

—Tu lugar está en una celda por traición. ¡Guardias! —Gamar avanza con la intención de apresarlo, pero es detenido al instante por Taviana que le obstruye el paso, gruñendo. El resto de los animales lo rodean e intimidan a los guardias que intentan acercarse. Alen no hace ningún movimiento, se queda en su lugar jactándose del pobre

intento del rey.

—¿Qué sucede aquí? —Gamar me increpa mirando a Taviana y a mí. Por su expresión, intuyo que acusa un intento de derrocamiento.

—Pregúntaselo a los Antiguos Ancianos —respondo, mirando a Barón.

—Alen es una de las piezas claves para destruir el encantamiento —El hechicero responde con su molesta quietud.

—¿Y eso qué quiere decir? —Gamar interpela, descolocado y enfurecido—. ¿Por qué los lobos lo siguen? ¿Y dónde quedó la parte de matarlo para que la maldición no prosiga?

—Ya te gustaría verme morir para tener tu camino libre con Eleonor y como rey de todo Badru —Alen lo desafía, y en esta oportunidad oscurece la mirada para luego proseguir—: Mi sangre fue utilizada en el ritual de Taviana. Al compartir la oscuridad y ser, el animal de mi reino ahora también sigue mis órdenes y, por lo que puedes apreciar, el hechizo funcionó. Los lobos, como se esperaba, siguen a su alfa y no me refiero a la loba.

—¿Qué? —intervengo—. ¿Tú eres el alfa?

—Siempre lo he sido para ti y tu loba comparte la decisión. —Alen me repasa con petulancia.

—¿El alfa no era Priust? —Emery interroga también con tono desconcertado.

—Una manada de lobos se puede dividir para seguir a diferentes líderes —Bóreas explica—. En los animales lo realizan cuando la cantidad de lobos es abundante, y deciden respaldar, por respeto y sobrevivencia, a un nuevo alfa.

—Nadie en esta habitación confía en ti. —Gamar alza la voz—. No me importa que los lobos te sigan o lo que sea. Tú no participarás en la batalla, tampoco reclamarás nada. Tu oportunidad la perdiste cuando, por cobardía, preferiste la oscuridad.

Los ojos de Alen intensifican el rojo y desvía la mano hacia su espada.

—Yo no diría que es un cobarde —declara Bóreas—. Enfrentar a mi pueblo es algo que nadie se había atrevido a hacer. Matar a Celsius le otorga el beneficio de la duda.

—¡Tú no te metas en esto! —El rey lo reprende con desagrado.

—¡No le hables así! —Alen y yo le advertimos al unísono.

—Me mentiste —Gamar me increpa—. Me dijiste que cumplirías con tu palabra y ahora avalas a este desertor.

—No he dicho que no cumpliré mi palabra —aclaro.

—¿Proseguirás con la ceremonia? —pregunta, pero su tono suena a amenaza

—Lo haré, ese fue nuestro acuerdo —ratifico. Momento en el que aflora la molestia, enfrentándome otra vez a la presión que todos

insisten en ejercer sobre mí.

Las tinieblas se levantan, seducidas por el nuevo enlace y por la rabia de encontrarme en una posición vulnerable, que me hace dudar. Respiro y recuerdo mi propio juramento el día que corté mi cabello, en donde me despojaba de la dominación de cualquier fuerza y reino. Observo el bastón y pese a que confío en Asila, soy consciente de que ella ya no se encuentra, y la única que puede encontrar el camino soy yo.

—Tú no te casarás con él —Alen objeta. No como amenaza, más bien, como orden.

—Te recuerdo que soy la heredera al trono de Badru. Ni tú ni nadie puede interferir en mi decisión —respondo con frialdad, manifestando que ninguno de los presentes continuará obstaculizando mis decisiones.

—Los designios pueden interferir. —Alen, como es costumbre, no se da por vencido—. Por si lo has olvidado ellos indican que debemos unirnos, juntos debemos vencer a la oscuridad.

—Deberíamos llevar esta discusión a un lugar privado —Emery advierte.

—No es necesario. La ceremonia de matrimonio continuará como se dispuso. —Me giro para volver a tomar mi lugar frente a Barón, aclarándole también a él que no podrá confundirme más.

—No es momento de que exhibas tu terquedad, terminar con la maldición es más importante que la rabia que sientes hacia mí —Alen continúa presionando. Por mi parte, lo ignoro porque además de mantener la postura para la que me criaron, pretendo que se entere de que nada de lo que diga o haga, cambiará lo que pienso de él.

—Al parecer tus demandas carecen de importancia y, como lo mencioné, nadie confía en ti —Gamar arremete y, esta vez, retomando la confianza.

—Yo confío en él —Bóreas se adelanta.

Miro al joven príncipe y su expresión no muestra sorpresa ante lo que ocurre.

—Tú lo sabías —afirmo, acusándolo.

—Lo siento. Era necesario, jamás habrías aceptado. —Encoge los hombros a modo de disculpa, pero su expresión delata que no se arrepiente.

—No me extraña —Gamar señala—. Los dos provienen del Valle Oscuro, no son de fiar.

—No deberías hablar de esa forma de un pueblo que no conoces. Menos es la forma cuando queremos unificar los reinos —Alen lo reprende, y me sorprendo ante la coherencia de sus palabras.

—Insisto. Creo que deberíamos conversar en otro lugar —Emery vuelve a solicitar.

Levanto la vista para ver a los presentes, que se mantienen atentos y expectantes a nuestra discusión.

—Nos quedaremos aquí —decreto, afianzando mi postura—. Este debate no se debe realizar en secreto. Esta discusión le compete a todos los que mañana lucharemos por la liberación de Badru.

—Emery, ¿tú confías en Alen? —pregunta Barón, quien se había mantenido en silencio. Las miradas se dirigen de manera sincronizada hacia mi hermano.

—Antes de la oscuridad, hubiera apostado mi vida por él —declara.

—¿Y ahora?

—También lo hago. A pesar de todo, somos hermanos y tengo la certeza de que cualquier acto despreciable que haya cometido, fue porque estaba obligado por el encantamiento.

—Esto es una estupidez. —Gamar levanta los brazos, ofuscado.

—Eleonor, ¿tú confías en Alen? —El hechicero me observa con perspicacia, lo que él no sabe que es que no seguiré cayendo en sus artilugios.

—Lo que yo piense no es relevante. Lo importante es saber si las personas que lucharán junto a él lo hacen. —Levanto una ceja hacia él con arrogancia.

—Entonces el rey debería consultar a sus vasallos si están dispuestos a ir a la batalla con el Heredero del Valle Oscuro. Después de todo, ahora que comanda a los lobos, su ayuda es imperiosa —Barón expone.

—¿Eleonor no puede comandarlos? —Gamar interroga, en evidente incomodidad, y no queriendo dar su brazo a torcer.

—Como lo expuso Alen, los animales ya escogieron a su alfa. —Miro al hechicero, mostrándole la furia que me produce que deba compartir a Taviana y, sobre todo, con él.

Gamar toma unos segundos para analizar la situación. No es necesario que hable para saber qué está pensando. Primero, se encuentra en completo desacuerdo en realizar una alianza con alguien que aún se mantiene ligado a la casa de los lobos. Segundo, al contemplar las caras de expectación de los asistentes, se encuentra en una encrucijada en donde deberá tomar la mejor decisión como líder.

—Yo no confío en ti —finalmente expone—, pero como gobernante, debo tomar la decisión correcta para mi pueblo. Es de importancia saber lo que ellos opinan. —Luego con desagrado prosigue—: El que esté dispuesto a ir a la batalla con Alen que levante la mano.

Bóreas es el primero en alzarla y con mi mirada le indico que ya arreglaremos nuestro asunto. Emery lo sigue y también los soldados que pertenecían a la Casa de los Ciervos. A continuación, levantan la

mano los vasallos del Reino de los Osos y también los regentes del Reino de Vulpis. Por último y, tímidamente, lo hacen algunos miembros del Reino de las Águilas. No es necesario que lo hagan todos, ya que la mayoría se encuentra de acuerdo.

—Participarás del enfrentamiento —el rey confirma, pero su tono advierte que no se encuentra feliz.

—Lo agradezco, rey. —Alen realiza una torpe reverencia cargada de burla, en la que revela que, con su permiso o sin él, hubiera participado de todas formas.

Los lobos dan un paso atrás, tomando una postura calma, no obstante, se mantienen alertas. Taviana se mantiene en su lugar y puedo percibir la contradicción que siente al tener que decidir a quién acompañará. Aunque mi pecho se contrae, la dejo, porque, al igual que yo, ha sido obligada una y otra vez a someterse a los deseos de otros. Por un instante nuestras conciencias se vuelven a reunir, y algo de alivio regresa al notar que su hostilidad hacia mí, ha disminuido. Alen se ubica a mi izquierda y sin girar la cabeza puedo reparar en su silueta.

—Continuemos —Barón nos invita a retomar la ceremonia y esta vez, sin dudarlo, le entrego el bastón a Emery. La tolerancia es algo que ha quedado en el pasado. Mi actual circunstancia como monarca me obliga a no dejarme aturdir por supuestos.

Gamar toma de mis manos y, si bien intento concéntrame en la ceremonia, la vibración de mis poros se incrementa junto a una candente necesidad. Respondo de forma inconsciente al hechicero cuando me toca participar del rito, porque mi instinto se dirige en otra dirección. La oscuridad recorre mis venas, y no necesito develar algún manto para saber que Alen es el que está invocando la vinculación.

Escucho los aplausos, pero no soy capaz de moverme. Siento su mirada clavada en mi nuca que, de alguna forma, traspasa mis límites. Quiero desterrarlo de mis sentidos, pero estos son encandilados ante la atracción natural y primitiva que el encantamiento me legó. Resisto la provocación, porque era evidente que no cedería con tanta facilidad, y pese a que mis venas se consuman yo tampoco desistiré.

Gamar se acerca y, con delicadeza, toma de mi cintura para sellar el ritual con un beso. Nuestros labios se acarician y el hambre que se mantiene constante, inicia su ondulación. Profundizo el contacto anhelando que mi cónyuge pueda saciarlo. Pero, una vez más, la invisible y férrea unión me arrastra en otra dirección. Me vuelvo hacia el salón, enfrentándome a la concurrencia. Me obligo a sonreír, aun quemándome por dentro. Ignoro el gruñido de desaprobación que escucho de Alen y me concentro en Taviana, que jadea, irritada, ante las contradictorias emociones que la embargan.

Mi atención cambia de dirección a dos niños que se acercan hacia

nosotros. En sus manos portan un collar compuesto por plumas de diversos colores. El largo es el doble de lo normal, pero antes de que pueda preguntar, Gamar me indica que me incline. Los niños pasan por sobre nuestras cabezas el objeto, quedando unidos por el símbolo que rige el animal de su reino. Agradezco el gesto a los pequeños que se despiden con una reverencia, sin evitar pensar que su futuro se encuentra en mis manos.

Una vez que nos incorporamos, los presentes asienten honrando la nueva alianza. Enfrento las miradas siendo consciente del nuevo pacto que se acaba de realizar. Por mi parte, me estoy comprometiendo a velar por el bienestar de su pueblo. Por parte de ellos, se comprometen a seguirme incondicionalmente.

La ceremonia concluye. Sin embargo, ninguna de las personas que se encuentran en el salón se marcha, al contrario, todos nos mantenemos en nuestra posición en un extraño pero calmo silencio. Por sus expresiones, puedo leer que se encuentran atesorando el instante, que no es más que la quietud antes de la tormenta. Gamar sostiene con más fuerza mi mano, transmitiéndome la responsabilidad que asumimos, la cual se encuentra envuelta en incertidumbre al no saber si lograremos nuestro propósito. Al pensar en esto, mi vista se traslada al bastón que carga Emery. Aunque me rehúso a aceptarlo por terquedad, por arrogancia o por temor, en algún momento, tal vez, deba conciliar las emociones enterradas. No sé si será relevante para terminar con el encantamiento o solo me confundirá más, no obstante, se lo debo a todos los que hoy confían en mí.

Giro levemente la cabeza alertada por un bajo quejido de dolor. Barón, con cautela, da un paso hacia atrás para no ser notado por la concurrencia, pero la contracción y palidez de su rostro es difícil esconder. La exhalación del hechicero es acompañada por acelerados pasos que provienen desde la escalera. En segundos la figura de Liana, quien no había participado de la ceremonia por despedir a Lael, aparece a los pies de esta con la misma expresión que su hermano.

Mi mirada viaja rápidamente hacia Alen al percibir la transformación de las energías del entorno, las que me vaticinan un sombrío presentimiento y que no viene desde los hechiceros.

Capítulo 24

Los lobos se repliegan prevenidos ante las pisadas que se acercan a gran velocidad desde el exterior. Alen mantiene mi mirada y, sin necesidad de hablar, ambos sabemos que el tiempo se ha acabado.

Dos soldados aminoran el paso al entrar en el salón. La intención de ellos es disimular, pero la alerta que muestran sus ojos, es clara. Los murmullos se expanden por la habitación al igual que el nerviosismo.

Gamar me guía hacia una sala lateral, lugar donde también se dirigen los soldados. Emery, los hechiceros, Alen y Bóreas se nos unen, y una vez que todos ingresamos, la puerta se cierra.

—Los vigías avistaron el movimiento del ejército del sur hacia Aquilón —uno de los hombres expone.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —pregunta Gamar

—Si queremos detenerlos antes de que ingresen a las montañas, las tropas se deben movilizar cerca de la medianoche. De no hacerlo…

—Lo sé —Gamar lo interrumpe, agobiado. Se toma unos segundos para luego dirigirse a nosotros—. Contamos con unas horas de ventaja para trazar una nueva estrategia. De no detenerlos antes de llegar a nuestro reino, será difícil vencerlos. Los recovecos de las montañas se encuentran a nuestro favor, pero si ellos penetran el seno de esta, no los podremos detener.

—Hay algo más —agrega el otro soldado—. Los guardianes del extremo sur avistaron humo desde la costa.

Exhalo el aire que había retenido al escuchar la última noticia. Me cuesta volver a respirar al pensar que Fennes no llegó a tiempo. Las imágenes de Ingelborg siendo quemada junto a sus tropas me envuelven y devastan. El control que quiero mantener se empieza a disipar, sobre todo, al observar a Barón.

—Dilo —lo espeto. Necesito saber qué lo aqueja. Presiento que es algo diferente a lo que ya se expuso.

—Uno de nuestros hermanos falleció —responde, manteniendo el dominio de su voz.

—¿Lael? —Gamar pregunta un tanto desconcertado, ya que la muerte del hechicero estaba prevista.

—Además de Lael —Barón revela con pesar—. Hay otra energía que ya no existe en este plano.

—¿Ursus? —pregunto, al conocer las noticias desde la costa.

—No estamos seguros. Como es de vuestro conocimiento, nuestras habilidades han disminuido —Liana es la que habla—, pero es posible. Fennes, al parecer, no llegó hasta ellos.

Nos miramos en silencio. Por las expresiones de los hechiceros sé

que también se encuentran asimilando los adversos acontecimientos, los que nos dejan en una situación vulnerable.

—En primer lugar, deberemos realizar una táctica defensiva —Alen es el que toma la palabra, momento en que quita con su brazo las piezas del mapa que mostraban las tropas—. Los guerreros del sur no ocupan a los arqueros en primera línea. Solo los ubican en los flancos y en terrenos altos.

Sitúa nuevamente las piezas, y no puedo dejar de mirar las que correspondían al ejército de Ingelborg.

—En este tramo se podrían ubicar las catapultas. —Emery se une a la nueva estrategia.

—Priust, de seguro, se quedará resguardado. —Bóreas toma una madera circular roja que representa al alfa de los lobos.

—Su arrogancia es demasiado grande para perderse la batalla. —Alen reubica la figura, posicionándola al frente.

Gamar da un paso adelante y fija su vista en Alen. Por su expresión, pienso que lo encarará al ver cómo el rey le quita con brusquedad una figura de la mano.

—Existe una cueva bajo tierra que nos podría conducir a la retaguardia del ejército de tu padre —revela con desagrado, ubicando la madera en un extremo de la montaña—. Será necesario remover las grandes rocas que obstruyen y cortan el paso.

—Me puedo encargar de eso. —Barón da un paso adelante, acercándose a la mesa.

Me uno a la planificación al igual que el resto, no porque no sienta dolor por las vidas que en este momento están pereciendo, al contrario, lo hago por ellos para que su sacrificio no sea en vano y porque, sea como sea, llegaremos hasta el final.

Capítulo 25

Castillo Montañas de Aquilón

Me concentro en el mapa evitando mirar a Eleonor. La imagen de ella sellando con un beso el pacto de un matrimonio por conveniencia, no la puedo olvidar. En un pasado fui el primero en respaldar las alianzas políticas para fortalecer a los territorios. No obstante, en este momento, me es difícil soportar el hecho de haber sido otra vez desechado como un posible candidato. Antes, se me fue excluido por no poseer un linaje puro. Ahora, porque mi linaje es detestable. El Valle Oscuro nunca estuvo y nunca estará en la línea de sucesión de liderazgo. Aunque el encantamiento desaparezca, jamás gozará de credibilidad.

Me obligo a mantener la posición que adopté como un aliado en este consejo. Resistiendo la cruda verdad. Ella nunca fue mía y jamás lo será. Por muchos augurios que existan, lo de nosotros nació únicamente para morir. Como expuso Bóreas no puedo seguir hiriéndola. Lo único que me queda por hacer es combatir. Matar a mi padre para liberarnos a todos y, por supuesto, liberarla a ella de su maldición.

—Debemos comenzar a mover al ejército. —Emery pasa por mi lado, invitándome al exterior. Mi intención es seguirlo como lo hacen el resto de los presentes, quienes ya se desplazan con sus respectivas misiones. La rigidez de mis músculos hace dificultosa la tarea de dirigirme en aquella dirección.

Vuelvo a mirar el mapa maldiciendo que mi tiempo se agote. Era de esperarse que la batalla llegaría antes de lo previsto. Mi padre no es de los que aguarda. Su táctica siempre ha sido encarar a sus enemigos. Lo del aceite en la playa es una favorable estrategia para combatir a sus oponentes. Ahora me doy cuenta de que también se llevó a cabo como distracción.

El gruñido de Taviana me aparta de mi abstracción, notando la ansiedad de ella y del entorno. Desde todos los rincones del castillo resuena los preparativos para el último enfrentamiento. Sin meditar más salgo del salón y subo los escalones. Sé que ir a buscar a Eleonor es un acto imprudente. Sobre todo, ahora que se acaba de casar, pero no puedo ir a la batalla, sin antes verla.

Camino dando largas zancadas, impactando con algunas doncellas que descienden la escalera. Se inmovilizan, horrorizadas, al observar la treintena de lobos que me siguen. Ordeno a la manada a que se repliegue a un costado. La unión no se ha consolidado del todo, pero obedecen a regañadientes. Los invisibles hilos que nos atan me otorgan un satisfactorio poder, el cual se transforma en malestar al

percibir que no quieren ser controlados. Retomo mi andar, transmitiéndoles que esta sumisión no será por mucho.

Giro en el siguiente pasillo y mis instintos me guían a detenerme frente a la puerta que se encuentra a la derecha. Antes de ingresar, pauso mi respiración y mis pensamientos. Sitúo mi frente en la áspera madera dejando que el vínculo brote de forma espontánea. El hielo se funde con el calor que traspasa las paredes que nos dividen, manifestándose la impetuosa invitación. Las emociones que emergen desde el interior de la alcoba están lejos de ser cordiales, pero no puedo culparla, después de todo, no fue consultada con relación a mi vinculación con su loba. Lo que para ella se debe haber sentido como una nueva traición. Mas aún, cuando otra vez fui yo quien tomó algo que le pertenecía.

Siendo consciente de lo que me espera en el interior, adopto una posición defensiva e ingreso.

El silbido de una flecha que corta el aire, de inmediato me coloca en alerta. Alcanzo a evadirla antes de que mi cuerpo sea impactado. Observo a Eleonor que toma otra flecha y me abalanzo sobre ella, no dándole la oportunidad para que me vuelva a disparar. Me golpea en la barbilla con el borde del arco y con su otra mano alcanza una daga de la mesa.

No desavino mis espadas, solo trato de controlar sus embistes, los cuales son más certeros de los que quisiera. Gruño al sentir el rasguño del acero en mi antebrazo, sin sentirme molesto, al contrario, me complace que se haya vuelto una digna oponente.

—¿Podemos conversar? —pregunto, en el instante en que atrapo su muñeca con la daga que va dirigida a mi cara. La respuesta es un seco codazo en mi nariz para luego, patear mi espinilla. Me desestabiliza, pero no la suelto.

—¡No tenías derecho! ¡Taviana no te necesitaba! —grita, acercándose a mi rostro. Su aroma se impregna en mis fosas nasales de todas las maneras adecuadas y erróneas.

La leve distracción le da la ventaja para torcer mi brazo y, con una fuerza que jamás había visto en ella, me levanta por sobre su cuerpo arrojándome al suelo. El golpe contra la piedra retumba en mi columna y no puedo evitar esbozar una sonrisa. Estando seguro de que, si quisiera arrancar mi corazón, la dejaría. Me lo merezco y se lo debo, pero no todavía. No al menos, hasta que la maldición termine.

—¿Te hace gracia que una mujer patee tu arrogante trasero? —pregunta al tiempo que se encarama sobre mí ciñendo la daga a mi cuello.

—Me hace gracia que al resto le puedas ocultar tus emociones, pero lo quieras o no, siempre sabré lo que realmente deseas. —Mi mano, como acto reflejo, se sitúa sobre el muslo que el vestido deja al

descubierto, y debo controlarme para no desgarrar la tela que fue ocupada en la ceremonia. La réplica llega con un diestro puñetazo en la mejilla haciendo tronar mis dientes. Estoy seguro de que nunca había sentido tanto placer al ser golpeado.

—¿A qué estás jugando? —increpa, irritada, mientras su cuerpo se acomoda sutilmente sobre la recia virilidad que despierta con tan solo tenerla cerca.

—Hace mucho que los juegos se acabaron, Eleonor. —De mis labios escapa un leve jadeo al pronunciar su nombre—. Lo único que queda es la muerte de Priust, del encantamiento y la mía. Si quieres, puedes acabar con mi existencia en este momento, no te detendré, pero si quieres ganar, me necesitas. —Levanto mi vista para observar a los lobos en el pasillo e invocando al vínculo los invito a ingresar. Los animales obedecen, haciendo notar su descontento en el leve gruñido que emiten a través de sus fauces. La mano de Eleonor vacila cuando sus ojos se encuentran con los de Taviana, y reconozco la punzada de dolor que ensombrece su expresión.

En esta oportunidad el mismo dolor cruza mi pecho al confirmar que la volví a herir. En mi sed de revancha no pensé que el nexo que poseía con su animal fuera más profundo del que tenía yo con el mío. No es necesario que ocupe nuestra unión para saber que esta guerra le ha entregado más daño que cualquier persona podría soportar. Lo más sensato sería alejarme para enfocarme y alimentar mi hambre de venganza, que es lo único que aún me mantiene en pie. Pero su cercanía derrumba cualquier bastión que quise construir. Sé que lo que voy a hacer a continuación me puede hundir, sin embargo, ella se merece que abrace mis propias tinieblas.

—Escúchame. —Acaricio con cautela la mano que envuelve la daga presionada sobre mi cuello—. De esta batalla no saldré con vida. Ya sea que muera enfrentado a mi pueblo o que perezca después por tu mano. Esta vez no puede quedar ningún vestigio que pueda hacer que el encantamiento regrese. Los Hechiceros ya tomaron la decisión. Su deceso junto con el árbol sagrado es uno de elementos que debe desaparecer. Las otras piezas somos tú y yo. La Heredera de Luna Llena y el Descendiente de Luna Nueva. Yo no vencí a la oscuridad y créeme que no confío en que no vuelva a estrecharla. Si te volviera a perder, es posible que nuevamente pierda la razón. La única que ha tenido la fortaleza para luchar contra la oscuridad, has sido tú. Por eso debes asegurarte de que esta sea mi última batalla. —Tomo su mano libre y la guio a mi pecho. De inmediato mi palpitar se aviva, pero esta vez no contengo las sensaciones que quise obviar—. Sé que nunca volverás a confiar en mí, pero es necesario que lo hagas, solo por esta vez.

—¿Qué haces? —cuestiona, luchando para apartarse de mi lado.

Me siento manteniendo su palma en mi pecho y, aunque lucha por levantarse, la sostengo de la cintura con mi otra mano, para que permanezca a horcajadas sobre mi cuerpo. Invoco a Taviana y al resto de los lobos para afianzar nuestra unión.

—Es la única manera de que creas otra vez en mí. —Evoco al vínculo que me une a ella a través de la loba.

En un inicio encuentro la conocida resistencia, lo que me hace ocupar gran parte de mi voluntad para derribarla. El gruñido de desaprobación es audible, pero sé que tengo el poder para doblegarlo. Las hebras de la conexión me llevan desde la loba a Eleonor. En esta última encuentro la impenetrable fortificación que creó para mí. A través de mis sentidos, les doy a conocer mis intenciones. No pujo para entrar en sus mentes, al contrario, intento mostrarles que ellas pueden entrar en la mía. Sin aún estar seguro de lo que voy a hacer, rasgo las paredes tras las cuales cobardemente escondí cada recuerdo de los actos ejecutados bajo la oscuridad, para luego decir—: Puedes entrar y contemplar cada parte de mí.

El torbellino me azota más rápido de lo que esperé. Las grietas labradas en mi alma se expanden revelando cada recuerdo que mantenía oculto hasta de mí. Las imágenes que pretendí enterrar emergen, mostrándome sin ningún tipo de contemplación la inclemencia de mi actuar.

Lo primero en contemplar es la sangre de tantos inocentes derramándose en mis manos. Sus rostros aparecen uno tras otro como si estuvieran tatuados en mi inconsciente. La bilis sube por mi garganta, apareciendo arcadas ante el inminente desprecio que siento hacia mí. Muevo mi cabeza en negación con la intención de dejar de mirar, pero la brecha que se abrió a mis recuerdos, ya no la puedo contener. Cada imagen es más cruda y denigrante que la anterior. Mis ojos se humedecen ante la impotencia y vergüenza, sobre todo, al rememorar la expresión de Eleonor al ingresar en mi habitación en el Valle Oscuro para encontrarme enrollado con otras mujeres. La repugnancia aparece cuando la veo siendo golpeada por Priust en la entrada del Castillo. Todo el reino del sur burlándose de ella. Y yo. Regodeándome. Las náuseas queman la boca de mi estómago. Sin poder aceptar ver más, doy por terminada la exposición, la cual no solo necesito ocultar de ellas, sino también de mí. Intento apartarme de Eleonor, pero sus piernas me estrechan con fuerza, de la misma forma que se unen nuestros sentidos. Lucho por escapar de su cercanía, pero el control ya no lo tengo. Mis sentidos son sometidos a su mandato y a los de Taviana. Ambas se aferran a mi razón sin permitir que las expulse de mi cabeza. La deshonra cae como un maldito rayo, y no sé si seré capaz de mirarla a los ojos otra vez.

—Es suficiente —determino, resuelto a tomar el dominio.

—No lo es —responde en tono suplicante, mientras siento que su frente se posa sobre la mía y sus manos acunan mi rostro.

La siento en el interior de mis pensamientos abriendo todas las puertas que encuentra a su paso. Intento liberar la unión sintiendo que la mutilación avanza como un pozo sin fin.

—¡Dije que fue suficiente! —De mi boca sale un rugido de remordimiento y degradación. Momento en que la empujo, apartándola de mí.

Algunos lobos gruñen y otros aúllan sintiendo la confusión de emociones. Me levanto evocando a lo que queda del encantamiento, tratando de alejar las indignas acciones. Camino hacia la salida sin mirar atrás. La verdad sobre lo que me convertí, es demasiado despiadado para poder aceptarlo. Eleonor no me merece, como tampoco me merezco ser el heredero de ningún reino. Estrecho lo que queda en mis venas del encantamiento e invoco a los lobos, retirándonos de la habitación. La única posible redención que me queda es morir matando a mi padre.

Capítulo 26

Frontis Castillo Montañas de Aquilón

La fingida calma que existía en el frontis del castillo es cambiada por la vorágine que se acerca. En el rocoso suelo se observan los vestigios de las últimas moradas de los caídos en combate. Pronto se volverán a armar nuevas, para despedir a los que, quizás, pereceremos esta noche. Las mujeres y niños suben por el linde de la fortaleza para ocultarse entre las montañas. Barón ya partió con un gran grupo de soldados para abrir el túnel que cruza por debajo de las tierras. Si todo sale como se planificó, esta maniobra sorprenderá por la retaguardia al ejército del sur. Por su parte, Emery organiza a la caballería comprobando que todos se encuentren preparados. Bóreas junto a Gamar transportan arcos dando las últimas instrucciones a las tropas.

Una estela fría se cierne a mi lado, al girarme, encuentro a uno de los últimos hechiceros que queda con vida. Liana contempla el horizonte como el resto de nosotros, vestida con su ropa de combate. Sin haberlo pedido, brotan los recuerdos de ella cuando nos conocimos. La hechicera se mostraba alegre y hasta optimista ante lo que estaba por venir. No estoy segura de cuándo fue su cambio, no presté atención a aquello por estar luchando para que las tinieblas no me consumieran. Su actitud distante y fría se acrecentó después del fallecimiento de Asila. No sé si me culpa y tal vez, en otras circunstancias, podría recomponer mi relación con ella. Pero el tiempo no se encuentra a nuestro favor. Después de todo, ella al igual que yo, nació con una obligación que no solicitó.

—Lo que estás sintiendo, no debes negarlo. Debes usarlo —expresa con la tan conocida y molesta metáfora.

—Ya que este es el fin, por una vez deberías hablar claro —replico, intentando afianzar la firmeza en mi voz. Lo quiera o no reconocer, la inminente pérdida de ella y sus hermanos será una nueva cicatriz que cargue en mis hombros.

—Este no es el final, es el inicio, nunca lo olvides. —La hechicera trata de transmitir esperanza en sus palabras, mas es imposible que oculte la tristeza.

Me gustaría decir algo, pero me contengo. La observo alejarse para unirse a los preparativos y, pese a que muestra confianza ante los soldados, es evidente la preocupación de ella y nuestro entorno.

Me gustaría ser optimista ante las posibilidades de vencer, sin embargo, la realidad es que la lucha será inclemente. Y para todos, lo más difícil y duro de aceptar, es que se tendrá que derramar sangre para no volver a combatir. No obstante, la creencia de que estamos luchando por un ideal justo, es la que nos mantiene en pie

preparándonos para enfrentar nuestro destino.

Mantengo mi cabeza en alto, mostrando firmeza, mas el carcaj en mi espalda se siente más pesado que de costumbre. De la misma forma que lo hace la cota de malla de acero, espadas y dagas que cuelgan de mi cinturón, pero, sin duda, el peso más asfixiante, es el de mi pecho. Las imágenes de los recuerdos de Alen se reproducen una y otra vez, junto a las emociones de las que no me puedo desprender. Su dolor, desesperación, frustración e ira me carcomen al igual que lo hace su alma. Desearía apaciguar su tormento, pero ya no existe el tiempo para ello. Como se me dijo en reiteradas ocasiones: no los puedo salvar a todos. Y en esta ocasión, menos a él, pues su liberación sé que me traerá devastación.

Es lo que quiero creer y es a lo que me aferro para no sucumbir a los destellos de un profundo amor que palpé. No debí escarbar más allá de lo que él me permitió, pero mi propio egoísmo, necesitaba saber si la promesa que fue realizada era real, o solo una ingenua ilusión. Ahora que sé la verdad, no sé qué hacer con ella. Ya no la necesito y no me sirve, porque esta revelación no beneficia a la causa por la que hoy batallamos. Menos cuando ambos sabemos que si queremos ser consecuentes con nuestros ideales, la única solución es que muera. En un pasado fue el resentimiento el que respondió cuando acepté este desenlace. También lo hizo la creencia de que él no regresaría de la oscuridad, pero al volverse una realidad, me quita el aliento.

Recurro a la parte del encantamiento que aún vive en mí, para mantener sitiadas las emociones que he acallado. Por ningún motivo me puedo permitir sentir debilidad.

Cierro los ojos inhalando profundamente e invoco a las tinieblas con la intención de encauzar mis sentidos. La fortaleza y hasta la crudeza de esta, son necesarias para llevar a cabo la tarea para la que nací.

Acaricio a las tinieblas enfocándome en su lado más primitivo, pero me detengo al conectarme con Taviana y, de inmediato, percibirlo a él. Es absurdo querer retroceder a la unión, sobre todo, cuando me seduce el dominio que me entrega. Debería bloquear el vínculo, el cual me vuelve susceptible a los sentimientos que insisten en surgir, pero ¿cómo negarme, si es la única herramienta a mi favor que tengo para enfrentar a mis enemigos?

Escucho la voz de Gamar que pronuncia mi nombre, a lo lejos. Abro los ojos percatándome de que me encuentro caminando de forma inconsciente. Ignoro su llamado y continúo avanzando en la dirección contraria. Lo más sensato sería regresar para unirme a la planificación, pero una parte de mí se encuentra determinada a estrechar las sombras por última vez. Me gustaría poder luchar contra los instintos

que me guían hacia él, pero ya no tengo y tal vez no quiero, combatir mi irrefutable sentir. El cansancio de mantener una incesante contienda contra mi propia oscuridad, es lo que me guía hacia mi parte irracional, la cual es posible que fragmente lo que queda de mi juicio. Sin embargo, ¿qué más podría perder?

Las tinieblas se avivan con cada paso que doy, asimismo los impulsos que me conducen a la exigencia de mi manifiesto origen. Me entrego a su reclamo, percibiendo que su cercanía me entrega la evidencia de que aún sigo con vida. Recorro el extremo de los calabozos, en donde encuentro a la mayoría de los lobos que se han unido a la manada de Taviana. Cuando me notan se voltean hacia mí. Algunos gruñen, otros jadean como si me invitaran a que consolide nuestra unión. Para lograrlo, es necesario abatir las últimas paredes que esconden mi fragilidad. Sé que esto me puede devastar, pero es la única forma, si lo que quiero es ganar.

Las antorchas quedan atrás, dejando de iluminar el camino. En la oscuridad la conexión junto al aullar de Taviana es lo que continúa dirigiéndome. Me armo de coraje para aceptar la intromisión de ella y los lobos, dejando caer las últimas trabas de mi razón. Desplomo los muros de mi discernimiento y, al instante, la manifestación de mis confidencias es demoledora. El impacto de las emociones que escondía es tan severo que me hacen trastabillar. Ya no me puedo arrepentir, ya no existe vuelta atrás. Menos cuando, de entre las sombras, percibo la conexión de Alen, la cual se sumerge en mis recuerdos. Siendo él ahora quien me esclaviza a su poder.

Continúo internándome en la penumbra de la noche, la que es alumbrada por la luna creciente. Mientras camino, cedo a que la vinculación entre ambos, ascienda. Sé que estoy exponiendo mi alma, pero me es imposible rechazar el poder que me entrega. Las impetuosas exhalaciones de los animales penetran en el seno de mi razón, convirtiéndonos en uno. Los sentidos junto a la ferocidad que me entregan, los acojo, junto al coraje y la osadía que ostentan. Cualquier cavilación que pude tener, desaparece al percibir cómo la independencia de su especie, se riega como un torrente en mi sangre.

Todo mi cuerpo termina por convulsionarse cuando siento su presencia detrás de mí. No es necesario que dé la vuelta para tocarlo. Él se encuentra en mi interior, palpando cada fragmento de mi esencia y razón que arden como una herida expuesta que nunca cicatrizó. Es difícil identificar lo que siente él, o qué es lo que siento yo. La abrumadora y violenta realidad es que nuestros demonios son más parecidos de lo que estamos dispuestos a aceptar, pero no es necesario decirlo, ya no lo es. Lo que es tangible, es el calor de su cuerpo que se acerca al mío, siendo implacable la sensación de su respiración en la base de mi nuca.

Mis pensamientos se nublan, tomando el mando mis impulsos, mi ira y también, mi amor. Todo lo que me abruma se funde en un espiral de tortura que, de no menguarlo, estoy segura que me matará.

Me volteo al percibir que va a hablar. Mi boca sobre la suya lo acalla, sin querer escuchar nada de lo que tenga que decir. No existe nada que pueda consolar la sensación de la inminente pérdida. Mi ímpetu se estimula ante su contacto, que, en un inicio, trata de evadirme, pero al presionar mi boca termina cediendo, entregándome la tan ansiada redención.

Mi razón se diluye ante el ferviente toque, y mis actos son conducidos por el febril instinto. Intento arrancar su camisa, pero Alen detiene mis manos, apartándome de él.

—No deberías. No después de lo que viste. —Baja su mirada como si sintiera vergüenza—. No después de lo que yo vi en ti.

La fiebre de mi cuerpo desciende, percibiendo que aún sigue sumergido en mis emociones. Debería dar un paso al costado. Debería hacerle caso a los sentimientos de dolor que me embriagan y que él causó. Debería retirarme y dirigirme al lado de mi cónyuge. Debería odiarlo de por vida. Pero no puedo irme. No después de lo que me mostró. No al estar consciente de que este será nuestro último encuentro.

—No hables. No digas nada. —Me acerco percibiendo su aliento en mis labios. Cualquier conversación o aclaración que quisiera emitir está lejos de mi control. La confusión de sentimientos que danzan a nuestro alrededor es abrumadora y querer comprenderla, como dije, me llevaría a la devastación—. En este momento lo único que quiero es alimentarme del vínculo y de ti.

Sus ojos se elevan encontrando los míos. La expresión de deshonra continúa en su rostro, como si le doliera mirarme y, a través de nuestra conexión, confirmo que es así. Mi primer impulso es cobijarlo para calmar el dolor, que viene de las acciones cometidas bajo la oscuridad. Quizás debería decirle que no es su culpa, que su mente estaba nublada por una maldición, pero eso ¿qué diría de mí? Después de todo, las sombras no me envolvieron por completo. Mis acciones y frialdad fueron, de alguna forma, conscientes.

El hielo se comienza filtrar en mis venas, percibiendo el dolor que trae la exposición de mis emociones. Las alejo y me enfoco en el lado primitivo. Nutro la parte animal que ruge en mí y acaricio su torso.

Su torturada mirada me atrapa y vuelvo a acariciar su cuerpo. Mis manos se dirigen a su cinturón y lo desabrocho. El ruido de espadas al caer en el suelo resuena en mis oídos. Mis manos ascienden escarbando la línea de su vientre y al mismo tiempo mi expresión le implora que me tome. Que me haga olvidar. Que no pensemos en algo que ya no se puede arreglar. Lo contemplo al notar que continúa

petrificado en su sitio. Quito mis propias armas, la cota de malla y luego mi camisa. Mis senos al descubierto se contraen ante la gélida brisa. Alcanzo su mano y la dirijo para que acune la turgencia de mi pecho.

El rojo agonizante de sus ojos se funde ante el toque y sé que lucha contra la necesidad. Recurro al vínculo afianzando nuestra unión y, a través de este, le transmito la desesperada exigencia.

Por un instante aparece el azul que tantas veces anhelé y, al parecer, cierta comprensión. Sus músculos se suavizan, pero no así su expresión. La resistencia desaparece, apretando mi seno con propiedad. Las sensaciones que me transmite siguen siendo de hundimiento, pero las aparta para entregarme lo que le estoy implorando.

El ágil y preciso movimiento de nuestras manos nos lleva a estar desnudos en algunos segundos. La brecha de nuestros sentidos deja cualquier resistencia de lado, abriéndose a la tortura y el deleite.

Mis dedos se entierran en su cabello, cuando su boca envuelve uno de mis senos y lo estruja arrastrando los dientes por sus bordes. El gemido que se asienta en lo profundo de mi garganta sabe a liberación, pero una que está lejos de llegar. El aullido de lobos se vierte en la planicie y de la misma forma en nuestros sentidos; lo febril de su sangre se convulsiona, estremeciendo la nuestra.

Desciendo mis manos recorriendo las líneas de sus músculos que, ante mi caricia, se tensan, de la misma forma que lo hacen mis caderas al sentir su virilidad que roza mi vientre. Su boca vuelve a la mía y su beso sabe a impaciencia.

No sé si me toma él o lo hago yo, pero en unos instantes mi cuerpo se aprisiona contra los extremos filosos de una roca. El dolor punzante en mi espalda no se compara con el que siento entre mis muslos. Una de sus manos atrapa mi cuello, mientras ubica sus caderas entre las mías. Con su otra mano levanta una de mis piernas, sosteniéndola con firmeza alrededor de su cintura.

La anticipación quema mi interior y levanto la mirada para encontrar la suya. La arrogancia y certeza que antes se encontraba, ya no existe. El azul apagado de sus ojos ahora me transmite tristeza, una que me inunda calando y congelando mis huesos. La sensación me aplasta, pero me niego a dejar que la desolación nos acoja. Con mi mano tomo y masajeo la carnosidad de su longitud, la cual al instante palpita entre mis dedos. Su cuerpo tiembla ante mi gesto, sacudiendo también el mío.

La inquietante anticipación llega a su fin al percibir la embestida firme y maciza que, de un solo movimiento, se enfunda mi interior. El gemido cubre mi boca entre el malestar y la caliente redención. Cierro mis ojos y arqueo mi espalda, sin preocuparme por el filo de las rocas

que rasguñan mi piel. Lo único que soy capaz de sentir es la vibrante rigidez que se mantiene enterrada e inamovible en mí. Nuestras respiraciones se vuelven pesadas y sofocadas. No me muevo y él tampoco. Quizás prolongando la agónica y fugaz unión.

De forma repentina mi vello se eriza y se congela. El sonido lejano de un cuerno nos avisa que las tropas están por iniciar la marcha. Me debería apartar para unirme al ejército, pero, en cambio, mis caderas se mueven con provocación. Sus manos dejan mi cuerpo y cuando creo que dará por terminado nuestro encuentro, se deslizan hacia mi espalda, formando una especie de pared entre las rocas y mi cuerpo, para luego, unirse a mis movimientos. Sus caderas golpean las mías y cada embestida es más certera que la anterior. Clavándose de manera más profunda. Mis uñas se entierran en su espalda empujándolo para que cale más adentro, como si cualquier cercanía no fuera suficiente. Su carne se retuerce latiendo en lo más hondo de mi centro, y mi cuerpo se contrae con cada nueva arremetida.

Mi boca encuentra la suya, besándola y lamiendo cualquier parte de su piel que puedo alcanzar. Degusto con deleite su sabor con el objetivo de guardarlo en mi memoria.

Sus movimientos se vuelven rítmicos y enérgicos, restregando no solo mi cuerpo también mis sentidos, los cuales se diluyen, dejando atrás cualquier intromisión. El empuje se vuelve más descarnado como si no hubiera un mañana y es que, para nosotros, no lo hay. Sus candentes jadeos invaden mis oídos y los trago en mi boca cautivándome por una última vez con su excitación.

Por un breve lapso, mi pecho se contrae al recordar una de las sensaciones que habían quedado en el olvido. La seguridad de la morada que él me prometió y que, para mi pesar, solo la he sentido entre sus brazos. Esta revelación hace que, en mi alma ya fracturada, se conciba un abismo mostrando la descarnada verdad. Él fue el primero a quien amé y será el último. La súbita aseveración no la puedo ocultar ni detener y ha desnudado lo que queda de mi ser.

Contemplo su expresión que cambia de placer a contraerse en dolor, y sé que su reacción se debe a que palpó lo que vociferó mi corazón. Él sabe lo que he hecho y en lo que me he convertido. Y el cuestionamiento de si me aceptaría de esta forma, es algo que nunca será verbalizado, porque en nuestra realidad, la posibilidad de estar juntos es algo que jamás ocurrirá.

De la nada, las cadenas que nos separaban se rasgan, exponiéndonos al placer. Somos almas consumidas por la oscuridad que no sanarán ni en este plano, ni en el otro. Nuestras caderas intensifican los movimientos, bañadas en satisfacción, pero también impregnadas en desolación. Un rayo de regocijo cruza mi cuerpo, pero el cual está lejos de entregarme la tan codiciada emancipación. El

calor se fuga y emerge la ruina. Alen se detiene y con su mano acuna mi rostro. Me besa con quietud, repasando con su lengua el borde de mis labios como si también los memorizara.

El placer se extingue por completo. Siendo los dos conscientes de que después de esta noche, suceda lo que suceda, es el final de la convergencia de nuestros caminos; unos que se formaron solo para perecer. La certeza se torna bestial ante la negación del más virtuoso anhelo, quedando únicamente vacío.

Mi ya desgarrado corazón se entumece, pero la tristeza no se manifiesta, lo que asoma son las tinieblas. Mis sentidos se agudizan convirtiendo la pasión en cólera, emoción que requiero para no extinguirme antes de que la batalla inicie.

Sin mirarlo, me alejo de él, realizando el único acto que me entregará otra vez el control. Levanto la fortaleza que cimenté atrapando mi razón y, contra mi voluntad, me aparto del único ser que siempre ha sido mi luz y mi oscuridad.

Capítulo 27

Altas Montañas de Aquilón

El entumecimiento es inmediato al percibir cómo Eleonor se aleja de mi cuerpo y de mi conexión. Mi musculatura se torna rígida al sentir que el momento de satisfacción fue más aniquilador que la propia muerte. Sigo su ejemplo e invoco al encantamiento, ratificando que ella es más fuerte que yo. Me visto apresurado y no vuelvo a mirar atrás. El pasado no existe, al igual que no existe el futuro. Solo queda este instante, en el cual mi único objetivo es que ella esté a salvo.

El eco de aullidos que reverbera entre los recovecos de la montaña nos coloca nuevamente en alerta. Busco su mirada, la cual ya se encuentra prevenida, y cualquier vestigio de la fragilidad que mostró ha sido drenado de su expresión. Invoco a las tinieblas y a la manada al escuchar otra vez el sonido de los cuernos que dan inicio a la batalla.

Cargo las espadas obligándome a borrar las emociones profundas y desoladoras que reconocí en ella, las cuales son difíciles de obviar, menos, cuando eres el mayor protagonista de tanto dolor. Debí haberme alejado al percibir su alma aniquilada y contrariada, pero la súplica de sus sentidos y mi propio egoísmo, deseaban aquel efímero y último encuentro.

Me gustaría poder revertir algo de su agudo calvario. Lamentablemente, no poseo el tiempo para ello y, aunque lo tuviera, una vida entera no bastaría para compensarla.

El temblor del suelo nos advierte otra vez, colocándonos en movimiento. Juntos corremos hacia el frontis del castillo, y en el camino se nos une la manada. A cada zancada dejo atrás la flaqueza, recurriendo a las tinieblas que zigzaguean demandándome a que me una a su poder. Mis sentidos, al instante, se fortalecen con un solo objetivo, venganza.

Invoco a los lobos, quienes me obsequian la fiereza de su naturaleza. Quiebro mi sentir, empoderándome de la parte más primitiva del encantamiento y de mi linaje. Mi cuerpo se endurece y mi voluntad se fortalece, con la certeza de que esta noche acabaré con la maldición.

Me detengo en la entrada de la fortaleza al observar en la distancia al ejército del sur que se acerca. Las tropas ya se encuentran en movimiento para afrontarlos. Eleonor se dirige hacia la derecha donde la espera el rey de Aquilón, el que ahora también es su compañero. La

expresión de su rostro al vernos llegar es indescifrable, pero está lejos de la sorpresa. Lo ignoro porque el tiempo de regodearse ante el ego se acabó. Yo poseeré su alma, pero ella seguirá su vida junto a él. Solo espero que sea merecedor de su compañía, o es lo que le haré jurar, de tener la oportunidad.

Me encamino hacia el caballo que se encuentra dispuesto para mí, junto a Bóreas y Emery. Rehúyo la mirada de ellos para no ver cualquier tipo de recriminación al haber desaparecido con la nueva monarca de este reino. Que, para ser sincero, me tiene sin cuidado. Solo nosotros dos sabemos lo que hemos sacrificado, lo que hemos amado y lo que hemos perdido.

Subo al caballo de un salto y envuelvo las riendas alrededor de mi mano. Doy la señal para que avancemos, dejando atrás cualquier espectro que me haga dudar de mi cometido y, apresurado, tomo la delantera de las tropas, dirigiéndolas.

—¿Qué le ocurrió a tus manos? —Bóreas me alcanza, señalando la sangre en mis nudillos.

Antes habría respondido con algún comentario sarcástico, quizás hasta vanagloriándome de que queda algún vestigio de los sentimientos de Eleonor hacía a mí. En cambio, lo que hago es cubrir con unos guantes cualquier rastro de algo que nunca más será. Me desvío con mi caballo, ignorándolo y enfocándome en mi único cometido, la batalla. Además de matar a mi padre, necesito salvar tantas vidas como sea posible, incluida la de él.

Espoleo a mi caballo para recorrer la ladera de la montaña, entregando las últimas instrucciones a los arqueros que, estratégicamente, se ubican entre los recodos de las rocas. Avanzo hasta llegar a una de las planicies para contemplar el horizonte y al poderoso ejército que viene a nuestro encuentro. La gran cantidad de guerreros que marchan se hacen visibles por las antorchas que cargan en sus manos, iluminando la llanura de un rojo espectral. No dejo que la visión me intimide, al contrario, como lo dispusimos, contaremos con la ventaja del terreno alto para enfrentarlos antes de que penetren en el reino.

De soslayo, me percato de que la comitiva del rey de Aquilón se acerca, liderada por Gamar, Liana y Eleonor. Me pongo en movimiento para establecer una distancia considerable entre nosotros. Alcanzo a la caballería que ya cruza las puertas del territorio de Las Águilas, examinado las grandes estatuas del animal de esta casa. Al lado de cada ave de piedra se encuentran ubicadas las catapultas y un grupo de soldados, quienes, con agilidad, preparan los sacos con rocas que estas lanzarán. Gracias a mi paso por el Reino de los Lobos, ahora también conocemos la forma de incendiarlas.

Una vez que corroboro que todo se encuentra dispuesto, cabalgo

hasta una pequeña colina. Entre la penumbra visualizo las sombras de algunos de nuestros aliados, quienes corren, veloces, ubicando barriles con pólvora entre la maleza. Quizás, un ser humano no podría identificarlos, pero al seguir alimentándome del vínculo, mi visión se ha incrementado, al igual que la de los guerreros del sur, por lo que espero que no sean descubiertos por ellos.

La luz blanquecina de la luna es cubierta por las nubes que atraviesan la noche, como una especie de presagio ante el sombrío escenario. Mas el temor no se encuentra en el ambiente, al contrario, cada uno de los soldados que se preparan para luchar muestran una determinación que pocas veces había contemplado. Entre la penumbra siento la presencia de Taviana que se acerca. De inmediato me uno a la manada para ordenarles que se desplieguen entre las rocas de la montaña. El propósito es que se oculten para no revelarse ante nuestros adversarios hasta que sea necesario.

El suelo comienza a emitir una pequeña vibración confirmando que las fuerzas del sur se acercan. Cabalgo hacia la delantera de las tropas hasta que tomo posición al lado de Emery.

—El tiempo de jugar a los forajidos ahora es una realidad —bromea, mientras observa el horizonte.

—Siempre supimos que este día llegaría.

—La forma en que lo planeamos fue bastante diferente. —Exhala—. La idea de rechazar el trono y partir al norte fue para mantener a mi hermana segura, no en la primera línea de batalla como lo ha estado todo este tiempo.

—Mi plan tampoco fue lo que esperé. Como la revelación de ser el heredero a la corona del Valle Oscuro, entre otras situaciones de las que prefiero no hablar —confieso de una forma más contrariada de lo que quisiera.

—Este momento también lo imaginé junto a mi padre. —La voz de Emery toma un tono atribulado—. ¿Lo viste?

—Está muerto —revelo, mientras aparece en mi memoria, la visión de su cuerpo marchito y colgado en el frontis de la fortaleza del sur—. Su deceso es algo de lo que no me siento orgulloso. Mi debilidad cobró la vida de muchos inocentes, incluida la de él.

—Mi padre no fue del todo inocente, eso ya lo sabemos. Lo único que lamento es no haberle dado una digna despedida como todo guerrero y monarca se merece.

—El merecer depende de la perspectiva. Priust no lo amerita y yo tampoco.

—La muerte no debe ser tu única opción —Emery afirma con seguridad—. Si logramos romper el encantamiento, el pueblo del Valle Oscuro necesitará un líder que los conduzca nuevamente a la luz. Tú eres la única persona loable que puede llevar a cabo esa tarea.

—¿Loable? Lamento deferir de tu enfoque, los actos que cometí están lejos de ser honorables.

—Las acciones que hayas cometido bajo la oscuridad no fueron conscientes, y créeme que eso no te define como individuo. Todos llevamos a cuesta nuestras propias culpas por omisión o arrogancia. El juzgarnos no contribuirá para lo que necesitamos construir.

—Tu indulgencia es digna de una monarca. —Doy una media sonrisa—. Tal vez el indicado para unificar al pueblo del sur, seas tú.

—En la historia de nuestro mundo nunca un foráneo ha sido capaz de guiar a un pueblo que no le pertenece.

—Las costumbres como las hemos conocido hasta ahora, están a punto de cambiar. Estoy seguro de que, junto a Bóreas, podrás encontrar el camino, necesitas encontrarlo.

—¿Qué pasará con Eleonor? —Emery hace el único cuestionamiento que me haría dudar de mi decisión.

—Ella ya se encuentra construyendo su camino. Como lo ha demostrado, nada ni nadie podrá quebrar su templanza y sus objetivos. Sin dudarlo se convertirá en una reina admirable y, además, en una monarca que será el resplandor que requerirán los territorios una vez que esta guerra termine.

—Ese resplandor jamás estará completo si mueres.

—Créeme que ella es más fuerte que cualquiera de nosotros —declaro, convencido de que saldrá adelante, y también con el mordaz convencimiento de que ella no necesitará a su lado a un hombre que no es merecedor de su compañía.

—¿Nos vamos a lamentar o vamos a luchar? —Bóreas montado en su caballo se ubica a mi izquierda.

—No estés tan impaciente por derramar sangre. Es un hecho que en pocos instantes lo podrás hacer. —Miro a mi pequeño hermano con la necesidad de obligarlo a que se quede atrás, pero es igual o más obcecado que yo.

Nos giramos al escuchar los cascos de los caballos que retumban en las piedrecillas del camino. El rey de Aquilón se nos une; a su derecha flanqueado por Eleonor y a la izquierda, por Liana. Los soldados a pie marchan en la primera línea con escudos, lanzas y espadas. En una siguiente línea se ubican los arqueros y, por último, se ubica la caballería.

Avanzamos por la explanada, escuchando el crepitar de las antorchas y las herraduras de los corceles que pisan con seguridad, como si ellos también supieran que no existe vuelta atrás. Y de alguna manera no existe. El ejército del sur se muestra a unos metros imponente ante nosotros y su avance es acompañado por el retumbar del suelo, el cual se acrecienta a medida que la distancia se acorta. Podría jurar que percibo como los aliados contienen la respiración

ante la escalofriante imagen, pero continúan adelante con aplomo y valentía.

Las tropas se detienen de forma inesperada al escuchar que un soldado grita «¡jinete!». Agudizo mi visión para captar la imagen de un guerrero del Valle Oscuro que cabalga resuelto. Se detiene a unos pocos metros de la primera hilera de nuestro ejército y levanta su brazo, del cual afirma la cabeza cercenada de una persona. A esta distancia es difícil reconocer de quién se trata.

—Priust quiere dialogar —vocifera, siendo el único sonido que resuena en la planicie.

Mi mirada viaja a la de Gamar indicándole que de ninguna manera. Nos mantenemos en nuestro sitio y, en el momento que voy a indicar que las tropas retomen su avance, el guerrero alumbra con una antorcha la cabeza ensangrentada. El reconocimiento es inmediato, al menos para mí y también para Eleonor, que se apea de su caballo.

Sin que nadie la pueda detener, avanza entre las tropas. Emery, Gamar y el resto de la comitiva la siguen. Por mi parte, sin haberme dado cuenta ya descendí de mi montura y estoy caminando a dos pasos detrás de ella. Quisiera detenerla, pero no lo hago, pues siento a través de la conexión que no la mueve el dolor, sino la ira, y en su caminar no demuestra desesperación, sino firmeza. Taviana se une a su andar junto a Nube, y ambos la flanquean. Percibo que la loba canaliza sus emociones con la intención de invocar a la manada. Me enfoco en el vínculo y repliego al llamado, ordenándoles que permanezcan en su posición. Siento la disyuntiva ante a quién deben obedecer, no obstante, mi control y mandato es más fuerte que el de ella.

Una vez que llegamos a la primera línea de las tropas, les indico a una veintena de soldados que den un paso al frente para custodiarnos. Me situo al lado de Eleonor y trato de transmitirle quietud, pero sus muros se tornan, otra vez, infranqueables. La observo, aguardando que tome la decisión más acertada y no se deje provocar por la maquinación que intenta realizar mi padre.

El guerrero sonríe de forma siniestra, para luego, arrojar la cabeza de la Madre Antigua a unos metros de nuestros pies, mientras rueda en la tierra, nadie se mueve. La brisa levanta el aroma a putrefacción de la carne, al igual que se levanta mi ira.

—¿Priust se va a rendir? —Eleonor inquiere, firme, evitando mirar la cabeza de su abuela.

La respuesta por parte del guerrero es una risa agria.

De entre el ejército del sur, se desprende un grupo, el cual es liderado por el guerrero alfa del Valle Oscuro. Mi mano, en un acto reflejo pero controlado, toma el arco y tensa una flecha, esperando tenerlo a la distancia precisa para disparar. Una treintena de guerreros

lo rodean, quienes, al mismo, tiempo empujan a un grupo de personas encadenadas. Los lobos aparecen entre ellos, emitiendo aullidos intimidantes.

De reojo contemplo a Eleonor que, al igual que yo, mantiene la mano sobre la empuñadura de su espada, lista para atacar. Su rostro se mantiene inexpresivo, pero puedo sentir la demolición de su corazón ante la pérdida de la figura que fue una madre para ella y para nosotros. Emery se posiciona a mi otro costado y sus ojos se mantienen en lo que queda del amado cuerpo, pero, al igual que los demás, traga su dolor para no dejar que la macabra provocación nos haga perder nuestro principal objetivo.

La comitiva del sur se detiene cuando es visible para todos la nueva y miserable incitación. Mujeres, niños y ancianos son empujados para caer de rodillas, todos con un hacha aguardando sobre sus cabezas.

—Mi querida Princesa de Luna Nueva, ¿o mejor debería decir reina de Aquilón? Estoy confundido. Estás al lado de tu nuevo cónyuge, pero el revolcón que tuviste con mi hijo debió haber sido hace poco, ya que su esencia aún se huele en ti —Priust escupe, mirando a Gamar y luego a mí—. Tal vez, para terminar esta guerra, te tocará seducirme a mí. De seguro en mi lecho encontrarás la saciedad.

Eleonor contiene el aire, mientras mis dedos tensan la cuerda conteniendo el impulso por dispararle. Si fuera otra la circunstancia sería el primero en defender su honra, para mi pesar, esto no se trata solo de nosotros.

—¿Eso es lo que querías comentar? —Gamar es el que rompe el incómodo silencio. Luego realiza un ademán con su mano indicándoles a las tropas que tomen posición. Las lanzas, espadas y arcos son apuntadas hacia Priust y su ejército.

El líder del Valle Oscuro mira a uno de sus guerreros, y este, en un movimiento, entierra el hacha en el cuello de uno de los ancianos que mantienen sometidos. La sangre salpica y los sollozos del resto de los prisioneros cubren la planicie.

Mis entrañas se calientan y el odio asciende. Debería dar un paso al frente y enfrentarlo, no obstante, es lo que está esperando.

—¡Déjalos ir! —Eleonor demanda. El hielo en su voz se une al enrojecimiento de sus ojos. Taviana y Nube comienzan a moverse y jadear inquietos de un lado a otro.

—Oblígame —Priust la desafía.

Nuevas figuras se mueven entre los guerreros y las antorchas iluminan los rostros. Calesia avanza hasta ubicarse al lado del guerrero alfa. Su cara lleva las marcas de su inminente muerte, sin embargo, las llagas no se observan tan profundas como se esperaría. En sus manos lleva una cadena que, al tirarla, expone a un nuevo

prisionero. Fennes, uno de los últimos Antiguos Ancianos aparece. El gemido de sorpresa de Liana es apenas audible al contemplar a su hermano. Las cuerdas que aprisionan su cuerpo son de color blanco y su piel se observa completamente marchita. Como si su energía hubiese sido drenada. Y así, ratifico al recordar que entre los planes de la maldita hechicera, estaba el apresar a uno de sus hermanos y con la energía de este, alargar su vida.

—¿Qué es lo que quieres? —Doy un paso al frente. Decidido a no sacrificar a más inocentes, menos a cargar con más sangre en mis manos.

—Alen, pensé que te habías tragado tu lengua.

—Déjate de estupideces. ¿Qué quieres?

—Para empezar tu cabeza. Además, quiero a la reina de Badru y quiero a Liana.

—Oblíganos —Eleonor lo reta de vuelta. Esta vez toma su arco y apunta una flecha hacía él.

Los ojos de Calesia se encienden en blanco y una gélida brisa nos cubre. Inesperadamente, varios de los soldados que nos custodiaban cambian la dirección de sus armas, apuntando hacia Eleonor. Mi impulso junto al de Emery, Gamar y Liana es de inmediato rodearla.

Contemplo los ojos de uno de los hombres que nos apuntan, encontrando un leve destello pálido. De entre su camisa se asoma un collar del cual cuelga un diente de lobo.

—Lo siento. Es mi hijo —susurra, atribulado, pero firme.

No es necesario que pregunte nada. Uno de los prisioneros es su familia. Como era de esperarse, Calesia mantenía una artimaña guardada y lista para utilizar cuando fuese necesario.

Capítulo 28

Tierras de Aquilón

Mi mirada y arco continúan apuntando hacia a Priust. Podría disparar, pero no estoy segura de impactarlo a esta distancia. El olor a carne putrefacta del cuerpo de la Madre Antigua se mantiene impregnado en mis fosas nasales. El dolor ante su despreciable muerte oprime mi pecho, pero no dejo que me invada, al contrario, refuerza mi sed de venganza hacia el líder del Valle Oscuro.

De reojo miro a Liana, quien tiene sus ojos clavados en Calesia y en su hermano capturado. El dolor también se encuentra en ella al observar en las condiciones en las que se encuentra. Asimismo, el dolor está presente entre nuestros aliados que ahora nos apuntan, al tener en la primera línea de fuego a sus seres queridos. Situación que no me sorprende, ya nos habíamos encontrado con un soldado embaucado por la hechicera, quien intentó matar a Bóreas. Lo que sí lamento, es no haber realizado algún tipo de investigación de estos hombres para no tener que encontramos en esta situación.

No me asusta que me disparen o que me maten. Y quizás la antigua Eleonor, sin dudarlo, se habría entregado para salvar la vida de los inocentes. Ahora todo eso quedó atrás. Sé que es cruel y desalmado estar dispuesta a sacrificar a quien haga falta. No obstante, mientras el encantamiento prosiga, cada persona que este bajo su mandato, tampoco cederá, aniquilando y pasando por sobre quien sea. Para vencerlos estoy dispuesta a lo mismo. Me debería aterrar pensar de esta forma, pero esta es mi realidad. Una mujer consumida por las sombras que está dispuesta a lo que sea necesario para poder liberar, no solo a unos cuantos, sino a todo un reino.

Centro mi atención en Calesia, ella es una de las personas que está dispuesta a todo con tal de obtener lo que desea y a la cual juré matar.

—La energía de Fennes o cualquiera de tus hermanos que aún viven no te servirá de nada. Tu vida en pocas horas acabará —aseguro, incitándola.

—Acaso, ¿tú me matarás? —responde con arrogancia y burla.

—Tu vida está sentenciada y no tan solo por mí. —La examino mirando sus heridas—. Tu árbol fue quemado. Eres un cadáver caminante. Para mí eso ya es una victoria.

Los ojos de la hechicera comienzan a arder en rojo comprendiendo la implicancia de mis palabras. Su cabello se alza como si una brisa la abrazara, mientras su atención recae en Liana siendo evidente el odio en su expresión.

Afianzo mis músculos y les susurro a los que me protegen, la única frase que en este momento es una realidad.

—No podemos salvarlos a todos.

Las miradas de Gamar, Liana y Emery se conectan una a una con la mía y, pese a que sus expresiones muestran pesar al tener que sacrificar la vida de inocentes, es un hecho que es la única decisión que podemos tomar, de lo contrario, tendríamos que rendirnos. No puedo ver la expresión de Alen, quien se encuentra a mi espalda, pero no es necesario, su energía me confirma que está de acuerdo. El príncipe de Aquilón mueve su cabeza asintiendo y, al unísono, disparamos en contra de los aliados que nos enfrentan. Las expresiones son de asombro entre los traidores y el resto del ejército que nos sigue. Entre el enfrentamiento Gamar vocifera la orden para atacar y la batalla inicia. El cuerno de guerra suena cubriendo la llanura y el gran ejército del sur comienza su arremetida.

En pocos instantes reducimos a los soldados desertores y comenzamos el avance. Mis primeras flechas son dirigidas a los guerreros que someten a los prisioneros, los cuales pasan rápidamente a segundo plano. De entre los recovecos de la montaña, aparecen nuestros arqueros, atacándolos.

Mi atención busca y se enfoca en Priust, quien es mi principal objetivo. De reojo veo a Liana que se adelanta unos pasos de mí. Sus manos sostienen su arco y entre los dedos tiene una flecha blanquecina lista para disparar. Mi vista se dirige a la maldita hechicera que se aleja de la batalla.

Cuelgo el arco a mi espalda y cambio mi rumbo, decidida a que en esta ocasión no se me escapará. Tomo mis espadas enfrentando a los guerreros que se encuentran demasiado cerca para poder dispararles. Taviana salta derribando a uno de los enemigos y yo me lanzo de rodillas frente a otro, enterrando el acero en sus pantorrillas.

Me levanto y corro uniéndome a Liana, abriéndole el paso para que llegue hasta su hermana. Una hilera de guerreros viene a nuestro encuentro con sus respectivos lobos. Al acercarse a Taviana, gruñen como si sintieran dolor, deteniendo su carrera. Las expresiones de nuestros adversarios son de clara sorpresa. Entre ellos, diviso la figura de Calesia que se gira hacia donde nos encontramos. Mis ojos se cierran por un instante, sintiendo el golpe de la conexión. Taviana aúlla en un ronco y poderoso bramido, el cual invita a la manada. Me giro hacia mi otro flanco en donde localizo a Alen que lucha con varios guerreros, pero, por un fugaz momento, me mira. La conexión brota natural y en conjunto invocamos a los lobos. De entre las sombras se observan las figuras rápidas y letales que avanzan con ferocidad hacia los enemigos.

Me pongo otra vez en movimiento, esbozando una leve sonrisa al visibilizar la expresión de furia y sorpresa de Calesia. Me enfrento a un nuevo guerrero de la misma forma que los hacen mis aliados. Los

gritos de fuerza se unen a los de dolor. La sangre surge, colmando el suelo del páramo.

El hacha del guerrero con el que lucho rasguña mi antebrazo, mientras que otro se acerca por mi derecha. El brillo blanco de un lobo enfrenta a este, momento en que una espada es atravesada en su cuello. Bóreas quita el acero del cuerpo, y asiente hacia mí con una sonrisa arrogante. En el siguiente movimiento entierro mi espada en la garganta del oponente que sigue sobre mí.

Busco a Liana que se encuentra a solo unos metros de su objetivo. Levanta su arco apuntando y disparando. Me congelo por un instante cuando el cuerpo de Calesia no es impactado, sino el de su hermano. La saeta blanca yace enterrada en el pecho de Fennes a la altura de su corazón.

La hechicera contempla a Liana por unos segundos, mientras que sus facciones de inmediato se ensombrecen, en un claro indicio de que la energía de la cual se alimentaba, se extinguió. En un principio me cuesta comprender el actuar de Liana al haber asesinado a su hermano. Pero al contemplar sus ojos desolados, entiendo que el sacrificio fue un acto de piedad, ante el sufrimiento que le provocaba a Fennes estar en esas condiciones. La tristeza ante el nuevo deceso de un Antiguo Anciano recae sobre mí, sobre todo, al contemplar la desolación de Liana y al recordar a Asila. Lamentablemente, sus vidas y la de nosotros se encuentran en manos del destino desde que decidimos ir a la guerra, mas esto no hace menos doloroso las pérdidas que estamos contemplando y viviendo. Levanto mi espada alejando estas emociones, la fortuna ya ha sido trazada y no existe retorno.

De súbito, recibo un inesperado golpe en mi lado derecho, el cual me derriba, me recuerdo que cualquier distracción puede ser mortal. El cuerpo de Alen se interpone en el camino de una flecha que iba dirigida hacía mí. Sin resentir el impacto, él dispara de vuelta, derribando al hombre. Me levanto y con fuerza lo giro. Nuestros ojos se encuentran y, sin aviso, tomo de la flecha que se encuentra en un extremo de su hombro y la quiebro para que pueda seguir luchando. El gruñido por parte de él es imperceptible.

—¿Estás bien? —pregunto, mientras reviso si la hemorragia es abundante. Al no recibir respuesta, lo miro, encontrando la intensidad de su mirada.

El momento acaba cuando ambos tomamos nuestras espadas para continuar luchando con varios guerreros que nos encaran. A mi izquierda Liana continúa disparando blanquecinas flechas hacia su hermana. Calesia con el báculo y energía que emite de ella, las esquiva y las detiene.

El cielo ilumina la batalla con los sacos ardiendo en fuego que son

lanzados por las catapultas de un lado a otro. El suelo tiembla cuando es impactado, desestabilizándonos, y el polvo que levita, nos desorienta.

Entre la polvareda diviso a Calesia, quien corre hacia el pie de la montaña. Desisto de perseguirla, por ahora, y cambio de dirección. Corro detrás de Alen y Bóreas que van tras Priust. El líder del Sur se mantiene atrincherado tras una gran cantidad de guerreros que lo protegen.

Entre el caos escucho mi nombre en un grito de advertencia. A mi izquierda encuentro a mi hermano. No tengo tiempo de reaccionar, lo único que siento es cuando mi cuerpo es brutalmente golpeado ante la explosión de unos de los sacos a mi lado. Mis oídos zumban, mientras vuelo varios metros. El crudo impacto con el suelo me hace gritar, sintiendo el retumbar de mis huesos. Mi cabeza es invadida por un fuerte pitido que me desconecta de mi alrededor.

Entre el fuego y la humareda encuentro a Taviana que corre hacia mí. Me incorporo, desorientada, sintiendo de a poco las magulladuras y los cortes en gran parte de mi piel. El dolor es intenso y está lejos de menguar. Contemplo el entorno, aún confusa, y la escena que observo me abate.

El número de los guerreros del sur nos supera y los soldados aliados caen rápidamente. A la distancia encuentro a Liana que lucha con, al menos, cinco soldados y es evidente que, con la poca fuerza que le queda, no los podrá vencer.

Los lobos guiados por Taviana atacan a algunos de los enemigos, el resto es enfrentado por los animales que se niegan a ser controlados por ella. Las explosiones continúan a mi alrededor, arrastrando con ellas a nuestros enemigos y a nuestros aliados.

Me incorporo entre las llamas localizando a Gamar, quien intenta guiar el ataque, pero que, por la ferocidad de las tropas del sur, las nuestras lo único que logran hacer es contenerlos, perdiendo por completo la planificación.

—¡Eleonor! —Entre el silbido que gobierna, escucho la voz de mi hermano. Mi costado punza como carne ardiendo, pero levanto la espada indicándole que me encuentro bien.

Me sobresalto al sentir un toque en mi hombro. Detengo el ataque cuando encuentro entre la nube de cenizas unos ojos azules y rojizos.

—¿Te encuentras bien? —Alen, bañado en sudor y sangre, me examina.

Entre el dolor de mi cuerpo percibo la invocación de la manada de Taviana. Los animales corren hacia nuestra dirección. La loba los convoca con su aullido y, en respuesta, se ubican a nuestro alrededor, sitiándonos de nuestros enemigos.

Las manos y ojos de Alen me inspeccionan de forma apresurada

deteniéndose en las partes que sangran. Aprieto los dientes para acallar el grito del dolor cuando mi costado es palpado.

—Tu costilla, al parecer, está fracturada —diagnostica en evidente inquietud.

Se despoja de sus armas, de la cota de malla y de su camisa con celeridad. No observo lo que hace a continuación, tomo el arco que se mantiene en mi espalda y disparo contra los guerreros apoyando a la manada. En cada disparo la tortura que recibe mi cuerpo es bestial.

—¡No te muevas! —Alen me ordena, mientras levanta mi ropa y amarra su camisa en mi abdomen. Resisto el salvaje malestar, hasta que realiza un firme nudo. Al soltar la respiración el dolor se alivia al haber movilizado de cierta forma mis costillas, las cuales, estoy segura, que hay más de una en mal estado.

—¡No podemos seguir haciendo esto! —le grito entre el caos de nuestro alrededor.

—¿Te vas a rendir? —interpela, momento en que se vuelve a poner sus cinturones, colgar armas y atar lazos en su torso desnudo. No repara en la cantidad de heridas que sangran en él, y mi impulso también es curarlas.

—No podemos seguir preocupándonos por nosotros —respondo y pienso que me ignora cuando se voltea, pero lo hace para luchar con un guerrero que atraviesa el perímetro trazado por nuestros lobos.

—¡Entonces no saltes sobre las explosiones! —exclama, mientras abate al guerrero.

El suelo, una vez más, comienza a temblar con las pisadas firmes de la caballería que inicia su ataque. Junto a la manada, corremos hacia un extremo para no ser atropellados, pero esto no quita que tengamos que abrir una brecha entre las tropas enemigas para salir de su paso.

Una vez que damos paso a los caballos, la batalla se torna más descarnada. Animales y hombres caen, prosiguiendo el baño de sangre. Nuestros lobos se dispersan, entretanto Alen se posiciona a mi espalda para enfrentar a más enemigos, quienes no dejan de aparecer.

—¿¡Puedes continuar!? —pregunta a voz viva entre el caos que a cada segundo crece.

Me concentro en el vínculo, el cual emerge entregándome la fuerza necesaria para resistir. No le contesto, y tomo las cuchillas de mi cinturón enfrentando a mis enemigos. Con agilidad me agacho, evadiendo una flecha y lanzo la daga en la cabeza de mi oponente. Al siguiente lo pateo desde el suelo y, aunque su hacha hace una nueva herida en mi hombro, lo golpeo con mi codo en la cara. El siguiente cuchillo lo entierro en su torso.

Alen también lucha y, esta vez, centrado más en la batalla al percatarse que sigo en pie. Nuestra conexión interna disminuye, a

causa de las diferentes emociones que nos llegan de la manada. Entre la ferocidad de su ataque, se une el dolor de los lobos que van siendo abatidos.

Levanto la mirada buscando a nuestro principal objetivo. Es difícil encontrarlo entre la encarnizada batalla, el fuego, la humareda, los gritos y los aullidos.

—¡Debemos acabar con esto! —exhorto a Alen, dándome cuenta de que no podemos avanzar, lo único que seguimos haciendo es contener a las fuerzas del sur—. Debes dejarme.

Entierra una de sus espadas en el costado de un guerrero y luego me mira.

—¡Necesitamos matar a Priust! —insisto forzando mi voz por el perpetuo dolor en mi cuerpo, mientras continúo luchando—. Debes dejarme atrás. Debes ir por Priust.

—No te dejaré. —Gira en sus talones cercenando con el filo de sus espadas las cabezas de dos oponentes.

Corre hacia mi dirección y con fuerza toma de mi brazo, arrastrándome para que avance junto a él. Taviana se une a nuestra carrera, pero el avance sigue siendo nulo. Las tropas del sur siguen ganando terreno y nuestros aliados cada vez son menos.

Percibo que Alen vuelve a invocar a la manada, pero esta vez la respuesta no llega. Me alimento del vínculo para encontrar la conexión y encuentro vacío. Nuestras miradas confusas se encuentran, dándome cuenta que él también está pensando lo mismo que yo. La manada pereció. La energía cambia momento en que un sombrío aullido se acerca. Contemplo a Taviana a mi lado que responde al bramido. Me asombro al notar que tampoco la percibo a ella.

Entre las llamas, un gran lobo rojizo camina hacia nuestro encuentro, específicamente, enfocando sus encendidos ojos hacia Taviana.

—Voltor. —Escucho el susurro de Alen.

El lobo de Priust y alfa de la manada del sur vuelve a aullar, invocando al resto de los animales. De a poco, los lobos se comienzan a acercar, intimidándonos a nosotros y a Taviana.

—El hechizo se anuló —Alen afirma, tomando una postura defensiva hacia nuestros nuevos oponentes.

Taviana no se deja amedrentar y avanza, ubicándose por delante de ambos. El resto de los animales corren, abatiendo al resto de lobos que se encuentran desorientados. Cojo un nuevo juego de cuchillos preparándome para el ataque.

Los lobos gruñen hacia nosotros y, sin aviso, saltan en nuestra dirección. El contacto nunca llega, una blanquecina luz nos enceguece por un segundo.

Cuando recobro la visión, lo primero que encuentro es a Liana de

pie a mi lado. La hechicera lleva en su cuerpo varios cortes y profundas heridas. Su piel se encuentra casi por completo envejecida. Deja caer el arco y cae de rodillas en evidente cansancio. La alcanzo a atrapar antes de que su cabeza toque el suelo.

—Calesia —susurra.

Alen y Taviana se ponen en movimiento aprovechando el desconcierto para atacar a los lobos. Por mi parte, sostengo a la hechicera, quien se encuentra a punto de perecer.

—Calesia… —Intenta volver a hablar, pero la interrumpo.

—Ella está bloqueando el hechizo —termino la oración, afirmando lo que me intenta decir.

Tomo a la hechicera por los hombros y la arrastro afuera del enfrentamiento. Una vez que me quito de la explanada, quedamos resguardadas detrás de una roca, y caigo al lado de ella. Mi respiración a cada segundo se torna más irregular, y se acrecienta el dolor en mis costillas.

—No lo vamos a lograr —pronostico, acomodando su cuerpo en una posición más confortable.

—Solo necesito unos segundos para recomponerme. —Exhala en evidente agotamiento.

—Quédate. Necesito regresar —contesto con el mismo tono de fatiga.

—No pierdas la fe —murmulla. Luego toma una larga exhalación.

—No lo haré.

Me encamino de vuelta hacia la batalla, no obstante, me detengo al percibir que mi respiración se torna irregular. Me tomo unos segundos para recomponerme. Mi descanso concluye cuando reconozco un gruñido de dolor. Subo la pequeña pendiente, y me muevo con rapidez al observar que Alen se encuentra herido.

Capítulo 29

Batalla Reino de Aquilón

Pateo a un lobo en uno de sus flancos, manteniendo la vista fija hacia al lugar por donde desapareció Eleonor con Liana. Basta solo esa distracción y los colmillos de otro animal se entierran en uno de mis muslos. Desprovisto de armas lucho por alcanzar una lanza que está a mi izquierda. El martirio del ataque me hace caer de rodillas, paralizándome cuando las fauces del lobo penetran más profundo desgarrando la carne. El hocico de una nueva bestia me acecha de frente y me doy cuenta que, aunque aplicara una fuerza brutal, no tengo salida desarmado contra los dos. Pateo con mi bota las costillas del animal, provocando que se aferre con más fuerza a mi cuerpo, desgarrándome los nervios. De súbito, la tensión afloja y al mirarlo, su cuerpo cae hacia un lado con un hacha en el lomo. Levanto la mirada, encontrando a Nube que se revuelca luchando contra mi otro agresor.

—No puedo estar pendiente de ti si quiero matar a nuestro padre. —Bóreas me tiende una mano ayudándome a levantarme.

Toma una nueva hacha del suelo para luego lanzarla a un guerrero que ataca a uno de los nuestros. Mi cuerpo emite una brutal punzada de dolor cuando piso con la pierna lastimada. Bóreas rasga una manga de su camisa y con rapidez la envuelve en mi pierna.

—Debemos hacer algo antes de quedar muertos y desnudos. —Indica mi torso. La forma sugerente en que lo hace me señala que me vio vendando a Eleonor. De inmediato me muevo hacia el lugar por donde desapareció.

Doy un par de pasos cuando aparece entre las rocas. Se acerca rauda hacia mi dirección con sus ojos puestos en mi pierna.

—Estoy bien —me apresuro a afirmar, ahogando la tortura que envuelve mi muslo al pisar.

—Debemos continuar —Bóreas decreta, indicándonos a la nueva ola de lobos y guerreros que nos rodean.

—¡Esto no está dando resultado! —exclama Eleonor, al tiempo que la veo armada y enfrentando a un enemigo.

Me quedo rezagado unos segundos, recogiendo cuchillos y flechas. Nube con su pelaje ensangrentado se sitúa frente a mí, obstruyéndole el paso a un nuevo lobo. Reflexiono en relación a la aseveración de Eleonor, quien está en lo cierto. Nuestra estrategia no está dando resultado y ni siquiera hemos podido estar a unos metros de Priust. Además, contemplando el panorama actual, nuestro ejército caerá antes que lo haga el rey del Valle Oscuro.

Corro soportando el malestar de mi pierna y en la carrera recojo un arco. Cargo una flecha y disparo hacia Voltor, quien mantiene

aprisionada contra el suelo a Taviana. El dolor palpitante hace que mis dedos tiemblen. Maldigo cuando la madera roza una de sus orejas, sin embargo, crea la distracción necesaria para que Taviana puede morderlo y levantarse.

—Estamos perdidos. —La voz de Bóreas me llega desde la espalda. Me volteo observando la gran cantidad de adversarios que comienzan a rodearnos. Para, finalmente, encerrarnos a Nube, Eleonor, Bóreas y a mí.

—¡Ríndanse! —Ordena Rivor, uno de los comandantes del ejército del sur.

—Antes muerto —respondo consciente de que no saldremos vivos de este ataque.

—Esperaba que dijeras eso. —El guerrero me sonríe y de inmediato nos atacan.

Mi primer impulso es proteger a Eleonor, pero mi movimiento queda paralizado ante la pierna que, por la grave lesión, permanece atrás. Empuño con esfuerzo dos hachas que recojo del suelo, y al levantar la cabeza es ella quién se ubica frente a mí. En mis oídos se envuelven los bramidos de la muerte y no tarda en llegar el primer lobo a mi encuentro. Golpeo con el hacha su hocico y al mismo tiempo me giro pensando que mi cuerpo me acompañará. Mi pierna se dobla y caigo al suelo.

—¡Alen! —El grito de mi nombre proviene de Eleonor que lucha por llegar a mí, pero los cuatro guerreros que la rodean le impiden alcanzarme.

Me giro sobre el suelo para ponerme de pie, pero una bota pisa con fuerza uno de mis brazos. Antes de poder reaccionar otra se hunde en mi abdomen levantándome con el golpe. Mi respiración me abandona y, al caer, siento la arremetida de nuevas patadas que se riegan por todo mi cuerpo. Los impactos son certeros sin darme tiempo para reaccionar, menos aun cuando abaten mi muslo. Gruño de dolor e impotencia percatándome de que es imposible que me levante, ellos no lo permitirán. Lo único que puedo hacer es resistir.

Respiro cuando creo que se cansaron, pero un diestro golpe impacta en mi sien y hace reverberar mi cabeza. La oscuridad me atrapa y, por unos instantes, me ciega. Una patada impacta en mi mandíbula y el sabor al hierro de la sangre envuelve mi boca. Intento regresar, intento moverme, pero mi cuerpo no responde.

—Suficiente. Priust lo quiere vivo. —A lo lejos escucho la voz de Rivor, percibiendo que mis brazos son levantados por mis agresores y me comienzan a arrastrar.

Por un instante mi visión regresa y con un gran esfuerzo elevo mi pesada cabeza. Encuentro a Eleonor a unos metros, asediada y sometida por lobos y guerreros. Su mirada es gélida al encontrarse

desarmada y tratando de ser encadenada con grilletes a sus manos, hecho que no impide que continúe luchando. No puedo evitar esbozar una sonrisa al contemplar el cabezazo que le propina a uno de sus captores y la patada en la entrepierna que le da a otro. Podría ser alivio lo que siento al saber que, al menos, Priust también la quiere con vida.

Escucho un bramido de dolor, pero lo que entumece mis entrañas es el grito desgarrador de Bóreas. Lo encuentro entre el humo, sujeto por enemigos de ambos brazos y con una cadena sobre su cuello, obligándolo a observar como un hacha es enterrada en el lomo de Nube. La furia quema mi pecho, haciendo que mi cuerpo se tensione y se mueva. Muerdo a uno de mis captores y al otro lo apuñalo con la daga que extraigo de su cinturón. Mi rebelión no persiste mucho, el choque duro e inclemente de un acero acierta en mi nuca derribándome y, acto seguido, recibo una nueva avalancha de patadas.

Esta vez mis ojos no los puedo volver a abrir, mis párpados están inflamados a causa de los cardenales que inundan mi rostro. Esto no quita que siga luchando, o eso es lo que creo que hago, no percibo ningún tipo de sensibilidad en mis extremidades. En un acto reflejo escupo la tierra mezclada con sangre que colma mi boca, y la sola acción hace que mi cuerpo se encoja, como si fuese atacado por miles de cuchillas. El brutal calvario me hace ser consciente de que aún sigo vivo, pero no por mucho tiempo más, pues estoy seguro de que la mayoría de mis órganos se encuentran aplastados.

Muevo los dedos de mis manos con dificultad, esperando un nuevo asalto o que me muevan, cualquiera de las dos acciones sé que dolerá, mas ninguna de las dos maniobras llega. Intento abrir mis ojos y por una pequeña abertura estrecha y alargada que se forma, diviso las botas de los guerreros a mi lado. Estas, se voltean dándome la espalda, como si algo más importante que entregar al hijo y desertor de Priust capturara su atención. No sé si divago o, realmente, el silencio se hace en medio de la batalla.

Una leve vibración junto al frío invade mi cuerpo, haciéndome creer que la muerte me está llamando. La frustración de no haber cumplido mi palabra me hiere más que la tortura a la que estoy expuesto.

Una nueva oscilación esta vez me confirma que no soy yo. Un ruido sepulcral ruge desde las profundidades de la superficie, y en el próximo rugido la tierra se comienza a sacudir. Intento incorporarme de a poco al retomar la consciencia de lo magullado de mi cuerpo, y soy testigo de que el descuido hace que Eleonor se libere de sus captores.

—¡Alen! —Corre hacía mi dirección. Lo único que alcanzo a percibir son sus blancas y delgadas manos que levantan mi rostro—.

Tranquilo —susurra—. Te sacaré de acá.

El caos vuelve a inundar la explanada, así como las explosiones. El fuego ilumina el páramo y también los gritos. Al parecer sí, había algo más primordial que apresarnos.

—Bóreas. —Escucho la voz de Eleonor llamando a mi hermano.

—¿Está bien? —Logro susurrar entre lo maltrecho de mi boca, recordando la infame pérdida de Nube.

Intento moverme, pero sin resultado. El temblor nos sigue azotando, haciendo que le sea imposible a Eleonor mantenerse erguida.

—¿Qué sucede? —pregunto, confuso.

—Es Barón —me responde y siento algo de esperanza en su voz.

La confianza la quiero palpar al evocar la planificación. Barón con un grupo de soldados interceptaría a las fuerzas del Sur por la retaguardia, pero el grupo de soldados no es suficiente para vencerlos.

—Ve por Priust —ordeno, poniendo toda la fuerza que me queda en las palabras.

—No te dejaré. —Noto su toque en mis hombros entregándome algo de alivio.

—Es tu oportunidad. —Mi voz se quiebra, advirtiendo el intenso dolor que escuece mi abdomen. Toso sangre, la cual no proviene de mi boca, sino de mi interior—. Yo no lo podré hacer. Debes dejarme.

—Por supuesto que no lo haré —declara, y luego siento que recuesta mi cuerpo en el suelo.

Trato de buscarla, pero se aleja del pequeño campo de visión que logro sostener. A quien sí encuentro a unos metros es a Bóreas. A sus costados están las cabezas de dos guerreros, que asumo que correspondían a sus captores. La cadena sigue en su cuello, pero ni siquiera se fija en ella. Su cuerpo se mantiene arrodillado. Su cabeza baja. Sus manos en el cuerpo ensangrentado de Nube.

Trato de susurrar su nombre, pero líquido sale expulsado desde el fondo de mi garganta. Intento escupir la sangre que se acumula en mi boca para evitar ahogarme con ella, y lo logro hacer cuando mi cuerpo es girado hacia un costado.

—Tranquilo. —Una voz familiar golpea con pequeños toques mi espalda—. La ayuda viene en camino.

—¿Qué haces aquí? —Logro mascullar a Emery—. Ve a matar a Priust.

—Si te dejo ahogándote en tu propia sangre, Eleonor me matará. —Entre el choque de aceros escucho el desgarrar de tela. Me gustaría reírme o hacer algún estúpido comentario con relación a cuál parte de mi cuerpo vendará. Sin apreciarlo, estoy seguro de que gran parte se encuentra en miserables condiciones, y lo sé, porque sigo sin poder mover ni brazos ni piernas.

—Cuida a Bóreas. —Es lo único que logro murmurar o espero haberlo hecho.

—Los refuerzos están llegando. Lo harás tú mismo. —Percibo el vaivén en mi cuerpo al ser arrastrado por Emery. El suelo sigue bamboleándose, pero logra llevarme hasta el extremo de la planicie. Al parecer, coloca mi cuerpo en una posición sentada, a juzgar por la minúscula imagen de la batalla que veo a través de la rendija de mis ojos.

—No me des esperanza. —Mis temblorosos labios rechazan la idea.

—No lo hago, solo resiste unos segundos más, Eleonor ya viene de regreso —responde, y mi impulso es querer golpearlo si piensa que la voy a esperar para morir en sus brazos.

No sé si pasaron horas o solo fue un parpadeo, pero en cualquier de los dos casos el suplicio de mi cuerpo se percibió perpetuo. La oscuridad y el frío me invocan, mi respiración se esfuma. Cuando estoy seguro de que todo acabó, al menos para mí, una leve agitación se esparce por mi brazo y continúa avanzando hasta sacudir gran parte de mi cuerpo. El frío se convierte en calor y otra vez mis pulmones se llenan de aire. Mis párpados se comienzan a abrir, notando que la hinchazón cede.

Respiro profundo, tomando otra vez el control de mis insensibilizadas extremidades, comprendiendo que la magia es la que me está sanando. La fúnebre estela que me cubría se disuelve dando paso al desahogo. Los sonidos de violencia se hacen audibles, de la misma forma que lo hace la ensañada contienda que prosigue en las afueras del Reino de Aquilón.

Giro mi cabeza encontrando a Liana. La unión entre ella y yo se afianza recibiendo un inclemente dolor por su parte. Sus ojos se muestran hundidos al igual que sus facciones. La piel que queda expuesta a la vista exhibe un tono grisáceo y arrugado, como si se estuviera secando. Trato de apartarla, al darme cuenta de que me está entregando el vigor de su último aliento. Sus ojos, de súbito, se cierran, sus manos se desprenden de mí y cae. La atrapo en instante en que su cuerpo yace muerto entre mis brazos.

—Liana. —Escucho el susurro de Eleonor que se acerca a paso acelerado, seguida por Barón.

Los dos se arrodillan al lado del cuerpo de la hechicera. Me mantengo inmóvil con su frío cuerpo en mis manos, sin poder creer que haya utilizado la energía que le quedaba en mí. La confusión hace que por unos instantes me desapegue de mi entorno, tratando de entender el actuar de la hechicera. Según sus propias aseveraciones mi muerte también es necesaria para que el encantamiento termine.

Quizás lo hizo para que, antes de mi deceso, acabe con Priust o es a lo que me aferro para no sucumbir a la culpabilidad de su sacrificio.

Barón la toma con delicadeza, quitándola de mi regazo. No miro al hechicero. No soy capaz de observar la decepción que debe sentir ante la elección de Liana. Retengo su cuerpo brevemente en silencio, prometiéndole que su muerte no será en vano. Que la nueva oportunidad que me entregó haré que valga la pena.

Lo veo alejarse con su hermana en los brazos, y mi atención cambia cuando Eleonor toca mi cara confirmando mi condición.

—Estoy bien —confirmo carraspeando por la tierra y sangre que se transforma en una especie de pasta en mi boca—. ¿Tú lo estás? —pregunto notando la tristeza de su mirada que viaja hacia los Antiguos Ancianos.

—Lo estaré —responde con seguridad, pero su voz se escucha cansada, al igual que sus facciones. Quiero revisar sus heridas, pero me aparta cuando, a lo lejos, vemos el cuerpo de Liana que se transforma en cenizas.

Nos quedamos en silencio contemplando los restos del cuerpo mortal que se elevan en el campo de batalla uniéndose a los otros caídos. Emery con un grupo de soldados nos cercan de nuestros enemigos, al parecer, con la intención de que nos recompongamos. Barón se toma su tiempo al igual que nosotros. Estando seguro de que cada uno realiza sus propias plegarias despidiendo a la hechicera. Una vez que el Antiguo Anciano se pone en pie, camina decidido hacia Bóreas. Mi pecho arde en llamas al encontrar a mi hermano aún al lado del cuerpo de Nube. Quiero avanzar hacia él, pero Eleonor me detiene. No sé si se le solicitó o lo que hace a continuación, nace de Barón. Sus manos se posicionan sobre el blanco y ahora manchado pelaje del rojo de la muerte. Las estelas blancas que surgen de sus dedos son casi imperceptibles, no obstante, lo que es visible es el movimiento del pecho del lobo que vuelve a subir y bajar. Bóreas de inmediato sale de su fatídico letargo, observando con incredulidad el salto que realiza Nube.

Barón coloca una de sus rodillas en el suelo y se afirma con una de sus manos para no caer, ratificando que su vida se encuentra por extinguir. Mi hermano abraza a Nube y luego al hechicero estrechándolo entre sus brazos. Mi garganta se cierra ante la emoción y miro a Eleonor de soslayo, cuyos ojos se encuentran vidriosos, pese a que lo trata de ocultar.

Me acerco a paso firme en dirección a Bóreas, percatándome de mi completa recuperación. Coloco la mano sobre su hombro y lo aprieto trasmitiéndole el afecto que ha nacido hacia él. Por su parte, levanta la mirada y, antes de que pueda hablar, inesperadamente se incorpora y me abraza. Al principio mi cuerpo se torna rígido ante aquella demostración de cariño, pero termino estrechándolo con fuerza.

El momento acaba cuando percibimos el sonido del viento que se

corta. Nos agachamos al unísono ante un barrido de flechas hacia nosotros. Tomo por los hombros a Barón y lo ayudo a avanzar hasta situarlo en el costado de una roca.

—¡Gamar! —Escucho a Emery que grita el nombre del rey de Aquilón, mientras continúa combatiendo.

La figura del monarca de este reino es custodiada por un grupo de soldados que aparece entre el humo y las llamas. Al acercarse examino su estado. Presenta varios cortes y sangre en su piel. Por su andar confirmo que ninguna herida es de gravedad. No sé si encontrarlo aún con vida me complace, me impresiona o me disgusta. De seguro son todas.

—Perdimos la caballería, pero los refuerzos están llegando. —Nos informa agitado y, al mismo tiempo, se aprecia confusión en su mirada cuando nos examina.

—¿Refuerzos? —pregunto, comprendiendo que no tiene ni idea de lo que le pasó a nuestro grupo. Tampoco hay tiempo de explicar.

—El ejército de Ingelborg —Eleonor es quien me responde, mientras recoge armas del suelo.

—Es nuestra oportunidad —declara Gamar con optimismo—. Los arqueros en este momento descienden de las montañas y se unen al enfrentamiento.

El cuestionamiento de cómo es que el ejército del Reino de los Osos sigue vivo queda en la punta de mi lengua al ser golpeados por una nueva explosión. Nos ponemos en movimiento e imito a Bóreas, quien se quita la cadena de su cuello y recoge armas, preparándose otra vez. No escucho las indicaciones que nos entrega Gamar, mi atención se encuentra en Eleonor que sigue con su expresión alterada.

—No encuentro a Taviana —declara mirando en todas direcciones.

—La buscaré. —Es lo que sale de mi boca, cuando lo que quiero decir en realidad es gracias. Sé que fue en busca de Barón para que me sanara.

—No. Yo iré por ella y por Calesia. —Me indica la cuadrilla de lobos que siguen corriendo y atacando sin piedad—. Tú ve por Priust y está vez trata de que no te apresen, no quedan más hechiceros que nos puedan volver a componer. El tono gélido de su voz me asombra, pero está lejos de lo que expresan sus ojos. Como no respondo, ella continúa:

—Ursus, Antiguo Anciano y regente de la Tierra de los Osos, pereció en la playa —informa, y le da un sorbo a una cantimplora que no sé de dónde apareció, pero al extendérmela, de inmediato limpio mi boca—. Se sacrificó eliminando a la gran hueste de guerreros que pretendían quemar vivos a las tropas de Ingelborg, eso fue lo que comentó Barón.

Ante su explicación levanto la mirada hacia el horizonte, dándome

cuenta de que el ejército del sur se encuentra encerrado luchando contra dos frentes.

—Es nuestra oportunidad —agrega. Esta vez no discuto ante la convicción de su voz. Se acerca y toma de mi antebrazo con decisión—. Mátalo.

La fragancia que emana su cuerpo se filtra en mis sentidos, reconociendo la sangre, el sudor, la muerte, pero también su esencia y la mía. Ante su cercanía, la vinculación enardece la parte que se mantenía dormida, reavivándose nuestra unión. Sin poder evitarlo mi boca encuentra la suya en un rápido, pero significativo beso, al menos para mí.

—Lo haré —susurro en sus labios y, acto seguido, me marcho con mi objetivo trazado.

Capítulo 30

Nube pasa por mi lado, rozando su lomo contra mi pierna y en respuesta, deslizo mi mano para acariciarlo. Me detengo cuando percibo el áspero relieve en su espinazo. Una amplia cicatriz se muestra entre el pelaje en donde fue herido. La sanación de Barón no fue completa y debe ser por su estado.

Cuando llegó a la batalla, utilizó gran parte de su poder en repelar a varios guerreros para equilibrar el combate. Ingelborg con sus tropas apareció tras él. Su llegada hizo que un halo de esperanza retornara. No fue fácil convencer al hechicero para que me acompañara y sanara a Alen. La negativa inicial fue evidente, el poder que le quedaba podría servir en la batalla. Agradezco que, finalmente, cediera sin consultar por mis intenciones, las cuales no están del todo claras. La confusión de emociones persiste, pero de lo que estoy segura es de que no puede morir. No se siente bien. Algo en mi interior me advierte que su deceso no es la solución, al contrario, desde el inicio se dijo que él sería un papel fundamental en esta guerra. Y si vencemos, de seguro, jugará un rol trascendental para lo que vendrá.

Veo al heredero del Valle Oscuro que se aleja junto a Bóreas y Nube y, pese a que el animal mantendrá una marca de por vida, lo importante es que sigue con vida.

Cuelgo un arco en mi espalda que obtuve de uno de los cuerpos de nuestros aliados. Junto a Emery, me dirijo en busca de Taviana y la hechicera. Barón se queda rezagado y le doy la privacidad que tal vez necesita al haber perdido a dos de sus hermanos en la batalla; Liana y Fennes.

Las imágenes de la hechicera se fugan en mi memoria. Agradezco que le haya obsequiado su último aliento a Alen, pero eso no quita el sabor amargo de su pérdida. Espero que cuando esto termine, logre darle una honorable despedida. Después de todo, ella y sus hermanos se están sacrificando por dar término a esta guerra. Gamar se dirige, como lo comunicó, a un terreno alto para dirigir a lo que queda de nuestras tropas. No lo miro cuando se marcha, menos aún después del beso que me dio Alen, el cual sigue vibrando en mis labios.

Corro entre la batalla, derribando con flechas a los guerreros que se cruzan en mi camino. Las explosiones continúan a nuestro alrededor y, esta vez, me mantengo pendiente de los sacos llameantes que siguen cruzando el cielo. Como le dije a Alen, ya no queda ninguna intervención divina que nos pueda liberar de las garras de la extinción. Lo único que ansío no es mi sobrevivencia, lo que anhelo es que todas las muertes que ahora observo en el campo de batalla, no sean en vano. No me fijo en ningún rostro ni cuerpo destrozado. No es

necesario. Sé que los fallecidos eran hermanos, padres, maridos, hijos.

Mi avance es interceptado por una veintena de lobos que cortan mi camino. Cautelosa, cuelgo el arco en mi espalda. Sin provocarlos, deslizo con lentitud las manos a mi cinturón y desenvaino mis cuchillos. Nos miramos unos instantes sin movernos. Sus fauces abiertas me intimidan, pero no hacen ningún movimiento para atacarme.

—En la colina. —Emery, con la misma cautela que mantengo, se sitúa a mi lado con espadas en mano, indicándome una elevación hacia nuestra izquierda.

El lugar lo reconozco. Fue en dónde, en el pasado, Alen me llevó a entrenar, mas lo que capta mi atención, es el casi imperceptible fulgor blanco que se mueve en la altura.

—Debemos llegar a ese lugar —murmuro hacia Emery—. Ahí se encuentra Calesia.

—Primero debemos cruzar la barrera —responde, mirando a los animales.

El dolor me hace retraerme ante una flecha que rasguña mi brazo. Alcanzo a girarme para enfrentar a un guerrero. Con agilidad llevo el acero de mis manos hacia su cuello. Esquiva mi ataque conectando el mango de su hacha en mi mandíbula. Escucho el tronar de mis dientes, sin embargo, no espero el siguiente golpe. Contemplo que levanta sus brazos para enterrar su hacha en mí, pero descuida el espacio libre sobre el estómago que deja su armadura. Tomo el cuchillo y con fuerza lo deslizo de un solo movimiento a lo largo de su barriga. Me muevo de un salto hacia atrás, cuando sus vísceras se desparraman.

—Eleonor. —Emery se deshace de un guerrero y me señala un barril a un costado de la fila de lobos. —Yo los distraigo —Mi hermano se hace de un arco y flecha envuelta en fuego y apunta—. Muévete en línea recta, luego hacia la colina. Tendrás solo unos segundos.

Sin el tiempo a nuestro favor, me pongo en movimiento de inmediato. Corro saltando entre los cadáveres y me desestabilizo unos instantes ante la explosión que resuena en mi costado izquierdo. Pedazos de carnes, pelos, colmillos estallan, volando a mi alrededor. Los lobos que quedan en pie se alejan desorientados. Aprovecho la brecha que se abre deslizándome entre el humo y el fuego. Subo lo más rápido que puedo la empinada colina, y apuro mis pasos cuando escucho el aullar de los animales que comienzan a seguirme. De reojo contemplo a Emery, que dispara hacia ellos cubriendo mi retaguardia.

Alcanzo con esfuerzo el empinado terreno. Un escalofriante gruñido eriza mi piel. A unos metros, al parecer esperándome, se encuentra Voltor. Sin pensarlo tomo una flecha y le disparo. El animal

la esquiva comenzando la carrera hacia mí. Contaba con eso. Hábilmente cojo una daga y, antes de que salte, se la lanzo. La hoja se entierra en su costado. No matándolo, pero al menos, dándome el tiempo suficiente para evadirlo.

Tenso una fecha, apunto hacia Calesia y disparo. No obstante, la hechicera la esquiva levantándose de la hoguera, en la cual se mantenía arrodillada. Mi mano tiembla por un segundo al observar que en el otro extremo se encuentra amarrada Taviana. Las cuerdas que la aprisionan envuelven su hocico y extremidades, inmovilizándola. Una de sus patas sangra y lucha por deshacer su confinamiento. Observo que hay vasijas a un costado y la hoguera en el centro. La llama que emite es blanca por las maderas que están siendo quemadas. Es claro que lleva a cabo un ritual para contrarrestar el hechizo de la manada. El círculo y las marcas en la tierra son la confirmación.

El golpe no lo advierto. Lo único que alcanzo a ver es el báculo de la hechicera dirigido en mi dirección, momento en que mi cuerpo es impactado por la fría energía, lanzándome varios metros. Resiento el choque, sobre todo, en mis ya lastimadas costillas, segura de que, si no estaban fracturadas, ahora lo están. Resisto el implacable dolor siendo la furia por venganza la que hace que me levante, aunque muera en el intento, la despedazaré.

Antes de que su energía me vuelva a golpear, corro hacia un desnivel del terreno, ocultándome tras los árboles que forman una pared a la orilla del acantilado. Hago un recuento rápido de las armas que me quedan, y compruebo que solo cuento con una flecha y un cuchillo. Alisto la delgada madera entre mis dedos, consciente de que necesito un disparo certero. Un aullido a mi izquierda hace que recuerde a Voltor.

Maldigo cuando escucho la carrera hacia mi dirección. De lejos veo que se acerca a grandes zancadas con su costado sangrando. Me muevo escabulléndome entre los gruesos troncos, evitando el precipicio. Si la suerte estuviera una vez a mi favor, lo podría lanzar hacia el despeñadero. Cuelgo mi arco deteniéndome al constatar que está a unos pasos de alcanzarme. Me giro al tiempo en que salta en mi dirección con sus fauces abiertas para arrancar mi cabeza. Me concentro flexionando mis piernas y, en el aire, tomo de sus patas delanteras. Muevo mi cabeza hacia un costado, eludiendo sus afilados colmillos. Caigo de espalda con el peso del lobo encima, pero aprovecho el impulso de su cuerpo para levantar las piernas y, antes de que pueda morderme, lo lanzo por sobre mí. Escucho el golpe que, para mí mala fortuna, es contra un árbol que obstruye la caída al acantilado.

Me levanto y huyo de él, con mayor razón, al escuchar el gruñido

de cólera. Entre los follajes veo a Calesia que se agacha esquivando una flecha. Me detengo y contemplo a Emery que llega a la colina. No lo pienso dos veces, y esta vez corro en dirección a Taviana.

Calesia, al advertir mi presencia, dispara su energía en mi contra. Me agacho y ruedo por el suelo, evadiendo el impacto. Emery la sigue atacando y me levanto. Mis movimientos no son tan rápidos como quisiera al resentir la tortura de mi pecho. Voltor me alcanza y lo sé, porque grito al sentir los colmillos que se entierran en mi brazo. Caigo de bruces, mientras mi cuerpo es agitado de un lado a otro como si fuera un trapo viejo. Aprieto los dientes ante la brutal zurra y podría jurar que escucho el desgarrar de mi carne. Observo mi sangre que salpica la tierra sin que la monumental bestia suelte el agarre. Sé que estoy siendo abatida, pero también sé que no moriré de esta forma, no sin antes cumplir mi juramento. Suelto el arco y con esfuerzo tomo el cuchillo. Lo apuñalo sin cesar hasta que suelta mi brazo. Veo mi sangre y hasta mi carne en sus colmillos. No reparo en mi brazo que escoce, como si fuera tocado con acero recién fundido y cae al costado de mi cuerpo, sin vida.

Me muevo en dirección a Taviana y me agacho a su lado. Cortar la cuerda me requiere de un mayor esfuerzo al hacerlo con una sola mano, y logro liberar sus extremidades. Escucho el avance despiadado de Voltor a mi espalda y me apresuro en eliminar la última soga. Mi mirada se encuentra unos segundos con los de la loba y mi instinto me hace apartarme de ella. Sus ojos se encuentran enrojecidos de ira y su hocico se abre con un salvaje aullido.

Cuando creo que me va a atacar, salta sobre mí golpeando en el aire el cuerpo de Voltor. Sale de la circunferencia y, como si un rayo me atravesara, la percibo otra vez. La furia y violencia que me transmite se riega como un torrente en mi sangre, y aprovecho el golpe de adrenalina para ponerme de pie. Por instinto, aprieto con mi mano la herida de mi brazo, percibiendo la gran cantidad de sangre que escurre entre mis dedos. Levanto la mirada para buscar a Emery y la hechicera. Encuentro a mi hermano inconsciente a un costado de la pradera, y me congelo rogando para que siga con vida.

Busco a la maldita hechicera y no la encuentro. Me pongo en alerta, sosteniendo la daga con fuerza, pues ya la conozco. Ignoro la refriega a mis espaldas entre Taviana y Voltor. Me muevo borrando con el pie una sección de la línea blanquecina y derribo las vasijas en las cuales observo, sangre y cenizas.

La estela fría no tarda en aparecer, cubriendo mi piel y erizando mi vello. Calesia se materializa frente a mí. Su cabello danza con la gélida brisa. Sus ojos, dos cuencas ennegrecidas de odio y dolor. Su torso atravesado con dos flechas que, de seguro, fueron regalo de mi hermano. Su piel luce mustia con las marcas rojizas de su inminente

muerte. En un imperceptible movimiento, me golpea con el báculo en la mandíbula y luego la energía impacta en mi pecho. El golpe me lanza varios metros atrás, pero me mantengo en pie.

—¿Ya no lo puedes hacer mejor? —la provoco al percatarme de que su poder ya no es el mismo. Es casi invisible el jadeo de esfuerzo que emite, pero, de todas formas, lo siento.

—Sabes que no saldrás viva de esta colina. —Dirige su bastón nuevamente hacia mí.

—Mi intención no es esa —desafío también jadeando, al tiempo que trago el martirio de mi brazo y todo mi cuerpo.

Invoco a la sombría oscuridad que no menguará el dolor, pero me entregará la fuerza para continuar. Me concentro en Taviana que sigue luchando ferozmente contra Voltor y me alimento de su hambre de revancha. Dejo que su implacable brutalidad me acoja, abriendo mis sentidos a mi entorno—. Esta noche cumpliré mi promesa. Te mataré.

En respuesta, la hechicera dispara su fulgor mientras el aire se cierne de su conocida y arrogante risa.

Pateo las ramas que arden en la hoguera a mi lado y estas impactan con la invisible estela. Me muevo rápido entre el humo y las chispas que me tocan, quemando mi piel. No me detengo hasta que llego al lado de Calesia. Mi brazo izquierdo cuelga inerte, pero el derecho es certero en sus movimientos. Hago un corte en su mejilla. Entierro mi bota en su espinilla y luego apuñalo el brazo con el que sostiene el báculo. Chilla sin soltarlo, al tiempo que envuelve su mano libre en mi cuello. Mis ojos se nublan en lágrimas ante la presión de los dedos que estrujan mi aliento.

De soslayo, veo que el extremo del báculo está clavado en el suelo. Con toda la fuerza que logro reunir, levanto la pierna y la dirijo hacia el medio de este. El crujir de la madera al partirse hace que la hechicera se encolerice más de lo que ya estaba. El agarre de mi cuello cede hasta que me suelta, y logro observar sus ojos oscuros, como un profundo pozo.

—Siempre fuiste tan estúpida —escupe, acercándose a mi cara.

El centelleo del filo no lo veo, lo que alcanzo a mirar es la hoja negra y la empuñadura con las astas de ciervo en su mano. La daga que pertenecía a mi familia, y adaptada en Turmalina. Su imagen me lleva de inmediato al momento en que fui vinculada al encantamiento con esta. Calesia sonríe sin llegar el gesto a sus ojos. El movimiento es rápido y certero. El filo se hunde en mi vientre. El dolor me hace chillar, pero no claudico. La ira es la que me sigue moviendo al igual que a ella.

Alzo mi brazo y es mi turno para enterrar mi daga, en su cuello. Grito, absorbiendo la aflicción. La vuelvo apuñalar rasgando la piel y carne que queda a mi paso. Por su parte, retuerce el cuchillo en mis

entrañas y su otra mano la entierra en la carne abierta de mi brazo. Las dos gritamos y ninguna cede ante el tormento y la rabia.

Arrastro mi pie y pateo su talón, haciéndola caer y como puedo, me encaramo sobre ella. Su sangre, mi sangre baña la planicie, como el rocío que cae en una mañana de otoño, y mis ojos se cierran como lo hacen las flores que se cobijan para esperar un nuevo día. Ocupo mi último aliento y fuerza elevando la cuchilla en mi temblorosa mano.

—Esto es por Asila y por mí —proclamo entre la sangre que se escurre en mi boca y, de un solo movimiento, la entierro en su corazón. El crujir de sus huesos y carne sabe a paraíso. Su expresión es de sorpresa, no obstante, este acto solo la inmovilizará.

El bramido lapidario de una funesta muerte hace eco en las rocosas montañas. La impetuosa unión, junto a la energía de Taviana me confirma que Voltor, alfa de los lobos, murió. Consciente de que mi vida se está extinguiendo la convoco ordenándole que arranque la cabeza de la maldita hechicera y despedace su cuerpo. O es mi último pensamiento antes de sumergirme en la más profunda y sosegada oscuridad.

Capítulo 31

Los guerreros del Valle Oscuro se dispersan en todas direcciones ante las tropas que ahora llegan desde el sur. Asediados al mismo tiempo por los arqueros aliados que descienden desde las montañas.

Me deslizo por el centro de la batalla contemplando el emblema de la casa de los Osos en los estandartes que cargan las tropas aliadas. El gran animal se muestra imponente y amenazador mostrando sus grandes garras. Mi atención es atraída por una mujer que lucha con dos espadas cortas con una destreza digna de admirar. Por su apariencia, deduzco que se trata de la monarca del territorio de Los Osos. Giro en su dirección, deteniendo a un oponente que se lanza sobre ella.

—Alen. —Escucho a Bóreas que me señala la ubicación de Priust, atrapado entre los dos frentes.

—Así que tú eres el heredero en discordia —interviene la líder que sigue batallando a unos pasos de mí.

No le respondo porque no logro entender el sarcasmo de sus palabras y, además, un enemigo me ataca. Antes de poder arremeter contra él, un cuchillo se clava entre sus ojos. Al dar media vuelta, observo a la monarca, ella fue quien lo lanzó y sonríe, engreída.

—Ahora comprendo la fascinación de nuestra reina de Aquilón. —Desliza su mirada por mi torso.

Evito algún desagradable comentario en respuesta, después de todo, nos está salvando el pellejo. Asiento en su dirección agradeciéndole su intervención y sigo a Bóreas. Trato de seguir el paso de mi hermano, pero su agilidad me supera con creces, haciéndome recordar que él se crio con los guerreros de la Casa de los Lobos.

Sigo avanzando entre choques de espada y sangre. Levanto la cabeza al divisar, unos metros más adelante, la cabeza rapada de Priust. La barrera infranqueable que poseía ha desaparecido y lucha mano a mano junto a sus hombres. Mi intento por acercarme es entorpecido ante la encarnizada batalla. Más aún, cuando los hombres del Valle Oscuro me reconocen. Hombres y lobos me embisten, evitando que me acerque a su líder. De reojo veo que Bóreas y Nube se encuentran bajo las mismas condiciones.

Ráfagas de color blanco nos pone a todos en alerta. La estela fría me cubre, y el golpe de energía lo recibe mi oponente. Cae y aprovecho la oportunidad para enterrar mi espada en su cráneo. Barón aparece a mi lado, combatiendo a nuestros enemigos. La fatiga es palpable no solo en su rostro, también en su poder.

Me agacho esquivando las mortales fauces de un animal, al tiempo que entierro mi espada en el lomo de otro. El sudor y la sangre me

baña al igual que a todos a nuestro alrededor. El olor a muerte se mantiene suspendido en el aire como una macabra maldición que no tuviera fin.

Dirijo mi atención hacia Priust y, entre el humo, sus ojos me encuentran. Quita el hacha ensangrentada de un cuerpo, sonriéndome complacido. Avanza a mi encuentro y en su caminar se une la manada. No encuentro a Voltor, pero no es necesario que esté el alfa de los animales. Los guerreros dirigen a sus lobos como protección para el general de su ejército.

Un pelaje blanco se sitúa frente a mí y reconozco a Nube. Bóreas llega a mi lado ubicándose a mi izquierda. Barón flanquea mi derecha.

—Te despejaremos el camino. —Mi hermano declara, tomando una posición ofensiva.

La respuesta de confirmación queda en el lúgubre escenario, cuando los lobos nos atacan. Nube salta sobre uno de ellos, quitándolo del camino. Las estelas blancas derriban de uno a los animales, que únicamente son detenidos por unos segundos. Corro entre la manada rasgando pelajes y trizando huesos.

Priust avanza decidido hacía mí, y es evidente que no esperará su turno. El filo de su hacha va directo a mi cabeza en sincronía con dos animales que saltan hacia mí. Mi espada se entierra instintivamente en el costado de un lobo. El fulgor blanco me enceguece por algunos segundos, sin recibir los impactos. El hacha se suspende en el aire, al igual que el otro animal.

Quito mi espada del lobo que liquidé, y Priust ya se encuentra encima de mí. Su otra hacha va hacia mi cuello y la detengo con el filo de la mía. La fuerza del impacto me hace caer y su pie conecta en mi abdomen. Me giro sobre mi cuerpo, alejándome. Las fauces abiertas de un lobo atacan mi cara sintiendo su aliento en mi mejilla. Le propino un puñetazo en su hocico, mas no puedo impedir que la hoja del hacha haga un corte profundo en mi antebrazo. Trago el dolor y pateo la rodilla de mi padre.

—¿Querías ser el alfa? —Priust vuelve a embestir con su arma. —. Ni siquiera pudiste con una hembra.

Ruedo nuevamente quitándome de la trayectoria de él y de los colmillos que luchan por llegar a mi cuerpo. El hacha se alza en la penumbra de la noche, en el mismo instante en que mi tobillo es alcanzado por las fauces.

Una delgada figura se interpone en el camino y Bóreas enfrenta a nuestro padre. Me giro enterrando el acero en la cabeza del animal. Mi tobillo arde, pero lo ignoro al sentir la quemazón de mi pecho, como si un rayo me traspasara, la furia y violencia me sacude.

El vacío de la conexión regresa, percibiendo la unión de Taviana. La energía se riega en mi sangre colmando mi cuerpo. Me hago de una

nueva espada alimentado por el alivio de saber que Eleonor logró su cometido y sigue viva.

Mis pasos me llevan urgente hacia mi objetivo. Bóreas se escabulle ágilmente de las arremetidas de Priust, pero no logra herirlo. Recojo en mi carrera una daga corta del suelo y se la lanzo. El gruñido y el cólera inundan su expresión con el arma enterrada en su hombro. Alzo la espada y lo ataco. Un nuevo animal se interpone en mi camino, me deshago de él clavando el acero en su lomo. Priust quita la cuchilla de su cuerpo, sonriendo. Los animales siguen apareciendo y evitando que lo alcance.

Lanzo a un lobo de costado y el golpe de una sombría fuerza sacude mi razón. El bramido lapidario de una funesta muerte hace eco en mi interior, y la impetuosa unión de Taviana me confirma que Voltor murió. Encuentro la mirada de Priust y es mi momento de sonreír. Los animales a nuestro alrededor se detienen como si se congelaran. Gruñen turbados por las invisibles garras de Taviana que cubren el páramo, exigiéndoles la sumisión. Podría jurar que un atisbo de dolor cruza el rostro del alfa ante la pérdida de su animal, pero cualquier indicio de vulnerabilidad no existe en él.

Recurro a la oscuridad afianzando el vínculo. Tomo de los ocultos hilos de la conexión convocando a la manada. Los lobos gruñen resistiendo el sometimiento, no obstante, no pueden negarse. Su nuevo alfa los está reclamando.

Invoco con fuerza a las sombras, y un imperceptible silencio cubre la explanada. Guerreros y aliados se detienen por un instante, contemplado la transformación de las bestias. Quienes cambian su ataque, trazando un nuevo propósito. Ahora van por los que eran sus amos.

Un poderoso e implacable aullido repercute en la batalla. Las miradas se dirigen a la pequeña colina de la izquierda y entre el humo, la sobrecogedora figura de Taviana aparece. De su hocico cuelga una cabeza cercenada.

A esta distancia sería difícil reconocerla, sin embargo, la cabellera negra que agita la brisa junto con la desaparición del bloqueo del hechizo es la evidencia de que se trata de Calesia. Taviana suelta la cabeza, la cual rueda por la ladera de la pendiente. Mi sonrisa se ensancha al igual que el placer de ver a la maldita hechicera mutilada.

El sonido de la brutal batalla regresa, acompañado de los rugidos del ejército del sur, quienes atacan enceguecidos al ser conscientes de su gran pérdida. La loba aúlla desde la colina, y para la mayoría no es significativo.

—¡Alen! —El grito de Bóreas me alerta de que me encuentro petrificado entre el combate, pero no me puedo mover ante el sonido de aflicción y desolación que desciende desde la altura.

Taviana continúa aullando, como si su corazón fuera desgarrado. El bramido se cuela en mis oídos, entumeciendo mis entrañas a través de nuestra unión. La desazón me aturde buscando a Eleonor con desesperación. Mis ojos examinan la colina, la batalla, a la loba, sin encontrar rastro de ella. El hielo aniquilador de la conexión me transmite un turbador desierto al no poder palparla. La imagen de Eleonor siendo apuñalada en el frontis del castillo del Valle Oscuro aparece en mi memoria. Taviana continúa con su descarnado lamento, el cual me confirma la fatídica realidad. Eleonor…

Dejo de respirar sin poder verbalizar ni aceptar lo que la loba me revela. La brutal negación me ciega a aceptar tan macabro desenlace. El grito se clava en mi garganta, mientras mis sentidos se agitan en oscuridad. Me volteo con la bilis punzando y ardiendo en mi estómago. Las sombras del encantamiento nublan mi razón, invitándome a la demencia. El rojo cubre mi visión transformando mis instintos en puro odio y masacre. Los músculos de mis brazos se tornan rígidos, como si hubieran sido labrados en acero, y mis piernas se comienzan a mover hacia el hombre causante de toda esta depredación.

Aliados y enemigos se quitan de mi camino y hasta Bóreas da un paso atrás. La gélida brisa me envuelve, así como los lobos que, sin haberme dado cuenta, convoqué. La sed de sangre y matanza late en mis venas no viendo nada más a que Priust. Los lobos lo rodean, dejándonos cercados del enfrentamiento. El líder del sur se hace de dos hachas que recoge del suelo sin perder la desdeñosa sonrisa. Mira hacia la colina y su expresión podría decir que alcanza la comprensión. Sonríe amplio y burlón.

—Así que finalmente murió. —Escupe al suelo con desprecio

Corro enardecido a su encuentro, rechazando, tajante, su despiadada aseveración. Cuando nuestras armas se van a encontrar, se agacha esquivándome hacia a mi izquierda. Sin haberlo previsto, su hacha es lanzada fuera del cerco formado por los animales.

—Lamentable que ya no exista nadie quien la pueda salvar —ironiza dando jadeo satisfactorio.

Solo en ese momento entiendo el objetivo de su letal hoja, cuando esta se entierra en el torso de Barón, quien está fuera del círculo de lobos.

El hechicero cae con el impacto, mientras el entendimiento de aquel acto, trastorna lo que queda de mi razón. Priust se dirige a mi encuentro para atacarme y lo encaro con un bestial grito que emerge desde mis entrañas.

La salvaje oscuridad guía mi espada mutilando uno de sus brazos. El dolor y la sorpresa cubre su rostro, mas no pierdo un segundo y mi arma cercena una de sus piernas. No me detengo, bramando

enloquecido por el dolor, entierro el filo en su abdomen. La fuerza del lacerante tormento me hace traspasar su armadura y continúo hasta escuchar el desgarre de su carne. La sangre fluye con violencia, salpicando mi rostro desde las amputadas extremidades, y la ceguera de la locura me lleva a seguir destrozando su cuerpo.

Recojo el hacha a su lado, sin reparar en que su vida ya se extinguió. El filo sube y baja, clavándose en su cuello. Dejo el arma hundida en la tierra, contemplando la cabeza desprendida de su cuerpo mutilado. Los lobos se acercan con sus fauces abiertas y doy la orden. Corren hacia lo que queda de Priust para destruir cualquier indicio de que el maldito alguna vez existió.

Me alejo jadeando, gritando, bramando. Clamando para no tener que regresar al aniquilador dolor. La oscuridad se retuerce invitándome a que la acompañe. El manto de su poder me seduce para que la acoja. A que no sienta. A dejar el agónico pesar. Caigo de rodillas y de reojo contemplo el filo de una espada que reluce.

—Dime que no te tengo que matar. —Bóreas se acerca, prudente, pero sin dejar de amenazarme.

—Hazlo. —Es lo único que digo, entre el ruido de los lobos que festinan con lo que queda del líder del Valle Oscuro.

Un pelaje blanco se acerca, y cierro los ojos para que desgarre lo que quiera de mí. Sus colmillos no me atacan, al contrario, percibo la húmeda nariz que se hunde en mi brazo, y luego su cuerpo se acomoda cerca al mío, como si quisiera consolarme. El cálido aliento de Nube cubre mi mejilla, pero no siento nada. Solo lo gélido de mi razón que es incapaz de dar paso al inclemente tormento.

La fría brisa se agita a mi alrededor, transformándose en un vendaval que cubre la batalla. Los lobos, al unísono, comienzan a aullar y la fuerza del encantamiento se levanta. Su rugido abarca la planicie y más allá de esta. La tierra tiembla, al tiempo que el cielo se tiñe de rojo.

—¿Qué demonios? —murmura Bóreas que quita su atención de mí, escuchando, al igual que el resto del ejército, cómo los lobos aúllan en un coro liberador, para posteriormente, correr. La fuga es ágil y rápida, alejándose del enfrentamiento sin volver la vista atrás.

También levanto la mirada cuando percibo que la conexión desaparece y Nube se aparta de mí, corriendo tras el llamado de la manada.

Me fijo en los guerreros que se detienen mirando lo que queda del cuerpo de Priust. Sus rostros se encuentran pálidos, pero no por la pérdida de su líder. El miedo, y la aflicción inundan sus expresiones, y lo sé, porque es lo mismo que siento yo.

—El encantamiento —Bóreas susurra a mi lado—. Se terminó.

Su cara se encuentra desconcertada y mira con pesar hacia el lugar

por donde desapareció Nube.

Mi respiración se torna irregular, y soy arrasado por todas las emociones que la oscuridad aún mantenía escondidas. Mi pecho arde en un despiadado calvario y las lágrimas cubren mis ojos. Me gustaría mostrar felicidad u hombría al haber logrado mi cometido, pero…

—¡Barón! —Escucho el grito de Emery.

Miro al hechicero a unos pasos de mí a duras penas en pie. El hacha todavía permanece enterrada, pero esto no quita que su pecho se encuentre impregnado en sangre.

—Es Eleonor… —Entre los angustiantes jadeos de Barón, Emery lo alcanza—. Ella… Ella… debes venir conmigo.

—Los están matando —Bóreas me mira turbado—. Ellos ya no están luchando.

Los soldados aliados, ante el desconcierto de nuestros adversarios, toman ventaja, atacándolos y, sin ningún tipo de contemplación, los asesinan. No sé si lo hacen por querer vengarse de sus infames actos, o no se dan cuenta que la oscuridad desapareció.

Miro a Emery, la colina, a Barón y los hombres del Valle Oscuro que ya no atacan, solo se defienden aturdidos. Respiro hondamente tratando de controlar la avalancha de emociones. El miedo es la sensación que más ciñe sus angustiosos anzuelos en mi juicio. La oscuridad lo mantenía alejado, al igual que la empatía, la compasión, la razón. Y lo que veo, es lo que abate a las tropas del sur. La demoledora condición de no estar bajo las sombras. Mis venas son un infinito suplicio observando los ojos de Emery, pero me obligo a tomar acción.

—¡Ayuda a Emery a llevar al hechicero! —ordeno a mi hermano que no quita su desolada mirada del horizonte—. ¡Bóreas! —El grito de su nombre lo despierta.

—No lo comprendo —susurra, turbado, al igual que la mayoría.

—Esto no ha terminado. —Me acerco a él y lo zarandeo—. Eleonor te necesita y yo también.

Al mencionar el nombre de ella, mi voz se quiebra no queriendo albergar ningún tipo de esperanza. La condición de Barón es paupérrima y Emery ocupa una gran cantidad de fuerza para ayudarlo a caminar. Bóreas reacciona, quizás al escuchar el nombre de la persona que lo salvó, y se dirige a ayudarlos.

Corro entre lo que era una batalla, y ahora se transforma en masacre. Paso por el lado de la líder de los Osos, que también mantiene una mirada extrañada al ver el cambio en la actitud de las tropas del sur.

—¡El encantamiento terminó! —anuncio, tomándola del brazo con brusquedad—. Necesito de tu ayuda.

La arrastro hacia un extremo en donde observo un cuerno de

batalla en el suelo. Lo recojo y busco un terreno alto.

—Entonces, ¿ganamos? —cuestiona, como si estuviera demente y no viera lo evidente.

—Los están masacrando —respondo, obligándola a subirse a una gran roca—. No existe nada victorioso en luchar contra hombres que ya no están cegados por la oscuridad.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta, desconcertada al ver que le entrego el cuerno y no subo con ella.

—¡Toca el maldito cuerno y haz que el Valle Oscuro se rinda! —ordeno, para luego correr y dirigirme, con el corazón en la mano, hacia la colina de la izquierda.

Capítulo 32

Mientras camino, escucho el sonido estridente que alerta a los que siguen luchando y, de a poco, los guerreros del sur abandonan sus armas. Lo último que veo es que los aliados los comienzan a apresar.

Llego al empinado terreno, sudando y exhalando un asfixiante terror ante lo me voy a encontrar. De reojo noto, entre los árboles, el leve movimiento de un animal. Taviana me observa por un fugaz momento, y luego emprende la carrera, desapareciendo al igual que los otros animales.

En mi avance encuentro el cuerpo destrozado de Voltor, el de la hechicera y la sangre por doquier en la explanada. Unos metros más adelante, el cuerpo de Eleonor. Al lado de ella, el hechicero se encuentra recostado. Bóreas y Emery con sus miradas marcadas de aflicción. Me armo de valentía, acercándome. Me detengo cuando la contemplo cubierta de sangre. Una profunda herida en el vientre y su brazo desgarrado. Mi respiración se fuga cuando mi mirada alcanza su pálido y rígido rostro.

—El destino ha sido trazado —Barón anuncia en un imperceptible murmullo—. El encantamiento acabó, al igual que la vida de mis hermanos. Haré lo que quede a mi alcance.

Con dificultad me acerco, arrodillándome junto a la cabeza de Eleonor y con mi mano temblorosa tomo la de ella. El frío de su piel me confirma que ya no se encuentra en este plano. El impacto de esta violenta realidad es más profunda y certera que cualquier herida que haya recibido en el enfrentamiento.

—Por favor, sálvala —ruego al Antiguo Anciano—. Si es necesario toma mi vida, mi energía, lo que haga falta, pero te lo suplico, sálvala.

El hechicero cierra sus ojos, al tiempo que los hilos blanquecinos inician su desplazamiento desde su cuerpo al de Eleonor. Contengo la respiración, paralizado ante la asfixiante expectación, luchando por no desmoronarme.

De soslayo observo las lágrimas que corren por el rostro de Emery, sin ser capaz de encontrar las palabras para mitigar su desconsuelo, que en el fondo es el mismo que siento yo. Bóreas se mantiene petrificado a un costado con su semblante lívido y la mirada perdida. Cualquier regocijo que podría habernos entregado el término del encantamiento y la obtención de la tan ansiada victoria, se encuentra eclipsado por la gran cantidad de muertes, sacrificios y, en su caso, por el abandono de Nube, quien se había transformado en mucho más que un compañero en las sombras.

El rojizo del cielo se comienza a desvanecer con los primeros rayos del amanecer. No obstante, para mí, ningún otro despertar será igual

si ella no está. Mantengo mi vista fija en su pecho, implorando para que este recupere la respiración y su corazón vuelva a latir, de no hacerlo, estoy seguro que el mío jamás alcanzará un acompasado palpitar.

La cálida energía de Barón empapa la piel de Eleonor. Lentamente la herida de su brazo se comienza a cerrar, y levanto la cota de ella para observar su vientre. Un halo de esperanza nace, pero se desvanece tan rápido como llegó, observando que los cortes no se cierran por completo. Miro al hechicero con su tez arrugada y percibo que el calor de su energía se comienza a debilitar. Por favor no, suplico en un lamento silencioso, pero no hay nada que pueda hacer ante el fatídico escenario. Los párpados del hechicero se hunden, al igual que lo hacen sus huesos. Su vida se marchita ante mis ojos y, aunque ruego a un poder superior, su extinción no se detiene hasta que su cuerpo se desdibuja, dando paso a las cenizas. La tenue brisa las levanta, esparciéndolas y aniquilando la efímera ilusión.

Mi pecho se fractura como si fuera abatido por miles de colmillos que lo desgarran. La oscuridad ya no está en mí, pero eso no quita que mis propias sombras rujan y carcoman mi razón. Mis ojos se nublan en calcinantes lágrimas y tomo entre mis brazos, con desesperación y hasta locura, el lánguido cuerpo de Eleonor. Los restos del último hechicero siguen suspendidos a nuestro alrededor en una macabra danza, que corrobora que no fue capaz de hacer más.

—Ella está…

—¡No lo digas! —bramo con un destemplado sonido hacia Bóreas. Al punto de mostrar mis dientes, como un animal enceguecido, percatándome de que el desequilibrio es una delgada línea, la cual estoy a punto de cruzar.

Mi hermano da un paso atrás, colocando su mano de forma cautelosa sobre la empuñadura de su espada. Ignoro su movimiento, porque mi instinto primitivo y hasta bestial me hace sujetar el cuerpo de Eleonor, posesivo, dispuesto a atacar a cualquiera que quiera alejarla de mí.

—Alen, debemos…

—¡No! —rujo ahora hacia Emery. Mi cuerpo se comienza a mecer hacia delante y atrás en un espiral de devastación. Hundo mi cara en el blanco cuello e inhalo la esencia que aún permanece.

Emery no se deja amedrentar por mi insensatez y se acerca tomando la mano de su hermana.

—¡Alen! —Esta vez el grito esta despojado de amabilidad y, al no responder, el puño de Emery se conecta en mi mandíbula. La quita con brusquedad de mis brazos y antes de que pueda reaccionar, Bóreas se abalanza sobre mí.

Lucho contra él, enceguecido, sin entender por qué me alejan, por

qué me castigan. Rodamos por el suelo, golpeándonos y olvidándonos de que somos familia. Mi codo conecta en su rostro rompiendo su labio, mientras él con sus manos abate mis costillas. Mi irracionalidad se acrecienta al seguir alejándome del cuerpo de ella y vocifero, enfurecido, intentando apartarlo de mí.

—Está respirando. —Las palabras de Emery me entumecen. Lanzo a Bóreas hacía un costado y corro hacia ellos.

Emery se encuentra con su oído pegado a los labios de Eleonor, mientras que con sus dedos presiona el borde de su cuello.

—Su pulso es débil, pero se encuentra con vida —afirma, asombrado, pero no esperanzado, más bien, alarmado. Parte de mi propia respiración regresa, sin embargo, el desasosiego no desaparece.

—¿Por qué no despierta? —cuestiono, desesperado. Emery me da una mirada de advertencia para que me calme. Acto que es imposible.

—El hechicero estaba muy débil —responde, examinando las heridas y el cuerpo de Eleonor—. Debemos buscar un sanador.

—Todos los Antiguos Ancianos murieron —Bóreas acota lo obvio.

—Un sanador mortal —Emery aclara, exaltado, mientras comienza a levantar el cuerpo de su hermana—. Barón la devolvió a la vida, pero no sanó por completo sus heridas.

Reacciono de inmediato, aferrándome a la pequeña luz de esperanza. Me acerco decidido y la tomo de sus brazos.

—Yo la llevo —decreto, tratando de recomponerme para que no vuelvan a golpearme o, quizás, encadenarme, si vuelvo a perder la cabeza—. Tú busca a alguien.

No espero una respuesta y emprendo la carrera en dirección al castillo de Aquilón. Emery corre hacia las montañas en donde se encuentran escondidos los habitantes del pueblo de las Águilas y, posiblemente, alguna sanadora. Bóreas me acompaña sin despegarse de mi lado, y estoy seguro de que está listo y dispuesto para derribarme, en caso de que sea necesario.

Desciendo la colina y el escenario a la luz del amanecer es descarnado. La cantidad de cuerpos y sangre es escalofriante. Los combatientes que quedan en pie se observan desmoralizados. Algunos heridos, otros custodiando a los guerreros, quienes por su atribulada expresión señalan que hubieran preferido la muerte al despertar. Los que advierten mi presencia despejan el camino, al reconocer a la reina de Aquilón inconsciente en mis brazos.

Jadeo mientras mantengo el ritmo de mi avance, ocupando lo que queda de mi fortaleza para llegar al castillo. Diviso a Gamar que se acerca a paso acelerado hacía mí.

—¡Una sanadora! —demando sin mayor explicación—. ¡Necesito una sanadora!

El rey contempla a Eleonor entre mis brazos, comprendiendo la

situación, de inmediato instruye a algunos soldados para ir en búsqueda de lo que estoy solicitando.

Ingreso a la deshabitada fortaleza, no me detengo, subo las escaleras hasta llegar al cuarto de Eleonor. Quito las mantas de la cama y la deposito con cuidado.

—Ve a la cocina trae agua, vendas, ¡lo que sea! —ordeno a Bóreas que está detrás de mí.

Abro los postigos de las ventanas para que la habitación se ilumine. Con sumo cuidado le quito la cota de malla. Acto seguido, tomo una cuchilla que encuentro sobre una mesa. Me acerco al maltratado cuerpo y corto la tela que aún la cubre. Una vez que se encuentra desnuda, comienzo a buscar otras heridas. Cada cierto tiempo compruebo su pulso y respiración, los cuales se mantienen, débiles, pero constantes. Encuentro algunos rasguños superficiales en su cuerpo, pero ninguna otra lesión importante. Me centro en su abdomen y lo amoratado de su piel me indica que algunas de sus costillas se encuentran trizadas o fracturadas. La desgarradura de su brazo desapareció casi por completo y solo necesitará de algunas puntadas. Lo que me preocupa es su vientre. La daga que la hirió perforó demasiado profundo y la hemorragia continúa.

Rasgo algunas sábanas y cubro las partes de su cuerpo que pertenecen a su intimidad.

—No me dejes —susurro, acariciando su rostro con mis temblorosos dedos.

Bóreas regresa cargando un cubo con agua y algunas vendas en sus manos. Rápidamente mojo una de las telas y la acerco a sus labios, intentando que beba. La frustración es inmediata al no obtener ningún tipo de reacción. La impotencia me atropella al no poder hacer más.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que escucho los rápidos pasos del exterior. Lo único que pude hacer fue limpiar su cuerpo y los cortes tratando de evitar algún tipo de infección que, estas alturas, no sé si servirá de algo. Emery entra en la habitación con su rostro sudado y la mirada anhelante.

—Sigue con vida —informo, pero mi tono está lejos de la esperanza.

Dos mujeres ingresan apresuradas a la habitación, y más tarde, otras dos cargando cestas en la cuales portan hierbas, frascos, vendas, agujas. Una de ellas nos solicita que abandonemos la estancia, y la negativa queda en la punta de mi lengua cuando Emery, sin ninguna cordialidad, me toma del brazo sacándome del aposento.

—Debes dejarlas trabajar. —Su expresión me indica que no es una invitación, más bien, es una orden.

Salgo contra mi voluntad, y el sonido de la puerta al cerrarse hace que la bilis que se había mantenido en mi estómago, al fin haga su

aparición. Me muevo hacia el final del corredor, y el vómito sale expulsado de mi boca.

Me tomo unos segundos tratando de recomponerme, no obstante, la quietud está lejos de llegar. Golpeo con mi puño la pared y el crujido, junto al dolor de mis nudillos, no es nada para el martirio que grita mi alma.

Los ruidos de pesar se filtran por lo recovecos del castillo. Los heridos comienzan a llegar a la fortaleza, alertándonos de que el sufrimiento está lejos de terminar.

Las horas pasan y me quedo sentado afuera de la habitación, junto a Bóreas. Las doncellas han salido y entrado, pero ninguna ha entregado alguna información satisfactoria. Emery se unió a los soldados para ayudar con los que se encuentran malheridos y, de seguro, organizar la última despedida para los caídos.

Escucho nuevos pasos que se acercan desde la escalera, pero no soy capaz de levantar la cabeza. Todo mi cuerpo se siente como una vasija quebrada. El vigor que en un momento me acompañó ante el ardor de la batalla, me abandonó. Percibiendo ahora en mis músculos el desmedido esfuerzo que efectué para llevar a cabo mi objetivo. La herida de mi brazo y tobillo arden, incesantes, al igual que las laceraciones de mi interior. La sangre de las muertes ejecutadas cubre mi piel, transformándose en desecadas costras que, aunque las limpie, jamás me abandonarán.

—Debemos hablar. —Una figura se detiene a mi lado. Reconozco su voz, pero lo ignoro al ser la última de las personas con las que quiero dialogar.

Gamar está de pie a mi lado y, al no recibir ninguna reacción de mi parte, termina pateando mis botas. La provocación y la nula paciencia que me queda hace que me incorpore de un salto a encararlo.

—Dije que debemos hablar. —El rey de Aquilón mantiene su posición erguida, con su rostro a unos pocos centímetros del mío.

—Ahora no —objeto de forma áspera y apática, indicándole que, en este momento, no debe meterse conmigo. Nada de lo que pueda decir me interesa no, al menos, hasta saber el estado de Eleonor.

—Discúlpeme, Heredero al trono del Valle Oscuro —responde con burla y arrogancia—. ¿Cuándo será entonces el momento para que usted pueda darme una audiencia?

—¿Qué demonios te ocurre? —Bóreas se levanta a mi lado, increpando al monarca.

—El asunto no es contigo. —Mira con desprecio a mi hermano.

—Deberías hablarle con más respeto al hombre que salvó tus altaneras nalgas —responde Bóreas.

—¿Salvar? —Gamar cuestiona con desdén—. Entonces debería agradecerle por detener a un pueblo que destruyó medio Badru. Su pueblo. Su padre. Sin mencionar la gratitud que siento por haberse acostado con mi esposa horas antes de la batalla. Pues muchas gracias, su alteza, por comportarse, hasta el último momento, como la escoria que es tu linaje.

Mi puño conecta en su mandíbula y, al parecer, es lo que estaba esperando ya que se abalanza sobre mí. Bóreas mueve su pierna obstruyéndole el paso y el monarca se tropieza. Mis nudillos vuelven a impactar en su rostro, haciéndolo caer y, esta vez, espero que no se levante.

—Al menos sabemos cómo pelear —Bóreas se mofa del pobre intento de Gamar.

—Con artimañas, no me sorprende, —Escupe un hilo de sangre y desde el suelo patea mi tobillo herido. Doy un paso atrás y Gamar se levanta—. Las sentencias por sedición y asesinato se llevarán a cabo esta tarde contra todos los habitantes del Valle Oscuro.

Me paralizo al escuchar sus palabras. Mis manos se empuñan con fuerza, al comprender el alcance de su declaración.

—Estás demente si piensas que dejaré que los condenes. Ellos estaban bajo las sombras, sus actos no fueron conscientes —condeno, turbado y sin comprender por qué ahora se toma esta resolución.

—¿Esa es la excusa? —me increpa—. Cometer crímenes amparados bajo las sombras. ¿Acaso eres tan ingenuo al pensar que sus actos no tendrían consecuencias?

—¿Quién te nombro a ti juez y verdugo? Si mal no lo recuerdo, tu pueblo, hasta hace poco, vivía al margen de los territorios, robando y contrabandeando sin trabajar un día bajo el sol.

—Yo creo que tiene lastimada su hombría —Bóreas alude, mientras se mira las uñas de forma despreocupada.

La cara de Gamar se enrojece de furia y miro de soslayo a mi hermano. No sé si quiero aplaudirlo o hacerlo callar. Sus intervenciones no están ayudando.

La puerta de la habitación se abre y me olvido por completo del cretino de Gamar. Una de las doncellas nos hace un gesto para que, al fin, entremos. No reparo en el monarca ni en que es su esposa la que está en el interior. Soy el primero en ingresar.

Capítulo 33

La habitación se encuentra iluminada por velas y el fuego que arde en la hoguera. Sin haberme dado cuenta, el día transcurrió llegando la noche. La mayoría de las doncellas se retiran, quedando una de ellas en el interior. Me sitúo a los pies de la cama y Gamar, cerca de la cabecera. Eleonor se encuentra aún con sus ojos cerrados, como si estuviera en un apacible sueño. Su brazo está vendado y los cortes que quedan a la vista han sido embadurnados con algún ungüento de color verdoso. La ropa de cama la cubre hasta su cintura, por lo que no puedo apreciar la lesión en su vientre.

—El ritmo de su corazón aún se encuentra débil, pero se mantiene constante —La mujer comienza la explicación—. La mayoría de sus lesiones no son de complejidad, solo deben mantenerse limpias para que no se infecten. Una de sus costillas se encuentra fracturada, con el pasar de los días se recompondrá. La herida que sufrió un su vientre es la de mayor preocupación. Suturamos el profundo corte, pero las consecuencias de esta laceración se evidenciarán con el tiempo. No sabemos por qué aún no recobra la consciencia, no encontramos ningún golpe en su cabeza. Tal vez sus contusiones la mantienen dormida. Por nuestra parte, es todo lo que podemos hacer. Ahora solo queda esperar.

Mi primer impulso es acercarme a Eleonor, no obstante, mi cercanía con ella ya ha traspasado los límites infranqueables al ser la reina de este territorio y la compañera del ahora necio e irracional Gamar. Podría rebelarme y cómo lo he hecho, seguir luchando por lo que ahora dictan mis sentimientos. A mi pesar y, en este caso, mi juicio ya no se encuentra nublado. Como dijo el monarca de Aquilón, las excusas ya no existen para continuar en una batalla que la perdí desde el inicio.

Contemplo por última vez a Eleonor con la angustiante esperanza de que despertará y si no lo hiciera, lo único que queda a mi alcance por hacer, es ejecutar su anhelada aspiración. Un Badru libre de conflictos, en donde cada ser que habita en él, sea tratado con respeto e igualdad. Como lo prometí, ninguna muerte será en vano y tampoco dejaré que prosiga el derramamiento de sangre. Cuadro mis hombros en un silencioso compromiso y, aunque cada parte de mí se quiebra, doy un paso atrás. Lo hago. Me retiro de la alcoba.

En el corredor le solicito a una de las doncellas que me prepare un cuarto, dispuesto con una tina y con lo necesario para curar mis

heridas. Bóreas me sigue en silencio y descendemos las escaleras.

El bullicio del castillo se hace patente en mis oídos, al igual que la sobrecogedora imagen que encuentro en el salón principal. Soldados aliados con diferentes lesiones son atendidos por las mujeres de este reino. Algunos, al notar mi presencia, me observan y sus expresiones son contradictorias, entre las cuales puedo identificar asombro, respeto, pero también temor y resentimiento. De seguro el enfrentamiento que se llevó a cabo quedará marcado en la historia de nuestro pueblo. Y las versiones que serán contadas, dependerán de cada una de las perspectivas. No existiendo ninguna errada.

—¿A dónde vamos? —Bóreas pregunta, acompañándome a las afueras de la fortaleza.

—Necesito encontrar a Emery —respondo, buscando a la única persona que podría tener un punto de vista imparcial e indulgente en este momento.

La visión de la fachada del reino me inmoviliza algunos segundos. Las antorchas que han sido dispuestas iluminan de forma lúgubre la nueva realidad. Carros repletos de hombres muertos se mueven con lentitud hacia las piras fúnebres. En esta oportunidad no se han elaborado las últimas moradas de madera para despedir a los fallecidos. Sería imposible armar tal cantidad, considerando a los que perecieron. Lo que hacen es apilarlos y quemarlos en grupos.

Mujeres y niños se encuentran en los costados, elevando sus plegarias de despedida, mientras que otros intentan limpiar la sangre que aún impregna el suelo. El sector que lleva a los calabozos está atestado de los habitantes del sur que fueron apresados.

Entre la multitud diviso a Emery. Me dirijo a su encuentro, y apuro el paso cuando me percato de que discute, acalorado, con un soldado.

Al verme los guerreros del Valle Oscuro, algunos muestran alivio en sus miradas, y otros, resquemor.

—En el consejo se decretó que todos los prisioneros serían tratados con deferencia —Emery encara a uno de los guardias.

—Mataron a mi hermano. No existe la consideración para estos animales. —El hombre levanta su brazo sosteniendo un látigo.

No alcanza a dar el golpe y atrapo su muñeca en el aire.

—Baja eso —ordeno. Indicándole con mi expresión que no admitiré una negativa.

El hombre, al reconocerme, duda unos segundos y, aunque en el fondo de su mirada percibo que quiere enfrentarme, su espabilado juicio le indica que no se meta conmigo. Baja su brazo y refunfuñando, se aleja. No sé si me complace el temor que, al parecer, infundo, sin embargo, es algo que podría jugarme a mi favor. Como una vez me comentó el fallecido rey Leónidas: el liderazgo se obtiene de dos formas; con miedo o respeto. La línea entre estas dos acciones

es demasiado delgada y, a veces, se necesita de las dos para unificar a las masas, o llevar los pueblos a la destrucción.

—¿Eleonor? —Emery pregunta con clara angustia en su voz.

—Ha sido atendida, sigue inconsciente. La sanadora dice que hay que esperar. —Veo cierto alivio en sus ojos, pero su expresión se mantiene tensa.

—Existe otro problema que hay solucionar. —Me guía hacia la fortaleza.

Durante el trayecto contemplo el maltratado estado de los hombres del sur. Algunos encadenados, otros ensangrentados, y muchos heridos. Ninguno ha sido atendido o se le ha entregado el mínimo cuidado. Tal como lo dijo el guardia, son tratados sin consideración, están en un rincón, peor que animales.

—Esto está mal —interviene Bóreas que sigue mis pasos, pegado a mí como mi nueva sombra—. Sé que fueron los causantes de esta guerra, pero ya no se encuentran en la oscuridad. De haber sucumbido yo a las tinieblas tampoco hubiera estado consciente de mis actos, tú lo sabes. Lo viviste.

—Lo sé —respondo en un tono exhausto. Tampoco me he limpiado, comido o descansado. Además, el peso de la responsabilidad que no quiero asumir se asienta en la base de mi estómago, como un gran yunque que es difícil de remover.

Emery nos guía hasta un salón en el primer piso y cierra la puerta para tener privacidad.

—Gamar, hace un rato atrás, amenazó con sentenciar a todos los hombres del Valle Oscuro por los actos cometidos —abordo sin rodeos.

—Lo escuché —confirma Emery con el mismo tono exhausto. Camina hasta sentarse en un extremo del lugar. Lleva varias heridas suturadas en sus brazos y una en su mejilla. Su cuerpo fue aseado y su ropa se encuentra limpia. Su semblante, pese a esto, se mantiene demacrado—. La situación es insostenible. La mitad del reino está de acuerdo con las medidas que pretende realizar su rey. ¿Y quién los puede culpar? Después de todo, la gente del sur fue quien masacró a sus seres queridos.

—En el consejo se dispuso que todo prisionero se trataría de manera justa —le recuerdo.

—El consejo ya no existe. —Emery exhala, ofuscado—. Los Antiguos Ancianos perecieron y ellos eran los que ponían una cuota de equilibrio en esta situación. Lo queramos o no, todos manteníamos cierto respeto hacia ellos. Ingelborg la regente de la Casa de los Osos se encuentra preocupada por sus hombres. Eleonor, como lo sabes, no está en condiciones de hablar por la Casa de los Ciervos, y sin su respaldo, mi representación de Vulpis es nula. Sobre todo, al

representar a un rey que prefirió dejar el destino de su gente en manos de otro.

—¿Y eso es todo? ¿Dejarás que Gamar decida el futuro de Badru? —cuestiono, ofuscado.

—Lamentablemente, la alianza en matrimonio que unió a la casa de los Ciervos y Aquilón para luchar, ahora le está entregando a Gamar el liderazgo como monarca de los reinos y, posiblemente, como rey de Badru. Él podría reclamar la corona.

—Asumo que no permitirás eso —indago, alarmado por la connotación de sus palabras.

—Yo no tengo liderazgo, como dije, la palabra del rey de Vulpis no tiene ningún peso en las decisiones del reino.

—Pues yo no lo permitiré —Al decretar esto inhalo profundo. Determinado a lo que tengo que hacer, pero consciente de las consecuencias.

—¿Comenzarás una nueva disputa? —Emery me mira desconcertado.

—Asumiré el trono del Valle Oscuro —proclamo sin ningún tipo de titubeo. Emery está perplejo y Bóreas asiente en mi dirección.

—No tienes que hacerlo. —Emery se incorpora, visiblemente afectado. Él, al igual que yo, sabe lo que esto implica.

—No tengo, pero es lo que debo hacer. Los líderes consanguíneos del Valle Oscuro están muertos. Según la línea de sucesión soy el heredero, y la única forma de detener lo que está por ocurrir, es reclamar el trono. Estoy seguro de que nadie se va a oponer a mis pretensiones. —Miro a Bóreas de soslayo. Él, por su linaje, también lo podría reclamar.

—Todo tuyo —accede, dejando claro con su mirada, que esa responsabilidad no la quiere.

—Necesito que convoques una audiencia para un nuevo consejo y, ojalá, que sea esta misma noche —indico a Emery—. De ser posible, sacaré a los hombres del Valle Oscuro mañana mismo de Aquilón. Nos marcharemos al sur. A nuestro reino.

—¿No estarás hablando en serio? —Emery cuestiona, observándome como si me hubieran salido dos cabezas—. ¿Qué pasará con Eleonor?

—Ella ya trazó su destino y, tal como lo clarificó en la ceremonia de matrimonio, mantendrá su palabra hacia Gamar.

—Pero después consumó el enlace contigo, no con él —Emery presiona, aduciendo una de las acciones que tiene indignado al monarca de este reino—. Ella te ama y sé que tú también a ella.

—¿Y de qué nos sirve eso? —Levanto la voz, frustrado e impotente ante la destemplada realidad —. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué la rapte?, o mejor, ¿enfrentarme a Gamar para iniciar una nueva guerra?

Los dos sabemos que esto inició de la misma manera, por amor y despecho. No estoy dispuesto a repetir los errores de nuestros ancestros para retomar una masacre sin sentido. La guerra terminó y, como lo has observado, no existe ningún vencedor. Todos perdimos algo. Lo único que hoy está al alcance de mis manos, es tratar de reestablecer el orden entre los territorios. Es por lo que todos luchamos, y es por lo que tu hermana sacrificó todo lo que tenía. Y esa es una forma de mostrarle mi incondicional amor. Que todo a lo que renunció no sea por nada. Existen demasiadas cosas que deben cambiar, pero otras no lo harán. Lo que más necesitan los habitantes de Badru en este momento, es estabilidad y paz. No que el heredero del Valle Oscuro seduzca a la reina de Aquilón y próxima reina de todos los reinos. No sería muy honorable de ninguna de las dos partes. Y no me digas que la honorabilidad depende de la perspectiva. A los que sí les importa nuestra dignidad es a las personas para las que gobernamos, las cuales pusieron su vida en nuestras manos para terminar la guerra.

»Como lo hemos conversado, algunas costumbres podrán cambiar, otras se adaptarán, y otras quizás desaparezcan, pero bien sabemos que esto no será de la noche a la mañana. Como tú mismo lo has presenciado, el odio y el resentimiento que sienten hacia cualquier habitante del Valle Oscuro no se esfumará de forma mágica. Y lo más probable es que, aunque pasen décadas, la confianza no se recompondrá. Lo que ocurrió será una herida expuesta y punzante que no cicatrizará tan fácilmente. La forma más sencilla sería, quizás, matarlos a todos, y acabar con el Valle de los lobos, pero ¿qué pasará con sus familias, esposas e hijos que los esperan en el sur? Por las expresiones que observé en los guerreros, muchos sé que prefieren la muerte a la deshonra de sus actos, y créeme que es lo que también en un momento hubiera preferido yo. Ni Bóreas, ni, ellos ni yo, tenemos la culpa de lo que pasó, no obstante, nos guste o no, debemos cargar con las consecuencias. Y si se puede reconstruir la horrible imagen que tiene el reino, en eso me enfocaré. No es justo que todo un pueblo se tenga que extinguir. De eso no se trata gobernar justamente y es por lo que peleó Eleonor hasta el último momento, y es lo mismo que haré yo.

—Entiendo lo que expones —conviene Emery después de unos segundos—… Pero…

—La decisión ya la he tomado —lo interrumpo. No quiero escuchar nada de lo que me pueda hacer dudar de lo que ya resolví.

Sé que, para muchos, parecerá disparatado que asuma el liderazgo de un reino en el cual no crecí y causó dolor en tantos e incluso en mí, pero es mi legado. Uno que no me gustaría adquirir, pero en el que, además de observar su descarnada brutalidad por el encantamiento,

también descubrí la bondad y fortaleza de quienes no fueron consumidos por la oscuridad. Mi hermano Bóreas y mi madre, los dos lucharon contra la adversidad poniendo sus vidas en riesgo. Para mí esto es una señal clara y fehaciente de que no todo está perdido.

—Por lo visto no podré hacerte cambiar de parecer —Emery acepta y, en esta oportunidad, su tono se percibe seguro. Se acerca y pone su mano en mi hombro—. Cuando dije que eras honorable, estaba en lo correcto. Lo único que lamento es que tengas que seguir sacrificando lo que realmente deseas, mas lo entiendo. Es lo que nos corresponde hacer a los que estamos encadenados por sangre a una opresiva responsabilidad.

—Una responsabilidad que no define únicamente nuestros destinos, sino la de muchos —añado, percibiendo la gran carga de mis palabras y de la obligación.

—Convocaré la audiencia y en ella tendrás mi completo respaldo. Estoy seguro de que mi hermana, de poder participar, sería la primera en rechazar las acciones que Gamar pretende llevar a cabo. Ella, al igual que tú, nunca dejarán a los pueblos en desamparo, aunque esto los deje en soledad.

—La soledad, al parecer, es lo que por designio nos corresponde a quienes no podemos ser libres.

—Podrían ser menos deprimentes —Bóreas interviene, exasperado —. Aún hay mucho por hacer y ese tono tan dramático está a punto de hacerme vomitar. Ya que ahora tomarás el trono, y puede que me convierta en tu consejero, debo decirte que espero que nada de lo que dijeron en esta habitación salga de aquí. No es una perspectiva muy alentadora, sin mencionar que escuchar a dos fuertes líderes lloriqueando por lo que no pueden tener, me hace querer apuñalarme. Y créanme que si yo fuera una de las personas a las cuales deben convencer, no tendrían mi compromiso.

—¿Estás seguro que quieres a este crio como consejero? —Emery esboza una pequeña sonrisa.

—¿Qué puedo hacer? Ya lo dijiste. Nos encontramos obligados y encadenados por sangre.

Capítulo 34

Termino de vestirme, una de las doncellas pudo recuperar unas prendas limpias de color negro. Emito un pequeño gruñido al calzar la bota izquierda y rozar mi pantorrilla, lugar donde la herida de colmillos ha sido zurcida y vendada. Mi brazo derecho se lamenta al moverlo y tirar las puntadas.

Para ser sincero, en cada respiración, mi cuerpo se siente magullado.

Después del baño y quitarme la sangre que aún me cubría, descubrí muchas más lesiones de las que podía sentir. Me acerco a la ventana y la cierro para evitar que siga entrando el humo de las hogueras. El olor a carne quemada es algo que por mucho tiempo quedará impregnado en mi recuerdo.

Me giro al escuchar que la puerta se abre. Bóreas entra en la habitación, también se ha cambiado de ropa y está aseado. Lleva en una de sus manos un trozo de pan. Lo parte por la mitad y me lo lanza.

—Las provisiones se encuentran escasas —comenta mientras mastica un bocado.

—¿Lo conseguiste? —pregunto mirando hacia el corredor.

—¿Aún dudas de mis capacidades? —Me mira serio, para luego invitar a la que persona que cité—. Rivor, pasa.

Uno de los comandantes del Valle Oscuro que sobrevivió a la batalla ingresa a la estancia. Su apariencia no es mejor que la de los guerreros que se encuentran en el exterior. Su ropa raída y manchada de rojo. Varios cortes en su piel. Pero, sin duda, lo más demacrado es su expresión.

Bóreas cierra la puerta, y el hombre se queda de pie en el medio de la habitación, sin estar seguro de qué hacer o dónde mirar.

—Quiero que me digas, ¿cuál es tu postura frente a lo que ocurrió? —pregunto al guerrero que fue un fiel servidor de mi padre y del reino en la oscuridad. El que en varias ocasiones me enfrentó y, hasta el último minuto, intentó matarme.

—No estoy seguro de qué es lo que quieres oír —Rivor replica, desorientado y, al mismo tiempo, intimidado. Sabe que su vida está pendiendo de un hilo y, como muchos, no tiene la menor idea de a quien le debe lealtad en este momento.

—Esto no se trata de lo que quiero oír, esto se trata de saber qué es lo que realmente piensas tú y el resto de los hombres que despertaron de la oscuridad. Te aseguro que tus palabras no tendrán ninguna injerencia en las acciones que se vayan a tomar.

—Yo no estoy seguro… —habla con la mirada un tanto pérdida —.

En un instante quería eliminar a cualquiera que se me ordenara, y luego ya no había nada. Solo mis manos manchadas de sangre, junto al dolor y el miedo. No me siento orgulloso de mis actos y te aseguro que la humillación me azota a cada minuto. Los recuerdos de lo que hice me acechan y, aunque los quiero repeler, aparecen. —La voz del hombre se quiebra al final.

—Yo no te puedo entregar ni a ti ni a nadie la absolución de las acciones que realizaron bajo el encantamiento. Es algo que cada uno deberá buscar por su cuenta, y en esto también me incluyo. Lo que sí puedo hacer es tomar el trono del Valle Oscuro bajo un nuevo régimen y salvarlos de una posible ejecución. Es ingenuo pensar que todos me seguirán o validarán mi posición como nuevo líder. Sobre todo, cuando la mayoría se encuentra luchando sus propias batallas personales, pero debo intentarlo.

—¿Por qué? La mayoría somos asesinos. —La vergüenza cubre sus palabras.

—¿En este momento matarías a un inocente por venganza, por poder o por maldad?

—No.

—¿Si tu líder te lo indicara?

—No me gustaría estar nuevamente bajo las órdenes de un líder que ostentara tales cualidades.

—Eso es lo que quería escuchar —afirmo, de alguna forma, satisfecho.

—No todos los hombres creen eso —Rivor se apresura a aclarar —. Algunos piensan que el Valle Oscuro es el que debe gobernar y qué están siendo tratados de manera injusta. Muchos quizás, si son exonerados, puedan buscar venganza.

—Estoy consciente de eso. Lo que quiero construir no será nada sencillo, pero se requiere intentarlo. —Asiento hacia él—. Y para comenzar, necesito saber si me apoyarás como nuevo monarca. Después de morir Priust y Celsius, eres el hombre de mayor rango al cual seguirán los hombres. Lo que decidas, estoy seguro, será corroborado por la mayoría.

—Si tus pretensiones son justas, y puedes llevarnos de vuelta a nuestra tierra y con nuestras familias, te aseguro que no solo tendrás mi lealtad, sino la de todos los hombres que ahora se encuentran ahogándose en la miseria.

—En lo referente a «justo», tendremos que trabajar en conjunto. Estoy seguro de que la mayoría no se encontrará de acuerdo con las nuevas normas, sin embargo, es lo único que tienen —abordo con firmeza ante el hombre. Mi labor como monarca da inicio y, aunque un halo de temor me cubre por el compromiso que estoy adquiriendo, al igual que ellos, es lo único que tengo—. Necesito que hables con los

hombres, mientras tanto yo me pronunciaré en el consejo y abogaré por ustedes. También necesito que encuentres a un hombre de confianza que esté dispuesto a ponerse a las órdenes mías y de Bóreas. Es indispensable que lo acompañe de inmediato al Bosque Blanco.

El hombre me mira un tanto desconfiado por el mandato, y de inmediato le aclaro.

—No se trata de ningún nuevo ardid. Bóreas va en busca de una persona que es importante para él.

Rivor asiente, colocándose bajo mis órdenes. La desconfianza la puedo palpar en su expresión, y no lo puedo culpar. La última vez que confió en uno de sus líderes, terminó cometiendo brutales crimines. Además, yo tampoco confiaría en el hijo del hombre que los arrastró a la oscuridad. La seguridad la deberé construir a través de acciones más que con palabras, demostrándoles que mis intenciones son completamente opuestas a las que profesaba el hombre que me engendró. El comandante se retira con una nueva misión y, pese al sombrío escenario en el que se encuentra, percibo una leve ilusión en su mirada.

Una vez que la puerta se cierra, mi hermano me extiende la pieza en metal que le encargué.

—¿Estás seguro de esto? —cuestiona, serio.

—¿De cuál parte? ¿De dejar a la única persona que he amado? ¿De liderar a un pueblo que es la humillación para el reino? ¿De dejar todo para asumir una corona que es el repudio de todo el mundo?

—Me refería a usar el broche.

—Si vamos a asumir este cometido. Lo haremos de la forma correcta. —Respiro hondamente, mientras prendo el broche a mi pecho. La insignia del Valle Oscuro me da la bienvenida, y la imagen del lobo con sus fauces abiertas me intimida, pero también me entrega la fortaleza de su especie para aceptar con agallas este intrincado desafío.

Bóreas me observa unos segundos, luego hace un gesto que me paraliza y sorprende.

—Mi lealtad y espada se encuentra a vuestra disposición —ofrece, solemne, al tiempo que planta su rodilla en el suelo y baja la cabeza.

—Levántate, no debes hacer eso. —Me acerco para que se levante.

—No debo, pero quiero. —Se incorpora, y cualquier atisbo de su conocido sarcasmo, no existe en las siguientes palabras—: A la única persona que le había profesado mi lealtad fue a Eleonor, y ahora lo hago ante ti, porque te lo has ganado. Nunca pensé que sentiría orgullo por alguien de mi sangre, y tú has cambiado mi percepción. Como lo dije, mi lealtad y espada es vuestra. Hermano.

Nos miramos algunos segundos en silencio, y debo contenerme para no dejar que las lágrimas que arden en mi pecho hagan su

aparición. Al igual que él, tampoco pensé crear un lazo tan fuerte hacia alguien de mi linaje. Sin mencionar que el despertar de las sombras ha hecho que mis emociones se encuentren en un bucle de inestabilidad y vulnerabilidad. No obstante, no puedo negar que la cercanía de mi hermano me ha entregado luz en la nefasta oscuridad.

—¿Conseguiste caballos? —pregunto, carraspeando para acentuar la firmeza en mi voz.

—Emery se encargó de aquello.

—De seguro Sondra se encontrará muy complacida al verte.

—Se lo debo, sin ella no estaría aquí —asevera, pero su semblante se mantiene sombrío.

—Sé que extrañas a Nube, para ti fue más que un animal, quizás el destino los vuelva a unir.

—Nunca pensé que se marcharía, siempre tuve la ilusión de que una vez que el encantamiento desapareciera, se quedaría. Pero está bien, todos merecemos la libertad y él se merece estar con su manada. —Ahora él es quien carraspea para aclarar su voz.

—Debes partir ya. —Coloco mi brazo en su hombro, dándole apoyo —. Apenas consiga el consentimiento nos marcharemos, y no me iré sin ti.

—Lo sé —asegura con arrogancia—. ¿Quién más podría detenerte para no perder tu boba cabeza?

Antes de que pueda responder, se escabulle con rapidez saliendo de la habitación. No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa, la cual desaparece al recordar mi próxima tarea. El temor ante lo que estoy por realizar se mantiene constante, pero lo alejo. La decisión la tomé porque realmente creo en la construcción de algo mejor y, sobre todo, por Eleonor. Ella se merece el sacrificio que voy a realizar.

Sin más preámbulos, me dirijo al salón de la primera planta en donde me esperan. Al trasponer el umbral de la puerta encuentro a Gamar sentado en un sillón en el centro ostentando su liderazgo. En los otros sitiales se ubican Emery e Ingelborg.

Me interno en el salón con seguridad, percatándome de que también en el interior hay varios guardias del Reino de las Águilas. Me acerco quedándome de pie, puesto que no existe otra silla en la habitación. Hecho que me indica que Gamar no lo hará fácil. La puerta se cierra y dos guardias de inmediato la custodian. Mi primer impulso es plantar mi puño en la cara del rey, pero me recuerdo que esto no se trata de mí.

—Si solicitaste la audiencia para hacerme cambiar de opinión con relación a las sentencias, pierdes tu tiempo —Gamar se apresura a advertir.

—Primero me gustaría ofrecer mis más sinceras disculpas hacia su majestad si de alguna manera lo ofendí. —Intento, por mi parte,

reflejar la veracidad en mi ofrecimiento y, además, mantener la calma ante la hostilidad de su declaración.

—La ofensa hubiera sido solo hacía mí, si la situación se hubiera mantenido con discreción. Desafortunadamente, tu padre se encargó de pregonarlo delante de todo el reino. Por lo que el insulto fue hacia todo mi pueblo.

—¿Te refieres al pueblo que profesaba el amor libre y el cual no creía en el matrimonio? —cuestiono conservando la quietud, pero sin poder evitar la ironía en mis palabras.

—La situación ahora es diferente —responde con la misma pasividad, pero no pasa desapercibida la tensión e irritación en su rostro—. Al menos en el último consejo se acordó de que se necesitaba un cambio. Y para esto lo primero y esencial es el respeto. Uno que, al parecer, sigues desconociendo.

—Si tu problema es personal y hacia mí, después que termine la audiencia, te invito a que lo solucionemos —respondo perdiendo la poca paciencia que quise sostener.

—Por supuesto que lo haremos.

—Pensé que esta audiencia sería para definir el futuro de Badru, no para presenciar la fanfarronería de dos machos que pretenden competir por el tamaño de su hombría —Ingelborg interviene—. Además, por lo que entiendo tu matrimonio con Eleonor fue por los beneficios políticos. Con quien ella se acueste me tiene sin cuidado.

—Ingelborg tiene razón. Si no quieres aceptar mis disculpas es tu problema. —Observo a Gamar—. Y como lo has mencionado, la mayoría está en conocimiento del vínculo que poseo con Eleonor, el cual lamento clarificarte, trasciende cualquier corona. Y lo sabías al desposarte con ella. Que la realidad deba enfrentarnos a cumplir nuestras obligaciones, no va a quitar los sentimientos que yo aún conservo por ella. —Gamar trata de interrumpir, pero no le doy la oportunidad de hacerlo—. También estoy seguro de que la mayoría de los habitantes se encuentra más preocupado de lo que sucederá con sus vidas, que de asuntos de carácter íntimo de sus líderes. Lo más probable es cualquier hecho que crean conocer, será comentado como un cotilleo de pasillos que cualquier otra cosa. Dejando aclarada esa situación que es la menos importante, mi interés es hablar con relación a las sentencias que pretendes llevar a cabo.

La expresión de Gamar se contrae, pero se toma algunos segundos para responder. Podrá mostrarse engreído ante el poder que hoy alardea, pero no es tonto. Si pretendía seguir el camino del agravio hacia su reciente matrimonio, es evidente que no posee el apoyo.

—Una de las circunstancias que sí es de carácter público son las trasgresiones por parte de los habitantes de Valle Oscuro, las cuales, de no ser repudiadas, darán una errónea imagen de que cualquiera

puede cometer atropellos y no existirán consecuencias.

—Créeme que la muerte ni siquiera se acerca a la condena que vivirán las personas que despertaron de la oscuridad. Y lo digo desde la más despiadada certeza al haberlo vivido en carne propia.

—Gamar tiene un consistente argumento —Ingelborg interviene—, pero lo que ocurrió fue algo excepcional. Yo misma me he acercado a conversar con los hombres que ahora se encuentran prisioneros, y pude comprobar que no estaban conscientes de las acciones que cometieron.

—Siempre existirá una excusa para perpetrar alguna falta —Gamar rebate, sin dar su brazo a torcer—. La ignorancia, la miseria, la indigencia.

—¿Cuál era la excusa de tu pueblo? —cuestiona Emery, que se había mantenido en silencio—. El Reino de las Águilas por décadas vivió de las ganancias de otros. Espero que el enlace que llevaste con la Casa de los Ciervos, que, en su momento, fue el territorio más acaudalado de la región, no haya sido para continuar usufructuando de esto.

—¿Cómo te atreves a acusarme de algo así? —Gamar se levanta airado.

—Las intenciones que has divulgado en estas últimas horas carecen de objetivad, más bien se han basado en emociones viscerales, anteponiendo la venganza y la arrogancia. Así que discúlpame si cuestiono tus reales pretensiones. Sí lo único que sigues pensando es en el bienestar del territorio de las Águilas, me tomaré la atribución de hablar en nombre de mi hermana. Quien estoy plenamente seguro que estaría de acuerdo en mis palabras y en las del heredero al trono del Valle Oscuro.

El rostro de Gamar se enrojece, no sé si de ira o vergüenza, tampoco lo puedo comprobar al escuchar la voz que llega desde la entrada de la habitación.

—Así es —Eleonor ratifica débil pero segura—. Secundo las palabras de mi hermano.

Capítulo 35

Reino de Aquilón

La oscuridad se desvanece, pero no así la agonía. Mis párpados se abren con dificultad, y advierto la sequedad en mi boca. El instinto me lleva a levantarme cuando recuerdo la batalla, la sangre y a Calesia atacándome. La desorientación es inmediata al encontrarme acostada en el interior de una habitación. Una doncella se acerca rauda y me sujetan, impidiendo que me levante. El dolor de mi cuerpo es intenso, unido al martillar en mis sienes.

—Mi señora, debe recostarse —La mujer señala, mientras me ofrece un vaso con agua.

—¿Qué ocurrió? —Es lo que logro murmurar ante el torbellino de cuestionamientos.

—La guerra terminó. —Una voz familiar me llega desde la puerta. Una de mis dudas es respondida junto a cierto alivio.

Bóreas se acerca y toma el lugar de la doncella a mi lado. Ignoro que él también intenta que me recueste, y me muevo para salir de la cama.

—No te levantes, aún estás débil, sin mencionar que nos diste un susto de muerte.

—¿Priust murió? —pregunto al darme cuenta del vacío de la conexión. Mi juicio, de alguna forma, se siente libre, pero mis emociones galopan en todas direcciones. Como si el muro que las contenía al fin hubiese desaparecido.

—Alen lo mató —Bóreas confirma. Mi expresión se contrae en preocupación ante el nombre que pronuncia, y quiero saber si aún continúa vivo. El pequeño príncipe, al parecer, lo nota y se apresura a decir—: Se encuentra con vida.

Exhalo el aire que había contenido y me recuesto al notar la pesadez en mi cuerpo.

—Gamar también lo está por si te interesa. —El tono irónico de Bóreas hace que me dé cuenta de que mis prioridades, para mi infortunio, siguen siendo las mismas y ahora no es una excusa la unión del encantamiento.

Por la siguiente persona que pregunto es por mi hermano y después de confirmar que también se encuentra vivo, Bóreas me relata los hechos que ocurrieron desde mi fallecimiento.

—Quería verte antes de partir al Bosque Blanco, me alegra que despertaras —termina explicando.

La mención al reino de los Antiguos Ancianos capta mi atención,

pero no del todo. Todavía continúo digiriendo todo lo comentado por Bóreas. El alivio que pude sentir al saber que mis seres queridos se encuentran a salvo, es mitigado por la tristeza de la pérdida de Taviana y Nube, quienes, según el relato del joven príncipe, se marcharon junto a la manada. Al menos para él y para mí, el acompañamiento de nuestros lobos, nos entregaron fortaleza en momentos difíciles.

En lo siguiente que pienso es en la definitiva extinción de los hechiceros, a quienes le debemos su cooperación para dar término al conflicto. Nunca fueron de todo mi agrado, con excepción de Asila, pero eso no suprime el hecho de que se sacrificaron, entregando su propia existencia para salvar la vida de tantos y, especialmente, la mía.

Otras de las imágenes que regresan es del cuerpo mutilado de la Madre Antigua. Podría sentirme satisfecha de que su muerte fue vengada, pero esto no me la devolverá, así como tampoco menguará el sufrimiento al que fue sometida. En silencio elevo una plegaria para que, al fin, haya encontrado paz.

Bóreas me mira expectante, esperando a que hable, pero sigo analizando todo lo ocurrido. El júbilo y satisfacción que podría sentir por haber cumplido mi promesa y matar a Calesia, es abolido por la noticia de que los conflictos no han cesado. Y que los hombres del Valle Oscuro están a punto de ser sentenciados.

—¿En qué piensas? —Bóreas alza la voz para captar mi atención.

—En que esto aún no ha terminado —respondo, aún asimilando los acontecimientos.

—Tú única preocupación, en este momento, es descansar y recuperarte. —Bóreas acaricia mi mano con gentileza—. Lo lograste. La oscuridad acabó.

Pese a que tiene razón, la alegría no llega, al contrario, se mantiene la confusión y angustia.

—¿Por qué vas al Bosque Blanco? —pregunto, cambiando el tema

—Voy a buscar a Sondra —responde.

—Me complace saber que vas por ella. —Sonrío recordando a la joven a quien le prometí que nos mantendríamos a salvo y que, además, aunque Bóreas no lo quiera reconocer, sé que existe algo más profundo entre ellos—. Por favor, ten cuidado.

—¿No entiendo por qué todos siguen dudando de mis competencias? —cuestiona, haciéndose el ofendido.

—Jamás he dudado de ti, sino todo lo opuesta, sin dudarlo serías el primero a quien le confiaría mi vida. —Tomo de su mano—. Mi preocupación se basa en que eres mi familia.

—¿Estás segura de aquello? —Me sonríe.

—La verdad he tenido momentos de duda, sobre todo, cuando

lanzas tus tan desafortunados comentarios. —Los dos nos reímos —, pero créeme que hasta eso extrañaré.

Aseguro con la emoción rasguñando mi pecho. Entre todo lo conversado, una de las cosas que me tiene afectada, es saber que retornará a su reino. Por lo que comentó, él junto a su hermano, regresarán al sur. El ofrecimiento de que se quedara conmigo nunca fue verbalizado, pero sé que su decisión se basa en el cariño que ha nacido hacía alguien que sí es de su familia.

—Los dos sabemos a quién realmente extrañarás —responde sin existir ironía en sus palabras. Me gustaría objetar, pero lo quiera o no aceptar, es la verdad.

Nuestra plática es interrumpida por los golpes en la puerta. Una vez que la doncella la abre, se asoma en la entrada uno de los comandantes del Valle Oscuro, quien, por lo que Bóreas me explicó, ahora se encuentra bajo las órdenes de él y del que será el próximo rey del territorio de los lobos.

—Lo estamos esperando —el comandante notifica a Bóreas.

—Me debo marchar. —Asiente el pequeño príncipe en mi dirección—. Por favor, no vuelvas a ponerte en el camino de ninguna daga.

—Sé que también me extrañarás —respondo.

—Si mi hermano no fuera tan cabeza dura y no existieran los benditos tronos, créeme que otra vez te disfrazaría como un guerrero del Valle Oscuro y te sacaría de aquí. —Bóreas se levanta y, antes de marcharse, me guiña un ojo.

Cuando la puerta se cierra, me incorporo, consciente de lo que debo hacer. La doncella se acerca para acomodar las mantas de la cama con la esperanza de que vuelva a descansar.

—Necesito ropa —demando, colocando mis pies en el frío suelo. Trago el dolor que se cierne en mi vientre y también el malestar de mi brazo, el que me hace rememorar los colmillos de Voltor. Sería una ingrata si me quejara, después de todo, sigo con vida y, por lo visto, la lucha aún no acaba.

—¿Qué va a hacer? —La doncella me contempla un tanto alterada.

—Participar de la audiencia en donde se definirá el futuro de Badru. —Mi voz toma un poco más de fuerza, pero no así mi cuerpo. Cojo un pedazo de tela que encuentro sobre el tocador y limpio el ungüento verdoso de mis cortes—. La ropa.

Esta vez mi mirada refleja el consistente mandato. La mujer, a regañadientes, sale en busca de las prendas. Tomo el vaso con mi temblorosa mano y bebo agua. Los postigos de las ventanas están cerrados, pero esto no evita percibir el hedor de los cuerpos incinerados en las piras fúnebres. Me gustaría bajar a despedir a los hombres que batallaron bajo una férrea convicción, pero en vez de

conmemorarlos, lo que ellos necesitan es que alguien honre su ideal. La angustia la palpo analizando lo revelado por Bóreas, en relación a la postura de Gamar. Me debería sorprender que quiera llevar a cabo sentencias hacia los guerreros del sur, pero no lo estoy. Después de todo, era parte de las costumbres de su pueblo. Lo que él desconoce es que sobre mi cadáver castigará a más hombres. Por lo que comentó Bóreas, no es por sobre el único cadáver que tendrá que pasar. Alen tampoco lo permitirá. Alen…

Me giro hacia la doncella que regresa y encauzo mis pensamientos hacia la tarea de vestirme. No quiero y no puedo pensar en lo que él ya dictaminó. Tomar el trono del Valle Oscuro. Sé por qué lo hace y lo comprendo. Por lo visto, el sacrificio para algunos no ha terminado, sobre todo, para quienes nacimos regidos por el mandato de una corona. El miedo que podría sentir, ahora que la oscuridad no recorre mi sistema, no existe. Más bien, lo que impera, es la decepción de tener que, nuevamente, renegar los sentimientos que ya no son contenidos por el encantamiento.

—¿No había otra ropa? —Miro con desagrado el vestido de color azulino en las manos de la mujer.

—Lo siento, mi señora. —La mujer baja su mirada, mortificada —. Después de los enfrentamientos, la mayoría de las prendas se han ocupado como vendas.

—No, tú discúlpame, lo entiendo —me retracto, avergonzada por mi tono despectivo. Los recuerdos que trae el uso de vestidos hacen que me descomponga. O puede ser que ya estoy demasiado extenuada de todo el peso dramático y exagerado que conlleva ser una soberana. De la misma forma que estoy harta de las despreciables costumbres que no dejan de asfixiarme—. Me ayudarías por favor

Solicito la asistencia de la doncella, al percatarme de que las puntadas de mi brazo arden al moverlo, y que la herida de mi vientre escuece ante cada roce.

Una vez que me encuentro vestida, y que la mujer trató de hacer lo que pudo para arreglar mi cabello corto, me decido a bajar. Me tomo unos segundos, me aferro al tocador notando que las fuerzas me abandonan.

—Debería comer. —La doncella se acerca posando su mano en mi espalda.

—Necesito bajar, por favor, ayúdame. —La miro suplicante.

—Lo que usted necesite —acepta haciendo una leve reverencia, y luego me toma de la cintura y del brazo para ayudarme a avanzar.

El descenso por las escaleras lo hacemos de manera lenta, sobre todo al tener que detenerme en cada escalón. La punzada de dolor se intensifica en la parte baja de mi abdomen, pero continúo. La oscuridad no me detuvo, menos lo hará un maldito malestar.

Una vez que llego a la puerta custodiada por dos guardias, tomo una larga inspiración para componerme. Las voces desde el interior se hacen audibles y, aunque los soldados me contemplan renuentes, los ignoro y, antes de ingresar, pego mi oído a la madera. Después de todo, no me pueden detener. Para bien o para mal, soy la reina de este lugar.

La conversación se escucha acalorada, y me gustaría no seguir oyendo cuando es mencionado el desliz que tuve con Alen antes del enfrentamiento. Debo admitir que en ese momento no me pareció tan mala idea. Ambos estábamos a punto de morir y el vínculo hizo que necesitara estar con él una última vez. De ser requerida, es evidente que no entregaré aquella explicación. La culpa del insensato encuentro se transforma en conmoción al escuchar a Alen, quien reconoce que aún tiene sentimientos por mí.

—El heredero al trono del Valle Oscuro tiene razón, lo que pasó será uno de los mejores cotilleos de pasillos en mucho tiempo —asegura uno de los guardias, que también escucha la discusión del interior.

Mi cara se sonroja, pero no de vergüenza. Mi vida personal siempre ha sido de dominio público, el bochorno es por molestia al escuchar las irracionales intervenciones de Gamar. Decido entrar, pero el guardia me detiene.

—Aún no —sentencia, pero no oponiéndose, más bien, es para que siga escuchando.

No muy complacida pego mi oído otra vez a la puerta, después de todo, el hombre tiene un punto. Al no encontrarme presente, mi ahora marido, será libre de hablar y podré conocer sus verdaderas intenciones. Mi paciencia acaba, y decido entrar al salón cuando interviene mi hermano en mi nombre. Más que molesta, me gustaría aplaudirlo por colocar a Gamar en su lugar.

— Las intenciones que has divulgado en estas últimas horas carecen de objetivad, más bien se han basado en emociones viscerales, anteponiendo la venganza y la arrogancia. Así que discúlpame si cuestiono tus reales pretensiones. Sí lo único que sigues pensando es en el bienestar del territorio de las Águilas, me tomaré la atribución de hablar en nombre de mi hermana. Quien estoy plenamente seguro que estaría de acuerdo en mis palabras y en las del heredero al trono del Valle Oscuro.

—Así es —confirmo en un tono débil pero firme—. Secundo las palabras de mi hermano.

Las miradas se dirigen hacia a mí, pero en la única que me enfoco es en la del rey de Aquilón, que no sale de su asombro. Tal vez pensó que podría dirigir esta audiencia a su antojo.

—Eleonor. —El primero en reaccionar es mi hermano, que se

acerca a grandes zancadas y me estrecha entre sus brazos —. ¿Estás bien?

—Un poco adolorida, pero bien —susurro sobre su cuello, soportando el fuerte abrazo que hace que mi maltratado cuerpo proteste. De reojo observo la rigidez en el cuerpo de Alen, quien, discreto, retrocede un paso.

—Me complace verte recuperada y que puedas participar de la audiencia —Ingelborg interviene, y puedo notar el respeto en sus palabras.

—Traigan un sitial. —Escucho a Gamar que ordena a uno de los guardias, mientras mueve el suyo hacia un costado, haciendo espacio para que me sitúe a su lado.

—No es necesario —me apresuro a rechazar—. No necesito ubicarme al frente de los monarcas para legitimar mi posición.

Mi hermano esboza una controlada sonrisa, para luego, dirigirme al sitial que se encontraba él. Una vez que me siento, me obligo a sostener la mirada hacia mi marido, aunque por el rabillo del ojo, vislumbro la silueta de Alen, que es la única presencia a la que me gustaría dirigir mi atención. Situación que me hace cuestionar si el encantamiento terminó verdaderamente.

—Estábamos discutiendo si debiese existir un castigo o no hacia los habitantes del Valle Oscuro —Ingelborg me informa—. Gamar piensa que, de no tomar alguna represalia hacia los actos cometidos, estos se podrían repetir.

—Gracias. —Asiento en su dirección—, y no solo por colocarme al tanto del consejo, sino también por haber llegado a tiempo a la batalla. Lamento la pérdida de los hombres de tu reino junto a la de Ursus.

—Agradezco vuestra consideración. Todos sabíamos a lo que nos enfrentábamos de participar en el combate. Así como también sabíamos que este conflicto se debía acabar. Mi reino por muchos años se ha mantenido al margen de los otros territorios, pero esto no quiere decir que no empatizábamos con lo que ocurría, al contrario, quisimos colaborar para recomponer el equilibrio de nuestro mundo. Y con la esperanza, de saber que, si en el futuro mi pueblo se vea afectado por alguna dificultad, poder contar con ustedes.

—Si tu pueblo lo requiere, no existe duda en que los asistiremos. Además, como lo acabas de mencionar, el equilibrio de Badru depende de todos. Por eso unimos fuerzas, para derrotar a nuestros enemigos, quienes estaban asolados por una maldición. Pero lo más importante, es que nos unimos para forjar un mañana mejor, no para seguir empeorando la situación. —Al terminar de hablar, mi vista se dirige a Gamar.

—No quiero que mis intenciones se malinterpreten —el rey de

Aquilón responde—. Soy uno de los más interesados en el bienestar de nuestros pueblos. Por esta razón, los actos cometidos no se pueden pasar por alto. Como, asimismo, es de suma importancia que nuestro discurso sea consistente y, ante todo, similar. Sobre todo, ahora que somos los líderes de la mayoría de los territorios.

—Estoy segura de que los actos cometidos nadie los pasará por alto, ni los aliados, ni tampoco los que estuvimos consumidos por la oscuridad, pero el derramamiento de sangre nunca ha sido, ni será la solución.

—Estoy de acuerdo con Eleonor —Alen interviene y el sonido de su voz, como ha sido siempre, me estremece. Estoy a punto de preguntar si de verdad mató a Priust, ya que mis emociones hacia él se sienten más vivas que nunca—. La sangre que se derramó ya fue suficiente para toda la historia de nuestros pueblos. Pero si insistes en que debe haber alguna consecuencia. Tal vez una de las sanciones que pueda tener el territorio del sur, sea trabajando para la construcción de las regiones destruidas, sin recibir ninguna gratificación por esto, más que comida y alojamiento.

—A mí me parece una medida justa —coincide Ingelborg.

—No sé si todos los afectados querrán recibir de vuestra ayuda, pero vale la pena intentarlo. —Emery también respalda la propuesta de Alen.

—La muerte de mi pueblo y, sobre todo, la de mi padre no se comparan con la construcción de una vivienda —Gamar expone, manteniendo el tono hostil.

—Entonces lo que tú buscas es venganza. Te aclaro que pagar con el mismo daño que se te hizo tampoco te devolverá a las personas que perdiste —manifiesto perdiendo la serenidad. Lo observo, desconociéndolo, pero también lo examino. Su rostro se encuentra demacrado y sus ojos acentuados por los círculos negros que los envuelven. Me gustaría preguntarle si ha descansado, ya que el agotamiento sería una de las razones que lo pueda estar llevando a este nivel de terquedad. Para ser sinceros, todos los presentes nos encontramos en las mismas condiciones, y no queremos asesinar a todo un pueblo.

—Podríamos discutir horas con relación a nuestros propios dolores —Emery toma la palabra—. En un consejo cuando sus participantes no se encuentran de acuerdo, lo más sensato que se puede hacer, es votar. Lo que opine la mayoría es lo que es resto acatará. Seamos sinceros, nunca estaremos todos de acuerdo. Nuestras culturas, en algunos casos, son diametralmente opuestas y eso no es negativo, al contrario, le entrega a nuestro mundo diferentes perspectivas. Lo importante es llegar a un consenso que sea beneficioso para nuestros habitantes.

—No creo que el voto de todos en estas circunstancias sea válido.

—La mirada de Gamar se dirige a Alen.

—Te guste o no, mi posición la haré valer —Alen le responde.

—Llevaremos a cabo la votación y si continuas sin estar de acuerdo, puedes marginar a tu pueblo de las decisiones del reino, así como lo hacías hasta antes del enfrentamiento —Emery replica en un tono seco—. Espero que esa no sea tú resolución, ya que nos regresaría al principio, y todas las muertes habrían sido por nada.

Nos quedamos unos instantes en silencio y mi mirada se centra en mi hermano. La admiración es espontanea al escuchar sus intervenciones. Directas, seguras, conciliadoras y con autoridad, como un verdadero líder.

—Ingelborg, como representante de la Casa de los Osos, ¿cuál es tu voto? —Emery consulta.

—Estoy a favor de lo propuesto por Alen.

—Yo, como representante de la Casa de Vulpis, también me encuentro a favor. —Mi hermano luego dirige la atención hacia a mí—. Eleonor, como heredera al trono de la Casa de los Ciervos y próxima reina de Badru, ¿cuál es tu voto?

Las miradas se dirigen en mi dirección. Mi respuesta es evidente, pero las palabras son imposibles de verbalizar. No sé si las fuerzas me abandonan por mi maltrecho estado físico o por, nuevamente, escuchar la monumental carga del título citado por mi hermano. El cual no solo me recuerda todo lo que he sacrificado, sino también, que las cadenas que en un momento pensé que había roto, aún se mantienen más sólidas que nunca. Las palabras «próxima reina de Badru» son el legado que me heredó mi padre, mi linaje, mi sangre y mi nacimiento en la Luna Llena. Una herencia que, para mí, lo único que significa es la opresión que he vivido y en la cual seguiré.

Cierro mis ojos por un momento, buscando claridad. La imagen de Taviana emerge y, pese a que ya no estamos vinculadas, estoy segura de que palpo su libertad. Sonrío al imaginarla corriendo a través del bosque. La luz de la luna iluminando su camino y la brisa agitando su hermoso pelaje.

Mi juicio se comienza a despejar y, en parte, es porque el encantamiento ya no me ciega. De hecho, el encantamiento ya no existe. Suceso que ya conocía, pero no había tenido el tiempo de asimilar. Respiro profundo y, pese a que mi cuerpo se encuentra adolorido, se comienza a relajar. Acción que no había podido realizar desde el día que hui de mi hogar. Ya no hay una guerra que librar, tampoco enemigos a quien combatir. Los conflictos no han cesado, pero, para ser honestos, esto es algo que siempre ocurrirá en los territorios. Lo más trascendental es que este cometido no depende exclusivamente de mí.

Mi pecho se extiende y exhalo con fuerza, al fin asimilando lo

ocurrido. La tarea que me habían impuesto los benditos designios, ya la cumplí. Acabé con el encantamiento. Y ahora nada me ata a la obligación. Me sorprendo cuando las siguientes palabras se manifiestan en mi mente, como si hubieran estado esperando el momento indicado: «El corazón nunca se equivoca, es la razón quien toma las decisiones equivocadas». Antes nunca tuvieron sentido para mí, pero ahora comienzan a tener un real significado. Al igual que lo hace la promesa que hice, la cual tampoco he olvidado. Nunca volveré a someterme a ninguna tiranía, adversario u oscuro llamado. Decretando, además, el final de mi dominación. Levanto la mano y acaricio mi cabello. El cual corté para terminar con la esclavitud hacia un trono y para iniciar mi independencia. Podría jurar que visualizo la imagen de Asila sonriendo, al estar a punto de tomar la decisión que tantas veces se me evidenció. Seguir a mi corazón.

—Eleonor, ¿te encuentras bien? —Abro los ojos y encuentro a mi hermano arrodillado junto a mí.

—Lo estoy. —Me pongo en pie, decidida, y por primera vez en mucho tiempo, con mi juicio lúcido y sereno sentecio—: Me abstendré de la votación.

Las expresiones de todos los presentes se tornan perplejas y confusas. Las cuales se acrecientan al decir mis siguientes palabras.

—Rechazo la corona como monarca de la Casa de los Ciervos y desecho la sucesión al trono de reina de Badru.

Capítulo 36

Mi mirada viaja a Alen, quien se muestra sorprendido, pero no aturdido como el resto. Al contrario, su expresión me indica, con una leve sonrisa, su aceptación ante mi decisión, y hasta podría decir que también siente orgullo. No es que su parecer fuera a definir mi decisión, pero es inevitable no querer compartir algo tan importante con él. Después de todo, ambos estamos resolviendo el destino de nuestras vidas. Mis ojos retornan a Emery, que se encuentra de pie a mi lado en silencio, al parecer, sin saber qué decir. Por mi parte, una nueva energía y fuerza me envuelve al haber manifestado por fin, lo que mi inconsciente siempre acalló.

—Como es conocimiento de todos, la sucesión al trono me fue entregada, por una parte, por el designio que me sindicaba como la salvadora de la oscuridad y, por otra y la más importante, porque mi hermano desechó la corona para luchar contra el encantamiento —expongo con confianza y, a cada segundo, más convencida de mi decisión—. La guerra acabó. La oscuridad terminó, y no existe nada más que me obligue a aceptar un trono que, por descendencia, no me corresponde. El real heredero a la corona de la Casa de los Ciervos y, por consiguiente, como rey de Badru es Emery, hijo de Leónidas y Mérida.

»Y ya que estamos decidiendo el futuro de nuestro mundo, como se ha dicho en reiteradas ocasiones, existen costumbres que se mantendrán y otras que se deben cambiar. Creo que, en este caso, es de suma importancia reconocer en primer lugar, la legitimidad de la herencia al ser Emery el primogénito y, en segundo lugar, la lealtad que desde siempre ha mostrado. Dos cualidades que lo ubican como un digno y auténtico monarca para dirigir los territorios. —Los presentes continúan atónitos ante mis palabras, por lo tanto, continúo—: Me gustaría, además, aclarar que mis intenciones no son desatender una de las misiones principales que tenemos. La reconstrucción de nuestros pueblos y la búsqueda del equilibrio. Al contrario, mi amor por los habitantes es la que me mueve a tomar esta decisión. Personalmente, creo que Emery, al ser una persona justa e intachable, será el mejor líder para guiarlos. Como se ha comentado y divulgado, mi honra se ha visto afectada por varias acciones, de las cuales no me arrepiento, pero eso no quiere decir que no interferirán en mi validez. Las responsabilidades que vienen con la corona, pese a que no nos agraden, se basan en nuestros enlaces, descendientes, y nuestro impecable actuar. Espero que, en un futuro, esto sea una de las normas que cambien. Cualquier heredero a la corona, ya sea hombre o mujer, debería poder decidir con quien desea pasar el resto

de su vida, a quien quiere unir las hebras de su cabello y también las de su corazón. Al menos, una de las costumbres más significativas de mi reino, que me complacería que prosiguiera, pero ojalá, adaptándola a los nuevos tiempos, no solo por el bienestar de los habitantes, sino también por el de sus soberanos.

El vigor que creí haber perdido ante tanta devastación, regresa y con más fuerza que nunca. La oscuridad del encantamiento y mis propias sombras continúan desvaneciéndose. Al tiempo que se refuerza la libertad para poder expresar lo que realmente siento. El peso de la corona siempre fue excesivo para mí, pero no tenía alternativa. ¿Qué se puede hacer cuándo la responsabilidad de salvar a todo un reino se encuentra sobre tus hombros? Nunca tuve opción, pero ahora la tengo.

—Emery. —Alen es el que rompe el silencio de los presentes —. Al parecer es tu turno de hablar.

Mi mirada se encuentra con la de mi hermano. Con mi expresión no lo presiono, intento decirle que cualquiera sea su resolución la aceptaré, con la misma valentía que lo he hecho hasta el momento.

—Después de la intervención de mi hermana, es evidente que es una digna merecedora del trono. Ella es una de las personas más valerosas, tenaces y fuertes que he conocido. Cualquier falta que piense que haya cometido, no se compara con el gran amor que siente por su pueblo, el cual ha demostrado una y otra vez. Anteponiéndolos siempre por sobre sus propios sentimientos. Y puedo dar fe que, de ser necesario, lo seguiría haciendo. Esto hace que me honre, desde lo más profundo de mi ser, que compartamos el mismo linaje. Y por lo mismo, acepto tomar el trono que ella me cede.

Me contengo de no correr a su encuentro y abrazarlo. No por haber aceptado la gran responsabilidad, sino por las estremecedoras palabras.

—No sé qué opinará Gamar —Ingelborg toma la palabra—, pero después de escuchar a Alen, Emery y, en especial, a Eleonor esto es un gran comienzo. Y en lo personal, me complace haber sido partícipe del consejo que, por lo visto, será el origen de los cimientos en los que construirá un nuevo Badru; libre de represiones, y esperemos que también, exento de represalias.

—Después de todo lo expuesto, podría decir que mi pensamiento cambió —Gamar responde —, pero no es así. Como se ha dicho, existen muchas tradiciones arraigadas. En el caso de mi pueblo, una de ellas es que no se permiten transgresiones sin una represalia. Esto es algo que será complejo modificar y llevará un tiempo cambiar. No comparto sus fundamentos, sin embargo, los comprendo. Esto no quita que aún quiera tomar revancha, pero de la misma forma que Eleonor, también hice un juramento, que fue no ser igual a mi padre. De haber

estado él aquí, habría seguido su voluntad, la cual no siempre fue la correcta. A diferencia de él, mi intención es no dejar otra vez a mi pueblo al margen del resto de los territorios. No obstante, al igual que él, me es difícil aceptar que puedo estar equivocado. Eso tampoco se encuentra entre mis hábitos. En contraste con ustedes, yo fui criado para nunca arrodillarme ante nadie. Y no lo haré, pero puedo intentar ceder por mi reino, y acatar lo que la mayoría decrete.

La tensión que había existido en el interior de la habitación se disipa, y nos quedamos en silencio. Lo más probable es que todos estamos asimilando lo expuesto en el consejo. Los acuerdos y decisiones tomadas definirán, no solo la vida de nuestros habitantes, sino también, la de nosotros. Como dijo Ingelborg, este es el inicio, uno que viene colmado de dolor, sacrificio, pérdidas y rencor, pero en el cual tengo la férrea esperanza de que nuestros pueblos tendrán la voluntad para avanzar. De no ser así, nosotros tendremos que entregarles la fortaleza que se requiera.

—Antes de que el rey de Aquilón cambie de parecer —declara Alen—. Solicito que los hombres del sur sean liberados para partir al alba hacia el Valle Oscuro.

—Nunca fuiste de mi agrado, y no sé si en algún momento lo serás —Gamar le responde —, pero como ya se ha mencionado, lo que ocurre no se trata únicamente de nosotros, así que daré la orden para que los liberen. Espero que sea la decisión más acertada, y espero que te hagas responsable por cualquier nefasta acción que puedan realizar los que ahora son tu pueblo.

—Lo haré. —Alen cuadra sus hombros mostrando su conocida seguridad, evidenciando una vez más el coraje y benevolencia que corre por sus venas. Él es el líder que se encuentra asumiendo una de las tareas más intrincadas, y hace que el respeto que había perdido a causa del encantamiento, regrese, y ahora se suma la admiración.

Antes de salir, se gira hacía a mí y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos ya no poseen el rojizo de la oscuridad. El azul los envuelve, pero ahora encierran todo aquello que no se puede evidenciar. Podría darle mi apoyo y respaldo en su nuevo cometido, pero no soy capaz de hablar. Él tampoco lo hace, y estoy segura de que, al igual que a mí, le causa dolor desprender su mirada. Se dirige hacia Emery y realiza una pequeña, pero firme reverencia diciendo las últimas palabras que escucho de él:

—Mis sinceras felicitaciones.

La puerta se cierra, y no me doy cuenta cuando Ingelborg y Gamar también se retiran. Tampoco noto que estoy otra vez sentada en el sitial, hasta que Emery se arrodilla a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunta con su semblante un tanto descolorido.

—¿Lo estás tú? —pregunto de vuelta.

—Podrías haberme advertido lo que ibas a hacer, te aseguro que no acabas de cederme un caballo.

—No es una obligación —replico sintiéndome un poco culpable, después de todo, sin querer lo puse entre la espada y la pared.

—Lo sé —dice en un tono conciliador, mientras acaricia mi mano—. Lo que dije fue cierto. Me honra profundamente que seas mi hermana, y ahora que nuestro padre no se encuentra, es mi deber velar por tu bienestar y protegerte, aunque ya todos sabemos que no necesitas de nadie para eso. He visto cómo has crecido, madurado y te has transformado en una mujer fuerte e independiente. Y si acepté el trono, fue por lo que dijiste; es mi legado. Uno que fue puesto en tus manos de manera autoritaria, y porque los benditos Antiguos Ancestros te marcaron en Luna Llena, pero eso ya no existe. No sé si podrás ser del todo libre, pero por lo menos, ya no necesitas cargar más con este peso, que sé que te consumió.

—Lo logramos —murmuro con mi voz quebrada ante el torbellino de emociones que me envuelven—. Vencimos a la oscuridad.

—¿Lo hicimos? No, tú lo hiciste —subraya y sonríe con sus ojos vidriosos.

Mis pulmones, cuerpo, sentidos, sentimientos terminan por expandirse y me sumerjo entre los brazos de mi hermano. La pena y dolor que por tanto tiempo contuve, finalmente brota. El llanto emerge como si mi pecho fuera rasgado. Las heridas que llevaba en mi alma, y que no han cicatrizado, arden en carne viva. Cada lágrima es la remembranza de todos los fallecidos. Mi padre. La Madre Antigua. Asila. Barón, Liana, sus hermanos. Todos los habitantes, muchos con rostros y la mayoría, desconocidos. La sangre vertida de la vida de tantos y la sangre tomada por mi propia mano. Me ahogo entre mis sollozos al evocar y, al mismo tiempo, volver a sentir el desconsuelo, pero no lo reprimo, dejo que fluya, hasta quizás, encontrar la tan ansiada quietud.

Mi hermano me termina por acurrucar en su regazo. Acariciando mi espalda, mientras me mece. Dándome la oportunidad de que vacíe todo lo que me mantenía hundida en una agónica profundidad. Cedo a mis más angustiantes emociones, pero no rindiéndome, más bien, buscando la redención.

Las lágrimas siguen cayendo hasta que las pocas fuerzas que poseía, desaparecen. El agotamiento de mi cuerpo, junto al de mi alma, hacen que me desvanezca o es lo que creo que sucedió. El último recuerdo es de la contención de Emery, pero al abrir mis ojos me encuentro otra vez recostada en mi habitación. El olor a pan fresco se filtra en mi nariz, haciendo a mi estómago gruñir. Me encuentro con la misma doncella que antes me atendió, velando por mi descanso. Al notar que mi vista se dirige a la bandeja con comida, me

la acerca.

Esta vez no rechazo su ofrecimiento y acepto la comida, después de todo, necesito alimentarme para levantarme sin volver a perder el conocimiento.

—¿Se siente mejor? —pregunta la mujer, examinado los cortes de mis brazos.

—Sí, muchas gracias —respondo por cortesía, ya que antes había sentido dolor, pero ahora mi cuerpo se siente como si hubiera sido atacado hasta destrozarlo… bueno, lo fue. Lo que me lleva a recordar a Barón y, en silencio, elevo una plegaria por él, agradeciéndole que me haya devuelto la vida. Hay tanto que lamentar, pero también hay tanto que agradecer, que no sé ni por dónde comenzar.

—¿Mi hermano? —interrogo a la doncella mientras mastico.

—Se encuentra en el frontis del palacio, me solicitó que le avisara cuando despertara.

Mi mirada se dirige a los postigos cerrados. Dejo la comida a un lado, me levanto y me dirijo hacia la ventana. Al abrirla, de inmediato se hace visible la tenue luz del alba. Mi corazón se contrae al saber lo que esto significa.

Salgo a paso apresurado de la habitación y encuentro a la doncella que desciende los escalones. Me giro en dirección contraria y asciendo hasta la parte más alta del castillo. Abro la puerta de la galería y abrazo mi cuerpo ante el frío amanecer. Me acerco al balcón en donde tengo la completa vista del reino. Desde esta altura, se observan minúsculos los habitantes que se encuentran en el frontis de la fortaleza. Algunas hogueras aún arden, y otras emiten el humo grisáceo de la extinción. Hacia el horizonte, la visión del páramo en donde se llevó a cabo la batalla es estremecedora. Los surcos oscuros en la tierra manchados con sangre son la evidencia del descarnado enfrentamiento, pero no quiero seguir sintiendo pena, al contrario, mi vista viaja a los recovecos de la montaña, por donde continúan descendiendo los habitantes que quedan con vida. Por ellos es imperativo alzar la esperanza.

Mi atención es capturada por el grupo de personas que se mueven desde la entrada, los cuales comienzan su avance hacia el exterior del reino. Dos jinetes los lideran. Mi cuerpo oscila en un imperceptible temblor al reconocer a uno de ellos. Como siempre ha sido, las líneas de su figura es algo que jamás podré olvidar. Alen.

Podría sentirme dolida o desilusionada por no haberse despedido, pero la verdad es que lo prefiero. Yo no hubiera tenido la fuerza para decir adiós. Nuestros caminos nunca estuvieron destinados a converger, y asumirlo una vez más contemplándolo partir, desgarraría el corazón que constantemente ha palpitado por él.

En este momento lo puedo afrontar y aceptar. Lo amo y siempre lo

haré. Pero la sangre que una vez nos vinculó, ahora es la que nos ata a la responsabilidad. Por mi parte, no puedo dejar todo atrás por seguirlo y no es que no lo desee con todas mis fuerzas, pero esta es la primera vez que puedo decidir por mí y lo que necesito hacer. Y lo primero es encontrar mi propio camino, el cual se comenzó a forjar desde que rechacé el trono. Por parte de él, también necesita labrar el suyo, el cual ya lo encontró; liderar al pueblo que pertenece a su linaje, y que necesita de un nuevo monarca que los termine de sacar de la insondable oscuridad en la que aún se encuentran, y estoy segura de que lo logrará.

Me sobresalto cuando mis hombros son cubiertos por un abrigo. Gamar se sitúa a mi lado contemplando la marcha de los guerreros del Valle Oscuro.

—¿No vas a ir tras él? —pregunta, y me sorprendo al notar que no existe ironía en sus palabras.

—Te dije que cumpliría mi promesa, al igual que tú lo hiciste —respondo, recordándole a él y a mí, que mi palabra es de las únicas cosas que me pertenece—. Aunque estuve a punto de arrancarte la cabeza por tu terco e irracional actuar.

—Respecto a lo terco, eres la persona menos indicada para enrostrármelo. Como dije, no me parece una idea favorable, pero la entiendo. También soy de las personas que necesitan cambiar y aprender.

—Sabes que nuestro matrimonio no funcionará —advierto, consciente y decidida a la siguiente decisión que voy a tomar—, pero como dije, mi palabra la cumpliré.

—Mi promesa también la seguiré cumpliendo, la de luchar para salvar a todos los territorios, incluyendo el del sur —Al mencionar a estos últimos, hace un gesto de aceptación, mezclado con cierto hastío —. A menos que se vuelvan un peligro para el Reino de las Águilas —aclara al final.

—Te lo agradezco, no me gustaría tener que patear tu trasero.

—Disfrutaría verte intentándolo. —Sonríe, esta vez, de forma genuina, y veo regresar al Gamar que había conocido. Luego su expresión se vuelve seria al decir sus siguientes palabras—: Impugnaré nuestro enlace.

Me debería sorprender esta decisión, pero la verdad es que, si no lo hacía él, en algún instante lo iba hacer yo. Mi palabra la cumpliré, pero no bajo los términos de un matrimonio por conveniencia.

—Creo que no debemos hacerlo en este preciso momento, ya que todos hemos tenido suficientes sucesos que aún se deben digerir. Pero en la audiencia te escuché, no se debe honrar un juramento de estar con alguien que no se ama. A la larga, nos haría infelices a los dos. Además, como sabes, mi pueblo siempre ha sido libre en ese aspecto, y

no sé si esa sea una de las tradiciones que me gustaría cambiar, tal vez la podría adaptar. —Sonríe al finalizar con su idea.

—Pese a tu pequeño desliz en la audiencia, creo que te convertirás en un gran monarca.

—Eso espero, no me gustaría que vinieras a patear mis adorables nalgas. —Los dos sonreímos y él, afectuoso, toma de mi mano.

Nos quedamos en silencio contemplando el horizonte. El amanecer ilumina el Reino de Aquilón y al destacamento que abandona el territorio. Podría jurar que escucho el lamento de mi fracturada alma. Porque una de las pocas certezas que hoy existen, es que parte de mi corazón se aleja, y es un misterio si alguna vez lo pueda volver a recuperar.

Capítulo 37

La brisa de la mañana remueve los pétalos de las incontables flores que dan la bienvenida a un nuevo día. El ruido de la cocina y de los niños revoloteando por los jardines del Bosque Blanco, me advierte que el reino ya despertó. Como lo llevo haciendo desde hace meses, me levanto al amanecer y encuentro, por algunos momentos, la tranquilidad trabajando en el exterior del castillo. Cuidar de este maravilloso espacio es uno de los elementos que ha elevado mi espíritu, al igual que haber tomado el liderazgo de este territorio.

Después de haber ayudado por un tiempo en el levantamiento del Reino de Aquilón, decidimos ocupar este lugar para las familias que aún se encontraban desprovistas de cobijo. Y una vez que mi enlace fue revocado, me ofrecí para dirigir este asentamiento, al menos, hasta que un nuevo regente fuera designado. Esa fue una de las razones, y la otra, fue que necesitaba sentir y conocer la libertad.

—Pensé que hoy día no trabajarías. —Amarilis se ubica detrás de mí, y sin observarla sé que debe tener su frente arrugada.

—¿Se encuentran listos? —pregunto, sacudiendo la tierra de mis manos.

—Hace horas. —Esta vez su tono es de irritación.

Me levanto y la sigo al interior. Sus grandes caderas se bambolean de un lado a otro, mientras limpia las manos en su delantal. Amarilis perdió a su esposo en la batalla y fue una de las doncellas que estuvo a mi cuidado en el reino de Aquilón. Su pueblo se encontraba en las afueras del territorio de las Águilas y fue destruido, dejándola sin un hogar y a cargo de sus tres hijos.

—No sé qué voy a hacer contigo —refunfuña, levantando los brazos y hablándome como si fuera una niña pequeña. Intento esconder mi risa, pero es imposible.

A medida que avanzamos, los habitantes, al vernos, se mueven más rápido en sus quehaceres habituales y debo decir que no es por mí. Yo soy la encargada de recibir a las familias y el abastecimiento del castillo. También estoy a cargo del contacto con nuestros reinos aliados para el intercambio de provisiones, pero ella es la que administra el lugar. Y no es que sea una tirana, al contrario, su fuerte carácter ha sido lo que se ha requerido para mantenerlo funcionando. Pese a que todos trabajamos en conjunto por un mejor bienestar, no falta a los que les gusta holgazanear.

Nos detenemos en el frontis del castillo, donde me espera una pequeña comitiva.

—¡Por los Antiguos Ancestros, niña! No te presentarás en la coronación con esas vestimentas —Me examina de pies a cabeza—.

Pareces un mamarracho.

—Llevo unos pantalones limpios. —Me encojo de hombros, quitándole importancia, pero ella no deja de mirar mis botas cubiertas de barro.

—Al menos que te hagan un recogido en ese pelo, —Indica mi cabello que, después de un año, ahora cae sobre mis hombros.

—Deja de preocuparte, no es la primera vez que asisto a una coronación —desestimo, como si fuera algo cotidiano, pero la verdad sea dicha, regresar a la Casa de los Ciervos me produce cierta ansiedad.

—Solo ten cuidado —advierte, en el momento que me entrega el cinturón, en cual enfundo un par de dagas y espadas. Acto seguido, cuelgo un arco en mi espada y el carcaj con flechas.

Una vez que comenzó la restauración de los reinos, muchos habitantes no estuvieron de acuerdo con las nuevas normas. El odio y el rencor permaneció en sus dañados corazones. Por un lado, los que no estuvieron bajo el encantamiento, quisieron y aún quieren venganza. Por otro lado, muchos de los que despertaron de la oscuridad no pudieron superar la forma en que su alma fue consumida. En todos los casos, fueron desterrados o se autoexiliaron a una vida errante, en la cual, hasta el día de hoy, buscan armar una rebelión. Han existido algunos ataques aislados, pero nada que no se haya podido controlar. El equilibrio de nuestro mundo es algo en lo que trabajamos a diario, pero, como me fue instruido, para que exista luz, siempre habrá oscuridad. Una no puedo subsistir sin la otra. La destreza es mantener la armonía entre las dos.

—La extrañaré, mi señora. —Amarilis hace una pequeña reverencia, posando su mano derecha sobre su corazón.

—Solo serán unas semanas. —La tomo de los hombros para que se levante y la estrecho en mis brazos. Ella, sin duda, ha sido una de las personas que con su luz ayudó a estabilizar mi propia oscuridad.

Sin prolongar más la despedida, me monto sobre el caballo que me espera junto a una cuadrilla de soldados, quienes custodiarán mi viaje hasta mi antiguo hogar. Lo único que espero es que no encontremos forajidos en el trayecto. No me gustaría cargar con más sangre en mis manos, sin embargo, muchos están decididos a seguir haciéndolo.

Los corceles comienzan su desplazamiento, y los habitantes salen a despedirnos. Los niños lanzan flores al camino y agitan sus manos con anchas sonrisas. Mi pecho se colma de alegría ante el agradecimiento que palpo en sus rostros. Para ellos soy como una especie de salvadora que les entregó un nuevo lugar al que pueden llamar hogar. Lo que no saben, es que ellos fueron los que me devolvieron la paz y una cálida morada.

El viaje nos toma más de una semana hasta arribar a la Casa de los

Ciervos. La demora se produjo debido a que nos detuvimos en varios poblados. En algunos nos alojamos por una noche. Mi interés era poder contemplar la reconstrucción y las condiciones en las que se encontraban los habitantes. En todos fuimos recibidos de manera afable, y hasta me sorprendió verlos compartiendo con algunos guerreros del Valle Oscuro, quienes continúan con las tareas de reconstrucción.

Al atardecer ingresamos al territorio de los Ciervos. El último recuerdo que tengo de este lugar, es de cuando fui apresada por Celsius, el cual es borrado rápidamente al encontrarme con el funcionamiento del mercado en el frontis del castillo. Las guirnaldas de colores decoran las tiendas, abarrotadas de diferentes productos. Los habitantes llenan el lugar, exhalando alegría por la nueva coronación.

Emery quiso esperar un tiempo para tomar de manera oficial el trono como rey de Badru. Su decisión se basó en que lo primero era dejar atrás la aflicción, para comenzar su mandato con una nueva visión. Y al contemplar el positivismo que irradia el ambiente, concuerdo en que fue la decisión más acertada. Me oculto bajo mi capucha para no ser advertida, y me deslizo, discreta, en dirección a las caballerizas. De ser reconocida por las personas de mi hogar, me retendrían para felicitarme, tocarme y conversar, cosa que ya ha ocurrido en la mayoría de los lugares que he visitado.

Las historias que se relatan, y que van de boca en boca, me sindican como la salvadora de la oscuridad. También me ven como la reina de las sombras que, junto a su gigante y salvaje loba, sometieron a todo un reino. Las historias que aborrezco son las que dicen que seduje hasta al mismo Priust y, mi preferida, es que mi cuerpo se volvió cenizas. Según este argumento, una vez que morí, la luna tomó mi energía y, desde ese entonces, el fulgor en su fase llena es mi esencia. El mito sobre lo que ocurrió aquella noche seguirá creciendo y cambiando. Así como también hay muchos que creen que soy un invento, y otros que, al conocerme, desean que los unja con mis poderes ancestrales. La verdad es que no los puedo juzgar, las historias de una oscura maldición que enlazaba a hombres y lobos no la creí, hasta que me vi enfrentada con ellos y fui víctima de su hechizo en carne propia. Lo único que extraño de esa experiencia es a Taviana. A diario la recuerdo y nunca he perdido la esperanza de verla otra vez. Mis plegarias siempre van dirigidas para que haya encontrado la tan ansiada libertad.

Una vez que desmonto mi caballo, me veo en la obligación de revelar mi identidad ante los guardias que custodian las entradas.

—Princesa. —Al reconocerme, los soldados hacen una desmesurada reverencia. Por cortesía les devuelvo el saludo, porque

me cansé de pedir que no lo hicieran. Al tratar de crear una cercanía y que no me vieran como una especie de trofeo de otro plano, solo lograba la incomodidad del resto. Como se dijo, hay costumbres que no cambiarán.

Sin perder el tiempo me interno por los pasadizos del castillo ocultando otra vez mi identidad. Ya estoy muy atrasada y, por respeto a mi hermano y el gran amor que le tengo, me debo arreglar para la ocasión, en la medida de lo posible.

Subo los escalones, al tiempo que examino el salón completamente renovado. De las paredes cuelgan los estandartes del animal de mi casa. Esta vez el Ciervo se observa majestuoso y calmo, irradiando lo que siempre fue este lugar. Me detengo en una de las puertas e ingreso sin tocar. Los presentes se giran en mi dirección y doy una exagerada reverencia.

—Mi rey. —Me dirijo a mi hermano, respetuosa y significativa.

—Nos dan un minuto, por favor —Emery ordena a los vasallos que se encuentran alistándolo para la ceremonia.

Doy un paso al costado para que salgan, y sus expresiones de conmoción no pasan desapercibidas al comprobar que estoy viva y no pulverizada junto a la luna.

Una vez que la puerta se cierra. Mi hermano se acerca a grandes zancadas y me abraza.

—Ya pensaba que no vendrías —murmura también conmocionado. En su caso, es porque han pasado alrededor de diez meses en que no nos veíamos. Solo nos habíamos comunicado por correspondencia.

—Vine a asegurarme de que no te arrepintieras. —Sonrió hacia él.

—Estás hermosa —elogia mientras me examina.

—Lo dices porque eres mi hermano.

—¿La cola la guardaste? —pregunta, girándome para ver la parte baja de mi espalda.

—¿Cola? —Lo miro sin comprender.

—Lo últimos relatos dicen que te transformaste en la loba alfa de la manada, y ahora vagas por los bosques buscando a tu compañero.

—¡No lo puedo creer! —exclamo al tiempo que los dos soltamos una carcajada.

—¿Te quedarás? —pregunta una vez que nos componemos.

—No creo que sea necesario, por lo que pude ver, tienes todo cubierto. Mi presencia sigue siendo indispensable en el exterior. Además, todavía necesitamos un regente para el Bosque Blanco.

—No lo decía para que trabajaras, a lo que me refiero es que quiero poder estar contigo. —Me vuelve a examinar, al parecer, quiere llegar más allá de lo visible.

—Cuando te dije que me encontraba bien, era verdad. Mis heridas externas e internas han cicatrizado. —Levanto mi brazo mostrándole

la marca en mi brazo, la cual en sus hendiduras se percibe un diminuto trazo rojizo.

—Pero aún es visible —subraya, dándole un mordaz significado.

—Todos cargamos con heridas, lo importante es transcender de estas y en eso me he enfocado —respondo no por educación, sino bajo la más honesta convicción.

—Me complace escucharlo. —Acaricia mi rostro, y luego, me abraza otra vez—. Bueno, y ahora dime, ¿cómo luzco?

—La ropa es la adecuada, aunque les pediría a las doncellas que pusieran algo de color a tus mejillas, te ves un poco pálido —bromeo.

—Ya será mi turno de burlarme, cuando en la ceremonia tú pierdas el color. Todos los monarcas confirmaron su asistencia a la coronación.

Mi estómago se contrae y mi aire se contiene. Una de las situaciones que me tenía angustiada era esa. Sabía que este día llegaría y, pese a que me había preparado mentalmente para este momento, no estoy segura de cómo reaccionaré ante la persona que volveré a ver. Estos últimos meses he intentado guardar su recuerdo en una caja en el fondo de mi razón, no obstante, el corazón es difícil de doblegar.

—Aún no llega y ya estás pálida —hace notar Emery.

—Cállate —respondo, perdiendo la armonía.

—Sabes que ya no debes fingir, ni escapar, ni contenerte.

—Y tú sabes que dije que no quería hablar del tema. —Lo miro intimidante.

—Como desees. Como lo mencioné en las muchas cartas que te envié, eres libres de hacer lo que tú quieras. Mi único interés es verte feliz.

—Aunque lo sigas dudando, lo soy.

—Sé que ahora piensas que la libertad y amor está en depender de ti misma, pero también debes saber que la independencia la puedes encontrar en la persona que amas. Encontrar a alguien que te respete, te valore y que, además, junto a ella puedas dar lo mejor de ti, es uno de los obsequios que el destino te puede regalar. No te quedes únicamente con la oscuridad, también debes darte la oportunidad de disfrutar de la luz, más que nadie tú lo mereces, pero, como dije, siempre será tu decisión. Además, sería interesante escuchar las nuevas historias que se crearían de esa unión. —Termina dándome una sonrisa burlona.

—Me complace, que te diviertas. —Lo miro de malas ganas, pero sin dejar pasar sus palabras.

Desde el día que Alen abandonó el castillo de Aquilón no lo he vuelto a ver. Lo único que he sabido y que he visto, es que cumplió su palabra. Los hombres del Valle Oscuro, al menos los que acataron las

nuevas disposiciones, han trabajado duramente en la reconstrucción del reino y, asimismo, en la opacada imagen que llevan a cuestas. Todo gracias a él. No quise averiguar nada más, porque aparte de resolver mis propios conflictos y, aunque nunca lo expresé, nuestra separación me afligía. Estar juntos desde el inicio fue improbable. Y eso es algo en lo que no he querido pensar. Todas mis energías se han encauzado en el levantamiento de Badru. Además, una de las cosas que me enseñó el brutal enfrentamiento, fue no concebir imaginarias expectativas, solo valorar el presente.

Me retiro de la habitación de mi hermano en el momento en que los vasallos ingresan para terminar de prepararlo. Me dirijo a mi antigua alcoba, manteniendo el optimismo y dejando atrás todos los recuerdos que esta me pueda traer. En el interior encuentro a dos doncellas esperándome, quienes participan del mismo ritual del resto. Asombro, expectación, hasta fascinación al verme viva. Y ahora que lo mencionó mi hermano, sin cola.

Una vez que termino de arreglarme, me paro frente al espejo. El vestido es sencillo. De una sola pieza. La ligera tela color crema se amarra sobre mis hombros y cae liviana cubriendo mis pies.

Bajo mi busto se amarra un grueso cinturón marrón, cuya forma emula astas de ciervos. Sobre mi cabello la tiara de hierro. Aunque haya rechazado el trono, sigo siendo princesa. Las doncellas me siguen contemplando sin comprender la resolución de no hacer nada con mi cabello. Entre nuestras antiguas costumbres llevarlo suelto no posee ningún significado. Para mí, y uno que voy a intentar instaurar, es el de la libertad de ejercer tus propias resoluciones.

Al escuchar el sonido de trompetas que advierten del inicio de la ceremonia, salgo rápidamente de la habitación. Una vez que llego al balcón se repite la tan reconocida escena para mí. Los asistentes levantan las miradas con expectación y asombro. Esta vez no me siento intimidada, al contrario, levanto mi cabeza y desciendo los escalones, mostrando que la heredera de Luna Llena sigue viva y que, por sobre todo, cumplió el designio para el que nació. Erradicar la oscuridad. Y no sé si fue esto o la experiencia que viví, pero la fortaleza y valentía son cualidades que quedaron tatuadas en mi interior para siempre.

Me encamino con calma y seguridad hasta posicionarme al lado de mi hermano, quien también observa mi cabello, pero en su caso, sonríe, aprobándolo. El salón se encuentra abarrotado de personas, entre las cuales pude identificar insignias de todas las casas. En esta oportunidad soy yo la que sonríe al contemplar un Badru unificado.

Uno de los vasallos se dirige a la puerta principal y, con un robusto vozarrón, comienza a anunciar a los monarcas.

La primera en ingresar es Ingelborg, regente de la Casa de los Osos,

la cual recibe una gran ovación. Ella, junto a su reino, son conocidos como uno de los salvadores de la gran batalla.

La sigue el rey de Vulpis junto a su esposa, quien es recibido con un educado aplauso; después de todo, fue el único monarca que prefirió dejar en manos de otros el destino de su reino. De hecho, muchos de sus vasallos abandonaron el territorio por seguir a Emery.

A continuación, aparece Gamar. La ovación también es considerable, pero se unen las miradas que van desde su dirección a la mía. La impugnación de nuestro matrimonio fue por mucho tiempo, uno de los mejores cotilleos del reino. Ni siquiera quise escuchar las versiones de esta situación. La versión oficial fue que el matrimonio no se había consumado y, como líderes, queríamos dedicarnos a nuestros propios cometidos. Además, de señalar que los dos ya no compartíamos los enlaces por responsabilidad a una corona, y que deseábamos ser libres de elegir con quien desposarnos. Para los habitantes, la decisión no fue tan sorpresiva, después de todo, entre las costumbres del pueblo de Gamar se encontraban la libertad y, en mi caso, después de rechazar el trono, no existía la directa responsabilidad política. Así y todo, los comentarios no han cesado hasta el día de hoy.

Mi relación con el rey de Aquilón después de esto fue acogedora. Al ser el reino que se encuentra en las cercanías del Bosque Blanco nos visitamos en varias oportunidades, y puedo decir que hasta nos transformamos en grandes amigos. Sobre todo, apoyándonos en dirigir los territorios.

Al igual que los otros regentes, Gamar camina hasta donde se encuentra Emery y me sorprende la respetuosa reverencia que hace ante el que ahora será su rey. Una señal valiosa para él y su pueblo. Antes de levantarse se gira hacía a mí y me cierra un ojo. Evito reírme para no continuar alimentando los chismes de cualquier reencuentro que puedan creer o imaginar los presentes.

La siguiente presentación me inmoviliza y, también, al resto de la audiencia.

Capítulo 38

El salón se colma de silencio cuando el vasallo anuncia:

—Desde el territorio del sur, nos acompaña el rey del Valle Oscuro.

La figura que nunca podré olvidar aparece en la entrada del salón. Las miradas ahora van desde él hacía a mí. Las interpretaciones de los hechos que nos involucran a ambos fueron las que nunca quise escuchar y, en este momento, lo que intento es esconder la conmoción que me produce su presencia.

Alen comienza su marcha por el atestado pasillo, y no existen vítores, ni aplausos. Al parecer, el recelo continúa en los habitantes, pero ignoro la situación. Mi mirada se encuentra inamovible en él y la templanza que forjé todo esto tiempo se diluye ante su solemne y consistente imagen. Su vestimenta es completamente negra. Su cabello corto. Una reluciente hacha cuelga de su cinturón. Sobre sus hombros lleva un pelaje de lobo ocre. La expresión es resuelta y sus ojos se posan en mí. Me recuerdo respirar, mientras la brecha entre nosotros, desaparece.

La figura que emerge desde su espalda es la que me trae de vuelta a la realidad y me hace olvidar cualquier protocolo. Un lobo blanco corre hacia mi dirección y me precipito a su encuentro. Nube salta, estrellándose contra mi cuerpo y caigo sobre mis posaderas. La alegría de verlo hace que no me importe algunas miradas de reprobación. El lobo lame mi cara y yo lo acaricio abrazándolo con fuerza. La emoción ante este reencuentro contrae mi pecho y debo contener las lágrimas de felicidad.

—Yo no te voy a lamer. —Levanto la mirada para encontrar a Bóreas de pie a mi lado. Me incorporo ahora abalanzándome sobre él y estrechándolo entre mis brazos—. Para variar me estás avergonzando —susurra, pero devolviéndome la muestra de afecto.

—Nube regresó —Afirmo lo evidente, sin salir de mi asombro y dicha.

—Los dos nos extrañábamos. —Sonríe.

Un carraspeo a mi espalda hace que me gire. Emery me mira, no molesto, más bien, indicándome que debemos proseguir. Vuelvo a mi posición y, de soslayo, miro a Alen que sonríe, discreto. Nube se mantiene pegado a mi falda y moviéndose de un lado a otro, acariciándome con su cuerpo. Mantengo mi mano en su cabeza atusando su pelaje.

—Mi rey. —Alen ejecuta una apropiada reverencia, mientras todos, incluida yo, nos mantenemos a la expectativa de sus palabras—. En primer lugar, agradezco vuestra invitación a la coronación. Sé que mi presencia, para muchos, no sea bien vista, pero quise participar para

dar la cara, y ratificar que mi reino ya no tiene nada que ocultar. Mi pueblo continúa conmocionado por lo ocurrido y envían sus más sinceras dispensas por los agravios cometidos. Están conscientes de que esto no les devolverá a sus seres queridos, no obstante, seguirán comprometidos de por vida tratando de compensarlo. Y mientras yo viva, mi misión será que esto se cumpla.

—Por mi parte acepto vuestras disculpas, y lo hago porque sé que no son a la ligera. Yo mismo he presenciado el trabajo que ha realizado tu pueblo este último año. —Emery baja de la tarima en la que se encontraba y coloca su mano sobre el hombre de Alen—. Tienes mi mayor respeto por la gran labor que has realizado.

—El mío también. —Las palabras surgen de mi boca sin poder detenerlas. Los profundos ojos azules de Alen se clavan en mí, haciendo que la parte de baja de mi vientre, la cual pensé que había desfallecido, renazca, consumiéndome en calidez.

—Los habitantes más antiguos sabrán que, antes de la guerra, mi pueblo era conocido como uno de los más hábiles en el oficio de trabajar el metal y hierro. Ocupación que se restableció y, si el rey me lo permite, nos gustaría entregarles algunos obsequios que fabricamos para ustedes. —El rey de Valle Oscuro anuncia, y una vez que Emery acepta, una diminuta comitiva de habitantes ingresa.

Lidera el grupo una pequeña niña, su pelo rubio y largo le llega hasta la cintura. Podría decir que tiene alrededor de cuatro años, pero lo me que conmueve es el reconocimiento. La imagen de ella encerrada en los calabozos del Valle Oscuro es una de las situaciones que no he podido borrar. La pequeña mira a Alen de manera cómplice y él, en repuesta, le indica mi dirección.

—Sé que es ella, la recuerdo —susurra como si fuera un secreto y el tono tan dulce de su voz hace que esté a punto de derretirme.

Una vez frente a mí hace una reverencia y, de inmediato, me agacho para recibirla.

—Querida princesa, estamos muy complacidos de verte otra vez —recita como si lo hubiera aprendido de memoria, mientras estira sus manos, en las cuales carga un cojín.

—El placer es todo mío —respondo a punto de acariciar sus adorables mejillas rosas. Cojo con delicadeza el objeto que se encuentra sobre el cojín—. Muchas gracias, es hermoso.

La niña sonríe, complacida y hasta con orgullo, por haber realizado la tarea que se le encomendó.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto, entretanto contemplo fascinada la exquisita joya entre mis manos, la cual lleva labrada las cuatro fases de la luna.

—Ribia, pero mi padre me llama Luna, dice que le recuerdo a alguien que es muy importante para él. —Se aproxima cerca de mi

oído para no ser escuchada—. Mi padre lo fabricó.

—Es realmente hermoso. ¿Tu padre está aquí para agradecerle?

—¡Padre, le gustó! —exclama hacia Alen, irradiando felicidad.

Levanto la mirada, aturdida, sin comprender lo qué sucede o de qué me perdí.

—Déjame ayudarte. —El rey del Valle Oscuro se acerca y toma el objeto de mis manos para colocármelo. Nuestros dedos se tocan y, como si un relámpago me golpeara, todo aquello que quise obviar, brota. El escalofrío recorre cada poro de mi piel y mi boca se seca—. Ribia es una de las tantas niñas y adolescentes que tenían encarceladas en el reino, esperando para su vinculación. Su padre falleció en el enfrentamiento y su madre fue asesinada mucho antes de esto, por no vincularse. Desde que llegué al castillo, se ha mantenido pegada a mí. Un día me comenzó a llamar padre y quién se puede negar a una mirada tan dulce.

Estoy a punto de decir que nadie, pero mi voz se ausenta. Su cercanía hace que mis pulsaciones se desboquen, y la estabilidad de mi juicio se agite al presenciar en lo que se ha convertido.

—Me agrada tu cabello. —Sus palabras y de la forma en la que me indaga quiebra cualquier tipo de protocolo—. Aunque, de la forma que lo uses, no opaca tu deslumbrante belleza.

—Tu cabello continúa corto. —Es lo único que logro articular y, de inmediato, me quiero lanzar por algún balcón. No puede ser que, después de todo lo vivido, él siga haciendo que pierda por completo mi razón.

—Hace algún tiempo dejé que alguien lo cortara, prometiéndole mi amor eterno. Mi promesa sigue en pie y lo mantengo corto para no insinuar a ninguna otra damisela que quiero compañía. —Sus ojos encuentran los míos, y el corazón que pensé que se había fracturado, comienza un ascendente y sofocante palpitar—. Aún espero a aquella persona, y lo seguiré haciendo hasta que mi cuerpo abandone este plano.

—Es una maravillosa pieza —Emery interviene a nuestro lado, levantando y sopesando el peso de la espada que le fue obsequiada.

Me obligo a desprender la mirada del regente del sur antes de calcinarme y hacer algo indebido. Los demás monarcas también agradecen los presentes, y Gamar se acerca. Los asistentes siguen estupefactos ante todo lo que ocurre y, aun más, cuando el rey de Aquilón, respetuoso, extiende su mano hacia Alen. Ambos se saludan con amabilidad, dejando cualquier resquemor atrás.

Los murmullos comienzan a inundar el salón, junto a las miradas que van desde los regentes y luego hacía mí. La indignación me embarga al percatarme de que, para muchos, son más importantes las habladurías, que lo transcendental de este momento, y lo que sigue

sucediendo desde que terminó la oscuridad. Sin mencionar la irritación que nace, al notar que nadie valora lo que ha hecho Alen.

Él, por sangre, le debía lealtad al Valle Oscuro, pero nada ni nadie lo obligó a asumir tan compleja e imposible responsabilidad. Y de todos los regentes, ha sido al que más se le debería apreciar el gran esfuerzo que ha realizado en mantener la armonía. Gracias a él, Badru pudo cimentar un camino hacia la luz.

Como siempre lo hemos sabido; el conjunto de creencias y costumbres que conforman el modo de pensar, enjuiciar la realidad y el actuar de nuestros habitantes, es una de las cosas que será difícil cambiar. Y en algunos casos, imposible. Pero esto no me detendrá a seguir intentándolo.

En este momento soy libre de mis propias decisiones, y una de ellas es seguir mi razón y, al mismo tiempo, mi corazón. Nunca pensé que estás dos fueran compatibles, mas al tomar la siguiente resolución, me doy cuenta de que sí lo son.

—Si el rey me lo permite. —Doy un paso adelante y alzo mi voz. Sin miedo, decidida y aniquilando de alguna forma las antiguas costumbres—. Me gustaría solicitar una alianza en matrimonio con el Reino del Valle Oscuro.

Los murmullos cesan. Algunas bocas se abren y todas las miradas, sincronizadas, van en mi dirección. El impacto de muchos se debe a que es la primera vez en la historia de nuestro mundo, que una mujer realiza tal petición. Me tomo uno segundos, regocijándome de tan épico momento y, acto seguido, con seguridad y toda la osadía que la vida me entregó, doy un paso adelante y proclamo:

—Hoy día nos encontramos presentes para la coronación de mi hermano, pero también, como una forma de conmemoración de que nuestro mundo se encuentra libre de oscuridad. La reconstrucción de Badru no debe ser dirigida tan solo a lo tangible, se debe orientar, de igual modo, a nuestras almas. Y es por esto que solicito este enlace, para demostrar que mi reino, la Casa de los Ciervos se encuentra comprometido con estás dos misiones. El Valle Oscuro ha demostrado en este tiempo que posee la ferviente voluntad de dejar el pasado atrás, y es hora de que el resto de los reinos le den esta oportunidad. No existe honor en habitar un acogedor hogar, si nuestros sentimientos siguen siendo sombríos. Y por lo que hoy veo en ustedes, muchos han disfrutado del trabajo de los guerreros del sur, pero al momento de validar su esfuerzo, se quedan en silencio. Este no es el mundo que queremos construir. Por esto, si el rey del Valle Oscuro acepta, me complacería que su reino se uniera al nuestro, dejando para siempre cualquier rencor atrás.

Mi mirada y la del resto viajan hacia Alen. No tengo temor de su respuesta. Él ya me la entregó al asegurar que por siempre me

esperaría, y quizás era lo que necesitaba saber para concluir mi tan anhelada e íntegra liberación.

Contemplo la expresión del rey del Valle Oscuro, la cual me indica sorpresa, pero una que, al parecer, le satisface en demasía. Los segundos ante su respuesta se advierten eternos, no obstante, puedo palpar que, al igual que yo, se encuentra disfrutando este legendario momento. Que más que unir dos casas, que por mucho tiempo fueron adversarias, para nosotros simboliza el termino de nuestra esclavitud a un nefasto designio. Jamás había pensado en esta resolución, pero mi amor por él y por Badru hace que, al final, encuentre la armonía entre mi propia luz y oscuridad.

—Acepto la alianza en matrimonio —responde con firmeza y las siguientes palabras que pronuncia son solemnes—: La unión de nuestros pueblos que fueron enemigos, nada ni nadie la podrá doblegar. Se convertirá en un nuevo testimonio de nuestra voluntad, fortaleza, valentía y, por sobre todo, del amor a nuestros reinos.

Sonrío hacia él y mi corazón se fractura, pero esta vez, de la más sublime felicidad.

—Ya era hora —Emery susurra, aliviado.

Por mi parte, al ver que los presentes siguen pasmados ante lo ocurrido, me decido a hacer lo que por mucho tiempo será recordado; corro al encuentro de Alen y, obviando cualquier tipo de formalidad, lo beso. Sus brazos me envuelven, mientras sus labios encuentran los míos. Nuestras bocas, al instante, se reconocen y, al mismo tiempo, se estrechan como si este contacto no fuera suficiente. Mis impulsos me guían a que le arranque la ropa, pero eso ya se volvería completamente escandaloso.

Escucho la risa de Bóreas a un costado, y luego, discretos, comienzan los aplausos, los cuales se transforman rápidamente en la más grande ovación que había escuchado jamás.

Me desprendo para tomar aliento y susurrar a mi prometido las palabras que solo él debe escuchar:

—Las hebras de mi corazón y alma siempre estuvieron destinadas para unirse únicamente a ti.

Capítulo 39

Termino de cargar una de las últimas carretas con los productos que serán distribuidos por varios territorios. Gracias a la reciente proclamación de mi enlace, la mayoría de los reinos retomaron los acuerdos para el intercambio comercial. Aunque no lo había querido reconocer, lo necesitábamos. Los alimentos escaseaban y las tierras del sur nunca han sido fértiles para cultivar.

—Ya se encuentra listo. —Bóreas se acerca limpiando un hilo de sudor de su frente.

Sonrío hacia mi hermano, agradeciéndole su tan esmerada labor. Nunca creí que, en el interior de aquel joven guerrero, se encontraría un virtuoso en el arte de la herrería. Para ser sinceros, él tampoco lo sabía.

—¿Qué está listo? —Eleonor pregunta a mi espalda.

Me acerco y le quito las vasijas que carga en sus manos. A su lado, Ribia salta de la emoción, pero con mi mirada le advierto que no abra la boca. Estas dos semanas han sido una tarea colosal ocultar a Eleonor lo que estábamos construyendo.

—Ven, te lo mostraremos. —La tomo de la mano, dirigiéndonos a la entrada del reino del Valle Oscuro.

El contacto de su piel me continúa estremeciendo y creo que nunca lo dejará de hacer. Desde que pidió mi mano en matrimonio, no he podido dejar de sonreír. Contemplar las expresiones de los asistentes en la coronación es algo que jamás podré olvidar.

Esa vez no solo me sorprendió a mí; con su inconmensurable fortaleza y determinación, rompió una de las tradiciones que por siempre habían regido, dejando a todos en silencio.

Por un momento también no supe que decir, pero me tuve que componer, pues ella es merecedora de un hombre que esté a su altura. Y esa es una de las batallas que seguiré sosteniendo; convertirme en la persona que honre tal osadía y entereza.

Ribia toma de la mano a Eleonor y la arrastra, corriendo hacia las grandes puertas del reino.

—¿En algún momento dejarás esa expresión de bobo? —Bóreas ironiza y se burla mientras camina a mi lado—. Sé que la amas y todo eso, pero de verdad, me estás empezando a preocupar.

—¿Acaso no has visto tu expresión cuando miras a Sondra? —replico, al tiempo que señalo a la joven que camina unos metros más delante.

—La tuya es peor —rebate con fastidio—. Y por cierto, Rivor solicitó un cambio de habitación. Al parecer no lo dejan dormir.

Suelto una carcajada en el momento que mi cuerpo se contrae en

ardor. Otras de las sensaciones que, al parecer, tampoco desaparecerán jamás.

Los habitantes del Valle Oscuro se comienzan a congregar en el lugar que da la bienvenida a nuestra casa. Una que, por muchos años, buscaba la intimidación. La fuerza y valentía sigue recorriendo las venas de cada uno, pero ahora, alejados de la venganza y el dolor.

Nos situamos en las afueras del territorio, frente a la entrada. Las grandes puertas de acero que antes daban la acogida a los visitantes con un lobo con las fauces abiertas fueron retiradas. Al mismo tiempo, Bóreas y yo creamos una nueva insignia para nuestro reino, la cual revelaremos el día de hoy.

Doy la señal y los vasallos cierran los imponentes pórticos, mostrando la nueva imagen al juntarse. En una de las hojas está tallada la figura de un lobo, pero en esta oportunidad, se encuentra sentado entre frondosos árboles. En la otra hoja, el agua cae por un acantilado y, de fondo, la figura de la luna.

—Es hermoso —Eleonor elogia, y por su expresión puedo notar que está impresionada.

—El lobo es uno de los seres más letales que existen en nuestro mundo —comienzo a explicar—, pero también uno de los más leales. Quisimos, de alguna manera, representarlo de forma apacible, para dejar de asustar con las historias que se cuentan de ellos. Y como sabes, la luna es la marca que todos recibimos al nacer, la cual define nuestro temperamento. Con esto, quisimos unir estas dos ideas para mostrarnos más afables y quizás, con el tiempo, borrar la temible y despreciable imagen que aún se pueda mantener.

Eleonor se acerca a las puertas y desliza las yemas de los dedos por los trazos de la figura. El resto nos quedamos en silencio, contemplando el reino que se asienta bajo una nueva convicción; la de formar una morada que nos entregue a todos la tan ansiada redención.

Bóreas y Sondra comienzan a distribuir entre los presentes los broches con la nueva insignia. Me conmuevo al observar a los habitantes que los prenden a sus pechos. Esta vez lo hacen con una mirada esperanzadora, y hasta con cierto orgullo que les entrega lo que están construyendo.

Me acerco a Eleonor y prendo uno a su pecho. Me sonríe, para luego, besarme. Tomo de su mano, alejándonos del resto. Nos internamos en el bosque que bordea el reino, y su cara muestra expectación y calor. Mis pensamientos de inmediato se dirigen en aquella dirección, pero por ahora, deberemos esperar.

—¿A dónde vamos? —pregunta, intrigada.

—Hay algo que te quiero mostrar. —Es lo único que respondo.

El atardecer inunda los follajes. El rojizo de la luz que se cuela entre las hojas alumbra su infinita belleza. Hace unos meses atrás

nunca creí posible este desenlace. De cierta forma, mi razón se había resignado a una vida sin ella, pese a que una parte de mi corazón siempre la anheló. Pero era su decisión. Desde siempre se le había impuesto qué hacer y a quien le debía entregar su devoción. Y, aunque mi amor por ella, en muchas oportunidades me impulsó a ir a su encuentro, preferí sacrificar mis sentimientos para que pudiera obtener su tan ansiada libertad.

—¿Qué piensas? —pregunta, mientras nos detenemos a los pies de un pequeño acantilado.

—En que me dejas sin aliento.

—Tú también lo haces. —Toma con sus manos mi rostro, y luego acaricia la nueva insignia prendada en mi pecho—. Nadie podría haber hecho lo que tú hiciste. Me enorgullece que seas mi prometido.

—Cuando creamos esta insignia, Bóreas dijo que yo era el lobo que aullaba como un alma errante hacia la luna por no tener tu compañía. —Los dos sonreímos—. Obviamente, por mi parte, se ganó un codazo.

—Jamás esperaría menos de él. —Sigue sonriendo.

—Es la verdad, aunque el encantamiento terminó. La vinculación que siento por ti nunca acabará. De no tenerte, me habría quedado en soledad, aullando por siempre a la luna, invocando a mi legítima compañera.

—Eso es algo que me gustaría ver. —Se acerca y me besa. Su lengua acaricia la mía, envuelta en deseo.

A nuestro costado, la Luna Llena comienza su ascensión, al igual que lo hace su fertilidad. Mis instintos primitivos despiertan ante el toque de sus manos, pero me detengo cuando los aullidos de lobos envuelven el lugar.

—No soy el único que aúlla por su legítima compañera —advierto, mientras le indico una de las laderas del bosque.

Me mira sin comprender y le digo que espere. La luz del día se esfuma y el fulgor amarillo de la luna ilumina el entorno. Entre los espesos follajes una figura se evidencia.

—Taviana —Eleonor susurra visiblemente conmocionada.

—En las noches de Luna Llena se acerca, quizás, al igual que yo, esperaba volverte a ver.

La loba aúlla en nuestra dirección, acto seguido, camina imponente, aproximándose. Se detiene a unos metros y Eleonor se arrodilla. Ambas se miran en un significativo silencio. Doy unos pasos atrás para darles cierta privacidad, ya que la loba nunca se había acercado.

La mujer que en unos pocos días se convertirá en la reina del Valle Oscuro estira su mano, invitándola. Taviana bufa, recelosa, pero avanza hacia ella. El contacto entre las dos es fugaz, logrando que Eleonor por algunos segundos acaricie la base de su cabeza. Taviana

gruñe, y se aleja corriendo.

Eleonor se encamina a mi encuentro con sus ojos anegados en lágrimas, las cuales sé que son de emoción. Por mi parte, la abrazo, cobijándola, y lo seguiré haciendo por muchos años, entregándole la morada que siempre le prometí. En cada mes y en cada recorrido. Recibiéndola eternamente en mi hogar, en mi alma y en mi corazón, el cual por siempre le pertenecerá, hasta que exhale el último aliento de mi ser.

Fin

Agradecimientos

Eternamente agradecida de todas las personas que participaron de esta extraordinaria travesía.

En un inicio este recorrido se encontraba colmado de incertidumbres, pero con el paso de cada párrafo, capítulo y libro las dudas se comenzaron a despejar.

Por una parte, gracias a lectores que le dieron una oportunidad a esta historia y por otra, a todas las personas que me entregaron su apoyo en este viaje.

Personalmente fue un asombro el amor y cariño espontáneo que nació por el relato y sus personajes. Jamás pensé en que la amarían tanto como yo. Y más aún que se mantendrían a las expectativas con cada nuevo libro, y se mantendrían esperando su final, sin importar el tiempo que tardara en llegar.

Este recorrido llega a su fin, pero de una de las mejoras formas. Con la gratificación de que cualquier propósito que anhelemos se puede conseguir. No importa cuántas sombras u oscuridad encontremos en el trayecto, si somos perseverantes, hallaremos la tan ansiada luz.

En esta parte debería colocar los nombres de todas las personas a la que les agradezco de forma personal su apoyo, confianza y cariño, pero créanme que son tantas que me daría para un nuevo libro.

Así que te voy a agradecer a ti, al que estás leyendo en este momento. Gracias por llegar hasta aquí y haber compartido esta inolvidable historia, que lo fue, al menos para mí.

Abrazos gigantes y espero que nos veamos en una nueva aventura.